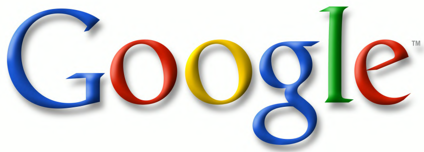





1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

La Regenta

LA

REGENTA

POR

LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

Ilustración de JUAN LLIMONA

Grabados de GOMEZ POLO

TOMO I

BARCELONA

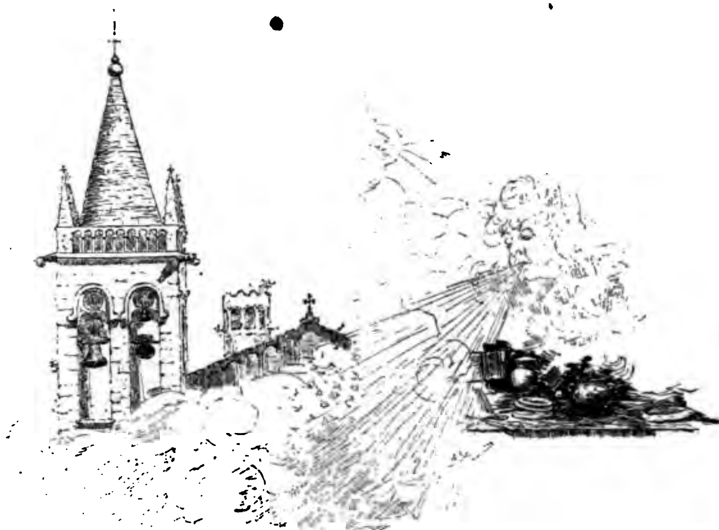
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO Y C.ª, *Ausias-March*, 95

1884



Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª



I



A heróica ciudad dormía la siesta. El viento Sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo

sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado á las esquinas, y había pluma que llegaba á un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, ó para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada á un plomo.

Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monotono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. —La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo diez y seis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enroscándose en la piedra trepaba á la altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre esta una cruz de hierro que acababa en pararayos.

Cuando en las grandes solemnidades el cabildo mandaba iluminar la torre con faroles de papel y vasos de colores, parecía bien, destacándose en las tinieblas,

aquella romántica mole; pero perdía con estas galas la inefable elegancia de su perfil y tomaba los contornos de una enorme botella de champaña.— Mejor era contèmplarla en clara noche de luna, resaltando en un cielo puro, rodeada de estrellas que parecían su aureola, doblándose en pliegues de luz y sombra, fantasma gigante que velaba por la ciudad pequeña y negruzca que dormía á sus piés.

Bismarck, un pillo ilustre de Vetusta, llamado con tal apodo entre los de su clase, no se sabe por qué, empuñaba el sobado cordel atado al badajo formidable de la *Wamba,* la gran campana que llamaba á coro á los muy venerables canónigos, cabildo catedral de preeminentes calidades y privilegios.

Bismarck era de oficio delantero de diligencia, era *de la tralla*, según en Vetusta se llamaba á los de su condición; pero sus aficiones le llevaban á los campanarios; y por delegación de Celedonio, hombre de iglesia, acólito en funciones de campanero, aunque tampoco en propiedad, el ilustre diplomático *de la tralla* disfrutaba algunos días la honra de despertar al venerando cabildo de su beatífica siesta, convocándole á los rezos y cánticos de su peculiar incumbencia.

El delantero, ordinariamente bromista, alegre y revoltoso, manejaba el badajo de la Wamba con una seriedad de arúspice de buena fe. Cuando *posaba* para la hora del coro—así se decía—Bismarck sentía en sí algo de la dignidad y la responsabilidad de un reloj.

Celedonio, ceñida al cuerpo la sotana negra, sucia y raída, estaba asomado á una ventana, caballero en ella, y escupía con desdén y por el colmillo á la plazuela; y si se le antojaba disparaba chinitas sobre algún raro transeúnte que le parecía del tamaño y de la importancia de un ratoncillo. Aquella altura se les subía á la cabeza á los pilluelos y les inspiraba un profundo desprecio de las cosas terrenas.

— Mia tú Chiripa, que dice que pué más que yo!— dijo el monaguillo, casi escupiendo las palabras; y disparó media patata asada y podrida á la calle apuntando á un canónigo, pero seguro de no tocarle.

— Qué ha de poder!—respondió Bismarck, que en el campanario adulaba á Celedonio y en la calle le trataba á puntapiés y le arrancaba á viva fuerza las llaves para subir á tocar las *oraciones*.—Tú pués más que toos los delanteros, menos yo.

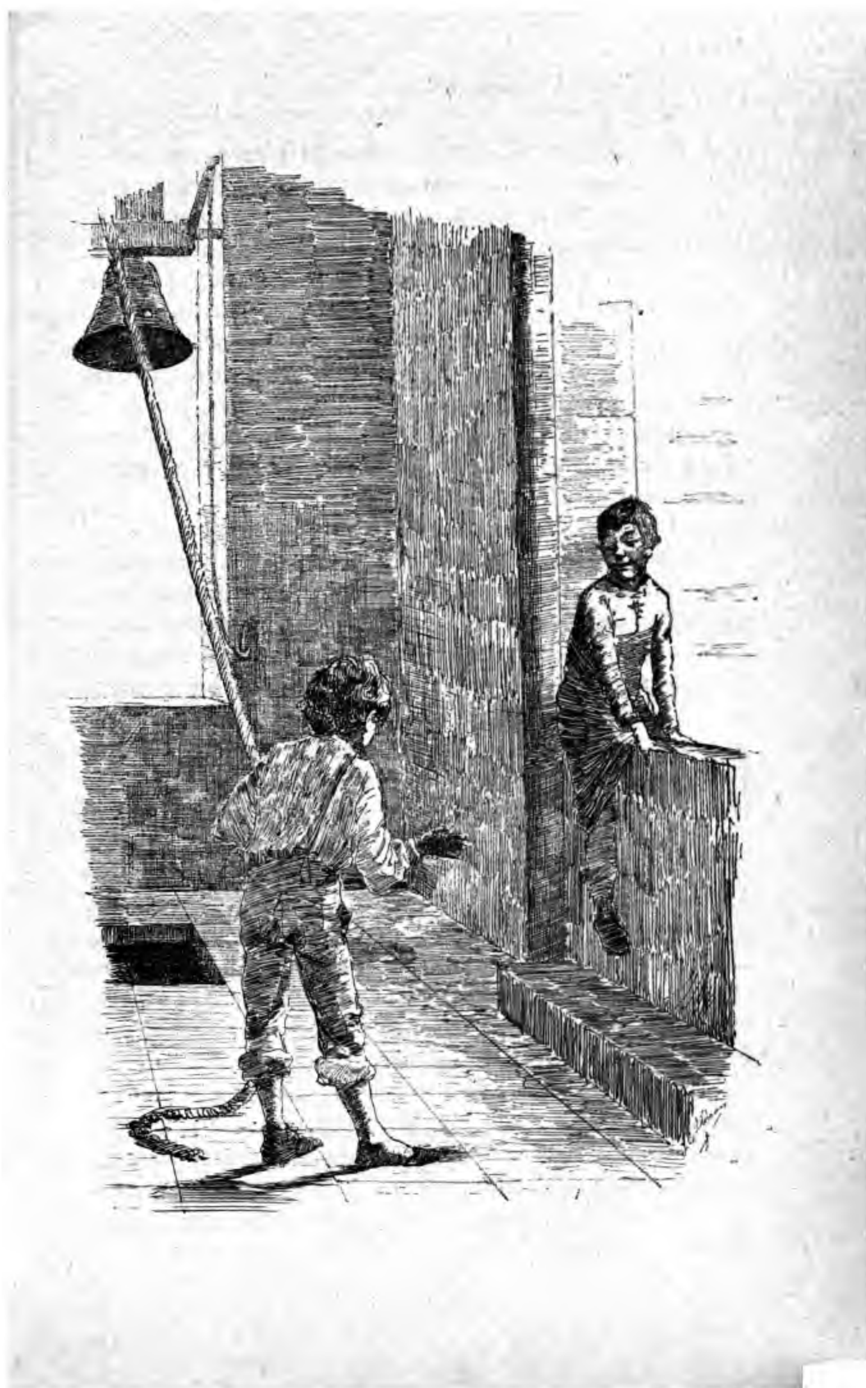
— Porque tú echas la zancadilla, mainate, y eres más grande... Mia, chico, ¿quiés que l'atice al señor Magistral que entra ahora?

— ¿Le conoces tú desde ahí?

— Claro, bobo; le conozco en el menear los manteos. Mia, ven acá. ¿No ves cómo al andar le salen pa tras y pa lante? Es por la fachenda que se me gasta. Ya lo decía el señor Custodio el beneficiao á don Pedro el campanero el otro día: «Ese don Fermín tié más orgullo que don Rodrigo en la horca», y don Pedro se reía; y verás, el otro dijo después, cuando ya había pasao don Fermín: «Anda, anda, buen mozo, que bien se te conoce el colorete!» ¿Qué te paece, chico? se pinta la cara.

Bismarck negó lo de la pintura. Era que don Custodio tenía envidia. Si Bismarck fuera canónigo y *dinidad* (creía que lo era el Magistral) en vez de ser delantero, con un mote *sacao* de las cajas de cerillas, se daría más tono que un zagal. Pues, claro. Y si fuese campanero, el de verdad, vamos, don Pedro... ay Dios! entonces no se hablaba más que con el obispo y el señor Roque el mayoral del correo.

— Pues chico, no sabes lo que te pescas, porque decía el beneficiao que en la iglesia hay que ser humilde, como si dijéramos, rebajarse con la gente, vamos, achantarse, y aguantar una bofetá si á mano viene; y sino, ahí está el Papa, que es... no sé cómo dijo... así... una cosa como... el criao de toos los criaos.



—Eso será de boquirris—replicó Bismarck.—¡Mia tú el Papa, que manda más que el rey! Y que le ví yo pintao, en un santo mu grande, sentao en su coche, que era como una butaca, y lo llevaban en vez de mulas un tiro de *carcas* (curas según Bismarck), y lo cual que le iban espantando las moscas con un paraguas, que parecía cosa del treato,... hombre... si sabré yo!

Se acaloró el debate. Celedonio defendía las costumbres de la Iglesia primitiva; Bismarck estaba por todos los esplendores del culto. Celedonio amenazó al campanero interino con pedirle la dimisión. El de la tralla aludió embozadamente á ciertas bofetadas probables *pa en* bajando. Pero una campana que sonó en un tejado de la catedral les llamó al orden.

—El *Laudes!*—gritó Celedonio,—toca, que avisan.

Y Bismarck empuñó el cordel y azotó el metal con la porra del formidable badajo.

Tembló el aire y el delantero cerró los ojos, mientras Celedonio hacía alarde de su imperturbable serenidad oyendo, como si estuviera á dos leguas, las campanadas graves, poderosas, que el viento arrebataba de la torre para llevar sus vibraciones por encima de Vetusta á la sierra vecina y á los extensos campos, que brillaban á lo lejos, verdes todos, con cien matices.

Empezaba el Otoño. Los prados renacían, la yerba había crecido fresca y vigorosa con las últimas lluvias de Setiembre. Los castañedos, robledales y pomares que en hondonadas y laderas se extendían sembrados por el ancho valle, se destacaban sobre prados y maizales con tonos oscuros; la paja del trigo, escaso, amarilleaba entre tanta verdura. Las casas de labranza y algunas quintas de recreo, blancas todas, esparcidas por sierra y valle reflejaban la luz como espejos. Aquel verde esplendoroso con tornasoles dorados y de plata, se apagaba en la sierra, como si cubriera su falda y su cumbre la sombra de una nube invisible, y un tinte rojizo

aparecía entre las calvicies de la vegetación, menos vigorosa y variada que en el valle. La sierra estaba al noroeste y por el sur que dejaba libre á la vista se alejaba el horizonte, señalado por siluetas de montañas desvanecidas en la niebla que deslumbraba como polvareda luminosa. Al Norte se adivinaba el mar detrás del arco perfecto del horizonte, bajo un cielo despejado, que surcaban como naves, ligeras nubecillas de un dorado pálido. Un girón de la más leve parecía la luna, apagada, flotando entre ellas en el azul blanquecino.

Cerca de la ciudad, en los ruedos, el cultivo más intenso, de mejor abono, de mucha variedad y esmerado, producía en la tierra tonos de colores sin nombre exacto, dibujándose sobre el fondo pardo oscuro de la tierra constantemente removida y bien regada.

Alguien subía por el caracol. Los dos pilletes se miraron estupefactos. ¿ Quién era el osado ?

—¿ Será Chiripa ?—preguntó Celedonio entre airado y temeroso.

—No ; es un *carca*, ¿ no oyes el manteo ?

Bismarck tenía razón; el roce de la tela con la piedra producía un rumor silbante, como el de una voz apagada que impusiera silencio. El manteo apareció por escotillón ; era el de don Fermín de Pas, magistral de aquella santa iglesia catedral y provisor del obispo. El delantero sintió escalofríos. Pensó :

«—¿ Vendrá á pegarnos ?»

No había motivo, pero eso no importaba. Él vivía acostumbrado á recibir bofetadas y puntapiés sin saber por qué. Á todo poderoso, y para él don Fermín era un personaje de los más empingorotados, se le figuraba Bismarck usando y abusando de la autoridad de repartir cachetes. No discutía la legitimidad de esta prerogativa, no hacía más que huir de los grandes de la tierra, entre los que figuraban los sacristanes y los polizontes. Se avenía á esta ley, cuyos efectos procu-

raba evitar. Si él hubiera sido señor, alcalde, canónigo, fontanero, guarda del Jardín Botánico, empleado en casillas, sereno, algo grande, en suma, hubiera hecho lo mismo ¡dar cada puntapié! No era más que Bismarck, un delantero, y sabía su oficio, huir de los *mainates* de Vetusta.

Pero allí no había modo de escapar. Ó tirarse por una ventana, ó esperar el nublado. El caracol estaba interceptado por el canónigo. Bismarck no tuvo más recurso que hacerse un ovillo, esconderse detrás de la Wamba, encaramado en una viga, y aguardar así los acontecimientos.

Celedonio no extrañaba aquella visita. Recordaba haber visto muchas tardes al señor Magistral subir á la torre antes ó después de coro.

¿Qué iba á hacer allí aquel señor tan respetable? Esto preguntaban los ojos del delantero á los del acólito. También lo sabía Celedonio, pero callaba y sonreía complaciéndose en el pavor de su amigo.

El continente altivo del monaguillo se había convertido en humilde actitud. Su rostro se había revestido de repente de la expresión oficial. Celedonio tenía doce ó trece años y ya sabía ajustar los músculos de su cara de chato á las exigencias de la liturgia. Sus ojos eran grandes, de un castaño sucio, y cuando el pillastre se creía en funciones eclesiásticas los movía con afectación, de abajo arriba, de arriba abajo, imitando á muchos sacerdotes y beatas que conocía y trataba.

Pero, sin pensarlo, daba una intención lúbrica y cínica á su mirada, como una meretriz de calleja, que anuncia su triste comercio con los ojos, sin que la policía pueda reivindicar los derechos de la moral pública. La boca muy abierta y desdentada seguía á su manera los aspavientos de los ojos; y Celedonio en su expresión de humildad beatífica pasaba del feo tolerable al feo asqueroso.

Así como en las mujeres de su edad se anuncian por asomos de contornos turgentes las elegantes líneas del sexo, en el acólito sin órdenes se podía adivinar futura y próxima perversión de instintos naturales provocada ya por aberraciones de una educación torcida. Cuando quería imitar, bajo la sotana manchada de cera, los acompasados y ondulantes movimientos de don Anacleto, familiar del obispo—creyendo manifestar así su vocación,—Celedonio se movía y gesticulaba como hembra desfachatada, sirena de cuartel. Esto ya lo había notado el *Palomo*, empleado laico de la Catedral, perrero, según mal nombre de su oficio. Pero no se había atrevido á comunicar sus aprensiones á ningún superior, obedeciendo á un criterio, merced al cual había desempeñado treinta años seguidos con dignidad y prestigio sus funciones complejas de aseo y vigilancia.

En presencia del Magistral, Celedonio había cruzado los brazos é inclinado la cabeza, después de apearse de la ventana. Aquel don Fermín que allá abajo en la calle de la Rúa parecía un escarabajo ¡qué grande se mostraba ahora á los ojos humillados del monaguillo y á los aterrados ojos de su compañero! Celedonio apenas le llegaba á la cintura al canónigo. Veía enfrente de sí la sotana tersa de pliegues escultóricos, rectos, simétricos, una sotana de medio tiempo, de rico castor delgado, y sobre ella flotaba el manteo de seda, abundante, de muchos pliegues y vuelos.

Bismarck, detrás de la Wamba, no veía del canónigo más que los bajos y los admiraba. ¡Aquello era señorío! ¡Ni una mancha! Los piés parecían los de una dama; calzaban media morada, como si fueran de obispo; y el zapato era de esmerada labor y piel muy fina y lucía hebilla de plata, sencilla pero elegante, que decía muy bien sobre el color de la media.

Si los pilletes hubieran osado mirar cara á cara á

don Fermín, le hubieran visto, al asomar en el campanario, serio, cejijunto; al notar la presencia de los campaneros levemente turbado, y en seguida sonriente, con una suavidad resbaladiza en la mirada y una bondad estereotipada en los labios. Tenía razón el delantero, De Pas no se pintaba. Más bien parecía estucado. En efecto, su tez blanca tenía los reflejos del estuco. En los pómulos, un tanto avanzados, bastante para dar energía y expresión característica al rostro, sin afearlo, había un ligero encarnado que á veces tiraba al color del alzacuello y de las medias. No era pintura, ni el color de la salud, ni pregonero del alcohol; era el rojo que brota en las mejillas al calor de palabras de amor ó de vergüenza que se pronuncian cerca de ellas, palabras que parecen imanes que atraen el hierro de la sangre. Esta especie de congestión también la causa el orgasmo de pensamientos del mismo estilo. En los ojos del Magistral, verdes, con pintas que parecían polvo de rapé, lo más notable era la suavidad de liquen; pero en ocasiones, de en medio de aquella crasitud pegajosa salía un resplandor punzante, que era una sorpresa desagradable, como una aguja en una almohada de plumas. Aquella mirada la resistían pocos; á unos les daba miedo, á otros asco; pero cuando algún audaz la sufría, el Magistral la humillaba cubriéndola con el telón carnoso de unos párpados anchos, gruesos, insignificantes, como es siempre la carne informe. La nariz larga, recta, sin corrección ni dignidad, también era sobrada de carne hacia el extremo y se inclinaba como árbol bajo el peso de excesivo fruto. Aquella nariz era la obra muerta en aquel rostro todo expresión, aunque escrito en griego, porque no era fácil leer y traducir lo que el Magistral sentía y pensaba. Los labios largos y delgados, finos, pálidos, parecían obligados á vivir comprimidos por la barba que tendía á subir, amenazando para la vejez, aún leja-

na, entablar relaciones con la punta de la nariz claudicante. Por entonces no daba al rostro este defecto apariencias de vejez, sino expresión de prudencia de la que toca en cobarde hipocresía y anuncia frío y calculador egoísmo. Podía asegurarse que aquellos labios guardaban como un tesoro la mejor palabra, la que jamás se pronuncia. La barba puntiaguda y levantisca semejaba el candado de aquel tesoro. La cabeza pequeña y bien formada, de espeso cabello negro muy recortado, descansaba sobre un robusto cuello, blanco, de recios músculos, un cuello de atleta, proporcionado al tronco y extremidades del fornido canónigo, que hubiera sido en su aldea el mejor jugador de bolos, el mozo de más partido; y á lucir entallada levita, el más apuesto azotacalles de Vetusta.

Como si se tratara de un personaje, el Magistral saludó á Celedonio doblando graciosamente el cuerpo y extendiendo hacia él la mano derecha, blanca, fina, de muy afilados dedos, no menos cuidada que si fuera la de aristocrática señora. Celedonio contestó con una genuflexión como las de ayudar á misa.

Bismarck, oculto, vió con espanto que el canónigo sacaba de un bolsillo interior de la sotana un tubo que á él le pareció de oro. Vió que el tubo se dejaba estirar como si fuera de goma y se convertía en dos, y luégo en tres, todos seguidos, pegados. Indudablemente aquello era un cañón chico, suficiente para acabar con un delantero tan insignificante como él. No; era un fusil porque el magistral lo acercaba á la cara y hacía con él puntería. Bismarck respiró: no iba con su personilla aquel disparo; apuntaba el carca hacia la calle, asomado á una ventana. El acólito, de puntillas, sin hacer ruido, se había acercado por detrás al Provisor y procuraba seguir la dirección del catalejo. Celedonio era un monaguillo de mundo, entraba como amigo de confianza en las mejores casas de Vetusta, y

si supiera que Bismarck tomaba un anteojo por un fusil, se le reiría en las narices.

Uno de los recreos solitarios de don Fermín de Pas consistía en subir á las alturas. Era montañés, y por instinto buscaba las cumbres de los montes y los campanarios de las iglesias. En todos los países que había visitado había subido á la montaña más alta, y si no las había, á la más soberbia torre. No se daba por enterado de cosa que no viese á vista de pájaro, abarcándola por completo y desde arriba. Cuando iba á las aldeas acompañando al obispo en su visita, siempre había de emprender, á pié ó á caballo, como se pudiera, una excursión á lo más empingorotado. En la provincia, cuya capital era Vetusta, abundaban por todas partes montes de los que se pierden entre nubes; pues á los más arduos y elevados ascendía el Magistral, dejando atrás al más robusto andarín, al más experto montañés. Cuanto más subía más ansiaba subir; en vez de fatiga sentía fiebre que les daba vigor de acero á las piernas y aliento de fragua á los pulmones. Llegar á lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas. Ver muchas leguas de tierra, columbrar el mar lejano, contemplar á sus piés los pueblos como si fueran juguetes, imaginarse á los hombres como infusorios, ver pasar un águila ó un milano, según los parajes, debajo de sus ojos, enseñándole el dorso dorado por el sol, mirar las nubes desde arriba, eran intensos placeres de su espíritu altanero que De Pas se procuraba siempre que podía. Entonces sí que en sus mejillas había fuego y en sus ojos dardos. En Vetusta no podía saciar esta pasión; tenía que contentarse con subir algunas veces á la torre de la catedral. Solía hacerlo á la hora del coro, por la mañana ó por la tarde, según le convenía. Celedonio que en alguna ocasión, aprovechando un descuido, había mirado por el anteojo del provisor, sabía que era de poderosa atracción;

desde los segundos corredores, mucho más altos que el campanario, había él visto perfectamente á la Regenta, una guapísima señora, pasearse, leyendo un libro, por su huerta que se llamaba el Parque de los Ozores; sí, señor, la había visto como si pudiera tocarla con la mano, y eso que su palacio estaba en la rinconada de la Plaza Nueva, bastante lejos de la torre, pues tenía en medio la plazuela de la catedral, la calle de la Rúa y la de San Pelayo. ¿Qué más? Con aquel anteojo se veía un poco del billar del casino, que estaba junto á la iglesia de Santa María; y él, Celedonio, había visto pasar las bolas de marfil rodando por la mesa. Y sin el anteojo ¡quiá! en cuanto se veía el balcón como un ventanillo de una grillera. Mientras el acólito hablaba así, en voz baja, á Bismark que se había atrevido á acercarse, seguro de que no había peligro, el Magistral, olvidado de los campaneros, paseaba lentamente sus miradas por la ciudad escudriñando sus rincones, levantando con la imaginación los techos, aplicando su espíritu á aquella inspección minuciosa, como el naturalista estudia con poderoso microscopio las pequeñeces de los cuerpos. No miraba á los campos, no contemplaba la lontananza de montes y nubes; sus miradas no salían de la ciudad.

Vetusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Vetusta. La conocía palmo á palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo, había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas. Lo que sentía en presencia de la heróica ciudad era gula; hacía su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo sino el trinchante.

Y bastante resignación era contentarse, por ahora,

con Vetusta. De Pas había soñado con más altos destinos, y aún no renunciaba á ellos. Como recuerdos de un poema heróico leído en la juventud con entusiasmo, guardaba en la memoria brillantes cuadros que la ambición habia pintado en su fantasia; en ellos se contemplaba oficiando de pontifical en Toledo y asistiendo en Roma á un cónclave de cardenales. Ni la tiara le pareciera demasiado ancha; todo estaba en el camino; lo importante era seguir andando. Pero estos sueños según pasaba el tiempo se iban haciendo más y más vaporosos, como si se alejaran. «Así son las perspectivas de la esperanza», pensaba el Magistral; cuanto más nos acercamos al término de nuestra ambición, más distante parece el objeto deseado, porque no está en lo porvenir, sino en lo pasado; lo que vemos delante es un espejo que refleja el cuadro soñador que se queda atrás, en el lejano día del sueño...» No renunciaba á subir, á llegar cuanto más arriba pudiese, pero cada día pensaba menos en estas vaguedades de la ambición á largo plazo, propias de la juventud. Había llegado á los treinta y cinco años y la codicia del poder era más fuerte y menos idealista; se contentaba con menos pero lo quería con más fuerza, lo necesitaba más cerca; era el hambre que no espera, la sed en el desierto que abrasa y se satisface en el charco impuro sin aguardar á descubrir la fuente que está lejos en lugar desconocido.

Sin confesárselo, sentía á veces desmayos de la voluntad y de la fe en sí mismo que le daban escalofríos; pensaba en tales momentos que acaso él no sería jamás nada de aquello á que había aspirado, que tal vez el límite de su carrera sería el estado actual ó un mal obispado en la vejez, todo un sarcasmo. Cuando estas ideas le sobrecogían, para vencerlas y olvidarlas se entregaba con furor al goce de lo presente, del poderío que tenía en la mano; devoraba su presa, la Vetus-

ta levítica, como el león enjaulado los pedazos ruines de carne que el domador le arroja.

Concentrada su ambición entonces en punto concreto y tangible, era mucho más intensa; la energía de su voluntad no encontraba obstáculo capaz de resistir en toda la diócesis. Él era el amo del amo. Tenía al obispo en una garra, prisionero voluntario que ni se daba cuenta de sus prisiones. En tales días el Provisor era un huracán eclesiástico, un castigo bíblico, un azote de Dios sancionado por su ilustrísima.

Estas crisis del ánimo solían provocarlas noticias del personal: el nombramiento de un obispo joven por ejemplo. Echaba sus cuentas: él estaba muy atrasado, no podría llegar á ciertas grandezas de la jerarquía. Esto pensaba, en tanto que el beneficiado don Custodio le aborrecía principalmente porque era magistral desde los treinta.



Don Fermín contemplaba la ciudad. Era una presa que le disputaban, pero que acabaría de devorar él solo. ¡Qué! También aquel mezquino imperio habían

de arrancarle? No, era suyo. Lo había ganado en buena lid. ¿Para qué eran necios? También el Magistral se elevaba á la altura á la fuerza, también él veía á los vetustenses como escarabajos, sus viviendas viejas y negruzcas aplastadas, las creían los vanidosos ciudadanos palacios y eran madrigueras, cuevas, montones de tierra, labor de topo... ¿Qué habían hecho los dueños de aquellos palacios viejos y arruinados de la Encimada que él tenía allí a sus pies? ¿Qué habían hecho? Heredar. ¿Y él? ¿Qué había hecho él? Conquistar. Cuando era su ambicion de joven la que chisporroteaba en su alma, don Fermin encontraba estrecho el recinto de Vetusta; él que había predicado en Roma, que había olfateado y gustado el incienso de la alabanza en muy altas regiones por breve tiempo, se creía postergado en la catedral vetustense. Pero otras veces, las más, era el recuerdo de sus sueños de niño, precoz para ambicionar, el que le asaltaba, y entonces veía en aquella ciudad que se humillaba á sus plantas el [illegible] el colmo de sus deseos mas locos. Era una especie de placer material, pensaba De Pas, el que sentía comparando sus ilusiones de la infancia con la realidad presente. Si de joven habia soñado cosas mucho más altas, su dominio presente parecia la tierra prometida a las cavilaciones de la niñez, llena de tardes solitarias y melancólicas en las praderas de los puertos. El Magistral empezaba a despreciar un poco los años de su próxima juventud, le parecian a veces algo ridículos sus ensueños y la conciencia no se complacia en repasar todos los actos de aquella época de pasiones reconcentradas, poco y mal satisfechas. Preferia las más veces recrear el espíritu contemplando lo pasado en lo más remoto del recuerdo; su niñez le enternecia, su juventud le disgustaba como el recuerdo de una mujer que fué muy querida, que nos hizo cometer mil locuras y que hoy nos parece digna de olvido y

desprecio. Aquello que él llamaba placer material y tenía mucho de pueril, era el consuelo de su alma en los frecuentes decaimientos del ánimo.

El Magistral había sido pastor en los puertos de Tarsa ¡y era él, el mismo que ahora mandaba á su manera en Vetusta! En este salto de la imaginación estaba la esencia de aquel placer intenso, infantil y material que gozaba De Pas como un pecado de lascivia.

¡Cuántas veces en el púlpito, ceñido al robusto y airoso cuerpo el roquete cándido y rizado, bajo la señoril muceta, viendo allá abajo, en el rostro de todos los fieles la admiración y el encanto, había tenido que suspender el vuelo de su elocuencia, porque le ahogaba el placer, y le cortaba la voz en la garganta! Mientras el auditorio aguardaba en silencio, respirando apenas, á que la emoción religiosa permitiera al orador continuar, él oía como en éxtasis de autolatría el chisporroteo de los cirios y de las lámparas; aspiraba con voluptuosidad extraña el ambiente embalsamado por el incienso de la capilla mayor y por las emanaciones calientes y aromáticas que subían de las damas que le rodeaban; sentía como murmullo de la brisa en las hojas de un bosque el contenido crugir de la seda, el aleteo de los abanicos; y en aquel silencio de la atención que esperaba, delirante, creía comprender y gustaba una adoración muda que subía á él; y estaba seguro de que en tal momento pensaban los fieles en el orador esbelto, elegante, de voz melodiosa, de correctos ademanes á quien oían y veían, no en el Dios de que les hablaba. Entonces sí que, sin poder él desechar aquellos recuerdos se le presentaba su infancia en los puertos; aquellas tardes de su vida de pastor melancólico y meditabundo.—Horas y horas, hasta el crepúsculo, pasaba soñando despierto, en una cumbre, oyendo las esquilas del ganado esparcido por el cueto ¿y qué soñaba? que allá, allá abajo, en el ancho mun-

[illegible]

A. [illegible] de la catedral, se extendía, en estrecha zona, el primitivo recinto de Vetusta. Comprendía lo que se llamaba el barrio de la Encimada y dominaba todo el pueblo que se había ido estirando por Noroeste y por Sudeste. Desde la torre se veía, en algunos patios y jardines de casas viejas y ruinosas, restos de la antigua muralla, convertidos en terrados o paredes medianeras, entre huertos y corrales. La Encimada era el barrio noble y el barrio pobre de Vetusta. Los más linajudos y los más andrajosos vivían allí, cerca unos de otros, aquéllos a sus anchas, los otros apiñados. El buen vetustense era de la Encimada. Algunos fatuos estimaban en mucho la propiedad de una casa, por miserable que fuera, en la parte alta de la ciudad, a la sombra de la catedral, o de Santa María la Mayor o de San Pedro, las dos antiquísimas iglesias vecinas de la Basílica y parroquias que se dividían el noble territorio de la Encimada. El Magistral veía a sus pies el barrio linajudo compuesto de caserones con ínfulas de palacios; conventos grandes como pueblos; y tugu-

rios, donde se amontonaba la plebe vetustense, demasiado pobre para poder habitar las barriadas nuevas allá abajo, en el Campo del sol, al Sudeste, donde la Fábrica Vieja levantaba sus augustas chimeneas en rededor de las cuales un pueblo de obreros había surgido. Casi todas las calles de la Encimada eran estrechas, tortuosas, húmedas, sin sol; crecía en algunas la yerba; la limpieza de aquellas en que predominaba el vecindario noble ó de tales pretensiones por lo menos, era triste, casi miserable, como la limpieza de las cocinas pobres de los hospicios; parecía que la escoba municipal y la escoba de la nobleza pulcra habían dejado en aquellas plazuelas y callejas las huellas que el cepillo deja en el paño raído. Había por allí muy pocas tiendas y no muy lucidas. Desde la torre se veía la historia de las clases privilegiadas contada por piedras y adobes en el recinto viejo de Vetusta. La iglesia ante todo: los conventos ocupaban cerca de la mitad del terreno; Santo Domingo solo, tomaba una quinta parte del area total de la Encimada: seguía en tamaño las Recoletas, donde se habían reunido en tiempo de la Revolución de Setiembre dos comunidades de monjas, que juntas eran diez y ocupaban con su convento y huerto la sexta parte del barrio. Verdad era que San Vicente estaba convertido en cuartel y dentro de sus muros retumbaba la indiscreta voz de la corneta, profanación constante de sagrado silencio secular; del convento ampuloso y plateresco de las Clarisas había hecho el Estado un edificio para toda clase de oficinas, y en cuanto á San Benito era lóbrega prisión de mal seguros delincuentes. Todo esto era triste; pero el Magistral que veía, con amargura en los labios, estos despojos de que le daba elocuente representación el catalejo, podía abrir el pecho al consuelo y á la esperanza contemplando, fuera del barrio noble, al Oeste y al Norte, gráficas señales de la fe rediviva, en los

alrededores de Vetusta, donde construía la piedad nuevas moradas para la vida conventual, más lujosas, más elegantes que las antiguas, sino tan sólidas ni tan grandes. La Revolución había derribado, había robado; pero la Restauración, que no podía restituir, alentaba el espíritu que reedificaba; y ya las Hermanitas de los Pobres tenían coronado el edificio de su propiedad, tacita de plata, que brillaba cerca del Espolón, al Oeste, no lejos de los palacios y *chalets* de la Colonia, ó sea el barrio nuevo de americanos y comerciantes del reino. Hacia el Norte, entre prados de terciopelo tupido, de un verde oscuro, fuerte, se levantaba la blanca fábrica que con sumas fabulosas construían las Salesas, por ahora arrinconadas dentro de Vetusta, cerca de los vertederos de la Encimada, casi sepultadas en las cloacas, en una casa vieja, que tenía por iglesia un oratorio mezquino. Allí, como en nichos, habitaban las herederas de muchas familias ricas y nobles; habían dejado, en obsequio al Crucificado, el regalo de su palacio ancho y cómodo de allá arriba por la estrechez insana de aquella pocilga, mientras sus padres, hermanos y otros parientes regalaban el perezoso cuerpo en las anchuras de los caserones tristes, pero espaciosos de la Encimada. No sólo era la Iglesia quien podía desperezarse y estirar las piernas en el recinto de Vetusta la de arriba, también los herederos de pergaminos y casas solariegas habían tomado para sí anchas cuadras y jardines y huertas que podían pasar por bosques, con relación al area del pueblo, y que en efecto se llamaban, algo hiperbólicamente, parques, cuando eran tan extensos como el de los Ozores y el de los Vegallana. Y mientras no sólo á los conventos, y á los palacios, sino también á los árboles se les dejaba campo abierto para alargarse y ensancharse como querían, los míseros plebeyos que á fuerza de pobres no habían podido huir los codazos del

egoismo noble ó regular, vivian hacinados en casas de tierra que el municipio obligaba á tapar con una capa de cal; y era de ver cómo aquellas casuchas, apiñadas, se enchufaban, y saltaban unas sobre otras, y se metían los tejados por los ojos, ó sean las ventanas. Parecian un rebaño de retozonas reses que apretadas en un camino, brincan y se encaraman en los lomos de quien encuentran delante.

Á pesar de esta injusticia distributiva que don Fermín tenía debajo de sus ojos, sin que le irritara, el buen canónigo amaba el barrio de la catedral, aquel hijo predilecto de la Basilica, sobre todos. La Encimada era su imperio natural, la metrópoli del poder espiritual que ejercía. El humo y los silbidos de la fábrica le hacían dirigir miradas recelosas al Campo del Sol; allí vivían los rebeldes; los trabajadores sucios, negros por el carbón y el hierro amasados con sudor; los que escuchaban con la boca abierta á los energúmenos que les predicaban igualdad, federación, reparto, mil absurdos, y á él no querían oirle cuando les hablaba de premios celestiales, de reparaciones de ultra-tumba. No era que allí no tuviera ninguna influencia, pero la tenía en los menos. Cierto que cuando allí la creencia pura, la fe católica arraigaba, era con robustas raíces, como con cadenas de hierro. Pero si moría un obrero bueno, creyente, nacían dos, tres, que ya jamás oirían hablar de resignación, de lealtad, de fe y obediencia. El Magistral no se hacía ilusiones. El campo del Sol se les iba. Las mujeres defendían allí las últimas trincheras. Poco tiempo antes del día en que De Pas meditaba así, varias ciudadanas del barrio de obreros habían querido matar á pedradas á un forastero que se titulaba pastor protestante; pero estos excesos, estos paroxismos de la fe moribunda más entristecían que animaban al Magistral.—No, aquel humo no era de incienso, subía á lo alto, pero no iba al cielo;

aquellos silbidos de las máquinas lé parecían burlescos, silbidos de sátira, silbidos de látigo. Hasta aquellas chimeneas delgadas, largas, como monumentos de una idolatría, parecían parodias de las agujas de las iglesias...

El Magistral volvía el catalejo al Noroeste, allí estaba la *Colonia*, la Vetusta novísima, tirada á cordel, deslumbrante de colores vivos con reflejos acerados; parecía un pájaro de los bosques de América, ó una india brava adornada con plumas y cintas de tonos discordantes. Igualdad geométrica, desigualdad, anarquía cromáticas. En los tejados todos los colores del Iris como en los muros de Ecbátana; galerías de cristales robando á los edificios por todas partes la esbeltez que podía suponérseles; alardes de piedra inoportunos, solidez afectada; lujo vocinglero. La ciudad del sueño de un indiano que va mezclada con la ciudad de un usurero ó de un mercader de paños ó de harinas que se quedan y edifican despiertos. Una pulmonía posible por una pared maestra ahorrada; una incomodidad segura por una fastuosidad ridícula. Pero no importa, el Magistral no atiende á nada de eso; no ve allí más que riqueza; un Perú en miniatura, del cual pretende ser el Pizarro espiritual. Y ya empieza á serlo. Los indianos de la Colonia que en América oyeron muy pocas misas, en Vetusta vuelven, como á una patria, á la piedad de sus mayores: la religión con las formas aprendidas en la infancia es para ellos una de las dulces promesas de aquella España que veían en sueños al otro lado del mar. Además los indianos no quieren nada que no sea de buen tono, que huela á plebeyo, ni siquiera pueda recordar los orígenes humildes de la estirpe; en Vetusta los descreídos no son más que cuatro pillos, que no tienen sobre qué caerse muertos; todas las personas pudientes creen y practican, como se dice ahora. Páez, don Frutos Redon-

do, los Jacas, Antolínez, los Argumosa y otros y otros ilustres Américo Vespucios del barrio de la Colonia siguen escrupulosamente en lo que se les alcanza las costumbres *distinguidas* de los Corujedos, Vegallanas, Membibres, Ozores, Carraspiques y demás familias nobles de la Encimada, que se precian de muy buenos y muy rancios cristianos. Y si no lo hicieran por propio impulso los Páez, los Redondo, etc., etc., sus respectivas esposas, hijas y demás familia del sexo débil obligaríanles á imitar en religión, como en todo, las maneras, ideas y palabras de la envidiada aristocracia. Por todo lo cual el Provisor mira al barrio del Noroeste con más codicia que antipatía; si allí hay muchos espíritus que él no ha sondeado todavía, si hay mucha tierra que descubrir en aquella América abreviada, las exploraciones hechas, las *factorías* establecidas han dado muy buen resultado, y no desconfía don Fermín de llevar la luz de la fe más acendrada, y con ella su natural influencia, á todos los rincones de las bien alineadas casas de la Colonia, á quien el municipio midió los tejados por un rasero.

Pero, entre tanto, De Pas volvía amorosamente la visual del catalejo á su Encimada querida, la noble, la vieja, la amontonada á la sombra de la soberbia torre. Una á oriente otra á occidente, allí debajo tenía, como dando guardia de honor á la catedral, las dos iglesias antiquísimas que la vieron tal vez nacer, ó por lo menos pasar á grandezas y esplendores que ellas jamás alcanzaron. Se llamaban, como va dicho, Santa María y San Pedro; su historia anda escrita en los cronicones de la Reconquista, y gloriosamente se pudren poco á poco víctimas de la humedad y hechas polvo por los siglos. En rededor de Santa María y de San Pedro hay esparcidas, por callejones y plazuelas casas solariegas, cuya mayor gloria sería poder proclamarse contemporáneas de los ruinosos templos.

Pero no pueden, porque delata la relativa juventud de estos caserones su arquitectura que revela el mal gusto decadente, pesado ó recargado, de muy posteriores siglos. La piedra de todos estos edificios está ennegrecida por los rigores de la intemperie que en Vetusta la húmeda no dejan nada claro mucho tiempo, ni consienten blancura duradera.

Don Saturnino Bermúdez, que juraba tener documentos que probaban al inteligente en heráldica venirle el Bermúdez del rey Bermudo en persona, era el más perito en la materia de contar la historia de cada uno de aquellos caserones, que él consideraba otras tantas glorias nacionales. Cada vez que algún Ayuntamiento radical emprendía ó proyectaba siquiera el derribo de algunas ruinas ó la expropiación de algún solar por utilidad pública, don Saturnino ponía el grito en el cielo y publicaba en *El Lábaro*, el órgano de los ultramontanos de Vetusta, largos artículos que nadie leía, y que el alcalde no hubiera entendido, de haberlos leído; en ellos ponía por las nubes el mérito arqueológico de cada tabique, y si se trataba de una pared maestra demostraba que era todo un monumento. No cabe duda que el señor don Saturnino, siquiera fuese por bien del arte, mentía no poco, y abusaba de lo románico y de lo mudejar. Para él todo era mudejar ó sino románico, y más de una vez hizo remontarse á los tiempos de Fruela los fundamentos de una pared fabricada por algún modesto cantero, vivo todavía. Estos lapsus del erudito no lastimaban su reputación, porque los pocos que podían descubrirlos los consideraban piadosas exageraciones, anacronismos beneméritos; y los demás vetustenses no leían nada de aquello. Mas no por esto dejaba el sabio de sacar á relucir la retórica, en que creía, ostentando atrevidas imágenes, figuras de gran energía, entre las que descollaban las más temerarias personificaciones y las epanadiplosis

más cadenciosas; hablaban las murallas como libros y solían decir: «tiemblan mis cimientos y mis almenas tiemblan;» y tal puerta cochera hubo que hizo llorar con sus discursos patéticos; por lo cual solía terminar el artículo del arqueólogo diciendo: «En fin, señores de la comisión de obras, *sunt lacrymæ rerum!*»

Más de media hora empleó el Magistral en su observatorio aquella tarde. Cansado de mirar, ó no pudiendo ver lo que buscaba allá, hacia la Plaza Nueva, á donde constantemente volvía el catalejo, separóse de la ventana, redujo á su mínimo tamaño el instrumento óptico, guardólo cuidadosamente en el bolsillo y saludando con la mano y la cabeza á los campaneros, descendió con el paso majestuoso de antes, por el caracol de piedra. En cuanto abrió la puerta de la torre y se encontró en la nave Norte de la iglesia, recobró la sonrisa inmóvil, habitual expresión de su rostro, cruzó las manos sobre el vientre, inclinó hacia delante un poco con cierta languidez entre mística y romántica la bien modelada cabeza, y más que anduvo se deslizó sobre el mármol del pavimento que figuraba juego de damas, blanco y negro. Por las altas ventanas y por los rosetones del arco toral y de los laterales entraban haces de luz de muchos colores que remedaban pedazos del iris dentro de las naves. El manteo que el canónigo movía con un ritmo de pasos y suave contoneo iba tomando en sus anchos pliegues, al flotar casi al ras del pavimento, tornasoles de plumas de faisán, y otras veces parecía cola de pavo real; algunas franjas de luz trepaban hasta el rostro del Magistral y ora lo teñían con un verde pálido blanquecino, como de planta sombría, ora le daban viscosa apariencia de planta submarina, ora la palidez de un cadáver.

En la gran nave central del trascoro había muy pocos fieles, esparcidos á mucha distancia; en las capillas laterales, abiertas en los gruesos muros, sumidas en

las sombras, se veía apenas grupos de mujeres arrodilladas ó sentadas sobre los piés, rodeando los confesonarios. Aquí y allí se oía el leve rumor de la plática secreta de un sacerdote y una devota en el tribunal de la penitencia. En la segunda capilla del Norte, la más oscura, don Fermín distinguió dos señoras que hablaban en voz baja. Siguió adelante. Ellas quisieron ir tras él, llamarle, pero no se atrevieron. Le esperaban, le buscaban, y se quedaron sin él.

—Va al coro — dijo una de las damas. Y se sentaron sobre la tarima que rodeaba el confesonario, sumido en tinieblas. Era la capilla del Magistral. En el altar había dos candeleros de bronce, sin velas, sujetos con cadenillas de hierro. Delante del retablo estaba un Jesús Nazareno de talla; los ojos de cristal, tristes, brillaban en la oscuridad; los reflejos del vidrio parecían una humedad fría. Era el rostro el de un anémico; la expresión amanerada del gesto anunciaba una idea fija petrificada en aquellos labios finos y en aquellos pómulos afilados, como gastados por el roce de besos devotos.

Sin detenerse pasó el Magistral junto á la puerta de escape del coro; llegó al crucero; la valla que corre del coro á la capilla mayor estaba cerrada. Don Fermín, que iba á la sacristía, dió el rodeo de la nave del trasaltar flanqueada por otra crujía de capillas. Frente á cada una de éstas, empotrados en la pared del ábside había haces de columnas entre los que se ocultaban sendos confesonarios, invisibles hasta el momento de colocarse en frente de ellos. Allí comunmente ataban y desataban culpas los beneficiados. De uno de estos escondites salió, al pasar el Provisor, como una perdiz levantada por los perros, el señor don Custodio el beneficiado, pálido el rostro, menos las mejillas encendidas con un tinte cárdeno. Sudaba como una pared húmeda. El Magistral miró al beneficiado sin sonreir,

pinchándole con aquellas agujas que tenía entre la blanda crasitud de los ojos. Humilló los suyos don Custodio y pasó cabizbajo, confuso, aturdido en dirección al coro. Era gruesecillo, adamado, tenía aires de comisionista francés vestido con traje talar muy pulcro y elegante. El cuerpo bien torneado se lo ceñía, debajo del manteo ampuloso, un roquete que parecía prenda mujeril, sobre la cual ostentaba la muceta ligera, de seda, propia de su beneficio. Este don Custodio era un enemigo doméstico, un beneficiado de la oposición. Creía, ó por lo menos propalaba todas las injurias con que se quería derribar al Provisor, y le envidiaba por lo que pudiera haber de cierto en el fondo de tantas calumnias. De Pas le despreciaba; la envidia de aquel pobre clérigo le servía para ver, como en un espejo, los propios méritos. El beneficiado admiraba al Magistral, creía en su porvenir, se le figuraba obispo, cardenal, favorito en la corte, influyente en los ministerios, en los salones, mimado por damas y magnates. La envidia del beneficiado soñaba para don Fermín más grandezas que el mismo Magistral veía en sus esperanzas. La mirada de éste fué en seguida, rápida y rastrera, al confesonario de que salía el envidioso. Arrodillada junto á una de las celosías vió una joven pálida con hábito del Carmen.

No era una señorita; debía de ser una doncella de servicio, una costurera, ó cosa así, pensó el Magistral. Tenía los ojos cargados de una curiosidad maliciosa más irritada que satisfecha; se santiguó, como si quisiera comerse la señal de la cruz, y se recogió, sentada sobre los piés, á saborear los pormenores de la confesión, sin moverse del sitio, pegada al confesonario lleno todavía del calor y el olor de don Custodio.

El Magistral siguió adelante, dió vuelta al ábside y entró en la sacristía. Era una capilla en forma de cruz latina, grande, fría, con cuatro bóvedas altas. Á lo lar-

go de todas las paredes estaba la cajonería, de castaño, donde se guardaba ropas y objetos del culto. Encima de los cajones pendían cuadros de pintores adocenados, antiguos los más, y algunas copias no malas de artistas buenos. Entre cuadro y cuadro ostentaban su dorado viejo algunas cornucopias cuya luna reflejaba apenas los objetos, por culpa del polvo y las moscas. En medio de la sacristía ocupaba largo espacio una mesa de mármol negro, del país. Dos monaguillos, con ropón encarnado, guardaban casullas y capas pluviales en los armarios. El *Palomo,* con una sotana sucia y escotada, cubierta la cabeza con enorme peluca echada hacia el cogote, acababa de barrer en un rincón las inmundicias de cierto gato que, no se sabía cómo, entraba en la catedral y lo profanaba todo. El perrero estaba furioso. Los monaguillos se hacían los distraídos, pero él, sin mirarles, les aludía y amenazaba con terribles castigos hipotéticos, repugnantes para el estómago principalmente. El Magistral siguió adelante fingiendo no parar mientes en estos pormenores groseros, tan extraños á la santidad del culto. Se acercó á un grupo que en el otro extremo de la sacristía cuchicheaba con la voz apagada de la conversación profana que quiere respetar el lugar sagrado. Eran dos señoras y dos caballeros. Los cuatro tenían la cabeza echada hacia atrás. Contemplaban un cuadro. La luz entraba por ventanas estrechas abiertas en la bóveda y á las pinturas llegaba muy torcida y menguada. El cuadro que miraban estaba casi en la sombra y parecía una gran mancha de negro mate. De otro color no se veía más que el frontal de una calavera y el tarso de un pié desnudo y descarnado. Sin embargo, cinco minutos llevaba don Saturnino Bermúdez empleados en explicar el mérito de la pintura á aquellas señoras y al caballero que llenos de fe y con la boca abierta escuchaban al arqueólogo. El Magistral encontraba casi todos los días á don

Saturnino en semejante ocupación. En cuanto llegaba un forastero de alguna importancia á Vetusta, se buscaba por un lado ó por otro una recomendación para que Bermúdez fuese tan amable que le acompañara á ver las antigüedades de la catedral y otras de la Encimada. Don Saturnino estaba muy ocupado todo el día, pero de tres á cuatro y media siempre le tenían á su disposición cuantas personas decentes, como él decía, quisieran poner á prueba sus conocimientos arqueológicos y su inveterada amabilidad. Porque además del primer anticuario de la provincia, creía ser—y esto era verdad—el hombre más fino y cortés de España. No era clérigo, sino anfibio. En su traje pulcro y negro de los piés á la cabeza se veía algo que Frígilis, personaje darwinista que encontraremos más adelante, llamaba la adaptación á la sotana, la influencia del medio, etc.; es decir, que si don Saturnino fuera tan atrevido que se decidiera á engendrar un Bermúdez, éste saldría ya diácono por lo menos, según Frígilis. Era el arqueólogo bajo, traía el pelo rapado como cepillo de cerdas negras; procuraba dejar grandes entradas en la frente y se conocía que una calvicie precoz le hubiera lisonjeado no poco. No era viejo: «La edad de Nuestro Señor Jesucristo,» decía él, creyendo haber aventurado un chiste respetuoso, pero algo mundano. Como lo de parecer cura no estaba en su intención, sino en las leyes naturales, don Saturno—así le llamaban—después de haber perdido ciertas ilusiones en una aventura seria en que le tomaron por clérigo, se dejaba la barba, de un negro de tinta china, pero la recortaba como el boj de su huerto. Tenía la boca muy grande, y al sonreir con propósito de agradar, los labios iban de oreja á oreja. No se sabe por qué entonces era cuando mejor se conocía que Bermúdez no se quejaba de vicio al quejarse del pícaro estómago, de digestiones difíciles y sobre todo de perpetuos restriñi-

mientos. Era una sonrisa llena de arrugas, que equivalía á una mueca provocada por un dolor intestinal, aquella con que Bermúdez quería pasar por el hombre más *espiritual* de Vetusta, y el más capaz de comprender una pasión profunda y alambicada. Pues debe advertirse que sus lecturas serias de cronicones y otros libros viejos alternaban en su ambicioso espíritu con las novelas más finas y psicológicas que se escribían por entonces en París. Lo de parecer clérigo no era sino muy á su pesar. Él se encargaba unas levitas de tricot como las de un lechuguino, pero el sastre veía con asombro que vestir la prenda don Saturno y quedar convertida en sotana era todo uno. Siempre parecía que iba de luto, aunque no fuera. Sin embargo, pocas veces quitaba la gasa del sombrero porque se tenía por pariente de toda la nobleza vetustense, y en cuanto moría un aristócrata estaba de pésame. Allá, en el fondo de su alma, se creía nacido para el amor, y su pasión por la arqueología era un sentimiento de la clase de sucedáneos. Al ver en las novelas más acreditadas de Francia y de España que los personajes de mejor sociedad sentían sobre poco más ó menos las mismas comezones de que él era víctima, ya no vaciló en pensar que lo que le había faltado había sido un escenario. Las muchachas de Vetusta eran incapaces de comprenderle, así como él se confesaba á solas que no se atrevería jamás á acercarse á una joven para decirle cosa mayor en materia de amores.

Tal vez las casadas, algunas por lo menos, podrían entenderle mejor. La primera vez que pensó esto tuvo remordimientos para una semana; pero volvió la idea á presentarse tentadora, y como en las novelas que saboreaba sucedía casi siempre que eran casadas las heroínas, pecadoras sí, pero al fin redimidas por el amor y la mucha fe, vino en averiguar y dar por evidente que se podía querer á una casada y hasta decír-

selo, si el amor se contenía en los límites del más acendrado idealismo. En efecto, don Saturno se enamoró de una señora casada; pero le sucedió con ella lo mismo que con las solteras; no se atrevió á decírselo. Con los ojos sí se lo daba á entender, y hasta con ciertas parábolas y alegorías que tomaba de la Biblia y otros libros orientales; pero la señora de sus amores no hacía caso de los ojos de don Saturno ni entendía las alegorías ni las parábolas; no hacía más que decir á espaldas de Bermúdez:

—No sé cómo ese don Saturno puede saber tanto; parece un mentecato.

Esta señora que llamaban en Vetusta la Regenta, porque su marido, ahora jubilado, había sido regente de la Audiencia, nunca supo la ardiente pasión del arqueólogo. Este joven sentimental y amante del saber se cansó de devorar en silencio aquel amor único y procuró ser veleidoso, aturdirse, y esto último poco trabajo le costaba porque nunca se vió hombre más aturdido que él en cuanto una mujer quería marearle con una ó dos miradas. Cuatro años hacía que no perdía baile, ni reunión de confianza, ni teatro, ni paseo, y todavía las damas, cada vez que le veían bailando un rigodón (no se atrevía con el wals ni con la polka) repetían:

—¡Pero este Bermúdez está desconocido!

¡Todos, todos empeñados en que era un cartujo! Esto le desesperaba. Cierto que jamas había probado las dulzuras groseras y materiales del amor carnal; pero eso ¿le constaba al público? Cierto que primero faltaba el sol que don Saturnino á misa de ocho; pero esta devoción, así como el comulgar dos veces al mes, en nada empecía (su estilo) á los títulos de hombre de mundo que él reclamaba. ¡Y si las gentes supieran! ¿Quién era un embozado que de noche, á la hora de las criadas, como dicen en Vetusta, salía muy recata-

damente por la calle del Rosario, torcía entre las sombras por la de Quintana y de una en otra llegaba á los porches de la plaza del Pan y dejaba la Encimada aventurándose por la Colonia, solitaria á tales horas? Pues era don Saturnino Bermúdez, doctor en teología, en ambos derechos, civil y canónico, licenciado en filosofía y letras y bachiller en ciencias; el autor, ni más ni menos, de *Vetusta Romana*, *Vetusta Goda*, *Vetusta Feudal*, *Vetusta Cristiana* y *Vetusta Transformada*, á tomo por Vetusta. Era él, que salía disfrazado de capa y sombrerito flexible. No había miedo que en tal guisa le reconociera nadie. ¿Y á dónde iba? Á luchar con la tentación al aire libre; á cansar la carne con paseos interminables; y un poco también á olfatear el vicio, el crimen pensaba él, crimen en que tenía seguridad de no caer, no tanto por esfuerzos de la virtud como por invencible pujanza del miedo que no le dejaba nunca dar el último y decisivo paso en la carrera del abismo. Al borde llegaba todas las noches, y solía ser una puerta desvencijada, sucia y negra en las sombras de algún callejón inmundo. Alguna vez desde el fondo del susodicho abismo le llamaba la tentación; entonces retrocedía el sabio más pronto, ganaba el terreno perdido, volvía á las calles anchas y respiraba con delicia el aire puro; puro como su cuerpo; y para llegar antes



á las regiones del ideal que eran su propio ambiente, cantaba la *Casta diva* ó el *Spirto gentil* ó el *Santo Fuerte*, y pensaba en sus amores de niño ó en alguna heroína de sus novelas.

¡Ah, cuánta felicidad había en estas victorias de la virtud! ¡Qué clara y evidente se le presentaba entonces la idea de una Providencia! Algo así debía de ser el éxtasis de los místicos! Y don Saturno apretando el paso volvía á su casa ebrio de idealismo, mojando los embozos de la capa con las lágrimas que le hacía llorar aquel baño de idealidad, como él decía para sus adentros. Su enternecimiento era eminentemente piadoso, sobre todo en las noches de luna.

Encerrado en su casa, en su despacho, después de cenar, ó bien escribía versos á la luz del petróleo ó manejaba sus librotes; y por fin se acostaba, satisfecho de sí mismo, contento con la vida, feliz en este mundo calumniado donde, dígase lo que se quiera, aún hay hombres buenos, ánimos fuertes. Esta voluptuosidad ideal del bien obrar, mezclándose á la sensación agradable del calorcillo del suave y blando lecho, convertía poco á poco á don Saturno en otro hombre; y entonces era el imaginar aventuras románticas, de amores en París, que era el país de sus ensueños, en cuanto hombre de mundo. Solía volver á sus novelas de la hora de dormirse la imagen de la Regenta, y entablaba con ella, ó con otras damas no menos guapas, diálogos muy sabrosos en que ponía el ingenio femenil en lucha con el serio y varonil ingenio suyo; y entre estos dimes y diretes en que todo era espiritualismo y, á lo sumo, vagas promesas de futuros favores, le iba entrando el sueño al arqueólogo, y la lógica se hacía disparatada, y hasta el sentido moral se pervertía y se desplomaba la fortaleza de aquel miedo que poco antes salvara al doctor en teología.

Á la mañana siguiente don Saturno despertaba mal

humorado, con dolor de estómago, llena el alma de un pesimismo desesperado y de flato el cuerpo.—¡Memento homo!—decía el infeliz, y se arrojaba del lecho con tedio, procurando una reacción en el espíritu mediante agudos y terribles remordimientos y propósitos de buen obrar, que facilitaba con chorros de agua en la nuca y lavándose con grandes esponjas. Tal vez era la limpieza, esa gran virtud que tanto recomienda Mahoma, la única que positivamente tenía el ilustre autor de *Vetusta Transformada*. Después de bien lavado iba á misa sin falta, á buscar el hombre nuevo que pide el Evangelio. Poco á poco el hombre nuevo venía; y por vanidad ó por fe creía en su regeneración todas las mañanas aquel devoto del Corazón de Jesús. Por eso el espíritu no envejecía: era el estómago, el pícaro estómago el que no hacía caso de la fervorosa contricción del pobre hombre. ¡Y que le dijeran á don Saturno que la materia no es vil y grosera!

Aquel día había recibido antes de comer un billete perfumado de su amiguita Obdulia Fandiño, viuda de Pomares. ¡Qué emoción! No quiso abrir el misterioso pliego hasta después de tomar la sopa. ¿Por qué no soñar? ¿Qué era aquello? O. F. decían dos letras enroscadas como culebras en el lema del sobre. —De parte de doña Obdulia, había dicho el criado. Aquella señora, todo Vetusta lo sabía, era una mujer despreocupada, tal vez demasiado; era una original... Entonces... acaso... ¿por qué no?... una cita... Ellos, al fin, se entendían algo, no tanto como algunos maliciaban, pero se entendían... Ella le miraba en la iglesia y suspiraba. Le había dicho una vez que sabía más que el Tostado, elogio que él supo apreciar en todo lo que valía, por haber leído al ilustre hijo de Ávila. En cierta ocasión ella había dejado caer el pañuelo, un pañuelo que olía como aquella carta, y él lo había re-

cogido, y al entregárselo se habían tocado los dedos y ella había dicho: «—Gracias, Saturno.» Saturno, sin don.

Una noche en la tertulia de Visitación Olías de Cuervo, Obdulia le había tocado con una rodilla en una pierna. Él no había retirado la pierna ni ella la rodilla; él había tocado con el suyo el pié de la hermosa y ella no había retirado... Una cucharada de sopa se le atragantó. Bebió vino y abrió la carta. Decía así:

«Saturnillo: usted que es tan bueno ¿querrá hacerme el obsequio de venir á esta su casa á las tres de la tarde? Le espero con...» Hubo que dar vuelta á la hoja.

—Impaciencia—pensó el sabio. Pero decía. «... Le espero con unos amigos de Palomares que quieren visitar la catedral acompañados de una persona inteligente... etc., etc.» Don Saturno se puso colorado como si estuviera en ridículo delante de una asamblea.

—No importa—se dijo—esta visita á la catedral es un pretexto.

Y añadió:

—¡Bien sabe Dios que siento la profanación á que se me invita!

Se vistió lo más correctamente que supo, y después de verse en el espejo como un Lovelace que estudia arqueología en sus ratos de ocio, se fué á casa de doña Obdulia.

Tal era el personaje que explicaba á dos señoras y á un caballero el mérito de un cuadro todo negro, en medio del cual se veía apenas una calavera de color de aceituna y el talón de un pié descarnado. Representaba la pintura á San Pablo primer ermitaño; el pintor era un vetustense del siglo diez y siete, sólo conocido de los especialistas en antigüedades de Vetusta y su provincia. Por eso el cuadro y el pintor eran tan notables para Bermúdez.



El señor de Palomares vestía un gabán de verano muy largo, de color de pasa, y llevaba en la mano derecha un jipijapa impropio de la estación, pero de cuatro ó cinco onzas—su precio en la Habana—y por esto pensaba que podía usarlo todo el otoño. Se creía el señor Infanzón en el caso de comprender el entusiasmo artístico del sabio mejor que las señoras, quien por su natural ignorancia tenían alguna disculpa si no se pasmaban ante un cuadro que no se veía. Buscó alguna frase oportuna y por de pronto halló esto:

—Oh! mucho! evidentemente! conforme!

Después inclinó la cabeza hacia el pecho, como para meditar, pero en realidad de verdad—estilo de Bermúdez—para descansar, con una reacción proporcionada, de la postura incómoda en que el sabio le había tenido un cuarto de hora. Por fin el del jipijapa exclamó:

—Me parece, señor Bermúdez, que ese famosísimo cuadro del ilustre...

—Cenceño.

—Pues; del ilustrísimo Cenceño; luciría más si...

—Si se pudiera ver—interrumpió la esposa del señor Infanzón.

Éste fulminó terrible mirada de reprensión conyugal y rectificó diciendo:

—Luciría más... si no estuviera un poquito ahumado... Tal vez la cera... el incienso...

—No, señor; ¡qué ahumado!—respondió el sabio, sonriendo de oreja á oreja.—Eso que usted cree obra del humo es la patina; precisamente el encanto de los cuadros antiguos.

—¡La patina!—exclamó el del pueblo convencido.—Sí, es lo más probable. Y se juró, en llegando á Palomares, mirar el diccionario para saber qué era patina.

En aquel momento el Magistral se acercaba á saludar á don Saturno; reconoció á Obdulia y se inclinó sonriente; pero menos sonriente que al saludar á Bermúdez. Después dobló la cabeza y parte del cuerpo ante los de Palomares que le fueron presentados por el sabio.

—El señor don Fermín de Pas, magistral y provisor de la diócesis...

—¡Oh! oh! ya! ya!—exclamó Infanzón que hacía mucho admiraba de lejos al señor Magistral. La señora del lugareño manifestó deseos de besar la mano del Provisor, pero la mirada del marido la contuvo otra vez, y no hizo mas que doblar las rodillas como si

fuera á caerse. El Magistral hàblaba en voz alta de modo que sus palabras resonaban en las bóvedas, y los demás con el ejemplo se animaron también á gritar. Pronto las carcajadas de Obdulia Fandiño, frescas, perladas, como las llamaba don Saturno, llenaron el ambiente, profanado ya con el olor mundano de que había infestado la sacristía desde el momento de entrar. Era el olor del billete, el olor del pañuelo, el olor de Obdulia con que el sabio soñaba algunas veces. Mezclado al de la cera y del incienso le sabía á gloria al anticuario, cuyo ideal era juntar así los olores místicos y los eróticos, mediante una armonía ó componenda, que creía él debía de ser en otro mundo mejor la recompensa de los que en la tierra habían sabido resistir toda clase de tentaciones.

Obdulia, que disimulaba mal su aburrimiento mientras se hablaba de cuadros, ojivas, arcos peraltados, dovelas y otras tonterías que no había entendido nunca, se animó con la presencia del Magistral de quien era hija de confesión, por mas que él había procurado varias veces entregarla á don Custodio, hambriento de esta clase de presas. Aquella mujer le crispaba los nervios á don Fermín; era un escándalo andandó. No había mas que notar cómo iba vestida á la catedral. «Estas señoras desacreditan la religión.» Obdulia ostentaba una capota de terciopelo carmesí, debajo de la cual salían abundantes, como cascada de oro, rizos y más rizos de un rubio sucio, metálico, artificial. ¡Ocho días antes el magistral había visto aquella cabeza á través de las celosías del confesonario completamente negra. La falda del vestido no tenía nada de particular mientras la dama no se movía; era negra, de raso. Pero lo peor de todo era una coraza de seda escarlata que ponía el grito en el cielo. Aquella coraza estaba apretada contra algún armazón (no podía ser menos) que figuraba formas de una mujer

exageradamente dotada por la naturaleza de los atributos de su sexo. ¡Qué brazos! qué pecho! y todo parecía que iba á estallar! Todo esto encantaba á don Saturno mientras irritaba al Magistral, que no quería aquellos escándalos en la iglesia. Aquella señora entendía la devoción de un modo que podría pasar en otras partes, en un gran centro, en Madrid, en París, en Roma; pero en Vetusta no. Confesaba atrocidades en tono confidencial, como podía referírselas en su tocador á alguna amiga de su estofa. Citaba mucho á su amigo el Patriarca y al campechano obispo de Nauplia; proponía rifas católicas, *organizaba* bailes de caridad, novenas y jubileos á puerta cerrada, para las personas decentes... mil absurdos! El Magistral le iba á la mano siempre que podía, pero no podía siempre. Su autoridad que era absoluta casi, no conseguía sujetar aquel azogue que se le marchaba por las junturas de los dedos. La doña Obdulita le fatigaba, le mareaba. ¡Y ella que quería seducirle, hacerle suyo como al obispo de Nauplia, aquel prelado tan fino que no se separaba de ella cuando vivieron en el hotel de la Paix, en Madrid, tabique en medio! Las miradas más ardientes, más negras de aquellos ojos negros, grandes y abrasadores eran para De Pas; los adoradores de la viuda lo sabían y le envidiaban. Pero él maldecía de aquel bloqueo.

—«Necia, ¿si creerá que á mí se me conquista como á don Saturno?»

Á pesar de esta cordial antipatía, siempre estaba afable y cortés con la viuda, porque en este punto no distinguía entre amigos y enemigos. Era menester que una persona estuviese debajo de sus piés, aplastada, para que don Fermín no usase con ella de formas irreprochables. La urbanidad era un dogma para el Magistral lo mismo que para Bermúdez, pero sacaban de ella muy diferente partido.

Mientras se hablaba de lo mucho bueno que había en la catedral y el lugareño se pasmaba y su señora repetía aquellas admiraciones, Obdulia se miraba, como podía, en las altas cornucopias.

El Magistral se despidió. No podía acompañar á aquellas señoras; lo sentía mucho... pero le esperaba la obligación... el coro. Todos se inclinaron.

—Lo primero es lo primero—dijo el de Palomares, aludiendo á la Divinidad y haciendo una genuflexión (no se sabe si ante la Divinidad ó ante el Provisor).

—Afortunadamente, según don Fermín, nada les serviría su inutilidad, mientras que Bermúdez era una crónica viva de las antigüedades vetustenses.

Don Saturno estiró las cejas y dió señales de querer besar el suelo; después miró á Obdulia con mirada seria, penetrante, como con una sonda, como diciéndole:

—Ya lo oyes; soy yo, el primer anticuario de Vetusta, según la opinión del mejor teólogo, quien se declara esclavo tuyo. Todo esto quiso decir con los ojos; pero ella no debió de entenderlo porque se despidió del Magistral dejándole el alma, por conducto de las pupilas, entre los pliegues amplios y rítmicos del manteo. De éste se despojó don Fermín, después de acercarse á un armario y muy gravemente vistió el ajustado roquete, la señoril muceta y la capa de coro.

—¡Qué guapo está!—dijo desde lejos Obdulia, mientras los lugareños admiraban con la fe del carbonero otro cuadro que alababa don Saturnino.

Dieron vuelta á toda la sacristía. Cerca de la puerta había algunos cuadros nuevos que eran copias no mal entendidas de pintores célebres. Á la Infanzón debieron de agradarle más que las maravillas de Cenceño, sin duda porque se veían mejor. Pero su prudente espcso, considerando que Bermúdez pasaba con afectado desdén delante de aquellos vivos y flamantes

colores, dió un codazo á su mujer para que entendiera que por allí se pasaba sin hacer aspavientos. Entre aquellos cuadros había una copia bastante fiel y muy discretamente comprendida del célebre cuadro de Murillo *San Juan de Dios*, del Hospital de incurables de Sevilla. Á la señora de pueblo le llamó la atención la cabeza del santo, que desde que se ve una vez no se olvida.

—¡Oh, qué hermoso!—exclamó sin poder contenerse.

Miró don Saturno con sonrisa de lástima y dijo:

—Sí, es bonito; pero muy conocido.

Y volvió la espalda á San Juan que llevaba sobre sus hombros al pordiosero enfermo, entre las tinieblas.

El señor Infanzón dió un pellizco á su mujer; se puso muy colorado y en voz baja la reprendió de esta suerte:

—Siempre has de avergonzarme. ¿No ves que eso no tiene... patina?

Salieron de la sacristía.

—Por aquí—dijo Bermúdez, señalando á la derecha; y atravesaron el crucero no sin escándalo de algunas beatas que interrumpieron sus oraciones para descoser y recortar la coraza de fuego de Obdulia. La falda de raso, que no tenía nada de particular mientras no la movían, era lo más subversivo del traje en cuanto la viuda echaba á andar. Ajustábase de tal modo al cuerpo, que lo que era falda parecía apretado calzón ciñendo esculturales formas, que así mostradas, no convenían á la santidad del lugar.

—Señores, vamos á ver el Panteón de los Reyes—murmuró muy quedo el arqueólogo, que iba ya preparando sendos trocitos de su *Vetusta Goda* y de su *Vetusta Cristiana*. Y en honor de la verdad se ha de decir que un rey se le iba y otro se le venía; esto es, que

los mezclaba y confundía, siendo la falda de Obdulia la causa de tales confusiones, porque el sabio no podía menos de admirar aquella atrevidísima invención, nueva en Vetusta, mediante la que aparecían ante sus ojos graciosas y significativas curvas que él nunca viera mas que en sueños. Con gran pesadumbre comprendía el devoto anticuario que el contraste del lugar sagrado con las insinuaciones talares de la Fandiño, en vez de apagar sus fuegos interiores, era alimento de la combustión que deploraba, como si á una hoguera la echasen petróleo...

Entraron en la capilla del Panteón. Era ancha, oscura, fría, de tosca fábrica, pero de majestuosa é imponente sencillez. El taconeo irrespetuoso de las botas imperiales, color bronce, que enseñaba Obdulia debajo de la falda corta y ajustada; el estrépito de la seda frotando las enaguas; el crugir del almidón de aquellos bajos de nieve y espuma que tal se le antojaban á don Saturno, quien los había visto otras veces; hubieran sido parte á despertar de su sueño de siglos á los reyes allí sepultados, á ser cierto lo que el arqueólogo dijo respecto del descanso eterno de tan respetables señores:.

—Aquí descansan desde la octava centuria los señores reyes don..., y pronunció los nombres de seis ó siete soberanos con variantes en las vocales, en sentir del lugareño, que siguiendo corrupciones vulgares, decía *ue* en vez de *oi* y otros adefesios.

Estaba el del pueblo profundamente maravillado de la sabiduría y elocuencia de don Saturnino.

Dentro de una cripta cavada en uno de los muros, había un sepulcro de piedra de gran tamaño cubierto de relieves é inscripciones ilegibles. Entre el sepulcro y el muro había estrecho pasadizo, de un pié de ancho y del otro lado, á la misma distancia, una verja de hierro. En la parte interior la oscuridad era absoluta.

Del lado de la verja quedaron los lugareños. Bermúdez, y en pos de él Obdulia, se perdieron de vista en el pasadizo sumido en tinieblas. Después de la enumeración de don Saturno, hubo un silencio solemne. El sabio había tosido, iba á hablar.

—Encienda usted un fósforo, señor Infanzón—dijo Obdulia.

—No tengo... aquí. Pero se puede pedir una vela.

—No señor, no hace falta. Yo sé las inscripciones de memoria... y además, no se pueden leer.

—¿Están en latín?—se atrevió á decir la Infanzón.

—No señora, están borradas.

No se hizo la luz.

El arqueólogo habló cerca de un cuarto de hora. Recitó, fingiendo el pícaro que improvisaba, los capítulos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º de una de sus *Vetustas* y ya iba á terminar con el epílogo que copiaremos á la letra, cuando Obdulia le interrumpió diciendo:

—¡Dios mío! ¿Habrá aquí ratones? Yo creo sentir...

Y dió un chillido y se agarró á don Saturno que, patrocinado por las tinieblas, se atrevió á coger con sus manos la que le oprimía el hombro; y después de tranquilizar á Obdulia con un apretón enérgico, concluyó de esta suerte:

—Tales fueron los preclaros varones que galardonaron con el alboroque de ricas preseas, envidiables privilegios y pías fundaciones á esta Santa Iglesia de Vetusta que les otorgó perenne mansión ultratelúrica para los mortales despojos; con la majestad de cuyo depósito creció tanto su fama, que presto se vió siendo emporio, y gozó hegemonía, digámoslo así, sobre las no menos santas iglesias de Tuy, Dumio, Braga, Iría, Coímbra, Viseo, Lamego, Celeres, Aguas Cálidas *et sic de cœteris*.

—Amén!—exclamó la lugareña sin poder contenerse; mientras Obdulia felicitaba á Bermúdez con un apretón de manos, en la sombra.





II

El coro había terminado: los venerables canónigos dejaban cumplido por aquel día su deber de alabar al Señor entre bostezo y bostezo. Uno tras otro iban entrando en la sacristía con el aire aburrido de todo funcionario que desempeña cargos oficiales mecánicamente, siempre del mismo modo, sin creer en la utilidad del esfuerzo con que gana el pan de cada día. El ánimo de aquellos honrados sacerdotes estaba gastado por el roce continuo de los cánticos canónicos, como la mayor parte de los roquetes, mucetas y capas de que se despojaban para recobrar el manteo. Se notaba en el cabildo de Vetusta lo que es ordinario en muchas corporaciones: algunos señores

prebendados no se hablaban; otros no se saludaban siquiera. Pero á un extraño no le era fácil conocer esta falta de armonía: la prudencia disimulaba tales asperezas, y en conjunto reinaba la mayor y más jovial concordia. Había apretones de mano, golpecitos en el hombro, bromitas sempiternas, chistes, risas, secretos al oído. Algunos, taciturnos, se despedían pronto y abandonaban el templo; no faltaba quien saliera sin despedirse.

Cuando entraba el Magistral, el ilustrísimo señor don Cayetano Ripamilán, aragonés, de Calatayud, apoyaba una mano en el mármol de la mesa, porque los codos no llegaban á tamaña altura, y exclamaba después de haber olfateado varias veces, como perro que sigue un rastro:

—Hame dado en la nariz
olor de.......

La presencia del Provisor contuvo al señor Arcipreste que, cortando la cita, añadió:

—Parece que hemos tenido faldas por aquí, señor De Pas?

Y sin esperar respuesta hizo picarescas alusiones corteses, pero un poco verdes, á la hermosura esplendorosa de la viudita.

Era don Cayetano un viejecillo de setenta y seis años, vivaracho, alegre, flaco, seco, de color de cuero viejo, arrugado como un pergamino al fuego, y el conjunto de su personilla recordaba, sin que se supiera á punto fijo por qué, la silueta de un buitre de tamaño natural; aunque, según otros, más se parecía á una urraca, ó á un tordo encogido y despeluznado. Tenía sin duda mucho de pájaro en figura y gestos, y más, visto en su sombra. Era anguloso y puntiagudo, usaba sombrero de teja de los antiguos, largo y estrecho, de

alas muy recogidas, á lo don Basilio, y como lo echaba hacia el cogote, parecía que llevaba en la cabeza un telescopio; era miope y corregía el defecto con gafas de oro montadas en nariz larga y corva. Detrás de los cristales brillaban unos ojuelos inquietos, muy negros y muy redondos. Terciaba el manteo á lo estudiante, solía poner los brazos en jarras, y si la conversación era de asunto teológico ó canónico, extendía la mano derecha y formaba un anteojo con el dedo pulgar y el índice. Como el interlocutor solía ser más alto, para verle la cara Ripamilán torcía la cabeza y miraba con un ojo solo, como también hacen las aves de corral con frecuencia. Aunque era don Cayetano canónigo y tenía nada menos que la dignidad de arcipreste, que le valía el honor de sentarse en el coro á la derecha del obispo, considerábase él digno de respeto y aun de admiración no por estos vulgares títulos, ni por la cruz que le hacía ilustrísimo, sino por el dón inapreciable de poeta bucólico y epigramático. Sus dioses eran Garcilaso y Marcial, su ilustre paisano. También estimaba mucho á Meléndez Valdés y no poco á Inarco Celenio. Había venido á Vetusta de beneficiado á los cuarenta años; treinta y seis había asistido al coro de aquella iglesia y podía tenerse por tan vetustense como el primero. Muchos no sabían que era de otra provincia. Además de la poesía tenía dos pasiones mundanas: la mujer y la escopeta. Á la última había renunciado; no á la primera que seguía adorando con el mismo pudibundo y candoroso culto de los treinta años. Ni un solo vetustense, aun contando á los librepensadores que en cierto restaurant comían de carne el Viernes Santo, ni uno solo se hubiera atrevido á dudar de la castidad casi secular de don Cayetano. No era eso. Su culto á la dama no tenía que ver nada con las exigencias del sexo. La mujer era el sujeto poético, como él decía, pues se preciaba de hablar como los poe-

tas de mejores siglos y al asunto solía llamarlo sujeto. Sentía desde su juventud, imperiosa necesidad de ser galante con las damas, frecuentar su trato y hacerlas objeto de madrigales tan inocentes en la intención, cuanto llenos de picardía y pimienta en el concepto. Hubo en el Cabildo épocas de negra intransigencia en que se persiguió la manía de Ripamilán como si fuera un crimen, y se habló de escándalo, y de quemar un libro de versos que publicó el Arcipreste á costa del marqués de Corujedo, gran protector de las letras. Por este tiempo fué cuando se quiso excomulgar á don Pompeyo Guimarán, personaje que se encontrará más adelante.

Pasó aquella galerna de fanatismo, y el Arcipreste, que no lo era entonces, sobrenadó con su cargamento de bucólicas inocentadas, bienquisto de todos, menos de conejos y perdices en los montes. Pero ¡cuán lejanos estaban aquellos tiempos! ¿Quién se acordaba ya de Meléndez Valdés, ni de las *Églogas y Canciones por un Pastor de Bilbilis*, ó sea don Cayetano Ripamilán? El romanticismo y el liberalismo habían hecho estragos. Y había pasado el romanticismo, pero el género pastoril no había vuelto, ni los epígramas causaban efecto por maliciosos que fueran. No era don Cayetano uno de tantos canónigos *laudatores temporis acti*, como decía él; no alababa el tiempo pasado por sistema, pero en punto á poesía era preciso confesar que la revolución no había traído nada bueno.

—Vivimos en una sociedad hipócrita, triste y mal educada—solía él decir á los jóvenes de Vetusta, que le querían mucho.—Ustedes, por ejemplo, no saben bailar. Díganme sino, ¿de dónde sacan que puede ser buena crianza el coger á una señorita por la cintura y apretarla contra el pecho?

Creía que se bailaba en los salones la polka íntima

que él, años atrás, había visto bailar en Madrid, con ocasión de cierto viaje curioso.

—En mi tiempo bailábamos de otra manera.

El Arcipreste olvidaba de buena fe que él nunca había bailado más que con alguna silla. Eso sí; allá, cuando seminarista, había sido gran tañedor de flauta y bailarín sin pareja. De todas maneras, figurándose con la abundante y poética fantasía que Dios le había dado, los rigodones en que había lucido garbo y talle, solía, en *petit comité*—según decía—terciar el manteo, colocar la teja debajo del brazo, levantar un poco la sotana y bailar unos solos muy pespunteados y conceptuosos, llenos de piruetas, genuflexiones y hasta trenzados. Reíanse de todo corazón los muchachos y el buen Arcipreste quedaba en sus glorias, logrando con los piés triunfos que ya su pluma no alcanzaba en los tiempos de prosa á que habíamos llegado.

Esto de los bailes solía acontecer en las tertulias á donde el setentón acudía sin falta, porque desde que los médicos le habían prohibido escribir y hasta leer de noche, no podía pasar sin la sociedad más animada y galante. El tresillo le aburría y los conciliábulos de canónigos y obispos de levita, como él decía siempre, le ponían triste. «No era liberal ni carlista. Era un sacerdote.» La juventud le atraía y prefería su trato al de los más sesudos vetustenses. Los poetillas y gacetilleros de la *localidad* tenían en él un censor socarrón y malicioso, aunque siempre cortés y afable. Encontrábase en la calle, por ejemplo, con Trifón Cármenes, el poeta de más alientos de Vetusta, el eterno vencedor en las justas incruentas de la gaya ciencia; le llamaba con un dedo, acercaba su corva nariz á la ancha oreja del vate y decíale:

—He visto aquello... No está mal; pero no hay que olvidar lo de *versate mane*. ¡Los clásicos, Trifoncillo, los clásicos sobre todo! ¿Dónde hay sencillez como aquella:

Yo he visto un pajarillo
posarse en un tomillo?

Y recitaba la tierna poesía de Villegas hasta el último verso; con lágrimas en los ojos y agua en los labios. La mayoría del cabildo absolvía de esta falta de formalidad al Arcipreste á condición de que se le tuviera por chocho.

—Y aun así y todo—decía un canónigo muy buen mozo, nuevo en Vetusta y en el oficio, pariente del ministro de Gracia y Justicia—aun así y todo no se puede llevar en calma la imprudencia con que habla de todo; suelta la sin hueso y juzga precipitadamente, y emplea vocablos y alusiones impropias de una dignidad.

Á este mismo señor canónigo que embozadamente le había reprendido algunas veces por la pimienta de sus epígramas, solía taparle la boca el Arcipreste diciendo:

—Nada, nada, repito lo que mi paisano y queridísimo poeta Marcial dejó escrito para casos tales, es á saber:

Lasciva est nobis pagina, vita proba est.

Con lo cual daba á entender, y era verdad, que él tenía los verdores en la lengua, y otros, no menos canónigos que él, en otra parte. Y no era de estos días el ser don Cayetano muy honesto en el orden aludido, sino que toda la vida había sido un boquirroto en tal materia, pero nada más que un boquirroto. Y esta era la traducción libre del verso de Marcial.

El Arcipreste estaba muy locuaz aquella tarde. La visita de Obdulia á la catedral había despertado sus instintos anafrodíticos, su pasión desinteresada por la mujer, diríase mejor, por la señora. Aquel olor á

Obdulia, que ya nadie notaba, sentíalo aún don Cayetano.

El Magistral contestaba con sonrisas insignificantes. Pero no se marchaba. Algo tenía que decir al Arcipreste. No era De Pas de los que solían quedarse al tertulín, como llamaban á la sabrosa plática de la sacristía después del coro. Si hacía bueno, los del tertulín acostumbraban salir juntos á paseo por una carretera ó ir al Espolón. Si llovía ó amenazaba, prolongaban el palique hasta que el Palomo hacía un discreto ruido con las llaves de la catedral y cada canónigo se iba á su casa. No se crea por esto que eran íntimos amigos los aficionados á platicar después del coro. Acontecía allí lo que es ley general de los corrillos. Entre todos murmuraban de los ausentes, como si ellos no tuvieran defectos, estuvieran en el justo medio de todo y en la vida hubieran de separarse. Pero marchaba uno, y los demás le guardaban cierto respeto por algunos minutos. Cuando ya debía de estar en su casa el temerario, alguno de los que quedaban, decía de repente.

—Como ese otro...

Y todos sabían que aquel gesto de señalar á la puerta y tales palabras significaban:

—¡Fuego graneado!

Y no le quedaba hueso sano á *ese otro*.

El Arcipreste no era de los que menos murmuraban. Él le había puesto el apodo que llevaba sin saberlo, como una maza, al señor Arcediano don Restituto Mourelo. En el cabildo nadie le llamaba Mourelo, ni Arcediano, sino Glocester. Era un poco torcido del hombro derecho don Restituto—por lo demás buen mozo, casi tan alto como el pariente del ministro,—y como este defecto incurable era un obstáculo á las pretensiones de gallardía que siempre había alimentado, discurrió hacer de tripas corazón, como se dice,

ó sea, sacar partido, en calidad de gracia, de aquella tacha con que estaba señalado. En vez de disimularlo subrayaba el vicio corporal torciéndose más y más hacia la derecha, inclinándose como un sauce llorón. Resultaba de aquella extraña postura que parecía Mourelo un hombre en perpetuo acecho, adelantándose á los rumores, avanzada de sí mismo para saber noticias, cazar intenciones y hasta escuchar por los agujeros de las cerraduras. Encontraba el Arcediano, sin haber leído á Darwin, cierta misteriosa y acaso cabalística relación entre aquella manera de F que figuraba su cuerpo y la sagacidad, la astucia, el disimulo, la malicia discreta y hasta el maquiavelismo canónico que era lo que más le importaba. Creía que su sonrisa, un poco copiada de la que usaba el Magistral, engañaba al mundo entero. Sí, era cierto que don Restituto disfrutaba de dos caras: iba con los de la feria y volvía con los del mercado; disimulaba la envidia con una amabilidad pegajosa y fingía un aturdimiento en que no incurría nunca.—Pero, decía el Arcipreste, ni su amabilidad engaña á todos, ni aunque sea un redomado vividor es tan Maquiavelo como él supone.

Hablaba, siempre que podía, al oído del interlocutor, guiñaba los ojos alternativamente, gustaba de frases de segunda y hasta tercera intención, como cubiletes de prestidigitador, y era un hipócrita que fingía ciertos descuidos en las formas del culto externo, para que su piedad pareciese espontánea y sencilla. Todo se volvía secretos. Decía él que abría el corazón por única vez al primero que quería oirle.

—Por la boca muere el pez, ya lo sé. No soy yo de los que olvidan que en boca cerrada no entran moscas; pero con usted no tengo inconveniente en ser explícito y franco, acaso por la primera vez en mi vida. Pues bien, oiga usted el secreto.

Y lo decía. Hablaba en voz baja, con misterio. En-

traba en la sacristía muchas veces diciendo de modo que apenas se le oía:

—Buen tiempo tenemos, señores! Mucho dure!

Ripamilán que años atrás iba de tapadillo al teatro alguna rara vez, escondiéndose en las sombras de una platea de proscenio ó sea *bolsa*, vió una noche el drama titulado: *Los hijos de Eduardo*, arreglado por Bretón de los Herreros, y en cuanto salió á escena Glocester, el Regente jorobado y torcido y lleno de malicias, exclamó:

—Ahí está el Arcediano!

La frase hizo fortuna y Glocester fué en adelante don Restituto Mourelo para toda Vetusta ilustrada. Allí estaba, oyendo con fingida complacencia los chistes picarescos del Arcipreste, cuya lengua temía, presente y ausente. Cuando don Cayetano volvía la espalda, pues hablaba girando con frecuencia sobre los



talones, Glocester guiñaba un ojo al Deán y barrenaba con un dedo la frente. Quería aludir á la locura del poeta bucólico. El cual continuaba diciendo:

—No señores, no hablo á humo de pajas; yo sé la vida que llevaba esta señora viuda en la corte, porque era muy amiga del célebre obispo de Nauplia, á quien

yo traté allí con gran intimidad. En una fonda de la calle del Arenal tuve ocasión de conocer bien á esa Obdulia; á quien antes apenas saludaba aquí, á pesar de que éramos contertulios en casa del marqués de Vegallana. Ahora somos grandes amigos. Es epicurista. No cree en el sexto.

Hubo una carcajada general. Sólo el Provisor se contentó con sonreir, inclinarse y poner cara de santo que sufre por amor de Dios el escándalo de los oídos. El Arcediano rió sin ganas.

La historia de Obdulia Fandiño profanó el recinto de la sacristía, como poco antes lo profanaran su risa, su traje y sus perfumes.

El Arcipreste narraba las aventuras de la dama como lo hubiera hecho Marcial, salvo el latín.

—Señores, á mí me ha dicho Joaquinito Orgaz que los vestidos que luce en el Espolón esa señora...

—Son bien escandalosos...—dijo el Deán.

—Pero muy ricos—observó el pariente del ministro.

—Y muchos; nunca lleva el mismo; cada día un perifollo nuevo—añadió el Arcediano;—yo no sé de dónde los saca, porque ella no es rica; á pesar de sus pretensiones de noble, ni lo es, ni tiene más que una renta miserable y una viudedad irrisoria...

—Pues á eso voy—interrumpió triunfante don Cayetano.—Me ha dicho el chico de Orgaz, que acabó la carrera de médico en San Carlos, que estos últimos años Obdulita servía en Madrid á su prima Tarsila Fandiño, la célebre querida del célebre...

—Sí ¿qué?

—Que le servía de trotaconventos, digámoslo así. Es decir, no tanto: pero vamos, que la acompañaba y... claro, la otra, agradecida... le manda ahora los vestidos que deja, y como los deja nuevos y tiene tantos y tan ricos...

El cabildo, que fingía oir por educación; nada más,

al Arcipreste, se interesaba de veras con la crónica. Ripamilán saboreaba la plática lasciva sólo por lo que tenía de gracejo. Los demás empezaron á estorbarse oyendo juntos aquellas murmuraciones. El Arcipreste clavaba los ojuelos negros y punzantes en el Magistral, confesor de Obdulia; parecía buscar su testimonio.

El Provisor no estaba allí más que para hablar á solas con don Cayetano. Sufría sus impertinencias con calma. Le estimaba. Le perdonaba aquellos inocentes alardes de erotismo retórico porque conocía sus costumbres intachables y su corazón de oro. Eran muy buenos amigos, y Ripamilán el más decidido y entusiástico partidario de don Fermín en las luchas del Cabildo. Otros le seguían por interés, muchos por miedo; don Cayetano, incapaz de temer á nadie, le servía y le amaba porque, según él, era el único hombre superior de la catedral. El Obispo era un bendito, Glocester un taimado con más malicia que talento; el Magistral un sabio, un literato, un orador, un hombre de gobierno, y lo que valía más que todo, en su concepto, un hombre de mundo. Cuando se le hablaba de los supuestos cohechos del Provisor, de su tiranía, de su comercio sórdido, se indignaba el anciano y negaba en redondo hasta los casos de simonía más probables. Si le traían á cuento el capítulo de las aventuras amorosas, que no pasaban de ser rumores anónimos, sin fundamento que hiciera prueba, el Arcipreste sonreía al negar, dando á entender que aquello era posible, pero importaba ménos.

—La verdad es que don Fermín es muy buen mozo, y, si las beatas se enamoran de él viéndole gallardo, pulcro, elegante y hablando como un Crisóstomo en el púlpito, él no tiene la culpa ni la cosa es contraria á las sabias leyes naturales.

El Magistral sabía todo lo que Ripamilán pensaba de

él y le consideraba el más fiel de sus parciales. Por eso le esperaba. Tenía que hacerle ciertas preguntas que, no tratándose del Arcipreste, podrían ser peligrosas. Glocester había olido algo.

—¿«Cómo no se marchaba el Magistral? ¿Cómo sufría aquella jaqueca? No, pues él tampoco dejaba el puesto.» Era el de Mourelo el más cordial enemigo que tenía el Provisor. Precisamente el trabajo de maquiavelismo más refinado del Arcediano consistía en mantener en la apariencia buenas relaciones con «el déspota», pasar como partidario suyo y minarle el terreno, prepararle una caída que ni la de don Rodrigo Calderón. Vastísimos eran los planes de Glocester, llenos de vueltas y revueltas, emboscadas y laberintos, trampas y petardos y hasta máquinas infernales. Don Custodio el beneficiado era su lugarteniente. Éste le había dado aquella tarde la noticia de que la Regenta estaba en la capilla del Magistral esperándole para confesar. Novedad estupenda. La Regenta, muy principal señora, era esposa de don Víctor Quintanar, Regente en varias Audiencias, últimamente en la de Vetusta, donde se jubiló con el pretexto de evitar murmuraciones acerca de ciertas dudosas incompatibilidades; pero en realidad porque estaba cansado y podía vivir holgadamente saliendo del servicio activo. Á su mujer se la siguió llamando la Regenta. El sucesor de Quintanar era soltero y no hubo conflicto; pasó un año, vino otro regente con señora y aquí fué ella. La Regenta en Vetusta era ya para siempre la de Quintanar de la ilustre familia vetustense de los Ozores. En cuanto á la *advenediza* tuvo que perdonar y contentarse con ser: la *otra* Regenta. Además el conflicto duraría poco; ya empezaba á usarse el nombre de «Presidente» y pronto habría nombre distinto para cada cual. Entretanto la Regenta era aún Ozores. La cual siempre había sido hija de confesión de don Cayetano, pero éste

que de algunos años á esta parte sólo confesaba á algunas pocas personas, señoras casi todas, de alta categoría, escogidísimos amigos y amigas, al cabo se había cansado también de esta leve carga, pesada para sus años; y resuelto á retirarse por completo del confesonario, había suplicado á sus hijas de confesión que le librasen de este trabajo y hasta señalado sucesor en tan grave é interesante ministerio; sucesor diferente según las personas. Esta especie de herencia, ó mejor, sucesión *inter vivos*, era muy codiciada en el cabildo y por todos los dependientes del clero catedral. Antes de la reacción religiosa que en Vetusta, como en toda España, habían producido los excesos de los libre-pensadores improvisados en tabernas, cafés y congresos, era el Arcipreste el confesor de la nata de la Encimada, porque tenía la manga ancha en ciertas materias; pero ya la moda había cambiado, se hilaba mas delgado en asuntos pecaminosos y el Magistral que se iba con piés de plomo era preferido. Sin embargo, unas por costumbre, otras por no dar un desaire á don Cayetano, y algunas por seguir contentas con aquel sistema de la manga ancha, algunas damas continuaban asistiendo al tribunal del latitudinario, hasta que él mismo se cansó y con buenos modos empezó á sacudirse las moscas.

Don Custodio, joven ardentísimo en sus deseos, creía demasiado en los milagros de fortuna que hace la confesión auricular y atribuía á ellos sin razón los progresos del Magistral; por esto acechaba la sucesión del Arcipreste con más avaricia que todos, con pasión imprudente. Había averiguado que doña Olvido, la orgullosa hija única de Páez, uno de los más ricos americanos de *La Colonia* había pasado, tiempo atrás, del confesonario de Ripamilán al de don Fermín. Esto era ya una gollería. Pero ¡oh escándalo! ahora (don Custodio lo había averiguado escuchando detrás de una

puerta), ahora el chocho del poeta bucólico dejaba al Magistral la más apetecible de sus joyas penitenciarias, como lo era sin duda la digna y virtuosa y hermosísima esposa de don Víctor Quintanar. ¡Y don Custodio sentía la alegórica baba de la envidia manar de sus labios! Después de haber tropezado en el trasaltar con el Provisor, se había dirigido hacia el trascoro, y dentro de la capilla del *otro*, había visto, mirando de soslayo, dos señoras; *nuevas* sin duda, pues no sabían que aquella tarde no *se sentaba* don Fermín. Había vuelto á pasar, había mirado mejor y con disimulo, y pudo conocer, á pesar de las sombras de la capilla, que una de aquellas damas era la Regenta en persona!

Entró en el coro, y se lo dijo á Glocester. El Arcediano aspiraba á esta sucesión particular; creía pertenecerle por razón de su dignidad el honor de confesar á doña Ana Ozores. «Con el Obispo no había que contar; el Deán era un viejo que no hacía más que comer y temblar; en una procesión de desagravios cuatro borrachos le habían dado un susto, del que sólo se repuso su estómago; digería muy bien, pero no discurría; no pensaba más que lo suficiente para seguir vegetando y asistiendo al coro; tampoco había que contar con él. El Arcipreste renunciaba á la Regenta, ¿pues qué dignidad seguía? la suya; la jerarquía indicaba al Arcediano. Se trataba, pues, de un atropello, de una injusticia que clamaba al cielo, y no podía clamar al Obispo, porque éste era esclavo de don Fermín». Esta opinión de Glocester la aprobaba don Custodio; no tenía el beneficiado la pretensión excesiva de coger para sí tan buen bocado, pero quería que á lo menos no se lo comiera su enemigo. Adulaba á Glocester y le animaba á luchar por la justa causa de sus derechos. Glocester, halagado, y con color de remolacha, dijo al oído del confidente:

—¿Será libre elección de esa señora?—Y separán-

dose un poco, para ver el efecto de su malicia, miró al beneficiado con ojos llenos de picaresca intención, mientras los carrillos cárdenos é hinchados delataban un buche de risa, próxima á derramarse por las comisuras de los labios.

—Puede ser—contestó don Custodio, subrayando las palabras, para darse por enterado de la intención del otro.

Mientras el Arcipreste profanaba los cuatro lados de la cruz latina, que era sacristía, con el relato mundano de la vida y milagros de Obdulia Fandiño, Glocester, sonriendo, pensaba en los motivos que podía tener el Magistral para oir á don Cayetano, en vez de correr al confesonario al pié del cual le esperaba la más codiciada penitente de Vetusta la noble.

Se juraba á sí mismo el Maquiavelo del Cabildo no abandonar el puesto sin saber á qué atenerse.

El Magistral había resuelto no entrar aquel día en la capilla que llamaban suya. Confesar aquella tarde hubiera sido una excepción, motivo para dar que decir. ¿Estarían allí todavía aquellas señoras? Al bajar de la torre y pasar por el trascoro las había visto, las había conocido, eran la Regenta y Visitación; estaba seguro. ¿Cómo habían venido sin avisar? Don Cayetano debía de saberlo. Cuando una señora de las principales, como era la Regenta, quería hacerse hija de confesión del Magistral, le avisaba en tiempo oportuno, le pedía hora. Las personas desconocidas, las mujeres de pueblo no se atrevían á tanto, y las pocas de esta clase que confesaban con él acudían en montón á la capilla oscura cuyos secretos envidiaba don Custodio; allí esperaban el turno de las penitentes anónimas. Estas humildes devotas ya sabían cuáles eran los días de descanso para el Magistral. Aquel era uno y por eso la capilla estuvo desierta hasta que llegaron las dos señoras. Visitación se confesaba cada dos ó tres

meses, no conocía á punto fijo los días *fastos* y *nefastos*, ignoraba cuándo *se sentaba* el Provisor y cuándo no. La Regenta venía por primera vez. «¿Por qué no le había avisado? El suceso era bastante solemne y había de sonar lo suficiente para merecer preliminares más ceremoniosos. ¿Era orgullo? ¿Era que aquella señora pensaba que él había de beber los vientos para averiguar cuándo vendría á favorecerle con su visita?... ¿Era humildad? ¿Era que con una delicadeza y un buen gusto cristiano y no común en las damas de Vetusta, quería confundirse con la plebe, confesar de incógnito, ser una de tantas?» Esta hipótesis le halagaba mucho al Magistral. Le parecía un rasgo poético y sinceramente religioso. «Estaba cansado de Obdulias y Visitaciones. El poco seso de estas, y otras damas, les hacía ser irreverentes, groseras, sí, groseras, con el sacramento y en general con todo el culto. Se tomaban confianzas que eran profanaciones; adquirían pronto una familiaridad importuna que daba ocasión á las calumnias de los necios y de los mal intencionados.»

«No era él un don Custodio, ignorante de lo que es el mundo, lleno de ensueños, ambicioso de cierto oropel eclesiástico, que tal vez se gana en el confesonario, para que le halagasen todavía revelaciones imprudentes, que sólo servían para inundarle el alma de hastío. Esperaba algo nuevo, algo más delicado, algo selecto.» Sabía, por rumores, que el Arcipreste había aconsejado á la Regenta que acudiese á la capilla del Magistral, puesto que él se retiraba del confesonario. Pero don Cayetano nada le había dicho. Además, como en materia de confesión los buenos clérigos son muy reservados, Ripamilán, que sabía tratar en serio los asuntos serios, nunca había hablado al Magistral de lo que podía ser la Regenta, juzgada desde el tribunal sagrado. Aquella tarde esperaba de Pas saber algo. Pero Glocester no se marchaba. Ya no se hablaba de Obdulia,

ni de su prima la de Madrid, su modelo; se hablaba del tiempo; y Glocester no se movía. Se habían ido despidiendo todos los señores canónigos; quedaban los tres y el Palomo, que abría y cerraba cajones con estrépito y murmuraba; maldiciones sin duda.

Don Cayetano contuvo su verbosidad, comprendió que algo deseaba decirle el Magistral, que estorbaba Glocester; recordó de repente que él también quería hablar al Provisor, y como en casos tales no se mordía la lengua, cortó la conversación diciendo:

—¡Ah! ¡pícara memoria! don Fermín, una palabra, con permiso del señor Arcediano... es decir, no es una palabra, tenemos que hablar largo... son intereses espirituales.

Glocester se mordió los labios; saludó con el torcido tronco, haciéndose un arco de puente, y salió de la sacristía diciendo para su alzacuello morado y blanco:

—«Este vejete chocho y mal educado me las ha de pagar todas juntas!»

El Arcipreste se burlaba de la diplomacia y del maquiavelismo del Arcediano con salidas de tono, indirectas del Padre Cobos y otros expedientes por el estilo.

«—Si todos fueran como yo, Glocester no sabría qué hacer de su habilidad y disimulo. ¡Ay de los zorros, si las gallinas no fuesen gallinas!»

Glocester salía siempre por la puerta del claustro, abierta al extremo Norte del crucero; por allí llegaba antes á su casa: pero esta vez quiso salir por la puerta de la torre, porque así pasaba junto á la capilla del Magistral. Miró; no había nadie. Entonces se detuvo, volvió á mirar con ahinco, dió un paso dentro de la capilla; no había nadie; estaba seguro. «Luego aquellas señoras se habían ido sin confesión; luego el Magistral se permitía el lujo de desairar nada menos que á la Regenta!» El Arcediano vió un mundo de intrigas que

podían fundarse en este descuido del Provisor. Tomó agua bendita en una pila grande de mármol negro, y mientras se santiguaba, inclinándose frente al altar del trascoro, decía para sí:

—Este será el talón de Aquiles. Ese desaire te costará caro. Lo explotaré.

Y salió de la catedral haciendo cálculos por los dedos, que se le antojaban cábalas, asechanzas, espionaje, intrigas y hasta postigos secretos y escaleras subterráneas.

El Arcipreste había abierto la boca al oir á De Pas que la Regenta estaba en la catedral. según le habían dicho, y que él no había corrido á saludarla y á confesarla, si á eso venía, como era de suponer.

—¿Pero qué pensará ese ángel de bondad?—gritaba don Cayetano, asustado de veras.

—Á ver, Rodríguez (el Palomo) corre á la capilla del señor Magistral, y si está allí una señora...

Era inútil. Entraba en aquel momento Celedonio el acólito que se metió en la conversación diciendo:

—No señor, ya se han ido. Eran doña Visita y la señora Regenta. Se han ido. Yo hablé con ellas. Les dije que hoy no se sentaba el señor Magistral; y doña Visita que ya quería irse antes, cogió del brazo á doña Ana y se la llevó.

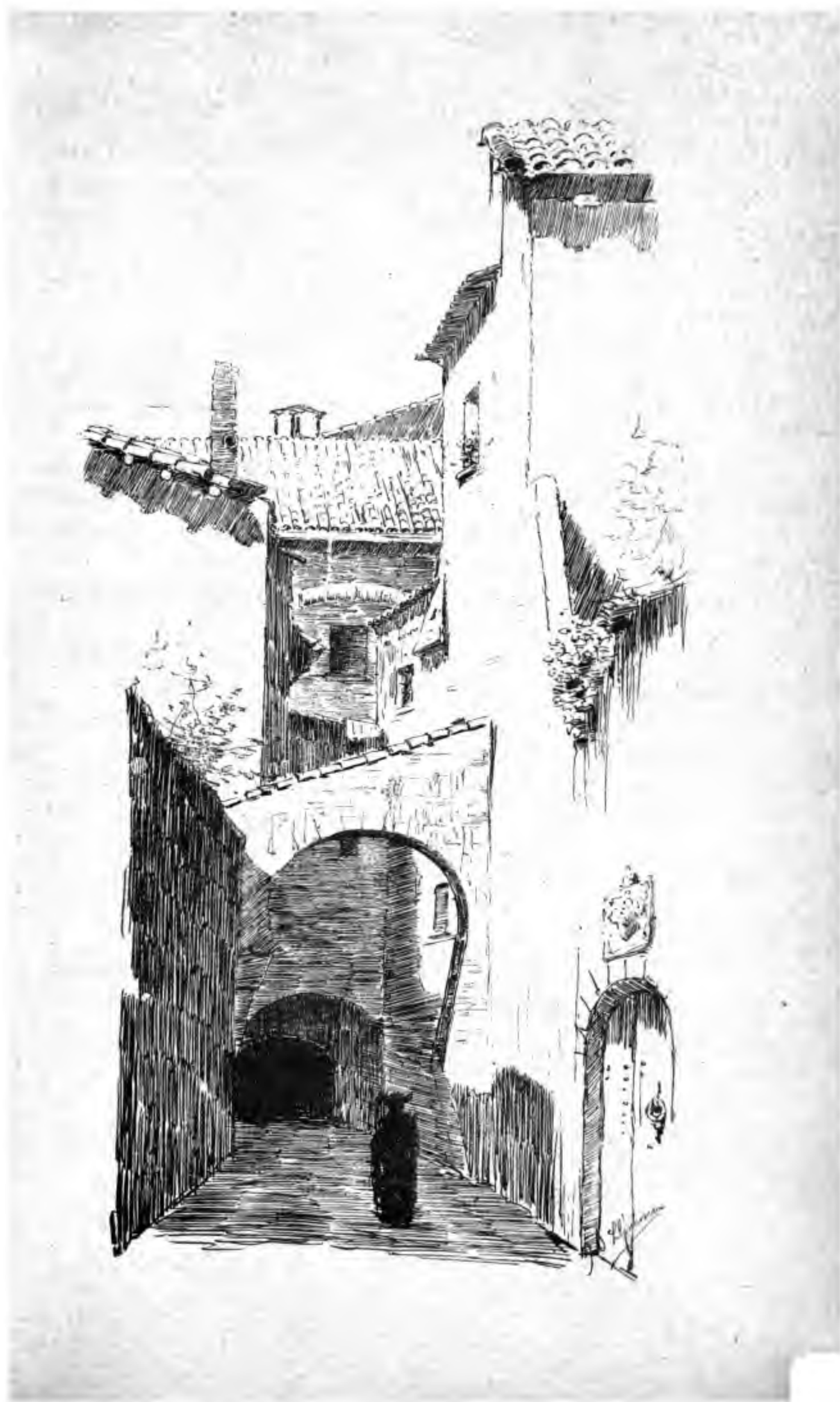
—¿Y qué decían?—preguntó don Cayetano.

—Doña Ana callaba. Doña Visita estaba incomodada porque la señora Regenta había querido venir sin mandar antes un recado. Creo que fueron á paseo, porque doña Visita dijo no sé qué del Espolón.

—¡Al Espolón!—gritó Ripamilán, cogiendo con una mano un brazo del Magistral y con la otra la teja.—Al Espolón!

—Pero don Cayetano!

—Es cuestión de honra para mí; de ese desaire tengo yo culpa en cierto modo.



—Pero si no fué desaire—repetía el Provisor dejándose llevar, y con el rostro hermoseado por una especie de luz espiritual de alegría que lo inundaba.

—Sí señor; y de todos modos, desaire ó no, yo quiero dar una explicación á mi querida amiga... Al Espolón! Por el camino hablaremos; quiero que V. conozca bien á esa mujer, psicológicamente, como dicen los pedantes de ahora; es una gran mujer, un ángel de bondad como le tengo dicho; un ángel que no merece un feo.

—Pero, si no hubo feo... Yo le explicaré á V... Yo no sabía...

Y hablaban en voz baja, porque ya iban andando por la nave Sur de la catedral, dirigiéndose á la puerta. La última capilla de este lado era la de Santa Clementina. Era grande, construída siglos después que las otras capillas, en el diez y siete. Tenía cuatro altares en el centro; las paredes estaban adornadas con profusión de hojarasca, arabescos y otros cosméticos del género decadente á que pertenecía.

El Magistral y el Arcipreste oyeron voces dentro de la capilla. De Pas no paró la atención en ellas, pero Ripamilán se detuvo, olfateando, y tendió el cuello en actitud de escuchar.

—Así Dios me valga, son ellos!—dijo pasmado.

—¿Quién?

—Ellos; la viudita y don Saturno; reconozco el chirrido de ese grillo destemplado.

Y el Arcipreste que manifestara poco antes tanta prisa por salir del templo, se empeñó en entrar en Santa Clementina. El Magistral le siguió, para ocultar su deseo de llegar al Espolón cuanto antes.

Eran *ellos*, en efecto.

En medio de la capilla, don Saturnino sudando copiosamente, cubierta la levita de telarañas y manchas de cal, rojo el rostro, cárdenas las orejas, arengaba á

su auditorio, con un brazo extendido en dirección de la bóveda. Estaba indignado, al parecer, y su indignación la comunicaba de grado ó por fuerza á los Infanzones.

—Señores—exclamaba—ya lo ven Vds.: esta capilla es el lunar, el feo lunar, el borrón diré mejor, de esta joya gótica. Han visto Vds. el panteón, de severa arquitectura románica, sublime en su desnudez; han visto el claustro, ojival puro; han recorrido las galerías de la bóveda, de un gótico sobrio y nada amanerado; han visitado la cripta llamada Capilla Santa de reliquias, y han podido ver un trasunto de las primitivas iglesias cristianas; en el Coro han saboreado primores del relieve, si no de un Berruguete, de un Palma Artela, desconocido, pero sublime artífice; en el retablo de la Capilla Mayor han admirado y gustado con delicia los arranques geniales, sí, geniales puedo decir, del cincel de un Grijalte; y *reasumiendo*, en toda la Santa Basílica han podido corroborar la idea de que este templo es obra de arte severo, puro, sencillo, delicado... *Empero* aquí, señores, forzoso es confesarlo, el mal gusto desbordado, la hinchazón, la redundancia se han dado cita para labrar estas piedras en las que lo amanerado va de la mano con lo extravagante. lo recargado con lo deforme. Esta Santa Clementina, hablo de su capilla, es una deshonra del arte, la ignominia de la catedral de Vetusta.

Calló un momento para limpiar el sudor de la frente y del cogote con el pañuelo perfumado de Obdulia, porque el suyo estaba empapado tiempo hacía en elocuencia liquefacta.

Los Infanzones sudaban también. El marido tenía en la cabeza una olla de grillos. Había oído en hora y media un curso peripatético—¡á pié y andando todo el tiempo!—de arqueología y arquitectura y otro curso de historia pragmática. El desgraciado ya confun-

día á los califas de Córdoba con las columnas de la Mezquita, y ya no sabía cuáles eran más de ochocientos, si las columnas ó los califas; el orden dórico, el jónico y el corintio, los mezclaba con los Alfonsos de Castilla, y ya dudaba si la fundación de Vetusta se debía á un fraile descalzo ó al arco de medio punto; *reasumiendo,* como decía el sabio, sentía náuseas invencibles y apenas oía al arqueólogo, preocupándole más sus esfuerzos por contener impulsos del estómago cuya expansión hubiera sido una irreverencia.

—Si estuviéramos en un barco, no sería tan inoportuno—pensaba—¡pero en una catedral!

El Infanzón estaba en rigor como en alta mar, y cada vez que oía decir la nave del Norte, la nave del Sur, la nave principal, se creía al frente de una escuadra y se figuraba que don Saturno apestaba á brea. Pero el pobre lugareño seguía diciendo que sí á todo.

«Estaba conforme, aquello era una profanación. ¡Qué pesadez la de aquellos doseletes, la de aquellas hornacinas! vaya si eran pesados! como que el Infanzón temía que se le cayeran encima; porque se meneaban, sin duda. Pero ¡buen Dios! añadía para sus adentros; si el género plateresco es cargante y pesadísimo ¿dónde habrá cosa más plateresca que este señor don Saturnino!»

Se le pasó por la imaginación si estaría burlándose de ellos porque eran de un pueblo de pesca. Pero, no; aquella cara no debía de mentir; hablaba de veras; era verdad lo del rey Veremundo y lo de la emigración de la piña pérsica á las columnas árabes; sólo que todo aquello ¡qué le importaba á él que era un compromisario!

La digna esposa de Infanzón también estaba cansada, aburrida, despeada, pero no aturdida. Hacía más de una hora que no oía palabra de cuanto hablaba aquel charlatán, sin vergüenza, libertino. «Oh, si no

fuera porque su marido todo lo consideraba inconveniencia y falta de educación! ¡si no fuera porque estaban en la casa de Dios!.. Estaba escandalizada, furiosa. ¡Bonito papel iban representando ella y el bobalicón de su marido! Le había hecho señas, pero inútilmente. Él pensaba que aludía á lo de la arquitectura y se hacía el distraído. ¿Y la doña Obdulita? No, y que parecía maestra en aquel teje maneje. No habían desperdiciado ni una sola ocasión. ¡Claro! y así les habían traído y llevado por desvanes y bodegas, muertos de cansancio. En cuanto estaba oscuro... ¡claro!... se daban la mano. Ella lo había visto una vez y supuesto las demás. Y él la pisaba el pié... y siempre juntos; y en cuanto había algo estrecho querían pasar á la una... y pasaban ¡qué desenfreno! ¿Pero de dónde le venía á su marido la amistad de aquella señorona? Hasta celos sentía la noble lugareña. No hablaba ni palabra; y si Obdulia y Bermúdez hubieran estado menos preocupados con el Renacimiento, hubiesen notado el ceño y la sequedad de la antes amable y cortés señora de pueblo. Don Saturno reanudó su discurso. Se trataba de probar sus injuriosas afirmaciones.

—Véase si no—continuaba—lo que salta á los ojos, á los del alma quiero decir, de toda persona de gusto. Malhaya el dignísimo obispo, salvo el respeto debido, malhaya el dignísimo obispo don García Madrejón que consintió este confuso acervo de adornos y follajes, quinta esencia de lo barroco, de la profusión manirrota y de la falsedad. Cartelas, medallas, hornacinas (y señalaba con el dedo), capiteles, frontones rotos, guirnaldas, colgadizos, hojarasca, arabescos, que pululáis por las decoraciones de puertas, ventanas, tragaluces y pechinas; en nombre del arte, de la santa idea de sobriedad y la no menos inmortal é inmaculada de armonía, yo os condeno á la maldición de la historia!

—Pues oiga Vd.—se atrevió á decir la Infanzón sin mirar á su esposo;—diga Vd. lo que quiera, esta capilla me parece á mí muy bonita; y me parece en cambio muy feo profanar el templo... ¡blasfemando así de Dios y sus santos!

Ea, se había cansado; quería dar la batalla al libertino y escogía, con un pudor evidente, el terreno neutral del arte, puro y desinteresado. Además le gustaba de veras la capilla y no quería más contemplaciones.

El lugareño creyó que su mujer se había vuelto loca. «Estaría mareada como él.» Quiso hablar, pero no lo consiguió en cuanto quiso. Obdulia soltó al aire una carcajada, que oyó don Cayetano desde fuera. Don Saturno, cortado y sospechando algo del motivo de aquella inesperada oposición, se contentó con inclinarse á lo Magistral y torcer la boca y las cejas de una manera inventada por él mismo frente al espejo. Quería aquello decir que un Bermúdez no disputaba con señoras. Sólo contestó:

—Señora... yo no profano nada... El Arte...

—¡Sí profana Vd.!

—¡Pero mujer, pero Carolina!

—¡Oh! déjela Vd., señor Infanzón; yo respeto todas las opiniones.

Y temiendo que la lugareña llevase la mejor parte en lo de profanar ó no profanar, se apresuró á añadir:

—Por lo demás, ya Vd. comprenderá, amigo mío, que yo sigo los cánones de la belleza clásica condenando enérgicamente el gusto barroco... Esto es plateresco...

—¡Churrigueresco!—exclamó el compromisario queriendo así compensar la protesta disparatada de su mujer.

—¡Churrigueresco!—repitió—¡da náuseas!—y se vió claramente que las sentía.

—¡Churrigueresco!—pudo decir otra vez.

—¡Rococo!—concluyó Obdulia.

En aquel momento el Arcipreste se inclinaba para saludarla como si fuera á besarle las botas color bronce.

Salieron á la calle todos juntos.

Don Saturno se apresuró á despedirse. De sus mejillas brotaba fuego. Iba á cuerpo y tenía mucho frío. El viento caliente le sabía á cierzo.

—¡Temo una pulmonía!—dijo, mientras escapaba abrochándose la levita por la cintura.

Necesitaba saborear á solas las emociones de aquella tarde.

«Amaba y creía ser amado.»





III

AQUELLA tarde hablaron la Regenta y el Magistral en el paseo. El Arcipreste procuró que se encontraran y por su confianza con la Regenta facilitó la entrevista.

Pocas veces habían cruzado la palabra la hermosa dama y el Provisor, y nunca había pasado la conversación de los lugares comunes á que obliga el trato social.

Doña Ana Ozores no era de ninguna cofradía. Pagaba una cuota mensual en las Escuelas Dominicales, pero no asistía á las lecciones ni á las conferencias; vivía lejos del círculo en que el Provisor reinaba. Éste visitaba poco á las personas que no podían ó no querían servirle en sus planes de propaganda. Cuando el señor don Víctor Quintanar era Regente de Vetusta,

el Magistral le visitaba en todas las solemnidades en que exigían este acto de cortesía las costumbres del pueblo; estas visitas las pagaba con la exactitud que él usaba en estos asuntos el señor Quintanar, el más cumplido caballero de la ciudad, después de Bermúdez. Los cumplimientos del Magistral fueron escaseando, sin saberse por qué, cuando se jubiló don Víctor, y por fin cesaron las visitas. Don Víctor y don Fermín se hablaban algunas veces en la calle, en el Espolón; se saludaban siempre con la mayor amabilidad. Se estimaban mutuamente. Las calumnias con que la maledicencia perseguía á De Pas tenían un aislador en don Víctor; por su conducto no se propagaban, y aun tomaba á su cargo deshacer su perniciosa influencia. Doña Ana jamás había hablado á solas con el Magistral, y después que cesaron las visitas apenas volvió á verle de cerca. Á lo menos ella no lo recordaba. Don Cayetano, que sabía esto, hizo un simulacro de presentación diplomática en el tono jocoserio que nunca abandonaba. Ellos, la Regenta y el Magistral, habían hablado poco; todo casi se lo había dicho Ripamilán y lo demás Visitación, que acompañaba á la de Quintanar. Doña Ana volvió pronto á su casa. Se recogió temprano aquella noche.

De la breve conversación de la tarde no recordaba más que esto: que al día siguiente, después del coro, el Magistral la esperaba en su capilla. Le había indicado, aunque por medio de indirectas, que convenía, al mudar de confesor, hacer confesión general.

Había hablado con mucha afabilidad, con voz meliflua, pero poco, con cierto tono frío, y algo distraído al parecer. No le había visto los ojos. No le había visto más que los párpados, cargados de carne blanca. Debajo de las pestañas asomaba un brillo singular.

Cerca del lecho, arrodillada, rezó algunos minutos la Regenta.

Después se sentó en una mecedora junto á su tocador, en el gabinete, lejos del lecho por no caer en la tentación de acostarse, y leyó un cuarto de hora un libro devoto en que se trataba del sacramento de la penitencia en preguntas y respuestas. No daba vuelta á las hojas. Dejó de leer. Su mirada estaba fija en unas palabras que decían: *Si comió carne...*

Mentalmente y como por máquina repetía estas tres voces, que para ella habían perdido todo significado; las repetía como si fueran de un idioma desconocido.

Después, saliendo de no sabía qué pozo negro su pensamiento, atendió á lo que leía. Dejó el libro sobre el tocador y cruzó las manos sobre las rodillas. Su abundante cabellera, de un castaño no muy oscuro, caía en ondas sobre la espalda y llegaba hasta el asiento de la mecedora, por delante le cubría el regazo; entre los dedos cruzados se habían enredado algunos cabellos. Sintió un escalofrío y se sorprendió con los dientes apretados hasta causarle un dolor sordo. Pasó una mano por la frente; se tomó el pulso, y después se puso los dedos de ambas manos delante de los ojos. Era aquella su manera de experimentar si se le iba ó no la vista. Quedó tranquila. No era nada. Lo mejor sería no pensar en ello.

«¡Confesión general!» Sí, esto había dado á entender aquel señor sacerdote. Aquel libro no servía para tanto. Mejor era acostarse. El examen de conciencia de sus pecados de la temporada lo tenía hecho desde la víspera. El examen para aquella confesión general podía hacerlo acostada. Entró en la alcoba. Era grande, de altos artesones, estucada. La separaba del tocador un intercolumnio con elegantes colgaduras de *satín* granate. La Regenta dormía en una vulgarísima cama de matrimonio dorada, con pabellón blanco. Sobre la alfombra, á los piés del lecho, había una piel de tigre, auténtica. No había más imágenes santas que

un crucifijo de marfil colgado sobre la cabecera; inclinándose hacia el lecho parecía mirar á través del tul del pabellón blanco.

Obdulia, á fuerza de indiscreción, había conseguido varias veces entrar allí.

«—¡Qué mujer esta Anita!

»Era limpia, no se podía negar, limpia como el armiño; esto al fin era un mérito... y una pulla para muchas damas vetustenses.»

Pero añadía Obdulia:

«—Fuera de la limpieza y del orden, nada que revele á la mujer elegante. La piel de tigre, ¿tiene un *cachet?* Ps... qué sé yo. Me parece un capricho caro y extravagante, poco femenino al cabo. La cama es un horror! Muy buena para la alcaldesa de Palomares. ¡Una cama de matrimonio! ¡Y qué cama! Una grosería. ¿Y lo demás? Nada. Allí no hay sexo. Aparte del orden, parece el cuarto de un estudiante. Ni un objeto de arte. Ni un mal *bibelot;* nada de lo que piden el *confort* y el buen gusto. La alcoba es la mujer como el estilo es el hombre. Dime cómo duermes y te diré quién eres. ¿Y la devoción? Allí la piedad está representada por un Cristo vulgar colocado de una manera contraria á las *conveniencias.*»

«—Lástima—concluía Obdulia, sin sentir lástima,—que un *bijou* tan precioso se guarde en tan miserable joyero!»

«Ah! debía confesar que el juego de cama era digno de una princesa. ¡Qué sábanas! ¡Qué almohadones! Ella había pasado la mano por todo aquello, ¡qué suavidad! El satín de aquel cuerpecito de regalo no sentiría asperezas en el roce de aquellas sábanas.»

Obdulia admiraba sinceramente las formas y el cutis de Ana, y allá en el fondo del corazón, le envidiaba la piel de tigre. En Vetusta no había tigres; la viuda no podía exigir á sus amantes esta prueba de cariño. Ella

tenía á los piés de la cama la caza del león, pero estampada en tapiz miserable!

Ana corrió con mucho cuidado las colgaduras granate, como si alguien pudiera verla desde el tocador. Dejó caer con negligencia su bata azul con encajes crema, y apareció blanca toda, como se la figuraba don Saturno poco antes de dormirse, pero mucho más hermosa que Bermúdez podía representársela. Después de abandonar todas las prendas que no habían de acompañarla en el lecho, quedó sobre la piel de tigre, hundiendo los piés desnudos, pequeños y rollizos en la espesura de las manchas pardas. Un brazo desnudo se apoyaba en la cabeza algo inclinada, y el otro pendía á lo largo del cuerpo, siguiendo la curva graciosa de la robusta cadera. Parecía una impúdica modelo olvidada de sí misma en una postura académica impuesta por el artista. Jamás el Arcipreste, ni confesor alguno, había prohibido á la Regenta esta voluptuosidad de distender á sus solas los entumecidos miembros y sentir el contacto del aire fresco por todo el cuerpo á la hora de acostarse. Nunca había creído ella que tal abandono fuese materia de confesión.

Abrió el lecho. Sin mover los piés, dejóse caer de bruces sobre aquella blandura suave con los brazos tendidos. Apoyaba la mejilla en la sábana y tenía los ojos muy abiertos. La deleitaba aquel placer del tacto que corría desde la cintura á las sienes.

«—¡Confesión general!» —estaba pensando.—Eso es la historia de toda la vida. Una lágrima asomó á sus ojos, que eran garzos, y corrió hasta mojar la sábana.

Se acordó de que no había conocido á su madre. Tal vez de esta desgracia nacían sus mayores pecados.

«Ni madre ni hijos.»

Esta costumbre de acariciar la sábana con la mejilla

la había conservado desde la niñez.—Una mujer seca, delgada, fría, ceremoniosa, la obligaba á acostarse todas las noches antes de tener sueño. Apagaba la luz y se iba. Anita lloraba sobre la almohada, después saltaba del lecho; pero no se atrevía á andar en la oscuridad y pegada á la cama seguía llorando, tendida así, de bruces, como ahora, acariciando con el rostro la sábana que mojaba con lágrimas también. Aquella blandura de los colchones era todo *lo maternal* con que ella podía contar; no había más suavidad para la pobre niña. Entonces debía de tener, según sus vagos recuerdos, cuatro años. Veintitrés habían pasado y aquel dolor aún la enternecía. Después, casi siempre, había tenido grandes contrariedades en la vida, pero ya despreciaba su memoria; una porción de necios se habían conjurado contra ella; todo aquello le repugnaba recordarlo; pero su pena de niña, la injusticia de acostarla sin sueño, sin cuentos, sin caricias, sin luz, la sublevaba todavía y le inspiraba una dulcísima lástima de sí misma. Como aquel á quien, antes de descansar en su lecho el tiempo que necesita, obligan á levantarse, siente sensación extraña que podría llamarse nostalgia de blandura y del calor de su sueño, así, con parecida sensación, había Ana sentido toda su vida nostalgia del regazo de su madre. Nunca habían oprimido su cabeza de niña contra un seno blando y caliente; y ella, la chiquilla, buscaba algo parecido donde quiera. Recordaba vagamente un perro negro de lanas, noble y hermoso; debía de ser un terranova.—¿Qué habría sido de él?—El perro se tendía al sol, con la cabeza entre las patas, y ella se acostaba á su lado y apoyaba la mejilla sobre el lomo rizado, ocultando casi todo el rostro en la lana suave y caliente. En los prados se arrojaba de espaldas ó de bruces sobre los montones de yerba segada. Como nadie la consolaba al dormirse llorando, acababa por buscar

consuelo en sí misma, contándose cuentos llenos de luz y de caricias. Era el caso que ella tenía una mamá que le daba todo lo que quería, que la apretaba contra su pecho y que la dormía cantando cerca de su oído:

Sábado, sábado, morena,
cayó el pajarillo en trena
con grillos y con cadenaaa...

Y esto otro:

Estaba la pájara pinta
á la sombra de un verde limón...

Estos cantares los oía en una plaza grande á las mujeres del pueblo que arrullaban á sus hijuelos...

Y así se dormía ella también, figurándose que era la almohada el seno de su madre soñada y que realmente oía aquellas canciones que sonaban dentro de su cerebro. Poco á poco se había acostumbrado á esto, á no tener más placeres puros y tiernos que los de su imaginación.

Pensando la Regenta en aquella niña que había sido ella, la admiraba y le parecía que su vida se había partido en dos, una era la de aquel angelillo que se le antojaba muerto. La niña que saltaba del lecho á oscuras era más enérgica que esta Anita de ahora, tenía una fuerza interior pasmosa para resistir sin humillarse las exigencias y las injusticias de las personas frías, secas y caprichosas que la criaban...

«—¡Vaya una manera de hacer examen de conciencia!»—pensó doña Ana algo avergonzada.

Salió descalza de la alcoba, cogió el devocionario que estaba sobre el tocador y corrió á su lecho. Se acostó, acercó la luz y se puso á leer con la cabeza hundida en las almohadas. *Si comió carne*, volvieron á ver sus ojos cargados de sueño; pero pasó adelante.

Una, dos, tres hojas... leía sin saber qué. Por fin, se detuvo en un renglón que decía:

—«Los parajes por donde anduvo...»

Aquello lo entendió. Había estado, mientras pasaba hojas y hojas, pensando, sin saber cómo, en don Álvaro Mesía, presidente del casino de Vetusta y jefe del partido liberal dinástico; pero al leer: «Los parajes por donde anduvo», su pensamiento volvió de repente á los tiempos lejanos. Cuando era niña, pero ya confesaba, siempre que el libro de examen decía «pase la memoria por los lugares que ha recorrido», se acordaba sin querer de la barca de Trébol, de aquel gran pecado que había cometido, sin saberlo ella, la noche que pasó dentro de la barca con aquel Germán, su amigo... ¡Infames! La Regenta sentía rubor y cólera al recordar aquella calumnia. Dejó el libro sobre la mesilla de noche—otro mueble vulgar que irritaba el buen gusto de Obdulia—apagó la luz... y se encontró en la barca de Trébol, á media noche, al lado de Germán, un niño rubio de doce años, dos más que ella. Él la abrigaba solícito con un saco de lona que habían encontrado en el fondo de la barca. Ella le había rogado que se abrigara él también. Debajo del saco, como si fuera una colcha, estaban los dos tendidos sobre el tablado de la barca, cuyas bandas oscuras les impedían ver la campiña; sólo veían allá arriba nubes que corrían delante de la cara de la luna.

—¿Tienes frío?—preguntaba Germán.

Y Ana respondía, con los ojos muy abiertos, fijos en la luna que corría, detrás de las nubes:

—¡No!

—¿Tienes miedo?

—¡Cá!

—Somos marido y mujer—decía él.

—¡Yo soy una mamá!

Y oía debajo de su cabeza un rumor dulce que la



arrullaba como para adormecerla; era el rumor de la corriente.

Se habían contado muchos cuentos. Él había contado además su historia. Tenía papá en Colondres y mamá también.

—¿Cómo era una mamá?

Germán lo explicaba como podía.

—¿Dan muchos besos las mamás?

—Sí.

—¿Y cantan?

—Sí, yo tengo una hermanita que le cantan. Yo ya soy grande.

—¡Y yo soy una mamá!...

Después venía la historia de ella. Vivía en Loreto, una aldea, algo lejos de la ría por aquel lado, pero tocando con el mar por allá arriba, por el arenal. Vivía con una señora que se llamaba aya y doña Camila. No la quería. Aquella señora aya tenía criados y criadas y un señor que venía de noche y le daba besos á doña Camila, que le pegaba y decía: «Delante de ella no, que es muy maliciosa.»

Le decían que tenía un papá que la quería mucho y era el que mandaba los vestidos y el dinero y todo. Pero él no podía venir, porque estaba matando moros. La castigaban mucho, pero no la pegaban; eran encierros, ayunos y el castigo peor, el de acostarse temprano. Se escapaba por la puerta del jardín y corría llorando hacia el mar; quería meterse en un barco y navegar hasta la tierra de los moros y buscar á su papá. Algún marinero la encontraba llorando y la acariciaba. Ella le proponía el viaje, el marinero se reía, le decía que sí, la cogía en los brazos, pero el pícaro la llevaba á casa del aya y la volvían al encierro. Una tarde se había escapado por otro camino, pero no encontraba el mar. Había pasado junto á un molino; un perro le había cerrado el paso al atravesar el puente

de la acequia, hecho con un tronco hueco de castaño; Ana se había echado sobre el tronco porque se mareaba viendo el agua blanca que ladraba debajo como el perro en frente de ella. El perro había pasado por encima de Anita; no había querido morderla. Ella entonces, desde la otra orilla, le llamó y le dijo:

—Chito, toma, ahí tienes eso.

Era su merienda que llevaba en un bolsillo; un poco de pan con manteca mojado en lágrimas.

Casi siempre comía el pan de la merienda salado por las lágrimas. Cuando estaba sola lloraba de pena; pero delante del aya, de los criados y del hombre, lloraba de rabia. Había encontrado después del molino un bosque y lo había cruzado corriendo, cantando, y eso que tenía aún los ojos llenos de llanto, pero cantaba de miedo. Al salir del bosque había visto un prado de yerba muy verde y muy alta...

—¿Y allí estaba yo, verdad?—gritó Germán.

—Es verdad.

—Y te dije si querías embarcarte en la barca de Trébol, que el barquero había sido mi criado, y yo era de Colondres, que está al otro lado de la ría.

—Es verdad.

La Regenta recordaba todo esto como va escrito, incluso el diálogo; pero creía que, en rigor, de lo que se acordaba no era de las palabras mismas, sino de posterior recuerdo en que la niña había animado y puesto en forma de novela los sucesos de aquella noche.

Después se habían dormido. Ya era de día cuando les despertó una voz que gritaba desde la orilla de Colondres. Era el barquero que veía su barca en un islote que dejaba el agua en medio de la ría al bajar la marea. El barquero les riñó mucho. Á ella la condujo á Loreto un hijo de aquel hombre; pero en el camino les halló un criado del aya. Andaban buscán-

dola por todo el mundo. Creían que se había caído al mar. Doña Camila estaba enferma del susto, en cama. El hombre que besaba al aya cogió á Anita por un brazo y se lo apretó hasta arrancarle sangre. Pero ella no lloró.

Le preguntaron dónde había pasado la noche y no quiso contestar por temor de que castigaran á Germán si se sabía. La encerraron, no le dieron de comer aquel día, pero no declaró nada. Á la mañana siguiente el aya hizo llamar al barquero de Trébol. Según aquel hombre, los niños se habían concertado para pasar juntos una noche en la barca. ¿Quién lo diría? Ana confesó al cabo que habían dormido juntos, pero que había sido sin querer. Su propósito había sido hacerse dueños de la barca una noche, aunque los riñeran en casa, pasar de orilla á orilla ellos solos, tirando por la cuerda, y después volverse él á Colondres y ella á Loreto. Pero el agua de la ría se había marchado, la barca tropezó en el fondo con las piedras en mitad del pasaje y por más esfuerzos que habían hecho no habían conseguido moverla. Y se habían acostado y se habían dormido. De haber podido romper la cuerda que sujetaba la lancha se hubieran ido á la tierra del moro, porque Germán sabía el camino por el mar; ella hubiera buscado á su papá y él hubiera matado muchos moros; pero la cuerda era muy fuerte. No pudieron romperla y se acostaron para contarse cuentos de dormir.

Lo mismo había referido Germán al barquero, pero no se creyó la historia.

¡Qué escándalo! doña Camila cogió á Anita por la garganta y por poco la ahoga. Después dijo un refrán desvergonzado en que se insultaba á su madre y á ella, según comprendió mucho más tarde, porque entonces no entendía aquellas palabras.

Doña Camila culpaba al hombre que le daba besos, de las picardías de la niña.

—Tú le has abierto los ojos con tus imprudencias.

Anita no entendía y el hombre, el señor del aya, reía á carcajadas.

Desde aquel día el hombre la miraba con llamaradas en los ojos, y sonreía, y en cuanto salía de la habitación el aya le pedía besos á ella, pero nunca quiso dárselos.

Vino un cura y se encerró con Ana en la alcoba de la niña y le preguntó unas cosas que ella no sabía lo que eran. Más adelante, meditando mucho, acabó por entender algo de aquello. Se la quiso convencer de que había cometido un gran pecado. La llevaron á la iglesia de la aldea y la hicieron confesarse. No supo contestar al cura y éste declaró al aya que no servía la niña para el caso todavía, porque, por ignorancia ó por malicia, ocultaba sus pecadillos. Los chicos de la calle la miraban como el hombre que besaba á doña Camila; la cogían por un brazo y querían llevársela no sabía á dónde. No volvió á salir sin el aya. Á Germán no había vuelto á verle.

—He escrito á tu papá diciéndole lo que tú eres. En cuanto cumplas los once años, irás á un colegio de Recoletas.

Esta amenaza de doña Camila no pasó de amenaza, pero Ana no sentía salir de Loreto, ir donde quiera.

Desde entonces la trataron como á un animal precoz. Sin enterarse bien de lo que oía, había entendido que achacaban á culpas de su madre los pecados que la atribuían á ella...

Al llegar á este punto de sus recuerdos la Regenta sintió que se sofocaba, sus mejillas ardían. Encendió luz, apartó de sí la colcha pesada y sus formas de Venus, algo flamenca, se revelaron exageradas bajo la manta de finísima lana de colores ceñida al cuerpo. La colcha quedó arrugada á los piés.

Aquellos recuerdos de la niñez huyeron, pero la có-

lera que despertaron, á pesar de ser tan lejana, no se desvaneció con ellos.

«—¡Qué vida tan estúpida!»—pensó Ana, pasando á reflexiones de otro género.

Aumentaba su mal humor con la conciencia de que estaba pasando un cuarto de hora de rebelión. Creía vivir sacrificada á deberes que se había impuesto; estos deberes algunas veces se los representaba como poética misión que explicaba el por qué de la vida. Entonces pensaba:

«—La monotonía, la insulsez de esta existencia es aparente; mis días están ocupados por grandes cosas; este sacrificio, esta lucha es más grande que cualquier aventura del mundo.»

En otros momentos, como ahora, tascaba el freno la pasión sojuzgada; protestaba el egoísmo, la llamaba loca, romántica, necia y decía:—¡Qué vida tan estúpida!

Esta conciencia de la rebelión la desesperaba; quería aplacarla y se irritaba. Sentía cardos en el alma. En tales horas no quería á nadie, no compadecía á nadie. En aquel instante deseaba oir música; no podía haber más voz oportuna. Y sin saber cómo, sin querer se le apareció el Teatro Real de Madrid y vió á don Alvaro Mesía, el presidente del Casino, ni más ni menos, envuelto en una capa de embozos grana, cantando bajo los balcones de Rosina:

Ecco ridente il ciel...

La respiración de la Regenta era fuerte, frecuente; su nariz palpitaba ensanchándose, sus ojos tenían fulgores de fiebre y estaban clavados en la pared, mirando la sombra sinuosa de su cuerpo ceñido por la manta de colores.

Quiso pensar en aquello, en Lindoro, en el Barbero,

para suavizar la aspereza de espíritu que la mortificaba.

—¡Si yo tuviera un hijo!... ahora... aquí... besándole, cantándole...

Huyó la vaga imagen del rorro, y otra vez se presentó el esbelto don Alvaro, pero de gabán blanco entallado, saludándola como saludaba el rey Amadeo.

Mesía al saludar humillaba los ojos, cargados de amor, ante los de ella imperiosos, imponentes.

Sintió flojedad en el espíritu. La sequedad y tirantez que la mortificaban se fueron convirtiendo en tristeza y desconsuelo...

Ya no era mala, ya sentía como ella quería sentir; y la idea de su sacrificio se le apareció de nuevo; pero grande ahora, sublime, como una corriente de ternura capaz de anegar el mundo. La imagen de don Alvaro también fué desvaneciéndose, cual un cuadro disolvente; ya no se veía más que el gabán blanco y detrás, como una filtración de luz, iban destacándose una bata escocesa á cuadros, un gorro verde de terciopelo y oro, con borla, un bigote y una perilla blancos, unas cejas grises muy espesas... y al fin sobre un fondo negro brilló entera la respetable y familiar figura de su don Víctor Quintanar con un nimbo de luz en torno. Aquel era el sujeto del sacrificio, como diría don Cayetano. Ana Ozores depositó un casto beso en la frente del caballero.

Y sintió vehementes deseos de verle, de besarle en realidad como al cuadro disolvente.

Mala hora, sin duda, era aquella.

Pero la casualidad vino á favorecer el anhelo de la casta esposa. Se tomó el pulso, se miró las manos; no veía bien los dedos, el pulso latía con violencia; en los párpados le estallaban estrellitas, como chispas de fuegos artificiales, sí, sí, estaba mala, iba á darle el ataque; había que llamar; cogió el cordón de

la campanilla, llamó. Pasaron dos minutos. ¿No oían?... Nada. Volvió á empuñar el cordón... llamó. Oyó pasos precipitados. Al mismo tiempo que por una puerta de escape entraba Petra, su doncella, asustada, casi desnuda, se abrió la colgadura granate y apareció el cuadro disolvente, el hombre de la bata escocesa y el gorro verde, con una palmatoria en la mano.



—¿Qué tienes, hija mía?—gritó don Víctor acercándose al lecho.

«Era el ataque, aunque no estaba segura de que viniese con todo el aparato nervioso de costumbre; pero los síntomas los de siempre; no veía, le estallaban chispas de brasero en los párpados y en el cerebro, se le enfriaban las manos, y de pesadas no le parecían suyas...» Petra corrió á la cocina sin esperar órdenes; ya sabía lo que se necesitaba, tila y azahar.

Don Víctor se tranquilizó. «Estaba acostumbrado al

ataque de su querida esposa; padecía la infeliz, pero no era nada.»

—No pienses en ello, que ya sabes que es lo mejor.

—Sí, tienes razón; acércate, háblame, siéntate aquí.

Don Víctor se sentó sobre la cama y *depositó* un beso paternal en la frente de su señora esposa. Ella le apretó la cabeza contra su pecho y derramó algunas lágrimas. Notadas que fueron las cuales por don Víctor exclamó éste:

—¿Ves? ya lloras; buena señal. La tormenta de nervios se deshace en agua; está conjurado el ataque, verás como no sigue.

En efecto, Ana comenzó á sentirse mejor. Hablaron. Ella manifestó una ternura que él le agradeció en lo que valía. Volvió Petra con la tila.

Don Víctor observó que la muchacha no había reparado el desorden de su traje, que no era traje, pues se componía de la camisa, un pañuelo de lana, corto, echado sobre los hombros y una falda que, mal atada al cuerpo, dejaba adivinar los encantos de la doncella, dado que fueran encantos, que don Víctor no entraba en tales averiguaciones, por más que sin querer aventuró, para sus adentros, la hipótesis de que las carnes debían de ser muy blancas, toda vez que la chica era rubia azafranada...

Con la tila y el azahar Anita acabó de serenarse. Respiró con fuerza; sintió un bienestar que le llenó el alma de optimismo.

«¡Qué solícita era Petra! y su Víctor ¡qué bueno!»

«Y había sido hermoso, no cabía duda. Verdad era que sus cincuenta y tantos años parecían sesenta; pero sesenta años de una robustez envidiable; su bigote blanco, su perilla blanca, sus cejas grises le daban venerable y hasta heróico aspecto de brigadier y aun de general. No parecía un Regente de Audiencia jubilado, sino un ilustre caudillo en situación de cuartel.»

Petra, temblando de frío, con los brazos cruzados, unos blanquísimos brazos bien torneados, se retiró discretamente, pero se quedó en la sala contigua esperando órdenes.

Ana se empeñó en que Quintanar—casi siempre le llamaba así—bebiese aquella poca tila que quedaba en la taza.

¡Pero si don Víctor no creía en los nervios! Si estaba sereno! Muerto de sueño, pero tranquilo.

«No importaba. Era un capricho. No lo conocía él, pero se había asustado.»

—Que no, hija mía; que te juro...

—Que sí, que sí...

Don Víctor tomó tila y acto continuo bostezó enérgicamente.

—¿Tienes frío?

—¡Frío yo!

Y pensó que dentro de tres horas, antes de amanecer, saldría con gran sigilo por la puerta del parque —la huerta de los Ozores.—Entonces sí que haría frío, sobre todo, cuando llegaran al Montico, él y su querido Frígilis, su Pílades cinegético, como le llamaba. Iban de caza; una caza prohibida, á tales horas, por la Regenta. Anita no dejó á Víctor tan pronto como él quisiera. Estaba muy habladora su querida mujercita. Le recordó mil episodios de la vida conyugal siempre tranquila y armoniosa.

—¿No quisieras tener un hijo, Víctor?—preguntó la esposa apoyando la cabeza en el pecho del marido.

—¡Con mil amores!—contestó el ex-regente buscando en su corazón la fibra del amor paternal. No la encontró; y para figurarse algo parecido pensó en su reclamo de perdiz, escogidísimo regalo de Frígilis.

«—Si mi mujer supiera que sólo puedo disponer de dos horas y media de descanso, me dejaría volver á la cama.»

Pero la pobrecita lo ignoraba todo, debía ignorarlo. Más de media hora tardó la Regenta en cansarse de aquella locuacidad nerviosa. ¡Qué de proyectos! ¡qué de horizontes de color de rosa! Y siempre, siempre juntos Víctor y ella.

—¿Verdad?

—Sí, hijita mía, sí; pero debes descansar; te exaltas hablando...

—Tienes razón; siento una fatiga dulce... Voy á dormir.

Él se inclinó para besarle la frente, pero ella echándole los brazos al cuello y hacia atrás la cabeza, recibió en los labios el beso. Dón Víctor se puso un poco encarnado; sintió hervir la sangre. Pero no se atrevió. Además, antes de tres horas debía estar camino del Montico con la escopeta al hombro. Si se quedaba con su mujer, adiós cacería... Y Frígilis era inexorable en esta materia. Todo lo perdonaba menos faltar ó llegar tarde á un madrugón por el estilo.

—«Sálvense los principios»—pensó el cazador.

—Buenas noches, tórtola mía!

Y se acordó de las que tenía en la pajarera.

Y después de *depositar* otro beso, por propia iniciativa, en la frente de Ana, salió de la alcoba con la palmatoria en la diestra mano; con la izquierda levantó el cortinaje granate; volvióse, saludó á su esposa con una sonrisa, y con majestuoso paso, no obstante calzar bordadas zapatillas, se restituyó á su habitación que estaba al otro extremo del caserón de los Ozores.

Atravesó un gran salón que se llamaba el estrado; anduvo por pasillos anchos y largos, llegó á una galería de cristales y allí vaciló un momento. Volvió pié atrás, desanduvo todos los pasillos y discretamente llamó á una puerta.

Petra se presentó en el mismo desorden de antes.

—¿Qué hay? ¿se ha puesto peor?

—No es eso, muchacha—contestó don Víctor.

«¡Qué desfachatez! aquella joven ¿no consideraba que estaba casi desnuda?»

—Es que... es que... por si Anselmo se duerme y no oye la señal de don Tomás (Frígilis)... Como es tan bruto Anselmo... Quiero que tú me llames si oyes los tres ladridos... ya sabes... don Tomás...

—Sí, ya sé. Descuide usted, señor. En cuanto ladre don Tomás iré á llamarle. ¿No hay más?—añadió la rubia azafranada, con ojos provocativos.

—Nada más. Y acuéstate, que estás muy á la ligera y hace mucho frío.

Ella fingió un rubor que estaba muy lejos de su ánimo y volvió la espalda no muy cubierta. Don Víctor levantó entonces los ojos y pudo apreciar que eran, en efecto, encantos los que no velaba bien aquella chica.

Se cerró la puerta del cuarto de Petra y don Víctor emprendió de nuevo su majestuosa marcha por los pasillos.

Pero antes de entrar en su cuarto se dijo:

—«Ea; ya que estoy levantado voy á dar un vistazo á mi gente.»

En un extremo de la galería de cristales había una puerta; la empujó suavemente y entró en la casa-habitación de sus pájaros que dormían el sueño de los justos.

Con la mano que llevaba libre hizo una pantalla para la luz de la palmatoria, y de puntillas se acercó á la canariera. No había novedad. Su visita inoportuna no fué notada más que por dos ó tres canarios, que movieron las alas estremeciéndose y ocultaron la cabeza entre la pluma. Siguió adelante. Las tórtolas también dormían; allí hubo ciertos murmullos de desaprobación, y don Víctor se alejó por no ser indiscreto. Se acercó á la jaula «del tordo más filarmónico de la provincia, sin vanidad.» El tordo estaba enhiesto sobre un travesaño, *con los hombros encogidos;* pero no

dormía. Sus ojos se fijaron de un modo impertinente en los de su amo y no quiso reconocerle. Toda la noche se hubiera estado el animalejo mira que te mirarás, con aire de desafío, sin bajar la mirada; «le conocía bien; era muy aragonés. ¡Y cómo se parecía á Ripa-



milán!» Siguió adelante. Quiso ver la codorniz; pero la salvaje africana se daba de cabezadas, asustada, contra el techo de lienzo de su jaula chata y la dejó tranquilizarse. Ante el reclamo de perdiz quedó extasiado. Si algún pensamiento impuro manchara acaso su conciencia poco antes, la contemplación del reclamo, aquella obra maestra de la naturaleza, le devolvió toda la elevación de miras y grandeza de espíritu que convenía al primer ornitólogo y al cazador sin rival de Vetusta.

Equilibrado el ánimo, volvió don Víctor al amor de las sábanas.

En aquella estancia dormían años atrás, en la cama dorada de Anita, él y ella, amantes esposos. Pero... habían coincidido en una idea.

Á ella le molestaba él con sus madrugones de cazador; á él le molestaba ella porque le hacía sacrificarse y madrugar menos de lo que debía, por no despertarla. Además, los pájaros estaban en una especie de destierro, muy lejos del amo. Traerlos cerca estando allí Anita sería una crueldad; no la dejarían dormir la mañana. Pero él ¡con qué deleite hubiera saboreado el primer silbido del tordo, el arrullo voluptuoso de las tórtolas, el monótono ritmo de la codorniz, el chas, chas cacofónico, dulce al cazador, de la perdiz huraña!

No se recuerda quien, pero él piensa que Anita, se atrevió á manifestar el deseo de una separación en cuanto al tálamo—*quo ad thorum*.—Fué acogida con mal disimulado júbilo la proposición tímida, y el matrimonio mejor avenido del mundo dividió el lecho. Ella se fué al otro extremo del caserón, que era caliente porque estaba al Mediodía, y él se quedó en su alcoba. Pudo Anita dormir en adelante la mañana, sin que nadie interrumpiera esta delicia; y pudo Quintanar levantarse con la aurora y recrear el oído con los cercanos conciertos matutinos de codornices, tordos, perdices, tórtolas y canarios. Si algo faltaba antes para la completa armonía de aquella pareja, ya estaba colmada su felicidad doméstica, por lo que toca á la concordia.

Y á este propósito solía decir don Víctor, recordando su magistratura:

«—La libertad de cada cual se extiende hasta el límite en que empieza la libertad de los demás; por tener esto en cuenta, he sido siempre feliz en mi matrimonio.»

Quiso dormir el poco tiempo de que disponía para ello, pero no pudo. En cuanto se quedaba trasvolado, soñaba que oía los tres ladridos de Frígilis.

¡Cosa extraña! Otras veces no le sucedía esto, dormía á pierna suelta y despertaba en el momento oportuno.

¡Habría sido la tila! Volvió á encender luz. Cogió el único libro que tenía sobre la mesa de noche. Era

un tomo de mucho bulto. «Calderón de la Barca» decían unas letras doradas en el lomo. Leyó.

Siempre había sido muy aficionado á representar comedias, y le deleitaba especialmente el teatro del siglo diez y siete. Deliraba por las costumbres de aquel tiempo en que se sabía lo que era honor y mantenerlo. Según él, nadie como Calderón entendía en achaques del puntillo de honor, ni daba nadie las estocadas que lavan reputaciones tan á tiempo, ni en el discreteo de lo que era amor y no lo era, le llegaba autor alguno á la suela de los zapatos. En lo de tomar justa y sabrosa venganza los maridos ultrajados, el divino don Pedro había discurrido como nadie y sin quitar á «El castigo sin venganza» y otros portentos de Lope el mérito que tenían, don Víctor nada encontraba como «El médico de su honra.»

—Si mi mujer—decía á Frígilis—fuese capaz de caer en liviandad digna de castigo...

—Lo cual es absurdo aun supuesto...

—Bien, pero suponiendo ese absurdo... yo le doy una sangría suelta.

Y hasta nombraba el albéitar á quien había de llamar y tapar los ojos, con todo lo demás del argumento. Tampoco le parecía mal lo de prender fuego á la casa y vengar secretamente el supuesto adulterio de su mujer. Si llegara el caso, que claro que no llegaría, él no pensaba prorrumpir en preciosa tirada de versos, porque ni era poeta ni quería calentarse al calor de su casa incendiada; pero en todo lo demás había de ser, dado el caso, no menos rigoroso que tales y otros caballeros parecidos de aquella España de mejores días.

Frígilis opinaba que todo aquello estaba bien en las comedias, pero que en el mundo un marido no está para divertir al público con emociones fuertes, y lo que debe hacer en tan apurada situación es perseguir al seductor ante los tribunales y procurar que su mujer vaya á un convento.

—¡Absurdo! ¡absurdo!—gritaba don Víctor—jamás se hizo cosa por el estilo en los gloriosos siglos de estos insignes poetas.

—Afortunadamente—añadía calmándose—yo no me veré nunca en el doloroso trance de escogitar medios para vengar tales agravios; pero juro á Dios que llegado el caso, mis atrocidades serían dignas de ser puestas en décimas calderonianas.

Y lo pensaba como lo decía.

Todas las noches antes de dormir se daba un atracón de honra á la antigua, como él decía; honra habladora, así con la espada como con la discreta lengua. Quintanar manejaba el florete, la espada española, la daga. Esta afición le había venido de su pasión por el teatro. Cuando *trabajaba* como aficionado, había comprendido en los numerosos duelos que tuvo en escena la necesidad de la esgrima, y con tal calor lo tomó, y tal disposición natural tenía, que llegó á ser poco menos que un maestro. Por supuesto, no entraba en sus planes matar á nadie; era un espadachín lírico. Pero su mayor habilidad estaba en el manejo de la pistola; encendía un fósforo con una bala á veinticinco pasos, mataba un mosquito á treinta y se lucía con otros ejercicios por el estilo. Pero no era jactancioso. Estimaba en poco su destreza; casi nadie sabía de ella. Lo principal era tener aquella sublime idea del honor, tan propia para redondillas y hasta sonetos. Él era pacífico; nunca había pegado á nadie. Las muertes que había firmado como juez, le habían causado siempre inapetencias, dolores de cabeza, á pesar de que se creía irresponsable.

Leía, pues, don Víctor á Calderón, sin cansarse, y próximo estaba á ver cómo se atravesaban con sendas quintillas dos valerosos caballeros que pretendían la misma dama, cuando oyó tres ladridos lejanos. «¡Era Frígilis!»

Doña Ana tardó mucho en dormirse, pero su vigilia

ya no fué impaciente, desabrida. El espíritu se había refrigerado con el nuevo sesgo de los pensamientos. Aquel noble esposo á quien debía la dignidad y la independencia de su vida, bien merecía la abnegación constante á que ella estaba resuelta. Le había sacrificado su juventud: ¿por qué no continuar el sacrificio? No pensó más en aquellos años en que había una calumnia capaz de corromper la más pura inocencia; pensó en lo presente. Tal vez había sido providencial aquella aventura de la barca de Trébol. Si al principio, por ser tan niña, no había sacado ninguna enseñanza de aquella injusta persecución de la calumnia, más adelante, gracias á ella, aprendió á guardar las apariencias; supo, recordando lo pasado, que para el mundo no hay más virtud que la ostensible y aparatosa. Su alma se regocijó contemplando en la fantasía el holocausto del general respeto, de la admiración que como virtuosa y bella se le tributaba. En Vetusta, decir la Regenta era decir la perfecta casada. Ya no veía Anita la *estúpida existencia* de antes. Recordaba que la llamaban madre de los pobres. Sin ser beata, las más ardientes fanáticas la consideraban buena católica. Los más atrevidos Tenorios, famosos por sus temeridades, bajaban ante ella los ojos, y su hermosura se adoraba en silencio. Tal vez muchos la amaban, pero nadie se lo decía... Aquel mismo don Álvaro que tenía fama de atreverse á todo y conseguirlo todo, la quería, la adoraba sin duda alguna, estaba segura; más de dos años hacía que ella lo había conocido; pero él no había hablado más que con los ojos, donde Ana fingía no adivinar una pasión que era un crimen.

Verdad era que en estos últimos meses, sobre todo desde algunas semanas á esta parte, se mostraba más atrevido... hasta algo imprudente, él que era la prudencia misma, y sólo por esto digno de que ella no se irritara contra su infame intento... pero ya sabría con-

tenerle; sí, ella le pondría á raya helándole con una mirada... Y pensando en convertir en carámbano á don Alvaro Mesía, mientras él se obstinaba en ser de fuego, se quedó dormida dulcemente.

En tanto allá abajo, en el parque, miraba al balcón cerrado del tocador de la Regenta, don Víctor, pálido y ojeroso, como si saliera de una orgía; daba pataditas en el suelo para sacudir el frío y decía á Frígilis, su amigo...

—¡Pobrecita! ¡cuán agena estará, allá en su tranquilo sueño, de que su esposo la engaña y sale de casa dos horas antes de lo que ella piensa!...

Frígilis sonrió como un filósofo y echó á andar delante. Era un señor ni alto ni bajo, cuadrado; vestía cazadora de paño pardo; iba tocado con gorra negra con orejeras y por único abrigo ostentaba una inmensa bufanda, á cuadros, que le daba diez vueltas al cuello. Lo demás todo era utensilios y atributos de caza, pero sobrios, como los de un Nemrod.

Don Víctor, al llegar á la puerta del parque, volvió á mirar hacia el balcón, lleno de remordimientos.

—Anda, anda, que es tarde—murmuró Frígilis.

No había amanecido.





IV

La familia de los Ozores era una de las más antiguas de Vetusta. Era el tal apellido de muchos condes y marqueses, y pocos nobles había en la ciudad que no fueran, por un lado ó por otro, algo parientes de tan ilustre linaje.

Don Carlos, padre de Ana, era el primogénito de un segundón del conde de Ozores. Don Carlos tuvo dos hermanas, Anunciación y Águeda, que con su padre habitaron mucho tiempo el caserón de sus mayores. La rama principal, la de los condes, vivía años hacía emigrada.

El primogénito del segundón quiso tener una carrera, ser algo más que heredero de algunas caserías, unos cuantos foros y un palacio achacoso de goteras. Fué ingeniero militar. Se portó como un valiente; en muchas batallas demostró grandes conocimientos en el arte de Vauban, construyó duraderos y bien dispuestos fuertes en varias costas, y llegó pronto á coronel de ejército, co-

mandante del cuerpo. Cansado de casamatas, cortinas, paralelas y castillos, procuróse un empleo en la corte y fué perdiendo sus aficiones militares, quedándose sólo con las científicas: prefirió la física, las matemáticas á las aplicaciones de tales ciencias, al arte, y cada día fué menos guerrero. Pero al mismo tiempo se entregaba á las delicias de Capua, y por fin, después de muchos amoríos, tuvo un amor serio, una pasión de sabio (ó cosa parecida) que ya no es joven.

Loco de amor se casó don Carlos Ozores á los treinta y cinco años con una humilde modista italiana que vivía en medio de seducciones sin cuento, honrada y pobre. Esta fué la madre de Ana que, al nacer, se quedó sin ella.

«—¡Menos mal!»—pensaban las hermanas de don Carlos allá en su caserón de Vetusta.

Su matrimonio había originado al coronel un rompimiento con su familia. Se escribieron dos cartas secas y no hubo más relaciones.

—Si viviera mi padre—pensaba Ozores—de fijo perdonaba este matrimonio desigual.

—¡Si viviera padre, moriría del disgusto!—decían las solteronas implacables.

Toda la nobleza vetustense aprobaba la conducta de aquellas señoritas, que vieron un castigo de Dios en el desgraciado puerperio de la modista italiana, su cuñada indigna.

El palacio de los Ozores era de don Carlos; sus hermanas se lo dijeron en otra carta fría y lacónica:

«Estaban dispuestas á abandonarlo, si él lo exigía; sólo le pedían que pensase cómo se había de conservar aquel resto precioso de tanta nobleza.»

El coronel contestó «que por Dios y todos los santos continuasen viviendo donde habían nacido, que él se lo suplicaba por bien de la misma finca, que sin ellas se vendría á tierra.»

Las solteronas, sin contestar ni transigir en lo del matrimonio, se quedaron en el palacio para que no se derrumbara.

Á don Carlos le dolió mucho que ni siquiera se le preguntase por su hija. La nobleza vetustense opinó que muerto el perro no se acabase la rabia; que la muerte providencial de la modista no era motivo suficiente para hacer las paces con el infame don Carlos ni para enterarse de la suerte de su hija.

Tiempo había para proteger á la niña, sin menoscabo de la dignidad, si, como era de presumir, la conducta loca de su padre le arrastraba á la pobreza. Además, se corrió por Vetusta que don Carlos se había hecho masón, republicano y por consiguiente ateo. Sus hermanas se vistieron de negro y en el gran salón, en el estrado, recibieron á toda la aristocracia de Vetusta, como si se tratara de visitas de duelo.

La estancia estaba casi á oscuras; por los grandes balcones no se dejaba pasar más que un rayo de luz; se hablaba poco, se suspiraba y se oía el aleteo de los abanicos.

—¡Cuánto mejor hubiese sido que se hubiera vuelto loco!—exclamó el marqués de Vegallana, jefe del partido conservador de Vetusta.

—¡Qué... loco!—contestó una de las hermanas, doña Anunciación.—Diga Vd., marqués, que ojalá Dios se acordase de él, antes que verle así.

Hubo unánime aprobación por señas. Muchas cabezas se inclinaron lánguidamente; y se volvió á suspirar. Aquello del republicanismo no necesitaba comentarios.

Don Carlos, en efecto, se había hecho liberal de los avanzados; y de los estudios físicos matemáticos había pasado á los filosóficos; y de resultas era un hombre que ya no creía sino lo que tocaba, hecha excepción de la libertad que no la pudo tocar nunca y creyó en ella muchos años. La vida de liberal en ejercicio

en aquellos tiempos tenía poco de tranquila. Don Carlos se dedicó á filósofo y á conspirador, para lo cual creyó oportuno pedir la absoluta.

«—Yo ingeniero, no podría conspirar nunca (creía en el espíritu de cuerpo); como particular puedo procurar la salvación del país por los medios más adecuados.»

No hay que pensar que era tonto don Carlos, sino un buen matemático, bastante instruído en varias materias. Pudo reunir una mediana biblioteca donde había no pocos libros de los condenados en el Índice. Amaba la literatura con ardor y era, por entonces, todo lo romántico que se necesitaba para conspirar con progresistas.

Lo que pudiera haber de falso y contradictorio en el carácter de don Carlos, era obra de su tiempo. No le faltaba talento, era apasionado y se asimilaba con facilidad ideas que entendía muy pronto, pero no se distinguía por lo original ni por lo prudente. Su amor propio de libre-pensador no había llegado á esa jerarquía del orgullo en que sólo se admite lo que uno crea para sí mismo. De todas maneras, era simpático.

De sus defectos su hija fué la víctima. Después de llorar mucho la muerte de su esposa, don Carlos volvió á pensar en asuntos que á él se le antojaban serios, como v. gr., propagar el libre examen dentro de círculo determinado de españoles; procurar el triunfo del sistema representativo en toda su integridad. Tanto valía entonces esto como dedicarse á bandolero sin protección, por lo que toca á la necesidad de vivir á salto de mata. Un conspirador no puede tener consigo una niña sin madre. Le hablaron de colegios, pero los aborrecía. Tomó un aya, una española inglesa que en nada se parecía á la de Cervantes, pues no tenía encantos morales, y de los corporales, si de alguno disponía, hacía mal uso. Esto lo ignoraba don Carlos,

que admitió el aya en calidad de católica liberal. Se le había dicho:

«—Es una mujer ilustrada, aunque española; educada en Inglaterra donde ha aprendido el noble espíritu de la tolerancia.»

Y además, curaba el entendimiento y el corazón á los niños con píldoras de la Biblia y pastillas de novela inglesa para uso de las familias. Era, en fin, una hipocritona de las que saben que á los hombres no les gustan las mujeres beatas, pero tampoco descreídas, sino, así un termino medio, que los hombres mismos no saben cómo ha de ser. La hipocresía de doña Camila llegaba hasta el punto de tenerla en el temperamento, pues siendo su aspecto el de una estatua anafrodita, el de un sér sin sexo, su pasión principal era la lujuria, satisfecha á la inglesa; una lujuria que pudiera llamarse metodista si no fuera una profanación.

Tuvo que emigrar don Carlos, y Ana quedó en poder de doña Camila, que por imprudencia imperdonable de Ozores se vió disponiendo á su antojo de la mayor parte de las rentas de su amo, cada vez más flacas, pues las conspiraciones cuestan caras al que las paga.

Aconsejaron los médicos aires del campo y del mar para la niña y el aya escribió á don Carlos que un su amigo, Iriarte, el que le había recomendado á doña Camila, vendía en una provincia del Norte, limítrofe de Vetusta, una casa de campo en un pueblecillo pintoresco, puerto de mar y saludable á todos los vientos. Ozores dió órdenes para que se vendiese como se pudiera en la provincia de Vetusta la poca hacienda que no había malbaratado antes, y la mitad del producto de tan loca enagenación la dedicó á la compra de aquella quinta de su amigo Iriarte. La otra mitad fué destinada al socorro de los patriotas más ó menos auténticos. En Vetusta no le quedaba más que su palacio que habitaban, sin pagar renta, las solteronas. La casa de

campo y los predios que la rodeaban y pertenecían, valían mucho menos de lo que podía presumir el conspirador, si juzgaba por lo que le costaban, pero él no paraba mientes en tal materia: se iba arruinando ni más ni menos que su patria; pero así como la lista civil le dolía lo mismo que si la pagase él entera, de las mangas y capirotes que hacían con sus bienes le importaba poco. No era todo desprendimiento; vagamente veía en lontananza un porvenir de indemnizaciones patrióticas que aunque estaban en el programa de su partido, á él no le alcanzaron.

Á las nuevas haciendas de don Carlos se fueron Anita, el aya, los criados y tras ellos el *hombre*, como llamó siempre la niña al personaje que turbaba no pocas veces el sueño de su inocencia. Era Iriarte, el amante de doña Camila y antiguo dueño de la casa de campo.

El aya había procurado seducir á don Carlos; sabía que su difunta esposa era una humilde modista, y ella, doña Camila Portocarrero, que se creía descendiente de nobles, bien podía aspirar á la sucesión de la italiana. Creyó que don Carlos se había casado por compromiso, que era un hombre que se casaba con la servidumbre. Conocía este tipo y sabía cómo se le trataba. Pero fué inútil. En el poco tiempo que pudo aprovechar para hacer la prueba de su sabio y complicado sistema de seducción, don Carlos no echó de ver siquiera que se le tendía una red amorosa. Por aquella época era él casi sansimoniano. Emigró Ozores y doña Camila juró odio eterno al ingrato, y consagró, con la paciencia de los reformistas ingleses, un culto de envidia póstuma á la modista italiana que había conseguido casarse con aquel estuco. Anita pagó por los dos.

El aya afirmaba en todas partes, entre interjecciones aspiradas, que la educación de aquella señorita de cuatro años exigía cuidados muy especiales. Con alusiones maliciosas, vagas y envueltas en misterios á la

condición social de la italiana, daba á entender que la ciencia de educar no esperaba nada bueno de aquel retoño de meridionales concupiscencias. En voz baja decía el aya que «la madre de Anita tal vez antes que modista había sido bailarina.»



De todas suertes, doña Camila se rodeó de precauciones pedagógicas y preparó á la infancia de Ana Ozores un verdadero gimnasio de moralidad inglesa. Cuando aquella planta tierna comenzó á asomar á flor de tierra se encontró ya con un rodrigón al lado para que creciese derecha. El aya aseguraba que Anita necesitaba aquel palo seco junto á sí y estar atada á él fuertemente. El palo seco era doña Camila. El encierro y el ayuno fueron sus disciplinas.

Ana que jamás encontraba alegría, risas y besos en la vida, se dió á soñar todo eso desde los cuatro años. En el momento de perder la libertad se desesperaba, pero sus lágrimas se iban secando al fuego de la imaginación, que le caldeaba el cerebro y las mejillas. La niña fantaseaba primero milagros que la salvaban de sus prisiones que eran una muerte, figurábase vuelos imposibles.

«Yo tengo unas alas y vuelo por los tejados, pensaba; me marcho como esas mariposas;» y dicho y hecho, ya no estaba allí. Iba volando por el azul que veía allá arriba.

Si doña Camila se acercaba á la puerta á escuchar por el ojo de la llave, no oía nada. La niña con los ojos muy abiertos, brillantes, los pómulos colorados, estaba horas y horas recorriendo espacios que ella creaba llenos de ensueños confusos, pero iluminados por una luz difusa que centelleaba en su cerebro.

Nunca pedía perdón; no lo necesitaba. Salía del encierro pensativa, altanera, callada; seguía soñando; la dieta le daba nueva fuerza para ello. La heroína de sus novelas de entonces era una madre. Á los seis años había hecho un poema en su cabecita rizada de un rubio oscuro. Aquel poema estaba compuesto de las lágrimas de sus tristezas de huérfana maltratada y de fragmentos de cuentos que oía á los criados y á los pastores de Loreto. Siempre que podía se escapaba de casa; corría sola por los prados, entraba en las cabañas donde la conocían y acariciaban, sobre todo los perros grandes; solía comer con los pastores. Volvía de sus correrías por el campo, como la abeja con el jugo de las flores, con material para su poema. Como Poussin cogía yerbas en los prados para estudiar la naturaleza que trasladaba al lienzo, Anita volvía de sus escapatorias de salvaje con los ojos y la fantasía llenos de tesoros que fueron lo mejor que gozó en su vida. Á los vein-

tisiete años Ana Ozores hubiera podido contar aquel poema desde el principio al fin, y eso que en cada nueva edad le había añadido una parte. En la primera había una paloma encantada con un alfiler negro clavado en la cabeza: era la reina mora; su madre, la madre de Ana que no parecía. Todas las palomas con manchas negras en la cabeza podían ser una madre, según la lógica poética de Anita.

La idea del libro, como manantial de mentiras hermosas, fué la revelación más grande de toda su infancia. ¡Saber leer! esta ambición fué su pasión primera. Los dolores que doña Camila le hizo padecer antes de conseguir que aprendiera las sílabas, perdonóselos ella de todo corazón. Al fin supo leer. Pero los libros que llegaban á sus manos no le hablaban de aquellas cosas con que soñaba. No importaba; ella les haría hablar de lo que quisiese.

Le enseñaban geografía; donde había enumeraciones fatigosas de ríos y montañas, veía Ana aguas corrientes, cristalinas y la sierra con sus pinos altísimos y soberbios troncos; nunca olvidó la definición de isla, porque se figuraba un jardín rodeado por el mar; y era un contento. La historia sagrada fué el maná de su fantasía en la aridez de las lecciones de doña Camila. Adquirió su poema formas concretas, ya no fué nebuloso; y en las tiendas de los israelitas, que ella bordó con franjas de colores, acamparon ejércitos de bravos marineros de Loreto, de pierna desnudá, musculosa y velluda, de gorro catalán, de rostro curtido, triste y bondadoso, barba espesa y rizada y ojos negros.

La poesía épica predomina lo mismo que en la infancia de los pueblos en la de los hombres. Ana soñó en adelante más que nada batallas, una Iliada, mejor, un Ramayana sin argumento. Necesitaba un héroe y le encontró: Germán, el niño de Colondres. Sin que él sospechara las aventuras peligrosas en que su amiga le

metía, se dejaba querer y acudía á las citas que ella le daba en la barca de Trébol.

Nada le decía de aquellas grandes batallas que le obligaba á ganar en el extremo Oriente, en las que ella le asistía haciendo el papel de reina consorte, con arranques de amazona. Algunas veces le propuso, hablándole al oído, viajes muy arriesgados á países remotos que él ni de nombre conocía. Germán aceptaba inmediatamente, y estaba dispuesto á convertirse en diligencia si Ana aceptaba el cargo de mula, ó viceversa. No era eso. La niña quería ir á tierra de moros de verdad, á matar infieles ó á convertirlos, como Germán quisiera. Germán prefería matarlos; y dicho y hecho se metían en la barca, mientras el barquero dormía á la sombra de un cobertizo en la orilla. Á costa de grandes sudores conseguían un ligero balanceo del gran navío que tripulaban y entonces era cuando se creían bogando á toda vela por mares nunca navegados.

Germán gritaba:

—Orza!... á babor, á estribor! hombre al agua!... un tiburón!...

Pero tampoco era aquello lo que quería Anita; quería marchar de veras, muy lejos, huyendo de doña Camila. La única ocasión en que Germán correspondió al tipo ideal que de su carácter y prendas se había forjado Anita, fué cuando aceptó la escapatoria nocturna para ver juntos la luna desde la barca y contarse cuentos. Este proyecto le pareció más viable que el de irse á Morería y se llevó á cabo. Ya se sabe cómo entendió la grosera y lasciva doña Camila la aventura de los niños. Era de tal índole la maldad de esta hembra, que daba por buenas las desazones que el lance pudiera causarle, por la responsabilidad que ella tenía, con tal de ver comprobados por los hechos sus pronósticos.

«—Como su madre!—decía á las personas de con-

fianza—*¡improper! improper!* Si ya lo decía yo! El instinto... la sangre... No basta la educación contra la naturaleza.»

Desde entonces educó á la niña sin esperanzas de salvarla; como si cultivara una flor podrida ya por la mordedura de un gusano. No esperaba nada, pero cumplía su deber. Loreto era una aldea, y como doña Camila refería la aventura á quien la quisiera oir, llorando la infeliz, rendida bajo el peso de la responsabilidad (y ella poco podía contra la naturaleza), el escándalo corrió de boca en boca, y hasta en el casino se supo lo de aquella confesión á que se obligó á la reo. Se discutió el caso fisiológicamente. Se formaron partidos; unos decían que bien podía ser, y se citaban multitud de ejemplos de precocidad semejante.

—Créanlo Vds.—decía el amante de doña Camila—el hombre nace naturalmente malo, y la mujer lo mismo.

Otros negaban la verosimilitud del hecho cuando menos.

«—Si ponen Vds. eso en un libro, nadie lo creerá.»

Ana fué objeto de curiosidad general. Querían verla, desmenuzar sus gestos, sus movimientos para ver si se le conocía en algo.

—Lo que es desarrollada lo está y mucho, para su edad...—decía el hombre de doña Camila, que saboreaba por adelantado la lujuria de lo porvenir.

—En efecto, parece una mujercita.

Y se la devoraba con los ojos; se deseaba un milagroso crecimiento instantáneo de aquellos encantos que no estaban en la niña sino en la imaginación de los socios del casino.

Á Germán, que no pareció por Loreto, se le atribuían quince años. «Por este lado no había dificultad.»

Doña Camila se creyó obligada en conciencia á indi-

car algo á la familia. Al padre no; sería un golpe de muerte. Escribió á las tías de Vetusta.

«¡Era el último porrazo! El nombre de los Ozores deshonrado! porque al fin Ozores era la niña, aunque indigna.»

Entonces doña Anuncia, la hermana mayor, escribió á don Carlos, porque el caso era apurado. No le contaba el lance de la deshonra *c* por *b*, porque ni sabía cómo había sido, ni era decente referir á un padre tales escándalos, ni una señorita, una soltera, aunque tuviese más de cuarenta años, podía descender á ciertos pormenores. Se le escribió á don Carlos nada más que esto: que era preciso llevar consigo á Anita, pues si la niña no vivía al lado de su padre, corría grandes riesgos, si no estaba en peligro inminente, el honor de los Ozores. Don Carlos entonces no podía restituirse á la patria, como él decía.

Pasaron años, pudo y quiso acogerse á una amnistía y volvió desengañado. Doña Camila y Ana se trasladaron á Madrid y allí vivían parte del año los tres juntos, pero el verano y el otoño los pasaban en la quinta de Loreto.

La calumnia con que el aya había querido manchar para siempre la pureza virginal de Anita se fué desvaneciendo; el mundo se olvidó de semejante absurdo, y cuando la niña llegó á los catorce años ya nadie se acordaba de la grosera y cruel impostura, á no ser el aya, su hombre, que seguía esperando, y las tías de Vetusta. Pero se acordaba y mucho Ana misma. Al principio la calumnia habíale hecho poco daño, era una de tantas injusticias de doña Camila; pero poco á poco fué entrando en su espíritu una sospecha, aplicó sus potencias con intensidad increíble al enigma que tanta influencia tenía en su vida, que á tantas precauciones obligaba al aya; quiso saber lo que era aquel pecado de que la acusaban, y en la maldad de doña Camila y

en la torpe vida, mal disimulada, de esta mujer, se afiló la malicia de la niña que fué comprendiendo en qué consistía tener honor y en qué perderlo; y como todos daban á entender que su aventura de la barca de Trébol había sido una vergüenza, su ignorancia dió por cierto su pecado. Mucho después, cuando su inocencia perdió el último velo y pudo ella ver claro, ya estaba muy lejos aquella edad; recordaba vagamente su amistad con el niño de Colondres, sólo distinguía bien el recuerdo del recuerdo, y dudaba, dudaba si había sido culpable de todo aquello que decían. Cuando ya nadie pensaba en tal cosa, pensaba ella todavía, y confundiendo actos inocentes con verdaderas culpas, de todo iba desconfiando. Creyó en una gran injusticia que era la ley del mundo, porque Dios quería; tuvo miedo de lo que los hombres opinaban de todas las acciones, y contradiciendo poderosos instintos de su naturaleza, vivió en perpetua escuela de disimulo, contuvo los impulsos de espontánea alegría; y ella, antes altiva, capaz de oponerse al mundo entero, se declaró vencida, siguió la conducta moral que se le impuso, sin discutirla, ciegamente, sin fe en ella, pero sin hacer traición nunca.

Ya era así cuando su padre volvió de la emigración. No le satisfizo aquel carácter.

¿No se le había dicho que la niña era un peligro para el honor de los Ozores? Pues él veía, por el contrario, una muchacha demasiado tímida y reservada, de una prudencia exagerada para sus años. Ya le pesaba de haber entregado su hija á la gazmoñería inglesa que, según él, no servía para la raza latina. Volvía de la emigración muy latino. Afortunadamente allí estaba él para corregir aquella educación viciosa. Despidió á doña Camila y se encargó de la instrucción de su hija. En el extranjero se había hecho don Carlos más filósofo y menos político. Para España no había salva-

ción. Era un pueblo gastado. América se tragaba á Europa, además. Le preocupaban mucho las carnes en conserva que venían de los Estados Unidos.

«—Nos comen, nos comen. Somos pobres, muy pobres, unos miserables que sólo entendemos de tomar el sol.»

Él sí era pobre, y más cada día, pero achacaba su estrechez á la decadencia general, á la falta de sangre en la raza y otros disparates. Le quedaban la biblioteca, que había mejorado, y los amigos, nuevos, por supuesto.

Todos los días se ponía á discusión delante de Ana, al tomar café, la divinidad de Cristo. Unos le llamaban el primer demócrata. Otros decían que era un símbolo del sol y los apóstoles las constelaciones del Zodíaco.



Ana procuraba retirarse en cuanto podía hacerlo sin ofender la susceptibilidad de aquel libre-pensador que era su padre. ¡Con qué tristeza pensaba la niña, sin querer pensarlo, que los amigos de su padre eran personas poco delicadas, habladores temerarios! Y su mismo papá, esto era lo peor, y había que pensarlo también, su querido papá que era un hombre de talento, capaz de inventar la pólvora, un reloj, el telégrafo,

cualquier cosa, se iba volviendo loco á fuerza de filosofar, y no sabía vivir con una hija que ya entendía más que él de asuntos religiosos.

Aquella sumisión exterior, aquel sacrificio de la vida ordinaria, de las relaciones vulgares á las preocupaciones y á las injusticias del mundo no eran hipocresía en Anita, no eran la careta del orgullo; pero no podía juzgarse por tales apariencias de lo que pasaba dentro de ella. Así como en la infancia se refugiaba dentro de su fantasía para huir de la prosáica y necia persecución de doña Camila, ya adolescente se encerraba también dentro de su cerebro para compensar las humillaciones y tristezas que sufría su espíritu. No osaba ya oponer los impulsos propios á lo que creía conjuración de todos los necios del mundo, pero á sus solas se desquitaba. El enemigo era más fuerte, pero á ella le quedaba aquel reducto inexpugnable.

Nunca le habían enseñado la religión como un sentimiento que consuela; doña Camila entendía el Cristianismo como la Geografía ó el arte de coser y planchar; era una asignatura de adorno ó una necesidad doméstica. Nada le dijo contra el dogma, pero jamás la dulzura de Jesús procuró explicársela con un beso de madre. María Santísima era la Madre de Dios, en efecto; pero una vez que Ana volvió del campo diciendo que la Virgen, según le constaba á ella, lavaba en el río los pañales del Niño Jesús, doña Camila, indignada, exclamó:

—¡*Improper!* ¿quién le inculcará á esta chiquilla estas sandeces del vulgo?

En este particular don Carlos aprobaba el criterio de doña Camila; precisamente él creía que el Misterio de la Encarnación era como la lluvia de oro de Júpiter; y remontándose más, en virtud de la Mitología comparada, encontraba en la religión de los indios dogmas parecidos!

Ana en casa de su padre disponía de pocos libros devotos. Pero en cambio, sabía mucha Mitología, con velos y sin ellos.

Sólo aquello que el rubor más elemental manda que se tape, era lo que ocultaba don Carlos á su hija. Todo lo demás podía y debía conocerlo. ¿Por qué nó? Y con multitud de citas explicaba y recomendaba Ozores la educación *omnilateral* y *armónica*, como la entendía él.

—Yo quiero—concluía—que mi hija sepa el bien y el mal para que libremente escoja el bien; porque si no ¿qué mérito tendrán sus obras?

Sin embargo, si su hija fuese funámbula y trabajase en el alambre, don Carlos pondría una red debajo, aunque perdiese mérito el ejercicio.

De las novelas modernas algunas le prohibía leer, pero en cuanto se trataba de arte clásico «de verdadero arte», ya no había velos, podía leerse todo. El romántico Ozores era clásico después de su viaje por Italia.

—¡El arte no tiene sexo!—gritaba.—Vean ustedes, yo entrego á mi hija esos grabados que representan el arte antiguo, con todas las bellezas del desnudo que en vano querríamos imitar los modernos. ¡Ya no hay desnudo! Y suspiraba.

La Mitología llegó á conocerla Anita como en su infancia la historia de Israel.

—*Honni soit qui mal y pense!*—repetía don Carlos;—y lo otro de: *Oh, procul, procul estote prophani.*

Y no tomaba más precauciones.

Por fortuna en el espíritu de Ana la impresión más fuerte del arte antiguo y de las fábulas griegas, fué puramente estética; se excitó su fantasía, sobre todo, y, gracias á ella, no á don Carlos, aquel inoportuno estudio del desnudo clásico no causó estragos.

La muchacha envidiaba á los dioses de Homero que vivían como ella había soñado que se debía vivir, al

aire libre, con mucha luz, muchas aventuras y sin la férula de un aya semi-inglesa.

También envidiaba á los pastores de Teócrito, Bión y Mosco; soñaba con la gruta fresca y sombría del Cíclope enamorado, y gozaba mucho, con cierta melancolía, trasladándose con sus ilusiones á aquella Sicilia ardiente que ella se figuraba como un nido de amores. Pero como de abandonarse á sus instintos, á sus ensueños y quimeras se había originado la nebulosa aventura de la barca de Trébol, que la avergonzaba todavía, miraba con desconfianza, y hasta repugnancia moral, cuanto hablaba de relaciones entre hombres y mujeres, si de ellas nacía algún placer, por ideal que fuese. Aquellas confusiones, mezcla de malicia y de inocencia, en que la habían sumergido las calumnias del aya y los groseros comentarios del vulgo, la hicieron fría, desabrida, huraña para todo lo que fuese amor, según se lo figuraba. Se la había separado sistemáticamente del trato íntimo de los hombres, como se aparta del fuego una materia inflamable. Doña Camila la educaba como si fuera un polvorín. «Se había equivocado su natural instinto de la niñez; aquella amistad de Germán había sido un pecado, ¿quién lo diría? Lo mejor era huir del hombre. No quería más humillaciones». Esta aberración de su espíritu la facilitaban las circunstancias. Don Carlos no tenía más amistad que la de unos cuantos hongos, filosofastros y conspiradores; estos caballeros debían de estar solos en el mundo; si tenían hijos y mujer, no los presentaban ni hablaban de ellos nunca. Anita no tenía amigas. Además don Carlos la trataba como si fuese ella el arte, como si no tuviera sexo. Era aquella una educación neutra. Á pesar de que Ozores pedía á grito pelado la emancipación de la mujer y aplaudía cada vez que en París una dama le quemaba la cara con vitriolo á su amante, en el fondo de su

conciencia tenía á la hembra por un sér inferior, como un buen animal doméstico. No se paraba á pensar lo que podía necesitar Anita. Á su madre la había querido mucho, le había besado los piés desnudos durante la luna de miel, que había sido exagerada; pero poco á poco, sin querer, había visto él también en ella á la antigua modista, y la trató al fin como un buen amo, suave y contento. Fuera por lo que fuere, él creía cumplir con Anita llevándola al Museo de Pinturas, á la Armería, algunas veces al Real y casi siempre á paseo con algunos libre-pensadores, amigos suyos, que se paraban para discutir á cada diez pasos. Eran de esos hombres que casi nunca han hablado con mujeres. Esta especie de varones, aunque parece rara, abunda más de los que pudiera creerse. El hombre que no habla con mujeres se suele conocer en que habla mucho de la mujer en general; pero los amigotes de Ozores ni esto hacían; eran pinos solitarios del Norte que no suspiraban por ninguna palmera del Mediodía.

Aunque Ana llegaba á la edad en que la niña ya puede gustar como mujer, no llamaba la atención; nadie se había enamorado de ella. Entre doña Camila y don Carlos habían ajado las rosas de su rostro; aquella turgencia y expansión de formas que al amante del aya le arrancaban chispas de los ojos, habían contenido su crecimiento; Anita iba á transformarse en mujer cuando parecía muy lejos aún de esta crisis; estaba delgada, pálida, débil; sus quince años eran ingratos: á los diez tenía las apariencias de los trece, y á los quince representaba dos menos.

Como todavía no se ha convenido en mantener á costa del Erario á los filósofos, don Carlos que no se ocupaba más que en arreglar el mundo y condenarlo tal como era, se vió pronto en apurada situación económica.

«—Ya estaba cansado; bastante había combatido en la vida» según él, y no se le ocurrió buscar trabajo; no quería trabajar más. Prefirió retirarse á su quinta de Loreto, accediendo á las súplicas de Anita que se lo pedía con las manos en cruz. La pobre muchacha se aburría mucho en Madrid. Mientras á su imaginación le entregaban á Grecia, el Olimpo, el Museo de Pinturas, ella, Ana Ozores, la de carne y hueso, tenía que vivir en una calle estrecha y oscura, en un mísero entresuelo que se le caía sobre la cabeza. Ciertas vecinas querían llevarla á paseo, á una tertulia y á los teatros extraviados que ellas frecuentaban. La pobreza en Madrid tiene que ser ó resignada ó cursi. Aquellas vecinas eran cursis. Anita no podía sufrirlas; le daban asco ellas, su tertulia y sus teatros. Pronto la llamaron el comino orgulloso, la mona sabia. Los seis meses de aldea los pasaba mucho mejor, aun con ser aquel lugar el de su antiguo cautiverio y el de la aventura de la barca, y la calumnia subsiguiente. Pero de cuantos podrían recordarle aquella *vergüenza*, sólo veía ella al señor Iriarte, el hombre del aya, que visitaba á don Carlos y miraba á la niña con ojos de cosechero que se prepara á recoger los frutos.

Cuando don Carlos decidió vivir en Loreto todo el año, para hacer economías, Ana le besó en los ojos y en la boca y fué por un día entero la niña expansiva y alegre que había empezado á brotar antes de ser trasplantada al invernadero pedagógico de doña Camila.

Otros años se llevaba á la aldea algún cajón de libros: esta vez se mandó con el maragato la biblioteca entera, el orgullo legítimo de don Carlos.

Un día de sol, en Mayo, Ana que se preparaba á una vida nueva, por dentro, cantaba alegre limpiando los estantes de la biblioteca en la quinta. Colocaba en los cajones los libros, después de sacudirles el polvo,

por el orden señalado en el catálogo escrito por don Carlos.

Vió un tomo en francés, forrado de cartulina amarilla; creyó que era una de aquellas novelas que su padre le prohibía leer y ya iba á dejar el libro cuando leyó en el lomo: *Confesiones de San Agustín.*

¿Qué hacía allí San Agustín?

Don Carlos era un libre-pensador que no leía libros de santos, ni de curas, ni de *neos*, como él decía. Pero San Agustín era una de las pocas excepciones. Le consideraba como filósofo.

Ana sintió un impulso irresistible; quiso leer aquel libro inmediatamente. Sabía que San Agustín había sido un pagano libertino, á quien habían convertido voces del cielo por influencia de las lágrimas de su madre Santa Mónica. No sabía más. Dejó caer el plumero con que sacudía el polvo; y en pié, bañados por un rayo de sol su cabeza pequeña y rizada y el libro abierto, leyó las primeras páginas. Don Carlos no estaba en casa. Ana salió con el libro debajo del brazo; fué á la huerta. Entró en el cenador, cubierto de espesa enredadera perenne. Las sombras de las hojuelas de la bóveda verde jugueteaban sobre las hojas del libro, blancas y negras y brillantes; se oía cerca, detrás, el murmullo discreto y fresco del agua de una acequia que corría despacio calentándose al sol; fuera de la huerta sonaban las ramas de los altos álamos con el suave castañeteo de las hojas nuevas y claras que brillaban como lanzas de acero.

Ana leía con el alma agarrada á las letras. Cuando concluía una página, ya su espíritu estaba leyendo al otro lado. Aquello sí que era nuevo. Toda la Mitología era una locura, según el santo. Y el amor, aquel amor, lo que ella se figuraba, pecado, pequeñez; un error, una ceguera. Bien había hecho ella en vivir prevenida. Recordó que en Madrid dos estudiantes le habían

escrito cartas á que ella no contestaba. Era su única aventura, después de la vergüenza de la Barca de Trébol. El santo decía que los niños son por instinto malos, que su perversión innata hace gozar y reir á los que los aman; pero sus gracias son defectos; el egoísmo, la ira, la vanidad les impulsan.

«—Es verdad, es verdad»—pensaba ella arrepentida.

Pero entonces hacía falta otra cosa. ¿Aquel vacío de su corazón iba á llenarse? Aquella vida sin alicientes, negra en lo pasado, negra en lo porvenir, inútil, rodeada de inconvenientes y necedades ¿iba á terminar? Como si fuera un estallido, sintió dentro de la cabeza un «sí» tremendo que se deshizo en chispas brillantes dentro del cerebro. Pasaba esto mientras seguía leyendo; aún estaba aturdida, casi espantada por aquella voz que oyera dentro de sí, cuando llegó al pasaje en donde el santo refiere que paseándose él también por un jardín oyó una voz que le decía «*Tole, lege*» y que corrió al texto sagrado y leyó un versículo de la Biblia... Ana gritó, sintió un temblor por toda la piel de su cuerpo y en la raíz de los cabellos como un soplo que los erizó y los dejó erizados muchos segundos.

Tuvo miedo de lo sobrenatural; creyó que iba á aparecérsele algo... Pero aquel pánico pasó, y la pobre niña sin madre sintió dulce corriente que le suavizaba el pecho al subir á las fuentes de los ojos. Las lágrimas agolpándose en ellos le quitaban la vista.

Y lloró sobre las Confesiones de San Agustín, como sobre el seno de una madre. Su alma se hacía mujer en aquel momento.

Por la tarde acabó de leer el libro. Dejó los últimos capítulos que no entendía.

De noche, en la biblioteca, discutían don Carlos, un clérigo de Loreto y varios aficionados á la filosofía y á la buena sidra, que prodigaba el arruinado Ozores por tal de tener contrincantes. Decía que pensar á solas es

pensar á medias. Necesitaba una oposición. El capellán quería dejar bien puesto el pabellón de la Iglesia y pasar agradablemente las noches que se hacían eternas en Loreto, aun en primavera.

Ana, sentada lejos, casi hundida y perdida en una butaca grande de gutapercha, de grandes orejas, donde había ella soñado mucho despierta, soñaba también ahora con los ojos muy abiertos, inmóviles. Pensaba en san Agustín; se le figuraba con gran mitra dorada y capa de raso y oro, recorriendo el desierto en un África que poblaba ella de fieras y de palmeras que llegaban á las nubes. Era, como en la infancia, un delicioso imaginar; otro canto de su poema. Sólo con recordar la dulzura de san Agustín al reconciliarse en su cátedra con un amigo que asistió á oirle, del cual vivía separado, sentía Ana inefable ternura que le hacía amar al universo entero en aquel obispo.

En el mismo instante juraba don Carlos que el cristianismo era una importación de la Bactriana.

No estaba seguro de que fuera Bactriana lo que había leído, pero en sus disputas de la aldea era poco escrupuloso en los datos históricos, porque contaba con la ignorancia del concurso.

El capellán no sabía lo que era la Bactriana; y así le parecía el más ridículo y gracioso disparate la ocurrencia de traer de allí el cristianismo.

Y muerto de risa decía:

—Pero hombre, buena *Batrania* te dé Dios; ¿dónde ha leído eso el señor Ozores?

«El capellán no era un san Agustín—pensaba Anita; —no, porque san Agustín no bebería sidra ni refutaría tan mal argumentos como los de su padre. No importaba, el clérigo tenía razón y eso bastaba; decía grandes verdades sin saberlo». Don Carlos en aquel momento se puso á defender á los maniqueos.

—Menos absurdo me parece creer en un Dios bueno

y otro malo, que creer en Jehová Eloïm que era un déspota, un dictador, un polaco.

«¡Su padre era maniqueo! Buenos ponía á los maniqueos san Agustín, que también había creído errores así. Pero su padre llegaría á convertirse; como ella, que tenía lleno el corazón de amor para todos y de fe en Dios y en el santo obispo de Hiponax.»

Después, buscando en la biblioteca, halló el *Genio del Cristianismo*, que fué una revelación para ella. Probar la religión por la belleza le pareció la mejor ocurrencia del mundo. Si su razón se resistía á los argumentos de Chateaubriand, pronto la fantasía se declaraba vencida y con ella el albedrío.

—«Valiente mequetrefe era el señor Chateaubriand, según don Carlos. Él tenía sus obras porque el estilo no era malo».—Se hablaba muy mal de Chateaubriand por aquel tiempo en todas partes.

Después leyó Ana *Los Mártires*. Ella hubiera sido de buen grado Cimodocea, su padre podía pasar por un Demodoco bastante regular, sobre todo después de su viaje á Italia que le había hecho pagano. Pero ¿Eudoro? ¿dónde estaba Eudoro? Pensó en Germán. ¿Qué habría sido de él?

Difícil le fué encontrar entre los libros de su padre otros que hablasen, para bien se entiende, de religión. Un tomo del *Parnaso Español* estaba consagrado á la poesía religiosa. Los más eran versos pesados, oscuros, pero entre ellos vió algunos que le hicieron mejor impresión que el mismo Chateaubriand. Unas quintillas de Fray Luís de León comenzaban así:

Si quieres, como algún día,
alabar rubios cabellos,
alaba los de María,
más dorados y más bellos
que el sol claro al medio-día.

El poeta eclesiástico que olvidaba otros cabellos para alabar los de María, le pareció sublime en su ternura; aquellos cinco versos despertaron en el corazón de Ana lo que puede llamarse el *sentimiento de la Virgen*, porque no se parece á ningún otro. Y aquella fué su locura de amor religioso.

María, además de Reina de los Cielos, era una Madre, la de los afligidos. Aunque se le hubiese presentado no hubiera tenido miedo. La devoción de la Virgen entró con más fuerza que la de san Agustín y la de Chateaubriand en el corazón de aquella niña que se estaba convirtiendo en mujer. El Ave María y la Salve adquirieron para ellan uevo sentido. Rezaba sin cesar. Pero no bastaba aquello, quería más, quería inventar ella misma oraciones.

Don Carlos tenía también el *Cantar de los cantares*, en la versión poética de San Juan de la Cruz. Estaba entre los libros prohibidos para Anita.

—Á mí no me la dan—decía don Carlos guiñando un ojo;—esta *amada* podrá ser la Iglesia, pero... yo no me fío... no me fío...

Y disparataba sin conciencia; porque él, incapaz de calumniar á sus semejantes, cuando se trataba de santos y curas creía que no estaba de más.

Ana leyó los versos de San Juan y entonces sintió la lengua expedita para improvisar oraciones; las recitaba en verso en sus paseos solitarios por el monte de Loreto que olía á tomillo y caía á pico sobre el mar.

Versos *á lo San Juan*, como se decía ella, le salían á borbotones del alma, hechos de una pieza, sencillos, dulces y apasionados; y hablaba con la Virgen de aquella manera.

Notaba Anita, excitada, nerviosa—y sentía un dolor extraño en la cabeza al notarlo—una misteriosa analogía entre los versos de San Juan y aquella fragancia del tomillo que ella pisaba al subir por el monte.

Verdad era que de algún tiempo á aquella parte su pensamiento, sin que ella quisiese, buscaba y encontraba secretas relaciones entre las cosas, y por todas sentía un cariño melancólico que acababa por ser una jaqueca aguda.

Una tarde de otoño, después de admitir una copa de cumín que su padre quiso que bebiera detrás del café, Anita salió sola, con el proyecto de empezar á escribir un libro, allá arriba, en la hondonada de los pinos que ella conocía bien; era *una obra* que días antes había imaginado, una colección de poesías «Á la Virgen».

Don Carlos le permitía pasear sin compañía cuando subía al monte de los tomillares por la puerta del jardín; por allí no podía verla nadie, y al monte no se subía más que á buscar leña.

Aquel día su paseo fué más largo que otras veces. La cuesta era ardua, el camino como de cabras; pavorosos acantilados á la derecha caían á pico sobre el mar, que deshacía su cólera en espuma con bramidos que llegaban á lo alto como ruidos subterráneos. Á la izquierda los tomillares acompañaban el camino hasta la cumbre, coronada por pinos entre cuyas ramas el viento imitaba como un eco la queja inextinguible del océano. Ana subía á paso largo. El esfuerzo que exigía la cuesta la excitaba; se sentía calenturienta; de sus mejillas, entonces siempre heladas, brotaba fuego, como en lejanos días. Subía con una ansiedad apasionada, como si fuera camino del cielo por la cuesta arriba.

Después de un recodo de la senda que seguía, Ana vió de repente nuevo panorama; Loreto quedó invisible. En frente estaba el mar, que antes oía sin verlo; el mar, mucho mayor que visto desde el puerto, más pacífico, más solemne; desde allí las olas no parecían sacudidas violentas de una fiera enjaulada, sino el rit-

mo de una canción sublime, vibraciones de placas sonoras, iguales, simétricas, que iban de Oriente á Occidente. En los últimos términos del Ocaso columbraba un anfiteatro de montañas que parecían escala de gigantes para ascender al cielo; nubes y cumbres se confundían, y se mandaban reflejados sus colores. En lo más alto de aquel *cumulus* de piedra azulada Ana divisó un punto; sabía que era un santuario. Allí estaba la Virgen. En aquel momento todos los celajes del ocaso se rasgaban brotando luz de sus entrañas para formar una aureola á la Madre de Dios, que tenía en aquella cima su templo. La puesta del sol era una apoteósis. Las velas de las lanchas de Loreto, hundidas en la sombra del monte, allá abajo, parecían palomas que volaban sobre las aguas.

Al fin llegó Ana á la *hondonada de los pinos*. Era una cañada entre dos lomas bajas coronadas de arbustos y con algunos ejemplares muy lucidos del árbol que le daba nombre. El cauce de un torrente seco dejaba ver su fondo de piedra blanquecina en medio de la cañada; un pájaro, que á la niña se le antojó ruiseñor, cantaba escondido en los arbustos de la loma de poniente. Ana se sentó sobre una piedra cerca del cauce seco. Se creía en el desierto. No había allí ruido que recordara al hombre. El mar que ya no veía ella, volvía á sonar como murmullo subterráneo; los pinos sonaban como el mar y el pájaro como un ruiseñor. Estaba segura de su soledad. Abrió un libro de memorias, lo puso en sus rodillas, y escribió con lápiz en la primera página: «Á la Virgen.»

Meditó, esperando la inspiración sagrada.

Antes de escribir dejó hablar al pensamiento.

Cuando el lápiz trazó el primer verso, ya estaba terminada, dentro del alma, la primera estancia. Siguió el lápiz corriendo sobre el papel, pero siempre el alma iba más deprisa; los versos engendraban los versos,

como un beso provoca ciento; de cada concepto amoroso y rítmico brotaban enjambres de ideas poéticas, que nacían vestidas con todos los colores y perfumes de aquel decir poético, sencillo, noble, apasionado.



Cuando todavía el pensamiento seguía dictando á borbotones, tuvo la mano que renunciar á seguirle, porque el lápiz ya no podía escribir; los ojos de Ana no veían las letras ni el papel, estaban llenos de lágrimas. Sentía latigazos en las sienes, y en la garganta mano de hierro que apretaba.

Se puso en pié, quiso hablar, gritó; al fin su voz resonó en la cañada; calló el supuesto ruiseñor, y los ver-

sos de Ana, recitados como una oración entre lágrimas, salieron al viento repetidos por las resonancias del monte. Llamaba con palabras de fuego á su Madre Celestial. Su propia voz la entusiasmó, sintió escalofríos, y ya no pudo hablar: se doblaron sus rodillas, apoyó la frente en la tierra. Un espanto místico la dominó un momento. No osaba levantar los ojos. Temía estar rodeada de lo sobrenatural. Una luz más fuerte que la del sol atravesaba sus párpados cerrados. Sintió ruido cerca, gritó, alzó la cabeza despavorida... no tenía duda, una zarza de la loma de enfrente se movía... y con los ojos abiertos al milagro, vió un pajaro oscuro salir volando de un matorral y pasar sobre su frente.





V

La señorita doña Anunciación Ozores había llegado á los cuarenta y siete años sin salir de la provincia de Vetusta. Era por consiguiente una gran molestia, tal vez un peligro, aventurarse á recorrer en veinte horas de diligencia la carretera de la costa que llegaba hasta Loreto. La acompañaron en su viaje don Cayetano Ripamilán, canónigo respetable por su condición y sus años, y una antigua criada de los Ozores.

Había muerto don Carlos de repente, de noche, sin confesión, sin ningún sacramento. El médico decía que algún derrame, algún vaso... Materialismo puro. Doña Anuncia veía la mano de Dios que castiga sin palo ni

piedra. Esto no impidió que durante el viaje manifestase la señorita de Ozores, vestida de riguroso luto, un dolor apenas mitigado por la resignación cristiana.

«Ana, la hija de la modista, había caído en cama; estaba sola, en poder de criados ; no había más remedio que ir á recogerla. Ante aquella muerte concluían las diferencias de familia.»

«—Muerto el perro se acabó la rabia,»—había dicho uno de los nobles de Vetusta.

Doña Anuncia y don Cayetano encontraron á la joven en peligro de muerte. Era una fiebre nerviosa; una crisis terrible, había dicho el médico; la enfermedad había coincidido con ciertas transformaciones propias de la edad; propias sí, pero delante de señoritas no debían explicarse con la claridad y los pormenores que empleaba el doctor. Don Cayetano podía oirlo todo, pero doña Anuncia hubiera preferido metáforas y perífrasis. «El desarrollo contenido», «la crítica y misteriosa metamórfosis», «la crisálida que se rompe», todo eso estaba bien; pero el médico añadía unos detalles que doña Anuncia no vacilaba en calificar de groseros.

«—¡Qué gentes trataba mi hermano!»—decía poniendo los ojos en blanco.

Quince días había vivido sola en poder de criados aquella pobre niña, huérfana y enferma, pues doña Anuncia no se decidió á emprender el viaje de las veinte horas hasta que se le pidió esta obra de caridad en nombre de su sobrina moribunda. Ana estaba ya enferma cuando la sobrecogió la catástrofe. Su enfermedad era melancólica; sentía tristezas que no se explicaba. La pérdida de su padre la asustó más que la afligió al principio. No lloraba; pasaba el día temblando de frío, en una somnolencia poblada de pensamientos disparatados. Sintió un egoísmo horrible lleno de remordi-

mientos. Más que la muerte de su padre le dolía entonces su abandono, que la aterraba. Todo su valor desapareció; se sintió esclava de los demás. No bastaba la fuerza de sufrir en silencio, ni el refugiarse en la vida interior; necesitaba del mundo, un asilo. Sabía que estaba muy pobre. Su padre, pocos meses antes de morir, había vendido á vil precio á sus hermanas el palacio de Vetusta. Aquel era el último resto de su herencia. El producto de tan mala venta había servido para pagar deudas antiguas. Pero quedaban otras. La misma quinta estaba hipotecada y su valor no podía sacar á nadie de apuros. En manos del filósofo no había hecho más que ir perdiendo.

«—Es decir que estoy casi en la miseria.»

Sus derechos de orfandad, que le dijeron que serían una ayuda irrisoria, poco más que nada, tardaría en cobrarlos; no tenía quien le explicase cómo y dónde se pedían. Estaba sola, completamente sola; ¿qué iba á ser de ella? Los amigos del filósofo no le sirvieron de nada. No sabían más que discutir. El capellán no pareció por allí; la muerte repentina de don Carlos olía un poco á azufre.

Un día, tres ó cuatro después de enterrado su padre, Ana quiso levantarse y no pudo. El lecho la sujetaba con brazos invisibles. La noche anterior se había dormido con los dientes apretados y temblando de frío. Había querido escribir á sus tías de Vetusta y no había podido coordinar las palabras; hasta dudaba de su ortografía.

Tuvo pesadillas, y aunque hizo esfuerzos para no declararse enferma, el mal pudo más, la rindió. El médico habló de fiebre, de grandes cuidados necesarios; le hizo preguntas á que ella no sabía ni quería contestar. Estaba sola y era absurdo. El doctor dijo que no tenía con quien entenderse; añadió pestes de la incuria de los criados.

«—La dejarán á V. morir, hija mía.»

Ana dió gritos, se asustó mucho, se sintió muy cobarde; llorando y con las manos en cruz pidió que llamaran á sus tías, unas hermanas de su padre que vivían en Vetusta y que tenía entendido que eran muy buenas cristianas.

Las tías sentían un vago remordimiento por la compra del caserón. Comprendían que valía más, mucho más de lo que habían pagado por él, abusando de la situación apurada de don Carlos, que además era un aturdido en materia de intereses. ¡Él, que había renegado de la fe de los Ozores!—«Por no ser víctima de una mixtificación.»

Se presentaba ocasión de tranquilizar la conciencia amparando á la desventurada hija del hermano de sus pecados.

Doña Anuncia pudo apreciar mejor la grandeza de su buena obra cuando vió que Ana «estaba en la calle» ó poco menos. La quinta que ellas habían imaginado digna de un Ozores, aunque fuese extraviado, era una casa de aldea muy pintada, pero sin valor, con una huerta de medianas utilidades. Y además estaba sujeta á una deuda que mal se podría enjugar con lo que ella valía. Estaba fresca Anita. Ni rico había sabido hacerse el infeliz ateo. Perder el alma y el cuerpo, el cielo y la tierra! Negocio redondo. Pero, en fin, á lo hecho pecho.

Había echado sobre sus hombros una carga bien pesada: mas ¿quién no tiene su cruz?

Ana tardó un mes en dejar el lecho.

Pero doña Anuncia se aburría en Loreto, donde no había sociedad; y el viaje, la vuelta á Vetusta, se precipitó contra los consejos del mediquillo grosero, que prodigaba los términos técnicos más transparentes.

En cuanto llegaron á Vetusta, la huérfana tuvo «un retraso en su convalecencia» según el médico de la

casa, que era comedido y no llamaba las cosas por su nombre.

El retraso fué otra fiebre en que la vida de Ana peligró dè nuevo.

Las señoritas de Ozores y la nobleza de Vetusta suspendieron el juicio que iba á merecerles la hija de don Carlos y de la modista italiana hasta poder reunir datos suficientes. Mientras la joven estuvo entre la vida y la muerte, doña Anuncia encontró irreprochable su conducta.

En honor de la verdad, nada había que decir contra su educación ni contra su carácter: hacía muy buena enferma. No pedía nada; tomaba todo lo que le daban, y si se le preguntaba:

—Cómo estás, Anita?

—Algo mejor, señora—contestaba la joven siempre que podía.

Otras veces no contestaba, porque le faltaban fuerzas para hablar. Y á veces no oía siquiera.

Durante la nueva convalecencia no fué impertinente.

No se quejaba; todo estaba bien; no se permitía excesos.

En el círculo aristocrático de Vetusta, á que pertenecían naturalmente las señoritas de Ozores, no se hablaba más que de la abnegación de estas santas mujeres.

Glocester, ó sea don Restituto Mourelo, canónigo raso á la sazón, decía con voz meliflua y misteriosa en la tertulia del marqués de Vegallana:

—Señores, esta es la virtud antigua; no esa falsa y gárrula filantropía moderna. Las señoritas de Ozores están llevando á cabo una obra de caridad que, si quisiéramos analizarla detenidamente, nos daría por resultado una larga serie de buenas acciones. No sólo se trata de echar sobre sí la enorme carga de mantener,

y creo que hasta vestir y calzar, á una persona que las sobrevivirá, según todas las probabilidades, carga que es de por vida ó vitalicia por consiguiente; sino que además esa joven representa una abdicación, que me abstengo de calificar, una abdicación de su señor padre...

—Una abdicación abominable—se atrevió á decir un barón tronado.

—Abominable—añadió Glocester inclinándose.—Representa una alianza nefasta en que la sangre, á todas luces azul, de los Ozores, se mezcló en mal hora con sangre plebeya; y lo que es peor... según todos sabemos, representa esa niña la poco meticulosa moralidad de su madre, de su infausta...

—Sí señor—interrumpió la marquesa de Vegallana, que no toleraba los discursos de Glocester;—sí, señor, su madre era una perdida, corriente; pero la chica se presenta bien, según dicen sus tías; es muy dócil y muy callada.

—Ya lo creo que calla; como que no puede hablar aún de pura debilidad.

Esto lo dijo el médico de la aristocracia, don Robustiano, que asistía á Anita.

Aquella noche se acordó en la tertulia acoger á la hija de don Carlos como una Ozores, descendiente de la mejor nobleza. No se hablaría para nada de su madre; esto quedaba prohibido, pero ella sería considerada como sobrina de quien tantos elogios merecía.

Gran consuelo recibieron doña Anuncia y doña Águeda al saber por el médico esta resolución de la nobleza vetustense.

Ana estaba muchas horas sola. Sus tías tenían costumbre de trabajar—hacer calceta y colcha—en el comedor; la alcoba de la sobrina estaba al otro extremo de la casa.

Además las ilustres damas pasaban mucho tiempo

fuera del triste caserón de sus mayores. Visitaban á lo mejor de Vetusta, sin contar la visita al Santísimo y la Vela, que les tocaba una vez por semana. Asistían á todas las novenas, á todos los sermones, á todas las cofradías, y á todas las tertulias de buen tono. Comían dos ó tres veces por semana fuera de casa. Lo más del tiempo lo empleaban en pagar visitas. Esta era la ocupación á que daban más importancia entre todas las de su atareada existencia. No pagar una visita *de clase*, les parecía el mayor crimen que se podía cometer en una sociedad civilizada. Amaban la religión, porque este era un timbre de su nobleza, pero no eran muy devotas; en su corazón el culto principal era el de la clase, y si hubieran sido incompatibles la Visita á la Corte de María y la tertulia de Vegallana, María Santísima, en su inmensa bondad, hubiera perdonado, pero ellas hubieran asistido á la tertulia.

La etiqueta, según se entendía en Vetusta, era la ley por que se gobernaba el mundo; á ella se debía la armonía celeste.

Suprimida la etiqueta, las estrellas chocarían y se aplastarían probablemente. ¿Qué sabía de estas cosas la sobrinita? Esta era la cuestión. Las miradas de doña Águeda, algo más gruesa, más joven y más bondadosa que su hermana, iban cargadas de estas preguntas cuando se clavaban en Anita al darle un caldo.

La huérfana sonreía siempre; daba las gracias siempre. Estaba conforme con todo. Las tías veían con impaciencia que se prolongaba aquel estado. La niña no acababa de sanar, ni recaía; no se presentaba ninguna solución. Además, así no se podía conocer su verdadero carácter. Aquella sumisión absoluta podía ser efecto de la enfermedad. Don Robustiano dijo que eso era.

Una tarde, tal vez creyendo que dormía la sobrinilla, ó sin recordar que estaba cerca, en el gabinete conti-

guo á su alcoba hablaron las dos hermanas de un asunto muy importante.

—Estoy temblando, ¿á qué no sabes por qué?—decía doña Anuncia.

—¿Si será por lo mismo que á mí me preocupa?

—¿Qué es?

—Si esa chica...

—Si aquella vergüenza...

—Eso!

—¿Te acuerdas de la carta del aya?

—Como que yo la conservo.

—Tenía la chiquilla doce ó catorce años, ¿verdad?

—Algo menos, pero peor todavía.

—Y tú crees... que...

—¡Bah! Pues claro.

—¿Si será una Obdulita?

—Ó una Tarsilita. ¿Te acuerdas de Tarsila que tuvo aquel lance con aquel cadete, y después con Alvarito Mesía no sé qué amoríos?

—Todo era inocencia—decían los bobalicones de aquí.

—Pues mira la inocencia; creo que en Madrid tiene así los amantes (juntando y separando los dedos).

—Si es claro, si genio y figura...

—Cuando falta una base firme...

—¡Si sabrá una!...

—Pues, Obdulita? Ya ves lo que se dijo el año pasado; después se negó, se aseguró que era una calumnia...

—Á mí, que soy tambor de marina!

—¡Si sabrá una!

—¡Si una hubiera querido!

Y suspiró esta señorita de Ozores. Suspiró su hermana también.

Ana que descansaba, vestida, sobre su pobre lecho, saltó de él á las primeras palabras de aquella conver-

sación. Pálida como una muerta, con dos lágrimas heladas en los párpados, con las manos flacas en cruz, oyó todo el diálogo de sus tías.



No hablaban á solas como delante de los señores *de clase;* no eran prudentes, no eran comedidas, no rebuscaban las frases. Doña Anuncia decía palabras que la hubieran escandalizado en labios agenos. La conversación tardó en volver al pecado de Ana, á la vergüenza de que les hablaba la carta de doña Camila. La huérfana oía, desde su alcoba, historias que sublevaban su pudor, que le enseñaban mil desnudeces que no había visto en los libros de Mitología. Pero aquellas mujeres ya se habían olvidado de ella. Tarsila, Obdulia, Visitación, otro pimpollo que se escapaba por el balcón en compañía de su novio, la misma marquesa de Vegallana, sus hijas, sus sobrinas de la aldea, todo Vetusta, la de clase inclusive, salía allí á la vergüenza, en aquella venganza solitaria de las dos señoritas incasables de Ozores. En aquel mundo de flaquezas, de escándalos,

¿quién recordaba ya la aventura, poco conocida al cabo, de la sobrinilla enferma?

Volvieron sin embargo las solteronas al punto de partida; según ellas, se trataba de un marinero que había abusado de la inocencia ó de la precocidad de la niña. Se discutió, como en el casino de Loreto, la verosimilitud del delito desde el punto de vista fisiológico. Hablaron aquellas señoritas como dos comadronas matriculadas. ¡Qué riqueza de datos! ¡Qué empirismo tan provisto de documentos! Doña Anuncia tenía la boca llena de agua. Buscaba á cada momento el recipiente de porcelana que estaba á los piés de su butaca.

«En cuanto á la moral, tampoco era el caso grave, porque en Vetusta nadie debía de saber nada. Lo malo sería que aquella muchacha hubiera seguido con vida tan disoluta. Pero no había motivo para creerlo. Nada más habían sabido que la condenase. Sobre todo, pronto se había de ver.»

Ana, que tuvo valor para sufrir hasta la última palabra, comprendió que sus tías lo perdonaban todo menos las apariencias: que con tal de ser en adelante como ellas, se olvidaba lo pasado, fuese como fuese. Cómo eran ellas ya lo iba conociendo. Pero estudiaría más.

Había habido algunos minutos de silencio.

Doña Águeda lo rompió diciendo:

—Y yo creo que la chica, si se repone, va á ser guapa.

—Creo que era algo raquítica; por lo menos estaba poco desarrollada...

—Eso no importa; así fuí yo, y después que...—Ana sintió brasas en las mejillas—empecé á engordar, á comer bien y me puse como un rollo de manteca.

Y suspiró otra vez doña Águeda, acordándose del rollo que había sido.

Doña Anuncia había tenido sus motivos para no engordar: unos amores románticos rabiosos. De aquellos amores le habían quedado varias canciones á la luna, en una especie de canto llano que ella misma acompañaba con la guitarra. Una de las canciones comenzaba diciendo:

Esa luna que brilla en el cielo
melancólicamente me inspira:
es el último són de mi lira
que por última vez resonó.

Se trataba de un condenado á muerte.

El bello ideal de doña Anuncia había sido siempre un viaje á Venecia con un amante; pero una vez que el siglo estaba *metalizado* y las muchachas no sabían enamorarse, ella quería utilizar, si era posible, la hermosura de Ana, que si se alimentaba bien sería guapa como su padre y todos los Ozores, pues lo traían de raza. Sí, era preciso darle bien de comer, engordarla. Después se le buscaba un novio. Empresa difícil, pero no imposible. En un noble no había que pensar. Estos eran muy finos, muy galantes con las de su clase, pero si no tenían dote se casaban con las hijas de los americanos y de los pasiegos ricos. Lo sabían ellas por una dolorosa experiencia. Los chicos *innobles*, que pudiera decirse, de Vetusta, no eran grandes proporciones; pero aunque se quisiera apencar—apencar decía doña Águeda en el seno de la confianza,—con algún abogadote, ninguno de aquellos bobalicones se atrevería á enamorar á una Ozores, aunque se muriese por ella. La única esperanza era un americano. Los indianos deseaban más la nobleza y se atrevían más, confiaban en el prestigio de su dinero. Se buscaría por consiguiente un americano. Lo primero era que la chica sanase y engordase.

Ana comprendió su obligación inmediata; sanar pronto.

La convalecencia iba siendo impertinente. Toda su voluntad la empleó en procurar cuanto antes la salud.

Desde el día en que el médico dijo que el comer bien era ya oportuno, ella, con lágrimas en los ojos, comió cuanto pudo. Á no haber oído aquella conversación de las tías, la pobre huérfana no se hubiera atrevido á comer mucho, aunque tuviera apetito, por no aumentar el peso de aquella carga: ella. Pero ya sabía á qué atenerse. Querían engordarla como una vaca que ha de ir al mercado. Era preciso devorar, aunque costase un poco de llanto al principio el pasar los bocados.

La naturaleza vino pronto en ayuda de aquel esfuerzo terrible de la voluntad. Ana quería fuerzas, salud, colores, carne, hermosura, quería poder librar pronto á sus tías de su presencia. El cuidarse mucho, el alimentarse bien le pareció entonces el deber supremo. El estado de su ánimo no contradecía estos propósitos.

Aquellos accesos de religiosidad que ella había creído revelación providencial de una vocación verdadera, habían desaparecido. Ellos determinaron la crisis violenta que puso en peligro la vida de Ana, pero al volver la salud no volvieron con ella: la sangre nueva no los traía.

En los insomnios, en las exaltaciones nerviosas, que tocaban en el delirio, las visiones místicas, las intuiciones poderosas de la fe, los enternecimientos repentinos le habían servido de consuelo unas veces y de tormento otras. Había notado con tristeza que aquella fe suya era demasiado vaga; creía mucho y no sabía á punto fijo en qué; su desgracia más grande, la muerte de su padre, no había tenido consuelo tan fuerte como ella lo esperaba en la piedad que había creído tan firme y tan honda, aunque tan nueva. Para aquella ausencia, para la necesidad que sentía de creer que vería

á su padre en otro mundo, servíale sin embargo la religión; pero muy poco para consuelo de los propios males, para remediar las angustias del egoísmo asustado, de los apuros del momento que nacían de la soledad y la pobreza. El pánico de su abandono, que fué el sentimiento que venció á todos, no lo curaba la fe.

«—La Virgen está conmigo» —pensaba Ana en el lecho, allá en Loreto, y acababa por llorar, por rezar fervorosamente y sentir sobre su cabeza las caricias de la mano invisible de Dios; pero sobrevenía un ataque nervioso, sentía la congoja de la soledad, de la frialdad ambiente, del abandono sordo y mudo, y entonces las imágenes místicas no acudían. Hacía falta un amparo visible. Por eso pensó en sus tías a quien no conocía, de las que sabía poco bueno, y deseó su presencia, creyó firmemente en la fuerza de la sangre, en los lazos de la familia..

Durante la convalecencia de la primera fiebre, las primeras fuerzas que tuvo las gastó el cerebro imaginando poemas, novelas, dramas y poesías sueltas. Comenzaba este componer constante, este imaginar sin tregua por ser agradable entretenimiento y además halagaba su vanidad; pero al fin era un tormento. Todo lo que imaginaba le parecía excelente, y al contemplar la belleza que acababa de crear, la admiraba tanto que lloraba enternecida, lloraba lo mismo que cuando pensaba en el amor del Niño Jesús y de su Santa Madre. En algunos momentos de reflexión serena examinaba con disgusto la semejanza de aquellas dos emociones. Tan profunda y sinceramente enternecida se sentía al contemplar la belleza artística que ella creaba, como contemplando la hermosura de la idea de Dios. ¿Sería que uno y otro sentimiento eran religiosos? ¿Ó era que en la vanidad, en el egoísmo estaba la causa de aquel enternecimiento? De todas

suertes ella padecía mucho. Se le figuraba que toda la vida se le había subido á la cabeza; que el estómago era una máquina parada, y el cerebro un horno en que ardía todo lo que ella era por dentro. El pensar sin querer, contra su voluntad, algo complicado, original, delicado, exquisito, llegó á causarle náuseas, y se le antojó envidiar á los animales, á las plantas, á las piedras.

En la convalecencia de la segunda fiebre, en Vetusta, volvió esta actividad indomable del pensamiento á molestarla; pero poco después de comenzar á comer bien, mediante aquellos esfuerzos supremos, notó que unas ruedas que le daban vueltas dentro del cráneo se movían más despacio y con armónico movimiento. Ya no imaginaba tantos héroes y heroínas, y los que le quedaban en la cabeza eran menos fantásticos, sus sentimientos menos alambicados, y se complacía en describir su belleza exterior; los colocaba en parajes deliciosos y pintorescos y acababan todas las aventuras en batallas ó en escenas de amor.

Al despertar todas las mañanas se sorprendía Anita con una sonrisa en el alma y una plácida pereza en el cuerpo. Las tías le permitían levantarse tarde, y gozaba con delicia de aquellas horas. Para ella su lecho no estaba ya en aquel caserón de sus mayores, ni en Vetusta, ni en la tierra; estaba flotando en el aire, no sabía dónde. Ella se dejaba columpiar dentro de la blanda barquilla en aquel navegar aéreo de sus ensueños... Y mientras los personajes de su fantasía se decían ternezas, ella les preparaba un suculento almuerzo en un jardín de fragancias purísimas y penetrantes. Ana aspiraba con placer voluptuoso los aromas ideales de sus visiones turgentes.

Algunas veces, por desgracia, el príncipe ruso vestido con pieles finas ó el noble escocés que lucía torneada y robusta pantorrilla con media de cuadros

brillantes, se convertían de repente en un caballero enfermo del hígado, pálido, delgado, tocado con sombrero de jipijapa, que se despedía de la señora de sus pensamientos diciendo:

«—Adiosito. Ahorita vuelvo,» —con un balanceo de hamaca en los diminutivos. Era el indiano que veían en lontananza ella y las tías.

Doña Águeda era muy buena cocinera; conocía el empirismo del arte, y además lo profesaba por principios. Sabía de memoria *«El Cocinero Europeo,»* un libro que contiene el arte de confeccionar todos los platos de las cocinas inglesa, francesa, italiana, española y otras. Pero salía por un ojo de la cara el guisar como el *Europeo*, según doña Águeda. Cuando se trataba de una gran comida ó merienda de la aristocracia, ella dirigía las operaciones en la cocina del marqués de Vegallana y entonces recurría al *Europeo*. En su casa había muy poco dinero y allí se contentaba con las recetas que heredara de sus mayores. Maravillas y primores de la cocina casera comió Anita en cuanto el estómago pudo tolerarlas. Doña Águeda con unos ojos dulzones, inútilmente grandes, que nadie había querido para sí, miraba extasiada á la convaleciente que iba engordando á ojos vistas, según las de Ozores. Mientras la joven saboreaba aquellos manjares tributando un elogio á la cocinera á cada bocado, doña Águeda, satisfecha en lo más profundo de su vanidad, pasaba la mano pequeña y regordeta con dedos como chorizos llenos de sortijas, por el cabello ondeado entre rubio y castaño de la sobrinita de sus pecados, como ella decía. El artista y su obra se dedicaban mutuas sonrisas entre plato y plato.

Doña Anuncia no cocinaba, pero iba á la compra con la criada y traía lo mejor de lo más barato. Ayudábala á comprar bien un antiguo catedrático de psicología, lógica y ética, gran partidario de la escuela escocesa y

de los embutidos caseros. No se fiaba mucho ni del testimonio de sus sentidos ni de las longanizas de la plaza. Era muy amigo de doña Anuncia y la ayudaba á regatear.

La solterona después del mercado recorría las casas de la nobleza para pregonar aquel exceso de caridad con que ella y su hermana daban ejemplo al mundo.

—Si Vds. la vieran—decía—está desconocida; se la ve engordar. Parece un globo que se va hinchando poco á poco. Verdad es que aquella Águeda tiene unas manos... En fin, Vds. saben por experiencia cómo guisa mi hermanita. Yo me desvivo por la niña. En casa no entendemos la caridad á medias. Todos los días se ve recoger á un pariente pobre, ¿para qué? para ahorrar un criado ó una doncella; se le arroja un mendrugo y no se le paga soldada. Pero nosotras entendemos la caridad de otro modo. En fin, Vds. verán á la niña. Y que va á ser guapa. Ya verán Vds.

En efecto, la nobleza iba en romería á ver el prodigio, á ver engordar á la niña.

El elemento masculino notó mucho antes que el femenino la extraordinaria belleza de Anita. Pocos meses después de la fiebre, Ana había crecido milagrosamente, sus formas habían tomado una amplitud armónica que tenía orgullosa á la nobleza vetustense. La verdad era que el tipo aristocrático no se perdía, pese á la chusma que no quiere clases. Aquella niña en cuanto la habían separado de una vida vulgar, en poder de un padre extraviado y liberalote, y la habían alimentado bien, había recobrado el tipo de la raza. Se votó por unanimidad que era hermosísima. La plebe opinaba lo mismo que la nobleza, y la clase media era de igual parecer. En poco tiempo se consolidó la forma de aquella hermosura y Anita Ozores fué por aclamación la muchacha más bonita del pueblo. Cuando llegaba un forastero, se le enseñaba la torre de la

catedral, el Paseo de Verano, y, si era posible, la sobrina de las de Ozores. Eran las tres maravillas de la población.

Doña Águeda agradecía este triunfo como Fidias pudiera haber agradecido la admiración que el mundo tributó á su Minerva.

—Es una estatua griega!—había dicho la marquesa de Vegallana, que se figuraba las estatuas griegas según la idea que le había dado un adorador suyo, amante de las formas abultadas.

—¡Es la Venus *del Nilo!*—decía con embeleso un pollastre llamado Ronzal, alias el Estudiante.

— Mas bien que la de Milo la de Médicis — rectificaba el joven y ya sabio Saturnino Bermúdez, que sabía lo que quería decir, ó poco menos.

—Es *un* Fidias!—exclamaba el marqués de Vegallana, que había viajado y recordaba que se decía: «un Zurbarán,» «un Murillo,» etc., etc., tratándose de cuadros.

Y Bermúdez se atrevía á rectificar también:

—En mi opinión más parece de Praxíteles.

El marqués se encogía de hombros:

—Sea Praxíteles.

Las señoras eran las que podían juzgar mejor, porque muchas de ellas habían conseguido ver á Anita como se ven las estatuas. No sabían si era *un* Fidias ó *un* Praxíteles, pero sí que era una real moza; un *bijou*, decía la baronesa tronada que había estado ocho días en la Exposición de París.

Su belleza salvó á la huérfana. Se la admitió sin reparo en *la clase*, en la intimidad de la clase por su hermosura. Nadie se acordaba de la modista italiana. —Tampoco Ana debía mentarla siquiera, según orden expresa de las tías. — Se había olvidado todo, incluso el republicanismo del padre, todo: era un perdón general. Ana era de la clase; la honraba con su her-

mosura, como un caballo de sangre y de piel de seda honra la caballeriza y hasta la casa de un potentado.

Las señoritas nobles no envidiaban mucho á Anita, porque era pobre. Para ellas la hermosura era cosa secundaria; daban más valor á la dote y á los vestidos, y creían que las proporciones—los novios aceptables—harían lo mismo. Sabían á qué atenerse. En las tertulias, en los bailes, en las excursiones campestres no le faltarían á *la sobrina* adoradores; los muchachos de la aristocracia eran casi todos libertinos más ó menos disimulados; les atraería la hermosura de Ana, pero no se casarían con ella. Cada niña aristócrata no necesitaba más cuidado que prohibir á su novio formal —el futuro esposo—*hacer el amor* á la huérfana, á lo menos en presencia de su futura. Si Anita se descuidaba, pensaban las herederas, podía verse comprometida sin ninguna utilidad. Dentro de la nobleza no era probable que se casara. Los nobles ricos buscaban á las aristócratas ricas, sus iguales; los nobles pobres buscaban su acomodo en la parte nueva de Vetusta, en la Colonia india, como llamaban al barrio de los americanos los aristócratas. Un indiano plebeyo, un *vespucio*—como también les apellidaban—pagaba caro el placer de verse suegro de un título, ó de un caballero linajudo por lo menos.

El cálculo de las tías respecto al matrimonio de Ana no se había modificado á pesar de la gran hermosura de su sobrina. Por guapa no se casaría con un noble; era preciso abdicar, dejarla casarse con un ricacho plebeyo. Entre tanto, se necesitaba mucha vigilancia y tener advertida á la niña.

—En el gran mundo de Vetusta—decía doña Anuncia—es preciso un ten con ten muy difícil de aprender.

Aunque la explicación de este equilibrio ó ten con ten era un poco embarazosa, y más para una señorita que oficialmente debía ignorarlo todo, y en este caso

estaba doña Anuncia, convinieron las hermanas en que era indispensable dar instrucciones á la chica.

Pocas veces se permitía Ana manifestar deseos, gustos ó repugnancias, y menos éstas, tratándose de los gustos y predilecciones de sus tías; pero una noche no pudo menos de expresar su opinión al volver sola de la tertulia íntima de Vegallana.

—¿Te has divertido mucho?—preguntó doña Anuncia, que se había quedado en el comedor, junto á la gran chimenea, leyendo el folletín de *Las Novedades*. (Era liberal en materia de folletines.)

—No, señora; no me he divertido. Y no quisiera volver allá sin alguna de Vds. Cuando voy sola...

—¿Qué?—exclamó doña Anuncia, invitando á su sobrina con el tono áspero de aquel monosílabo á que no profiriese censura de ningún género contra la tertulia de su predilección.

—Cuando voy sola... me aburren demasiado aquellos caballeritos.

No era esto lo que quería decir. Bien lo comprendió su tía, pero quería más claridad y replicó:

—¡Aburren! aburren! Explíquese Vd., señorita. ¿Es que le parece poco fina la sociedad de Vetusta?

Por el Vd. y la ironía comprendió Ana que doña Anuncia se había disgustado.

—No es eso, tía; es que hay algunos... muy atrevidos... No sé qué se figuran. Vds. no quieren que yo sea oscura, seria, huraña....

—Claro que no.

—Pues que no sean ellos atrevidos. Si Obdulia les consiente ciertas cosas... yo no quiero; yo no quiero.

—Ni yo quiero tampoco que tú te compares con Obdulia. Ella es... una cualquier cosa, que no sé cómo la admiten en la tertulia; y por darse tono, por decir que es íntima de la marquesa y de sus hijas, pasa por todo. Tú eres de la clase.

—Es que no sólo Obdulia es la que tolera... lo que yo no quiero tolerar. Las mismas Emma, Pilar y Lola consienten confianzas...

—¡No me toques á las hijas del marqués!—gritó la tía, poniéndose en pié y dejando caer el Werther sobre la raída alfombra.

«—Soy una bestia, pensó; debí haber callado.» Cada vez que faltaba á su propósito de no contradecir á las tías, sentía una especie de remordimiento, como el del artista que se equivoca.

Entró doña Águeda. Había oído la conversación desde el gabinete. Las dos hermanas se miraron. Era llegada la ocasión de explicar lo del ten con ten.

—Oye, Anita—dijo con voz meliflua la perfecta cocinera;—tú eres una niña; y aunque nosotras poco sabemos del mundo, tenemos alguna experiencia, por lo que se observa.

—Eso es; por lo que observamos en los demás.

—En el mundo en que has entrado, y al que perteneces de derecho, es necesario... un ten con ten especial.

—Un ten con ten, eso.

—Sobre todo en el trato con los hombres. Tú habrás notado que en público los de la clase jamás faltan á la más extricta y meticulosa... eso, decencia.

—Que es lo principal—dijo doña Anuncia, como quien recita el decálogo.

—Nunca habrás visto á Manolito, ni á Paquito, ni al baroncito, ni al vizconde, ni á Mesía, que no es noble, pero anda con ellos, propasarse en lo más mínimo... Pero en el trato íntimo, el que no es más que de la clase, ya es otra cosa.

—Otra cosa muy distinta—dijo doña Anuncia, comprendiendo que á ella, por mayor en edad, le tocaba seguir explicando el ten con ten.

—Como todos somos parientes—continuó—de cerca

ó de lejos, nos tratamos como tales ; y ni porque se te acerquen mucho para hablarte; ni porque hagan alusiones picarescas, y siempre llenas de gracia, á la hermosura de tus hombros, á lo torneado de lo poco, poquísimo de pantorrilla que te hayan visto al bajarte del coche; por nada de eso, ni aun por algo más, con tal que no sea mucho, debes asustarte, ni escandalizarte, ni darte por ofendida.

—De ninguna manera—apoyó doña Águeda.

—Lo contrario es dar á entender una malicia que no debes tener. Tu inocencia te sirve para tolerar todo eso.

—Así hacen Pilar, Emma y Lola.

—Pero...

—Pero, hija...

—Pero, si lo que no es de esperar...

—De ninguna manera...

—Alguno se propasase á mayores, lo que se llama mayores, sobre todo, tomándolo en serio y obsequiándote (palabra de la juventud de doña Anuncia), obsequiándote en regla, entonces no te fíes; déjale decir, pero no te dejes tocar. Al que te proponga amores formales, no le toleres pellizcos, ni nada que no sea inofensivo. Escandalizarse es ridículo, es como no saber con qué se come alguna cosa...

—Es una falta de educación entre la clase...

—Y tolerar demasiado es exponerse. Tú no te has de casar con ninguno de ellos...

—Ni gana, tía—dijo Anita sin poder contenerse, pesándole en seguida de haberlo dicho.

Doña Águeda sonrió.

—Eso de la gana te lo guardas para ti—exclamó doña Anuncia, puesta en pié otra vez, y dejando caer el Werther al suelo.

—Eres muy orgullosa—añadió.

—Déjala ; el que no se consuela...

—Tienes razón; están verdes. Pero lo que importa es que tú no olvides lo que te digo. Es necesario que dejes antes de entrar en casa de la marquesa ese aire displicente y ese tonillo seco, porque es una impertinencia. Lo que está bien, muy bien, y ya ves como lo bueno se te alaba, es que en público mantengas el severo continente que merece no menos elogios del público que tu palmito y buen talle.

—Sí, hija mía—interrumpió doña Águeda.—Es necesario sacar partido de los dones que el Señor ha prodigado en ti á manos llenas.

Ana se moría de vergüenza. Estos elogios eran el mayor martirio. Se figuraba sacada á pública subasta. Doña Águeda y después su hermana trataron con gran espacio el asunto de la cotización probable de aquella hermosura que consideraban obra suya. Para doña Águeda la belleza de Ana era uno de los mejores embutidos; estaba orgullosa de aquella cara, como pudiera estarlo de una morcilla. Lo demás, lo que se refería á la esbeltez, lo había hecho la raza, decía doña Anuncia, que se picaba de esbelta, porque era delgada.

Al ventilar semejante negocio, el tipo de la trotaconventos de salón, que sólo se diferencia de las otras en que no hace ruido, asomaba á la figura de aquellas solteronas, como anuncio de vejez de bruja; la chimenea arrojaba á la pared las siluetas contrahechas de aquellas señoritas, y los movimientos de la llama y los gestos de ellas producían en la sombra un embrión de aquelarre.

Lo que eran los hombres, y especialmente los indianos, lo que no les gustaba, la manera de marearlos, lo que había que conceder antes, lo que no se había de tolerar después, todo esto se discutió por largo, siempre concluyendo con la protesta de que era hija tanta sabiduría de la observación en cabeza agena.

—Por lo demás, ni tu tía Águeda ni yo manifestamos nunca afición al matrimonio.

Así fué cómo se le explicó á la huérfana lo del ten con ten.

Aquella noche lloró en su lecho Ana como lloraba bajo el poder de doña Camila. Pero había cenado muy bien. Al despertar sintió la deliciosa pereza que era casi el único placer en aquella vida. Como entonces ya no había motivo para no madrugar y el trabajo la reclamaba en aquella casa desde muy temprano, procuraba despertar mucho antes de lo necesario para gozar de aquellos sueños de la mañana, rebozada con el dulce calor de las sábanas.

Uno á uno, despreciaba todos los elogios que á su hermosura tributaban los señoritos nobles y los abogadetes de Vetusta y cuantos la veían; pero al despertar, como una neblina de incienso bien oliente envolvían su voluptuoso amanecer del alma aquellas dulces alabanzas de tantos labios condensadas en una sola, y con deleite saboreaba Ana aquel perfume. Y como la historia ha de atreverse á decirlo todo, según manda Tácito, sépase que Anita, casta por vigor del temperamento, encontraba exquisito deleite en verificar la justicia de aquellas alabanzas. Era verdad, era hermosa. Comprendía aquellos ardores que con miradas unos, con palabras misteriosas otros, daban á entender todos los jóvenes de Vetusta. Pero ¿el amor? ¿era aquello el amor? No, eso estaba en un porvenir lejano todavía. Debía de ser demasiado grande, demasiado hermoso para estar tan cerca de aquella miserable vida que la ahogaba, entre las necedades y pequeñeces que la rodeaban. Acaso el amor no vendría nunca; pero prefería perderlo á profanarlo. Toda su resignación aparente era por dentro un pesimismo invencible; se había convencido de que estaba condenada á vivir entre necios; creía en la fuerza superior de la estupidez

general; ella tenía razón contra todos, pero estaba debajo, era la vencida. Además su miseria, su abandono la preocupaban más que todo; su pensamiento principal era librar á sus tías de aquella carga, de aquella obra de caridad que cada día pregonaban más solemnemente las viejas.

Quería emanciparse; pero ¿cómo? Ella no podía ganarse la vida trabajando; antes la hubieran asesinado las Ozores; no había manera decorosa de salir de allí á no ser el matrimonio ó el convento.

Pero la devoción de Ana ya estaba calificada y condenada por la autoridad competente. Las tías, que habían maliciado algo de aquel misticismo pasajero, se habían burlado de él cruelmente. Además la falsa devoción de la niña venía complicada con el mayor y más ridículo defecto que en Vetusta podía tener una señorita: la literatura. Era este el único vicio grave que las tías habían descubierto en la joven y ya se le había cortado de raíz.



Cuando doña Anuncia topó en la mesilla de noche de Ana con un cuaderno de versos, un tintero y una pluma, manifestó igual asombro que si hubiera visto un rewólver, una baraja ó una botella de aguardiente. Aquello era una cosa hombruna, un vicio de hombres vulgares, plebeyos. Si hubiera fumado, no hubiera sido mayor la estupefacción de aquellas solteronas. «¡Una Ozores literata!»

«—Por allí, por allí asomaba la oreja de la modista italiana que, en efecto, debía de haber sido bailarina, como insinuaba doña Camila en su célebre carta.»

El cuaderno de versos se había presentado á los padres graves de la aristocracia y del cabildo.

El marqués de Vegallana, á quien sus viajes daban fama de instruído, declaró que los versos eran libres.

Doña Anuncia se volvía loca de ira.

—¿Con que indecentes, libres? ¡Quién lo dijera! La bailarina...

—No, Anuncita, no te alteres. Libres quiere decir blancos, que no tienen consonantes; cosas que tú no entiendes. Por lo demás, los versos no son malos. Pero más vale que no los escriba. No he conocido ninguna literata que fuese mujer de bien.

Lo mismo opinó el barón tronado, que había vivido en Madrid mantenido por una poetisa traductora de folletines.

El señor Ripamilán, canónigo, dijo que los versos eran regulares, acaso buenos, pero de una escuela romántico-religiosa que á él le empalagaba.

—Son imitaciones de Lamartine en estilo pseudoclásico; no me gustan, aunque demuestran gran habilidad en Anita. Además, las mujeres deben ocuparse en más dulces tareas; las musas no escriben, inspiran.

La marquesa de Vegallana, que leía libros escandalosos con singular deleite, condenó los versos por mojigatos. «Que no se le mezclase á ella lo humano con lo divino. En la iglesia como en la iglesia, y en literatura ancha Castilla.» Además, no le gustaba la poesía; prefería las novelas en que se pinta todo á lo vivo, y tal como pasa. «¡Si sabría ella lo que era el mundo! En cuanto á la *sobrinita*, era indudable que había que cortarle aquellos arranques de falsa piedad novelesca. Para ser literata, además, se necesitaba mucho talento. Ella lo hubiera sido á vivir en otra atmósfera. ¡Lo que habían visto aquellos ojos!» Y recordaba unas *Aventuras de una cortesana*, que había ella proyectado allá en sus verdores, ricos de experiencia.

Tan general y viva fué la protesta del *gran mundo* de Vetusta contra los conatos literarios de Ana, que ella misma se creyó en ridículo y engañada por la vanidad.

Á solas en su alcoba algunas noches en que la tristeza la atormentaba, volvía á escribir versos, pero los rasgaba en seguida y arrojaba el papel por el balcón para que sus tías no tropezasen con el cuerpo del delito. La persecución en esta materia llegó á tal extremo, tales disgustos le causó su afán de expresar por escrito sus ideas y sus penas, que tuvo que renunciar en absoluto á la pluma; se juró á sí misma no ser «la literata», aquel ente híbrido y abominable de que se hablaba en Vetusta como de los monstruos asquerosos y horribles.

Las amiguitas, que habían sabido algo, y nunca tenían qué censurar en Ana, aprovecharon este flaco para *ponerla en berlina* delante de los hombres, y á veces lo consiguieron. No se sabía quién—pero se creía que Obdulia—había inventado un apodo para Ana. La llamaban sus amigas y los jóvenes desairados *Jorge Sandio*.

Mucho tiempo después de haber abandonado toda pretensión de poetisa, aún se hablaba delante de ella con maliciosa complacencia de las literatas. Ana se turbaba, como si se tratase de algún crimen suyo que se hubiera descubierto.

—En una mujer hermosa es imperdonable el vicio de escribir—decía el baroncito, clavando los ojos en Ana y creyendo agradarla.

—¿Y quién se casa con una literata?—decía Vegallana sin mala intención. Á mí no me gustaría que mi mujer tuviese más talento que yo..

La marquesa se encogía de hombros. Creía firmemente que su marido era un idiota. «¡Á qué llamarán talento los maridos!»—pensaba, satisfecha de lo pasado.

—Yo no quiero que mi mujer se ponga los pantalones—añadía el afeminado baroncito. Y la marquesa, vengando en él lo de su marido, decía:

—Pues hijo mío, serán Vds. un matrimonio *sans-culotte*.

Fuera de estas defensas relativas de la marquesa, era unánime la opinión: la literata era un absurdo viviente.

—«Tenían razón en este punto aquellos necios, llegó á pensar Ana; no escribiría más.» Pero ella se vengaba de las burlas despreciándolas y desdeñando los obsequios de aquellos que su orgullo tenía por majaderos aristocráticos. Admitía el culto que se tributaba á su hermosura, pero como algunos hombres eminentes desvanecidos, uno por uno despreciaba á los fieles que se prosternaban ante el ídolo. Para ella eran incompatibles el amor y cualquiera de aquellos nobles audaces antes, cobardes ya ante su desdén supremo. Era demasiado crédula en cuanto se refería á las cosas vanas y repugnantes del mundo en que vivía; para tales materias prefería las advertencias de doña Anuncia al propio criterio. Al principio se le había figurado que ella, con un poco de arte, hubiera podido conquistar á cualquiera de aquellos nobles ricos que se divertían con todas y se casaban con la de mayor dote. Pero le pareció una indignidad asquerosa semejante idea; ni una sola vez trató de ensayar sus recursos y prefirió creer á su tía: aquellos aristócratas interesados no eran maridos posibles. Se acostumbró á esta idea y miraba á sus amigos y parientes como á los figurines de las sastrerías: en efecto, les veía tan enclenques de espíritu que se le antojaban de papel marquilla.

Los *pollos* de la aristocracia acabaron por confesar que Ana era una excepción; ó calculaba más que sus mismas tías, ó era una virtud efectiva.

—«¡Qué diablo, alguna había de haber!»

Los seductores de la clase media que anhelaban siempre *meter la cabeza* en la aristocracia, declararon lo mismo: «Ana era invulnerable.»

—Esperará algún príncipe ruso—decía Alvarito Mesía, que vivía entre plebeyos y nobles. Alvarito no había dicho nunca á Anita: «buenos ojos tienes.» Eran dos orgullos paralelos.

Se fué á Madrid Mesía, á cepillar un poco el provincialismo. Dejaba ya en Vetusta muchas víctimas de su buen talle y arte de enamorar, pero los mayores estragos pensaba hacerlos á la vuelta.

La tarde en que Alvaro tomó la diligencia, Ana había salido á paseo con sus tías por la carretera de Madrid. Encontraron el coche. Álvaro las vió y saludó desde la berlina. Se encontraron los ojos de Ana y de Mesía. Se miraron como si hasta aquel momento nunca se hubieran visto bien.

—«Buenos ojos—pensó el Tenorio—no sabía yo á lo que saben, hasta ahora.»

Y continuó:

—«Esa será una de las primeras.»

Más de una hora fué viendo aquella nube de polvo que parecía de luz y en medio los ojos de *la sobrina.*

La *sobrina* también llevó á casa la imagen de don Álvaro entre ceja y ceja.

Y pensaba:

—«Ese era de los menos malos. Parecía más distinguido; y no era pesado; tenía cierta dignidad... era comedido... frío con elegancia... el menos tonto sin duda.»

El pesimismo la hizo repetir muchos dias seguidos:

—«Se ha ido el menos tonto.»

Pero al mes ya no se acordaba de don Álvaro; ni don Álvaro de Ana en cuanto llegó á Madrid.

—«¡Oh! el convento, el convento; ese era su recurso más natural y decoroso. El convento ó el americano.»

El confesor de Anita, Ripamilán, oyó la proposición de la joven como quien oye llover.

—¡Ta, ta, ta, ta!—dijo en voz alta—sin pensar que estaba en la iglesia. Hija mía, las esposas de Jesús no se hacen de tu maderita. Haz feliz á un cristiano, que bien puedes, y déjate de vocaciones improvisadas. La culpa la tiene el romanticismo con sus dramas escandalosos de monjitas que se escapan en brazos de trovadores con plumero y capitanes de foragidos.Has de saber, Anita mía, que yo tengo para ti un novio, paisano mío. Vuélvete á casa, que allá iré yo y te hablaré del asunto. Aquí sería una profanación.

El candidato de Ripamilán era un magistrado, natural de Zaragoza, joven para oidor y algo maduro, aunque no mucho, para novio. Tenía entonces la señorita doña Ana Ozores diez y nueve años y el señor don Víctor Quintanar pasaba de los cuarenta. Pero estaba muy bien conservado. Ana suplicó á don Cayetano que nada dijese á sus tías de aquella proporción, hasta que ella tratase algún tiempo á Quintanar; porque si doña Anuncia sabía algo, impondría el novio sin más examen.

«—Nada más justo; prefiero que estas cosas las resuelva el corazón; Moratín, mi querido Moratín, nos lo enseña gallardamente en su comedia inmortal: «El sí de las niñas.»

Se quedó en ello.

¡Quién hubiera dicho á doña Anuncia que aquel novio soñado, que ya empezaba á tardar, pasaba todos los días cerca de ellas, en el Espolón, el Paseo de invierno, ó en la carretera de Madrid, orlada de altos álamos que se juntaban á lo lejos!

Ana había notado que todas las tardes se encontraban con don Tomás Crespo, el íntimo de la casa, y un caballero que se la comía con los ojos. Don Tomás era una de las pocas personas á quien ella estimaba de

veras, por ver en él prendas morales raras en Vetusta, á saber: la tolerancia, la alegría expansiva, y la despreocupación en materias supersticiosas.

El caballero las miraba de lejos, mientras don Tomás se detenía á saludarlas. Aquel señor era Quintanar; el magistrado. Efectivamente, no estaba mal conservado. Era muy pulcro de traje y de aspecto simpático.

«Era *un forastero,* palabra de sentido especial en Vetusta, para las señoritas de Ozores, que no le habían visto aún en ninguna casa *de las suyas.*»

—Es un magistrado—les había dicho Crespo un día; —un aragonés muy cabal, valiente, gran cazador, muy pundonoroso y gran aficionado de comedias; representa como Carlos Latorre. Sobre todo en el teatro antiguo es lo que hay que ver.

Esto era todo lo que las tías sabían del novio que se les preparaba á escondidas.

Una tarde Crespo, enterado de que la niña ya sabía algo, sin encomendarse á Dios ni al diablo, detuvo á las de Ozores en la carretera de Castilla y les presentó al señor don Víctor Quintanar, magistrado. Las acompañaron aquellos señores durante el paseo y hasta dejarlas en el sombrío portal del caserón de Ozores. Doña Anuncia ofreció la casa á don Víctor. Éste pensaba que las tías conocían su honesta pretensión, y al día siguiente, de levita y pantalón negros, visitó á las nobles damas. Ana le trató con mucha amabilidad. Le pareció muy simpático.

La única persona con quien ella se atrevía á hablar algo de lo que le pasaba por dentro era don Tomás Crespo, libre, decía él, de todas los preocupaciones, inclusive la de no tenerlas, que era de las más tontas.

Ana observaba mucho. Se creía superior á los que la rodeaban, y pensaba que debía de haber en otra parte una sociedad que viviese como ella quisiera vivir y que tuviese sus mismas ideas. Pero entre tanto

Vetusta era su cárcel, la necia rutina, un mar de hielo que la tenía sujeta, inmóvil. Sus tías, las jóvenes aristócratas, las beatas, todo aquello era más fuerte que ella; no podía luchar, se rendía á discreción y se reservaba el derecho de despreciar á su tirano, viviendo de sueños.

Pero Crespo era una excepción, un amigo verdadero, que entendía á medias palabras lo que las tías, el barón, etc., etc., no hubieran entendido en tomos como casas.

Á don Tomás le llamaban *Frígilis*, porque si se le refería un desliz de los que suelen castigar los pueblos con hipócritas aspavientos de moralidad asustadiza, él se encogía de hombros, no por indiferencia, sino por filosofía, y exclamaba sonriendo:

—¿Qué quieren Vds.? Somos *frígilis;* como decía el otro.

Frígilis quería decir frágiles. Tal era la divisa de don Tomás: la fragilidad humana.

Él mismo había sido frágil. Había creído demasiado en las leyes de la adaptación al medio. Pero de esto ya se hablará en su día. Ocho años más adelante brillaba en todo su esplendor su noble manía de perdonarlo todo.

Era sagaz para buscar el bien en el fondo de las almas, y había adivinado en Anita tesoros espirituales.

—Mire Vd., don Víctor—le decía á su amigo—esa niña merece un rey, y por lo menos un magistrado que pronto será Regente, como Vd., v. gr. Figúrese usted una mina de oro en un país donde nadie sabe explotar las minas de oro; eso es Anita en mi querida Vetusta. En Vetusta lo mejor es el arbolado.

—Deje Vd. la flora, don Tomás.

—Tiene Vd. razón, me pierdo... Decía que Anita es una mujer de primer orden. ¿Ve Vd. qué hermoso es su cuerpecito que le tiene á Vd. hecho un caramelo?

Pues cuando vea Vd. su alma, se derretirá como ese caramelo puesto al sol. Debo advertir á Vd. que para mí un alma buena no es más que un alma sana; la bondad nace de la salud.

—Es Vd. un poco materialista, pero yo no me enfado. Decía Vd. que la niña...

—¡Soy cuerno! señor mío; y Vd. dispense. Á mí no hay que ponerme motes. Aborrezco los sistemas. Lo que digo es que sólo creo en la bondad que da la naturaleza; á un árbol la salud ha de entrarle por las raíces... pues es lo mismo, el alma...

Y seguía filosofando para venir á parar en que Anita era la mejor muchacha de Vetusta.

Crespo, según él dijo, tomó un día por su cuenta á la joven para recomendarle al señor Quintanar.

«Era el único novio digno de ella. Los cuarenta años y pico eran como los de los árboles que duran siglos, una juventud, la primera juventud. Más viejo es un perro de diez años que un cuervo de ciento, si es cierto que los cuervos duran siglos.»

Ana apreciaba en mucho los consejos de Frígilis. Admitió el trato de Quintanar, pero á beneficio de inventario y con las demás condiciones que había impuesto á don Cayetano; no sabrían nada las tías. Don Víctor aceptó aquella manera de ser pretendiente.

—Mire Vd.—decía Frígilis—el secretillo es la salsa de estos negocios; la chica picará más pronto... ya verá usted cómo pica...

Ana pasaba el tiempo sin sentir al lado de Quintanar.

«Tenía ideas puras, nobles, elevadas y hasta poéticas.»

No se teñía las canas, era sencillo, aunque en el lenguaje algo declamador y altisonante. Este vicio lo debía á los muchos versos de Lope y Calderón que sabía de memoria; le costaba trabajo no hablar como Sancho Ortiz ó don Gutierre Alfonso.

Pero á solas se decía Anita:

—«¿ No es una temeridad casarse sin amor ? ¿ No decían que su vocación religiosa era falsa, que ella no servía para esposa de Jesús porque no le amaba bastante ? Pues si tampoco amaba á don Víctor, tampoco debía casarse con él.»

Consultado Ripamilán, contestó :

—«Que entre un magistrado, que no es Presidente de Sala siquiera, y el Salvador del mundo, había mucha diferencia. ¿No confesaba Anita que le agradaba don Víctor? Sí. Pues cada día le encontraría más gracia. Mientras que en el convento, la que empieza sin amor acaba desesperada.»

Don Cayetano, que sabía ponerse serio, llegado el caso, procuró convencer á su amiguita de que su piedad, si era suficiente para una mujer honrada en el mundo, no bastaba para los sacrificios del claustro.

—« Todo aquello de haber llorado de amor leyendo á San Agustín y á San Juan de la Cruz no valía nada; había sido cosa de la edad crítica que atravesaba entonces. En cuanto á Chateaubriand, no había que hacer caso de él. Todo eso de hacerse monja sin vocación, estaba bien para el teatro; pero en el mundo no había Manriques ni Tenorios que escalasen conventos, á Dios gracias. La verdadera piedad consistía en hacer feliz á tan cumplido y enamorado caballero como el señor Quintanar, su paisano y amigo.»

Ana renunció poco á poco á la idea de ser monja. Su conciencia le gritaba que no era aquel el sacrificio que ella podía hacer. El claustro era probablemente lo mismo que Vetusta; no era con Jesús con quien iba á vivir, sino con *hermanas* más parecidas de fijo á sus tías que á San Agustín y á Santa Teresa. Algo se supo en el círculo de la nobleza de las «veleidades místicas» de Anita, y las que la habían llamado *Jorge Sandio* no

se mordieron la lengua y criticaron con mayor crueldad el nuevo antojo.

Se confesaba que era virtuosa, en cuanto no se le conocía ningún *trapicheo;* pero esto era poco para creerse con vocación de santa.

—«¿Por ventura las demás eran unas tales?»

—Es guapa, pero orgullosa—decía la baronesa tronada, que tenía á su marido y á su hijo enamorados en vano de la sobrinita.—

No fué Ana quien apresuró su resolución, como esperaba Frígilis; fueron las tías que descubrieron un novio para la niña. El nuevo pretendiente era el americano deseado y temido, don Frutos Redondo, procedente de Matanzas con cargamento de millones. Venía dispuesto á edificar el mejor *chalet* de Vetusta, á tener los mejores coches de Vetusta, á ser diputado por Vetusta y á casarse con la mujer más guapa de Vetusta. Vió á Anita, le dijeron que aquella era la hermosura del pueblo y se sintió herido de punta de amor. Se le advirtió que no le bastaban sus onzas para conquistar aquella plaza. Entonces se enamoró mucho más. Se hizo presentar en casa de las Ozores y pidió á doña Anuncia la mano de la sobrina.

Después doña Anuncia se encerró en el comedor con doña Águeda, y terminada la conferencia compareció Anita. Doña Anuncia se puso en pié al lado de la chimenea pseudo-feudal: dejó caer sobre la alfombra *La Etelvina*, novela que había encantado su juventud, y exclamó:

—Señorita... hija mía; ha llegado un momento que puede ser decisivo en tu existencia. (Era el estilo de *La Etelvina.*) Tu tía y yo hemos hecho por ti todo género de sacrificios; ni nuestra miseria, á duras penas disimulada delante del mundo, nos ha impedido rodearte de todas las comodidades apetecibles. La caridad es inagotable, pero no lo son nuestros recursos.

Nosotras no te hemos recordado jamás lo que nos debes (se lo recordaban al comer y al cenar todos los días), nosotras hemos perdonado tu origen, es decir, el de tu desgraciada madre, todo, todo ha sido aquí olvidado. Pues bien, todo esto lo pagarías tú con la más negra ingratitud, con la ingratitud más criminal, si á la proposición que vamos á hacerte contestaras con una negativa... incalificable.

—Incalificable — repitió doña Águeda. — Pero creo inútil todo este sermón—añadió—porque la niña saltará de alegría en cuanto sepa de lo que se trata.

—Eso quiero; saber en qué puedo yo servir á Vds. á quien tanto debo.

—Todo.

—Sí, todo, querida tía.

—Como supongo—prosiguió doña Anuncia—que ya no te acordarás siquiera de aquella locura del monjío...

—No señora...

—En ese caso—interrumpió doña Águeda—como no querrás quedarte sola en el mundo el día que nosotras faltemos...

—Ni tendrás ningún amorcillo oculto, que sería indecente...

—Y como nosotras no podemos más...

—Y como es tu deber aceptar la felicidad que se te ofrece...

—Te morirás de gusto cuando sepas que don Frutos Redondo, el más rico del Espolón, ha pedido hoy mismo tu mano.

Ana, contra el expreso mandato de sus tías, no se murió de gusto. Calló; no se atrevía á dar una negativa categórica.

Pero doña Anuncia no necesitó más para dar rienda suelta al basilisco que llevaba dentro de sus entrañas. Su silueta en las sombras de la pared, parecía ahora

la de una bruja gigantesca; otras veces, multiplicándose por los saltos de la llama y por los saltos y contorsiones de la vieja, figuraba todo el infierno desencadenado; había momentos en que la sombra de la señorita de Ozores tenía tres cabezas en la pared y tres ó cuatro en el techo, y se diría que de todas ellas salían gritos y alaridos, según lo que vociferaba doña Anuncia sola.

Doña Águeda misma estaba horrorizada.

La sobrina permaneció ocho días encerrada en su alcoba después de aquella escena. Al cumplirse el novenario de la encerrona, que algo tenía de arresto, doña Anuncia se presentó tranquila, digna, severa á leer la sentencia. «No le faltaría á la hija de la bailarina—¿quién dudaba ya que la modista había bailado?—no le faltaría una cama en el palacio de sus mayores; pero ellas, las tías, no tenían qué poner á la mesa; todo lo había comido la niña.»

Ana escribió á Frígilis.

Y al día siguiente don Víctor Quintanar, de tiros largos, como el día de la primera visita, entró en el estrado de los Ozores. Venía á pedir la mano de Ana, «á quien creía no ser indiferente.»

«Daba aquel paso antes de lo que pensaba, porque acababa de ser ascendido; iba á Granada en calidad de Presidente de Sala y quería llevarse á su esposa, si su ardiente deseo era cumplido. Contaba con su sueldo y algunas viñas y no pocos rebaños en la Almunia de don Godino. Nunca hubiera sido osado á pedir la mano de tan preclara, ilustre y hermosa joven sin poder ofrecerle, ya que no la opulencia, una *aurea mediocritas,* como había dicho el latino.»

Doña Anuncia quedó deslumbrada... ¡Don Godino... *mediocritas*... la cruz de Isabel la Católica!... Era mucha tentación.

Frígilis había advertido á don Víctor, al ponerle la

cruz al pecho, que á doña Anuncia la enamoraban los discursos que no entendía y las condecoraciones.

Quintanar mientras hablaba se sentía en ridículo; pero la vieja estaba fascinada.



«Don Frutos, pensaba ella, había aplastado terrones en los suburbios de Vetusta, doce años antes; se acordaba de haberle visto en mangas de camisa.»

La Ozores contestó:

«Que ella no podía disponer de la mano de su sobrina, aunque la joven consintiera, sin consultar, sin tomar la venia de la nobleza, de la clase.»

Los señores del margen, los de la Audiencia, eran

la segunda aristocracia en Vetusta, aunque no figuraban tanto como en otros días.

La justicia era respetada con un terror supersticioso heredado de muchos siglos. Los más soliviantados liberales de Vetusta que hablaban de anarquía y de quemarlo todo, temblaban ante la voz de un ugier de la Sala de lo Criminal que gritaba, porque un testigo cruzaba las piernas:

—¡Guarden ceremonia!

La aristocracia, la primera, opinó que Anita hacía una boda loca.

La hizo.

Don Frutos se volvió á Matanzas, prometiendo volver vengado, es decir, con muchos más millones. Cumplió su promesa.

Pasó un mes, y Ana Ozores de Quintanar, con su caballeresco esposo, salía por la carretera de Castilla en la berlina de aquella diligencia en que había visto marchar á don Álvaro Mesía por el mismo camino.

Toda Vetusta fué á despedirlos; la nobleza y la clase media. Frígilis tenía lágrimas en los ojos.

—En cuanto puedan Vds. dar la vuelta... hay que darla—decía con un pié en el estribo y la cabeza dentro del coche.—Será Vd. la Regenta de Vetusta, Anita.

—No lo permite la ley, por causa de las tías—contestaba don Víctor.

—Bah, bah! Ya se arreglaría eso... Será Vd. la Regenta.

Don Cayetano quiso también subir al estribo, pero no pudo.

Doña Anuncia y doña Águeda habían quedado en el estrado, casi á oscuras, suspirando, rodeadas de algunos amigos y amigas, quizá los mismos que les dieran en otra ocasión igual pésame por la muerte civil de don Carlos.

—Y ella va contenta—decía el barón.

—¡Uf! Ya lo creo...

—La juventud es ingrata...

—Señores, que va á arrancar, *desapartarse*—gritó el zagal de la diligencia.

Y partió el coche. Don Víctor oprimía entre las suyas las manos de aquella esposa que le envidiaba un pueblo entero.

Un ¡adiós! llenó los ámbitos de la Plaza Nueva: era un adiós triste de verdad, era la despedida de la maravilla del pueblo; Vetusta en masa veía marchar á la nueva Presidenta de Sala como pudiera haber visto que le llevaban la torre de la catedral, otra maravilla.

Entre tanto, Ana pensaba que tal vez no había entre aquella muchedumbre que admiraba su hermosura otro más digno de poseerla que aquel don Víctor, á pesar de sus cuarenta y pico, pico misterioso.

Cuando, ya cerca de la noche, mientras subían cuestas que el ganado tomaba al paso, el nuevo Presidente de Sala le preguntaba si era él por su ventura el primer hombre á quien había querido, Ana inclinaba la cabeza y decía con una melancolía que le sonaba al marido á voluptuoso abandono:

—Sí, sí, el primero, el único.

«No le amaba, no; pero procuraría amarle.»

Cerró la noche. Ana, apoyada la cabeza en las sobadas almohadillas de aquel coche viejo, cerraba los ojos, fingía dormir y escuchaba el ruido atronador y confuso de vidrios, hierro y madera de la diligencia desvencijada, y se le antojaba oir en aquel estrépito los últimos gritos de la despedida.

Ni uno solo de aquellos hombres que quedaban allá abajo le había hablado de amor, de amor cierto, ni se lo había inspirado. Repasando todos los años de la inútil juventud, recordaba, como la mayor delicia que pudiera cargarse al capítulo de amor tal vez, alguna mirada de algún desconocido en uno de aquellos pa-

seos por las carreteras orladas de árboles poblados de gorriones y jilgueros.

Entre ella y los jóvenes de la sociedad en que vivía, pronto había puesto el orgullo de Ana y la necedad de los otros un muro de hielo.

«No se casarían con ella, había dicho doña Anuncia, porque era pobre; pero ella les tomaba la delantera, y los despreciaba por fatuos y adocenados.»

Si alguno había querido tratarla como á Obdulia, pronto había encontrado un desdén altivo y una ironía cruel capaces de helar una brasa.

«Tal vez, aunque no era seguro, ni mucho menos, entre aquellos hombres que la admiraban de lejos, devorándola con los ojos, habría alguno digno de ser querido... pero las tías se encargaban de mantener las distancias que exigía el tono, y los pobres abogadillos, ó lo que fueran, tal vez demócratas teóricos, respetaban aquellas preocupaciones, y participaban, á su pesar, de ellas. No se acercaban.» Todos los que habían producido en Ana algún efecto, aunque no grande, hablando con los ojos, eran cualquier cosa menos proporciones. En Vetusta la juventud pobre no sabe ganarse la vida, á lo sumo se gana la miseria; muchachos y muchachas se comen á miradas, se quieren, hasta se lo dicen... pero *lo dejan;* falta una posición; las muchachas pierden su hermosura y acaban en beatas; los muchachos dejan el luciente sombrero de copa, se embozan en la capa y se hacen jugadores.

Los que quieren medrar salen del pueblo; allí no hay más ricos que los que heredan ó hacen fortuna lejos de la soñolienta Vetusta.

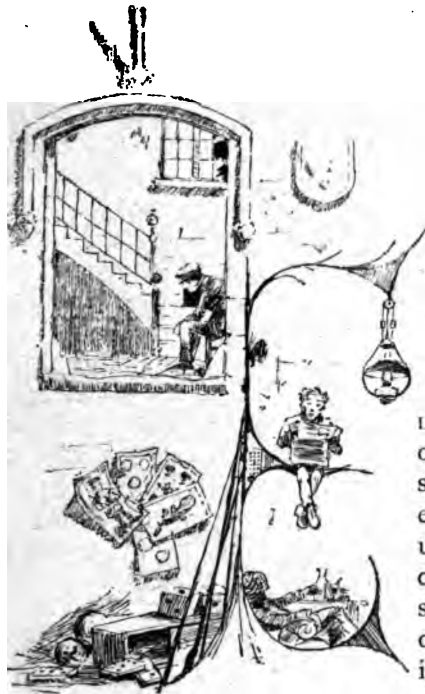
«Entre americanos, pasiegos y mayorazguetes fatuos, burdos y grotescos hubiera podido escoger, seguía pensando Ana. Que lo dijera don Frutos Redondo... Pero además, ¿para qué engañarse á sí misma? No estaba en Vetusta, no podía estar en aquel pobre rin-

cón la realidad del sueño, el héroe del poema, que primero se había llamado Germán, después san Agustín, obispo de Hiponax, después Chateaubriand y después con cien nombres, todo grandeza, esplendor, dulzura delicada, rara y escogida...»

«Y ahora estaba casada. Era un crimen, pero un crimen verdadero, no como el de la barca de Trébol, pensar en otros hombres. Don Víctor era la muralla de la China de sus ensueños. Toda fantástica aparición que rebasara de aquellos cinco piés y varias pulgadas de hombre que tenía al lado, era un delito. Todo había concluído... sin haber empezado.»

Abrió Ana los ojos y miró á su don Víctor que á la luz de una lámpara de viaje, calada hasta las orejas una gorra de seda, leía tranquilamente, algo arrugado el entrecejo, *El Mayor Monstruo los celos ó el Tetrarca de Jerusalén*, del inmortal Calderón de la Barca.





VI

L casino de Vetusta ocupaba un caserón solitario, de piedra ennegrecida por los ultrajes de la humedad, en una plazuela sucia y triste cerca de San Pedro, la iglesia antiquísima vecina de la catedral. Los socios jóvenes querían mudarse, pero el cambio de domicilio sería la muerte de la sociedad según el elemento serio y de más arraigo. No se mudó el Casino y siguió remendando como pudo sus goteras y demás achaques de abolengo. Tres generaciones habían bostezado en aquellas salas estrechas y oscuras, y esta solemnidad del aburrimiento heredado no debía trocarse por los azares de un porvenir dudoso en la parte nueva del pueblo, en la Colonia. Además, decían los viejos, si el Casino deja de residir en la Encimada, adiós casino. Era un aristócrata.

Generalmente el salón de baile se enseñaba á los forasteros con orgullo; lo demás se confesaba que valía poco.

Los dependientes de la casa vestían un uniforme parecido al de la policía urbana. El forastero que llamaba á un mozo de servicio podía creer, por la falta de costumbre, que venían á prenderle. Solían tener los camareros muy mala educación, también heredada. El uniforme se les había puesto para que se conociese en algo que eran ellos los criados.

En el vestíbulo había dos porteros cerca de una mesa de pino. Era costumbre inveterada que aquellos señores no saludaran á los socios que entraban ó salían. Pero desde que era de la Junta Ronzal, que había visto otros usos en sus cortos viajes, los porteros se inclinaban al pasar un socio sin importancia, y hasta dejaban oir un gruñido, que bien interpretado podía tomarse por un saludo; si era un individuo de la Junta se levantaban de su silla cosa de medio palmo, si era Ronzal se levantaban un palmo entero y si pasaba don Álvaro Mesía, presidente de la sociedad, se ponían de pié y se cuadraban como reclutas.

Después del vestíbulo se encontraban tres ó cuatro pasillos convertidos en salas de espera, de descanso, de conversación, de juego de dominó, todo ello junto y como quiera. Más adelante había otra sala más lujosa, con grandes chimeneas que consumían mucha leña, pero no tanta como decían los mozos. Aquella leña suscitaba graves polémicas en las juntas generales de fin de año. En tal estancia se prohibía el estridente dominó, y allí se juntaban los más serios y los más importantes personajes de Vetusta. Allí no se debía alborotar porque al extremo de oriente, detrás de un majestuoso portier de terciopelo carmesí, estaba la sala del tresillo, que se llamaba el gabinete rojo. En éste había de reinar el silencio, y si era posible también en la sala contigua. Antes estaba el tresillo cerca de los billares, pero el ruido de las bolas y los tacos molestaba á los tresillistas que se fueron al gabinete rojo,

donde estaba entonces el de lectura. El gabinete de lectura se fué cerca de los billares. La sala del tresillo jamás recibía la luz del sol: siempre permanecía en tinieblas caliginosas, que hacían palpables las tristes llamas de las bujías semejantes á lamparas de minero en las entrañas de la tierra.

Don Pompeyo Guimarán, un filósofo que odiaba el tresillo, llamaba á los del gabinete rojo los monederos falsos. Se le figuraba que en aquel antro donde se penetraba con silencio misterioso, donde se contenía toda alegría, toda expansión del ánimo, no se podía hacer nada lícito. Los más bulliciosos muchachos al entrar en el gabinete del tresillo se revestían de una seriedad prematura; parecían sacerdotes jóvenes de un culto extraño. Entrar allí era para los vetustenses como dejar la toga pretexta y tomar la viril. Jugando ó viendo jugar estaba siempre algún joven pálido, ensimismado, que afectaba despreciar los vanos placeres hastiado tal vez, y preferir los serios cuidados del solo y el codillo. Examinar con algún detenimiento á los habituales sacerdotes de este culto ceremonioso y circunspecto de la espada y el basto, es conocer á Vetusta intelectual en uno de sus aspectos característicos.

En efecto, aunque el jefe de Fomento aseguraba que todos los vetustenses eran unos chambones, no era esto más que un pretexto para subir al *cuarto del crimen* en busca de más pingües y rápidas ganancias; porque jugar se jugaba en el casino de Vetusta con una perfección que ya era famosa. No faltaban los inexpertos, y aun estos eran necesarios, porque sino ¿quién ganaría á quién? Pero contra la afirmación del jefe de Fomento protestaban los hechos. De Vetusta y sólo de Vetusta, salieron aquellos insignes tresillistas que, una vez en esferas más altas, tendieron el vuelo y llegaron á ocupar puestos eminentes en la administración del Estado, debiéndolo todo á la ciencia de los estuches.

Hay cuatro mesas en sendas esquinas y otros dos pares en medio. De las ocho, la mitad están ocupadas. Al rededor, sentados ó en pié varios mirones, los más esclavos de su vicio. Se habla poco. Las más veces para pedir un cigarro de papel. Se dan pocos consejos.



No se necesitan ó no sirven. Basilio Méndez, empleado del Ayuntamiento, es el mejor *espada* de los presentes. Es pálido y flaco. No se sabe si viste de artesano ó de persona decente, como dicen en Vetusta. El sueldo no le bastaba para sus necesidades; tiene mujer y cinco hijos; se ayuda con el tresillo; se le respeta. Juega como quien trabaja sin gusto; de mal humor; es brusco; apenas contesta si le hablan. Èl va á su negocio: una casa de tres pisos que está construyendo á costa del tresillo junto al Espolón. Á su lado está don Matías el procurador: juega al tresillo para huir del *monte*.

Cuando la suerte le es adversa *arriba*, baja y se expone á ganar al tresillo todo lo que puede y á perder muy poco, porque si pierde lo deja. El que descansa en este momento, porque acaba de repartir las cartas, y juegan cuatro, es la gallina de los huevos de oro del Procurador y de don Basilio. Le van matando, pero por consunción. Es un mayorazgo de aldea; le llaman Vinculete. Antes venía de su pueblo durante las ferias á jugar al tresillo; después se hizo diputado provincial para venir á jugar al tresillo también, y por fin se hizo vecino de Vetusta para no separarse nunca de aquellos *espadas* á quien admiraba, de camino que les hacía ricos sin sospecharlo. El tresillo de su pueblo no le divertía. Vinculete jugaba desde las tres de la tarde hasta las dos de la mañana, sin más descanso que el preciso para cenar de mala manera. Don Basilio y el Procurador alternaban en el cuidado de desplumarle; se relevaban; pero á veces le desplumaban á un tiempo. El cuarto jugador era cualquiera. En las otras mesas las partidas eran más iguales. Jugaban muchos forasteros, casi todos empleados.

Es un axioma que en el juego se conoce la buena educación. Había allí muchas personas muy bien educadas, pero como reinaba la mayor confianza solía oirse frases como estas:

—Le digo á Vd. que me lo ha dado Vd.

—Yo le digo á Vd. que no.

—Yo le digo á Vd. que si.

—Pues miente Vd.

—Valiente crianza tiene Vd.

—Mejor que la de Vd...

Se trataba de un duro falso.

Para que la armonía pudiera subsistir, por una especie de equilibrio que la naturaleza establecía entre los temperamentos, resultaba que unos tresillistas eran temerones y de un genio endiablado, y otros,

v. gr. Vinculete, pacíficos como corderos y miedosos como palomas.

Don Basilio aseguraba que el mayorazguete no jugaba con toda la limpieza necesaria.

Vinculete solía sostener los fueros de su dignidad, y entonces gritaba el del Ayuntamiento:

—¡Conmigo nadie se insolenta!

Y daba un puñetazo en la mesa.

Vinculete callaba y seguía recibiendo codillos.

Estas disputas, nada frecuentes, interrumpían el silencio pocos instantes; la calma renacía pronto y volvía aquella á ser un templo jamás profanado por ríos de sangre.

El gabinete de lectura, que también servía de biblioteca, era estrecho y no muy largo. En medio había una mesa oblonga cubierta de bayeta verde y rodeada de sillones de terciopelo de Utrecht. La biblioteca consistía en un estante de nogal no grande, empotrado en la pared. Allí estaban representando la sabiduría de la sociedad el *Diccionario* y la *Gramática* de la Academia. Estos libros se habían comprado con motivo de las repetidas disputas de algunos socios que no estaban conformes respecto del significado y aun de la ortografía de ciertas palabras. Había además una colección incompleta de la *Revue de deux mondes*, y otras de varias ilustraciones. La *Ilustración francesa* se había dejado en un arranque de patriotismo; por culpa de un grabado en que aparecían no se sabe qué reyes de España matando toros. Con ocasión de esta medida radical y patriótica se pronunciaron en la junta general muchos y muy buenos discursos en que fueron citados oportunamente los héroes de Sagunto, los de Covadonga y por último los del año ocho. En los cajones inferiores del estante había algunos libros de más sólida enseñanza, pero la llave de aquel departamento se había perdido.

Cuando un socio pedía un libro de aquellos, el conserje se acercaba de mal talante al pedigüeño y le hacía repetir la demanda.

—Sí señor, la crónica de Vetusta...

—Pero ¿Vd. sabe que está ahí?

—Sí, señor ahí está...

—El caso es...—y se rascaba una oreja el señor conserje—como no hay costumbre...

—¿Costumbre de qué?

—En fin, buscaré la llave.

El conserje daba media vuelta y marchaba á paso de tortuga.

El socio, que había de ser nuevo necesariamente para andar en tales pretensiones, podía entretenerse mientras tanto mirando el mapa de Rusia y Turquía y el *Padre nuestro* en grabados, que adornaban las paredes de aquel centro de instrucción y recreo. Volvía el conserje con las manos en los bolsillos y una sonrisa maliciosa en los labios.

—Lo que yo decía, señorito... se ha perdido la llave.

Los socios antiguos miraban la biblioteca como si estuviera pintada en la pared.

De los periódicos é ilustraciones se hacía más uso; tanto que aquellos desaparecían casi todas las noches y los grabados de mérito eran cuidadosamente arrancados. Esta cuestión del hurto de periódicos era de las difíciles que tenían que resolver las juntas. ¿Qué se hacía? ¿Se les ponía grillete á los papeles? Los socios arrancaban las hojas ó se llevaban papel y hierro. Se resolvió últimamente dejar los periódicos libres, pero ejercer una gran vigilancia. Era inútil. Don Frutos Redondo, el más rico americano, no podía dormirse sin leer en la cama el *Imparcial* del Casino. Y no había de trasladar su lecho al gabinete de lectura. Se llevaba el periódico. Aquellos cinco céntimos que ahorraba de esta manera, le sabían á gloria. En cuanto al papel de

cartas que desaparecía también, y era más caro, se tomó la resolución de dar un pliego, y gracias, al socio que lo pedía con mucha necesidad. El conserje había adquirido un humor de alcaide de presidio en este trato. Miraba á los socios que leían como á gente de sospechosa probidad; les guardaba escasas consideraciones. No siempre que se le llamaba acudía, y solía negarse á mudar las plumas oxidadas.

Al rededor de la mesa cabían doce personas. Pocas veces había tantos lectores, á no ser á la hora del correo. La mayor parte de los socios amantes del saber no leían más que noticias.

El más digno de consideración, entre los abonados al gabinete de lectura, era un caballero apoplético, que había llevado granos á Inglaterra y se creía en la obligación de leer la prensa extranjera. Llegaba á las nueve de la noche indefectiblemente, tomaba *Le Figaro*, después *The Times*, que colocaba encima, se ponía las gafas de oro y arrullado por cierto silbido tenue de los mecheros del gas, se quedaba dulcemente dormido



sobre el primer periódico del mundo. Era un derecho que nadie le disputaba. Poco después de morir este señor, de apoplegía, sobre *The Times*, se averiguó que no sabía inglés. Otro lector asiduo era un joven opositor á fiscalías y registros que devoraba la *Gaceta* sin

dejar una subasta. Era un Alcubillas en un tomo; sabía de memoria cuánto se ha hecho, deshecho, arreglado y vuelto á destrozar en nuestra administración pública.

A su lado solía sentarse un caballero que tenía un vicio secreto: escribir cartas á los periódicos de la corte con las noticias más contradictorias. Firmaba «El Corresponsal» y siempre que un papel de Madrid decía «Lo de Vetusta» era cosa de él. Al día siguiente desmentía en otro periódico sus noticias y resultaba que «Lo de Vetusta» no era nada. Así se había hecho un redomado escéptico en materia de prensa. «¡Si sabría él cómo se hacían los periódicos!» Cuando franceses y alemanes vinieron á las manos, *El Corresponsal* dudaba de la guerra; era cosa de los bolsistas acaso; no se convenció de que algo había hasta la rendición de Metz.

El poeta Trifón Cármenes también acudía sin falta á la hora del correo. Pasaba revista á varios periódicos con febril ansiedad y desaparecía en seguida con un desengaño más en el alma. Era que «no se lo habían publicado.» Se trataba de alguna poesía ó cuento fantástico que había mandado á cualquier periódico y que no acababa de salir. Cármenes, que en los certámenes de Vetusta se llevaba todas las rosas naturales, no podía conseguir que sus versos tuvieran cabida en las prensas madrileñas; y eso que empleaba en las cartas con que recomendaba las composiciones, la finura del mundo. La fórmula solía ser esta: «Muy señor mío y de mi más distinguida consideración: adjuntos le remito unos versos para que, si los estima dignos de tan señalado honor, vean la luz pública en las columnas de su acreditado periódico. Escritos sin pretensiones... etc., etc.» Pero, nada; no salían. Pedía, después de un año, que se los devolvieran. Pero «no se devolvían los originales.» Aprovechaba el borrador y publi-

caba aquello en *El Lábaro*, el periódico reaccionario de Vetusta.

Otro lector constante era un vejete semi-idiota que jamás se acostaba sin haber leído todos los *fondos* de la prensa que llegaba al casino. Deleitábale singularmente la prosa amazacotada de un periódico que tenía fama de hábil y circunspecto. Los conceptos estaban envueltos en tales eufemismos, pretericiones y circunloquios, y tan se quebraban de sutiles, que el viejo se quedaba siempre á buenas noches.

—¡Qué habilidad!—decía sin entender palabra.

Por lo mismo creía en la habilidad, porque si él la echara de ver ya no la habría.

Una noche despertó á su esposa el lector de fondos diciendo:

—Oye, Paca, ¿sabes que no puedo dormir?... Á ver si tú entiendes esto que he leído hoy en el periódico «No deja de dejar de parecernos reprensible...» Lo entiendes tú, Paca? Es que les parece reprensible ó que no? Hasta que lo resuelva no puedo dormir...

Estos y otros lectores asiduos se pasan los periódicos de mano en mano, en silencio, devorando noticias que leen repetidas en ocho ó diez papeles. Así se alimentan aquellos espíritus que antes de las once de la noche se van á dormir satisfechos, convencidos de que el cajero de tal parte se ha escapado con los fondos. Lo han leído en ocho ó diez fuentes distintas. Todos estos caballeros respetables y dignos de estima viven esclavos de tamaña servidumbre, la servidumbre del noticierismo cortesano. Mucho más de la mitad del caudal fugitivo de sus conocimientos consiste en los recortes de la *Correspondencia* que los periódicos pobres se van echando, como pelotas, de tijeras en tijeras.

Muchas veces, cuando reinaba aquel silencio de biblioteca, en que parecía oirse el ruido de la elabora-

ción cerebral de los sesudos lectores, de repente un estrépito de terremoto hacía temblar el piso y los cristales. Los socios antiguos no hacían caso, ni levantaban los ojos; los nuevos, espantados, miraban al techo y á las paredes esperando ver desmoronarse el edificio... No era eso. Era que los señores del billar azotaban el pavimento con las mazas de los tacos. Era proverbial el ingenioso buen humor de los señores socios.

Á las once de la noche no quedaba nadie en el gabinete de lectura. El conserje, medio dormido, doblaba los papeles, daba media vuelta á la llave del gas, y dejaba casi en tinieblas la estancia. Y se volvía á dormir á la conserjería.

Entonces era cuando entraba don Amadeo Bedoya, capitán de artillería, en traje de paisano, embozado en un carrick de ancha esclavina. Miraba bien... no había nadie... la oscuridad le favorecía. Se acercaba al estante con mucha cautela; sacaba una llave, abría el cajón inferior, tomaba un libro, dejaba otro que venía oculto bajo la esclavina, escondía el primero entre sus pliegues y cerraba el cajón. Se acercaba á la mesa, después de respirar fuerte, silbaba la marcha real, y fingía echar un vistazo á los periódicos. ¡Periódicos á él! Por hacer que hacemos estaba allí cinco minutos, y salía triunfante. No era un ladrón, era un bibliófilo. La llave de Bedoya era la que el conserje había perdido. Don Amadeo era el don Saturnino Bermúdez de tropa. Había sido un bravo militar; pero como hubiera tenido el honor años atrás de ser elegido presidente de un *Ateneo de infantería*, y vístose en la necesidad de estudiar y pronunciar un discurso, se encontró con gran sorpresa excelente orador en su opinión y la de los jefes, y de una en otra vino á parar en hombre de letras, hasta el punto de jurarse solemnemente y con la energía que tan bien sienta en los defensores de la

patria, ser un erudito. Empezó á llamar la atención de los vetustenses aquel militar que sabía de letras más que muchos paisanos, y el mismo Bedoya se animaba al trabajo con la gracia de lo que á él se le antojaba contraste de la artillería y la literatura. Poco á poco llegó á ser miembro, ya correspondiente, ya de número de muchas sociedades científicas, artísticas y literarias. Despuntaba en la Arqueología y en la Botánica, sobre todo en la relación de ésta á la Horticultura. Era un especialista en las enfermedades de la patata, y tenía un trabajo sobre el particular que no acababa de premiarle el gobierno. También le daba el naipe para la biografía militar. Sabía de varios tenientes generales que habían sido otros tantos Farnesios y Spínolas, sin que lo sospechara el mundo; y sacaba á relucir la historia de tal brigadier que si, conforme no mandó, hubiera mandado la acción de tal parte, hubiera conquistado la gloria de un Napoleón, en vez de perder las posiciones, como en efecto las había perdido el general inepto.

De esta clase de biografías de personas que pudieron ser importantes, estaban las fuentes en libros como aquellos que había en el cajón inferior del estante del casino. Más ejemplares habría por el mundo, pero no se sabía de ellos, y Bedoya era de esa clase de eruditos que encuentran el mérito en copiar lo que nadie ha querido leer. En cuanto él veía en el papel de su propiedad los párrafos que iba copiando con aquella letra inglesa esbelta y pulcra que Dios le había dado, ya se le antojaba obra suya todo aquello. Pero su fuerte eran las antigüedades. Para él un objeto de arte no tenía mérito aunque fuese del tiempo de Noé, si no era suyo. Así como Bermúdez amaba la antigüedad por sí misma, el polvo por el polvo, Bedoya era más subjetivo como él decía, necesitaba que le perteneciera el objeto amado. «¡Si él pudiera hablar! Tamañitos se

quedarían Bermúdez y el Magistral y *tutti quanti.»* Pero no podía hablar. Iría á presidio probablemente, si hablara. «En fin, en puridad, tenía... — y miraba á su lado al decirlo — tenía un precioso manuscrito de Felipe II, un documento político de gran importancia.» Lo había robado en el archivo de Simancas. ¿Cómo? ese era su orgullo. Así es que Bedoya, seguro de aquella superioridad, miraba por encima del hombro á los demás anticuarios y callaba. Callaba por miedo al presidio.

El *cuarto del crimen*, la sala de los juegos de azar, y más concretamente de la ruleta y el monte estaba en el segundo piso. Se llegaba á ella después de recorrer muchos pasillos oscuros y estrechos. La autoridad no había turbado jamás la calma de aquel refugio repuesto y escondido del arte aleatorio, ni en los tiempos de mayor moralidad pública. Á ruegos de los gacetilleros, singularmente el del *Lábaro*, se perseguía cruelmente la prostitución, pero el juego no se podía perseguir. En cuanto á las «infames que comerciaban con su cuerpo», como decía Cármenes escribiendo de incógnito los fondos del *Lábaro*, ¿cómo no habían de ser maltratadas, si diariamente se publicaban excitaciones de este género en la prensa local?

Casi todos los días salía á luz una gacetilla que se titulaba, por ejemplo: *Esas palomas!* ó *Fuego en ellas!* y en una ocasión el mismísimo don Saturnino Bermúdez escribió su gacetilla correspondiente que se llamaba á secas: *Meretrices* y acababa diciendo: «de la impúdica *scortum.»*

Volviendo al juego, si algún gobernador enérgico había amenazado á los socios del Casino con darles un susto, los jugadores influyentes le habían pronosticado una cesantía. Lo ordinario siempre fué que hiciese la vista gorda, y no faltaron á veces subvenciones en la forma más decorosa posible, como decían las partes

contratantes. Los jugadores vetustenses tenían una virtud: no trasnochaban. Eran hombres ocupados que tenían que madrugar. Tal médico se recogía á las diez despues de perder las ganancias del día: se levantaba á las seis de la mañana, recorría todo el pueblo entre charcos y entre lodo, desafiaba la nieve, el granizo, el frío, el viento; y después de ímprobo trabajo, volvía, como con una ofrenda ante el altar, á depositar sobre el tapete verde las pesetas ganadas. Abogados, procuradores, escribanos, comerciantes, industriales, empleados, propietarios, todos hacían lo mismo. En el tresillo, en el gabinete de lectura, en el billar, en las salas de conversación, de dominó y ajedrez, había siempre las mismas personas, los aficionados respectivos; pero el cuarto del crimen era el lugar donde se reunían todos los oficios, todas las edades, todas las ideas, todos los gustos, todos los temperamentos.

No en balde se afirmaba que Vetusta se distinguía por su acendrado patriotismo, su religiosidad y su afición á los juegos prohibidos. La religiosidad y el patriotismo se explicaban por la historia: la afición al juego por lo mucho que llovía en Vetusta. ¿Qué habían de hacer los socios, si no se podía pasear? Por eso proponía don Pompeyo Guimarán, el filósofo, que la catedral se convirtiera en paseo cubierto. «*¡Risum teneatis!*» contestaba Cármenes en la gacetilla del *Lábaro*.

La religiosidad, aunque en la forma lamentable de la superstición, se manifestaba en el mismo vicio de la tafurería. Se contaban en el casino portentos de credulidad de los jugadores más famosos. Un comerciante, liberal y nada timorato, tenía depositados en la puerta de aquel centro de recreo un par de zapatos viejos. Llegaba al casino, calzaba los zapatos de suela rota y subía á probar fortuna. Juraba que jamás llevando botas nuevas le había favorecido la suerte. Ve-

nía á ser un jugador de la orden de los descalzos. Entre su fe y cierta maliciosa experiencia le daban ganancias seguras. Un año hizo una espléndida novena á San Francisco, á la cual acudió toda *Vetusta edificada*, como decía Bermúdez.

Después que Bedoya salía del casino, pasando sin ser visto de los porteros, que dormían suavemente, no quedaban allí más socios que ocho ó diez trasnochadores jurados. Pocos y siempre los mismos. Unos eran personajes averiados que habían contraído la costumbre de trasnochar en Madrid, otros elegantes y calaveras de Vetusta que los imitaban. Pero de esta tertulia de última hora tendremos que hablar más adelante, porque á ella asistían personajes importantes de esta historia.

Eran las tres y media de la tarde. Llovía. En la sala contigua al gabinete viejo estaban los socios de costumbre, los que no jugaban á nada y los seis que jugaban al ajedrez. Éstos habían colocado el respectivo tablero junto á un balcón, para tener más luz. En el fondo de la sala parecía que iba á anochecer. Sobre una mesa de mármol brillaba entre humo espeso de tabaco, como una estrella detrás de niebla, la llama de una bujía que servía para dar lumbre á los cigarros. Ocultos en la sombra de un rincón, al rededor de aquella mesa, arrellanados en un diván unos, otros en mecedoras de paja, estaban media docena de socios fundadores, que de tiempo inmemorial acudían á las tres en punto á tomar café y copa. Hablaban poco. Ninguno se permitía jamás aventurar un aserto que no pudiera ser admitido por unanimidad. Allí se juzgaba á los hombres y los sucesos del día, pero sin apasionamiento; se condenaba, sin ofenderle, á todo innovador, al que había hecho algo que saliese de lo ordinario. Se elogiaba, sin gran entusiasmo, á los ciudadanos que sabían ser comedidos, corteses é incapa-

ces de exagerar cosa alguna. Antes mentir que exagerar. Don Saturnino Bermúdez había recibido más de una vez el homenaje de una admiración prudente en aquel círculo de señores respetables. Pero en general preferían á esto hablar de animales: v. gr., del instinto de algunos, como el perro y el elefante, aunque siempre negándoles, por supuesto, la inteligencia: «el castor fabrica hoy su vivienda lo mismo que en tiempo de Adán; no hay inteligencia, es instinto.» Hablaban también de la utilidad de otros irracionales; el cerdo, del cual se aprovecha todo, la vaca, el gato, etc., etc. Y aún les parecía más interesante la conversación si se refería á objetos inanimados. El derecho civil también les encantaba en lo que atañe al parentesco y á la herencia. Pasaba un socio cualquiera, y si no le conocía alguno de aquellos fundadores preguntaba:

—¿Quién es ese?

—Ese es hijo de... nieto de... que casó con... que era hermana de...

Y como las cerezas, salían enganchados por el parentesco casi todos los vetustenses. Esta conversación terminaba siempre con una frase:

—Si se va á mirar, aquí todos somos algo parientes.

La meteorología tampoco faltaba nunca en los tópicos de las conferencias. El viento que soplaba tenía siempre muy preocupados á los socios beneméritos. El invierno actual siempre era más frío que todos los que recordaban, menos uno.

También á veces se murmuraba un poco, pero con el mayor comedimiento, sobre todo si se hablaba de clérigos, señoras ó autoridades.

Á pesar de la amenidad de tales conversaciones, el grupo de venerables ancianos, con los que sólo había un joven y éste calvo, prefería al más grato palique el silencio; y á él se consagraba principalmente aquella

especie de siesta que dormían despiertos. Casi siempre callaban.

No lejos de ellos, y por cierto molestándolos á veces no poco, había dos ó tres grupos de alborotadores; y a lo lejos se oía el antipático estrépito del dominó, que habían desterrado de su sala los venerables. Los del dominó eran siempre los mismos: un catedrático, dos ingenieros civiles y un magistrado. Reían y gritaban mucho; se insultaban, pero siempre en broma. Aquellos cuatro amigos, ligados por el seis doble, hubieran vendido la ciencia, la justicia y las obras públicas por salvar á cualquiera de la partida. En el salón de baile, donde no se permitía jugar ni tomar café, se paseaban los señores de la Audiencia y otros personajes, v. gr., el marqués de Vegallana, los días de mucha agua, cuando él no podía dar sus paseos.

La animación estaba en los grupos de alborotadores antes citados.

—«Allí no se respetaba nada ni á nadie»—decían los viejos del rincón.—Aunque estaban á dos pasos de ellos, rara vez se mezclaban las conversaciones. Los ancianos callaban y juzgaban.»

—¡Qué atolondramiento!—dijo un *venerable* en voz baja.

—Observe Vd.—le respondieron—que rara vez hablan de intereses reales de la provincia.

—Únicamente cuando viene el señor Mesía...

—Oh, es que el señor Mesía... es otra cosa.

—Sí, es mucho hombre. Muy entendido en Hacienda y eso que llaman Economía política.

—Yo también creo en la Economía política.

—Yo no creo, pero respeto mucho la memoria de Flórez Estrada, á quien he conocido.

Todo menos disputar; en cuanto asomaba una discusión, se le echaba tierra encima y á callar todos.

En la mesa de enfrente, gritaba un señor que había

sido alcalde liberal y era usurero con todos los sistemas políticos; malicioso, y enemigo de los curas, porque así creía probar su liberalismo con poco trabajo.

—Pero, vamos á ver—decía—¿quién le ha asegurado á Vd. que el Magistral no ha querido confesar á la Regenta?

—Me lo ha dicho quien vió por sus ojos á doña Anita entrar en la capilla de don Fermín y á don Fermín salir sin saludar á la Regenta.

—Pues yo los he visto saludarse y hablar en el Espolón.

—Es verdad—gritó un tercero—yo también los ví. De Pas iba con el Arcipreste y la Regenta con Visitación. Es más, el Magistral se puso muy colorado.

—¡Hombre, hombre!—exclamó el ex-alcalde fingiendo escandalizarse.

—Pues yo sé más que todos Vds.—vociferó un pollo que imitaba á Zamacois, á Luján, á Romea, el sobrino, á todos los actores cómicos de Madrid, donde acababa de licenciarse en Medicina.



Bajó la voz, hizo una seña que significaba sigilo; todos los del corro se acercaron á él, y con la mano puesta al lado de la boca, como una mampara, dejando caer la silla en que estaba á caballo, hasta apoyar el respaldo en la mesa, dijo:

—Me lo ha contado Paquito Vegallana; el Arcipres-

te, el célebre don Cayetano, ha rogado á Anita que cambie de confesor, porque...

—¡Hombre, hombre! ¿qué sabes tú por qué?—interrumpió el enemigo del clero.—¡El secreto de la confesión!

—¡Bueno, bueno! Yo lo sé de buena tinta. Paquito me lo ha dicho. Mesía—y bajó mucho más la voz—Mesía le pone varas á la Regenta.

Escándalo general. Murmullo en el rincón oscuro.

«Aquello era demasiado.»

«Se podía murmurar, hablar sin fundamento, pero no tanto. Vaya por el Magistral y el secreto de la confesión; ¡pero tocar á la Regenta! Era un imprudente aquel sietemesino, sin duda.»

—Señores, yo no digo que la Regenta tome varas, sino que Álvaro quiere ponérselas: lo cual es muy distinto.

Todos negaron la probabilidad del aserto.

—Hombre... la Regenta... ¡es algo mucho!

El pollo se encogió de hombros.

—«Estaba seguro. Se lo había dicho el marquesito, el íntimo de Mesía.»

—Y, vamos á ver—preguntó el señor Foja, el exalcalde—¿qué tiene que ver eso de las varas que Mesía quiere poner á la Regenta con el Magistral y la confesión?

No quería dejar su presa. No siempre en el Casino se podía hablar mal de los curas.

—Pues tiene mucho que ver; porque el Arcipreste ha pedido auxilio al otro; quiere dejarle la carga de la conciencia de la otra.

—Muchacho, muchacho, que te resbalas—advirtió el padre del deslenguado, que estaba presente y admiraba la desfachatez de su hijo, adquirida positivamente en Madrid, y muy á su costa.

—Quiero decir que Anita es muy cavilosa, como

todos sabemos—y seguía bajando la voz, y los demás acercándose, hasta formar un racimo de cabezas, dignas de otra Campana de Huesca—es cavilosa y tal vez haya notado las miradas... y demás ¿eh? del otro... y querrá curarse en salud... y el Arcipreste no está para casos de conciencia complicados, y el Magistral sabe mucho de eso.

El corro no pudo menos de sonreir en señal de aprobación.

Al papá del maldiciente se le caía la baba, y guiñaba un ojo á un amigo. No cabía duda que los chicos sólo en Madrid se despabilan. Caro cuesta, pero al fin se tocan los resultados.

El desparpajo del muchacho solía suscitar protestas, pero luégo vencía la elocuencia de sus maliciosos epígramas y del retintin manolesco de sus gestos y acento.

Empezaba entonces el llamado género flamenco á ser de buen tono en ciertos barrios del arte y en algunas sociedades. El mediquillo vestía pantalón muy ajustado y combinaba sabiamente los cuernos que entonces se llevaban sobre la frente con los mechones que los toreros echan sobre las sienes. Su peinado parecía una peluca de marquetería.

Se llamaba Joaquín Orgaz y *se timaba* con todas las niñas casaderas de la población, lo cual quiere decir que las miraba con insistencia y tenía el gusto de ser mirado por ellas. Había acabado la carrera aquel año y su propósito era casarse cuanto antes con una muchacha rica. Ella aportaría el dote y él su figura, el título de médico, y sus habilidades flamencas. No era tonto, pero la esclavitud de la moda le hacía parecer más adocenado de lo que acaso fuera. Si en Madrid era uno de tantos, en Vetusta no podía temer á más de cinco ó seis rivales importadores de semejantes maneras. En los meses de vacaciones aprovechaba el

tiempo buscando el trato de las familias ricas ó nobles de Vetusta. Se había hecho amigo íntimo de Paquito Vegallana y, aunque de lejos, algo le tocaba del esplendor que irradiaba el célebre Mesía, flor y nata de los elegantes de Vetusta. Orgaz le llamaba Álvaro, por lo muy familiar que era el trato de Paco y de Mesía, y como él tuteaba á Paquito... por eso.

Se animó Joaquín con el buen éxito de sus murmuraciones y sostuvo que era cursi aquel respeto y admiración que inspiraba la Regenta.

—Es una mujer hermosa, hermosísima; si ustedes quieren, de talento, digna de otro teatro, de volar más alto... si Vds. me apuran diré que es una mujer superior—si hay mujeres así—pero al fin es mujer, *et nihil humani...*

No sabía lo que significaba este latín, ni á dónde iba á parar, ni de quién era, pero lo usaba siempre que se trataba de debilidades posibles.

Los socios rieron á carcajadas.

«¡Hasta en latín sabe maldecir el pillastre!» pensó el padre, más satisfecho cada vez de los sacrificios que le costaba aquel enemigo.

Joaquinito, encarnado de placer, y un poco por el anís del mono que había bebido, creyó del caso coronar el edificio de su gloria cantando algo nuevo. Se puso en pié, estiró una pierna, giró sobre un tacón y cantó, ó *se* cantó, como él decía:

Ábreme la puerta
puerta del postigo...

«—Era preciso acabar con las preocupaciones del pueblo. ¡La Regenta! ¿Dejaría de ser de carne y hueso? Y Álvaro siempre había sido irresistible...» Orgaz hijo suspendió el baile, que había emprendido mientras hacía observaciones. En la sala vecina habían so-

nado unas pisadas que hacían temblar el pavimento.

—Ahí está el inglés—dijo entre dientes el flamenco; y se puso un poco pálido.

En efecto, era Ronzal.

Pepe Ronzal—alias Trabuco, no se sabe por qué—era natural de Pernueces, una aldea de la provincia. Hijo de un ganadero rico, pudo hacer sus estudios, que ya se verá qué estudios fueron, en la capital. Aficionado al monte, como Vinculete al tresillo, desde la adolescencia, ni durante las vacaciones quería volver á Pernueces, ganoso de no perder ni unas judías. No pudo concluir la carrera. No bastó la tradicional benevolencia de los profesores para que Trabuco consiguiera hacerse licenciado en ambos derechos.

Una vez le preguntaron en un examen:

—¿Qué es testamento, hijo mío?

—Testamento... ello mismo lo dice, es el que hacen los difuntos.

Además de Trabuco le llamaban el Estudiante, por una antonomasia irónica que él no comprendía.

Pasó el tiempo; murió el ganadero, Pepe Ronzal dejó de ser el Estudiante, vendió tierras, se trasladó a la capital y empezó á ser hombre político, no se sabe á punto fijo cómo ni por qué.

Ello fué que de una mesa de colegio electoral pasó á ser del Ayuntamiento, y de concejal pasó á diputado provincial por Pernueces. Si nunca pudo sacudir de sí la pristina ignorancia, en el andar, y en el vestir y hasta en el saludar, fué consiguiendo paulatinos progresos, y se necesitaba ser un poco antiguo en Vetusta para recordar todo lo agreste que aquel hombre había sido. Desde el año de la Restauración en adelante pasaba ya Ronzal por hombre de iniciativa, afortunado en amores de cierto género y en negocios de quintas. Era muy decidido partidario de las instituciones vigentes. Se peinaba por el modelo de los sellos y las

pesetas, y en cuanto al calzado lo usaba fortísimo, blindado. Creía que esto le daba cierto aspecto de noble inglés.

«—Yo soy muy inglés en todas mis cosas—decía con énfasis—sobre todo en las botas.»

«*Militaba*» en el partido más reaccionario de los que turnaban en el poder.

«—Dadme un pueblo sajón, decía, y seré liberal.»

Más adelante fué liberal sin que le dieran el pueblo sajón, sino otra cosa que no pertenece á esta historia.

Era alto, grueso y no mal formado; tenía la cabeza pequeña, redonda y la frente estrecha; ojos montaraces, sin expresión, asustados, que no movía siempre que quería, sino cuando podía. Hablar con Ronzal, verle á él animado, decidor, disparatando con gran energía y entusiasmo, y notar que sus ojos no se movían, ni expresaban nada de aquello, sino que miraban fijos con el pasmo y la desconfianza de los animales del monte, daba escalofríos.

Era de buen color moreno y tenía la pierna muy bien formada. En lo que se había adelantado á su tiempo era en los pantalones, porque los traía muy cortos. Siempre llevaba guantes, hiciera calor ó frío, fuesen oportunos ó no. Para él siempre había el guante sido el distintivo de la finura, como decía, del señorío, según decía también. Además, le sudaban las manos.

Aborrecía lo que olía á plebe. Los *republicanitos* tenían en él un enemigo formidable. Un día de san Francisco no puso colgaduras en los balcones del casino el conserje. Ronzal, que era ya de la Junta, quiso arrojar por uno de aquellos balcones al mísero dependiente.

—¡Señor—gritaba el conserje—si hoy es san Francisco de Paula!

—¿Qué importa, animal?—respondió Trabuco furioso.—No hay Paula que valga; en siendo san Francisco es día de gala y se cuelga!

Así entendía él que se servía á las Instituciones.

Con rasgos como éste fué haciéndose respetar poco á poco.

Lo que es cara á cara ya nadie se reía de él. No le faltó perspicacia para comprender que el mundo daba mucho á las apariencias, y que en el Casino pasaban por más sabios los que gritaban más, eran más tercos y leían más periódicos del día. Y se dijo:

« Esto de la sabiduría es un complemento necesario. Seré sabio. Afortunadamente tengo energía — tenía muy buenos puños—y á testarudo nadie me gana, y disfruto de un pulmón como un manolito (monolito, por supuesto.) Sin más que esto y leer *La Correspondencia*, seré el Hipócrates de la provincia.»

Hipócrates era el maestro de Platón, á quien nunca llamó Sócrates Trabuco, ni le hacía falta.

Desde entonces leyó periódicos y novelas de Pigault-Lebrun y Paul de Kock, únicos libros que podía mirar sin dormirse acto continuo. Oía con atención las conversaciones que le sonaban á sabiduría; y sobre todo, procuraba imponerse dando muchas voces y quedando siempre encima.

Si los argumentos del contrario le apuraban un poco, sacaba lo que no puede llamarse el Cristo, porque era un *rotín*, y blandiéndolo, gritaba:

—Y conste que yo sostendré esto en todos los terrenos! en todos los terrenos!

Y repetía lo de terreno cinco ó seis veces para que el otro se fijara en el tropo y en el garrote y se diera por vencido.

Comprendía que allí las discusiones de menos compromiso eran las de más bulto y de cosas remotas, y así, era su fuerte la política exterior. Cuanto más lejos estaba el país cuyos intereses se discutían, más le convenía. En tal caso el peligro estaba en los *lapsus* geográficos. Sabía confundir los países con los generales

que mandaban los ejércitos invasores. En cierta desgraciada polémica hubo de venir á las manos con el capitán Bedoya que le negaba la existencia del general Sebastopol.

También creyó que su fama de hombre de talento se afianzaría probando sus fuerzas en el ajedrez y aplicó á este juego mucha energía. Una tarde que jugaba en presencia de varios socios y llevaba perdidas muchas piezas, vió su salvación en convertir en reina un peoncillo.

—Este va á reina!—exclamó fijando con los suyos los ojos del adversario.

—No puede ser.

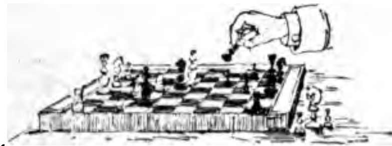
—¿Cómo que no puede ser?

Y el contrario, por instinto, retiró una pieza que estorbaba el paso del peón que debía ir á reina.

—Á reina va, y lo hago cuestión personal—añadió envalentonado Trabuco, dándose un puñetazo en el pecho.

Y el contrario, sin querer, le dejó otra casilla libre.

Y así, de una en otra, jugándose la vida en todas ellas, convirtió el peón en reina, y ganó el juego el enérgico diputado provincial de Pernueces.





VII

Estas y otras calidades distinguían á Pepe Ronzal, á quien Joaquinito Orgaz tenía mucho miedo. Tal vez sabía el de Pernueces que Joaquín imitaba perfectamente sus disparates y manera de decirlos. Además, Ronzal aborrecía á don Álvaro Mesía y á cuantos le alababan y eran amigos suyos. Joaquín era uña y carne del marquesito—el hijo del marqués de Vegallana—y éste el amigo íntimo de don Álvaro.

—Buenas tardes, señores—dijo Ronzal sentándose en el corro.

Dejó los guantes sobre la mesa, pidió café y se puso á mirar de hito en hito á Joaquín, que hubiera querido hacerse invisible.

—¿De quién se murmura, pollo?—preguntó el diputado dando una palmada en el muslo no muy lucido del sietemesino.

Para piernas, Ronzal. En efecto, las estiró al lado de las del joven para que pudiesen comparar aquellos señores.

Joaquín contestó:

—De nadie.

Y encogió los hombros.

—No lo creo. Estos madrileñitos siempre tienen algo que decir de los infelices provincianos.

—Así es la verdad—dijo el ex-alcalde.—Su amigo de usted, el Provisor, era hoy la víctima.

Ronzal se puso serio.

—¡Hola!—dijo—¿también *espifor?* (Espíritu fuerte en el francés de Trabuco.)

—Se trataba—añadió Foja—de las varas que toma ó no toma cierta dama, hasta hoy muy respetada, y de los refuerzos espirituales que su atribı la conciencia busca ó no busca en la dirección moral de don Fermín... Je, je!...

Ronzal no entendía.

—A ver, á ver; exijo que se hable claro.

Joaquinito miró á su papá como pidiendo auxilio.

El señor Orgaz se atrevió á murmurar:

—Hombre, eso de exigir...

—Sí, señor; exigir. Y hago la cuestión personal!

—Pero ¿qué es lo que Vd. exige?—preguntó el muchacho agotando su valor en este rasgo de energía.

—Exijo lo que tengo derecho á exigir, eso es; y repito que hago la cuestión personal.

—¿Pero qué cuestión?

—Esa!

Joaquinito volvió á encogerse de hombros, pálido como un muerto. Comprendió que el tener razón era allí lo de menos. Á Ronzal ya le echaban chispas los ojos montaraces. Se había embrollado y esto era lo que más le irritaba siempre, perder el discurso á lo mejor.

—Sí, señor, esa cuestión; y quiero que se hable claro!

Ni él mismo sabía lo que exigía.

Foja se encargó de poner las cosas claras.

—El señor Ronzal quiere que se le explique si se piensa que es él quien pone las varas que esa señora toma ó deja de tomar.

—Eso es!—dijo Ronzal, que no pensaba en tal cosa, pero que se sintió halagado con la suposición.

—Quiero saber—añadió—si se piensa que yo soy capaz de poner en tela de juicio la virtud de esa señora tan respetable...

—Pero ¿qué señora?

—Esa, don Joaquinito, esa; y de mí no se burla nadie.

La disputa se acaloró; tuvieron que intervenir los señores venerables del rincón oscuro; tan grave fué el incidente. Se pusieron por unanimidad de parte del señor Ronzal, si bien reconocían que se enfadaba demasiado. Le explicaron el caso, pues aún no había dejado que le enterasen. «No se trataba de Ronzal. Se había dicho allí, con más ó menos prudencia, que el señor Magistral iba á ser en adelante el confesor de la señora doña Ana de Ozores de Quintanar, porque esta ilustre y virtuosísima dama, huyendo de las asechanzas de un galán, que no era el señor Ronzal...

—Es Mesía—interrumpió Joaquín.

—Pues miente quien tal diga—gritó Trabuco muy

disgustado con la noticia.—Y ese señor don Juan Tenorio puede llamar á otra puerta, que la Regenta es una fortaleza inexpugnable. Y en cuanto al que trae tales cuentos á un establecimiento público...

—El Casino no es un establecimiento público—interrumpió Foja.

—Y se hablaba entre amigos, en confianza—añadió Orgaz, padre.

—Y eso del don Juan Tenorio vaya V. á decírselo á Mesía—gritó Orgaz hijo desde la puerta, dispuesto á echar á correr si la pulla ponía fuera de sí al bárbaro de Pernueces.

No hubo tal cosa. Se puso como un tomate Trabuco, pero no se movió, y dijo:

—Ni Mesía ni San Mesía me asustan á mí! y yo lo que digo, lo digo cara á cara y á la faz del mundo, *surbicesorbi* (á la ciudad y al mundo en el latín ronzalesco.) No parece sino que don Alvarito se come los niños crudos, y que todas las mujeres se le...—y dijo una atrocidad que escandalizó á los señores del rincón oscuro.

—¡Silencio!—se atrevió á decir bajando la voz Joaquinito, sin dejar la puerta.

—¿Cómo silencio? Á mí nadie... ¡caballerito!

Se oyó una carcajada sonora, retumbante, que heló la sangre del fogoso Ronzal. No cabía duda, era la carcajada de Mesía. Estaba hablando con los señores del dominó en la sala contigua. Le acompañaban Paco Vegallana y don Frutos Redondo: Llegaron á donde estaba Ronzal. Éste había vuelto á sentarse y se quejaba de que se le había enfriado el café, que tomaba á pequeños sorbos. Había hecho una seña á los del corro. Quería decir que callaba por pura discreción.

Don Álvaro Mesía era mas alto que Ronzal y mucho más esbelto. Se vestía en París y solía ir él mismo á tomarse las medidas. Ronzal encargaba la ropa á Ma-

drid; por cada traje le pedían el valor de tres y nunca le sentaban bien las levitas. Siempre iba á la penúltima moda. Mesía iba muchas veces á Madrid y al extranjero. Aunque era de Vetusta, no tenía el acento del país. Ronzal parecía gallego cuando quería pronunciar en perfecto castellano. Mesía hablaba en francés, en italiano y un poco en inglés. El diputado por Pernueces tenía soberana envidia al Presidente del Casino.

Ningún vetustense le parecía superior al hijo de su madre ni por el valor, ni por la elegancia, ni por la fortuna con las damas, ni por el prestigio político, si se exceptuaba á don Álvaro. Trabuco tenía que confesarse inferior á este que era su bello ideal. Ante su fantasía el Presidente del Casino era todo un hombre de novela y hasta de poema. Creíale más valiente que el Cid, más diestro en las armas que el Zuavo, su figura le parecía un figurín intachable, aquella ropa el eterno modelo de la ropa; y en cuanto á la fama que don Álvaro gozaba de audaz é irresistible conquistador, reputábala auténtica y el más envidiable patrimonio que pudiera codiciar un hombre amigo de divertirse en este pícaro mundo. Aunque pasaba la vida propalando los rumores maliciosos que corrían acerca del origen de la regular fortuna que se atribuía al Presidente, él, Ronzal, no creía que ni un solo céntimo hubiese adquirido de mala fe.

Ronzal era reaccionario dentro de la dinastía y Mesía, dinástico también, figuraba como jefe del partido liberal de Vetusta que acataba las Instituciones. En todas partes le veía enfrente, pero vencedor. Mandaban los de Ronzal, éste era diputado de la comisión permanente, y sin embargo, entraba don Álvaro en la Diputación, y él quedaba en la sombra; no era Mesía de la casa, tenía allí una exigua minoría, y desde el portero al Presidente todos se le quitaban el sombrero, y don Álvaro para aquí, y don Álvaro para allá; y

no había alcalde de don Álvaro que no viese aprobadas sus cuentas, ni quinto de Mesía que no estuviera enfermo de muerte, ni en fin, expediente que él moviese que no volara.

¡Y sobre todo las mujeres!

Muchas veces en el teatro, cuando todo el público fijaba la atención en el escenario, un espectador, Ronzal, desde la platea de proscenio clavaba la mirada en el elegante Mesía, aquel *gallo* rubio, pálido, de ojos pardos, fríos casi siempre, pero candentes para dar hechizos á una mujer. Aquella pechera, aquel *plaston* (como decía Ronzal) inimitable, de un brillo que no sabían sacar en Vetusta, que no venía en las camisas de Madrid, atraía los ojos del diputado provincial como la luz á las mariposas. Atribuía supersticiosamente al *plastron* gran parte en las victorias de amor de su enemigo.

Él, Ronzal, también lucía mucho la pechera, pero insensiblemente tendía al chaleco cerrado y á la corbata acartonada. Volvía á ver la pechera del otro, y volvía él á los chalecos abiertos. Miraba á Mesía Ronzal, y si aplaudía su modelo aborrecido aplaudía él, pero pausadamente y sin ruido, como el otro. Ponía los codos en el antepecho del palco y cruzaba las manos, y se volvía para hablar con sus amigos aquel don Alvaro de una manera singular que Trabuco no supo imitar en su vida. Si Mesía paseaba los gemelos por los palcos y las butacas, seguía Ronzal el movimiento de aquellos que se le antojaban dos cañones cargados de mortífera metralla: ¡infeliz de la mujer á quien apuntara aquel asesino de corazones! Señora ó señorita ya la tenía Ronzal por muerta de amor ó deshonrada cuando menos.

Mejor que todos conocía las víctimas que el don Juan de Vetusta iba haciendo, le espiaba, seguía, como sus miradas, sus pasos, interpretaba sus sonrisas, y

más de una vez (antes morir que confesarlo), más de una vez esperó el tiempo que solía tardar el *otro* en cansarse de una dama para procurar cogerla en las torpes y groseras redes de la seducción ronzalesca.

En tales ocasiones solía encontrarse con que aquellos platos de segunda mesa se los comía Paco Vegallana, el marquesito.

Todo esto sabía Trabuco, pero no lo decía á nadie.

Negaba las conquistas de Mesía.

—Ya está viejo—solía decir;—no digo que allá en sus verdores, cuando las costumbres estaban perdidas, gracias á la gloriosa... no digo que entonces no haya tenido alguna aventurilla... Pero hoy por hoy, en el actual momento histórico — el de Pernueces se crecía hablando de esto — la moralidad de nuestras familias es el mejor escudo.

Estas conversaciones se repetían todos los días; el objeto de la murmuración variaba poco, los comentarios menos y las frases de efecto nada. Casi podía anunciarse lo que cada cual iba á decir y cuándo lo diría.

Don Álvaro notó que su presencia había hecho cesar alguna conversación. Estaba acostumbrado á ello. Sabía el odio que le consagraba el de Pernueces y la admiración de que este odio iba acompañado. Le divertía y le convenía la inquina de Ronzal, gran propagandista de la leyenda de que era Mesía el héroe; y aquella leyenda era muy útil, para muchas cosas. También había conocido la imitación grotesca del Estudiante—él le llamaba así todavía—y se complacía en observarle, como si se mirase en un espejo de *la Rigolade*. No le quería mal. Le hubiera hecho un favor, siendo cosa fácil. Algunos le había hecho tal vez, sin que el otro lo supiera.

Aunque sin aludir ya á la Regenta, se volvió á hablar de mujeres casadas.

Ronzal, como otros días, defendía en tesis general la moralidad presente, debida á la restauración.

—Vamos, que Vd., Ronzalillo, en estos tiempos de moralidad... — dijo el alcalde, con su malicia de siempre.

Sonrió un momento Trabuco, pero recobrando la serenidad exclamó:

—Ni yo ni nadie; créanme Vds. En Vetusta la vida no tiene incentivos para el vicio. No digo que todo sea virtud, pero faltan las ocasiones. Y la sana influencia del clero, sobre todo del clero catedral, hace mucho. Tenemos un obispo que es un santo, un magistral...

— Hombre, el Magistral... no me venga V. á mí con cuentos... Si yo hablara... Además, todos Vds. saben...

El que empleaba estas reticencias era Foja.

—El señor Magistral—dijo Mesía, hablando por primera vez al corro—no es un místico que digamos, pero no creo que sea solicitante.

—¿Qué significa esto?—preguntó Joaquinito Orgaz.

Se lo explicó Foja.

Se discutió si el Magistral lo era. Dijeron que no Ronzal, Orgaz padre, el marquesito, Mesía y otros cuatro; que sí Foja, Joaquinito y otros dos.

Tomada la votación, para contentar á la minoría, el presidente del Casino declaró imparcialmente que «el verdadero pecado del Provisor era la simonía.»

El marquesito, licenciado en derecho civil y canónico, se hizo explicar la palabreja.

Según don Álvaro, la ambición y la avaricia eran los pecados capitales del Magistral, la avaricia sobre todo; por lo demás era un sabio; acaso el único sabio de Vetusta; un orador incomparablemente mejor que el obispo.

—No es un santo—añadía—pero no se puede creer nada de lo que se dice de doña Obdulia y él, ni lo de

él y Visitación; y en cuanto á sus relaciones con los Páez, yo que soy amigo de corazón de don Manuel, y conozco á su hija desde que era así — media vara — protesto contra todas esas calumniosas especies.

(Ronzal apuntó la palabra; él creía que se decía especias.)

—¿Qué especies?—preguntó el marquesito, que para eso estaba allí.

—¿No lo sabes? Pues dicen que Olvidito está supeditada á la voluntad de don Fermín; que no se casa ni se casará porque él quiere hacerla monja, y que don Manuel autoriza esto, y...

—Y yo juro que es verdad, señor don Álvaro—gritó Foja.

—¿Pero cree V. también que el Magistral haga el amor á la niña?

—Eso es lo que yo no sé.

—Ni lo otro—dijo Ronzal.

Mesía le miró aprobando sus palabras con una inclinación de cabeza y una afable sonrisa.

—Señores—añadió Trabuco, animándose—esto es escandaloso. Aquí todo se convierte en política. El señor Magistral es una persona muy digna por todos conceptos.

—Díjolo Blas.

—Lo digo yo!

—Como si lo dijera el gato.

Hubo una pausa. El ex-alcalde no era un Joaquinito Orgaz.

Aquello de gato pedía sangre, Ronzal estaba seguro, pero no sabía cómo contestar al liberalote.

Por último dijo:

—Es Vd. un grosero.

Foja, que sabía insultar, pero también perdonaba los insultos, no se tuvo por ofendido.

—Yo lo que digo lo pruebo — replicó;—el Magistral

es el azote de la provincia: tiene embobado al obispo, metido en un puño al clero; se ha hecho millonario en cinco ó seis años que lleva de Provisor; la curia de Palacio no es una curia eclesiástica sino una sucursal de los Montes de Toledo. Y del confesonario nada quiero decir; y de la Junta de las Paulinas tampoco; y de las niñas del Catecismo... chitón, porque más vale no hablar; y de la Corte de María... pasemos á otro asunto. En fin, que no hay por dónde cogerlo. Esta es la verdad, la pura verdad: y el día que haya en España un gobierno medio liberal siquiera, ese hombre saldrá de aquí con la sotana entre piernas. He dicho.

El ex-alcalde entendía así la libertad; ó se perseguía ó no se perseguía al clero. Esta persecución y la libertad de comercio era lo esencial. La libertad de comercio para él se reducía á la libertad del interés. Todavía era más usurero que clerófobo.

Aunque maldiciente, no solía atreverse á insultar á los curas de tan desfachatada manera, y aquel discurso produjo asombro.

¿Cómo aquel socarrón, marrullero, siempre alerta, se había dejado llevar de aquel arrebato? No había tal cosa. Estaba muy sereno. Bien sabía su papel. Su propósito era agradar á don Álvaro, por causas que él conocía; y aunque el Presidente del Casino fingiera defender al canónigo, á Foja le constaba que no le quería bien ni mucho menos.

—Señor Foja—respondió Mesía, seguro de que todos esperaban que él hablase—hay cuando menos notable exageración en todo lo que Vd. ha dicho.

—*Vox populi...*

—El pueblo es un majadero—gritó Ronzal.—El pueblo crucificó á Nuestro Señor Jesucristo, el pueblo dió la cicuta á Hipócrates.

—Á Sócrates—corrigió Orgaz, hijo, vengándose bajo el seguro de la presencia de don Álvaro.

—El pueblo—continuó el otro sin hacer caso—mató á Luis diez y seis...

—¡Adiós! ya se desató—interrumpió Foja.

Y cogiendo el sombrero añadió:

—Abur, señores; donde hablan los sabios sobramos los ignorantes.

Y se aproximó á la puerta.

—Hombre, á propósito de sabios—dijo don Frutos Redondo, el americano, que hasta entonces no había hablado.—Tengo pendiente una apuesta con usted, señor Ronzal... ya recordará Vd... aquella palabreja.

—¿Cuál?

—Avena. Usted decía que se escribe con *h*...

—Y me mantengo en lo dicho, y lo hago cuestión personal...

—No, no; á mí no me venga Vd. con circunloquios; Vd. había apostado unos callos...

—Van apostados.

—Pues bueno, ¡ajajá! Que traigan el Calepino, ese que hay en la biblioteca.

—¡Que lo traigan!

Un mozo trajo el diccionario. Estas consultas eran frecuentes.

—Búsquelo Vd. primero con *h*—dijo Ronzal con voz de trueno á Joaquinito, que había tomado á su cargo, con deleite, la tarea de aplastar al de Pernueces.

Don Frutos se bañaba en agua de rosa. Un millón, de los muchos que tenía, hubiera dado él por una victoria así. Ahora verían quién era más bruto. Guiñaba los ojos á todos, reía satisfecho, frotaba las manos.

—¡Qué callada! qué callada!

Orgaz, solemnemente, buscó avena con *h*. No pareció.

—Será que la busca Vd. con *b*; búsquela Vd. de corazón.

—Nada, señor Ronzal, no parece.

—Ahora búsquela Vd. sin *h*—exclamó don Frutos, ya muy serio, queriendo tomar un continente digno en el momento de la victoria.

Ronzal estaba como un tomate. Miró á Mesía, que fingió estar distraído.

Por fin Trabuco, dispuesto á jugar el todo por el todo, se puso en pié en medio de la sala y cogió bruscamente el diccionario de manos de Orgaz, que creyó que iba á arrojárselo á la cabeza. No; lo lanzó sobre un diván y gritando dijo:

—Señores, sostenga lo que quiera ese libraco, yo aseguro, bajo palabra de honor, que el diccionario que tengo en casa pone avena con *h!*

Don Frutos iba á protestar, pero Ronzal añadió sin darle tiempo.

—El que lo niegue me arroja un mentís, duda de mi honor, me tira á la cara un guante, y en tal caso... me tiene á su disposición; ya se sabe cómo se arreglan estas cosas.

Don Frutos abrió la boca.

Foja, desde la puerta, se atrevió á decir:

—Señor Ronzal, no creo que el señor Redondo, ni nadie, se atreva á dudar de su palabra de Vd. Si Vd. tiene un diccionario en que lleva *h* la avena, con su pan se lo coma; y aun calculo yo qué diccionario será ese... Debe de ser el diccionario de Autoridades...

—Sí, señor; es el diccionario del Gobierno...

—Pues ese es el que manda; y Vd. tiene razón y don Frutos confunde la avena con la Habana, donde hizo su fortuna...

Don Frutos se dió por satisfecho. Había comprendido el chiste de la avena que se había de comer el otro y fingió creerse vencido.

—Señores—dijo—corriente, no se hable más de esto; yo pago la callada.

Casi siempre pasaba él allí por el más ignorante, y el ver á Ronzal objeto de burla general, le puso muy contento.

Se quedó en que aquella noche cenarían todos los del corro á costa de don Frutos. ¡Raro desprendimiento en aquel corazón amante de la economía! Ronzal creyó que una vez más se había impuesto á fuerza de energía; ¡y ahora delante de don Álvaro! Aceptó la cena y el papel de vencedor; por más que estaba seguro de que en su casa no había diccionario. Pero ya que Foja lo decía...

Había cesado la lluvia. Se disolvió la reunión, despidiéndose hasta la noche. Aquellos eran, fuera de Orgaz padre, los ordinarios trasnochadores.

La cena sería á última hora. Mesía ofreció asistir á pesar de sus muchas ocupaciones.

¡Cuánto envidió esta frase Ronzal! Comprendió que todos habían interpretado lo mismo que él aquellas «ocupaciones». Eran ¡ay! cita de amor. «¡Tal vez con la Regenta!» pensó el de Pernueces; y se prometió espiarlos.

Don Álvaro Mesía, Paco Vegallana y Joaquín Orgaz salieron juntos. El Marquesito comprendió que á don Álvaro le estorbaba Orgaz.

—Oye, Joaquín, ahora que me acuerdo ¿no sabes lo que pasa?

—Tú dirás.

—Que tienes un rival temible.

—¿En qué... plaza?

—Tienes razón, olvidaba tus muchas empresas... Se trata de Obdulia.

—Hola, hola—dijo Mesía, sonriendo de pura lástima;—¿con que tiene Vd. en asedio á la viudita?

—Sí—dijo Paco—es... el Gran Cerco de Viena.

Joaquín, á pesar de lo flamenco, se turbó, entre avergonzado y hueco. Sabía positivamente que don Álvaro

había sido amante de Obdulia, porque ella se lo había confesado. «¡ El único !» según la dama. Pero Orgaz sospechaba que había heredado aquellos amores Paco. Obdulia juraba que no.

—Pues tu rival es don Saturnino Bermúdez, el descendiente de cien reyes, ya sabes, mi primo, según él... Ayer creo que hubo un escándalo en la catedral, que el Palomo tuvo que echarlos poco menos que á escobazos: ¿ qué creías tú, que Obdulia sólo tenía citas en las carboneras ? Pues también en los palacios y en los templos...

Pauperum tabernas, regumque turres.

Joaquinito, fingiendo mal buen humor, preguntó:

—Pero tú ¿ cómo sabes todo eso ?

—Es muy sencillo. La señora de Infanzón... ya sabe éste quién es.

—Sí—dijo Mesía—la de Palomares...

—Esa, fué á la catedral con Obdulia, les acompañó el arqueólogo, y en la capilla de las reliquias, en los sótanos, en la bóveda, en todas partes creo que se daban unos... apretones... La Infanzón se lo contó á mamá que se moría de risa ; la lugareña estaba furiosa... Hoy mi madre, para divertirse—ya sabes lo que á la pobre le gustan estas cosas—quería ver á Obdulia y á don Saturno juntos, en casa, á ver qué cara ponían, aludiendo mamá á lo de ayer. La llamó, pero Obdulia se disculpó diciendo que esta tarde tenía que pasarla en casa de Visitación para hacer las empanadas de la merienda... ya sabes lo de la tertulia de la otra...

—Sí, ya sé.

—Con que allí las tienes, con los brazos al aire... y... ya sabes... en fin, que está el horno para pasteles.

—En honor de la verdad—observó Mesía—la viuda

está apetitosa en tales circunstancias. Yo la he visto en casa de éste, con su gran mandil blanco, su falda bajera ceñida al cuerpo, la pantorrilla un poco al aire y los brazos con todo al fresco... colorada, excitadota...

El flamenco tragó saliva.

—Es la mujer X—dijo sin poder contenerse.—¿Y él? —añadió.

—¿Quién?

—El sabihondo ese...

—Ah! ¿don Saturnino? Pues tampoco fué á casa. Contestó muy fino en una esquela perfumada, como todas las suyas, que parecen de *cocotte* de sacristía...

—¿Qué contestó?

—Que estaba en cama y que hiciera mamá el favor de mandarle la receta de aquella purga tan eficaz que ella conoce. El pobre Bermúdez sería feliz, dado que te desbanque, si no fueran esas irregularidades de las vías digestivas.

Joaquín siguió algunos minutos hablando de aquellas bromas y se despidió.

—Pobre diablo!—dijo Mesía.

—Es pesado como un plomo.

Callaron. Vegallana miraba de soslayo á su amigo de vez en cuando. Don Álvaro iba pensativo. Aquel silencio era de esos que preceden á confidencias interesantes de dos amigos íntimos.

Aquella amistad era como la de un padre joven y un hijo que le trata como á un camarada respetable y de más seso. Pero además Paco veía en su Mesía un héroe. Ni el ser heredero del título más envidiable de Vetusta, ni su buena figura, ni su partido con las mujeres, envanecían á Paco tanto como su intimidad con don Álvaro. Cuarenta años y alguno más contaba el Presidente del casino, de veinticinco á veintiseis el futuro marqués, y á pesar de esta diferencia en la edad congeniaban, tenían los mismos gustos, las mis-

mas ideas, porque Vegallana procuraba imitar en ideas y gustos á su ídolo. No le imitaba en el vestir, ni en las maneras, porque discretamente, al notar algunos conatos de ello, don Alvaro le había hecho comprender que tales imitaciones eran ridículas y cursis. Burlándose de Trabuco había apartado á Paco, que tenía instintos de verdadero elegante, de tales propósitos. Y así era el marquesito original, vestía á la moda, según la entendía su sastre de Madrid, que le tomaba en serio, que le cuidaba, como á parroquiano inteligente y de mérito. No exageraba ni por ajustar demasiado la ropa ni por dejarla muy holgada, ni se excedía en los picos de los cuellos, ni en las alas de los sombreros.

Procuraba tener estilo indumentario para no parecerse á cualquier figurín. No creía en los sastres de Vetusta y ni unas trabillas compraba en su tierra. Nadie era sastre en su patria. En verano prefería los sombreros blancos, los chalecos claros y las corbatas alegres. La esencia del vestir bien estaba en la pulcritud y la corrección, y el peligro en la exageración adocenada. Era blanco, sonrosado, pero sin rastro de afeminamiento, porque tenía hermosa piel, buena sangre, mucha salud; las mujeres le alababan sobre todo la boca, dientes inclusive, la mano y el pié. Hasta en aquellos lugares donde el hombre suele perder todo encanto, porque es el deber, lograba conquistas verdaderas y de ello se pagaba no poco el marquesito, que trataba con desdén á las queridas ganadas en buena lid, y con grandes miramientos y hasta cariño á las que le costaban su dinero. Su literatura se había reducido á la *Historia de la prostitución* por Dufour, á la *Dama de las Camelias* y sus derivados, con más algunos panegíricos novelescos de la mujer caída. Creía en el buen corazón de las que llamaba Bermúdez meretrices y en la corrupción absoluta de las clases superiores.

Estaba seguro de que si no venía otra irrupción de Bárbaros, el mundo se podriría de un día á otro. Lo lamentaba, pero lo encontraba muy divertido.

Además, pensaba que el buen casado necesita haber corrido muchas aventuras. Él estaba destinado á cierta heredera tan escuálida como virtuosa, y había puesto por condición, para comprometer su mano, que le dejaran muchos años de libertad en la que se prepararía á ser un buen marido. La duda que le atormentaba y consultaba con Mesía era esta:

—¿Debo casarme pronto para que mi mujer no llegue á mis brazos hecha una vieja? ¿Debo preferir tomarla vieja y ser libre más tiempo para disfrutar de otras lozanías?

No pensaba él, por supuesto, abstenerse del amor adúltero en casándose; pero ¿y la comodidad? ¿y el andar á salto de mata, ocultándose como un criminal?

Prefería seguir preparándose para ser un buen esposo.

Después de Mesía, pocos seductores había tan afortunados como el Marquesito. La vanidad solía ayudarle en sus conquistas; no pocas mujeres se rendían al futuro marqués de Vegallana; pero otras veces, y esto era lo que él prefería, vencían sus ojos azules, suaves y amorosos, su manera de entender los placeres.

—Para gozar—decía—las de treinta á cuarenta. Son las que saben más y mejor, y quieren á uno por sus prendas personales.

Como una dama rica y elegante deja vestidos casi nuevos á sus doncellas, Mesía más de una vez dejaba en brazos de Paco amores apenas usados. Y Paco, por ser quien era el otro, los tomaba de buen grado. Tanto le admiraba.

Paco era de mediana estatura y cogido del brazo de

su amigo parecía bajo, porque Mesía era más alto que el buen mozo de Pernueces.

—¿A dónde vamos?—preguntó Vegallana, queriendo provocar así la confidencia que esperaba.

Don Alvaro se encogió de hombros.

—Puede ser que esté ella en mi casa.

—¿Quién?

—Anita. Bah!

Don Alvaro sonrió, mirando con cariño paternal á Paco.

Le cogió por los hombros y le atrajo hacia sí, mientras decía:

—Muchacho, tú eres *l'enfant terrible!* ¡Qué ingenuidad! Pero ¿quién te ha dicho á ti?...

—Estos.

Y puso Paco dos dedos sobre los ojos.

—¿Qué has visto? No puede ser. Yo estoy seguro de no haber sido indiscreto.

—¿Y ella?

—Ella... no estoy seguro de que sepa que me gusta.

—Bah! Estoy seguro yo... Y más; estoy seguro de que le gustas tú.

Una mano de Mesía tembló ligeramente sobre el hombro de Vegallana.

El marquesito lo sintió, y vió en el rostro de su amigo grandes esfuerzos por ocultar la alegría. Los ojos fríos del *dandy* se animaron. Chupó el cigarro y arrojó el humo para ocultar con él la expresión de sus emociones.

Anduvieron algunos pasos en silencio.

—¿Qué has visto tú... en ella?

—¡Hola, hola! Parece que pica.

—¡Ya lo creo! ¿Y dónde creerás que pica?

Vegallana se volvió para mirar á Mesía.

Éste señaló al corazón con ademán joco-serio.

—¡Puf!—hizo con los labios Paco.

—¿Lo dudas?

—Lo niego.

—No seas tonto. ¿Tú no crees en la posibilidad de enamorarse?

—Yo me enamoro muy fácilmente...

—No es eso.

—¿Y te pones colorado?

—Sí; me da vergüenza, ¿qué quieres? Esto debe de ser la vejez.

—Pero, vamos á ver, ¿qué sientes?

Mesía explicó á Paco lo que sentía. Le engañó como engañaba á ciertas mujeres que tenían educación y sentimientos semejantes á los del marquesito. La fantasía de Paco, sus costumbres, la especial perversión de su sentido moral le hacían afeminado en el alma en el sentido de parecerse á tantas y tantas señoras y señoritas, sin malos humores, ociosas, de buen diente, criadas en el ocio y el regalo, en medio del vicio fácil y corriente.

Era muy capaz de un sentimentalismo vago que, como esas mujeres, tomaba por exquisita sensibilidad, casi casi por virtud. Pero esta virtud para damas se rige por leyes de una moral privilegiada, mucho menos severa que la desabrida moral del vulgo. Paco, sin pensar mucho en ello, y sin pensar claramente, esperaba todavía un amor puro, un amor grande, como el de los libros y las comedias; comprendía que era ridículo buscarlo y se declaraba escéptico en esta materia; pero allá adentro, en regiones de su espíritu en que él entraba rara vez, veía vagamente *algo mejor* que el ordinario galanteo, algo más serio que los apetitos carnales satisfechos y la vanidad contenta. Necesitaba para que todo eso saliera á la superficie, para darse cuenta de ello, que fantasía más poderosa que la suya provocase la actividad de su cerebro; la elocuencia de Mesía, insinuante, corrosiva, era el incentivo más á propósito. En un cuarto de hora, empleado

en recorrer calles y plazuelas, don Álvaro hizo sentir al otro aquellos algos indefinidos del amor dosimétrico, que era la más alta idealidad á que llegaba el espíritu del marquesito.

«Sí, todo aquello era puro. Se trataba de una mujer casada, es verdad; pero el amor ideal, el amor de las almas elegantes y escogidas no se pára en barras. En París, y hasta en Madrid se ama á las señoras casadas sin inconveniente. En esto no hay diferencia entre el amor puro y el ordinario.

Importaba mucho al jefe del partido liberal dinástico de Vetusta que Paquito le creyera enamorado de aquella manera sutil y alambicada. Si se convencía de la pureza y fuerza de esta pasión, le ayudaría no poco. La amistad entre los Vegallana y la Regenta era íntima. Paco jamás había dicho una palabra de amor a su amiga Anita, y ésta le estimaba mucho; lo poco expansiva que era ella con Paco lo había sido mejor que con otros; en la casa del marqués, además, se la podía ver á menudo; en otras casas pocas veces. Si Mesía quería conseguir algo, no era posible prescindir de Paquito. Supongamos que Ana consentía en hablar con don Alvaro á solas, ¿dónde podía ser? ¿En casa del Regente? Imposible, pensaba el seductor; esto ya sería una traición formal, de las que asustan más á las mujeres; semejantes enredos no podía admitirlos la Regenta, por lo menos al principio. La casa de Paco era un terreno neutral; el lugar más á propósito para comenzar en regla un asedio y esperar los acontecimientos. Don Alvaro lo sabía por larga experiencia. En casa de Vegallana había ganado sus más heróicas victorias de amor. Su orgullo le aconsejaba que no hiciera en favor de Ana Ozores una excepción que á todo Vetusta le parecería indispensable.

Por lo mismo, quería él vencer allí para que vieran. Había de ser en el salón amarillo, en el célebre sa-

lón amarillo. ¿Qué sabía Vetusta de estas cosas? Tan mujer era la Regenta como las demás; ¿por qué se empeñaban todos en imaginarla invulnerable? ¿Qué blindaje llevaba en el corazón? ¿Con qué unto singular, milagroso, hacía incombustible la carne flaca aquella hembra? Mesía no creía en la virtud absoluta de la mujer; en esto pensaba que consistía la superioridad que todos le reconocían. Un hombre hermoso, como él lo era sin duda, con tales ideas tenía que ser irresistible.

«Creo en mí y no creo en ellas». Esta era su divisa.

Para lo que servía aquel supersticioso respeto que inspiraba á Vetusta la virtud de la Regenta era, bien lo conocía él, para aguijonearle el deseo, para hacerle empeñarse más y más, para que fuese poco menos que verdad aquello del enamoramiento que le estaba contando á su amiguito.

»Él era, ante todo, un hombre político; un hombre político que aprovechaba el amor y otras pasiones para el medro personal.» Este era su dogma hacía más de seis años. Antes conquistaba por conquistar. Ahora con su cuenta y razón; por algo y para algo. Precisamente tenía entre manos un vastísimo plan en que entraba por mucho la señora de un personaje político que había conocido en los baños de Palomares. Era otra virtud. Una virtud á prueba de bomba; del gran mundo. Pues bien, había empezado á minar aquella fortaleza. ¡Era todo un plan! Esperaba en el buen éxito, pero no se apresuraba. No se apresuraba nunca en las cosas difíciles. Él, el conquistador á lo Alejandro, el que había rendido la castidad de una robusta aldeana en dos horas de pugilato, el que había deshecho una boda en una noche, para sustituir al novio, el Tenorio repentista, en los casos graves procedía con la paciencia de un estudiante tímido que ama platónicamente. Había mujeres que sólo así su-

cumbían; á no ser que abundasen las ocasiones de los ataques bruscos con seguridad del secreto; entonces se acortaban mucho los plazos del rendimiento. La señora del personaje de Madrid era de las que exigían años. Pero el triunfo en este caso aseguraba grandes adelantos en la carrera, y esto era lo principal en Mesía, el hombre político. Ahora se empezaba á hablar en Vetusta de si él ponía ó no ponía los ojos en la Regenta. ¡Vergüenza le daba confesárselo á sí propio! Dos años hacía que ella debía de creerle enamorado de sus prendas! Sí, dos años llevaba de prudente sigiloso culto externo, casi siempre mudo, sin más elocuencia que la de los ojos, ciertas idas y venidas, y determinadas actitudes ora de tristeza, ora de impaciencia, tal vez de desesperación. Y ¡mayor vergüenza todavía! otros dos años había empleado en merecer el poeta Trifón Cármenes, enamorado líricamente de la Regenta. Bien lo había conocido don Alvaro, y aunque el rival no le parecía temible, era muy ridículo coincidir con tamaño personaje en la fecha de las operaciones y en el sistema de ataque. Pero al principio no había más remedio, había que proceder así. Claro es que el poeta se había quedado muy atrás; no había pasado de esta situación, poco lisonjera: la Regenta no sabía que aquel chico estaba enamorado de ella. Le veía á veces mirarla con fijeza y pensaba:

«Qué distraído es ese poetilla de *El Lábaro!* deben de tenerle muy preocupado los consonantes.» Y en seguida se olvidaba de que había Cármenes en el mundo. Entonces ya no le quedaba al poeta más testigo de su dolor que Mesía, la única persona del mundo que entendía el sentido oculto y hondo de los versos eróticos de Cármenes. Aquellas elegías parecían charadas, y sólo podía descifrarlas don Alvaro dueño de la clave. Esta parte ridícula, según él, de su empeño, ponía furioso unas veces al gentil Mesía y otras de muy buen

humor. ¡Era chusco! ¡Él, rival de Trifón! Había que dar un asalto. Ya debía de estar aquello bastante preparado. Aquello era el corazón de la Regenta.

El Presidente del casino apreciaba el progreso de la cultura por la lentitud y rapidez en esta clase de asuntos. Vetusta era un pueblo primitivo. Dígalo sino lo que á él le pasaba con Anita Ozores. Verdad era que en aquellos dos años había rendido otras fortalezas. Pero ninguna aventura había sido de las ruidosas; nada podía saber la Regenta de cierto y el amor y la constancia del discreto adorador debían de ser para ella cosa poco menos que segura. La prudencia y el sigilo eran datos positivos de don Alvaro en tales asuntos. Sus aventuras actuales pocos las conocían; las que sonaban y hasta refería él siempre eran antiguas. Con esto y la natural vanidad que lleva á la mujer á creerse querida de veras, la Regenta podía, si le importaba, creer que el Tenorio de Vetusta había dejado de serlo para convertirse en fino, constante y platónico amador de su gentileza. Esto era lo que él quería saber á punto fijo. ¿Creería en él? ¿le sacrificaría la tranquilidad de la conciencia y otras comodidades que ahora disfrutaba en su hogar honrado?

Algunas insinuaciones tal vez temerarias le habían hecho perder terreno, y con ellas había coincidido el cambio de confesores de la Regenta.

«Todo se puede echar á perder ahora», había pensado don Alvaro. «La devoción sería un rival más temible que Cármenes; el Magistral un cancerbero más respetable que don Víctor Quintanar, mi buen amigo.»

No había más remedio que jugar el todo por el todo. Había llegado la época de la recolección: ¿serían calabazas? No lo esperaba; los síntomas no eran malos; pero, aunque se lo ocultase á sí mismo, no las tenía todas consigo. Por eso le irritaba más la supersticiosa fe de Vetusta en la virtud de aquella señora; le irrita-

ba más porque él, sin querer, participaba de aquella fe estúpida.

«Y con todo, yo tengo datos en contra, pensaba, ciertos indicios. Y además, no creía en la mujer fuerte. ¡Señor, si hasta la Biblia lo dice! ¿Mujer fuerte ¿quién la hallará?»

Si hubiese conocido Paco Vegallana estos pensamientos de su amigo, que probaban la falsedad de su amor, le hubiera negado su eficaz auxilio en la conquista de la Regenta. Sólo el amor fuerte, invencible, podía disculparlo todo. A lo menos así lo decía la moral de Paco. Queriendo tanto y tan bien como decía don Alvaro, nada de más haría la Regenta en corresponderle. Una mujer casada, peca menos que una soltera cometiendo una falta, porque, es claro, la casada... no se compromete.

«—¡Esta es la moral positiva!—decía el Marquesito muy serio cuando álguien le oponía cualquier argumento. Sí, señor, esta es la moral moderna, la científica; y eso que se llama el Positivismo no predica otra cosa; lo inmoral es lo que hace daño positivo á álguien. ¿Qué daño se le hace á un marido *que no lo sabe?*

Creía Paco que así hablaba la filosofía de última novedad, que él estimaba excelente para tales aplicaciones, aunque, como buen conservador, no la quería en las Universidades.

«¿Por qué? Porque el saber esas cosas no es para chicos.»

Cuando llegaron al portal del palacio de Vegallana, su futuro dueño tenía lágrimas en los ojos. ¡Tanto le había ablandado el alma la elocuencia de Mesía! ¡Qué grande contemplaba ahora á su don Alvaro! Mucho más grande que nunca. «¿Con que el escéptico redomado, el hombre frío, el *dandy* desengañado, tenía otro hombre dentro? ¡Quién lo pensara! Y qué bien casaban aquellos colores (aquellos matices delicados,

quería decir Paco), aquel contraste de la aparente indiferencia, del elegante pesimismo con el oculto fervor erótico, un si es no es romántico! Si en vez de la *Historia de la Prostitución* Paquito hubiese leído ciertas novelas de moda, hubiera sabido que don Alvaro no hacía más que imitar—y de mala manera, porque él era ante todo un hombre político—á los héroes de aquellos libros elegantes. Sin embargo, algo encontraba Paco en sus lecturas parecido á Mesía; era éste una Margarita Gauthier del sexo fuerte; un hombre capaz de redimirse por amor. Era necesario redimirle, ayudarle á toda costa.

«Y que perdonase don Víctor Quintanar, incapaz de ser escéptico, frío y prosáico por fuera, romántico y dulzón por dentro.»

Cuando subían la escalera, Paco Vegallana, el muchacho de más partido entre las mozas del idem, estaba resuelto:

1.° Á favorecer en cuanto pudiese los amores, que él daba por seguros, de la Regenta y Mesía. Y

2.° Á buscar, para uso propio, un acomodo neo-romántico, una *pasión-verdad*, compatible con su afición á las formas amplias y á las turgencias hiperbólicas; que él no llamaba así, por supuesto.

—¿Quién está arriba?—preguntó á un criado, seguro de que estaría la Regenta «porque se lo daba el corazón.»

—Hay dos señoras.

—¿Quiénes son?

El criado meditó.

—Una creo que es doña Visita, aunque no las he visto; pero se la oye de lejos... la otra... no sé.

—Bueno, bueno—dijo Paco, volviéndose á Mesía.—Son ellas. Estos días Visita no se separa de Ana.

Á Mesía le temblaron un poco las piernas, muy contra su deseo.

—¡Yo misma! ¡he sido yo misma! ¡Así, á todos los hombres!...

«¡Era Obdulia! ¡Obdulia! Luego no estaba la otra.»





VIII

El marqués de Vegallana era en Vetusta el jefe del partido más reaccionario entre los dinásticos; pero no tenía afición á la política y más servía de adorno que de otra cosa. Tenía siempre un favorito que era el jefe verdadero. El favorito actual era (¡oh escándalo del juego natural de las instituciones y del turno pacífico!) ni más ni menos, don Álvaro Mesía, el jefe del partido liberal dinástico. El reaccionario creía resolver sus propios asuntos y en realidad obedecía á las inspiraciones de Mesía. Pero éste no abusaba de su poder secreto. Como un jugador de ajedrez que juega solo y lo mismo se interesa por los blancos que por los negros, don Álvaro cuidaba de los negocios conservadores lo mismo que de los liberales. Eran panes prestados. Si mandaban los del marqués,

don Álvaro repartía estanquillos, comisiones y licencias de caza, y á menudo algo más suculento, como si fueran gobierno los suyos; pero cuando venían los liberales, el marqués de Vegallana seguía siendo árbitro en las elecciones, gracias á Mesía, y daba estanquillos, empleos y hasta prebendas. Así era el turno pacífico en Vetusta, á pesar de las apariencias de encarnizada discordia. Los soldados de fila, como se llamaban ellos, se apaleaban allá en las aldeas, y los jefes se entendían, eran uña y carne. Los más listos algo sospechaban, pero no se protestaban, se procuraba sacar tajada doble, aprovechando el secreto.

Vegallana tenía una gran pasión: la de «tragarse leguas,» ó sea dar paseos de muchos kilómetros.

Le aburrían las intrigas de la politiquilla.

Era cacique honorario; el cacique en funciones, su mano derecha, Mesía. Don Alvaro era al marqués en política lo que á Paquito en amores, su Mentor, su Ninfa Egeria. Padre é hijo se consideraban incapaces de pensar en las respectivas materias sin la ayuda de su Pitonisa. Aquí estaba el secreto de la política de Vegallana, conocido por pocos.

Los más, al salir de una junta del «Salón de Antigüedades,» solían exclamar:

—¡Qué cabeza la de este marqués! Nació para amaños electorales, para manejar pueblos!

—No, y los años no le rinden; siempre es el mismo.

Y todo lo que alababan era obra del otro, de Mesía.

Cuando éste quería castigar á alguno de los suyos, le ponía en frente de un candidato reaccionario á quien había que dejar el triunfo. El marqués agradecía á don Alvaro su abnegación, y le pagaba diciéndole, por ejemplo:

—Oiga Vd., mi correligionario, Fulano quiere tal cosa, pero á mí me carga ese hombre; haga Vd. que

triunfe el pretendiente liberal. Y entonces Mesía premiaba los servicios de algún servidor fidelísimo.

¡Quién le hubiera dicho á Ronzal que él debía el verse diputado de la Comisión á una de estas sabias combinaciones!

El marqués decía que «la fatalidad le había llevado á militar en un partido reaccionario; el nacimiento, los compromisos de clase; pero su temperamento era de liberal.» Tenía grandes «amistades personales» en las aldeas, y repartía abrazos por el distrito en muchas leguas á la redonda. Durante las elecciones, cuando muchos, casi todos, le creían manejando la complicada máquina de las influencias, el único servicio positivo y directo que prestaba era el de agente electoral. Pedía un puñado de candidaturas á Mesía y las repartía por las parroquias electorales que visitaba en sus paseos de Judío Errante.

Cuando emprendía una excursión por camino desconocido, contaba los pasos, aunque hubiese medidas oficiales, porque no se fiaba de los kilómetros del Gobierno. Contaba los pasos y los millares los señalaba con piedras menudas que metía en los bolsillos de la americana. Llegaba á casa y descargaba sobre una mesa aquellos sacos para contar más satisfecho las piedras miliarias. Aquella noche en la tertulia se hablaba en primer término del paseo de Vegallana.

—¿A dónde bueno, marqués?—le preguntaba un amigo que le encontraba en el campo.

—A Cardona por la Carbayeda... mil ciento un... mil ciento dos... tres... cuatro...—Y seguía marcando el paso, apoyándose en un palo con nudos y ahumado, como el de los aldeanos de la tierra.

Aquel garrote, la sencilla americana y el hongo flexible de anchas alas eran la garantía de su popularidad en las aldeas. Tenía todo el orgullo y todas las preocupaciones de sus compañeros en nobleza vetus-

tense, pero afectaba una llaneza que era el encanto de las almas sencillas.

Tenía otra manía, corolario de sus paseos, la manía de las pesas y medidas. Sabía en números decimales la capacidad de todos los teatros, congresos, iglesias, bolsas, circos y demás edificios notables de Europa. «Covent Garden tiene tantos metros de ancho por tantos de largo, y tantos de altura;» y hallaba el cubo en un decir Jesús. El Real tiene tantos metros cúbicos menos que la Gran Ópera. Mentía cuando quería deslumbrar al auditorio, pero podía ser exacto, asombrosamente exacto si se le antojaba. «Á mí hechos, datos, números—decía;—lo demás... filosofía alemana.»

En arquitectura le preocupaban mucho las proporciones. Para que hubiese proporción entre la catedral y la plazuela, convendría retirar tres ó cuatro metros la catedral. Y él lo hubiera propuesto de buen grado. Era el enemigo natural de don Saturnino Bermúdez en materia de monumentos históricos y ornato público. Todo lo quería alineado. Soñaba con las calles de Nueva York—que nunca había visto—y si le sacaban este argumento:

«—Pero la nobleza se opone por su propia esencia á esas igualdades,»

Contestaba:

«—Señor mío, *distingue tempora...* (no quería decir eso) no tergiversemos, no involucremos, *post hoc ergo propter hoc* (tampoco quería decir eso). La verdadera desigualdad está en la sangre, pero los tejados deben medirse todos por un rasero. Así lo hace América, que nos lleva una gran ventaja.»

La Colonia, la parte nueva de Vetusta, merced á la influencia poderosa del marqués, por un rasero se había medido.

No había una casa más alta que otra.

Protestaban algunos americanos que querían hacer palacios de ocho pisos para ver desde las guardillas el campanario de su pueblo; pero el Municipio, bajo la presión del marqués, nivelaba todos los tejados «dejando para otras esferas de la vida las naturales desigualdades de la sociedad en que vivimos», como decía el marqués en un artículo anónimo que publicó en *El Lábaro*.

La marquesa tenía á su esposo por un grandísimo majadero, condición que ella creía casi universal en los maridos. Ella sí que era liberal. Muy devota, pero muy liberal, porque lo uno no quita lo otro. Su devoción consistía en presidir muchas cofradías, pedir limosna con gran descaro á la puerta de las iglesias, azotando la bandeja con una moneda de cinco duros, regalar platos de dulce á los canónigos, convidarles á comer, mandar capones al obispo y fruta á las monjas para que hicieran conservas. La libertad, según esta señora, se refería principalmente al sexto mandamiento. «Ella no había sido ni mala ni buena, sino como todas las que no son completamente malas, pero tenía la virtud de la más amplia tolerancia. Opinaba que lo único bueno que la aristocracia de ahora podía hacer era divertirse. ¿No podía imitar las virtudes de la nobleza de otros tiempos? Pues que imitara sus vicios. Para la marquesa no había más que Luís XV y Regencia. Los muebles de su salón amarillo y la chimenea de su gabinete estaban copiados de una sala de Versalles, según aseguraban el tapicero y el arquitecto; pero el amor de la marquesa á lo mullido y almohadillado había ido introduciendo grandes modificaciones en el salón Regencia.

El capitán Bedoya, el gran anticuario, murmuraba del salón amarillo diciendo:

«—La marquesa se empeña en llamar aquello estilo de la Regencia; ¿por dónde? como no sea de la regencia

de Espartero...» Los muebles eran lujosos, pero estaban maltratados y lo que era peor, desde el punto de vista arqueológico, convertidos en flagrantes anacronismos.

Les había hecho sufrir varios cambios, aunque siempre sobre la base del amarillo, cubriéndolos con damasco, primero, con seda brochada después, y últimamente con raso basteado, *capitoné* que ella decía, en almohadillas muy abultadas y menudas, que á don Saturnino se le antojaban impúdicas. El tapicero protestó en tiempo oportuno; en el salón sentaba mal lo *capitoné*, según su dogma, pero la marquesa se reía de estas imposiciones oficiales. En los demás muebles del salón, espejos, consolas, colgaduras, etc., se había pasado de lo que entendiera el mueblista por Regencia á la mezcla más escandalosa, según el capricho y las comodidades de la marquesa. Si se le hablaba de mal gusto, contestaba que la moda moderna era lo *confortable* y la libertad. Los antiguos cuadros de la escuela de Cenceño sin duda, pero al fin venerables como recuerdos de familia, los había mandado al segundo piso, y en su lugar puso alegres acuarelas, mucho torero y mucha manola y algún fraile pícaro; y con escándalo de Bedoya y de Bermúdez hasta había colgado de las paredes cromos un poco verdes y nada artísticos. En el gabinete contiguo, donde pasaba el día la marquesa, la anarquía de los muebles era completa, pero todos eran cómodos; casi todos servían para acostarse; sillas largas, mecederas, marquesitas, confidentes, taburetes, todo era una conjuración de la pereza; en entrando allí daban tentaciones de echarse á la larga. El sofá de panza anchísima y turgente con sus botones ocultos entre el raso, como pistilos de rosas amarillas, era una muda anacreóntica, acompañada con los olores excitantes de las cien esencias que la marquesa arrojaba á todos los vientos.

La excelentísima señora doña Rufina de Robledo, marquesa de Vegallana, se levantaba á las doce, almorzaba, y hasta la hora de comer leía novelas ó hacía crochet, sentada ó echada en algún mueble del gabinete. La gran chimenea tenía lumbre desde Octubre hasta Mayo. De noche iba al teatro doña Rufina siempre que había función, aunque nevase ó cayeran rayos; para eso tenía carruajes. *Si no había teatro*, y era esto muy frecuente en Vetusta, se quedaba en su gabinete donde recibía á los amigos y amigas que quisieran hablar de sus cosas, mientras ella leía periódicos satíricos con caricaturas, revistas y novelas. Sólo intervenía en la conversación para hacer alguna advertencia del género de los epígramas del Arcipreste, su buen amigo. En estas breves interrupciones, doña Rufina demostraba un gran conocimiento del mundo y un pesimismo de buen tono respecto de la virtud. Para ella no había más pecado mortal que la hipocresía; y llamaba hipócritas á todos los que no dejaban traslucir aficiones eróticas que podían no tener. Pero esto no lo admitía ella. Cuando alguno *salía garante* de una virtud, la marquesa, sin separar los ojos de sus caricaturas, movía la cabeza de un lado á otro y murmuraba entre dientes postizos, como si rumiase negaciones. Á veces pronunciaba claramente:

—Á mí con esas... que soy tambor de marina.

No era tambor, pero quería dar á entender que había sido más fiel á las costumbres de la Regencia que á sus muebles. Sus citas históricas solían referirse á las queridas de Enrique VIII y á las de Luís XIV.

En tanto, el salón amarillo estaba en una discreta oscuridad, si había pocos tertulios. Cuando pasaban de media docena, se encendía una lámpara de cristal tallado, colgada en medio del salón. Estaba á bastante altura; sólo podía llegar á la llave del gas Mesía, el mejor mozo. Los demás se quejaban. Era una injusticia.

—«¿Para qué poner tan alta la lámpara?»—decían algunos un tanto ofendidos.

Doña Rufina se encogía de hombros.

—«Cosas de ese»—respondía—aludiendo á su marido.

No era muy escrupuloso el marqués en materia de moral privada; pero una noche había entrado palpando las paredes para atravesar el salón y llegar al gabinete, cuya puerta estaba entornada; su mano tropezó con una nariz en las tinieblas, oyó un grito de mujer—estaba seguro—y sintió ruido de sillas y pasos apagados en la alfombra. Calló por discreción, pero ordenó á los criados que colocaran más alta la lámpara. Así nadie podría quitarle luz ni apagarla. Pero resultó una desigualdad irritante, porque Mesía, poniéndose de puntillas, llegaba todavía á la llave del gas.

De las tres hijas de los marqueses, dos, Pilar y Lola, se habían casado y vivían en Madrid; Emma, la segunda, había muerto tísica. Aquella escasa vigilancia á que la marquesa se creía obligada cuando sus hijas vivían con ella, había desaparecido. Era el único consuelo de tanta soledad. En tiempo de ferias, doña Rufina hacía venir á alguna sobrina de las muchas que tenía por los pueblos de la provincia. Aquellas lugareñas linajudas esperaban con ansia la época de las ferias, cuando les tocaba el turno de ir á Vetusta. Desde niñas se acostumbraban á mirar como temporada de excepcional placer la que se pasaba con la tía, en medio de *lo mejorcito* de la capital. Algunos padres timoratos oponían algunos argumentos de aquella moralidad privada que no preocupaba al marqués, pero al fin la vanidad triunfaba y siempre tenía su sobrina en ferias la señora marquesa de Vegallana. Las sobrinitas ocupaban los aposentos de las hijas ausentes;—el de Emma no volvió á ser habitado, pero se entraba en él cuando hacía falta.—Las muchachas animaban por



algunas semanas con el ruido de mejores días aquellas salas y pasillos, alcobas y gabinetes, demasiado grandes y tristes cuando estaban desiertos. De noche, sin embargo, no faltaba algazara en el piso principal, hubiera sobrinas ó no. En el segundo, de día y de noche había aventuras, pero silenciosas. Un personaje de ellas siempre era Paquito. Cuando estaba sereno, juraba que no había cosa peor que perseguir á la servidumbre femenina en la propia casa; pero no podía dominarse. *Videor meliore*, le decía don Saturno sin que Paco lo entendiese. En la tertulia de la marquesa, con sobrinas ó sin ellas, predominaba la juventud. Las muchachas de las familias más distinguidas iban muy á menudo á hacer compañía á la pobre señora que se había quedado sin sus tres hijas. Previamente se daba cita al novio respectivo; y cuando no, esperaban los acontecimientos. Allí se improvisaban los noviazgos, y del salón amarillo habían salido muchos matrimonios *in extremis*, como decía Paquito, creyendo que *in extremis* significaba una cosa muy divertida. Pero lo que salía más veces, era asunto para la crónica escandalosa. Se respetaba la casa del marqués, pero se despellejaba á los tertulios. Se contaba cualquier aventurilla y se añadía casi siempre:

«—Lo más odioso es que esas... tales hayan escogido para sus... cuales una casa tan respetable, tan digna.» Los liberales avanzados, los que no se andaban en paños calientes, sostenían que la casa era la peor.

Sin embargo, los maldicientes procuraban ser presentados en aquella casa donde había tantas aventuras.

Aunque algo se habían relajado las costumbres y ya no era un círculo tan estrecho como en tiempo de doña Anuncia y doña Agueda (q. e. p. d.) el *de la clase*, aún no era para todos el entrar en la tertulia de confianza de Vegallana. Los mismos tertulios procuraban

cerrar las puertas, porque se daban tono así, y además no les convenían testigos. «Estaban mejor en *petit comité*.» El espíritu de tolerancia de la marquesa había contagiado á sus amigos. Nadie espiaba á nadie. Cada cual á su asunto. Como el ama de la casa autorizaba sobradamente la tertulia, las mamás que nada esperaban ya de las vanidades del mundo, dejaban ir á las niñas solas. Además, nunca faltaban casadas todavía ganosas de conceder la honra de sus retoños ó de divertirse por cuenta propia. ¿Y quién duda que éstas se harían respetar? Allí estaba Visitación por ejemplo. Algunas madres había que no pasaban por esto; pero eran las ridículas, así como los maridos que seguían conducta análoga. Algún canónigo solía dar mayores garantías de moralidad con su presencia, aunque es cierto que no era esto frecuente, ni el canónigo paraba allí mucho tiempo. El clero catedral prefería visitar á la marquesa de día. Á los escrupulosos se les llamaba hipócritas y adelante.

La marquesa sabía que en su casa se enamoraban los jóvenes un poco á lo vivo. Á veces, mientras leía, notaba que alguien abría la puerta con gran cuidado, sin ruido, por no distraerla; levantaba los ojos; faltaba Fulanito, bueno. Volvía á notar lo mismo, volvía á mirar, faltaba Fulanita, bueno ¿y qué? Seguía leyendo. Y pensaba: «Todos son personas decentes, todos saben lo que se debe á mi casa, y en cuestión de *peccata minuta*... allá los interesados.» Y encogía los hombros. Este criterio ya lo aplicaba cuando vivían con ella sus hijas. Entonces seguía pensando: «Buenas son mis nenas; si alguno se propasa, las conozco, me avisarán con una bofetada sonora..... y lo demás..... niñerías; mientras no avisan, niñerías. En efecto, sus hijas se habían casado y nadie se las había devuelto quejándose de lesión enormísima. Si había habido algo, serían niñerías. Y la otra había muerto porque Dios había

querido. Una tisis, la enfermedad de moda. Cuando se había tratado de sus hijas, al notar algún síntoma de peligro, siempre había puesto con franqueza y maestría el oportuno remedio, sin escándalo, pero sin rodeos.

Pero con las amiguitas que ahora iban á acompañarla por las noches, no tomaba ninguna precaución.

—«Madres tienen», decía ó «con su pan se lo coman.»

Y añadía siempre lo de:

—«Mientras no falten á lo que se debe á esta casa...»

Uno de los que más partido habían sacado de estas ideas de la marquesa y de su tertulia era Mesía.

«Pero á aquel hombre se le podía perdonar todo. ¡Qué tacto! qué prudencia! qué discreción!»

«Entre monjas podría vivir este hombre sin que hubiera miedo de un escándalo.»

Á Paco, á su adorado Paco, le había puesto cien veces por modelo la habilidad y el sigilo de Mesía al sorprender al hijo de sus entrañas en brazos de alguna costurera, planchadora ó doncella de la casa.

Su Paco era torpe, no sabía...

—«¡Es indecente que yo te sorprenda en tus desmanes, muchacho!... No llegas al plato y te quieres comer las tajadas... Aprende primero á ser cauto y después... tu alma tu palma.

Y añadía, creyendo haber sido demasiado indulgente:

—«Además, esas aventuras... no deben tenerse en casa... Pregunta á Mesía.» Era su madre quien había iniciado al Marquesito en el culto que tributaba al Tenorio vetustense.

La marquesa, viendo incorregible á su hijo, tomó el partido de subir siempre al segundo piso, tosiendo y hablando á gritos.

En la época en que venían las sobrinas, había ade-

más de tertulia conciertos, comidas, excursiones al campo, todo como en los mejores tiempos. La alegría corría otra vez por toda la casa; no había rincones seguros contra el atrevimiento de los amigos íntimos; y en los gabinetes, y hasta en las alcobas donde estaba aún el lecho virginal de las hijas de Vegallana, sonaban á veces carcajadas, gritos comprimidos, delatores de los juegos en que consistía la vida de aquella Arcadia casera.

Aquella Arcadia la veía don Álvaro con ojos acariciadores; en aquella casa tenía el teatro de sus mejores triunfos; cada mueble le contaba una historia en íntimo secreto; en la seriedad de las sillas panzudas y de los sillones solemnes con sus brazos de ídolos orientales, encontraba una garantía del eterno silencio que les recomendaba. Parecía decirle la madera de fino barniz blanco: No temas; no hablará nadie una palabra. En el salón amarillo veía el galán un libro de memorias, de memorias dulces y alegres, no cuando Dios quería, sino ahora y siempre; las prendas por su bien halladas eran los tapices discretos, la seda de los asientos, basteada, turgente, blanda y muda; la alfombra tupida que se parecía al mismo Mesía en lo de apagar todo rumor que delatase secretos amorosos.

El marqués pasaba por todo. Eran cosas de su mujer.

«Si no había podido moralizarla á ella, mal había de moralizar á sus tertulios.» Él vivía en el segundo piso.

Había comprendido que el salón amarillo había ido perdiendo poco á poco la severidad propia de un estrado, y se había decidido á convertir en *sala de recibir* la del segundo, que estaba sobre el salón Regencia.

La marquesa jamás subía al nuevo estrado. Toda visita, fuese de quien fuese, la recibía abajo. Las del marqués, cuando eran de cumplido, se morían de frío

en el salón de antigüedades. El salón de antigüedades y el despacho del marqués, «constituían, como él decía, la parte seria de la casa.» En el despacho todo era de roble mate; nada, absolutamente nada, de oro; madera y sólo madera. Vegallana tenía en mucho la severidad de su despacho; nada más serio que el roble para casos tales. La «sobriedad del mueblaje» rayaba en pobreza.

—¡Mi celda!—decía el marqués con afectación.

Daba frío entrar allí y Vegallana entraba pocas veces. De las paredes del *salón de antigüedades* pendían tapices más ó menos auténticos, pero de notoria antigüedad.

Era lo único que al capitán Bedoya le parecía digno de respeto en aquel museo de trampas, según su expresión. El marqués tenía la vanidad de ser anticuario por su dinero; pero le costaba mucha plata lo que resultaba al cabo obra de los *truqueurs*, palabra del capitán. El implacable Bedoya, asiduo tertulio de la marquesa, compadecía á Vegallana y hasta le despreciaba; pero por no disgustarle, no había querido darle pruebas inequívocas de una triste verdad, á saber: que sus muebles Enrique II del salón de antigüedades, eran menos viejos que el mismo marqués. Éste los tenía por auténticos, por coetáneos del hijo del rey caballero; los había comprado él mismo en París!... Pues Bedoya, al que le aducía este argumento en casa de Vegallana, le llamaba aparte, y sin que nadie los viera, subía con él al segundo piso; se encerraba en el salón de antigüedades, y con el mismo sigilo de ladrón con que sacaba libros del casino, se dirigía á una silla Enrique II, le daba media vuelta, buscaba cierta parte escondida de un pié del mueble; allí había hecho él varios agujeros con un cortaplumas y los había tapado con cera del color de la silla; quitaba la cera con el cortaplumas, raspaba la madera y...

¡oh triunfo! ésta no se deshacía en polvo; saltaba en astillas muy pequeñas, pero no en polvo.

—¿Ve Vd.?—decía Bedoya.

—¿Qué?

—La madera es nueva; si fuese del tiempo que el marqués supone, se desharía en polvo; la madera vieja siempre deja caer el polvo de los roedores: eso lo conocemos nosotros, no los aficionados, que no tienen más que dinero y credulidad: esto es *truquage*, puro truquage!

Ponía la cera en los agujeros, dejaba la silla en su sitio, y descendía triunfante diciendo por la escalera:

—¡Con que ya ve Vd! Sólo que al pobre marqués, por supuesto, no hay que decirle una palabra!

Mucho sintió Paco Vegallana en el primer momento, encontrar en su casa á Obdulia aquella tarde. No estaba él para bromas. Las confidencias de don Álvaro le habían enternecido, y su espíritu volaba en una atmósfera ideal; aquel airecillo romántico le hacía en las entrañas sabrosas cosquillas, más punzantes por la falta de uso. Pocas veces se hallaba él en semejante disposición de ánimo.

Obdulia y Visitación, desde la ventana de la cocina que daba al patio, les llamaban á grandes voces, riendo como locas.

—Aquí! aquí! á trabajar todo el mundo!—gritaba Visita chupándose los dedos llenos de almíbar.

—¿Pero qué es esto, señoras? ¿No estaban Vds. en casa de Visita preparando la merienda?

Visita se ruborizó levemente.

Se celebró á carcajadas el chasco que se llevaría el pobre Joaquinito Orgaz, que había ido *á caza* de Obdulia...

Obdulia lo explicó todo. En casa de Visita faltaban los moldes de cierto flan invención de la difunta doña Agueda Ozores; además, el horno de la cocina no tenía

tanto hueco como el de la cocina de la marquesa; en fin, no le adornaban otras condiciones técnicas, que no entendían ellos. Vamos, que ni los emparedados, ni los flanes, ni los almíbares se habrían podido hacer en la cocina de Visita, y sin decir ¡agua va! habían trasladado su campamento á casa de Vegallana.

La idea les había parecido muy graciosa á Obdulia y á Visita. Habían sorprendido á la marquesa que dormía la siesta en su gabinete. Salvo el haberla despertado, todo le había parecido bien. Y sin moverse había dado sus órdenes.

—A Pedro (el cocinero), á Colás (el pinche) y á las chicas, que ayuden á estas señoras y que vayan por todo lo que necesiten.

Y doña Rufina, volviéndose á las damas, había dicho sonriente:

—Ea; ahora fuera gente loca; á la cocina y dejadme en paz.

Y se había enfrascado en la lectura de *Los Mohicanos* de Dumas.

Visita hacía muy á menudo semejantes irrupciones en casa de cualquier amiga. Ella entendía así la amistad. Pero si su cocina era infernal! La chimenea devolvía el humo; no se podía entrar allí sin asfixiarse, ni en el comedor, que estaba cerca. Pocos vetustenses podían jactarse de haber visto ni el comedor ni la cocina de Visita. Y eso que tenía tertulia, y se representaban charadas y se corría por los pasillos. Pero ella cerraba ciertas puertas para que no pasase el humo; y decía señalando á los estrechos y oscuros pasadizos:

—Por ahí corran Vds. lo que quieran, loquillas, pero nadie me abra esa puerta.

Toda su prodigalidad de señora que recibe de confianza, se reducía á entregar vestidos y pañuelos de estambre, todo viejo, para que los *pollos* de imaginación se disfrazasen de mujeres ó de turcos. Aquellas

prendas se depositaban en una alcoba donde había una cama de excusa, pero sin colchón ni ropa; con las cuerdas al aire. Aquel era el vestuario de los actores y actrices de charadas. Se vestían todos juntos porque todo se ponía sobre el propio traje. Además Visita no alumbraba el cuarto, ¿para qué? Desde la sala se oía á lo mejor, detrás de las cortinillas de tafetán verde:

—Pepe, que le doy á Vd. un cachete.

—Hola, hola, eso no estaba en el programa...

—Niños, niños, formalidad.

—¿Por qué no les da Vd. una luz, Visita?

—Señores, porque esos locos son capaces de quemar la casa...

—Tiene razón Visita, tiene razón—gritaban desde dentro Joaquín Orgaz ó el Pepe de la bofetada.

Donde Visitación demostraba su intimidad con los amigos, su franqueza y trato sencillísimo, era en casa de los demás. Allí hacía locuras.

Hablaba mucho, á gritos, con diez carcajadas por cada frase. Se le había alabado su aturdimiento gracioso á los quince años, y ya cerca de los treinta y cinco aún era un torbellino, una cascada de alegría, según le decía en el álbum Cármenes el poeta. Lo que era una catarata de mala crianza, según doña Paula, la madre del Provisor, que nunca había querido pagarle las visitas. Pero catarata, cascada, torbellino, todo lo era con cuenta y razón. Su aturdimiento era obra de un estudio profundo y minucioso: se aturdía mientras su ojo avizor buscaba la presa... algún dije, una golosina, cualquier cosa menos dinero. Creía, ó mejor, fingía creer, que las cosas no valen nada, que sólo la moneda es riqueza.

—Señora, le debo á Vd. dos cuartos de la limosna que dió Vd. por mí el otro día.

—Deje Vd., Visita, vaya una cantidad... no me avergüence Vd.

—No faltaba más!... Tome Vd... ¡Y qué alfiletero tan mono!

—No vale nada.

—¡Es precioso!

—Está á su disposición.

—No me lo diga Vd. dos veces...

—Está á su disposición... ¡vaya una alhaja!

—¿Sí? Pues me lo llevo... mire Vd. que yo soy una urraca...

Y sí que era una urraca, como que así la llamaba doña Paula: la urraca ladrona.

Donde hacía estragos era en los comestibles.

Llegaba á casa de una vecina riendo á carcajadas.

—¿Sabes lo que me pasa? Nada, que no parece; hemos perdido la llave del armario ó de la alacena... y aquí me tienes muerta de hambre. Á ver, á ver, dame algo, socarrona; ó meriendo, ó me caigo de hambre.

Dos veces á la semana se jugaba en su casa á la lotería ó á la aduana. Se dejaba un fondo para una merienda en el campo; se nombraba una comisión para que lo preparase todo. Sus miembros eran invariablemente Visita y un primo suyo. Visita, por economía, y porque le daba asco el pastelero y el confitero, fabricaba por su cuenta, y bajo su dirección, los hojaldres, los almíbares, todo lo que podía hacerse en su cocina. Después resultaba que en su cocina no se podía hacer nada. ¡El pícaro humo! El casero, que no ensanchaba el horno... ¡diablos coronados! Dios la perdonara.

El caso es que recurría en el apuro á la cocina de Vegallana, ú otra de buena casa, las más veces á aquella. Allí se hacía todo. Visita disponía de los criados del marqués; previo el consentimiento del cocinero, por lo que respecta á la cocina, sacaba algunas provisiones de la despensa; mandaba á la tienda por azúcar, pasas, pimienta, sal, ¡diablos coronados! si el señor Pedro no abría los cajones de sus armarios; que

viniera todo lo que se necesitaba. «¿ Dinero ? Deje usted, ahí tengo yo cuenta.» Después todo aquello aparecía en la cuenta del marqués. Equivocaciones; como habían ido sus criados á comprar... Se comía la merienda. En la primera noche de tertulia se hacían los comentarios.

—Visita, ¿ qué tal, nos hemos empeñado ?

—Poca cosa... un piquillo...

—Pues á ver, á ver, que se pague.

—Nada más justo.

—Á escote.

—Dejen Vds.; ¿ se quieren Vds. callar ? No se hable de eso, no merece la pena.

Visita tenía principio para algunas semanas y postres para meses. Su esposo era un humilde empleado del Banco, pero de muy buena familia, pariente de títulos. Si Visita no se ingeniara ¿ cómo se mantendría aquel decente pasar que era indispensable para continuar siendo parientes de la nobleza ?

Cuando Visitación era soltera, se dijo—¡de quién no se dice !—si había saltado ó no había saltado por un balcón... no por causa de incendio, sino por causa de un novio que algunos presumían que había sido Mesía. Todas eran conjeturas; cierto nada. Como ella era algo ligera... como no guardaba las apariencias...

Ya nadie se acordaba de aquello; seguía siendo aturdida, tenía fama de golosa y de *gorrona*—según la expresión que se usaba en Vetusta como en todas partes—pero nada más. Era insoportable con su alegría intempestiva; mas en materia grave, en lo que no admite parvedad de materia, nadie la acusaba, á lo menos públicamente. Por supuesto, que no se cuenta tal ó cual descuidillo...

Era alta, delgada, rubia, graciosa, pero no tanto como pensaba ella; sus ojos pequeñuelos que cerraba entornándolos hasta hacerlos invisibles, tenían cierta

malicia, pero no el encanto voluptuoso por lo picante, que ella suponía. Al tocarla la mano cuando no tenía guante, notaba el tacto el pringue de alguna golosina que Visita acababa de comer.

Don Alvaro en el seno de la confianza hablaba con desprecio de Visitación y hacía gestos mal disimulados de asco. Aseguraba que tenía un pié bonito y una pantorrilla mucho mejor de lo que podría esperarse; pero calzaba mal... y enaguas y medias dejaban mucho que desear... ya se le entendía. Y solía limpiar los labios con el pañuelo después de decir esto.

Paco Vegallana juraba que usaba aquella señora ligas de balduque, y que él le había conocido una de bramante. Todo esto, por supuesto, se decía nada más entre hombres, y habían de ser discretos.

Los bajos de Obdulia, en cambio, eran irreprochables; no así su conducta: pero de esto ya no se hablaba de puro sabido. Ella, sin embargo, negaba á cada uno de sus amantes todas sus relaciones anteriores, menos las de Mesía. Eran su orgullo. Aquel hombre la había fascinado, ¿para qué negarlo? Pero sólo él. Era viuda y jamás recordaba al difunto; parecía la viuda de Alvarito; «era su único pasado!»

Aquella tarde estaban guapas las dos; era preciso confesarlo. Por lo menos Paco Vegallana lo confesaba ingenuamente. Y sin que renunciara á consagrar el resto del día al idealismo, en buen hora despertado por las relaciones de su amigo, consintió el marquesito en pasar á la cocina de su casa, á oler lo que guisaban aquellas señoras.

En la cocina de los Vegallana se reflejaba su positiva grandeza. No, no eran nobles tronados: abundancia, limpieza, desahogo, esmero, refinamiento en el arte culinario, todo esto y más se notaba desde el momento de entrar allí.

Pedro, el cocinero, y Colás, su pinche, preparaban

la comida ordinaria, y parecía que se trataba de un banquete. Por toda la provincia tenía esparcidos sus dominios el marqués, en forma de arrendamientos que allí se llaman caseríos, y á más de la renta, que era baja, por consistir el lujo en esta materia en no subirla jamás, pagaban los colonos el tributo de los mejores frutos naturales de su corral, del río vecino, de la caza de los montes. Liebres, conejos, perdices, arceas, salmones, truchas, capones, gallinas, acudían mal de su grado á la cocina del marqués, como convocadas á nueva Arca de Noé en trance de diluvio universal. Á todas horas, de día y de noche, en alguna parte de la provincia se estaban preparando las provisiones de la mesa de Vegallana; podía asegurarse.

Á media noche, cuando los hornos estaban apagados y dormía Pedro, y dormía el amo, y nadie pensaba en comer, allá á dos leguas de Vetusta, en el río Celonio velaba un pobre aldeano tripulando miserable barca medio podrida y que hacía mucha agua. Debajo de peñón sombrío, que como torre inclinada amenaza caer sobre la corriente, y hace más oscura la oscuridad del río en el remanso, acechaba el paso del salmón, empuñando un haz de paja encendida, cuya llama se refleja en las ondas como estela de fuego. Aquel salmón que pescaba el colono del magnate á la luz de una hoguera portátil era el mismo que ahora estaba sangrando, todo lonjas, esperando el momento de entregarse á la parrilla, sobre una mesa de pino, blanca y pulcra.

También de noche, cerca del alba, emprendía su viaje al monte el casero que se preciaba de regalar á su *señor* las primeras arceas, las mejores perdices; y allí estaban las perdices, sobre la mesa de pino, ofreciendo el contraste de sus plumas pardas con el rojo y plata del salmón despedazado. Allí cerca, en la despensa, gallinas, pichones, anguilas monstruosas, ja-

mones monumentales, morcillas blancas y morenas, chorizos purpurinos, en aparente desorden yacían amontonados ó pendían de retorcidos ganchos de hierro, según su género. Aquella despensa devoraba lo más exquisito de la fauna y la flora comestibles de la provincia. Los colores vivos de la fruta mejor sazonada y de mayor tamaño animaban el cuadro, algo melancólico si hubiesen estado solos aquellos tonos apagados de la naturaleza muerta, ya embutida, ya salada. Peras amarillentas, otras de asar, casi rojas, manzanas de oro y grana, montones de nueces, avellanas y castañas, daban alegría, variedad y armoniosa distribución de luz y sombra al conjunto, suculento sin más que verlo, mientras al olfato llegaban mezclados los olores punzantes de la química culinaria y los aromas suaves y discretos de naranjos, limones, manzanas y heno, que era el blando lecho de la fruta.

Y todo aquello había sido movimiento, luz, vida, ruido, cantando en el bosque, volando por el cielo azul, serpeando por las frescas linfas, luciendo al sol destellos de todo el iris, al pender de las ramas, en vega, prados, ríos, montes... «¡Indudablemente Vegallana sabía ser un gran señor!» pensaba suspirando Visita, que soñaba muerta de envidia con aquella despensa, exposición permanente de lo más apetecible que cría la provincia.

El marqués sonreía cuando le hablaban de ampliar el sufragio. «Y qué? no son casi todos cosecheros míos? no me regalan sus mejores frutos? Los que me dan los bocados más apetitosos me negarán el voto insustancial, *flatus vocis?*»

El ajuar de la cocina abundante, rico, ostentoso, despedía rayos desde todas las paredes, sobre el hogar, sobre mesas y arcones; era digno de la despensa; y Pedro altivo, displicente, ordenaba todo aquello con voz imperiosa; mandaba allí como un tirano. Comía lo

mejor; mantenía las tradiciones de la disciplina culinaria; vigilaba el servicio del comedor desde lejos, pues no era un cocinero vulgar, egida sólo de pucheros y peroles, sino un capitán general metido en el fuego y atento á la mesa. Nó era viejo. Tenía cuarenta años muy bien cuidados; amaba mucho, y se creía un lechuguino, en la esfera propia de su cargo, cuando dejaba el mandil y se vestía de señorito.

Colás era un pinche de vocación decidida, colorado y vivo, de ojos maliciosos y manos listas. Los dos personajes, á más de la robusta montañesa que tenía á su servicio Visita, ayudaban á las damas en su tarea. Pedro, sin dejar lo principal, que era la comida de sus amos, colaboraba sobriamente. Había empezado por tolerar nada más aquella irrupción de la merienda. La cocina daba espacio para todo ; aquello no valía nada, y otorgó el cocinero su indispensable permiso con un desdén mal disimulado. Poco á poco pasó del estado de tolerancia al de protección: primero se rebajó hasta dar algunos consejos á la montañesa, después le dió un pellizco. Se animó aquello.

—Colás, ponte á la disposición de esas señoras —dijo Pedro con voz solemne.

Porque el mandato de la marquesa no había bastado; el pinche obedecía á Pedro y Pedro á su deber. Si la marquesa le hubiera exigido algo contrario á sus convicciones de artista no hubiese conseguido más que su dimisión. Era su lenguaje. Leía muchos periódicos antes de convertirlos en cucuruchos.

Cuando Obdulia, picada por la frialdad del altivo cocinero, comenzó á seducirle con miradas de medio minuto y algún choque involuntario, Pedro se rindió, y de rato en rato daba algunos toques de maestro á la merienda de Visita.

Llegó á más; quiso enamorar á doña Obdulia con pruebas de su habilidad, y acudía siempre que se

presentaba una cuestión teórica ó una dificultad práctica.

«¿Qué se echa ahora?

»¿Qué se tuesta primero?

»¿Cuántas vueltas se les da á estos huevos?

»¿Cómo se envuelve esta pasta?

»¿Lleva esto pimienta ó no la lleva?

»¿Será una indiscreción poner aquí canela?

»El almíbar ¿está en su punto?

»¿Cómo se baten estas claras?»

Á todo dieron cumplida respuesta la inteligencia y habilidad de Pedro. Cuando no bastaba una explicación, ponía él la mano en el asunto y era cosa hecha.

Obdulia, que había aprendido en Madrid de su prima Tarsila á premiar con sus favores á los ingenios preclaros, á los hijos ilustres del arte y de la ciencia; no de otro modo que la tarde anterior había vuelto loco de placer y voluptuosidad al señor Bermúdez, en premio de su erudición arqueológica, ahora vino en otorgar fortuitos y subrepticios favores al cocinero de Vegallana con miradas ardientes, como al descuido, al oir una luminosa teoría acerca de la grasa de cerdo; un apretón de manos, al parecer casual, al remover una masa misma, al meter los dedos en el mismo recipiente, v. g. un perol. El cocinero estuvo á punto de caer de espaldas, de puro goce, cuando, por motivo del punto que le convenía al dulce de melocotón, Obdulia se acercó al dignísimo Pedro y sonriendo le metió en la boca la misma cucharilla que ella acababa de tocar con sus labios de rubí (este rubí es del cocinero.)

Al personaje del mandil se le apareció en lontananza la conquista de aquella señora como una recompensa final, digna de una vida entera consagrada á salpimentar la comida de tantos caballeros y damas, que gracias á él habían encontrado más fácil y provocativo el camino de los dulces y sustanciales amores.

Pedro llegó á donde pocas veces; á consentir que las criadas de la casa intervinieran en los asuntos de los negros pucheros de hierro. Él amaba á la mujer, á todas las mujeres, pero no creía en sus facultades culinarias; otro era su destino. La cocina y la mujer son términos antitéticos, que había aprendido esto en sus cucuruchos de papel impreso. La libertad y el gobierno son antitéticos, había leído en un periódico rojo, y aplicaba la frase á la cocina y á la mujer. Lo que pensaba todo Vetusta de las literatas, lo pensaba Pedro de las cocineras. Las llamaba marimachos.

Si se le decía que los cocineros son más caros y gastan más, respondía:

—Amigo, el que no sea rico que no coma.

Por lo demás, él era socialista, pero en otras materias.

Cuando entraron en la cocina los señoritos, Pedro volvió á su continente habitual, al gesto displicente que usaba con las criadas y con los *caseros* que traían las provisiones desde la aldea, remota á veces. El fogón era un dios, y él su Pontífice Máximo; los demás sacrificaban en las aras del fogón y Pedro celebraba misteriosamente y en silencio. Volvió á su gesto desdeñoso, porque así entendía el respeto á los amos. Apenas contestaba si le hablaban. No tardó en ver por sus ojos que *la donna è movile*, como cantaba él á menudo. Obdulia, en cuanto entraron los otros, le olvidó por completo. ¡Antes había olvidado á don Saturnino que yacía en «el lecho del dolor» con sendos parches de sebo en las sienes, entregado al placer de rumiar los dulces recuerdos de aquella tarde arqueológica!

La conversación de metafísica erótica que Mesía y Paco acababan de dejar, no les permitía, al principio, participar de aquel entusiasmo gastronómico y culinario á que estaban entregadas las damas. Verdad es

que la hora de comer se acercaba y aquellos olores excitaban el apetito. Pero el ideal no come. Mesía gozaba del arte supremo de entrar en carboneras, cocinas y hasta molinos, sin coger tiznes, grasa, ni harina. Estaba en la cocina del marqués como en el salón amarillo, á sus anchas y sin tropezar con nada. Allí mismo había repartido él besos en muy distintas y apartadas épocas. No había tal vez un rincón de aquella casa libre de semejantes recuerdos para don Alvaro. En cuanto á Paquito, no se diga. Su primer amor había sido una criada que tenía su dormitorio en lo que hoy era despensa. Sabía el Marquesito andar por la cocina á oscuras, á gatas, y ya había medido con su agazapado cuerpo las dimensiones de la carbonera provisional que había cerca del fogón.

No tardaron los señoritos, á pesar del ideal, en tomar parte más activa en el entusiasmo alegre y expansivo de aquellas artistas. También ellos eran pintores. Y, á pesar de las burlas casi irrespetuosas del pinche, y de la sonrisa insultante de Pedro, los dos caballeros quisieron probar sus habilidades metiendo la mano en pastas y almíbares y en cuanto se preparaba. Paco se puso perdido. Mesía estaba como un armiño metido á marmitón.

Obdulia había tropezado quinientas veces con el Marquesito; se rozaban sus brazos, sus rodillas, las manos sobre todo, durante minutos, y fingían no pensar en ello. Un movimiento brusco de la dama, que traía falda corta, recogida y apretada al cuerpo con las cintas del delantal blanco, dejó ver á Paco parte, gran parte de una media escocesa de un gusto nuevo. Siempre había considerado el joven aristócrata como una continencia del amor aquella preferencia que él daba á la escultura humana con velos, sobre el desnudo puro. ¿Por qué le excitaba más el velo que la carne? No se lo explicaba. Veía la rolliza pantorrilla de

una aldeana descalza de pié y pierna ¡y nada! ¡veía una media hasta ocho dedos más arriba del tobillo... ¡y adiós idealismo! Y así fué esta vez. Es más; si la media de Obdulia no hubiera sido escocesa, tal vez el mozo no hubiese perdido la tranquilidad de su reposo idealista; pero aquellos cuadros rojos, negros y verdes, con listillas de otros colores, le volvieron á la torpe y grosera realidad, y Obdulia notó en seguida que triunfaba.

Para la viuda, uno de los placeres más refinados era «una sesión» alegre con uno de sus antiguos amantes; aquello de no principiar por los preliminares le parecía delicioso. Después, los recuerdos tenían un encanto! Saborear como cosa presente un recuerdo! ¿qué mayor dicha? Paco había sido su amante. Ella hubiera preferido á Mesía, que estaba en las mismas condiciones y era mucho más antiguo. Pero Alvaro estaba hecho un salvaje! La trataba como don Saturnino, antes de atreverse; con la finura del mundo y la miraba con la indiferencia fría y honrada con que la miraba el señor obispo. Estaba segura de que ni al obispo ni á Mesía les sugería su presencia jamás un deseo carnal. Era intratable aquel don Alvaro. También lo era el obispo. Y sin embargo, bien lo sabía Dios, ella le había sido fiel—á Mesía, por supuesto;—todavía le amaba ó cosa parecida. Le hubiera preferido siempre á todos. Pero él no quería ya. Aquello se había acabado.

Se habían cansado de jugar á los cocineros. Visita era la que todavía encontraba placer en registrar cacerolas, y revolver vasares, armarios y alacenas. Siempre hablaba con alguna golosina en la boca. Pedro notó que guardaba en una faltriquera terrones de azúcar y papeles de azafrán puro, que se consumía en la cocina del marqués, con gran envidia de la urraca ladrona. También almacenó entre las faldas un paquete de té

superior. Cada uno de estos hurtos los amenizaba con carcajadas, explicaciones humorísticas que ya no ha-



cían reir. Todos sabían que aquel era el vicio de doña Visita.

Las señoras dejaron á los criados el cuidado de la

merienda y se fueron á lavar las manos, y arreglar traje y peinado. Ya sabían dónde estaba el tocador para tales casos. Era la habitación donde había muerto la hija segunda de los marqueses. Ya nadie pensaba en esto. Allí estaba el lecho, pero no quedaba de la pobre niña ni una prenda, ni un recuerdo.

Mesía y Paco entraron con las señoras ¿por qué no? Se conocían demasiado para fingir escrúpulos. Además, «no se les había de ver nada» como dijo Obdulia. Paco y la viuda se lavaron juntos las manos en una misma jofaina; los dedos se enroscaban en los dedos dentro del agua. Era un placer muy picante, según ella. Esto les recordó mejores días. El sol que se acercaba al ocaso, entraba hasta los piés de la cama y envolvía en una aureola á aquella pareja de aturdidos. El calor del fogón, las bromas y la faena habían encendido brasas en las mejillas de Obdulia; una oreja le echaba fuego. Estaba excitada, quería algo y no sabía qué. No era cosa de comer de fijo, porque había probado de cien golosinas y hasta algo de la comida del marqués por chanza.

Visitación y Mesía, más tranquilos, conversaban al balcón, apoyados en el hierro frío del antepecho. «No volverían la cara; estaba ella segura.» Entre estos camaradas, jamás se falta á ciertos pactos tácitos.

El Marquesito soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes?—dijo Obdulia.

—De Joaquinito Orgaz, el flamenco, que andará buscándote por todas partes. Es chusco ¿eh?

Obdulia meditó y al fin rió á carcajadas. «Era chusco en efecto.» Se había sentado sobre la cama de la difunta. Los piés de la viuda se movían oscilando como péndulos. Se veía otra vez la media escocesa. Ahora se veían dos.

Obdulia suspiró. Se habló de lo pasado. «En rigor, siempre se habían querido; había *algo* que les unía á

pesar suyo. Se tronaba porque la constancia es imposible y hastía al cabo; eran ridículas unas relaciones muy largas; esto lo habían aprendido los dos en Madrid. Los matrimonios deben aburrirse á los dos años, á más tardar; los arreglos pueden tirar algo más, poco.»

—Pero ¿verdad—dijo Obdulia, poniéndose más guapa—que esto de encontrarse de vez en cuando se parece un poco á un buen día de sol en invierno, en esta tierra maldita del agua y la niebla?

—¡Magnífico!—exclamó Paco—es verdad; una cosa sentía yo que no sabía explicarme... y era eso.

Y como le pareciera alambicado y poético este sentimiento, se consagró á enamorar de todo corazón á la viuda por aquella tarde.

Era lo que llamaba ella saborear los recuerdos.

Visitación también tenía brasas en las mejillas y sus ojos pequeños los habían hermoseado el calor de la cocina y la animación de la broma, arrancándoles reflejos de fingida pasión. Su pelo de un rubio oscuro era rizoso y caía en mechones revueltos sobre su frente. Hablaban ella y don Álvaro como hermanos cariñosos. Él había sido su primer amor serio, es decir, el primero que le había hecho cometer imprudencias, como, v. gr., saltar de noche por un balcón. ¡Pero estaba ya tan lejos todo aquello! La vida había puesto por medio todos sus prosáicos cuidados.

La necesidad de acudir á cada paso con expedientes á restañar las heridas del crédito, á conjurar la bancarrota, había convertido el espíritu de *aquella loca* al positivismo vulgar, y había atajado las demasías eróticas de su fantasía juvenil.

Hacía muy buena casada, en opinión de las gentes; esto es, atendía con gran esmero y diligencia á la hacienda y á los quehaceres domésticos.

Mesía y Visita no tenían en el invierno de sus amores

aquellos días de sol de que hablaba Obdulia. Pero cuando se veían á solas y alguno de ellos tenía algún cuidado ó preocupación, de esos que piden confidentes y consejeros, se lo decían todo, ó casi todo; se hablaban en voz baja, muy cerca uno de otro, y volvían á llamarse de tú como antaño. Parecían un matrimonio bien avenido, aunque sin amor ya á fuerza de años.

—¡Bah!—decía Visitación con un poco de tristeza verdadera, que daba interés al ocaso de su hermosura;—bah! tú has caído esta vez de veras, te lo conozco yo. Pero también te digo una cosa: que te va á costar tu trabajo...

Mesía hablaba de la Regenta con Visita con más franqueza que con Paco. Su *política* tenía que ser diferente. Al marquesito había que hablarle de amor puro, por los motivos explicados antes; á Visita de una conquista más. Comprendía don Álvaro que Visitación quería precipitar á la Regenta en el agujero negro donde habían caído ella y tantas otras. Visita era amiga de Ana desde que ésta había venido á Vetusta con su tía doña Anunciación y con Ripamilán, el hoy arcipreste. Admiraba á su amiguita, elogiaba su hermosura y su virtud; pero la hermosura la molestaba como á todas, y la virtud la volvía loca. Quería ver aquel armiño en el lodo. La aburría tanta alabanza. Todo Vetusta diciendo: «La Regenta, la Regenta es inexpugnable!» Al cabo llegaba á cansar aquella canción eterna. Hasta el modo de llamarla era tonto. ¡La Regenta! ¿Por qué? ¿No había otra? Ella lo había sido en Vetusta poco tiempo. Su marido había dejado la carrera muy pronto, ¿á qué venía aquello de Regenta por aquí, Regenta por allí? Poco tiempo tenía la mujer del empleado del Banco para consagrarle á estas malas pasiones de pura fantasía y mala intención; necesitaba la atención para la prosa de la vida

que era bien difícil; pero algún desahogo había de tener: pues bien, este, procurar que Ana fuese al fin y al cabo como todas. No se separaba de ella en cuanto podía: á la iglesia, al paseo, al teatro, iban juntas casi siempre, aunque Ana iba pocas veces. La del Banco, desde que había descubierto algún interés por don Álvaro en su amiga y en Mesía deseos de vencer aquella virtud, no pensaba más que en precipitar lo que en su concepto era necesario. No creía á nadie capaz de resistir á su antiguo novio.

En cuanto estaban solos, hablaban de aquel asunto.

Alvaro negaba que hubiese por su parte amor; era un capricho fuerte arraigado en él por las dificultades.

Visita fingía preferir que fuese una pasión verdadera; disimulaba el placer íntimo que encontraba en las afirmaciones del otro.

—Ya lo sabes, Visita; amar no es para todas las edades.

—No hablemos de eso.

—Se quiere una vez y después... se las arregla uno como puede.

Mesía al decir esto encogía los hombros con un gesto de desesperación humorística que á él y á sus adoratrices se les antojaba muy interesante, byroniano (si las adoratrices sabían de Byron.)

—Y ella es hermosa, Alvarín, hermosa, hermosa; eso te lo juro yo.

—Sí, eso á la vista está.

—No, no todo está á la vista como comprendes. Y como ella no hace lo que esa otra (Apuntaba con el dedo pulgar hacia atrás, donde se oía el cuchicheo de Paco y Obdulia), como Ana jamás se aprieta con cintas y poleas las enaguas y la falda... ni se embute... ¡Si la vieras!

—Me la figuro.

No es lo mismo.

Hubo una pausa. Y continuó Visita:

—¿Ves esa cara dulce, apacible, que sólo tiene algo de pasión en los ojos, y esa como á la sombra debajo de las pestañas, contenida?...

—¿Verdad que tiene razón Frígilis?

—¿Qué dice ese sonámbulo?

—Que la Regenta se parece mucho á la Virgen de la Silla.

—Es verdad; la cara sí...

—Y la expresión; y aquel modo de inclinar la cabeza cuando está distraída; parece que está acariciando á un niño con la barba redonda y pura...

—Hola, hola! el pintor!

Las chispas de los ojos de la jamona saltaron como las de un brasero aventado.

—Dice que no está enamorado y la compara con la Virgen!...

—Creo que la pobre siente mucho no tener un hijo.

Visita encogió los hombros, y después de pasar algo amargo que tenía en la garganta, dijo con voz ronca y rápida:

—Que lo tenga.

Mesía disimuló la repugnancia que le produjo aquella frase.

—Pero, ¡ay, Alvarín! si la pudieras ver en su cuarto, sobre todo cuando le da un ataque de esos que la hacen retorcerse!... ¡Cómo salta sobre la cama! Parece otra... Entonces, no sé por qué, me explico yo el capricho de la piel de tigre que dicen que le regaló un inglés americano. ¿Te acuerdas de aquel baile fantástico que bailaban los Bufos que vinieron el año pasado?

—Sí, ¿qué?

—¿Te acuerdas de aquella Danza de las Bacantes? Pues eso parece, sólo que mucho mejor; una bacante como serían las de verdad, si las hubo allá, en esos

países que dicen. Eso parece cuando se retuerce. ¡Cómo se ríe cuando está en el ataque! Tiene los ojos llenos de lágrimas, y en la boca unos pliegues tentadores, y dentro de la remonísima garganta suenan unos ruidos, unos ayes, unas quejas subterráneas; parece que allá dentro se lamenta el amor siempre callado y en prisiones ¡qué sé yo! Suspira de un modo, da unos abrazos á las almohadas! ¡Y se encoge con una pereza! Cualquiera diría que en los ataques tiene pesadillas, y que rabia de celos ó se muere de amor... Ese estúpido de don Víctor con sus pájaros y sus comedias, y su Frígilis el de los gallos en ingerto, no es un hombre. Todo esto es una injusticia; el mundo no debía ser así. Y no es así. Sois los hombres los que habéis inventado toda esa farsa...

Calló un poco, perdido el hilo del discurso, y añadió:

—Yo me entiendo.

Después de calmarse volvió á su asunto.

—¡Si la vieras! Es que no es así como se quiera. Verás... tiene los brazos...

Y describía minuciosamente, con los pormenores que ella podía explicar á un hombre que había sido su amante y era su camarada, todas las turgencias de Ana, su perfección plástica, los encantos velados, como decía Cármenes en el *Lábaro*. Pero les daba su nombre propio unas veces, y cuando no lo tenían, ó ella lo ignoraba, usaba caprichosos diminutivos inventados en otro tiempo por Alvaro en el entusiasmo de las más dulces confianzas. Aquellos nombres, afeminados aunque fuesen masculinos, estaban grabados como si fuesen de fuego en la memoria de Visita; no salían á sus labios sino al hablar con Alvaro y pocas veces. Le sabían á gloria á la del Banco. Pero después le quedaba un dejo amargo... «Todo aquello ya como si no: el marido, los hijos, la plaza, los criados, el casero... ¡diablos coronados!»

Visita iba señalando en su cuerpo, sin coquetería, sin pensar en lo que hacía, las partes correspondientes de la Regenta, que describía con entusiasmo; y dijo al terminar su descripción apuntando hacia atrás:

— Se precia «esa otra» de buenas formas... Buena comparación tiene!

La cita era sabia y oportuna. Visitación suponía á don Alvaro enterado de lo que era aquella otra ¡y no había comparación!

Quien ahora tragaba saliva era el Presidente del Casino, colorado como una amapola. Ya tenía él en sus ojos, casi siempre apagados, las chispas que saltaban de los de Visita.

—Pero te ha de costar mucho trabajo...

—Puede que no tanto— dijo Mesía, sin contenerse.

—Ella tragar... ya tragó el anzuelo.

—Crees tú?

—Sí, estoy segura. Pero no te fíes: puedes marcharte con una tajada y dejar el pez en el agua.

—Como yo vea el momento de tirar...

—Mucho tiempo llevas pensándolo.

—Quién te lo ha dicho?

—Éstos.

Y puso dos dedos sobre los ojos.

—Y lo de ella, ¿cómo lo sabes?

—Curiosón! el que no está enamorado!...

—Enamorado? ni por pienso... pero es natural que quiera saber cómo está ella... para echar mis cuentas.

—Ella no está como un guante, pero por dentro andará la procesión. Menudean los ataques de nervios. Ya sabes que cuando se casó cesaron, que después volvieron, pero nunca con la frecuencia de ahora. Su humor es desigual. Exagera la severidad con que juzga á las demás, la aburre todo. ¡Pasa unas encerronas!

—Ta, ta, ta! eso no es decir nada.

—Es mucho.

—Nada en mi favor.

—Tú qué sabes? Mira, si le hablan de ti palidece ó se pone como un tomate, enmudece y después cambia de conversación en cuanto puede hablar. En el teatro, en el momento en que tú vuelves la cara, te clava los ojos, y cuando el público está más atento á la escena y ella cree que nadie la observa, te clava los gemelos. Pero la observo yo; por curiosidad, claro; porque á mí, en último caso ¿qué? Su alma su palma.

—¿No eres su amiga íntima?

—Su amiga, sí. Íntima? Ella no tiene más intimidades que las de dentro de su cabeza. Tiene ese defectillo; es muy cavilosa y todo se lo guarda. Por ella no sabré nunca nada.

Un momento de silencio.

—A no ser que ahora se lo cuente todo al Magistral... Ya sabrás que le ha tomado de confesor.

—Sí, eso dicen; creo que es cosa del Arcipreste que se cansa de asistir al confesonario.

—No, es cosa de ella; tiene otra vez sus proyectos de misticismo.

Visita llamaba misticismo á toda devoción que no fuera como la suya, que no era devoción.

—Ana, cuando chica, allá en Loreto, tuvo ya, según yo averigüé, arranques así... como de loca... y vió visiones... en fin, desarreglos. Ahora vuelve; pero es por otra causa (y señaló al corazón). Está enamorada, Alvarico, no te quepa duda.

Don Alvaro sintió un profundo y tiernísimo agradecimiento. ¡Le daban una fe en sí mismo aquellas palabras!

No quería saber más: ó mejor, comprendió que nada positivo podía añadir Visita.

Vió en el rostro de aquella mujer una amargura que revelaban ciertos músculos, mientras otros luchaban por borrar aquel gesto. Su voz temblaba un poco. Daba lástima. A lo menos la sintió Mesía.



—Deja eso—dijo acercándose á su amiga.—No hablemos de otros; hablemos de nosotros. Estás guapísima...

—Ahora... con esas? (Parecía que hablaba con lengua metálica).

—Tontina... si tú no fueras tan desconfiada...

—Qué novedades son estas?—preguntaron los labios y la lengua de placas de acero.

—Novedades... ¿las llamas novedades... ingrata?

Don Alvaro acercó su rostro al de la dama golosa. Nadie pasaba por la calle. Era de las más desiertas; crecía yerba entre las piedras. Aquel silencio era el que llamaba solemne y aristocrático don Saturnino.

Los que estaban detrás, Obdulia y Paco, no veían; don Alvaro estaba seguro. Se aproximó más á Visita.

Sonó una bofetada; y después la carcajada estrepitosa de la del Banco, que dió un paso atrás, huyendo de don Alvaro.

—Loca!... ¡idiota!..—gritó Mesía limpiando su mejilla que sintió húmeda y pegajosa.

—Vuelve por otra! A mí que soy tambor de marina, como dice la marquesa.

La dama, completamente tranquila, sonriente, se metió un terrón de azúcar en la boca.

Era su sistema. Se prohibía á sí misma, por desconfianza, las dulzuras de los engaños de amor, y los compensaba con golosinas, que «se pegaban al riñón.»

Mesía recordó con tristeza, mezclada de remordimiento, la noche en que aquella mujer saltaba por un balcón, llena de fe y enamorada.

Por una esquina de la calle, del lado de la catedral, apareció una señora que los del balcón reconocieron al momento. Era la Regenta. Venía de negro, de mantilla; la acompañaba Petra, su doncella. Pronto estuvieron debajo de ellos. Ana iba distraída, porque no levantó la cabeza.

—Anita, Anita—gritó Visitación.

Entonces Mesía pudo ver el rostro de la Regenta,

que sonreía y saludada. Nunca la había visto tan hermosa. Traía las mejillas sonrosadas, y ella era pálida; también parecía haber estado al lado de un fogón como Visita y Obdulia: en sus ojos había un brillo seco, destellos de alegría que se difundían en reflejos por todo el rostro. Venía con cara de sonreir á sus ideas.

Y además de esto notó Mesía que le había mirado sin conmoverse, sin turbarse, como á Visita, ni más ni menos: hasta en su saludo, más franco y expansivo que otras veces, había visto una especie de desaire, la expresión de una indiferencia que le irritaba. Era como si le hubiera dicho: gozquecillo, tú no muerdes, no te temo. Se vería. Por lo pronto aquella afabilidad era desprecio. ¿Qué había pasado en la catedral? ¿Qué hombre era aquel don Fermín que en una sola conferencia había cambiado aquella mujer?

Todo esto pensó en un momento, irritado, con vehemente deseo de salir de dudas y vacilaciones. Pero nada le salió al rostro. Saludó con su aire grave, con aquel aire de gentleman que tanto le envidiaba Trabuco, su admirador y mortal enemigo.

—Has confesado?

—Sí, ahora mismo.

—Con el Magistral, por supuesto?

—Sí, con él.

—Qué tal? Excelente, verdad? Qué te decía yo? No subes?

—No, ahora no puedo.

Obdulia oyó la voz de Ana y corrió al balcón, sin cuidarse de reparar el desorden de su traje y peinado.

— Ana, sube, anda, tonta! —gritó la viuda mientras devoraba á la Regenta con los ojos de piés á cabeza.

Para Obdulia las demás mujeres no tenían más valor que el de un maniquí de colgar vestidos; para trapos ellas; para todo lo demás, los hombres.

Ana se excusó otra vez; tenía qué hacer. Saludó con

graciosa sonrisa y siguió adelante. Un momento se habían encontrado sus ojos con los de Mesía, pero no se habían turbado ni escondido como otras veces; le habían mirado distraídos, sin que ella procurase evitar *el contacto* de aquellas pupilas cargadas de lascivia y de amor propio irritado, confundido con el deseo.

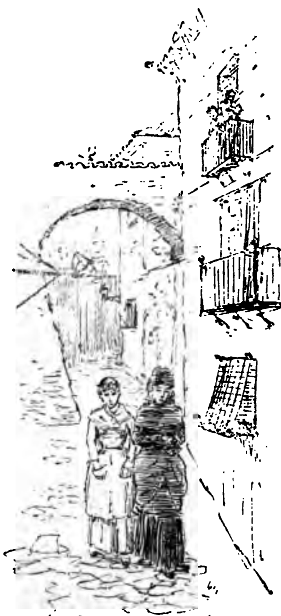
Todos callaban en el balcón mientras la Regenta se alejaba y desaparecía por la calle desierta. Todos la siguieron con la mirada hasta que dobló la esquina. Obdulia dijo, queriendo afectar un tono algo desdeñoso:

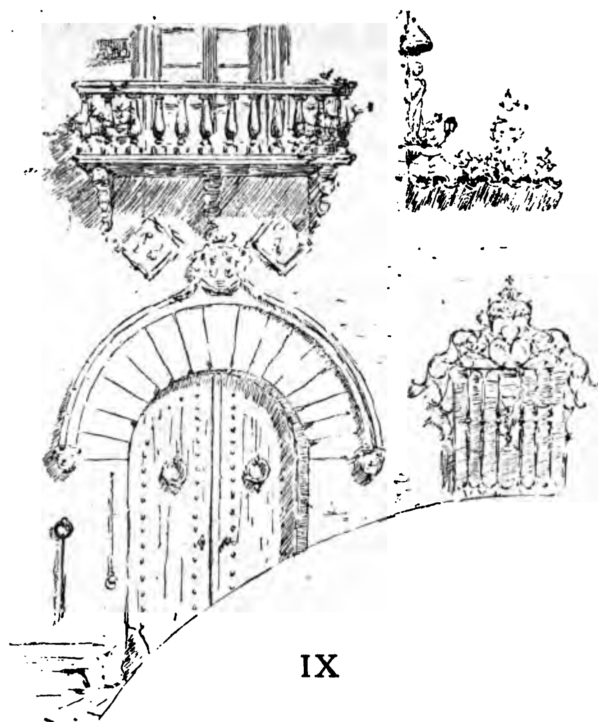
—Va muy sencilla.

Y se volvió al gabinete.

—Cómetela!...—gritó al oído de Alvaro Visita con voz en que asomaba un poco de burla. Y añadió muy seria:

—¡Cuidado con el Magistral, que sabe mucha teología parda!...





IX

En la Plaza Nueva, en una rinconada sumida ya en la sombra está el palacio de los Ozores, de fachada ostentosa recargada, sin elegancia, de sillares ennegrecidos, como los del Casino, por la humedad que trepa hasta el tejado por las paredes.

Al llegar al portal Ana se detuvo; se estremeció como si sintiera frío. Miró hacia la bocacalle próxima; por allí el horizonte se abria lleno de resplandores. La calle del Águila era una pendiente rápida que dejaba ver en lontananza la sierra y los prados que forman su falda, verdes y relucientes entonces. Cruzaban la plaza y pasaban sobre los tejados golondrinas gárrulas, in-

quietas, que iban y venían, como si hiciesen sus visitas de despedida, próximo el viaje de invierno.

—Oye, Petra, no llames; vamos á dar un paseo...

—¿Las dos solas?

—Sí, las dos... por los prados,... á campo traviesa.

—Pero, señorita, los prados estarán muy mojados...

—Por algún camino... extraviado... por donde no haya gente. Tú que eres de esas aldeas, y conoces todo eso, ¿no sabes por dónde podremos ir sin que encontremos á nadie?

—Pero, si estará todo húmedo...

—Ya no; el sol habrá secado la tierra... ¡Yo traigo buen calzado. Anda... vamos... Petra!

Ana suplicaba con la voz como una niña caprichosa y con el gesto como una mística que solicita favores celestiales.

Petra miró asombrada á su señora. Nunca la había visto así. ¿Qué era de aquella frialdad habitual, de aquella tranquilidad que parecía recelo y desconfianza disimulados?

Tenía la doncella algo más de veinticinco años; era rubia de color de azafrán, muy blanca, de facciones correctas; su hermosura podía excitar deseos, pero difícilmente producir simpatías. Procuraba disimular el acento desagradable de la provincia y hablaba con afectación insoportable. Había servido en muchas casas principales. Era buena para todo, y se aburría en casa de Quintanar, donde no había aventuras ni propias ni agenas. Amos y criados parecían de estuco. Don Víctor era un viejo tal vez amigo de los amores fáciles, pero jamás había pasado su atrevimiento de alguna mirada insistente, pegajosa, y algún piropo envuelto en circunloquios que no le comprometían. El ama era muy callada, muy cavilosa; ó no tenía nada que tapar ó lo tapaba muy bien. Sin embargo, Petra había adquirido la convicción de que aquella señora

estaba muy aburrida. Aprovechaba la doncella las pocas ocasiones que se le ofrecían para procurarse la confianza de la Regenta. Era solícita, discreta, y fingía humildad, virtud la más difícil en su concepto.

Un paseo á campo traviesa, después de confesar, solas, en una tarde húmeda, daba mucho en que pensar á Petra. Ella no deseaba otra cosa, pero insistía en su oposición por ver á dónde llegaba el capricho del ama. Otras habían empezado así.

Bajaron por la calle del Aguila. A su extremo, pasaba, perpendicular, la carretera de Madrid.

—Por ahí no—dijo el ama.—Por aquí; vamos hacia la fuente de Mari-Pepa.

—A estas horas no hay nadie por estos sitios, y el piso ya estará seco; todavía da el sol. Mire Vd., allí está la fuente.

Petra mostró á su señora allá abajo, en la vega, una orla de álamos que parecía en aquel momento de plata y oro, según la iluminaban los rayos oblicuos del poniente. El camino era estrecho, pero igual y firme; á los lados se extendían prados de yerba alta y espesa y campos de hortaliza. Huertas y prados los riegan las aguas de la ciudad y son más fértiles que toda la campiña; los prados, de un verde fuerte, con tornasoles azulados, casi negros, parecen de túpido terciopelo. Reflejando los rayos del sol en el ocaso deslumbran. Así brillaban entonces. Ana entornaba los ojos con delicia, como bañándose en la luz tamizada por aquella frescura del suelo.

Setos de madreselva y zarzamora orlaban el camino, y de trecho en trecho se erguía el tronco de un negrillo, robusto y achaparrado, de enorme cabezota, como un as de bastos, con algunos retoños en la calvicie, varillas débiles que la brisa sacudía, haciendo resonar como castañuelas las hojas solitarias de sus extremos.

—Mire Vd., señora, ¡cosa más rara! á ninguna de

esas ramas le queda más hoja que la más alta, la de la punta...

Después de esta observación, y otras por el estilo, Petra se paraba á coger florecillas en los setos, se pinchaba los dedos, se enganchaba el vestido en las zarzas, daba gritos, reía; iba tomando cierta confianza al verse sola con su ama, en medio de los prados, por caminos de mala fama, solitarios, que sabían de ella tantas cosas dignas de ser calladas.

Petra no se fiaba de la piedad repentina de la Regenta.

«¡Más de una hora de confesión! La carita como iluminada al levantarse con la absolución encima... y ahora este paseo por los campos... y reir... y permitirle ciertas libertades...» No me fío; esperemos.

La doncella de Ana era amiga de llegar en sus cálculos y fantasías á las últimas consecuencias. Ya veía en lontananza propinas sonantes, en monedas de oro. Pero aquel sesgo religioso que tomaba la cosa—daba por supuesto que había algo—traía complicaciones que ofrecían novedad para la misma Petra, que había visto lo que ella y Dios y aquellos y otros caminos solitarios sabían.

Llegaron á la fuente de Mari-Pepa. Estaba á la sombra de robustos castaños, que tenían la corteza acribillada de cicatrices en forma de iniciales y algunas expresando nombres enteros. La orla de álamos que se veía desde lejos servía como de muralla para hacer el lugar más escondido y darle sombra á la hora de ponerse el sol; por oriente se levantaba una loma que daba abrigo al apacible retiro formado por la naturaleza en torno del manantial. Aunque situado en una hondonada, desde allí se veía magnífico paisaje, porque á la parte de occidente otras ondas del terreno que semejaban un oleaje de verdura, dejaban contemplar los lejanos términos, y allá confundido con la

neblina el Corfín, una montaña que ascendía sus crestas en las nubes y caía á pico sobre valles ocultos detrás de colinas y montes más próximos. El sol sesgaba el ambiente en que parecía flotar polvo luminoso, dentro del cual aparecía el Corfín con un tinte cárdeno.

Ana se sentó sobre las raíces descubiertas de un castaño que daba sombra á la fuente. Contemplaba las laderas de la montaña iluminada como por luces de bengala, y casi entre sueños veía á su lado el murmullo discreto del manantial y de la corriente que se precipitaba á refrescar los prados. Sobre las ramas del castaño saltaban gorriones y pinzones que no cerraban el pico y no acababan nunca de cantar firmemente, distraídos en cualquier cosa, inquietos, revoltosos y vanamente gárrulos. Hojas secas caían de cuando en cuando de las ramas al manantial; flotaban dando vueltas con lenta marcha, y, acercándose al cauce estrecho por donde el agua salía, se deslizaban rápidas, rectas, y desaparecían en la corriente, donde la superficie tersa se convertía en rizada plata. Una nevatilla (en Vetusta *lavandera*) picoteaba el suelo y brincaba á los piés de Ana, sin miedo, fiada en la agilidad de sus alas; daba vueltas, barría el polvo con la cola, se acercaba al agua, bebía, de un salto llegaba al seto, se escondía un momento entre las ramas bajas de la zarza-mora, por pura curiosidad, volvía á aparecer, siempre alegre, pizpireta; quedó inmóvil un instante, como si deliberase; y de repente, como asustada, por aprensión, sin el menor motivo, tendió el vuelo recto y rápido al principio, ondulante y pausado después y se perdió en la atmósfera que el sol oblicuo teñia de púrpura. Ana siguió el vuelo de la *lavandera* con la mirada mientras pudo. «Estos animalitos, pensó, sienten, quieren y hasta hacen sus reflexiones... Ese pajarillo ha tenido una idea de repente; se ha cansado de

esta sombra y se ha ido á buscar luz, calor, espacio. ¡Feliz él! Cansarse ¡es tan natural!» Ella misma, la Regenta, estaba bien cansada de aquella sombra en que había vivido siempre. ¿Sería algo nuevo, algo digno de ser amado aquello que el Magistral le había prometido? Cuando ella le había dicho que en la adolescencia había tenido antojos místicos, y que después sus tías y todas las amigas de Vetusta le habían hecho despreciar aquella vanidad piadosa ¿qué había contestado el Magistral? Bien se acordaba; le zumbaba todavía en los oídos aquella voz dulce que salía en pedazos, como por tamiz, por los cuadradillos de la celosía del confesonario. Le había dicho, con unas palabras muy elocuentes, que ella no podía repetir al pié de la letra, algo parecido á esto: «Hija mía, ni aquellos anhelos de Vd., buscando á Dios antes de conocerle, eran acendrada piedad, ni los desdenes con que después fueron maltratados tuvieron pizca de prudencia.» Pizca había dicho, estaba ella segura. La elocuencia del Magistral en el confesonario no era como la que usaba en el púlpito; ahora lo notaba. En el confesonario aprovechaba las palabras familiares que dicen tan bien ciertas cosas que jamás había visto ella en los libros llenos de retórica. Y le había puesto una comparación: «Si Vd., hija mía, se baña en un río, y revolviendo el agua al nadar, por juego, como solemos hacer, encuentra entre la arena una pepita de oro, pequeñísima, que no vale una peseta, ¿se creerá Vd. ya millonaria? ¿pensará que aquel descubrimiento la va á hacer rica? ¿que todo el río va á venir arrastrando monedas de cinco duros con la carita del rey y que todo va á ser para Vd.? Eso sería absurdo. Pero, por esto ¿va Vd. á tirar con desdén la pepita y á seguir jugueteando con el agua, moviendo los brazos y haciendo saltar la corriente al azotarla con los piés y sin pensar ya nunca más en aquel poquito de oro que

encontró entre la arena?» Estaba muy bien puesta la comparación. Ella se había visto con su traje de baño,



sin mangas, braceando en el río, á la sombra de avellanos y nogales, y en la orilla estaba el Magistral con

su roquete blanquísimo, de rodillas, pidiéndole, con las manos juntas, que no arrojase la pepita de oro. La elocuencia era aquello, hablar así, que se viera lo que se decía. Se había entusiasmado con aquel fluir de palabras dulces, nuevas, llenas de una alegría celestial; había abierto su corazón delante de aquel agujero con varillas atravesadas. También ella había dicho muchas palabras que no había usado en su vida hablando con los demás. Entonces el Magistral, allá dentro, callaba; y cuando ella terminó, la voz del confesonario temblaba al decir: « Hija mía, esa historia de sus tristezas, de sus ensueños, de sus aprensiones merece que yo medite mucho. Su alma es noble, y sólo porque en este sitio yo no puedo tributar elogios al penitente, me abstengo de señalar dónde está el oro y dónde está el lodo... y de hacerle ver que hay más oro de lo que parece. Sin embargo, Vd. está enferma; toda alma que viene aquí está enferma. Yo no sé cómo hay quien hable mal de la confesión; aparte de su carácter de institución divina, aun mirándola como asunto de utilidad humana ¿no comprende Vd. y puede comprender cualquiera que es necesario este hospital de almas para los enfermos del espíritu?» El Magistral había hablado de las consultas que los periódicos protestantes establecen para dilucidar casos de conciencia. «Las señoras protestantes, que no tienen padre espiritual, acuden á la prensa. ¿No es esto ridículo?» El Provisor había sonreído con la voz.

Y había continuado diciendo lo que en sustancia era esto: «No debía ella acudir allí, sólo á pedir la absolución de sus pecados; el alma tiene, como el cuerpo, su terapéutica y su higiene; el confesor es médico higienista; pero así como el enfermo que no toma la medicina ó que oculta su enfermedad, y el sano que no sigue el régimen que se le indica para conservar la salud, á sí mismos se hacen daño, á sí propios se enga-

ñan; lo mismo se engaña y se daña á sí propio el pecador que oculta los pecados, ó no los confiesa tales como son, ó los examina deprisa y mal, ó falta al régimen espiritual que se le impone. No bastaba una conferencia para curar un alma, ni acudir con enfermedades viejas y descuidadas era querer sanar de veras. De todo esto se deducía racionalmente, aparte todo precepto religioso, la necesidad de confesar á menudo. No se trataba de cumplir con una fórmula: confesar no era eso. Era indispensable escoger con cuidado el confesor, cuando se trataba de ponerse en cura; pero una vez escogido, era preciso considerarle como lo que era en efecto, padre espiritual; y hablando fuera de todo sentido religioso, como hermano mayor del alma, con quien las penas se desahogan y los anhelos se comunican, y las esperanzas se afirman y las dudas se desvanecen. Si todo esto no lo ordenase nuestra religión, lo mandaría el sentido común. La religión es toda razón, desde el dogma más alto hasta el pormenor menos importante del rito.»

Aquella conformidad de la fe y de la razón encantaba á la Regenta. ¿Cómo tenía ella veinte y siete años y jamás había oído esto? No se había atrevido á preguntárselo al Magistral, pero tiempo habría.

Un gorrión con un grano de trigo en el pico, se puso enfrente de Ana y se atrevió á mirarla con insolencia. La dama se acordó del Arcipreste que tenía el dón de parecerse á los pájaros.

«Era un buen señor Ripamilán; pero ¡qué manera de confesar! Una rutina que nunca le había enseñado nada. A no ser su matrimonio, nada había sacado de aquellas confesiones. Decía el pobre hombre que se sabía de memoria los pecados de la Regenta y la interrumpía siempre con su eterno:—«Bien, bien, adelante: ¿qué más? adelante... reza tres Padre nuestros, una Salve y reparte limosnas.» ¡Qué hombre tan raro!

¿Cuándo le había hablado don Cayetano de si tenía ella este ó el otro temperamento? Pues el Magistral en seguida: le había dicho que era un temperamento especial, que todo esto y más había que tener en cuenta. Esto era completamente nuevo.»

Además, la había halagado mucho el notar que don Fermín le hablaba como á persona ilustrada, como á un hombre de letras: le había citado autores, dando por supuesto que los conocía, y al usar sin reparo palabras técnicas se guardaba de explicárselas.

«Y qué *elevación!* ¿Qué era la virtud? ¿Qué era la santidad? Aquello había sido lo mejor. La virtud era la belleza del alma, la pulcritud, la cosa más fácil para los espíritus nobles y limpios. Para un perezoso enemigo de la ropa limpia y del agua, la pulcritud es un tormento, un imposible; para una persona decente (así había dicho) una necesidad de las más imperiosas de la vida. La religión no presentaba como una senda ardua la de la virtud, sino para los que viven sumidos en el pecado; pero el hombre nuevo siempre estaba despierto en nosotros; no había más que darle una voz y acudía. La virtud comienza por un esfuerzo ligero, si bien contrario al hábito adquirido; al día siguiente el esfuerzo era menos costoso y su eficacia mayor por la *velocidad adquirida*, por la *inercia del bien*, esto era mecánico (así lo había dicho el señor de Pas). La virtud podía definirse: el equilibrio estable del alma. Además, era una alegría; un buen día de sol; ráfagas de aire fresco embalsamado; el alma virtuosa se convertía en una pajarera donde gorjeaban alegres los dones del Espíritu Santo animando el corazón en las tristezas de la vida. Aquella melancolía de que ella se quejaba, era nostalgia de la virtud á que llegaría, y por la que suspiraba su espíritu como por su patria. La virtud era cuestión de arte, de habilidad. No sólo se conseguía por el ayuno, por el ascetismo; éste era

un medio muy santo, pero había otros. En la vida bulliciosa de nuestras ciudades se puede aspirar también á la perfección.» (En aquel momento se figuraba la Regenta como una Babilonia aquella Vetusta que le pareciera siempre tan pequeña, tan monótona y triste.) «Ella que había leído á San Agustín ¿no recordaba que el santo obispo gustaba de la música religiosa, no por el deleite de los sentidos, sino porque elevaba el alma? Pues así todas las artes, así la contemplación de la naturaleza, la lectura de las obras históricas, y de las filosóficas, siendo puras, podían elevar el alma y ponerla en el diapasón de la santidad al unísono de la virtud. ¿Por qué no? Ah! y después, cuando se llegaba más arriba, á la seguridad de sí mismo, cuando ya no se temía la tentación, sino con temor prudente, se encontraban edificantes muchos espectáculos que antes eran peligrosos. Así, por ejemplo, la lectura de libros prohibidos, veneno para los débiles, era purga para los fuertes. Al que llega á cierto grado de fortaleza, la presencia del mal le edifica á su modo, por el contraste.» El Magistral no había dicho si él era tan fuerte como todo eso, pero ella suponía que sí. De todas maneras, la virtud y la piedad eran cosas bien diferentes de lo que le habían enseñado sus tías y la devoción vulgar (así la llamó para sus adentros) que había aprendido como una rutina. Sí, la religión verdadera se parecía en definitiva á sus ensueños de adolescente, á sus visiones del monte de Loreto más que á la sosa y estúpida disciplina que la habían enseñado como piedad seria y verdadera. — ¡Y cuántas más lecciones le había prometido el Magistral para otro día! ¡Cuántas cosas nuevas iba á saber y á sentir! ¡Y qué dicha tener un alma hermana, hermana mayor, á quien poder hablar de tales asuntos, los más interesantes, los más altos sin duda!

De la *cuestión personal*, esto es, de los pecados de

Ana, se había hablado poco; el Magistral generalizaba en seguida. «No tenía datos, necesitaba conocer la mujer.»

Al recordar esto sintió la Regenta escrúpulos. Le había dado la absolución y ella no había dicho nada de su inclinación á don Alvaro!—«Sí, inclinación. Ahora que consideraba vencido aquel impulso pecaminoso, quería mirarlo de frente. Era inclinación. Nada de disfrazar las faltas. Había hablado, sin precisar nada, de malos pensamientos, pero le parecía indecoroso é injusto para con ella misma, hasta grosero, personificar aquellas tentaciones, decir que se trataba de un solo hombre, de tales prendas, y señalar los peligros que había. Pero ¿debía haberlo hecho? Tal vez. Sin embargo, no hubiera sido poner en berlina á don Víctor sin por qué ni para qué, puesto que ella le era fiel de hecho y de voluntad y se lo sería eternamente? Y con todo, debió haber especificado más en aquella parte de la confesión. ¿Estaba bien absuelta? ¿Podría comulgar tranquila al día siguiente? Eso no, de ningún modo; no comulgaría; se quedaría en la cama fingiendo una jaqueca; de tarde iría á reconciliar, y al otro día la comunión. Este era el mejor plan. La resolución de no comulgar á la mañana siguiente le dió una alegría de niña; era como un día de asueto. Podía pasar la noche pensando en la religión, en la virtud en general, por aquel sistema nuevo, y no preocuparse todavía con el cuidado de recibir al Señor dignamente. Era una prórroga; un respiro. Y ya no le parecía impropio dar rienda suelta á su alegría, aquella alegría causada por fuerzas morales puramente y que tal vez era la alborada del día esplendoroso de la virtud.

«¡Qué feliz sería aquel Magistral, anegado en luz de alegría virtuosa, llena el alma de pájaros que le cantaban como coros de ángeles dentro del corazón! Así él tenía aquella sonrisa eterna, y se paseaba con tanto

garbo por el Espolón en medio de perezosos del alma, de espíritus pequeños y... vetustenses. ¡Y qué color de salud!

»Vetusta, Vetusta encerraba aquel tesoro! ¿Cómo no sería obispo el Magistral? ¡Quién sabe! ¿Por qué era ella, aunque digna de otro mundo, nada más que una señora ex-regenta de Vetusta? El lugar de la escena era lo de menos; la variedad, la hermosura estaba en las almas. Ese pajarillo no tiene alma y vuela con alas de pluma, yo tengo espíritu y volaré con las alas invisibles del corazón, cruzando el ambiente puro, radiante de la virtud.»

Se estremeció de frío. Volvió á la realidad. Todo quedó en la sombra. El sol ocultaba entre nubes pardas y espesas, detrás de la cortina de álamos, el último pedazo de su lumbre que se le había quedado atrás, como un trapillo de púrpura. La sombra y el frío fueron repentinos. Un coro estridente de ranas despidió al sol desde un charco del prado vecino. Parecía un himno de salvajes paganos á las tinieblas que se acercaban por oriente. La Regenta recordó las carracas de Semana Santa, cuando se apaga la luz del ángulo misterioso y se rompen las cataratas del entusiasmo infantil con estrépito horrísono.

—Petra! Petra!—gritó.

Estaba sola. ¿Adónde había ido su doncella?

Un sapo en cuclillas, miraba á la Regenta encaramado en una raíz gruesa, que salía de la tierra como una garra. Lo tenía á un palmo de su vestido. Ana dió un grito, tuvo miedo. Se le figuró que aquel sapo había estado oyéndola pensar y se burlaba de sus ilusiones.

—Petra! Petra!

La doncella no respondía. El sapo la miraba con una impertinencia que le daba asco y un pavor tonto.

Llegó Petra. Venía sudando, muy encarnada, con la

respiración fatigosa. Le caían hasta los ojos rizos dorados y menudos. Como había visto tan ensimismada á la señora, se había llegado al molino de su primo Antonio que estaba allí cerca, á un tiro de fusil.

Ana le fijó los ojos con los suyos, pero ella desafió aquella mirada de inquisidor. Su primo Antonio, el molinero, estaba enamorado de la doncella; el amo lo sabía. Petra pensaba casarse con él, pero más adelante, cuando fuera más rico y ella más vieja. De vez en cuando iba á verle para que no se apagase aquel fuego con que ella contaba para calentarse en la vejez. Miraba el molino como una caja de ahorros donde ella iba depositando sus economías de amor. Ana sin saber por qué, sintió un poco de ira. «¿Cómo serían aquellos amores de Petra y el molinero? ¿Qué le importaba á ella?...» Pero la manera de mirar á Petra, estudiando los pormenores de su traje, algo descompuesto, la fatiga que no podía ocultar, el sudor, el color de sus mejillas, revelaba una curiosidad que quería ocultar en vano la Regenta. «¿Qué había hecho en el molino aquella mujer?» Este pensamiento baladí, obsesión estúpida que era casi un dolor, absorbía toda la atención de Ana, á su pesar.

—Vamos, vamos, que es tarde.

—Sí, señora; es tarde. Entraremos en casa cuando ya estén encendidos los faroles.

—No, no tanto.

—Ya verá Vd.

—Si no te hubieras detenido en la fragua de tu primo...

—Qué fragua? Es un molino, señora.

A Petra le supo á malicia lo que era una equivocación.

Cuando llegaban á las primeras casas de Vetusta, oscurecía. La luz amarillenta del gas brillaba de trecho en trecho, cerca de las ramas polvorientas de las

raquíticas acacias que adornaban el boulevard, nombre popular de la calle por donde entraban en el pueblo.

—¿Cómo me has traído por aquí?

—¿Qué importa?

Petra se encogió de hombros. En vez de subir por la calle del Aguila habían dado un rodeo y entraban por una de las pocas calles nuevas de Vetusta, de casas de tres pisos, iguales, cargadas de galerías con cristales de colores chillones y discordantes. La acera de tres metros de anchura, una acera hiperbólica para Vetusta, estaba orlada por una fila de faroles en columna, de hierro pintado de verde, y por otra fila de árboles, prisioneros en estrecha caja de madera, verde también. Por esto se llamaba *El boulevard*, ó lo que era en rigor, *Calle del Triunfo de 1836*. Al anochecer, hora en que dejaban el trabajo los obreros, se convertía aquella acera en paseo donde era difícil andar sin pararse á cada tres pasos. Costureras, chalequeras, planchadoras, ribeteaderas, cigarreras, fosforeras, y armeros, zapateros, sastres, carpinteros y hasta albañiles y canteros, sin contar otras muchas clases de industriales, se daban cita bajo las acacias del Triunfo y paseaban allí una hora, arrastrando los piés sobre las piedras con estridente sonsonete.

Había comenzado aquel paseo años atras como una especie de parodia; imitaban las muchachas de pueblo los modales, la voz, las conversaciones de las señoritas, y los obreros jóvenes se fingían caballeros, cogidos del brazo y paseando con afectada jactancia. Poco á poco la broma se convirtió en costumbre y merced á ella la ciudad solitaria, triste de día, se animaba al comenzar la noche, con una alegría exaltada, que parecía una excitación nerviosa de toda la «pobretería,» como decían los tertulios de Vegallana. Era la fuerza de los talleres que salía al aire libre; los músculos se

movían por su cuenta, á su gusto, libres de la monotonía de la faena rutinaria. Cada cual, además, sin darse cuenta de ello, estaba satisfecho de haber hecho algo útil, de haber trabajado. Las muchachas reían sin motivo, se pellizcaban, tropezaban unas con otras, se amontonaban, y al pasar los grupos de obreros crecía la algazara; había golpes en la espalda, carcajadas de malicia, gritos de mentida indignación, de falso pudor, no por hipocresía, sino como si se tratara de un paso de comedia. Los remilgos eran fingidos, pero el que se propasaba se exponía á salir con las mejillas ardiendo. Las virtudes que había allí sabían defenderse á bofetadas. En general, se movía aquella multitud con cierto orden. Se paseaba en filas de ida y vuelta. Algunos señoritos se mezclaban con los grupos de obreros. A ellas les solía parecer bien un piropo de un estudiante ó de un hortera; pero la indignación fingida era mayor cuando un *levita* se propasaba y siempre acompañaba á la protesta del pudor el sarcasmo. Aquellas jóvenes, que no siempre estaban seguras de cenar al volver á casa, insultaban al transeúnte que las llamaba hermosas, suponiendo que el *futraque* tenía *carpanta*, ó sea hambre. A lo sumo concedían que comería cañamones. Los expertos no se aturdían por estos improperios convencionales, que eran allí el buen tono; insistían y acababan por sacar tajada, si la había. La virtud y el vicio se codeaban sin escrúpulo, iguales por el traje que era bastante descuidado. Aunque había algunas jóvenes limpias, de aquel montón de hijas del trabajo que hace sudar, salía un olor picante, que los habituales transeúntes ni siquiera notaban, pero que era molesto, triste; un olor de miseria perezosa, abandonada. Aquel perfume de harapo lo respiraban muchas mujeres hermosas, unas fuertes, esbeltas, otras delicadas, dulces, pero todas mal vestidas, mal lavadas las más, mal peinadas

algunas. El estrépito era infernal; todos hablaban á gritos, todos reían, unos silbaban, otros cantaban. Niñas de catorce años, con rostro de ángel, oían sin turbarse blasfemias y obscenidades que á veces las hacían reir como locas. Todos eran jóvenes. El trabajador viejo no tiene esa alegría. Entre los hombres acaso ninguno había de treinta años. El obrero pronto se hace taciturno, pronto pierde la alegría expansiva, sin causa. Hay pocos viejos verdes entre los proletarios.

Ana se vió envuelta, sin pensarlo, por aquella multitud. No se podía salir de la acera. Había mucho lodo y pasaban carros y coches sin cesar; era la hora del correo y aquel el camino de la estación.

Los grupos se abrían para dejar paso á la Regenta. Los mozalbetes más osados acercaban á ella el rostro con cierta insolencia, pero la belleza bondadosa de aquella cara de María Santísima les imponía admiración y respeto.

Las chalequeras no murmuraban ni reían al pasar Ana.

—¡Es la Regenta!

—¡Qué guapa es!

Esto decían ellas y ellos. Era una alabanza espontánea, desinteresada.

—Olé, salero! Viva tu mare!—se atrevió á gritar un andaluz con acento gallego.

Su entusiasmo le costó una *galleta*—un coscorrón—de un su amigo, más respetuoso.

—So bruto, mira que es la Regenta!

Era popular su hermosura.

Á Petra también le decían los pollastres que era un arcángel; iba contenta. Ana sonreía y aceleraba el paso.

—Dónde nos hemos metido...

—¿Qué importa? ya ve Vd. que no se la comen.

Muchas señoritas podrían aprender crianza de estos pela-gatos.



Alguna otra vez había pasado la Regenta por allí á tales horas, pero en esta ocasión, con una especie de doble vista, creía ver, sentir allí, en aquel montón de ropa sucia, en el mismo olor picante de la *chusma*, en

la algazara de aquellas turbas una fuerza del placer del amor; del amor que era por lo visto una necesidad universal. También había cuchicheos secretos, al oído, entre aquel estrépito; rostros lánguidos, ceños de enamorados celosos, miradas como rayos de pasión... Entre aquel cinismo aparente de los diálogos, de los roces bruscos, de los tropezones insolentes, de la brutalidad jactanciosa, había flores delicadas, verdadero pudor, ilusiones puras, ensueños amorosos que vivían allí sin conciencia de los miasmas de la miseria.

Ana participó un momento de aquella voluptuosidad andrajosa. Pensó en sí misma, en su vida consagrada al sacrificio, á una prohibición absoluta del placer, y se tuvo esa lástima profunda del egoísmo excitado ante las propias desdichas. «Yo soy más pobre que todas estas. Mi criada tiene á su molinero que le dice al oído palabras que le encienden el rostro; aquí oigo carcajadas del placer que causan emociones para mí desconocidas...»

En aquel momento tuvieron que detenerse entre la multitud. Había un drama en la acera. Un joven alto, de pelo negro y rizoso, muy moreno, vestido con blusa azul, gritaba:

—La mato! la mato! Dejadme, que quiero matarla.

Sus compañeros le sujetaban; querían llevársele. El mozo echaba fuego por los ojos.

—¿Qué es eso?—preguntó Petra.

—Nada—dijo uno—celucos.

—Sí—gritó una joven—pero si ella se descuida la ahoga.

—Bien merecido lo tiene; es una tal.

El joven de la blusa azul salió del paseo, á viva fuerza, casi arrastrado por sus amigos. Al pasar junto á la Regenta la miró cara á cara, distraído, pensando en su venganza; pero ella sintió aquellos ojos en los suyos como un contacto violento. ¡Eran los *celucos!* Así mi-

raban los celos! Era una belleza infernal, sin duda, la de aquellos ojos, ¡pero qué fuerte, qué humana!

Dejaron ama y criada por fin el boulevard y entraron en la calle del Comercio. De las tiendas salían haces de luz que llegaban al arroyo iluminando las piedras húmedas cubiertas de lodo. Delante del escaparate de una confitería nueva, la más lujosa de Vetusta, un grupo de *pillos* de ocho á doce años discutían la calidad y el nombre de aquellas golosinas que no eran para ellos, y cuyas excelencias sólo podían apreciar por conjeturas.

El más pequeño lamía el cristal con éxtasis delicioso, con los ojos cerrados.

—Eso se llama *pitisa*—dijo uno en tono dogmático.

—¡Ay, qué farol!—Si eso es un *pionono;* si sabré yo...

También aquella escena enterneció á la Regenta. Siempre sentía apretada la garganta y lágrimas en los ojos cuando veía á los niños pobres admirar los dulces ó los juguetes de los escaparates. No eran para ellos; esto le parecía la más terrible crueldad de la injusticia. Pero, además, ahora aquellos granujas discutiendo el nombre de lo que no habían de comer, se le antojaban compañeros de desgracia, hermanitos suyos, sin saber por qué. Quiso llegar pronto á casa. Aquel enternecerse por todo la asustaba. «Temía el ataque, estaba muy nerviosa.»

—Corre, Petra, corre—dijo con voz muy débil.

—Espere Vd., señora... allí... parece que nos hacen seña... sí, á nosotras es. Ah, son ellos, sí...

—¿Quién?

—El señorito Paco y don Álvaro.

Petra notó que su ama temblaba un poco y palidecía.

—¿Dónde están? A ver si podemos, antes que...

Ya no podían escapar. Don Alvaro y Paco estaban delante de ellas. El marquesito las detuvo haciendo

una cortesía exagerada, que era una de sus maneras de *hacer esprit*, como decía ya el mismo Ronzal. Mesía saludó muy formalmente.

De la confitería nueva salían chorros de gas que deslumbraban á los vetustenses, no acostumbrados á tales despilfarros de gas. Don Alvaro veía á la Regenta envuelta en aquella claridad de batería de teatro y notó en la primer mirada que no era ya la mujer distraída de aquella tarde. Sin saber por qué, le había desanimado la mirada plácida, franca, tranquila de poco antes, y sin mayor fundamento, la de ahora, tímida, rápida, miedosa, le pareció una esperanza más, la sumisión de Ana, el triunfo. «No sería tanto, pero él se alegraba de verse animado. Sin fe en sí mismo no daría un paso. Y había que dar muchos y pronto.»

En Vetusta llueve casi todo el año, y los pocos días buenos se aprovechan para respirar el aire libre. Pero los paseos no están concurridos mas que los días de fiesta. Las señoritas pobres, que son las más, no se resignan á enseñar el mismo vestido una tarde y otra, y siempre. De noche es otra cosa; se sale de trapillo, se recorre la parte nueva, la calle del Comercio, la plaza del Pan, que tiene soportales, aunque muy estrechos, el boulevard un poco más tarde, cuando ya está durmiendo la *chusma*. Y el pretexto es comprar algo. ¡En una casa hacen falta tantas cosas! Se entra en las tiendas, pero se compra poco. La calle del Comercio es el núcleo de estos paseos nocturnos y algo disimulados. Los caballeros van y vienen por la ancha acera y miran con mayor ó menor descaro á las damas sentadas junto al mostrador. Con un ojo en las novedades de la estación y con otro en la calle, regatean los precios, y cazan lisonjas y señas al vuelo. Los mancebos son casi todos catalanes, pero pronuncian el castellano con suficiente corrección. Son amables, guapos casi todos. Los más tienen la barba cortada á lo Jesu-

cristo. Muchos ojos negros almibarados, y rosas en las mejillas. Inclinan la cabeza con una languidez entre romántica y cachazuda; aquello lo mismo puede significar: «Señorita, *abrigo* una pasión secreta, que...» «Señorita, ni la paciencia de Job... pero tendré paciencia.»

—Oh, le estoy cansando á Vd.!—dice Visitación á un rubio con cuello marinero, á quien ha hecho ya cargar con cincuenta piezas de percal.

—¡Ah, no señora! es mi obligación... y además lo hago con la mejor voluntad... «El mancebo ha de ser incansable, para eso está allí.»

Visitación siempre tiene que hacer un mandilón para la criada, pero no se decide nunca. Otras noches es ella la que está desnuda.

—«Me va á coger el invierno sin un hilo sobre mi cuerpo.»

El mancebo sonríe con amabilidad, figurándose de buen grado á la dama delgada, pero de buenas formas, tiritando en camisa bajo los rigores de una nevada...

«—¡No sea Vd. malo! No sea Vd. tan material!»—responde ella, turbándose como una niña aturdida que sospecha haber sido indiscreta, y clava en el mancebo los ojos risueños, arrugaditos, que Visitación cree que echan chispas. El catalán finge que se deja seducir por aquellos ojos y en cada vara rebaja un perro chico.

Visitación triunfa. Pero no sabe que el mismo percal se lo vendió á Obdulia rebajando un perro grande, y con una ganancia superior á la que podía esperar el mancebo sonriente y con barba de judío.

Las bellas vetustenses, como dice el gacetillero de *El Lábaro,* no saben salir de las tiendas de modas. Lo ven todo, lo revuelven todo, y les queda tiempo para *marear* á los horteras y tomar varas al sesgo (frase de Orgaz) de los señoritos que pasean por la acera dispu-

tando en voz alta para anunciar su presencia. Domina allí una alegría bulliciosa, la alegría sin motivo que es la más expansiva y contentadiza. ¿Quién lo diría? No sólo *el elemento joven de ambos sexos* (de *El Lábaro*), sino las personas formales; magistrados, catedráticos, autoridades, abogados, hasta clérigos están deseando todo el día, sin darse cuenta, la hora de las tiendas, los días que *hace bueno* y pueden las damas «decorosamente» coger la mantilla y echarse á la calle. Es aquella una hora de cita que, sin saberlo ellos mismos, se dan los vetustenses para satisfacer la necesidad de verse y codearse, y oir ruido humano. Es de notar que los vetustenses se aman y se aborrecen; se necesitan y se desprecian. Uno por uno el vetustense maldice de sus conciudadanos, pero defiende el carácter del pueblo *en masa*, y si le sacan de allí suspira por volver. En el paseo de la noche, que viene á ser subrepticio, á lo menos así lo llama don Saturnino, hay además el atractivo que le presta la fantasía. El gas no es para prodigado por un Ayuntamiento lleno de deudas, y un farol aquí, otro á cincuenta pasos (si no hace luna; en las noches románticas no hay gas) no deslumbran ni quitan á la noche su misterio. Se ve lo que no hay. Cada cual, según su imaginación, atribuye á los que pasan la figura que quiere.

—Parecen otras las chicas—dicen los pollos.

Los vetustenses gozan la ilusión de creerse en otra parte sin salir de su pueblo. Todo se vuelve caras nuevas, que después no son nuevas.

—¿Quién son esas?— Y resulta que son las de Mínguez, es decir, las eternas Mínguez, las de ayer, las de antes de ayer, las de siempre. ¡Pero mientras la ilusión dura!... En los pueblos donde pocas veces se tienen espectáculos gratuitos lo es y más interesante el de contemplarse mutuamente. Un paseo, *cogido por los cabellos*, es un placer delicado, intenso que gozan

con delicia inefable las masas proletarias de la honrada clase media española.

Hay estudiante que se acuesta satisfecho con media docena de miradas recogidas acá y allá, en sus idas y venidas por el Espolón ó por la calle del Comercio; y niña casadera que tiene para ocho días con una flor amorosa que fingió desdeñar por impertinente y que saborea á sus solas, mientras borda unas zapatillas durante siete días mortales, detrás del cristal que azota la lluvia incansable. Así se explica aquel entrar y salir en los comercios, aquel reir por cualquier cosa, aquel encontrar gracia en cada frase de un hortera, en la diablura de un estudiante que mete la cabeza por un escaparate abierto. Todo es movimiento, risa, algazara. Este pueblo es el mismo que asiste silencioso, grave, estirado á los paseos de solemnidad, y compungido, cabizbajo, lleno de unción (de *El Lábaro*), á los sermones, á las novenas, á los oficios de Semana Santa y hasta al miserere.

Ana creía ver en cada rostro la llama de la poesía. Las vetustenses le parecían más guapas, más elegantes, más seductoras que otros días: y en los hombres veía aire distinguido, ademanes resueltos, corte romántico; con la imaginación iba juntando por parejas á hombres y mujeres según pasaban, y ya se le antojaba que vivía en una ciudad donde criadas, costureras y señoritas, amaban y eran amadas por molineros, obreros, estudiantes y militares de la reserva.

Sólo ella no tenía amor; ella y los niños pobres que lamían los cristales de las confiterías eran los desheredados. Una ola de rebeldía se movía en su sangre, camino del cerebro. Temía otra vez el ataque.

—«¿Qué era aquello, Señor, qué era aquello?» ¿Por qué en día semejante, cuando su espíritu acababa de entrar en vida nueva, vida víctima, pero no de sacrifi-

cio estéril, sin testigos, si no acompañado por la voz animadora de un alma hermana; por qué en ocasión tan importuna se presentaba aquel afán de sus entrañas, que ella creía cosa de los nervios, á mortificarla, á gritar ¡guerra! dentro de la cabeza, y á volver lo de arriba abajo? ¿No había estado en la fuente de Mari-Pepa entregada á la esperanza de la virtud? ¿No se abrían nuevos horizontes á su alma? ¿No iba á vivir para algo en adelante? ¡Oh! ¡quién le hubiera puesto al señor Magistral delante!» Su mano tropezó con la de un hombre. Sintió un calor dulce y un contacto pegajoso. No era el Magistral. Era don Álvaro, que venía á su lado hablando de cualquier cosa. Ella apenas le oía, ni quería atribuir á su presencia aquel cambio de temperatura moral, que lamentaba para sus adentros, en tanto que veía á las jóvenes y á las jamonas vetustenses coquetear en la acera y en las tiendas deslumbrantes de gas.

Don Álvaro opinaba lo contrario, que bastaba su presencia y su contacto para adelantar los acontecimientos. Para tener idea de lo que Mesía pensaba del prestigio de su *físico*, hay que figurarse una máquina eléctrica con conciencia de que puede echar chispas. Él se creía una máquina eléctrica de amor. La cuestión era que la máquina estuviese preparada. Era fatuo hasta ese extremo, pero dígase en su abono que nadie lo sabía, y que podía citar numerosos hechos que acreditaban el motivo de aquella vanidad monstruosa. Se creía hombre de talento—«él era principalmente un político»;—confiaba en su experiencia de hombre de mundo, y en su arte de Tenorio, pero humildemente se declaraba á sí mismo que todo esto era nada comparado con el prestigio de su belleza corporal.—«Para seducir á mujeres gastadas, ahítas de amor, mimosas, de gustos extragados, tal vez no basta la figura, ni es lo principal siquiera: pero las vírgenes

honradas (conocía él otra clase) y las casadas honestas se rinden al buen mozo.»

—No conozco seductores corcovados ni enanos—decía, encogiéndose de hombros, las pocas veces que con sus amigos íntimos hablaba de estas cosas: solía ser después de cenar fuerte.—¿Se me habla de extravíos del gusto? Eso es lo excepcional; pero nadie querrá ser en el amor lo que es el asafétida en los olores; y sin embargo, las damas romanas de la decadencia...

Paco Vegallana acudía entonces con el testimonio de las lecturas técnico-escandalosas. Describía todas las aberraciones de la lubricidad femenil en lo antiguo, en la Edad-media y en los tiempos modernos. No había nada nuevo. «Lo mismo que hacen las parisienses más pervertidas, lo sabían y hacían las meretrices de Babilonia y de Cerbatana.»

Paco padecía distracciones cada vez que se remontaba á la historia antigua. Esta Cerbatana era Ecbátana, pero él la llamaba así por equivocación indudablemente. Ya sabía á qué ciudad se refería. Era una que tenía muchas murallas de colores diferentes. Lo había leído en la *Historia de la prostitución;* en la de Dufour no, en otra que conocía también. Era un sabio.

—Yo he leído—añadía don Alvaro en casos tales—que ha habido princesas y reinas encaprichadas y *metidas* con monos, así como suena, monos.

—Sí señor—acudía Paco á decir—lo afirma Víctor Hugo en una novela que en francés se llama *El hombre que ríe* y en español *De orden del rey.*

—Pero fuera de eso, que es lo excepcional—continuaba Mesía diciendo—hay que desengañarse, lo que buscan las mujeres es un buen *físico.*

—Eso creo yo—solía afirmar Ronzal—la mujer es así *urbicesorbi* (en todas partes, en el latín de Trabuco).

Además, don Alvaro era profundamente materialista y esto no lo confesaba á nadie. Como en él lo prin-

cipal era el político, transigía con la religión de los mayores de Paco y se reía de la separación de la Iglesia y el Estado. Es más, le parecía de mal tono llevar la contraria á los católicos de buena fe. En París había aprendido ya en 1867, cuando fué á la exposición, que lo chic era el creer como el carbonero. Sport y catolicismo, esto era la moda que continuaba imperando. Pero es claro que lo de creer era decir que se creía. Él no tenía fe alguna, «ni bendita la falta», á no ser cuando le entraba el miedo de la muerte. Cuando caía enfermo y se encontraba en la fonda solo, abandonado de todo cariño verdadero, entonces sentía sinceramente, á pesar de haber corrido tanto, no ser un cristiano sincero. Pero sanaba y decía: «¡Bah! todo eso es efecto de la debilidad.» Sin embargo, bueno era *ilustrarse*, fundar en algo aquel materialismo que tan bien casaba con sus demás ideas respecto del mundo y la manera de explotarlo. Había pedido á un amigo libros que le probasen el materialismo en pocas palabras. Empezó por aprender que ya no había tal metafísica, idea que le pareció excelente, porque evitaba muchos rompecabezas. Leyó *Fuerza y materia* de Buchner y algunos libros de Flammarión, pero estos le disgustaron; hablaban mal de la Iglesia y bien del cielo, de Dios, del alma... y precisamente él quería todo lo contrario. Flammarión no era chic. También leyó á Moleschott y á Wirchow y á Wogt traducidos, cubiertos con papel de color de azafrán. No entendió mucho pero se iba al grano: todo era masa gris; corriente, lo que él quería. Lo principal era que no hubiese infierno. También leyó en francés el poema de Lucrecio *De rerum natura:* llegó hasta la mitad. Decía bien el poeta, pero aquello era muy largo. Ya no veía más que átomos, y su buena figura era un feliz conjunto de moléculas en forma de gancho para prender á todas las mujeres bonitas que se le pusieran delante. Así estaba por dentro Mesía en

punto á creencias, pero á estos subterráneos no había llegado el mismo Paco, que era buen católico, según Mesía. Aquello era para él solo, mientras estaba en Vetusta. En sus viajes á París sacaba el fondo del baúl y el fondo del materialismo. Á sus queridas, cuando no eran demasiado beatas y estaban muy enamoradas, procuraba imbuirlas en sus ideas acerca del átomo y la fuerza. El materialismo de Mesía era fácil de entender; lo explicaba en dos conferencias. Cuando la mujer se convencía de que no había metafísica, le iba mucho mejor á don Alvaro.

Al recordar una hembra de las convertidas al epicureísmo solía decir don Alvaro con una llama en los ojos muy abiertos:

«—¡Qué mujer aquella!—Y suspiraba. Aquella mujer nunca había sido una vetustense. Las vetustenses tampoco creían en la metafísica, no sabían de ella, pero no pasaban por ciertas cosas.

Don Alvaro iba al lado de Ana convencido de que su presencia bastaba para producir efectos deletéreos en aquella virtud en que él mismo creía. Las palabras eran por entonces, y sin perjuicio, lo de menos. Él también solía hablar con elocuencia, al alma ¡vaya! pero en otras circunstancias; más adelante.

Paco iba detrás sin desdeñar la conversación de Petra, que se mirlaba hablando con el marquesito. En materia de amor la criada no creía en las clases y concebía muy bien que un noble se encaprichara y se casase con ella verbigracia. No decía que don Paquito estuviera en tal caso, ni mucho menos; pero le alababa el pelo de oro y la blancura del cutis, y por algo se empieza.

—Debe de aburrirse Vd. mucho en Vetusta, Ana—decía don Alvaro.

Buscaba en vano manera natural de llevar la conversación á un punto por lo menos análogo al que

pensaba tratar muy por largo, llegada la ocasión oportuna.

—Sí, á veces me aburro. ¡Llueve tanto!

—Y aunque no llueva. Vd. no va á ninguna parte.

—Será que Vd. no se fija en mí; bastante salgo.

Estas palabras, apenas dichas, le parecieron imprudentes. ¿Era ella quien las había pronunciado? Así hablaba Obdulia con los hombres; ¡pero ella, Ana!

Don Álvaro se vió en un apuro. ¿Qué pretendía aquella señora? ¿Provocar una conversación para aludir á lo que había entre ellos, que en rigor no era nada que mereciese comentarios? ¿Debía él extrañar aquella inadvertencia de Ana? ¡Que no se fijaba en ella! ¿Era coquetería vulgar ó algo más alambicado que él no se explicaba? ¿Quería dar por nulo todo lo que ambos sabían, las citas, sin citarse, en tal iglesia, en el teatro, en el paseo? ¿Quería negar valor á las miradas fijas, intensas, que á veces le otorgaba como favor celestial que no debe prodigarse?

El primer impulso de Ana había sido inconsciente. Había hablado como quien repite una frase hecha, sin sentido; pero después pensó que aquella respuesta podía servir para desanimar á Mesía dándole á entender que ella no había entrado en aquel pacto de sordo-mudos. Pero esto mismo era inoportuno. Era demasiado negar, era negar la evidencia.

Don Alvaro temía aventurar mucho aquella noche, y creyó lo menos ridículo «hacerse el interesante,» según el estilo que empleaban los vetustenses para tales materias. Y dijo con el tono de una galantería vulgar, obligada:

—Señora, Vd. donde quiera tiene que llamar la atención, aun del más distraído.

Y como esto le pareció cursi y algo anfibológico, añadió algunas palabras, no menos vulgares y frías.

No comprendía él todavía que aquello de *hacerse el*

interesante, si hubiera sido ridículo tratándose de otras mujeres, era la mejor arma contra la Regenta. Ana lo olvidó todo de repente para pensar en el dolor que sintió al oir aquellas palabras. «¿Si habré yo visto visiones? ¿Si jamás este hombre me habrá mirado con amor; si aquel verle en todas partes sería casualidad; si sus ojos estarían distraídos al fijarse en mí? Aquellas tristezas, aquellos arranques, mal disimulados de impaciencia, de despecho, que yo observaba con el rabillo del ojo—¡ay! sí, esto era lo cierto, con el rabillo!—¿serían ilusiones mías, nada más que ilusiones¡ ¡Pero si no podía ser!» Y sentía sudores y escalofríos al imaginarlo. Nunca, nunca accedería ella á satisfacer las ansias que aquellas miradas le revelaban con muda elocuencia; sería virtuosa siempre, consumaría el sacrificio, su don Víctor y nada más, es decir, nada; pero la nada era su dote de amor. ¡Mas renunciar a la tentación misma! Esto era demasiado. La tentación era suya, su único placer. Bastante hacía con no dejarse vencer, pero quería dejarse tentar!

La idea de que Mesía nada esperaba de ella, ni nada solicitaba, le parecía un agujero negro abierto en su corazón que se iba llenando de vacío. «¡No, no; la tentación era suya, su placer, el único! ¿Qué haría si no luchaba? Y más, más todavía, pensaba sin poder remediarlo, ella no debía, no podía querer; pero ser querida ¿por qué no? ¡Oh de qué manera tan terrible acababa aquel día que había tenido por feliz, aquel día en que se le presentaba un compañero del alma, el Magistral, el confesor que le decía que era tan fácil la virtud. Sí, era fácil, bien lo sabía ella, pero si le quitaban la tentación no tendría mérito, sería prosa pura, una cosa vetustense, lo que ella más aborrecía...

Don Alvaro, que si no era tan buen político como se figuraba, la diplomacia del galanteo entendía un poco, comprendió pronto que, sin saber cómo, había acertado.

En la voz de la Regenta, en el desconcierto de sus palabras, notó que le había hecho efecto la sequedad de la vulgarísima galantería. «¿Esperaba ya una declaración? ¡Pero si mañana va á comulgar! ¿Qué mujer es ésta? ¡Una hermosísima mujer!—añadió el materialista en sus adentros al mirarla á su lado con llamas en los ojos y carmín en las mejillas.

Habían llegado al portal del caserón de los Ozores, y se detuvieron. El farol dorado que pendía del techo alumbraba apenas el ancho zaguán. Estaban casi á oscuras. Hacía algunos minutos que callaban.

—¿Y Petra? ¿Y Paco?—preguntó la Regenta alarmada.

—Ahí vienen, ahora dan vuelta á la esquina.

Anita sentía seca la boca; para hablar necesitaba humedecer con la lengua los labios. Lo vió Mesía que adoraba este gesto de la Regenta, y sin poder contenerse, fuera de su plan, *natura naturans*, exclamó:

—¡Qué monísima! ¡qué monísima!

Pero lo dijo con voz ronca, sin conciencia de que hablaba, muy bajo, sin alarde de atrevimiento. Fué una fuga de pasión, que por lo mismo importaba más que una flor insípida, y no era una desfachatez. Podía tomarse por una declaración, por una brutalidad de la naturaleza excitada, por todo, menos por una osadía impertinente, imposible en el más cumplido caballero.

Ana fingió no oir, pero sus ojos la delataron, y brillando en la sombra, buscando á don Alvaro que había retrocedido un paso en la oscuridad, le pagaron con creces las delicias que aquellas palabras dejaron caer como lluvia benéfica en el alma de la Regenta.

—Es mía—pensó don Alvaro con deleite superior al que él mismo esperaba en el día del triunfo.

—¿Quieren Vds. subir á descansar?—preguntó la dama á los caballeros, al ver llegar á Paco.

—No, gracias. Yo volveré luégo con mamá á buscarte.

—¿A buscarme?

—Sí; ¿no te lo ha dicho ese? Hoy vas al teatro con nosotros. Hay estreno; es decir, un estreno de don Pedro Calderón de la Barca, el ídolo de tu marido. ¿No sabes? Ha venido un actor de Madrid, Perales, muy amigo mío, que imita á Calvo muy bien. Hoy hacen *La Vida es Sueño*.. ¡No faltaba más! Tienes que venir. Una solemnidad! Mamá se empeña. Espera vestida.

—Pero, criatura, si mañana tengo que comulgar...

—¿Eso qué importa?

—¡Vaya si importa!

—Lo dejas para otro día. En fin, ya arreglarás eso con mamá; porque ella viene á buscarte.

Y sin atender á más, salió del portal el aturdido marquesito.

Petra ya estaba dentro, en el patio, haciendo como que no oía. «Ya sabía á qué atenerse; era aquel. Por lo menos aquel era uno. El Marquesito la había entretenido á ella para dejar solos á los otros. Se le conocía en que estaba tan frío. No le había dado ni un mal abrazo en lo oscuro.» Escuchó. Oyó que don Alvaro se despedía con una voz temblona y muy humilde.

—¿Irá Vd. al teatro?

—No, de fijo no—contestó la Regenta, cerrando detrás de sí la puerta y entrando en el patio.





X

A las ocho en punto, la berlina de la Marquesa venía arrancando chispas por las mal empedradas calles de la Encimada; llegaba á la Plaza Nueva y se detenía delante del caserón arrinconado.

La Marquesa, de azul y oro, luciendo asomos de encantos que fueron, hoy mustios collados, con las canas teñidas de negro y el tinte empolvado de blanco, entraba en el comedor de la Regenta abriendo puertas con estrépito.

—¿Cómo? qué es esto? no te has vestido?

—¡Qué terca!—exclamó Paquito, que acompañaba á su madre.

Don Víctor inclinó la cabeza y encogió los hombros, dando á entender que no era responsable de aquella terquedad.

«Él sí, estaba dispuesto.» En efecto, se abrochaba los guantes y lucía su levita de tricot muy ajustada.

Ana sonrió á la Marquesa.

—Pero, señora, si es una locura. ¿Por qué se ha molestado Vd.?

—¿Cómo locura? Ahora mismo te vas á vestir. Pues ya que me he molestado, como tú dices, no será en vano. Ea! arriba; ó aquí mismo, delante de estos señores te peino, te calzo y te visto.

—Eso es—dijo Paco—te vestimos, te peinamos...

Don Víctor instó también.

—*La Vida es Sueño*, hija mía, es el portento de los portentos del teatro... Es un drama simbólico... filosófico.

—Sí, ya sé, Quintanar...

—Y Perales, que lo dice tan bien, mi amigo Perales...

—Y que habrá tanta gente—añadió la Marquesa.

—Por Dios, señora; con mil amores, si no fuera... ¿No voy otras veces! Pero si mañana tengo que comulgar!

—¡Tá, tá, tá, tá! ¿y qué tiene eso que ver? ¿Lo sabe la gente? ¿Vas tú al Teatro á pecar?

—El arte es una religión!—advirtió don Víctor consultando el reloj, temeroso de perder lo de

> Hipógrifo violento
> que corriste parejas con el viento.

Después supo que esto lo suprimían. «¡Qué escándalo!»

—Pero, niña—prosiguió—demasiado nos honra la Marquesa.

—¿Qué honra ni qué calabazas?... pero ha de venir.

—No señora; es inútil insistir.

Disputaron mucho tiempo; pero al fin doña Rufina, que también quería ver empezar, cedió y se llevó á don Víctor, que hizo algunos remilgos.

—Ya que ella es tan terca, me quedaré yo también.

—¡No faltaba más!—exclamó la Regenta asustada. ¿No vas otras noches?

Don Víctor insistió otro poco en quedarse, en perder aquel drama de dramas.

Pero al fin Ana se vió sola en el comedor, cerca de aquella chimenea de campana, churrigueresca, exuberante de relieves de yeso, pintada con colores de lagarto; la chimenea, al amor de cuya lumbre leyera en otros días tantos folletines la señorita doña Anunciación Ozores, que en paz descansa. Ahora no había allí fuego; la hornilla, descubierta, era un agujero de tristeza.

Petra recogió el servicio del café. Andaba perezosa. Entró y salió muchas veces. El ama no la veía siquiera, miraba, sin mover los párpados, á la hornilla negra y fría. La doncella se comía con los ojos á la señora. «¡No va al teatro! Aquí pasa algo. ¿Estorbaré? ¿Me necesitará?»

—¿Querrá algo la señora?—preguntó.

Sobresaltada la Regenta, respondió:

—Yo?... qué?... Nada; vete.

«Después de todo, era una tontería haber dado aquel desaire á la Marquesa, estando decidida á no comulgar al día siguiente. Pero, ¿y por qué no había de comulgar? ¿Era ella una beata con escrúpulos necios? ¿Qué tenía que echarse en cara? ¿En qué había faltado? Todo Vetusta en aquel momento estaba gozando entre ruido, luz, música, alegría; y ella sola, sola, allí en aquel comedor oscuro, triste, frío, lleno de recuerdos odiosos ó necios, huyendo la ocasión de dar pábulo á una pasión que halagaría á la mujer más presuntuosa. ¿Era esto pecar? Nada tenía ella que ver con don Álvaro. Podía él estar todo lo enamorado que quisiera, pero ella jamás le otorgaría el favor más insignificante. Desde ahora, ni mirarle siquiera. Estaba

decidida. ¿Qué había que confesar? Nada. ¿Para qué reconciliar? Para nada. Podía comulgar sin miedo; sí, madrugaría, comulgaría. ¡Pero bastaba, bastaba por Dios, de pensar en aquello! Se volvía loca. Aquel continuo estudiar su pensamiento, acecharse á sí misma, acusarse, por ideas inocentes, de malos pensamientos, era un martirio. Un martirio que añadía á los que la vida le había traído y seguía trayendo sin buscarlos. Pero ¿qué había de hacer sino cavilar una mujer como ella? ¿En qué se había de divertir? ¿En cazar con liga ó con reclamo como su marido? ¿En plantar eucaliptus donde no querían nacer, como Frígilis?»



En aquel momento vió á todos los vetustenses felices á su modo, entregados unos al vicio, otros á cualquier manía, pero todos satisfechos. Sólo ella estaba allí como en un destierro. «Pero ¡ay! era una desterrada que no tenía patria á dónde volver, ni por la cual suspirar. Había vivido en Granada, en Zaragoza, en Granada otra vez, y en Valladolid; don Víctor siempre con ella; ¿qué había dejado ni á orillas del Ebro, el río del Trovador, ni á orillas del Genil y el Darro? Nada; á lo más, algún conato de aventura ridícula. Se acordó del inglés que tenía un carmen junto á la Alhambra, el que se enamoró de ella y le regaló la piel del tigre cazado en la India por sus criados. Había sabido más adelante que aquel hombre, que en una carta—que ella rasgó—la juraba ahorcarse de un árbol histórico de los jardines del Generalife «junto á las fuentes de eterna poesía y voluptuosa frescura», aquel pobre Mr. Brooke se había casado con una gitana del Albai-

cín. Buen provecho ; pero de todas maneras era una aventura estúpida. La piel del tigre la conservaba, por el tigre, no por el inglés.» Esta historia no la sabía bien Obdulia ; creía que se trataba de un norte-americano ; se lo había dicho Visitación...

«¿ Por qué no había ido al teatro ? Tal vez allí hubiera podido alejar de sí aquellas ideas tristes, desconsoladoras que se clavaban en su cerebro como alfileres en un acerico. Si estaba siendo una tonta. ¿ Por qué no había de hacer lo que todas las demás ?» En aquel instante pensaba como si no hubiera en toda la ciudad más mujeres honestas que ella. Se puso en pié; estaba impaciente, casi airada. Miró á la llama de la lámpara suspendida sobre la mesa..... La ofendía aquella luz. Salió del comedor ; entró en su gabinete; abrió el balcon, apoyó los codos en el hierro y la cabeza en las manos. La luna brillaba en frente, detrás de los soberbios eucaliptus del *Parque*, plantados por Frígilis. Duraba aquel viento sur blando, templado, perezoso ; á veces ráfagas vivas movían como sonajas de panderetas las hojas, que empezaban á secarse y sonaban con timbre metálico. Eran como estremecimientos de aquella naturaleza próxima á dormir su sueño de invierno.

Ana oía ruidos confusos de la ciudad con resonancias prolongadas, melancólicas ; gritos, fragmentos de canciones lejanas, ladridos. Todo desvanecido en el aire, como la luz blanquecina reverberada por la niebla tenue que se cernía sobre Vetusta, y parecía el cuerpo del viento blando y caliente. Miró al cielo, á la luz grande que tenía en frente, sin saber lo que miraba ; sintió en los ojos un polvo de claridad argentina; hilo de plata que bajaba desde lo alto á sus ojos, como telas de araña ; las lágrimas refractaban así los rayos de la luna.

«¿Por qué lloraba ? ¿ Á qué venía aquello ? También

ella era bien necia. Tenía miedo de estos enternecimientos que no servían para nada.»

La luna la miraba á ella con un ojo solo, metido el otro en el abismo; los eucaliptus de Frígilis inclinando leve y majestuosamente su copa se acercaban unos á otros, cuchicheando, como diciéndose discretamente lo que pensaban de aquella loca, de aquella mujer sin madre, sin hijos, sin amor, que había jurado fidelidad eterna á un hombre que prefería un buen macho de perdiz á todas las caricias conyugales.

«Aquel Frígilis, el de los eucaliptus, había tenido la culpa. Se lo había metido por los ojos. Y hacía ocho años y todavía pensaba en esta mala pasada de Frígilis como si fuera una injuria de la víspera. ¿Y si se hubiera casado con don Frutos Redondo? Acaso le hubiera sido infiel. Pero aquel don Víctor era tan bueno, tan caballero! parecía un padre, y aparte la fe jurada, era una villanía, una ingratitud engañarle. Con don Frutos hubiera sido tal vez otra cosa. No hubiera habido más remedio. ¡Sería tan brutal, tan grosero! Don Álvaro entonces la hubiera robado, sí, y estarían al fin del mundo á estas horas. Y si Redondo se incomodaba, tendría que batirse con Mesía.» Ana contempló á don Frutos, el mísero tendido sobre la arena, ahogándose en un charco de sangre, como la que ella había visto en la plaza de toros, una sangre casi negra, muy espesa y con espuma...

«¡Qué horror!» Tuvo asco de aquella imagen y de las ideas que la habían traído.

«¡Qué miserable soy en estas horas de desaliento! ¡Qué infamias estoy pensando!...» Se ahogaba en el balcón. Quiso bajar á la huerta, al *Parque;* sin pedir luz ni encenderla, alumbrada por la luna, atravesó algunas habitaciones buscando la escalera del parterre; pero al pasar cerca del despacho de Quintanar, cambió de propósito y se dijo: «Entraré ahí; ese debe de

tener fósforos sobre la mesa. Voy á escribir al Magistral; le diré que me espere mañana de tarde; necesito reconciliar; yo no puedo recibir la comunión así; se lo contaré todo, todo, lo de dentro, lo de más adentro también.»

El despacho estaba á oscuras; allí no entraba la luna. Ana avanzó tentando las paredes. Á cada paso tropezaba con un mueble. Se arrepintió de haberse aventurado sin luz en aquella estancia que no tenía un pié cuadrado libre de estorbos. Pero ya no era cosa de volverse atrás. Dió un paso sin apoyarse en la pared, siguió de frente, con las manos de avanzada para evitar un choque...

—Ay! Jesús! Quién va? quién es? quién me sujeta? —gritó horrorizada.

Su mano había tocado un objeto frío, metálico, que había cedido á la opresión, y en seguida oyó un chasquido y sintió dos golpes simultáneos en el brazo, que quedó preso entre unas tenazas inflexibles que oprimían la carne con fuerza. Con toda la que le dió el miedo sacudió el brazo para librarse de aquella prisión, mientras seguía gritando:

—Petra! luz! quién está aquí?

Las tenazas no soltaron la presa; siguieron su movimiento y Ana sintió un peso, y oyó el estrépito de cristales que se quebraban en el pavimento al caer en compañía de otros objetos, resonantes al chocar con el piso. No se atrevía á coger con la otra mano las tenazas que la oprimían, y no se libraba de ellas aunque seguía sacudiendo el brazo. Buscó la puerta, tropezó mil veces; ya sin tino, todo lo echaba á tierra; sonaba sin cesar el ruido de algo que se quebraba ó rodaba con estrépito por el suelo. Llegó Petra con luz.

—Señora! señora! ¿qué es esto? ¡Ladrones!

—No, calla! Ven acá, quítame esto que me oprime como unas tenazas.

Ana estaba roja de vergüenza y de ira. Sentía una indignación tan grande como la cólera de Aquiles, el hijo de Peleo.



Petra intentó arrancar el brazo de su ama de aquella trampa en que había caído.

Era una máquina que, según Frígilis y Quintanar,

sus inventores, serviría para coger zorros en los gallineros en cuanto acabasen ellos de vencer cierta dificultad de mecánica que retardaba la aplicación del artefacto. Era necesario que el hocico del animal tocase en un punto determinado; si tocaba, inmediatamente caía sobre su cabeza una barra metálica y otra idéntica le sujetaba por debajo de la quijada inferior. La fuerza del resorte no era suficiente para matar al ladrón de corral, pero sí para detenerlo, merced á ciertos ganchos incruentos sabiamente preparados. Ni Frígilis ni Quintanar querían sangre; no pretendían más que tener bien sujeto al delincuente cogido infraganti. Si estos inventores no hubieran sabido armonizar los intereses de la industria con los estatutos de la sociedad protectora de animales, lo hubiera pasado mal aquella noche la Regenta. Por fortuna, Quintanar era correccionalista; quería la enmienda del culpable, pero no su destrucción. Los zorros que él cazara, sobrevivirían. No faltaba, para que la máquina fuese perfecta, más que esto: que los ladrones de gallinas viniesen á tropezar con el botón del resorte endiablado, como había tropezado aquella señora.

Ni Petra ni su ama conocían el uso de aquel artefacto que tuvieron que destrozar—y buenos sudores les costó—para separarlo del brazo que magullaba.

Petra contenía la risa á duras penas. Se contentó con decir:

—Qué *estropicio!*—apuntando á los pedazos de loza, cristal, y otras materias incalificables que yacían sobre el piso.

—Si hubiera sido yo, me despedía don Víctor... ¡Ay, señora! si ha roto Vd. tres de esos tiestos nuevos... ¡y el cuadro de las mariposas se ha hecho pedacitos! y se ha roto una vitrina del herbario! y...

—Basta! deja esa luz ahí, vete—interrumpió la Regenta.

Petra insistió gozándose en la disimulada cólera de su ama.

—¿Quiere Vd. que traiga árnica, señora? Mire Vd., tiene el brazo amoratado... ya lo creo... apenas mordería con fuerza ese demonio de guillotina... pero, ¿qué será eso? ¿Vd. lo sabe?

—Yo... no... no; déjame. Tráeme un poco de agua.

—Ya lo creo; y tila, si está Vd. pálida como una muerta. ¿Pero por qué andaba Vd. á oscuras, señora? ¡Qué susto! pero qué susto!... ¿Qué demonches de diablura será eso? Pues para cazar gorriones no es... Y lo hemos roto... mire Vd... pero no hubo remedio.

Petra salió, volviendo con árnica que no quiso aplicarse la Regenta; después vino con tila, recogió los restos de los cachivaches y los puso sobre mesas y armarios como si fueran reliquias santas. Sentía un júbilo singular viendo aquella ruina de objetos que ella tenía que considerar como vasos sagrados de un culto desconocido.

—¡Si hubiera sido yo!—repetía entre dientes, al juntar los últimos pedazos, puesta en cuclillas.

Gozaba con delicia de aquella catástrofe, desde el punto de vista de su irresponsabilidad.

Ana bajó á la huerta, olvidada ya de la carta que quería escribir. Le dolía el brazo. Le dolía con el escozor moral de las bofetadas que deshonran. Le parecía una vergüenza y una degradación ridícula todo aquello. Estaba furiosa. «¡Su don Víctor! Aquel idiota! Sí, idiota; en aquel momento no se volvía atrás. ¡Qué diría Petra para sus adentros! ¿Qué marido era aquel que cazaba con trampa á su esposa?» Miró á la luna y se le figuró que le hacía muecas burlándose de su aventura. Los árboles seguían hablándose al oído, murmurando con todas las hojas; comentaban con irónica sonrisilla el lance de la guillotina, como decía Petra.

«Qué hermosa noche! Pero ¿quién era ella para admirar la noche serena? ¿Qué tenía que ver toda aquella poesía melancólica de cielo y tierra con lo que le sucedía á ella?»

»Si pensaría Quintanar que una mujer es de hierro y puede resistir, sin caer en la tentación, manías de un marido que inventa máquinas absurdas para magullar los brazos de su esposa. Su marido era botánico, ornitólogo, floricultor, arboricultor, cazador, crítico de comedias, cómico, jurisconsulto; todo menos un marido. Quería más á Frígilis que á su mujer. ¿Y quién era Frígilis? Un loco; simpático años atrás, pero ahora completamente *ido*, intratable; un hombre que tenía la manía de la aclimatación, que todo lo quería armonizar, mezclar y confundir; que ingertaba perales en manzanos y creía que todo era uno y lo mismo, y pretendía que el caso era «adaptarse al medio.» Un hombre que había llegado en su orgía de disparates á ingertar gallos ingleses en gallos españoles: ¡lo había visto ella! Unos pobrecitos animales con la cresta despedazada, y encima, sujeto con trapos un muñón de carne cruda, sanguinolenta ¡qué asco! Aquel Herodes era el Pílades de su marido. Y hacía tres años que ella vivía entre aquel par de sonámbulos, sin más relaciones íntimas. Bastaba, bastaba, no podía más; aquello era la gota de agua que hace desbordar... ¡caer en una trampa que un marido coloca en su despacho como si fuera el monte! ¡no era esto el colmo de lo ridículo!»

La exageración de aquel sentimiento de cólera injustísima, pueril, la hizo notar su error. «¡Ella sí que era ridícula! Irritarse de aquel modo por un incidente vulgar, insignificante!» Y volvió contra sí todo el desprecio. «¿Qué culpa tiene él de que yo éntre á deshora, sin luz en su despacho? ¿Qué motivo racional de queja tenia ella? Ninguno. Oh! no había pretexto, no había pretexto para la ingratitud...»

«Pero no importaba; ella se moría de hastío. Tenía veintisiete años, la juventud huía; veintisiete años de mujer eran la puerta de la vejez á que ya estaba llamando... y no había gozado una sola vez esas delicias del amor de que hablan todos, que son el asunto de comedias, novelas y hasta de la historia. El amor es lo único que vale la pena de vivir, había ella oído y leído muchas veces. Pero ¿qué amor? ¿dónde estaba ese amor? Ella no lo conocía. Y recordaba entre avergonzada y furiosa que su luna de miel había sido una excitación inútil, una alarma de los sentidos, un sarcasmo en el fondo; sí, sí, ¿para qué ocultárselo á sí misma si á voces se lo estaba diciendo el recuerdo?: la primer noche, al despertar en su lecho de esposa, sintió junto á sí la respiración de un magistrado; le pareció un despropósito y una desfachatez que ya que estaba allí dentro el señor Quintanar, no estuviera con su levita larga de tricot y su pantalón negro de castor; recordaba que las delicias materiales, irremediables, la avergonzaban, y se reían de ella al mismo tiempo que la aturdían: el gozar sin querer junto á aquel hombre le sonaba como la frase del miércoles de ceniza *¡quia pulvis es!* eres polvo, eres materia... pero al mismo tiempo se aclaraba el sentido de todo aquello que había leído en sus mitologías, de lo que había oído á criados y pastores murmurar con malicia... ¡Lo que aquello era y lo que podía haber sido!... Y en aquel presidio de castidad no le quedaba ni el consuelo de ser tenida por mártir y heroína... Recordaba también las palabras de envidia, las miradas de curiosidad de doña Águeda (q. e. p. d.) en los primeros días del matrimonio; recordaba que ella, que jamás decía palabras irrespetuosas á sus tías, había tenido que esforzarse, para no gritar: «¡Idiota!» al ver á su tía mirarla así. Y aquello continuaba, aquello se había sufrido en Granada, en Zaragoza, en Granada otra vez y luégo en Valladolid. Y ni siquiera

la compadecían. Nada de hijos. Don Víctor no era pesado, eso es verdad. Se había cansado pronto de hacer el galán y paulatinamente había pasado al papel de barba que le sentaba mejor. ¡Oh, y lo que es como un padre se había hecho querer, eso sí!; no podía ella acostarse sin un beso de su marido en la frente. Pero llegaba la primavera y ella misma, ella le buscaba los besos en la boca; le remordía la conciencia de no quererle como marido, de no desear sus caricias; y además tenía miedo á los sentidos excitados en vano. De todo aquello resultaba una gran injusticia no sabía de quién, un dolor irremediable que ni siquiera tenía el atractivo de los dolores poéticos; era un dolor vergonzoso, como las enfermedades que ella había visto en Madrid anunciadas en faroles verdes y encarnados. ¿Cómo había de confesar aquello, sobre todo así, como lo pensaba? y otra cosa no era confesarlo.»

«Y la juventud huía, como aquellas nubecillas de plata rizada que pasaban con alas rápidas delante de la luna... ahora estaban plateadas, pero corrían, volaban, se alejaban de aquel baño de luz argentina y caían en las tinieblas que eran la vejez, la vejez triste, sin esperanzas de amor. Detrás de los vellones de plata que, como bandadas de aves cruzaban el cielo, venía una gran nube negra que llegaba hasta el horizonte. Las imágenes entonces se invirtieron; Ana vió que la luna era la que corría á caer en aquella sima de oscuridad, á extinguir su luz en aquel mar de tinieblas.»

»Lo mismo era ella; como la luna, corría solitaria por el mundo á abismarse en la vejez, en la oscuridad del alma, sin amor, sin esperanza de él... oh, no, no, eso no!»

Sentía en las entrañas gritos de protesta, que le parecía que reclamaban con suprema elocuencia, inspirados por la justicia, derechos de la carne, derechos de la hermosura. Y la luna seguía corriendo, como

despeñada, á caer en el abismo de la nube negra que la tragaría como un mar de betún. Ana, casi delirante, veía su destino en aquellas apariencias nocturnas del cielo, y la luna era ella, y la nube la vejez, la vejez terrible, sin esperanza de ser amada. Tendió las manos al cielo, corrió por los senderos del *Parque*, como si quisiera volar y torcer el curso del astro eternamente romántico. Pero la luna se anegó en los vapores espesos de la atmósfera y Vetusta quedó envuelta en la sombra. La silueta de la catedral, que á la luz de la clara noche se destacaba con su espiritual contorno, transparentando el cielo con sus encajes de piedra, rodeada de estrellas, como la Virgen en los cuadros, en la oscuridad ya no fué más que un fantasma puntiagudo; más sombra en la sombra.

Ana, lánguida, desmayado el ánimo, apoyó la cabeza en las rejas frías de la gran puerta de hierro que era la entrada del *Parque* por la calle de Tras-la-cerca. Así estuvo mucho tiempo, mirando las tinieblas de fuera, abstraída en su dolor, sueltas las riendas de la voluntad, como las del pensamiento que iba y venía, sin saber por dónde, á merced de impulsos de que no tenía conciencia.

Casi tocando con la frente de Ana, metida entre dos rejas, pasó un bulto por la calle solitaria pegado á la pared del *Parque*.

«¡Es él!» pensó la Regenta que conoció á don Alvaro, aunque la aparición fué momentánea; y retrocedió asustada. Dudaba si había pasado por la calle ó por su cerebro.

Era don Alvaro en efecto. Estaba en el teatro, pero en un entreacto se le ocurrió salir á satisfacer una curiosidad intensa que había sentido. «Si por casualidad estuviese en el balcón... No estará, es casi seguro, pero ¿si estuviese?» No tenía él la vida llena de felices accidentes de este género? ¿no debía á la buena suerte,

á la *chance* que decía don Alvaro, gran parte de sus triunfos? ¡Yo y la ocasión! era una de sus divisas. ¡Oh! si la veía, la hablaba, le decía que sin ella yo no podía vivir, que venía á rondar su casa como un enamorado de veinte años platónico y romántico, que se contentaba con ver por fuera aquel paraiso... Sí, todas estas sandeces le diría con la elocuencia que ya se le ocurriría á su debido tiempo. El caso era que, por casualidad, estuviese en el balcón. Salió del teatro, subió por la calle de Roma, atravesó la Plaza del Pan y entró en la del Águila. Al llegar á la Plaza Nueva se detuvo, miró desde lejos á la rinconada... no había nadie al balcón... Ya lo suponía él. No siempre salen bien las corazonadas. No importaba... Dió algunos paseos por la plaza, desierta á tales horas... Nadie; no se asomaba ni un gato. «Una vez allí ¿por qué no continuar el cerco romántico?» Se reía de sí mismo. Cuántos años tenía que remontar en la historia de sus amores para encontrar paseos de aquella índole! — Sin embargo de la risa, sin temor al barro que debía de haber en la calle de Tras-la-cerca, que no estaba empedrada, se metió por un arco de la Plaza Nueva, entró en un callejón, después en otro y llegó al cabo á la calle á que daba la puerta del *Parque*. Allí no había casas, ni aceras, ni faroles; era una calle porque la llamaban así, pero consistía en un camino maltrecho, de piso desigual y fangoso entre dos paredones, uno de la Cárcel y otro de la huerta de los Ozores. Al acercarse á la puerta, pegado á la pared, por huir del fango, Mesía creyó sentir la corazonada verdadera, la que él llamaba así, porque era como una adivinación instantánea, una especie de doble vista. Sus mayores triunfos de todos géneros habían venido así, con la corazonada verdadera, sintiendo él de repente, poco antes de la victoria, un valor insólito, una seguridad absoluta; latidos en las sienes, sangre en las mejillas,

angustia en la garganta... Se paró. «Estaba allí la Regenta, allí en el Parque, se lo decía aquello que estaba sintiendo... ¿Qué haría si el corazón no le engañaba? Lo de siempre en tales casos; ¡jugar el todo por el todo! Pedirla de rodillas sobre el lodo, que abriera; y si se negaba, saltar la verja, aunque era poco menos que imposible; pero, sí, la saltaría. ¡Si volviera á salir la luna! No, no saldría; la nube era inmensa y muy espesa; tardaría media hora la claridad.»

Llegó á la verja; él vió á la Regenta primero que ella á él. La conoció, la adivinó antes.

«—Es tuya!—le gritó el demonio de la seducción;—te adora, te espera.»

Pero no pudo hablar, no pudo detenerse. Tuvo miedo á su víctima. La superstición vetustense respecto de la virtud de Ana la sintió él en sí; aquella virtud, como el Cid, ahuyentaba al enemigo después de muerta acaso; él huir, ¡lo que nunca había hecho! tenía miedo... ¡la primera vez!

Siguió; dió tres, cuatro pasos más sin resolverse á volver pié atrás, por más que el demonio de la seducción le sujetaba los brazos, le atraía hacia la puerta y se le burlaba con palabras de fuego al oído llamándole: «Cobarde, seductor de meretrices!... Atrévete, atrévete con la verdadera virtud; ahora ó nunca!...»

«—Ahora, ahora!»—gritó Mesía con el único valor grande que tenía;—y ya á diez pasos de la verja volvió atrás furioso, gritando:

—Ana! Ana!

Le contestó el silencio. En la oscuridad del *Parque* no vió más que las sombras de los eucaliptus, acacias y castaños de Indias, y allá á lo lejos, como una pirámide negra la silueta de la *Washingtonia*, el único amor de Frígilis, que la plantó y vió crecer sus hojas, su tronco, sus ramas.

Esperó en vano.



—Ana, Ana—volvió á decir quedo, muy quedo; —pero sólo le contestaban las hojas secas, arrastradas por el viento suave sobre la arena de los senderos.

Ana había huído. Al ver tan cerca aquella tentación que amaba, tuvo pavor, el pánico de la honradez, y corrió á esconderse en su alcoba, cerrando puertas tras de sí, como si aquel libertino osado pudiera perseguirla, atravesando la muralla del *Parque.* Sí, sentía ella que don Alvaro se infiltraba, se infiltraba en las almas, se filtraba por las piedras; en aquella casa todo se iba llenando de él, temía verle aparecer de pronto, como ante la verja del *Parque.*

«¿Será el demonio quien hace que sucedan estas casualidades?» pensó seriamente Ana, que no era supersticiosa.

Tenía miedo; veía su virtud y su casa bloqueadas, y acababa de ver al enemigo asomar por una brecha. Si la proximidad del crimen había despertado el instinto de la inveterada honradez, la proximidad del amor había dejado un perfume en el alma de la Regenta que empezaba á manifestarse.

«¡Qué fácil era el crimen! Aquella puerta... la noche... la oscuridad... Todo se volvía cómplices. Pero ella resistiría. Oh! sí! aquella tentación fuerte, prometiendo encantos, placeres desconocidos, era un enemigo digno de ella. Prefería luchar así. La lucha vulgar de la vida ordinaria, la batalla de todas las ideas con el hastío, el ridículo, la prosa, la fatigaban; era una guerra en un subterráneo entre fango. Pero luchar con un hombre hermoso, que acecha, que se aparece como un conjuro ó un pensamiento; que llama desde la sombra; que tiene como una aureola, un perfume de amor... esto era algo, esto era digno de ella. Lucharía.

Don Víctor volvió del teatro y se dirigió al gabinete

de su mujer. Ana se le arrojó á los brazos, le ciñó con los suyos la cabeza y lloró abundantemente sobre las solapas de la levita de tricot.



La crisis nerviosa se resolvía, como la noche anterior, en lágrimas, en ímpetus de piadosos propósitos de fidelidad conyugal. Su don Víctor, á pesar de las máquinas infernales, era el deber; y el Magistral sería la égida que la salvaría de todos los golpes de la tentación formidable.

Pero Quintanar no estaba enterado. Venía del teatro muerto de sueño—¡no había dormido la noche anterior!—y lleno de entusiasmo lírico - dramático. Francamente, aquellos enternecimientos periódicos le parecían excesivos y molestos á la larga. «¿Qué diablos tenía su mujer?»

—Pero, hija, ¿qué te pasa? tú estás mala...

—No, Víctor, no; déjame, déjame por Dios ser así. ¿No sabes que soy nerviosa? Necesito esto, necesito quererte mucho y acariciarte... y que tú me quieras también así.

—Alma mía, con mil amores!... pero... esto no es natural, quiero decir... está muy en orden, pero á estas horas... es decir... á estas alturas... vamos... que... Y si hubiéramos venido... se explicaría mejor... pero así, sin más ni más... Yo te quiero infinito, ya lo sabes; pero tú estás mala y por eso te pones así; sí, hija mía, estos extremos...

—No son extremos, Quintanar—dijo Ana sollozando

y haciendo esfuerzos supremos para idealizar á don Víctor que traía el lazo de la corbata debajo de una oreja.

—Bien, vida mía, no serán; pero tú estás mala. Ayer amagó el ataque, te pusiste nerviosilla... hoy ya ves cómo estás... Tú tienes algo.

Ana movió la cabeza negando.

—Sí, hija mía; hemos hablado de eso en el palco la Marquesa, don Robustiano y yo. El doctor opina que la vida que llevas no es sana, que necesitas dar variedad á la actividad cerebral y hacer ejercicio; es decir, distracciones y paseos. La marquesa dice que eres demasiado formal, demasiado buena, que necesitas un poco de aire libre, ir y venir... y yo, por último, opino lo mismo, y estoy resuelto—esto lo dijo con mucha energía—estoy resuelto á que termine la vida de aislamiento. Parece que todo te aburre; tú vives allá en tus sueños... Basta, hija mía, basta de soñar. ¿Te acuerdas de lo que te pasó en Granada? Meses enteros estuviste sin querer teatros, ni visitas, ni más que escapadas á la Alhambra y al Generalife; y allí leyendo y papando moscas te pasabas las horas muertas. Resultado: que enfermaste y si no me trasladan á Valladolid, te me mueres. Y en Valladolid? Recobraste la salud gracias á la fuerza de los alimentos, pero la melancolía mal disimulada seguía, los nervios erre que erre... Volvemos á Vetusta, casi pasando por encima de la ley, y nos coge el luto de tu pobre tía Águeda que se fué á juntar con la otra, y con ese pretexto te encierras en este caserón y no hay quien te saque al sol en un año. Leer y trabajar como si estuvieras á destajo... No me interrumpas; ya sabes que riño pocas veces; pero ya que ha llegado la ocasión, he de decirlo todo; eso es, todo. Frígilis me lo repite sin cesar: «Anita no es feliz.»

—¿Qué sabe él?

—Bien sabes que él te quiere, que es nuestro mejor amigo.

—Pero ¿ por qué dice que no soy feliz ? ¿ En qué lo conoce ?...

—No lo sé; yo no lo había notado, lo confieso, pero ya me voy inclinando á su parecer. Estas escenas nocturnas...

—Son los nervios, Quintanar.

—Pues guerra á los nervios ¡caracoles!

—Sí...

—Nada; fallo: que debo condenar y condeno esta vida que haces, y desde mañana mismo otra nueva. Iremos á todas partes y, si me apuras, le mando á Paco ó al mismísimo Mesía, el Tenorio, el simpático Tenorio, que te enamoren.

—¡Qué atrocidad!..

—¡ Programa!—gritó don Víctor:—al teatro dos veces á la semana por lo menos; á la tertulia de la Marquesa cada cinco ó seis días, al Espolón todas las tardes que haga bueno; á las reuniones de confianza del Casino en cuanto se inauguren este año; á las meriendas de la Marquesa, á las excursiones de la *high life* vetustense, y á la catedral cuando predique don Fermín y repiquen gordo. ¡ Ah ! y por el verano á Palomares, á bañarse y á vestir batas anchas que dejen entrar el aire del mar hasta el cuerpo... ea, ya sabes tu vida. Y esto no es un programa de gobierno, sino que se cumplirá en todas sus partes. La Marquesa, don Robustiano y Paquito me han prometido ayudarme, y Visitación, que estaba en la platea de Páez, también me dijo que contara con ella para sacarte de tus casillas... Sí, señora, saldremos de nuestras casillas. No quiero más nervios, no quiero que Frígilis diga que no eres feliz...

—¿ Qué sabe él ?

—Ni quiero llantos que me quitan á mí el sueño.

Cuando lloras sin saber por qué, hija mía, me entra una comezón, un miedo supersticioso... Se me figura que anuncias una desgracia.

Ana tembló, como sintiendo escalofríos.

—¿Ves? tiemblas; á la cama, á la cama, angel mío; todos á la cama; yo me estoy cayendo.

Bostezó don Víctor y salió del gabinete después de depositar un casto beso en la frente de su mujer.

Entró en su despacho. Estaba de mal humor. «Aquella enfermedad misteriosa de Ana—porque era una enfermedad, estaba seguro—le preocupaba y le molestaba. No estaba él para templar gaitas; los nervios le eran antipáticos; estas penas sin causa conocida no le inspiraban compasión, le irritaban, le parecían mimos de enfermo; él quería mucho á su mujer, pero á los nervios les aborrecía... Además en el teatro había tenido una discusión acalorada: un majadero, un sietemesino que estudiaba en Madrid, había dicho que el teatro de Lope y de Calderón no debía imitarse en nuestros días, que en las tablas era poco natural el verso, que para los dramas de la época era mejor la prosa. ¡Imbécil! ¡que el verso es poco natural! Cuando lo natural sería que todos, sin distinción de clases, al vernos ultrajados prorrumpiéramos en quintillas sonoras! La poesía será siempre el lenguaje del entusiasmo, como dice el ilustre Jovellanos. Figurémonos que yo me llamo Benavides y que Carvajal quiere quitarme la honra

á oscuras, como el ladrón
de infame merecimiento;

pues ¿dónde habrá cosa más natural que incomodarme yo, y exclamar con Tirso de Molina (representando):

Á satisfacer la fama
que me habéis hurtado vengo:

mi agravio es león que brama;
un león por armas tengo,
y Benavides se llama.
De vuestros torpes amores
dará venganza á mi enojo,
mostrando á mis sucesores
la nobleza de un león rojo
en sangre de dos traidores...?»

Don Víctor se fijó en un velador, que era Carvajal y ya iba á concederle la palabra, para que dijese en són de disculpa:

Desde que sois mi cuñado
ni de palabras me afrento..., etc.,

cuando vió con espanto sobre el mueble los restos de su herbario, de sus tiestos, de su colección de mariposas, de una docena de aparatos delicados que le servían en sus variadas industrias de fabricante de jaulas y grilleras, artista en marquetería, coleccionador entomólogo y botánico, y otras no menos respetables.

—¡Dios mío! ¡qué es esto!—gritó en prosa culta—¿quién ha causado esta devastación...? ¡Petra! ¡Anselmo!—y se colgó del cordón de la campanilla.

Entró Petra sonriente.

—¿Qué ha sido esto?

—Señor, yo no he sido... Habrán entrado los gatos.

—¡Cómo los gatos! ¿Por quién se me toma á mí?

Don Víctor alborotaba pocas veces; pero si se tocaba á los cacharros de su museo, como él llamaba aquella exposición permanente de manías, se transformaba en un Segismundo. En efecto, sin darse cuenta de ello, comenzó á parodiar á Perales á quien acababa de ver dando patadas en la escena y gritando como un energúmeno.

—¡Á ver, Anselmo! que venga Anselmo que le voy

á tirar por el balcón si no me explica esto.

Anselmo compareció. Tampoco había sido él.

En medio de su cólera vió Quintanar en un rincón la trampa de los zorros, despedazada, inservible.

—¡Esto más! ¡Vive Dios! Yo que iba á dar en cara á Frígilis... ¡Pero, señor, quién anduvo aquí!

Acudió Ana, porque llegó á su cuarto el ruido.

Lo explicó todo.

—Pero tú, Petra—añadió—¿por qué no le has dicho la verdad al señor?

—Señora, yo... no sabía si debía...

—¿Si debías qué?—preguntó don Víctor con expresión de no comprender.

—Sí debía...

—Al amo no hay que ocultarle nunca nada—dijo la Regenta clavando los ojos altaneros en la criada.

Petra sonrió torciendo la boca, y bajó la cabeza.

Don Víctor miraba á todos con entrecejo de estupidez pasajera.

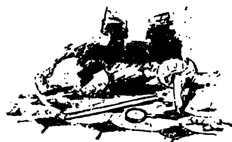
Se quedó solo en su despacho meditando sobre las ruinas de sus inventos, máquinas y colecciones.

«—¡Dios mío! ¡si estará loca la pobrecita!—decía entre suspiros Quintanar, con las manos en la cabeza. Se acostó decidido á consultar seriamente *lo* de su mujer.

Pronto descansaban todos en la casa, menos Petra que en medio de un pasillo, con una palmatoria en la mano, espiaba el silencio del hogar honrado con miradas cargadas de preguntas.

«Había visto ella muchas cosas en su vida de servidumbre... En aquella casa iba á pasar algo. ¿Qué habría hecho la señora en la huerta? ¿No se le había figurado á ella oir allá, hacia la puerta del *Parque*, una voz?... Sería aprensión... pero... algo, algo había allí. ¿Qué papel la reservarían? ¿Contarían con ella? ¡Ay de *ellos* si no!»

Y con una delicia morbosa, la rubia lúbrica olfateaba la deshonra de aquel hogar, oyendo á lo lejos los ronquidos de Anselmo; «otro estúpido que jamás había venido á buscarla en el secreto de la noche»...





XI

El Magistral era gran madrugador. Su vida llena de ocupaciones de muy distinto género, no le dejaba libre para el estudio más que las horas primeras del día y las más altas de la noche. Dormía muy poco. Su doble misión de hombre de gobierno en la diócesis y sabio de la catedral le imponía un trabajo abrumador; además, era un clérigo de mundo; recibía y devolvía muchas visitas, y este cuidado, uno de los más fastidiosos, pero de los más importantes, le robaba mucho tiempo. Por la mañana estudiaba filosofía y teología, leía las revistas científicas de los jesuítas, y escribía sus sermones y otros

trabajos literarios. Preparaba una *Historia de la Diócesis de Vetusta*, obra seria, original, que daría mucha luz á ciertos puntos oscuros de los anales eclesiásticos de España. De este libro, sin conocerlo, hablaba muy mal don Saturnino Bermúdez, cuando estaba un poco alegre, después de comer. Uno de sus secretos era, que «el Magistral merecía el nombre de sabio, pero no precisamente el de arqueólogo; nadie sirve para todo.»

Don Fermín escribía á la luz tenue y blanca del crepúsculo; la mañana estaba fresca; de vez en cuando, por vía de descanso, De Pas se entretenía en soplarse los dedos. Meditaba. Tenía los piés envueltos en un mantón viejo de su madre. Cubríale la cabeza un gorro de terciopelo negro, raído; la sotana, bordada de zurcidos, pardeaba de puro vieja, y las mangas de la chaqueta que vestía debajo de la sotana relucían con el brillo triste del paño muy rozado. Aquel traje sórdido, que tal contraste mostraba con la elegancia, riqueza y pulcritud que ante el mundo lucía el Magistral, desaparecía concluído el trabajo, al aproximarse la hora de las visitas probables. Entonces vestía don Fermín un cómodo, flamante y bien cortado balandrán, y en un rincón de la alcoba se escondía las zapatillas de orillo y el gorro con mugre; el zapato que admiraba Bismarck, el delantero, y el solideo que brillaba como un sol negro, ocupaban los respectivos extremos del importante personaje.

En su despacho sólo recibía á los que quería deslumbrar por sabio; en Vetusta y toda su provincia la sabiduría no deslumbraba á casi nadie, y así la mayor parte de las visitas pasaban al salón inmediato.

Pocos podían jactarse de conocer la casa del Provisor de arriba abajo; casi nadie había visto más que el vestíbulo, la escalera, un pasillo, la antesala, y el salón de cortinaje verde y sillería con funda de tela gris; y aun

el salón medio se veía porque estaba poco menos que á oscuras.

Uno de los argumentos que empleaban los que defendían la honradez del Provisor, consistía en recordar la modestia de su ajuar y de su vida doméstica.

Justamente se había hablado de esto la tarde anterior en el Espolón, en un corrillo de murmuradores, clérigos unos, seglares otros.

—Entre su madre y él, puede que no gasten doce mil reales al año—decía muy serio Ripamilán, el venerable Arcipreste.—Él viste bien, eso sí, con elegancia, hasta con lujo, pero conserva mucho tiempo la ropa, la cuida, la cepilla bien, y esta partida del presupuesto viene á ser insignificante. Recuerden Vds., señores, lo que nos duraba un sombrero de teja en los ominosos tiempos en que no nos pagaba el Gobierno. Y en lo demás, ¿qué gastan? Doña Paula con su hábito negro de Santa Rita, total estameña, su mantón apretado á la espalda, y su pañuelo de seda para la cabeza, bien pegado á las sienes, ya está vestida para todo el año. ¿Y comer? Yo no les he visto comer, pero todo se sabe; el catedrático de Psicología, Lógica y Ética, que saben Vds. que es muy amigo mío, aunque partidario de no sé qué endiablada escuela escocesa, y que se pasa la vida en el mercado cubierto, como si aquello fuese la Etoa ó la Academia, pues ese filósofo dice que jamás ha visto á la criada del Provisor comprar salmón, y besugo sólo cuando está barato, muy barato. Pues ¿y la casa? La casa, todos Vds. lo saben, es una cabaña limpia, es la casa de un verdadero sacerdote de Jesús. Lo mejor es lo que conocemos todos, el salón; y válgate Dios por salón! Á la moda del rey que rabió: solemne, pulcro, eso sí; ¡pero qué de trampas tapa aquella oscuridad! ¿Quién nos dice que las sillas de damasco verde no tienen abiertas las entrañas? ¿Las han visto Vds. alguna vez sin funda? ¿Y la cón-

sola panzuda, antiquísima, de un dorado que fué, con su reloj de música sin música y sin cuerda? Señores, no se me diga: el Magistral es pobre y cuanto se murmura de cohechos y simonías es infame calumnia.

—Todo eso es verdad—contestó Foja, el ex-alcalde usurero, que estaba presente siempre en conversaciones de este género. Parecía ubicuo para murmurar. —No se puede negar que viven como miserables, pero lo mismo hace el señor Carraspique y ese es millonario. Los avaros siempre son los más ricos. Para tener dinero, tenerlo. Doña Paula esconde su gato, ¡un gatazo! ¿Y las casas que compra el Magistral por esos pueblos? ¿Y las fincas que ha adquirido doña Paula en Matalerejo, en Toraces, en Cañedo, en Somieda? ¿Y las acciones del Banco?

—¡Calumnia, pura calumnia! Vd. no ha visto las escrituras; Vd. no ha visto las pólizas; Vd. no ha visto nada...

—Pero sé quien lo ha visto.

—¿Quién?

—El mundo entero!—gritó don Santos Barinaga, que siempre acudía á maldecir de su mortal enemigo el Provisor.—El mundo entero!... Yo... yo... ¡Si yo hablara!... pero ya hablaré!

—Bah, bah, bah, don Santos; Vd. no puede ser juez ni testigo en este proceso.

—¿Por qué?

—Porque Vd. aborrece al Magistral.

—Claro que sí...—Y enseñaba los puños apretados. —Y ya me las pagará!

—Pero Vd. le aborrece por aquello de «¿quién es tu enemigo? El de tu oficio.» Vd. vende objetos del culto: cálices, patenas, vinajeras, lámparas, sagrarios, casullas, cera y hasta hostias...

—Sí señor; y á mucha honra, señor Arcipreste.

—Hombre, eso ya lo sé; pero Vd. vende eso y...

—Hola! hola!—interrumpió Foja.—Preciosa confesión! Dato precioso! Don Cayetano confiesa que don Santos y don Fermín son enemigos porque son del mismo oficio. Luego reconoce el eminente Ripamilán que es cierto lo que dice el mundo entero: que, contra las leyes divinas y humanas, el Magistral es comerciante, es el dueño, el verdadero dueño de *La Cruz Roja*, el bazar de artículos de iglesia, al que por fas ó por nefas todos los curas de todas las parroquias del obispado han de venir *velis nolis* á comprar lo que necesitan y lo que no necesitan.

—Permítame Vd., señor Foja ó señor diablo...

—Y el vulgo, es claro, es malicioso; y como da la pícara casualidad de que *La Cruz Roja* ocupa los bajos de la casa contigua á la del Provisor; y como da la picarísima casualidad de que sabemos todos que hay comunicación por los sótanos, entre casa y casa...

—Hombre, no sea Vd. barullón ni embustero.

—Poco á poco, señor canónigo, yo no soy barullero, ni miento, ni soy oscurantista, ni admito ancas de nadie y menos de un cura.

—No será Vd. oscurantista, pero tiene la mollera á oscuras para todo lo que no sea picardía. ¿Qué tiene que ver que al señor Barinaga, al bueno de don Santos, se le haya metido en la cabeza que su comercio de quincalla y cera va á menos por una competencia imaginaria que, según él, le hace el Provisor? ¿Qué tiene que ver eso, alma de cántaro, con que el bazar, como lo llama, de *La Cruz Roja*, tenga sótanos y el Magistral sea comerciante aunque lo prohiban los cánones y el Código de comercio? Sea Vd. liberal, que eso no es ofender á Dios, pero no sea Vd. un boquirroto y mire más lo que dice.

—Oiga Vd., don Cayetano; ni la edad, ni el ser aragonés, le dan á Vd. derecho para desvergonzarse...

—Poco ruido! Poco ruido! señor Fierabrás—repuso el canónigo terciando el manteo.

Es de advertir que el tono de broma en que estas palabras fuertes se decían les quitaba toda gravedad y aire de ofensa. En Vetusta el buen humor consiste en soltarse pullas y *frescas* todo el año, como en perpetuo carnaval, y el que se enfada desentona y se le tiene por mal educado.

—Es que yo—gritó el ex-alcalde—mato un canónigo como un mosquito...

—Ya lo supongo; con alguna calumnia. Venga usted acá, viborezno libre-pensador, Voltaire de monterilla, Lutero con cascabeles, según ese disparatado modo de pensar que usa vuecencia, también se podrá asegurar lo que dice el vulgo de los préstamos del Magistral al veinte por ciento.

—*Non capisco*—respondió el ex-alcalde, que sabía italiano de óperas.

—Sí me entiende Vd., pero hablaré más claro. ¿No es Vd. otro libelo infamatorio con lengua y piés—que viera yo cortados—de los muchos que sacrifican la honra del Magistral? Pues si don Santos le maldice porque le roba los parroquianos de su tienda de quincalla, usted le aborrecerá por lo de la usura; ¿quién es tu enemigo?

—Poco á poco, señor Ripamilán, que se me sube el humo á las narices.

—Dirá Vd. que se le baja, porque lo tiene Vd. en lugar de sesos.

—Me ha llamado Vd. usurero!

—Eso; clarito.

—Yo empleo mi capital honradamente, y ayudo al empresario, al trabajador; soy uno de los agentes de la industria y recojo la natural ganancia... Estas son habas contadas; y si estos curas de misa y olla que ahora se usan, supieran algo de algo, sabrían que la

Economía Política me autoriza para cobrar el anticipo, el riesgo y, cuando hay caso, la prima del seguro...

—Del seguro se va Vd., señor economista cascaciruelas...

—Yo contribuyo á la circulación de la riqueza...

—Como una esponja á la circulación del agua...

—Y los curas son los zánganos de la colmena social...

—Hombre, si á zánganos vamos...

—Los curas son los mostrencos...

—Si á mostrencos vamos, conocía yo un alcaldito en tiempos de la *Gloriosa*...

—¿Qué tiene Vd. que decir de la *Gloriosa?* Me parece que la Revolución le hizo á Vd. Ilustrísimo Señor...

—¡Hizo un cuerno! Me hicieron mis méritos, mis trabajos, mis... ¡seor ciruelo!

—Déjese Vd. de insultos y explique por qué he de ser yo enemigo personal del Provisor. ¿Reparto yo dinero por las aldeas al treinta por ciento? Y el dinero que yo presto ¿procede de capellanías *cuyo soy* el depositario sin facultades para lucrar con el interés del depósito? ¿Mis rentas proceden de los cristianos bobalicones que tienen algo que ver con la curia eclesiástica? ¿Robo yo en esos montes de Toledo que se llaman *Palacio?*

—De manera, que si Vd. empieza á disparatar y á pasarse á mayores, yo le dejo con la palabra en la boca...

—Con Vd. no va nada, don Cayetano ó don Fuguillas; Vd. podrá ser un viejecito verde, pero no es un... un Magistral... un Provisor... un Candelas eclesiástico.

Todos los presentes, menos don Santos, convinieron en que aquello era demasiado fuerte:

—¡Hombre, un Candelas!...

Don Santos Barinaga gritó:

—No señores, no es un Candelas, porque aquel espejo de ladrones caballerosos era muy generoso, y robaba con exposición de la vida.

Además, robaba á los ricos y daba á los pobres.

—Sí, desnudaba á un santo para vestir á otro.

—Pues el Provisor desnuda á todos los santos para vestirse él. Es un pillo, á fe de Barinaga, un pillo que ya sé yo de qué muerte va á morir.

Barinaga olía á aguardiente. Era el olor de su bilis.

Don Cayetano se encogió de hombros y dió media vuelta. Y mientras se alejaba iba diciendo:

—Y estos son los liberales que quieren hacernos felices... Y ahora rabian porque no les dejan decir esas picardías en los periódicos...

Conversaciones de este género las había á diario en Vetusta; en el paseo, en las calles, en el Casino, hasta en la sacristía de la Catedral.

De Pas sabía todo lo que se murmuraba. Tenía varios espías, verdaderos esbirros de sotana. El más activo, perspicaz y disimulado, era el segundo organista de la catedral, que ya había sido delator en el seminario. Entonces iba al paraíso del teatro á sorprender á los aprendices de cura aficionados á Talía ó quien fuese. Era un presbítero joven, chato, favorito de la madre del Provisor doña Paula. Se apellidaba Campillo.

Á don Fermín no le importaba mucho lo que dijeran, pero quería saber lo que se murmuraba y á dónde llegaban las injurias.

No pensaba en tal cosa el Magistral aquella mañana fría de octubre, mientras se soplaba los dedos meditabundo.

Una cosa era lo que debiera estar pensando y otra lo que pensaba sin poder remediarlo. Quería buscar dentro de sí fervor religioso, acendrada fe, que necesitaba para inspirarse y escribir un párrafo sonoro,

rotundo, elocuente, con la fuerza de la convicción; pero la voluntad no obedecía y dejaba al pensamiento entretenerse con los recuerdos que le asediaban. La mano fina, aristocrática, trazaba rayitas paralelas en el margen de una cuartilla, después, encima, dibujaba otras rayitas, cruzando las primeras; y aquello semejaba una celosía. Detrás de la celosía se le figuró ver un manto negro y dos chispas detrás del manto, dos ojos que brillaban en la oscuridad. ¡Y si no hubiese más que los ojos!

—«¡Pero aquella voz! Aquella voz transformada por la emoción religiosa, por el pudor de la castidad que se desnuda sin remordimiento, pero no sin vergüenza ante un confesonario!..»

«¿Qué mujer era aquella? ¿Había en Vetusta aquel tesoro de gracias espirituales, aquella conquista reservada para la Iglesia, y él, el amo espiritual de la provincia, no lo había sabido antes?»

El pobre don Cayetano era hombre de algún talento para ciertas cosas, para lo formal, para las superficialidades de la vida mundana; pero ¿qué sabía él de dirigir un alma como la de aquella señora?

Don Fermín no perdonaba al Arcipreste el no haberle entregado mucho antes aquella joya que él, Ripamilán, no sabía apreciar en todo su valor. Y gracias que, por pereza, se había decidido á dejarle aquel tesoro.

Don Cayetano le había hablado con mucha seriedad de la Regenta.

—«Don Fermín—le había dicho—Vd. es el único que podrá entenderse con esta hija mía querida, que á mí iba á volverme loco si continuaba contándome sus aprensiones morales. Soy viejo ya para esos trotes. No la entiendo siquiera. Le pregunto si se acusa de alguna falta y dice que eso no. ¿Pues entonces? y sin embargo, dale que dale. En fin, yo no sirvo para estas

cosas. Á Vd. se la entrego. Ella, en cuanto le indiqué la conveniencia de confesar con Vd. aceptó, comprendiendo que yo no daba más de mí. No doy, no. Yo entiendo la religión y la moral á mi manera; una manera muy sencilla... muy sencilla... Me parece que la piedad no es un rompe-cabezas... En suma, Anita—ya sabe Vd. que ha escrito versos—es un poco romántica. Eso no quita que sea una santa; pero quiere traer á la religión el romanticismo, y yo ¡guarda, Pablo! no me encuentro con fuerzas para librarla de ese peligro. Á Vd. le será fácil.»

El Arcipreste se había acercado más al Provisor, y estirando el cuello, de puntillas, como pretendiendo, aunque en vano, hablarle al oído, había dicho después:

—«Ella ha visto visiones... pseudo-místicas... allá en Loreto... al llegar la edad... cosa de la sangre... al ser mujercita, cuando tuvo aquella fiebre y fuímos á buscarla su tía doña Anuncia y yo. Después... pasó aquello y se hizo literata... En fin, Vd. verá. No es una señora como estas de por aquí. Tiene mucho tesón; parece una malva, pero otra le queda; quiero decir, que se somete á todo, pero por dentro siempre protesta. Ella misma se me ha acusado de esto, que conocía que era orgullo. Aprensiones. No es orgullo; pero resulta de estas cosas que es desgraciada, aunque nadie lo sospeche. En fin, Vd. verá. Don Víctor es como Dios le hizo. No entiende de estos perfiles; hace lo que yo. Y como no hemos de buscarle un amante para que desahogue con él—aquí volvió á reir don Cayetano—lo mejor será que Vds. se entiendan.»

El Magistral al recordar este pasaje del discurso del Arcipreste se acordó también de que él se había puesto como una amapola.

«¡Lo mejor será que Vds. se entiendan!» En esta frase que don Cayetano había dicho sin asomos de

malicia, encontraba don Fermín motivo para meditar horas y horas.

Toda la noche había pensado en ello. Algún día ¿llegarían á entenderse? ¿Querría doña Ana abrirle de par en par el corazón?

El Magistral conocía una especie de Vetusta subterránea: era la ciudad oculta de las conciencias. Conocía el interior de todas las casas importantes y de todas las almas que podían servirle para algo. Sagaz como ningún vetustense, clérigo ó seglar, había sabido ir poco á poco atrayendo á su confesonario á los principales creyentes de la piadosa ciudad. Las damas de ciertas pretensiones habían llegado á considerar en el Magistral el único confesor de buen tono. Pero él escogía hijos é hijas de confesión. Tenía habilidad singular para desechar á los importunos sin desairarlos. Había llegado á confesar á quién quería y cuándo quería. Su memoria para los pecados agenos era portentosa.

Hasta de los morosos que tardaban seis meses ó un año en acudir al tribunal de la penitencia, recordaba la vida y flaquezas. Relacionaba las confesiones de unos con las de otros, y poco á poco había ido haciendo el plano espiritual de Vetusta, de Vetusta la noble; desdeñaba á los plebeyos, si no eran ricos, poderosos, es decir, nobles á su manera. La *Encimada* era toda suya; la *Colonia* la iba conquistando poco á poco. Como los observatorios meteorológicos anuncian los ciclones, el Magistral hubiera podido anunciar muchas tempestades en Vetusta, dramas de familia, escándalos y aventuras de todo género. Sabía que la mujer devota, cuando no es muy discreta, al confesarse delata flaquezas de todos los suyos.

Así, el Magistral conocía los deslices, las manías, los vicios y hasta los crímenes á veces, de muchos señores vetustenses que no confesaban con él ó no confesaban con nadie.

Á más de un liberal de los que renegaban de la confesión auricular, hubiera podido decirle las veces que se había embriagado, el dinero que había perdido al juego, ó si tenía las manos sucias ó si maltrataba á su mujer, con otros secretos más íntimos. Muchas veces, en las casas donde era recibido como amigo de confianza, escuchaba en silencio las reyertas de familia, con los ojos discretamente clavados en el suelo; y mientras su gesto daba á entender que nada de aquello le importaba ni comprendía, acaso era el único que estaba en el secreto, el único que tenía el cabo de aquella madeja de discordia. En el fondo de su alma despreciaba á los vetustenses. «Era aquello un montón de basura.» Pero muy buen abono, por lo mismo: él lo empleaba en su huerto; todo aquel cieno que revolvía, le daba hermosos y abundantes frutos.

La Regenta se le presentaba ahora como un tesoro descubierto en su propia heredad. Era suyo, bien suyo; ¿quién osaría disputárselo?

Recordaba minuto por minuto aquella hora—y algo más—de la confesión de la Regenta.

«¡Una hora larga!» El cabildo no hablaría de otra cosa aquella mañana cuando se juntaran, después del coro, los señores canónigos del tertulín.

Don Custodio, el beneficiado, había pasado la tarde anterior sobre espinas; primero con el cuidado de ver llegar á la Regenta, después espiando la confesión, que duraba, duraba «escandalosamente.» Iba y venía, fingiendo ocupaciones, por la nave de la derecha y pasaba ya lejos, ya cerca de la capilla del Magistral. Había visto primero á otras mujeres junto á la celosía y á doña Ana en oración, junto al altar. Al pasar otra vez había visto ya á la Regenta con la cabeza apoyada en el confesonario, cubierta con la mantilla... y vuelta á pasar y ella quieta... y otra vez... y siempre allí, siempre lo mismo.

«—Don Custodio—le decía Glocester, el ilustre Arcediano, que había notado sus paseos—¿ qué hay ? ¿ ha venido esa dama ?

—¡ Una hora ! ¡ una hora !

—Confesión general. Ya Vd. ve...

Y más tarde :

—¿ Qué hay ?

—¡ Hora y media !

—Le estará contando los pecados de sus abuelos desde Adán.

Glocester había esperado en la sacristía «el final de aquel escándalo.»

El Arcediano y el beneficiado vieron á la Regenta salir de la catedral y juntos se fueron hablando del suceso para esparcir por la ciudad tan descomunal noticia.

«No pensaban hacer comentarios. El hecho, puramente el hecho. ¡ Dos horas !»

En efecto, había sido mucho tiempo. El Magistral no lo había sentido pasar; doña Ana tampoco. La historia de ella había durado mucho. Y además, ¡ habían hablado de tantas cosas! Don Fermín estaba satisfecho de su elocuencia, seguro de haber producido efecto. Doña Ana jamás había oído hablar así.

« Aquel anhelo que sentía de Pas, antes de conversar en secreto con aquella señora, había sido un anuncio de la realidad. Sí, sí, era aquello algo nuevo, algo nuevo para su espíritu, cansado de vivir nada más para la ambición propia y para la codicia agena, la de su madre. Necesitaba su alma alguna dulzura, una suavidad de corazón que compensara tantas asperezas.... ¿Todo había de ser disimular, aborrecer, dominar, conquistar, engañar ?»

Recordó sus años de estudiante teólogo en San Marcos de León, cuando se preparaba, lleno de pura fe, á entrar en la Compañía de Jesús. «Allí, por algún

tiempo, había sentido dulces latidos su corazón; había orado con fervor, había meditado con amoroso entusiasmo, dispuesto á sacrificarse *en Jesús*... ¡Todo aquello estaba lejos! No le parecía ser el mismo. ¿No era algo por el estilo lo que creía sentir desde la tarde anterior? ¿No eran las mismas fibras las que vibraban entonces, allá en las orillas del Beruesga, y las que ahora se movían como una música plácida para el alma?» En los labios del Magistral asomó una sonrisa de amargura. «Aunque todo ello sea una ilusión, un sueño, ¿por qué no soñar? Y ¿quién sabe si esta ambición que me devora no es más que una forma impropia de otra pasión más noble? Este fuego, ¿no podrá arder para un afecto más alto, más digno del alma? ¿No podría yo abrasarme en más pura llama que la de esta ambición? ¡Y qué ambición! Bien mezquina, bien miserable. ¿No valdrá más la conquista del espíritu de esa señora que el asalto de una mitra, del capelo, de la misma tiara?...»

El Magistral se sorprendió dibujando la tiara en el margen del papel.

Suspiró, arrojó aquella pluma, como si tuviera la culpa de tales pensamientos, que ya se le antojaban vanos, y sacudiendo la cabeza, se puso á escribir.

El último párrafo decía:

«El suceso tan esperado por el mundo católico, la definición del dogma de la infalibilidad pontificia había llegado por fin en el glorioso día de eterna memoria, el 18 de Julio de 1870: *hæc dies quam fecit Dominus*...»

El Magistral continuó:

«Confirmábase al fin de solemne modo la doctrina del cuarto Concilio de Constantinopla que dijo: *Primu salus est rectæ fidei regulam custodire;* confirmábase la doctrina que los griegos profesaron con aprobación del segundo Concilio lionense, y se declaraba y definía, *sacro approbante Concilio*, que el Romano Pontífi-

ce, *quam ex cathedra loquitur*, goza plenamente, *per assistentiam divinam*, de aquella infalibilidad de que el Divino Redentor ha querido proveer á su iglesia...»

Don Fermín soltó la pluma y dejó caer la cabeza sobre las manos.

«Ignoraba lo que tenía, pero no podía escribir. ¿Sería el asunto? Acaso no estaría él aquella mañana para tratar materia tan sublime. ¡La infalibilidad! Terrible, pero valentísimo dogma: un desafío formidable de la fe, rodeada por la incredulidad de un siglo que se ríe. Era como estar en el Circo entre fieras, y llamarlas, azuzarlas, pincharlas... ¡Mejor! así debía ser.» El Magistral había sido desde el principio de la batalla entusiástico partidario de la declaración. «Era el valor, la voluntad enérgica, la afirmación del imperio, una aventura teológica parecida á las de Alejandro Magno en la guerra y las de Colón en el mar.»

Había defendido el dogma heróico en Roma en el púlpito, con elocuencia entonces espontánea, con calor, como si el infalible fuera él. Llamaba á Dupanloup cobarde. En Madrid había llamado mucho la atención predicando en las Calatravas, al volver de Roma con el buen obispo de Vetusta. El tema había sido también la infalibilidad. Los periódicos le habían comparado con los mejores oradores católicos, con Monescillo, con Manterola, eclesiásticos como él, con Nocedal, con Vinader, con Estrada, legos.

«Y nada, no había pasado de ochavo. La Iglesia es así, pensaba De Pas, con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre la mesa, olvidado ya del Papa infalible; la Iglesia proclama la humildad y es humilde como sér abstracto, colectivo, en la jerarquía, para contener la impaciencia de la ambición que espera desde abajo. Yo me lucí en Roma, admiré á los fieles en Madrid, deslumbro á los vetustenses y seré obispo cuando llegue á los sesenta. Entonces haré yo la come-

dia de la humildad y no aceptaré esa limosna. Los intrigantes suben; los amigos, los aduladores, los lacayos medran sin necesidad de sermones; pero nosotros, los que hemos de ascender por nuestro mérito apostólico, no podemos ser impacientes, tenemos que esperar en una actitud digna de sumisión y respeto. ¡Farsa, pura farsa! Oh, si yo echase á volar mi dinero!... Pero mi dinero es de mi madre, y además yo no quiero comprar lo que es mío, lo que merezco por mi cabeza, no por mis arcas. ¿No quedábamos en qué era yo una lumbrera? ¿No se dijo que en mí tenía firme columna el templo cristiano? Pues si soy una columna, ¿por qué no me echan encima el peso que me toca? Soy columna ó palillo de dientes, señor cardenal, ¿en qué quedamos?»

El Magistral, que estaba solo y seguro de ello, dió un puñetazo sobre la mesa.

—Voy, señorito—gritó una voz dulce y fresca desde una habitación contigua.

El Magistral no oyó siquiera. En seguida entró en el despacho una joven de veinte años, alta, delgada, pálida, pero de formas suficientemente rellenas para los contornos que necesita la hermosura femenina. La palidez era de un tono suave, delicado, que hacía muy buen contraste con el negro de andrina de los ojos grandes, soñadores, de movimientos bruscos; unos ojos que parecía que hacían gimnasia, obligados día y noche á las contorsiones místicas de una piedad maquinal, mitad postiza y falsificada. Las facciones de aquel rostro se acercaban al canon griego y casaba muy bien con ellas la dulce seriedad de la fisonomía. En esta figura larga, pero no sin gracia, espiritual, no flaca, solemne, hierática, todo estaba mudo menos los ojos y la dulzura que era como un perfume elocuente de todo el cuerpo.

Era la doncella de doña Paula, Teresina. Dormía

cerca del despacho y de la alcoba del *señorito*. Esta proximidad había sido siempre una exigencia de doña Paula. Ella habitaba el segundo piso, á sus anchas; no quería ruido de curas y frailes entrando y saliendo; pero tampoco consentía que su hijo, su pobre Fermín, que para ella siempre sería un niño á quien había que cuidar mucho, durmiese lejos de toda criatura cristiana. La doncella había de tener su lecho cerca del *señorito*, por si llamaba, para avisar á la madre, que bajaba inmediatamente.

En casa el Magistral era *el señorito*. Así le nombraba el ama delante de los criados y era el tratamiento que ellos le daban y tenían que darle.

Á doña Paula, que no siempre había sido *señora*, le sonaba mejor *el señorito* que un usía. Las doncellas de doña Paula venían siempre de su aldea; las escogía ella cuando iba por el verano al campo. Las conservaba mucho tiempo. La condición de dormir cerca del señorito, por si llamaba, se les imponía con una naturalidad edemíaca. Ni las muchachas ni el Magistral habían opuesto nunca el menor reparo. Los ojos azules, claros, sin expresión, muy abiertos, de doña Paula alejaban la posibilidad de toda sospecha; por los ojos se le conocía que no toleraba que se pusiese en tela de juicio la pureza de costumbres de su hijo y la inocencia de su sueño; ni al mismo Provisor le hubiera consentido media palabra de protesta, ni una leve objeción en nombre del qué dirán. ¿Qué habían de decir? Allí la castidad de ella, que era viuda, y la de su hijo, que era sacerdote, se tenían por indiscutibles; eran de una evidencia absoluta; ni se podía hablar de tal cosa. «Don Fermín continuaba siendo un niño que jamás crecería para la malicia.» Éste era un dogma en aquella casa. Doña Paula exigía que se creyera que ella creía en la pureza perfecta de su hijo. Pero todo en silencio.

Teresina entró abrochando los corchetes más altos del cuerpo de su hábito negro (de los Dolores) y en seguida ató cerca de la cintura en la espalda el pañuelo de seda también negro que le cruzaba el pecho.

—¿Qué quería el señorito? ¿se siente mal? traeré ya el café?

—¿Yo?... hija mía... no... no he llamado.

Teresina sonrió. Se pasó una mano mórbida y fina por los ojos, abrió un poco la boca, y añadió:

—Apostaría... haber oído...

—No, yo no. ¿Qué hora es?

Teresina miró al reloj que estaba sobre la cabeza del Magistral. Le dijo la hora y ofreció otra vez el café, todo sonriendo con cierta coquetería, contenida por la expresión de piedad que allí era la librea.

—¿Y madre?

—Duerme. Se acostó muy tarde. Como están con las cuentas del trimestre...

—Bien; tráeme el café, hija mía.

Teresina, antes de salir, puso orden en los muebles, que no pecaban de insurrectos, que estaban como ella les había dejado el día anterior; también tocó los libros de la mesa, pero no se atrevió con los que yacían sobre las sillas y en el suelo. Aquellos no se tocaban. Mientras Teresina estuvo en el despacho, el Magistral la siguió impaciente con la mirada, algo fruncido el entrecejo, como esperando que se fuera para seguir trabajando ó meditando.

Hasta que tuvo el café delante no recordó que él solía decir misa; que era un señor cura. ¿La tenía? ¿Había prometido decirla? No pudo resolver sus dudas. Pero la seguridad con que Teresa procedía le tranquilizó.

Ni doña Paula ni Teresa olvidaban jamás estos pormenores. Ellas eran las encargadas de oir la campana del coro, de apuntar las misas, de cuanto se refería á

los asuntos del rito. De Pas cumplía con estos deberes rutinarios, pero necesitaba que se los recordasen. ¡Tenía tantas cosas en la cabeza! Sus olvidos eran dentro de casa, porque fuera se jactaba de ser el más fiel guardador de cuanto el Sinodal exigía, y daba frecuentes lecciones al mismo maestro de ceremonias.

Tomó el café y se levantó para dar algunos paseos por el despacho; quería distraerse, sacudir aquellos pensamientos importunos que no le permitían adelantar en su trabajo.

Teresina entraba y salía sin pedir permiso, pero andaba por allí como el silencio en persona; no hacía el menor ruido. Llevó el servicio del café, volvió á buscar un jarro de estaño y el cubo del lavabo; entró de nuevo con ellos y una tohalla limpia. Entró en la alcoba, dejando las puertas de cristales abiertas, y se puso á *levantar* la cama, operación que consistía en sacudir las almohadas y los colchones, doblar las sábanas y la colcha y guardarlas entre colchón y colchón, tender una manta sobre el lecho y colocar una sobre otra las almohadas sacudidas, pero sin funda. El Magistral dormía algunos días la siesta, y doña Paula, por economía, le preparaba así la cama. Hacerla formalmente hubiera sido un despilfarro de lavado y planchado.

Don Fermín volvió á sentarse en su sillón. Desde allí veía, distraído, los movimientos rápidos de la falda negra de Teresina, que apretaba las piernas contra la cama para hacer fuerza al manejar los pesados colchones. Ella azotaba la lana con vigor y la falda subía y bajaba á cada golpe con violenta sacudida, dejando descubiertos los bajos de las enaguas bordadas y muy limpias, y algo de la pantorrilla. El Magistral seguía con los ojos los movimientos de la faena doméstica, pero su pensamiento estaba muy lejos. En uno de sus movimientos, casi tendida de brazos sobre la cama,

Teresina dejó ver más de media pantorrilla y muc tela blanca. De Pas sintió en la retina toda aque blancura, como si hubiera visto un relámpago; y d cretamente, se levantó y volvió á sus paseos. La doncella jadeante, con un brazo oculto en el pliegue de un colchón doblado, se volvió de repente, casi tendida de espaldas sobre la cama. Sonreía y tenía un poco de color de rosa en las mejillas.



—¿Le molesta el ruido, señorito?

El Magistral miró á la hermosa beata que en aquel momento no conservaba ningún gesto de hipocresía. Apoyando una mano en el dintel de la puerta de la alcoba, dijo el amo sonriente como criada:

—La verdad, Teresina... el trabajo de hoy es m importante. Si te es igual, vuelve luégo, y acabarás arreglar esto cuando yo no esté.

—Bien está, señorito, bien está—respondió la cr

da, muy seria, con voz gangosa y tono de canto llano.

Y con mucha prisa, haciendo saltar la ropa cerca del techo, acabó de levantar la cama y salió de las habitaciones del señorito.

El cual paseó tres ó cuatro minutos entre los libros tumbados en el suelo, por los senderos que dejaban libres aquellos parterres de teología y cánones. Después de fumar tres pitillos volvió á sentarse. Escribió sin descanso hasta las diez. Cuando el sol se le metió por los puntos de la pluma, levantó la cabeza, satisfecho de su tarea.

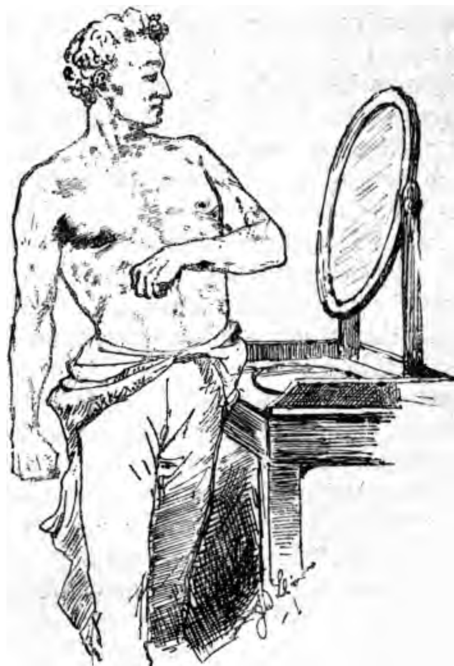
Miró al cielo. Estaba alegre, sin nubes. El buen tiempo en Vetusta vale más por lo raro. El Magistral se frotó las manos suavemente. Estaba contento. Mientras había escrito, casi por máquina, una defensa, *calamo currente*, de la Infalibilidad, con destino á cierta Revista Católica que leían católicos convencidos nada más, había estado madurando su plan de ataque.

Pensaba lo mismo que la Regenta: que había hecho un hallazgo, que iba á tener un alma hermana.

Él, que leía á los autores enemigos, como á los amigos, recordaba una poética narración del impío Renán en que figuraban un fraile de allá de Suecia ó Noruega, y una joven devota, alemana, si le era fiel la memoria. De todas suertes, eran dos almas que se amaban en Jesús, á través de gran distancia. No había en aquellas relaciones nada de sentimentalismo falso, pseudo-religioso; eran afectos puros, nada parecidos á los amores de un Lutero, ni siquiera de un Abelardo; era la verdad severa, noble, inmaculada del amor místico; amor anafrodítico, incapaz de mancharse con el lodo de la carne, ni en sueños. «¿Por qué recordaba ahora esta leyenda, piadosa y novelesca? ¿Qué tenía él que ver con un monje romántico y fanático, místico y apasionado, de la Edad-media... y sueco? Él era el Magistral de Vetusta, un cura del siglo diez y nueve,

un *carca*, un oscurantista, un zángano de la colmena social, como decía Foja el usurero...»

Y al pensar esto, mirándose al espejo, mientras se lavaba y peinaba, De Pas sonreía con amargura miti-



gada por el dejo de optimismo que le quedaba de sus reflexiones de poco antes.

Estaba desnudo de medio cuerpo arriba. El cuello robusto parecía más fuerte ahora por la tensión á que le obligaba la violencia de la postura, al inclinarse sobre el lavabo de mármol blanco. Los brazos cubiertos de vello negro ensortijado, lo mismo que el pecho alto

y fuerte, parecían de un atleta. El Magistral miraba con tristeza sus músculos de acero, de una fuerza inútil. Era muy blanco y fino el cutis, que una emoción cualquiera teñía de color de rosa. Por consejo de don Robustiano, el médico, De Pas hacía gimnasia con pesos de muchas libras; era un Hércules. Un día de revolución, un patriota le había dado el ¡quién vive! en las afueras, cerca de la noche. De Pas rompió el fusil de chispa en las espaldas del aguerrido centinela, que le había querido coser á bayonetazos, por que no se entregaba á discreción. Nadie supo aquella hazaña, ni el mismo don Santos Barinaga que andaba á caza de las calumnias y verdades que corrían contra *La Cruz Roja*, como él llamaba, colectivamente, al Provisor y á su madre. En cuanto al miliciano, había callado, jurando odio eterno al clero y á los fusiles de chispa. Era uno de los que al murmurar del Magistral añadían:

«—¡Si yo hablara!»

Mientras estaba lavándose, desnudo de la cintura arriba, don Fermín se acordaba de sus proezas en el juego de bolas, allá en la aldea, cuando aprovechaba vacaciones del seminario para ser medio salvaje corriendo por breñas y vericuetos; el mozo fuerte y velludo, que tenía en frente, en el espejo, le parecía un *otro yo* que se había perdido, que había quedado en los montes, desnudo, cubierto de pelo como el rey de Babilonia, pero libre, feliz... Le asustaba tal espectáculo, le llevaba muy lejos de sus pensamientos de ahora, y se apresuró á vestirse. En cuanto se abrochó el alzacuello, el Magistral volvió á ser la imagen de la mansedumbre cristiana, fuerte, pero espiritual, humilde: seguía siendo esbelto, pero no formidable. Se parecía un poco á su querida torre de la catedral, también robusta, también proporcionada, esbelta y bizarra; mística, pero de piedra.

Quedó satisfecho, con la conciencia de su cuerpo

fuerte, oculto bajo el manteo epiceno y la sotana flotante y escultural.

Iba á salir.

Teresina apareció en el umbral, seria, con la mirada en el suelo, con la expresión de los santos de cromo.

—¿Qué hay?

—Una joven pregunta si se puede ver al señorito.

—¿Á mí?—Don Fermín encogió los hombros.—¿Quién es?

—Petra, la doncella de la señora Regenta.

Al decir esto los ojos de Teresina se fijaron sin miedo en los de su amo.

—¿No dice á qué viene?

—No ha dicho nada más.

—Pues que pase.

Petra se presentó sola en el despacho, vestida de negro, con el pelo de azafrán sobre la frente, sin rizos ni ondas, con los ojos humillados, y con sonrisa dulce y candorosa en los labios.

El Magistral la reconoció. Era una joven que se había obstinado en confesar con él y que lo había conseguido á fuerza de tenacidad y paciencia; pero después había tenido que desairarla varias veces, para que no le importunase. Era de las infelices que creen los absurdos que la calumnia propala para descrédito de los sacerdotes. Confesaba cosas de su alcoba, se desnudaba ante la celosía entre llanto de falso arrepentimiento. Era hermosa, incitante; pero el Magistral la había alejado de sí, como haría con Obdulia, si las exigencias sociales no lo impidiesen.

Petra se presentó como si fuese una desconocida; como si persona tan insignificante debiera de estar borrada de la memoria de personaje tan alto. Tal vez en otras circunstancias no hubiera tenido buen recibimiento; pero al saber que venía de parte de doña Ana, sintió el clérigo dulce piedad, y perdonó de repente á

aquella extraviada criatura sus insinuaciones vanas y perversas de otro tiempo. Fingió también no reconocerla.

Teresina los espiaba desde la sombra en el pasadizo inmediato. El Magistral lo presumía y habló como si fuera delante de testigos.

—¿Es Vd. criada de la señora de Quintanar?

—Sí, señor; su doncella.

—¿Viene Vd. de su parte?

—Sí, señor; traigo una carta para Usía.

Aquel usía hizo sonreir al Provisor, que lo creyó muy oportuno.

—¿Y no es más que eso?

—No, señor.

—Entonces...

—La señora me ha dicho que entregara á Usía mismo esta carta, que era urgente y los criados podrían perderla... ó tardar en entregarla á Usía.

Teresina se movió en el pasillo. La oyó el Magistral y dijo:

—En mi casa no se extravían las cartas. Si otra vez viene Vd. con un recado por escrito, puede Vd. entregarlo ahí fuera... con toda confianza.

Petra sonrió de un modo que ella creyó discreto y retorció una punta del delantal.

—Perdóneme Usía...—dijo con voz temblorosa y ruborizándose.

—No hay de qué, hija mía. Agradezco su celo.

Don Fermín estaba pensando que aquella mujer podría serle útil, no sabía él cuándo, ni cómo, ni para qué. Sintió deseos de ponerla de su parte, sin saber por qué esto podía importarle. Tambien se le pasó por la imaginación decir á la Regenta que era poco edificante la conducta de aquella muchacha. Pero todo era prematuro. Por ahora se contentó con despedirla con un saludo señoril, cortés, pero frío. Cuando Petra

iba á atravesar el umbral, ocupó la puerta por completo una mujer tan alta casi como el Magistral y que parecía más ancha de hombros; tenía la figura cortada á hachazos, vestía como una percha. Era doña Paula, la madre del Provisor. Tenía sesenta años, que parecían poco más de cincuenta. Debajo de un pañuelo de seda negro que cubría su cabeza, atado á la barba, asomaban trenzas fuertes de un gris sucio y lustroso; la frente era estrecha y huesuda, pálida, como todo el rostro; los ojos de un azul muy claro, no tenían más expresión que la semejanza de un contacto frío, eran ojos mudos; por ellos nadie sabría nada de aquella mujer. La nariz, la boca y la barba se parecían mucho á las del Magistral. Un mantón negro de merino ceñido con fuerza á la espalda angulosa, caía sin gracia sobre el hábito, negro también, de estameña con ribetes blancos. Parecía doña Paula, por traje y rostro, una amortajada.

Petra saludó un poco turbada. Doña Paula la midió con los ojos, sin disimulo.

—¿Qué quería Vd?—preguntó, como pudo haberlo preguntado la pared.

Petra se repuso y, casi con altanería, contestó:

—Era un recado para el señor Magistral.

Y salió del despacho.

En la puerta de la escalera la recibió con afable sonrisa Teresina y se despidieron con sendos besos en las mejillas, como las señoritas de Vetusta. Eran amigas, ambas de la aristocracia de la servidumbre. Se respetaban sin perjuicio de tenerse envidia. Petra envidiaba á Teresina la estatura, los ojos y la casa del Magistral. Teresina envidiaba á Petra su desenvoltura, su gracia, su conocimiento de las maneras finas y de la vida de ciudad.

—¿Qué te quiere esa señora?—preguntó doña Paula en cuanto se vió á solas con su hijo.

—No sé; aún no he abierto la carta.

—¿Una carta?

—Sí, esa.

Don Fermín hubiera deseado á su madre á cien leguas. No podía ocultar la impaciencia, á pesar del dominio sobre sí mismo, que era una de sus mayores fuerzas; ansiaba poder leer la carta, y temía ruborizarse delante de su madre. «¿Ruborizarse?» sí, sin motivo, sin saber por qué; pero estaba seguro de que, si abría aquel sobre delante de doña Paula, se pondría como una cereza. Cosas de los nervios. Pero su madre era como era.

Doña Paula se sentó en el borde de una silla, apoyó los codos sobre la mesa, que era de las llamadas de ministro, y emprendió la difícil tarea de envolver un cigarro de papel, gordo como un dedo. Doña Paula fumaba; pero «desde que eran de la catedral» fumaba en secreto, sólo delante de la familia y algunos amigos íntimos.

El Magistral dió dos vueltas por el despacho y en una de ellas cogió disimuladamente la carta de la Regenta y la guardó en un bolsillo interior, debajo de la sotana.

—Adiós, madre; voy á dar los días al señor de Carraspique.

—Tan temprano?

—Sí, porque después se llena aquello de visitas y tengo que hablarle á solas.

—No la lees?

—Qué he de leer?

—Esa carta.

—Luégo, en la calle; no será urgente.

—Por si acaso; léela aquí, por si tienes que contestar en seguida ó dejar algún recado; ¿no comprendes?

De Pas hizo un gesto de indiferencia y leyó la carta.

Leyó en alta voz. Otra cosa hubiera sido despertar sospechas. No estaba su madre acostumbrada á que hubiera secretos para ella. «Además, ¿qué podía decir la Regenta? Nada de particular.»

«Mi querido amigo: hoy no he podido ir á comulgar; necesito ver á Vd. antes; necesito reconciliar. No crea Vd. que son escrúpulos de esos contra los que Vd. me prevenía; creo que se trata de una cosa seria. Si Vd. fuera tan amable que consintiera en oirme esta tarde un momento, mucho se lo agradecería su hija espiritual y affma. amiga q. b. s. m.

»Ana de Ozores de Quintanar.»

—¡Jesús, qué carta!—exclamó doña Paula con los ojos clavados en su hijo.

—¿Qué tiene?—preguntó el Magistral, volviendo la espalda.

—¿Te parece bien ese modo de escribir al confesor? Parece cosa de doña Obdulita. ¿No dices que la Regenta es tan discreta? Esa carta es de una tonta ó de una loca.

—No es loca ni tonta, madre. Es que no sabe de estas cosas todavía... Me escribe como á un amigo cualquiera.

—Vamos, es una pagana que quiere convertirse.

El Magistral calló. Con su madre no disputaba.

—Ayer tarde no fuíste á ver al señor de Ronzal.

—Se me pasó la hora de la cita...

—Ya lo sé; estuviste dos horas y media en el confesonario, y el señor Ronzal se cansó de esperar y no tuvo contestación que dar al señor Pablo, que se volvió al pueblo creyendo que tú y Ronzal y yo y todos somos unos mequetrefes sin palabra, que sabemos explotarlos cuando los necesitamos y cuando ellos nos necesitan los dejamos en la estacada.

—Pero, madre, tiempo hay; el chico está en el cuartel, no se los han llevado; no salen para Valladolid hasta el sábado... hay tiempo...

—Sí, hay tiempo para que se pudra en el calabozo. ¿Y qué dirá Ronzal? Si tú que estás más interesado te olvidas del asunto, ¿qué hará él?

—Pero, señora, el deber es primero.

—El deber, el deber... es cumplir con la gente, Fermo! ¿Y por qué se le ha antojado al espantajo de don Cayetano encajarte ahora esa herencia?

—¿Qué herencia?

De Pas daba vueltas en una mano al sombrero de teja, de alas sueltas, y se apoyaba en el marco de la puerta, indicando deseo de salir pronto.

—¿Qué herencia?—repitió.

—Esa señora; esa de la carta, que por lo visto cree que mi hijo no tiene más qué hacer que verla á ella.

—Madre, es Vd. injusta.

—Fermo, yo bien sé lo que me digo. Tú... eres demasiado bueno. Te endiosas y no ves ni entiendes.

Doña Paula creía que endiosarse valía tanto como elevar el pensamiento á las regiones celestes.

—El Arcediano y don Custodio—prosiguió—hicieron anoche comidilla de la confesata en la tertulia de doña Visitación, esa tarasca; sí señor, comidilla de la confesata de la otra; y si había durado dos horas ó no había durado dos horas...

El Magistral se santiguó y dijo:

—Ya murmuran? Infames!

—Sí, ya! ya! y por eso hablo yo: porque estas cosas, en tiempo. ¿Te acuerdas de la Brigadiera? Te acuerdas de lo que me dió qué hacer aquella miserable calumnia por ser tú noble y confiadote?... Fermo, te lo he dicho mil veces; no basta la virtud, es necesario saber aparentarla.

—Yo desprecio la calumnia, madre.

—Yo no, hijo.

—¿No ve Vd. cómo á pesar de sus dicharachos yo los piso á todos?

—Sí, hasta ahora; pero ¿quién responde? Tantas veces va el cántaro á la fuente.... Don Fortunato es una malva, corriente; no es un obispo, es un borrego, pero...

—¡Le tengo en un puño!

—Ya lo sé, y yo en otro; pero ya sabes que es ciego cuando se empeña en una cosa; y si Su Ilustrísima polichinela da otra vez en la manía de que pueden decir verdad los que te calumnian, estás perdido.

—Don Fortunato no se mueve sin orden mía.

—No te fíes, es porque te cree infalible; pero el día que le hagan ver tus escándalos...

—¿Cómo ha de ver eso, madre?

—Bueno, ya me entiendes; creerlos como si los viera; ese día estamos perdidos; la malva, el polichinela, el borrego será un tigre, y del Provisorato te echa á la cárcel de corona.

—Madre... está Vd. exaltada... ve Vd. visiones.

—Bueno, bueno; yo me entiendo.

Doña Paula se puso en pié y arrojó la punta del pitillo apurada y sucia.

Prosiguió:

—No quiero más cartitas; no quiero conferencias en la catedral; que vaya al sermón la señora Regenta si quiere buenos consejos; allí hablas para todos los cristianos; que vaya á oirte al sermón y que me deje en paz.

—Con que Glocester?...

—Sí, y don Custodio.

—Y á Vd. quién le ha dicho...?

—El Chato.

—Campillo?

—El mismo.

—Pero ¿qué han visto? ¿Qué pueden decir esos miserables? ¿cómo se habla de estas cosas en una tertulia de señoras? ¿cómo entiende esta gente el respeto á las cosas sagradas?



—Tá, tá, tá, tá! Envidia, pura envidia. ¿Respeto? Dios lo dé. El Arcediano querría confesar á la de Quintanar, es natural, él es muy amigo de darse tono, y de que digan... ¡Dios me perdone! pero creo que le gusta que murmuren de él, y que digan si enamora á las beatas ó no las enamora... Es un farolón... y un malvado!

—Madre, Vd. exagera; ¿cómo un sacerdote?...

—Fermo, tú eres un papanatas; el mundo está perdido: por eso todos piensan mal y por eso hay que andar con cien ojos... Hay que aparentar más virtud que se tiene, aunque se sea un ángel. ¿No sabes que de nosotros dicen mil perrerías? Glocester, don Custodio, Foja, don Santos, y el mismísimo don Álvaro Mesía, con toda su diplomacia, pasan la vida desacreditándote. Si hacemos y acontecemos en palacio (doña Paula empezó á contar por los dedos); si nos comemos la diócesis; si entramos en el Provisorato desnudos y ahora somos los primeros accionistas del Banco; si tú cobras esto y lo otro; si nuestros paniaguados andan por ahí como esponjas recogiendo el oro y el moro, para venir á soltarlo en la alberca de casa; si el obispo es un maniquí en nuestras manos; si vendemos cera, si vendemos aras, si tú hiciste cambiar las de todas las parroquias del Obispado para que te compraran á ti las nuevas; si don Santos se arruina por culpa nuestra y no del aguardiente; si tú robas á los que piden dispensas; si te comes capellanías; si yo cobro diezmos y primicias en toda la diócesis; si...

—¡Basta, madre, basta por Dios!

—Y por contera tus amoríos, tus abusos de consejero espiritual. Tú (vuelta á contar por los dedos, pero además con pataditas en el suelo, como llevando el compás) tienes fanatizado á medio pueblo; las de Carraspique se han metido monjas por culpa tuya, y una de ellas está muriendo tísica por culpa tuya también, como si tú fueras la humedad y la inmundicia de aquella pocilga; tú tienes la culpa de que no se case la de Páez, la primera millonaria de Vetusta, que no encuentra novio que le agrade... por culpa tuya.

—Madre...

—Qué más? Hasta les parece mal que enseñes la

doctrina á las niñas de la Santa obra del Catecismo...

—Miserables!

—Sí, miserables; pero van siendo muchos miserables, y el día menos pensado nos tumban.

—Eso no, madre — gritó el Magistral perdiendo el aplomo, con las mejillas cárdenas y las puntas de acero, que tenía en las pupilas, erizadas como dispuestas á la defensa. — ¡Eso no, madre! Yo los tengo á todos debajo del zapato, y los aplasto el día que quiero. Soy el más fuerte. Ellos, todos, todos, sin dejar uno, son unos estúpidos; ni mala intención saben tener.

Doña Paula sonrió, sin que su hijo lo notase. «Así te quiero» pensó, y siguió diciendo:

—Pero el único flaco que podemos presentarles es éste, Fermo; bien lo sabes; acuérdate de la otra vez.

—Aquella era una... mujer perdida.

—Pero te engañó ¿verdad?

—No, madre; no me engañó; ¿qué sabe Vd.?

Los ojos de doña Paula eran un par de inquisidores. Aquello de la Brigadiera nunca había podido aclararlo. Sólo sabía, por su mal, que había sido un escándalo que apenas se pudo sofocar antes que fuera tarde. Á De Pas le repugnaban tales recuerdos. Eran cosas de la juventud. ¡Qué necedad temer que él volviese á descuidarse ahora, á los treinta y cinco años! Entonces, en la época de la Brigadiera no tenía él experiencia, le halagaba la vanagloria, le seducía y mareaba el incienso de la adulación.

«Si mi madre me viera por dentro, no tendría esos temores con que ahora me mortifica.»

Doña Paula insistió en pintarle los peligros de la calumnia; sabía que le lastimaba el alma, pero á su juicio era un dolor necesario, porque temía para su hijo la caída de Salomón.

La madre de don Fermín creía en la omnipotencia de la mujer. Ella era buen ejemplo. No temía que las intrigas del Cabildo pudiesen gran cosa contra el prestigio de su Fermín, que era el instrumento de que ella, doña Paula, se valía para estrujar el obispado. Fermín era la ambición, el ansia de dominar; su madre la codicia, el ansia de poseer. Doña Paula se figuraba la diócesis como un lagar de sidra de los que había en su aldea; su hijo era la fuerza, la viga y la pesa que exprimían el fruto, oprimiendo, cayendo poco á poco; ella era el tornillo que apretaba; por la espiga de acero de su voluntad iba resbalando la voluntad, para ella de cera, de su hijo; la espiga entraba en la tuerca, era lo natural. «Era mecánico» como decía don Fermín explicando religión. «Pero á una mujer otra mujer» pensaba el tornillo. «Su hijo era joven todavía, podían seducírselo, como ya otra vez habían intentado y acaso conseguido. Ella creía en la influencia de la mujer, pero no se fiaba de su virtud. «La Regenta, la Regenta! dicen que es una señora incapaz de pecar, pero, ¿quién lo sabe?» Algo había oído de lo que se murmuraba. Era amiga de algunas beatas de las que tienen un pié en la iglesia y otro en el mundo; estas señoras son las que lo saben todo, á veces aunque no haya nada. Le habían dicho, sobre poco más ó menos, y sin estilo flamenco, lo mismo que Orgaz contaba en el Casino dos días antes: que don Alvaro estaba enamorado de la Regenta, ó por lo menos quería enamorarla, como á tantas otras. «Aquel don Alvaro era un enemigo de su hijo. Lo sabía ella.» Ni el mismo don Fermín le tenía por enemigo, por más que varias veces había adivinado en él un rival en el dominio de Vetusta. Pero doña Paula tenía superior instinto; veía más que nadie en lo que interesaba al poderío de su hijo. «Aquel don Alvaro era otro buen mozo, listo también, arrogante, hombre de mundo; tenía el prestigio del amor, conta-

ba con las mujeres respectivas de muchos personajes de Vetusta, y á veces con los personajes mismos, gracias á las mujeres; era el jefe de un partido, el brazo derecho, y la cabeza acaso, de los Vegallana... podía disputar á Fermín, con fuerzas iguales acaso, el dominio de Vetusta, de aquella Vetusta que necesitaba siempre un amo y cuando no lo tenía se quejaba de la falta «*de carácter*» de los hombres importantes. Y ¿por qué no había de estar ya Mesía disputando ese dominio? ¿No cabía en lo posible que la Regenta, aquella santa, y el don Alvarito se entendieran y quisieran coger en una trampa al pobre Fermo?» Estas malas artes, por complicadas y sutiles que fuesen, las suponía fácilmente doña Paula en cualquier caso, porque ella pasaba la vida entregada á combinaciones semejantes. De estas sospechas no comunicó á su hijo más que lo suficiente para prevenirle contra la Regenta y sus confesiones de dos horas. No citó el nombre de Mesía. En los labios le retozaba esta pregunta:

«¿Pero de qué demontres hablasteis dos horas seguidas?»

No se atrevió á tanto. «Al fin su hijo era un sacerdote y ella cristiana.» Preguntar aquello le parecía una irreverencia, un sacrilegio que hubiera puesto á Fermo fuera de sí, y no había para qué.

—Adiós, madre—dijo don Fermín cuando doña Paula calló por no atreverse con la pregunta sacrílega.

Ya estaba en la escalera el Magistral cuando oyó á su madre que decía:

—¿De modo que hoy tampoco vas á coro?

—Señora, si ya habrá concluído...

—Bueno, bueno!—quedó murmurando ella—no ganamos para multas.

Por fin el Magistral se vió fuera de su casa, con el placer de un estudiante que escapa de la férula de un dómine implacable.

El sol brillaba acercándose al cenit. Sobre Vetusta ni una sola nube. El cielo parecía andaluz.

Sí, pero el buen humor del Magistral se había nublado; su madre le había puesto nervioso, airado, no sabía contra quién.

«Aquel era su tirano: un tirano consentido, amado, muy amado, pero formidable á veces. ¿Y cómo romper aquellas cadenas? Á ella se lo debía todo. Sin la perseverancia de aquella mujer, sin su voluntad de acero que iba derecha á un fin rompiendo por todo ¿qué hubiera sido él? Un pastor en las montañas, ó un cavador en las minas. Él valía más que todos, pero su madre valía más que él. El instinto de doña Paula era superior á todos los raciocinios. Sin ella hubiera sido él arrollado algunas veces en la lucha de la vida. Sobre todo, cuando sus piés se enredaban en redes sutiles que le tendía un enemigo ¿quién le libraba de ellas? Su madre. Era su egida. Sí, ella primero que todo. Su despotismo era la salvación; aquel yugo, saludable. Además, una voz interior le decía que lo mejor de su alma era su cariño y su respeto filial. En las horas en que á sí mismo se despreciaba, para encontrar algo puro dentro de sí, que impidiera que aquella repugnancia llegase á la desesperación, necesitaba recordar esto: que era un buen hijo, humilde, dócil... un niño, un niño que nunca se hacía hombre. ¡Él que con los demás era un hombre que solía convertirse en león!»

«Pero ahora sentía una rebelión en el alma. Era una injusticia aquella sospecha de su madre. En la virtud de la Regenta creía toda Vetusta, y en efecto era un ángel. Él sí que no merecía besar el polvo que pisaba aquella señora. ¿Quién podía temer de quién?»

En este momento comprendió la causa de su malhumor repentino. «La madre había hablado de las calumnias con que le querían perder... de las demasías

de ambición, orgullo y sórdida codicia que le imputaban, de la influencia perniciosa en la vida de muchas familias que se le achacaba... pero ¿era todo calumnia? Oh, si la Regenta supiese quién era él, no le confiaría los secretos de su corazón. Por un acto de fe, aquella señora había despreciado todas las injurias con que sus enemigos le perseguían á él, no había creído nada de aquello y se había acercado á su confesonario á pedirle luz en las tinieblas de su conciencia, á pedirle un hilo salvador en los abismos que se abrían á cada paso de la vida. Si él hubiera sido un hombre honrado, le hubiera dicho allí mismo:—Calle Vd., señora! yo no soy digno de que la majestad de su secreto éntre en mi pobre morada; yo soy un hombre que ha aprendido á decir cuatro palabras de consuelo á los pecadores débiles, y cuatro palabras de terror á los pobres de espíritu fanatizados; yo soy de miel con los que vienen á morder el cebo y de hiel con los que han mordido; el señuelo es de azúcar, el alimento que doy á mis prisioneros, de acíbar;... yo soy un ambicioso, y lo que es peor, mil veces peor, infinitamente peor, yo soy avariento, yo guardo riquezas mal adquiridas, sí, mal adquiridas; yo soy un déspota en vez de un pastor; yo vendo la Gracia, yo comercio como un judío con la Religión del que arrojó del templo á los mercaderes..., yo soy un miserable, señora; yo no soy digno de ser su confidente, su director espiritual. Aquella elocuencia de ayer era falsa, no me salía del alma, yo no soy el *vir bonus*, yo soy lo que dice el mundo, lo que dicen mis detractores.»

Como el pensamiento le llevaba muy lejos, el Magistral sintió una reacción en su conciencia, reacción favorable á su fama.

«Hagámonos más justicia» pensó sin querer, por el instinto de conservación que tiene el amor propio.

Y entonces recordó que su madre era quien le em-

pujaba á todos aquellos actos de avaricia que ahora le sacaban los colores al rostro.

«Era su madre la que atesoraba; por ella, á quien lo debía todo, había él llegado á manosear y mascar el lodo de aquella sordidez poco escrupulosa. Su pasión propia, la que espontáneamente hacía en él estragos era la ambición de dominar; pero esto ¿no era noble en el fondo? y ¿no era justo al cabo? ¿No merecía él ser el primero de la diócesis? El obispo ¿no le reconocía de buen grado esta superioridad moral? Bastante hacía él contentándose, por ahora, con no mandar más que en Vetusta. Oh! estaba seguro. Si algún día su amistad con Ana Ozores llegaba al punto de poder él confesarse ante ella también y decirle cuál era su ambición, ella, que tenía el alma grande de fijo, le absolvería de los pecados cometidos. Los de su madre, aquellos á que le había arrastrado la codicia de su madre eran los que no tenían disculpa, los feos, los vergonzosos, los inconfesables.»

Mientras tales pensamientos le atormentaban y consolaban sucesivamente, iba el Magistral por las aceras estrechas y gastadas de las calles tortuosas y poco concurridas de la Encimada; iba con las mejillas encendidas, los ojos humildes, la cabeza un poco torcida, según costumbre, recto el airoso cuerpo, majestuoso y rítmico el paso, flotante el ampuloso manteo, sin la sombra de una mancha.

Contestaba á los saludos como si tuviese el alma puesta en ellos, doblando la cintura y destocándose como si pasara un rey; y á veces ni veía al que saludaba.

Este fingimiento era en él segunda naturaleza. Tenía el dón de estar hablando con mucho pulso mientras pensaba en otra cosa.

Doña Paula había vuelto á entrar en el despacho de su hijo. Registró la alcoba. Vió la cama *levantada*, tiesa,

muda, fresca, sin un pliegue; salió de la alcoba; en el despacho reparó el sofá de reps azul, las butacas, las correctas filas de libros amontonados sobre sillas y tablas por todas partes; se fijó en el orden de la mesa, en el del sillón, en el de las sillas. Parecía olfatear con los ojos. Llamó á Teresina; le preguntó cualquier cosa, haciendo en su rostro excavaciones con la mirada, como quien anda á minas; se metió por los pliegues del traje, correcto, como el orden de las sillas, de los libros, de todo. La hizo hablar para apreciar el tono de la voz, como el timbre de una moneda. La despidió.

—Oye—volvió á decir...—Nada, vete.

Se encogió de hombros.

«—Es imposible—dijo entre dientes;—no hay manera de averiguar nada.»

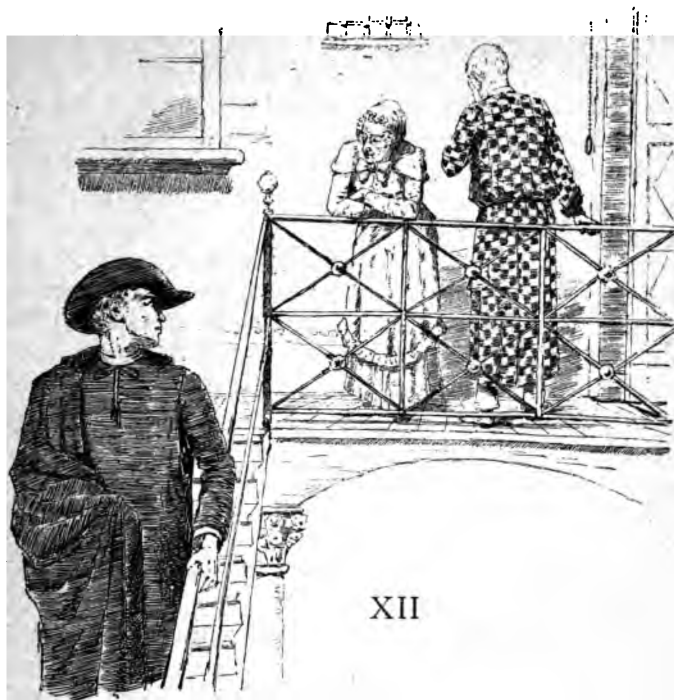
Y, saliendo del despacho, dijo todavía:

«—¡Qué capricho de hombres!»

Y, subiendo la escalera del segundo piso, añadió:

«—Es como todos, como todos; siempre fuera!





XII

Don Francisco de Asís Carraspique era uno de los individuos más importantes de la Junta Carlista de Vetusta, y el que hizo más *sacrificios pecuniarios* en tiempo oportuno. Era político porque se le había convencido de que la causa de la Religión no prosperaría si los buenos cristianos no se metían á gobernar. Le dominaba por completo su mujer, fanática ardentísima, que aborrecía á los liberales porque allá en la otra guerra, los *cristinos* habían ahorcado de un árbol á su padre sin darle tiempo para confesar. Carraspique frisaba con los sesenta años, y no se distinguía ni por su valor ni por sus dotes de gobierno; se distinguía por sus millones. Era el mayor contribuyente que tenía en la provincia la soberanía subrepticia de don Carlos VII. Su religiosidad (la de

Carraspique) sincera, profunda, ciega, era en él toda una virtud; pero la debilidad de su carácter, sus pocas luces naturales y la mala intención de los que le rodeaban, convertían su piedad en fuente de disgustos para el mismo don Francisco de Asís, para los suyos y para muchos de fuera.

Doña Lucía, su esposa, confesaba con el Magistral. Éste era el Pontífice infalible en aquel hogar honrado. Tenían cuatro hijas los Carraspique; todas habían hecho su primera confesión con don Fermín; habían sido educadas en el convento que había escogido don Fermín; y las dos primeras habían profesado, una en las Salesas y otra en las Clarisas.

El palacio de Carraspique, comprado por poco dinero en la quiebra de un noble liberal, que murió del disgusto, estaba enfrente del caserón de los Ozores, en la Plaza Nueva, podrida de vieja.

El Magistral se dejó introducir en el estrado por una criada sesentona, que ladraba á los pobres como los perros malos. Á los curas les lamería los piés de buen grado.

—Espere Vd. un poco, señor Magistral, haga el favor de sentarse; el señor está allá dentro y sale en seguida... (Con voz misteriosa y agria:) Está ahí el médico... ese empecatado primo de la señora.

—Sí, ya, don Robustiano: ¿pues qué hay, Fulgencia?

—Creo que Sor Teresa está algo peor... pero no es para tanto alarmar á los pobrecitos señores. ¿Verdad, señor Magistral, que la pobre señorita no está de cuidado?

—Creo que no, Fulgencia; pero ¿qué dice el médico? ¿Viene de allá?

—Sí, señor, de allá; y ahí dentro daba gritos... viene furioso... es un loco. No sé cómo le llaman á él. El parentesco, es cosa del parentesco.

El salón era rectangular, muy espacioso, adornado con gusto severo, sin lujo, con cierta elegancia que nacía de la venerable antigüedad, de la limpieza exquisita, de la sobriedad y de la severidad misma. El único mueble nuevo era un piano de cola de Erard.

Llegó al salón don Robustiano y salió Fulgencia hablando entre dientes.

El médico era alto, fornido, de luenga barba blanca. Vestía con el arrogante lujo de ciertos personajes de provincia que quieren revelar en su porte su buena posición social. Era una hermosa figura que se defendía de los ultrajes del tiempo con buen éxito todavía. Don Robustiano era el médico de la nobleza desde muchos años atrás; pero si en política pasaba por reaccionario y se burlaba de los progresistas, en religión se le tenía por volteriano, ó lo que él y otros vetustenses entendían por tal. Jamás había leído á Voltaire, pero le admiraba tanto como le aborrecía Glocester, el Arcediano, que no lo había leído tampoco. En punto á letras, las de su ciencia inclusive, don Robustiano no podía alzar el gallo á ningún mediquillo moderno de los que se morían de hambre en Vetusta. Había estudiado poco, pero había ganado mucho. Era un médico de mundo, un doctor de buen trato social. Años atrás, para él todo era flato; ahora todo era *cuestión de nervios*. Curaba con buenas palabras; por él nadie sabía que se iba á morir. Solía curar de balde á los amigos; pero si la enfermedad se agravaba, se inhibía, mandaba llamar á otro y no se ofendía. «Él no servía para ver morir á una persona querida.»

Al lado de sus enfermos siempre estaba de broma.

«—¿Con que se nos quiere Vd. morir, señor Fulano? Pues vive Dios, que lo hemos de ver..., etc.»

Esta era una frase sacramental; pero tenía otras muchas. Así se había hecho rico. No usaba muchos términos técnicos, porque, según él, á los profanos no

se les ha de asustar con griego y latín. No era pedante, pero cuando le apuraban un poco, cuando le contradecían, invocaba el sacrosanto nombre de la ciencia, como si llamase al comisario de policía.

«La ciencia manda esto; la ciencia ordena lo otro.»

Y no se le había de replicar.

Aparte la ciencia, que no era su terreno propio, don Robustiano podía apostar con cualquiera á campechano, alegre, simpático, y hasta hombre de excelente sentido y no escasa perspicacia. Pecaba de hablador.

Al Magistral no le podía tragar, pero tenía su influencia en las casas nobles y le trataba con fingida franqueza y amabilidad falsa.

De Pas le tenía á él por un grandísimo majadero, pero le tributaba la cortesía que empleaba siempre en el trato, sin distinguir entre majaderos y hombres de talento.

—¡Oh mi señor don Fermín! cuanto bueno... Llega usted á tiempo, amigo mío; el primo está inconsolable. ¡Buen día de su santo! Le he dicho la verdad, toda la verdad; y, es claro, ahora que la cosa no tiene remedio, se desespera... Es decir, remedio... yo creo que sí... pero estas ideas exageradas que... en fin, á Vd. se le puede hablar con franqueza, porque es una persona ilustrada...

—¿Qué hay, don Robustiano? ¿Viene Vd. de las Salesas?

—Sí, señor; de aquella pocilga vengo.

—¿Cómo está Rosita?

—¿Qué Rosita? ¡Si ya no hay Rosita! Si ya se acabó Rosita; ahora es Sor Teresa, que no tiene rosas ni en el nombre, ni en las mejillas.

Don Robustiano se acercó al Magistral; miró á todos los rincones, á todas las puertas, y con la mano delante de la boca, dijo:

—¡Aquello es el acabóse!

El Magistral sintió un escalofrío.

—¿Vd. cree?

—Sí, creo en una catástrofe próxima. Es decir, distingo, distingo en nombre de la ciencia. Yo, Somoza, no puedo esperar nada bueno; yo, hombre de ciencia, necesito declarar, primero: que si la niña sigue respirando en aquel *medio*... no hay salvación, pero si se la saca de allí... tal vez haya esperanza; segundo: que es un crimen, un crimen de lesa humanidad no poner los medios que la ciencia aconseja... Señor Magistral, usted que es una persona ilustrada, ¿cree Vd. que la religión consiste en dejarse morir junto á un albañal? Porque aquello es una letrina; sí señor, una cloaca.

—Ya sabe Vd. que es una residencia interina. Las Salesas están haciendo, como Vd. sabe, su convento junto á la fábrica de pólvora.

—Sí, ya sé; pero cuando el convento esté edificado y las mujeres puedan trasladarse á él, nuestra Rosita habrá muerto.

—Señor Somoza, el cariño le hace á Vd., acaso, ver el peligro mayor de lo que es.

—¿Cómo mayor, señor De Pas? ¿Querrá Vd. saber más que la ciencia? Ya le he dicho á Vd. lo que la ciencia opina: segundo: que es un crimen de lesa humanidad... Oh! ¡Si yo cogiera al curita que tiene la culpa de todo esto! Porque aquí anda un cura, señor Magistral, estoy seguro... y Vd. dispense... pero ya sabe Vd. que yo distingo entre clero y clero; si todos fueran como Vd.... ¿Á que mi señor don Fermín no aconseja á ningún padre que tenga cuatro hijas como cuatro soles, que las haga monjas una por una á todas, como si fueran los carneros de Panurgo?

El Magistral no pudo menos de sonreir, recordando que los carneros de Panurgo no habían sido monjas ni frailes. Pero don Robustiano repetía lo de los carneros de Panurgo, sin saber qué ganado era aquel,

como no sabía otras muchas cosas. Ya queda dicho que él no leía libros: le faltaba tiempo.

Don Fermín pensaba: «¿Serán indirectas las necedades de este majadero?»

—Yo sospecho—continuó el doctor—que mi pobre Carraspique está supeditado á la voluntad de algún fanático, v. gr. el Rector del Seminario. ¿No le parece á Vd. que puede ser el señor Escosura, ese Torquemada *pour rire*, el que ha traído á esta casa tanta desgracia?

—No señor; no creo que sea ese, ni que haya en esta casa tanta desgracia como Vd. dice.

—¡Van ya dos niñas al hoyo!

—¿Cómo al hoyo?

—Ó al convento, llámelo Vd. hache.

—Pero el convento no es la muerte; como Vd. comprende, yo no puedo opinar en este punto...

—Sí, sí, comprendo y Vd. dispense. Pero en fin, ya que existen conventos, señor, que los construyan en condiciones higiénicas. Si yo fuera gobierno, cerraba todos los que no estuvieran reconocidos por la ciencia. La higiene pública prescribe...

El señor Somoza expuso latamente varias vulgaridades relativas á la renovación del aire, á la calefacción, aeroterapia y demás asuntos de folletín semicientífico. Déspués volvió á la desgracia de aquella casa.

—¡Cuatro hijas y dos ya monjas! Esto es absurdo.

—No, señor; absurdo no, porque son ellas las que libremente escogen...

—Libremente! libremente! Ríase Vd., señor Magistral, ríase Vd., que es una persona tan ilustrada, de esa pretendida libertad. ¿Cabe libertad donde no hay elección? ¿Cabe elección donde no se conoce más que uno de los términos en que ha de consistir?

Don Robustiano hablaba casi como un filósofo cuando se acaloraba.

—Si á mí no se me engaña—continuó;—si yo conozco bien esta comedia. ¿ No ve Vd., señor mío, que yo las he visto nacer á todas ellas, que las he visto crecer, que he seguido paso á paso todas las vicisitudes de su existencia? Verá Vd. el sistema.

Don Robustiano se sentó, y prosiguió diciendo:

—Hasta que tienen quince ó diez y seis años las hijas de mis primos no ven el mundo. Á los diez ó los once van al convento; allí sabe Dios lo que les pasa; ellas no lo pueden decir, porque las cartas que escriben las dictan las monjas y están siempre cortadas por el mismo patrón, según el cual, «aquello es el Paraíso.» Á los quince años vuelven á casa; no traen voluntad; esta facultad del alma, ó lo que sea, les queda en el convento como un trasto inútil. Para dar una satisfacción al mundo, á la opinión pública, desde los quince á los diez y ocho ó diez y nueve, se representa la farsa piadosa de hacerles ver el siglo... por un agujero. Esta manera de ver el mundo es muy graciosa, mi señor don Fermín. ¿ Recuerda Vd. el convite de la cigüeña? Pues eso. Las niñas ven el mundo dentro de la redoma, pero no lo pueden catar. ¿Á los bailes? Dios nos libre. ¿Al teatro? Abominación. ¡Á la novena, al sermón! y de Pascuas á Ramos un paseíto con la mamá por el Espolón ó el Paseo de Verano; los ojitos en el suelo; no se habla con nadie; y en seguida á casa. Después viene la gran prueba: el viaje á Madrid. Allí se ven las fieras del Retiro, el Museo de Pinturas, el Naval, la Armería; nada de teatros ni de bailes, que aún son más peligrosos que en Vetusta: correr calles, ver mucha gente desconocida, despearse y á casa. Las niñas vuelven á su tierra diciendo de todo corazón que se han aburrido en la Corte, que su convento de su alma, que cuanto más se divertían allí con las Madres y las compañeras. Vuelta á Vetusta. Un mozalbete se enamora de cualquiera de las niñas... ¡*Vade retro!*

Se le despide con cajas destempladas. En casa se rezan todas las horas canónicas, maitines, vísperas... después el rosario con su coronilla, un padre nuestro á cada santo de la Corte Celestial; ayunos, vigilias; y nada de balcón, ni de tertulia, ni de amigas, que son peligrosas... Eso sí, tocar el piano si se quiere y coser á discreción. Como artículo de lujo se permite á las niñas que se rían á su gusto con los chistes del Arcediano, el diplomático señor Mourelo, alias Glocester. Suelta el buen mozo torcido una gracia babosa, las niñas la ríen, al papá se le cae la baba también ¡mísero Carraspique! y *tutti contenti*. El Arcediano no es el cura que hay aquí oculto, no; eso representa la parte contraria, el demonio ó el mundo; pero, como es natural, á las niñas les parece que el atractivo mundanal reducido al gracejo de Mourelo es poca cosa; y en cambio el claustro ofrece goces puros, y cierta libertad, sí señor, cierta libertad, si se compara con la vida archimonástica de lo que yo llamo la Regla de doña Lucía, mi prima carnal. ¡Oh, señor De Pas, fácil victoria la de la Iglesia! Las niñas en vista de que Vetusta es andar de templo en templo con los ojos bajos; Madrid ir de museo en museo rompiéndose los piés y tropezando; el hogar un cuartel místico, con chistes de cura por todo encanto, resuelven *libremente* meterse monjas, para gozar un poco de... de autonomía, como dicen los liberalotes, que nos dan una libertad parecida á la que gozan las hijas de Carraspique.

El Magistral oyó con paciencia el discurso del médico y, por decir algo, dijo:

—No podrá Vd. negar que en esta casa el trato es jovial, franco; á cien leguas de toda gazmoñería.

—¡Otra farsa! No sé quién diablos ha enseñado á mi prima esta comedia. El que entra aquí piensa que es calumnia lo que se cuenta de la rigidez monástica de este hogar honrado, pero aburrido. Las apariencias

engañan. Esta alegría sin saber por qué, estas bromitas de clerigalla, y Vd. dispense, esta tolerancia formal, puramente exterior, son disimulos para tapar la boca á los profanos.

El Magistral miraba al médico con gran curiosidad y algo de asombro. «¿Cómo aquel hombre de tan escasas luces discurría así en tal materia? ¿Sabía Somoza que era él y nadie más el *cura oculto,* el jefe espiritual de aquella casa? Si lo sabía ¿cómo le hablaba así? ¿También los tontos tenían el arte de disimular?»

Entró Carraspique en el salón. Traía los ojos húmedos de recientes lágrimas. Abrazó al Magistral y le suplicó fervorosamente que fuese á las Salesas á ver cómo estaba su hija; él no tenía valor para ir en persona. Don Fermín prometió ir aquel mismo día.

Somoza volvió á describir la falta de *condiciones higiénicas* del convento.

—Pero ¿qué quieres que haga, primo mío?

—Hijo, yo nada; yo no quiero nada, porque sé como sois. Pero lo que digo es lo siguiente: la niña está muy enferma, y no por culpa suya; su naturaleza era fuerte; en su *constitución* no hay vicio alguno; pero no le da el sol nunca y se la está comiendo la humedad; necesita calor y no lo tiene; luz y allí le falta; aire puro y allí se respira la peste; ejercicio y allí no se mueve; distracciones y allí no las hay; buen alimento y allí come mal y poco,... pero no importa; Dios está satisfecho por lo visto. ¿Cuál es la perfección? La vida entre dos alcantarillas. ¿El mundo está perdido? Pues vámonos á vivir metiditos en un... inodoro.

Y como esta palabra, si bien le parecía culta, no expresaba lo que él quería, sino lo contrario, añadió:

—En un inodoro... que es la *antítesis*—así dijo—de un inodoro.

—En fin, señores—prosiguió—Vds. defienden el absurdo y ahí no llega mi paciencia. Resumen; la ciencia

ofrece la salud de Rosita con aires de aldea, allá junto al mar; vida alegre, buenos alimentos, carne y leche sobre todo... sin esto... no respondo de nada.

Cogió el sombrero y el bastón de puño de oro; saludó con una cabezada al Magistral y salió murmurando:

—Á lo menos san Simeón Estilita estaba sobre una columna, pero no era una columna... de este orden; no era un estercolero.

Doña Lucía se presentó y con un gesto displicente contestó á las palabras de su primo que había oído desde lejos:

—Es un loco, hay que dejarle.

—Pero nos quiere mucho—advirtió Carraspique.

—Pero es un loco... haciéndole favor.

El Magistral, con buenas palabras, vino á decir lo mismo. «No había que hacer caso de Somoza; era un sectario. Ciertamente, el convento provisional de las Salesas no era buena vivienda, estaba situado en un barrio bajo, en lo más hondo de una vertiente del terreno, sin sol; allí desahogaban las mal construídas alcantarillas de gran parte de la Encimada, y, en efecto, en algunas celdas la humedad traspasaba las paredes, y había grietas; no cabía negar que á veces los olores eran insufribles; tales miasmas no podían ser saludables. Pero todo aquello duraría poco; y Rosita no estaba tan mal como el médico decía. El de las monjas aseguraba que no, y que sacarla de allí, sola, separarla de sus queridas compañeras, de su vida regular, hubiera sido matarla.»

Después don Fermín consideró la cuestión desde el punto de vista religioso. «Había algo más que el cuerpo. Aquellos argumentos puramente humanos, mundanos, que se podían oponer á Somoza y otros como él, eran lo de menos. Lo principal era mirar si había escándalo en precipitarse y tomar medidas que alar-

masen á la opinión. Por culpa de ellos, por culpa de un excesivo cariño, de una extremada solicitud, podían dar pábulo á la maledicencia. ¿Qué esperaban sino eso los enemigos de la Iglesia? Se diría que el convento de las Salesas era un matadero; que la religión conducía á la juventud lozana en aquella letrina á pudrirse... ¡Se dirían tantas cosas! No, no era posible tomar todavía ninguna medida radical. Había que esperar. Por lo demás, él iría á ver á Sor Teresa...»

—Sí, don Fermín, por Dios!—exclamó doña Lucía, juntando las manos—segura estoy de que recobrará la salud aquella querida niña, si Vd. le lleva el consuelo de su palabra.

No se atrevía á llamarla su hija. La creía de Dios, sólo de Dios.

Después se habló de otra cosa. Aunque no se había tratado nunca directamente del asunto, se había convenido, por un acuerdo tácito, que las dos niñas últimas no serían monjas, á no haber en ellas una vocación superior á toda resistencia prudente y moderada. Este implícito convenio era una imposición de la conciencia, ó del miedo á la opinión del mundo. La mayor de aquellas dos niñas tenía un pretendiente. El Magistral venía á desahuciarlo. «Era un impío.»

—¿Un impío Ronzal? ¡Su amigo de Vd.!—se atrevió á decir Carraspique.

—Sí; don Francisco, mi amigo; pero lo primero es lo primero. Yo sacrifico al amigo tratándose de la felicidad de su hija de Vds.

Una lágrima de las pocas que tenía rodó por el rostro de la señora de la casa. Más estético y más simétrico hubiera sido que las lágrimas fueran dos; pero no fué más que una; la del otro ojo debió de brotar tan pequeña, que la sequedad de aquellos párpados, siempre enjutos, la tragó antes que asomara.

La lágrima era de agradecimiento. «El Magistral les

sacrificaba el nombre y hasta la conveniencia de un amigo, de un gran amigo, de un defensor, de un partidario suyo, de todo un Ronzal el diputado! Bien hacía ella en entregar las llaves del corazón y de la conciencia á tal hombre, á aquel santo, pensaría mejor!»

Ronzal, alias Trabuco, aspiraba á la mano de una Carraspique, fuere cual fuere, porque su presupuesto de gastos aumentaba y el de ingresos disminuía; y don Francisco de Asís era un millonario que educaba muy bien á sus hijas. Pero el Magistral tenía otros proyectos.

—¿Un impío Ronzal?—preguntó asustado Carraspique.

—Sí, un impío... relativamente. No basta que la religión esté en los labios, no basta que se respete á la Iglesia y hasta se la proteja; en la política y en el trato social es necesario contentarse con eso muchas veces, en los tiempos tristes que alcanzamos, pero eso es otra cosa. Ronzal, comparado con otros... con Mesía, por ejemplo, es un buen cristiano; aun el mismo Mesía, que al cabo no se ha separado de la Iglesia, es católico, religioso... comparado con don Pompeyo Guimarán el ateo. Pero ni Mesía, ni Ronzal son hombres de fe y menos de piedad suficiente... ¿Daría Vd. una hija á don Álvaro?

—Antes muerta!

—Pues Ronzal, aunque se llama conservador y quiere la unidad católica y otros principios que contiene nuestra política, no es buen cristiano, no lo es como se necesita que lo sea el marido de una Carraspique.

Aquel calor con que defendía los intereses espirituales de la familia les llegaba al alma á los amos de la casa.

Ronzal fué desahuciado.

El Magistral habló todavía de otros asuntos. Había que hacer nuevos desembolsos. Limosnas, grandes li-

mosnas para Roma; para las Hermanitas de los Pobres, que iban á comprar una casa; limosna para la Santa Obra del Catecismo; limosna para la novena de la Concepción, porque habría que pagar caro un predicador, jesuíta, que vendría de lejos. «Era mucho, sí; pero si los buenos católicos que todavía tenían algo, no se sacrificaban ¿qué sería de la fe? ¡Si otros pudieran!»

Suspiró doña Lucía al oir esto. Había comprendido. El Magistral quería decir que si él fuese rico, su dinero sería de san Pedro y de las instituciones piadosas. «¡Y pensar que había quien calumniaba á aquel santo suponiéndole cargado de oro!»

Don Fermín antes de salir de aquella casa, donde su imperio no tenía límites, volvió á prometer una visita á las Salesas.

«Pero no había que alarmarse, ni perder la paciencia.»

—En el último trance, se atrevió á decir cuando ya lo creyó oportuno, suceda lo que Dios quiera; si es preciso sufrir por bien de la fe una prueba terrible, se sufrirá; porque el nombre de cristiano obliga á eso y á mucho más.

Allí don Fermín no decía que la virtud era fácil.

Era poco menos que imposible. La salvación se conseguía á costa de mucho padecer, y la alcanzaban muy pocos. La voz del Magistral en el estilo terrorista no era menos dulce que cuando sus ideas eran también melosas. La de salvación sonaba como la flauta del dios Pan; al decir: «Dios misericordioso, pero justo» aquella lengua imitaba el susurro del aura entre las flores...

Nunca hablaba del fuego del Infierno á los Carraspique. Eran tormentos de la conciencia los que les ofrecía para el caso probable de no salvarse, á pesar de tantos disgustos.

Doña Lucía encontraba á don Fermín algo flojo aque-

lla mañana. No hablaba con la sublime unción de otras veces. Su pesimismo piadoso le salía á duras penas de los labios. Notó la buena señora que su director espiritual hablaba como quien piensa en otra cosa.

Salió el Magistral.

Cuando se vió solo en el portal, sin poder contenerse, descargó un puñetazo sobre el pasamano de mármol del último tramo de la suntuosa escalera.

«—No hay remedio, no hay remedio!—dijo entre dientes—no he de empezar ahora á vivir de nuevo. Hay que seguir siendo el mismo.»

Otros días, al salir de aquella casa había gozado el placer fuerte, picante, del orgullo satisfecho; el dominio de las almas, que allí ejercía en absoluto, le daba al amor propio una dulce complacencia... Pero ahora nada de eso. No salía contento. Había procurado abreviar la visita suprimiendo palabras en sus piadosas arengas.

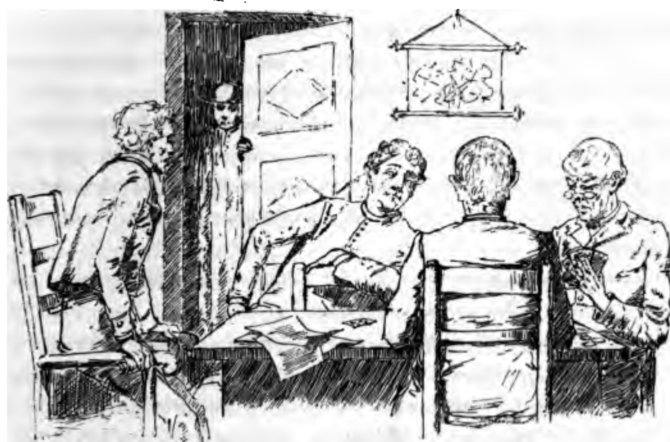
«Aquel idiota de don Robustiano le había puesto de mal humor. Eso debía de ser.»

«Necesitaba arrojar la careta, dar rienda suelta á su mal ánimo, pisar algo con ira...» Se dirigió *á Palacio*.

Así se llamaba por antonomasia el del obispo. Sumido en la sombra de la catedral, ocupaba un lado entero de la plazuela húmeda y estrecha que llamaban «La Corralada.» Era el palacio un apéndice de la Basílica, coetáneo de la torre, pero de peor gusto, remendado muchas veces en el siglo pasado y el presente. Con emplastos de cal y sinapismos de barro parecía un inválido de la arquitectura, y la fachada principal, renovada, recargada de adornos churriguerescos, sobre todo en la puerta y el balcón de encima, le daba un aspecto grotesco de viejo verde.

El Magistral dejó atrás el zaguán, grande, frío y desnudo, no muy limpio; cruzó un patio cuadrado, con algunas acacias raquíticas y parterres de flores mus-

tias; subió una escalera cuyo primer tramo era de piedra y los demás de castaño casi podrido; y después de un corredor cerrado con mampostería y ventanas estrechas, encontró una antesala donde los familiares del obispo jugaban al tute. La presencia del Provisor interrumpió el juego. Los familiares se pusieron de pié y uno de ellos hermoso, rubio, de movimientos suaves y ondulantes, de pulquérrimo traje talar, per-



fumado, abrió una mampara forrada de damasco color cereza. De lo mismo estaba tapizada toda la estancia que se vió entonces y que atravesó De Pas sin detenerse.

—¿Dónde estará, don Anacleto?

—Creo que tiene visitas—respondió el paje.—Unas señoras...

—¿Qué señoras?

Don Anacleto encogió los hombros con mucha gracia y sonrió.

Don Fermín vaciló un momento, dió un paso atrás;

pero en seguida volvió á adelantarlo y abrió una puerta de escape por donde desapareció.

Después de cruzar salas y pasadizos llegó al *salón claro*, como se llamaba en Palacio el que destinaba el obispo á sus visitas particulares. Era un rectángulo de treinta piés de largo por veinte de ancho, de techo muy alto cargado de artesones platerescos de nogal oscuro. Las paredes pintadas de blanco brillante, con medias cañas á cuadros doradas y estrechas, reflejaban los torrentes de luz que entraban por los balcones abiertos de par en par á toda aquella alegría. Los muebles forrados de damasco amarillo, barnizados de blanco también, de un lujo anticuado, bonachón y simpático, reían á carcajadas, con sus contorsiones de madera retorcida, ora en curvas panzudas, ora en columnas salomónicas. Los brazos de las butacas parecían puestos en jarras, los piés de las cónsolas hacían piruetas. No había estera ni alfombra, á no contar la que rendía homenaje al sofá; era de moqueta y representaba un canastillo de rosas encarnadas, verdes y azules. Era el gusto de S. I. De las paredes de Norte y Sur pendían sendos cuadros de Cenceño, pero retocados con colores chillones que daban gloria; los otros muros los adornaban grandes grabados ingleses con marco de ébano. Allí estaban Judit, Ester, Dalila y Rebeca en los momentos críticos de su respectiva historia. Un Cristo crucificado de marfil, sobre una cónsola, delante de un espejo, que lo retrataba por la espalda, miraba sin quitarle ojo á su Santa Madre de mármol, de doble tamaño que él, colocada sobre la cónsola de enfrente. No había más santos en el salón ni otra cosa que revelase la morada de un mitrado.

El Ilustrísimo Señor don Fortunato Camoirán, obispo de Vetusta, dejaba al Provisor gobernar la diócesis á su antojo; pero en su salón no había de tocar. Por esto habían valido poco las amonestaciones de don

Fermín para que Fortunato se abstuviese de adornar los balcones con jaulas pobres, pero alegres, en que saltaban y alborotaban aturdiendo al mundo, jilgueros y canarios, que en honor de la verdad, parecían locos.

«—Gracias que no llevo mis pájaros á la catedral para que canten el Gloria cuando celebro de Pontifical. Cuando yo era párroco de las Veguellinas, jilgueros y alondras y hasta pardales cantaban y silbaban en el coro y era una delicia oirlos.»

Fortunato era un santo alegre que no podía ver una irreverencia donde se podía admirar y amar una obra de Dios.

Glocester, el maquiavélico Arcediano, «opinaba que el obispo—pero este era su secreto—no estaba á la altura de su cargo.»

«—No basta ser bueno—decía—para gobernar una diócesis. Ni los poetas sirven para ministros, ni los místicos para obispos.»

Esta opinión era la más corriente entre el clero del obispado. Los señores de la junta carlista creían lo mismo. ¡Jamás habían podido contar para nada con el obispo!

¿Qué resultaba de aquella excesiva piedad? Que S. I. se abandonaba en brazos del Provisor para todo lo referente al gobierno de la Diócesis. Esto, según unos, era la perdición del clero y el culto, según otros una gran fortuna; pero todos convenían en que el bueno de Camoirán no tenía voluntad.

Era cierto que había aceptado la mitra á condición de escoger, sin que valieran recomendaciones, una persona de su confianza en quien depositar los cuidados del gobierno eclesiástico. El Magistral era sin duda el hombre de más talento que él había conocido. Además, doña Paula, cuando su hijo era un humilde seminarista, había servido en calidad de ama de llaves á Camoirán, á la sazón canónigo de Astorga. Desde en-

tonces aquella mujer de hierro había dominado al pobre santo de cera. El hijo, ayudado por la madre, continuó la tiranía, y, como decían ellos, «le tenían en un puño.» Y él estaba asi muy contento.

¿Cómo había llegado á obispo? En una época de nombramientos de intriga, de complacencias palaciegas, para aplacar las quejas de la opinión se buscó un santo á quien dar una mitra y se encontró al canónigo Camoirán.

Llegó á Vetusta echando bendiciones y recibiéndolas del pueblo. Con gran escándalo de su corazón sencillo y humilde se contaban maravillas de su virtud y casi le atribuyeron milagros. En cierta ocasión, cuando hacía su visita á las parroquias de los vericuetos, en el riñón de la montaña, jinete en un borrico, bordeando abismos, entre la nieve, se le presentó una madre desesperada con su hijo en los brazos. Una víbora había mordido al niño.

—Sálvamelo, sálvamelo!—gritaba la madre, de rodillas, cerrando el paso al borrico.

—Si yo no sé! si yo no sé!—gritaba el obispo desesperado, temiendo por la vida del angelillo.

—Sí, sí, tú que eres santo!—replicaba la madre con alaridos.

—¡El cauterio! el cauterio! pero yo no sé...

—¡Un milagro! un milagro!...—repetía la madre.

La vida de Fortunato la ocupaban cuatro grandes cuidados: el culto de la Virgen, los pobres, el púlpito y el confesonario.

Tenía cincuenta años, la cabeza llena de nieve, y su corazón todavía se abrasaba en fuego de amor á María Santísima. Desde el seminario, y ya había llovido después, su vida había sido una oda consagrada á las alabanzas de la Madre de Dios. Sabía mucha teología, pero su ciencia predilecta consistía en la doctrina de los Misterios que se refieren á la Mujer *sine labe concepta.*

De memoria hubiera podido repetir cuanto han dicho los Santos Padres y los Místicos en honor de la Virgen, y sabía alabarla en estilo oriental, con metáforas tomadas del desierto, del mar, de los valles floridos, de los montes de cedros; en estilo romántico—que irritaba al Arcipreste—y en estilo familiar con frases de cariño paternal, filial y fraternal.

Tenía escritos cinco libros que primero se vendían á peseta y después se regalaban, titulados así: *El Rosal de María* (en verso)—*Flores de María*—*La devoción de la Inmaculada*—*El Romancero de Nuestra Señora*—*La Virgen y el Dogma.*

Nunca se le había aparecido la Reina del Cielo, pero consuelos se los daba á manos llenas; y el espíritu se lo inundaba de luz y de una alegría que no podían oscurecer ni turbar todas las desdichas del mundo, al menos las que él había padecido.

En limosnas se le iba casi todo el dinero que le daba el gobierno y mucho de lo que él había heredado. ¡Pero ay del sastre si le quería engañar cobrándole caros los remiendos de sus pantalones! ¿No sabía él lo que eran remiendos? ¿No había zurcido su ropa y cosido botones S. I. muchas veces? En cuanto al zapatero, que era de los más humildes, aguzaba el ingenio para que las piezas y medias suelas que ponía á los zapatos del obispo estuvieran bien disimuladas.

—Pero, señor—gritaba el ama de llaves, doña Úrsula, heredera en el cargo de doña Paula;—si Vd. pide milagros. ¿Cómo no se han de conocer las puntadas? Compre Vd. unos zapatos nuevos, como Dios manda, y será mejor.

—¿Y quién te dice á ti, bachillera, que Dios manda comprar zapatos nuevos mientras el prójimo anda sin zapatos? Si ese remendón supiera su oficio, parecerían estos una gloria.

El obispo tenía sus motivos para exigir que los re-

miendos del calzado no se conocieran. El Provisor todos los días le pasaba revista, como á un recluta, mirándole de hito en hito cuando le creía distraído: y si notaba algún descuido de indumentaria que acusara pobreza indigna de un mitrado, le reprendía con acritud.



—Esto es absurdo—decía De Pas.—¿Quiere Vd. ser el obispo de *Los Miserables*, un obispo de libro prohibido? ¿Hace Vd. eso para darnos en cara á los demás que vamos vestidos como personas decentes y como exige el decoro de la Iglesia? ¿Cree Vd. que si todos luciéramos pantalones remendados como un afilador de navajas ó un limpia-chimeneas, llegaría la Iglesia á dominar en las regiones en que el poder habita?

—No es eso, hijo mío, no es eso—respondía el obispo sofocado, con ganas de meterse debajo de tierra. —Si es una gloria veros vestidos de nuevo; si así debe

ser; si ya lo sé. ¿Crees tú que no gozo yo mirándoos á ti y á don Custodio y al primo del ministro, tan buenos mozos, tan relucientes, tan lechuguinos con vuestro sombrero de teja cortito, abierto, felpudo,... pues yo lo creo... si eso es una bendición de Dios; si así debe ser... ¿Pero sabes tú quién es Rosendo? Es un grandísimo pillo que me pide tres pesetas por unas medias suelas, y ni siquiera tapa un agujerito que le puede salir á la piel... Estos son nuevos, palabra de honor que son nuevos, pero se ríen; ¿qué les hemos de hacer si tienen buen humor?

Durante algunos años Fortunato había sido el predicador de moda en Vetusta. Su antecesor rara vez subía al púlpito, y el verle á él en la cátedra del Espíritu Santo casi todos los días despertó la curiosidad primero, después el interés y hasta el entusiasmo de los fieles. Su elocuencia era espontánea, ardiente; improvisaba; era un orador verdadero, valía más que en el papel, en el púlpito, en la ocasión. Hablaba de repente, llamas de amor místico subían de su corazón á su cerebro, y el púlpito se convertía en un pebetero de poesía religiosa cuyos perfumes inundaban el templo, penetraban en las almas. Sin pesar en ello, Fortunato poseía el arte supremo del escalofrío; sí, los sentía el auditorio al oir aquella palabra de unción elocuente y santa. La caridad en sus labios era la necesidad suprema, la belleza suma, el mayor placer. Cuando Fortunato bajaba de la cátedra deseando á todos la gloria por los siglos de los siglos, la unción del prelado corría por el templo como una influencia magnética; parecía que si se tocaban los cuerpos iban á saltar chispas de caridad eléctrica; el entusiasmo, la conversión, se leían en miradas y sonrisas; en aquellos momentos los vetustenses tomaban en serio lo de ser todos hermanos.

Pero esto había sido al principio. Después... el pú-

blico empezó á cansarse. Decían que el obispo *se prodigaba demasiado.* «El Magistral no se prodigaba.»

—Estudia más los sermones—decían unos.

—Es más profundo, aunque menos ardiente.

—Y más elegante en el decir.

—Y tiene mejor figura en el púlpito.

—El Magistral es un artista, el otro un apóstol.

Hacía mucho tiempo que Glocester, el Arcediano, no se explicaba por qué gustaba el obispo como predicador. «Él confesaba que no entendía aquello. Era demasiado florido.» Para Glocester no pasaba de *mera retórica* aquello de abrasarse en amor del prójimo. «Le sonaba á hueco.»

«—¿Y el dogma? ¿Y la controversia? El obispo nunca hablaba mal de nadie; para él como si no hubiera un grosero materialismo ni una hidra revolucionaria, ni un satánico *non serviam* libre-pensador:»

En concepto de Glocester, Camoirán había comenzado á desacreditarse en los *sermones de la Audiencia.* Todos los viernes de Cuaresma la Real Audiencia Territorial pagaba y oía con religiosa atención ó mística somnolencia un sermón que alguna notabilidad del púlpito vetustense predicaba en Santa María, la iglesia antiquísima.

«—Pues bien—decía Glocester—allí no se habla por hablar, ni lo primero que viene á la boca; allí no basta abrasarse en fuego divino; es necesario algo más, so pena de ofender la ilustración de aquellos señores. Se habla á jurisconsultos, á hombres de ciencia, señor mío, y hay que tentarse la ropa antes de subir á la cátedra sagrada. El obispo había hablado á los *señores del margen*, á la Audiencia Territorial ni más ni menos que al común de los fieles.»

El actual Regente—que no era Quintanar—había dicho, en confianza, á un oidor que *el sermón no tenía miga.* El oidor había corrido la noticia y el fiscal se

atrevió á decir que el obispo no se iba al grano.

Para irse al grano Glocester. Aquel mismo año en que Fortunato lo había hecho tan mal, en concepto de los señores magistrados, se lució en su sermón de viernes el sinuoso Arcediano. Ya lo anunciaba él muchos días antes.

«—Señores, no llamarse á engaño; á mí hay que leerme entre líneas; yo no hablo para criadas y soldados; hablo para un público que sepa... eso, leer entre líneas.»

La musa de Glocester era la ironía. Aquel viernes memorable, Mourelo se presentó en el púlpito sonriente, como solía (ocho días antes se había desacreditado el obispo), saludó al altar, saludó á la Audiencia y se dignó saludar al católico auditorio. Su mirada escudriñó los rincones de la iglesia para ver si, conforme le habían anunciado, algún libre-pensadorzuelo de Vetusta, de esos que estudian en Madrid y vuelven podridos, estaba oyéndole. Vió dos ó tres que él conocía, y pensó: «Me alegro; ahora veréis lo que es bueno.»

El regente—que no era Quintanar—con el entrecejo arrugado y la toga tersa, sentado en medio de la nave en un sillón de terciopelo y oro, contemplaba al predicador, preparándose á separar el grano de la paja, dado que hubiera de todo. Otros magistrados, menos inclinados á la crítica, se disponían á dormir disimuladamente, valiéndose de recursos que les suministraba la experiencia de estrados.

Glocester se fué al grano en seguida. La antifrasis, el eufemismo, la alusión, el sarcasmo, todos los proyectiles de su retórica, que él creía solapada y hábil, los arrojó sobre el impío Arouet, como él llamaba á Voltaire siempre. Porque Mourelo andaba todavía á vueltas con el pobre Voltaire; de los modernos impíos sabía poco; algo de Renan y de algún apóstata español, pero nada más. Nombres propios casi ninguno: el

grosero materialismo, el asqueroso sensualismo, los cerdos de los establos de Epicuro y otras colectividades así hacían el gasto; pero nada de Strauss ni de las luchas exegéticas de Tubinga y Götinga; amigo, esto quedaba para el Magistral, con no poca envidia de Glocester.

Voltaire, y á veces el extraviado filósofo ginebrino, pagaban el pato. Pero no; otro caballo de batalla tenía el Arcediano: el paganismo, la antigua idolatría. Aquel día, el viernes, estuvo oportunísimo burlándose de los egipcios. Al Regente le costó trabajo contener la risa, que procuraba excitar Glocester.

Aquellos grandísimos puercos que adoraban gatos, puerros y cebollas, le hacían mucha gracia al orador sagrado. «¡Con qué sandunga les tomaba el pelo á los egipcios!» según expresión de Joaquinito Orgaz, religioso por buen tono y que creía sinceramente que era un disparate la idolatría.

«—Sí, Señor Excelentísimo, sí, católico auditorio, aquellos habitantes de las orillas del Nilo, aquellos ciegos cuya sabiduría nos mandan admirar los autores impíos, adoraban el puerro, el ajo, la cebolla.» *¡Risum teneatis!* «*¡Risum teneatis!*» repetía encarándose con el perro de san Roque, que estaba con la boca abierta en el altar de enfrente. El perro no se reía.

Cerca de media hora estuvo abrumando á los Faraones y sus súbditos con tales cuchufletas. «¡Dónde tenían la cabeza aquellos hombres que adoraban tales inmundicias!»

Ronzal, Trabuco, que admiró aquel sermón, dos meses después sacaba partido de las citas de Glocester en las discusiones del Casino, y decía:

«—Señores, lo que sostengo aquí y en todos los terrenos, es que si proclamamos la libertad de cultos y el matrimonio civil, pronto volveremos á la idolatría, y seremos como los antiguos egipcios, adoradores

de Isis y *Busilis*; una gata y un perro según creo.»

El regente opinó, y con él toda la Territorial, que el señor Mourelo, arcediano, había estado á mayor altura que el señor Obispo. Esto cundió por las tertulias, corrillos y paseos, y cuantos pretendían pasar plaza de personas instruidas lamentaron que no hubiera más fondo en los sermones del prelado, que no se preparase y que *se prodigara tanto*.

Al cabo, la opinión llegó á decir esto, aunque ya sin el visto bueno de Glocester:

«—Que había que desengañarse; el verdadero predicador de Vetusta era el Magistral.»

Pronto fué tal opinión un lugar común, una frase hecha, y desde entonces la fama del Obispo como orador se perdió irremisiblemente. Cuando en Vetusta se decía algo por rutina, era imposible que idea contraria prevaleciese.

Y así, fué en vano que en cierto sermón de Semana Santa Fortunato estuviera sublime al describir la crucifixión de Cristo.

Era en la parroquia de San Isidro, un templo severo, grande; el recinto estaba casi en tinieblas; tinieblas como reflejadas y multiplicadas por los paños negros que cubrían altares, columnas y paredes; sólo allá, en el tabernáculo, brillaban pálidos algunos cirios largos y estrechos, lamiendo casi con la llama los piés del Cristo, que goteaban sangre; el sudor pintado reflejaba la luz con tonos de tristeza. El Obispo hablaba, con una voz de trueno lejano, sumido en la sombra del púlpito; sólo se veía de él, de vez en cuando, un reflejo morado y una mano que se extendía sobre el auditorio. Describía el crugir de los huesos del pecho del Señor al relajar los verdugos las piernas del mártir, para que llegaran los piés al madero en que iban á clavarlos. Jesús se encogía, todo el cuerpo tendía á encaramarse, pero los verdugos forcejeaban; ellos ven-

cerían. «¡Dios mío! ¡Dios mío!» exclamaba el Justo, mientras su cuerpo dislocado se rompía por dentro con chasquidos sordos. Los verdugos se irritaban contra la propia torpeza; no acababan de clavar los piés... Sudaban jadeantes y maldicientes; su aliento manchaba el rostro de Jesús... «¡Y era un Dios! el Dios único, el Dios de ellos, el nuestro, el de todos! ¡Era Dios!...» gritaba Fortunato horrorizado, con las manos crispadas, retrocediendo hasta tropezar con la piedra fría del pilar; temblando ante una visión, como si aquel aliento de los sayones hubiese tocado su frente y la cruz y Cristo estuvieran allí, suspendidos en la sombra sobre el auditorio, en medio de la nave. La inmensa tristeza, el horror infinito de la ingratitud del hombre matando á Dios, absurdo de maldad, los sintió Fortunato en aquel momento con desconsuelo inefable, como si un universo de dolor pesara sobre su corazón. Y su ademán, su voz, su palabra supieron decir lo indecible, aquella pena. Él mismo, aunque de lejos, y como si se tratara de otro, comprendió que estaba siendo sublime; pero esta idea pasó como un relámpago, se olvidó de sí, y no quedó en la iglesia nadie que comprendiera y sintiera la elocuencia del apóstol, á no ser algún niño de imaginación fuerte y fresca que por vez primera oía la descripción de la escena del Calvario.

Á las pausas elocuentes, cargadas de efectos patéticos, á que obligaba al Obispo la fuerza de la emoción, contestaban abajo los suspiros de ordenanza de las beatas, plebeyas y aldeanas, que eran la mayoría del auditorio. Eran los sollozos indispensables de los días de Pasión, los mismos que se exhalaban ante un sermón de cura de aldea, mitad suspiros, mitad eruptos de la vigilia.

Las señoras no suspiraban; miraban los devocionarios abiertos y hasta pasaban hojas. Los inteligentes

opinaban que el prelado «se había descompuesto», tal vez se había perdido. «Aquello era sacar el Cristo.» El púlpito no era aquello. Glocester, desde un rincón, se escandalizaba para sus adentros. «¡Pero *eso* es un cómico!» pensaba; y pensaba repetirlo en saliendo. Creía haber encontrado una frase: «¡Pero *eso* es un cómico!»

El Magistral no era cómico, ni trágico, ni épico. «No le gustaba sacar el Cristo». En general prescindía en sus sermones de la epopeya cristiana y pocas veces predicó en la Semana de Pasión. «Rehuía los lugares comunes», según don Saturnino Bermúdez. La verdad era que De Pas no tenía en su imaginación la fuerza plástica necesaria para pintar las escenas del Nuevo Testamento con alguna originalidad y con vigor. Cada vez que necesitaba repetir lo de: «*Y el Verbo se hizo carne*» en lugar del pesebre y el Niño Dios veía, dentro del cerebro, las letras encarnadas del Evangelio de san Juan, en un cuadro de madera en medio de un altar: *Et Verbum caro factum est.*

En cierta época, cuando era joven, al pensar en estas cosas la duda le había atormentado tantas veces con punzadas de remordimiento, si quería figurarse la vida de Jesús, que ya tenía miedo de tales imágenes; huía de ellas, no quería quebraderos de cabeza. «Bastante tenía él en que pensar.» Era un iconoclasta para sus adentros. Le faltaba el gusto de las artes plásticas; y, sin atreverse á decirlo, opinaba que los cuadros, aunque fuesen de grandes pintores, profanaban las iglesias. Del dogma le gustaba la teología pura, la abstracción, y al dogma prefería la moral. La vocación de la filosofía teológica y el prurito de la controversia habían nacido ya en el seminario; su espíritu se había empapado allí de la pasión de escuela, que suple muchas veces al entusiasmo de la verdadera fe. La experiencia de la vida había despertado su afición á los estudios morales. Leía con deleite los *Caracteres de La Bruyère;*

de los libros de Balmes sólo admiraba *El Criterio* y— ¡quién se lo hubiera dicho al señor Carraspique!—en las novelas, prohibidas tal vez, de autores contemporáneos, estudiaba costumbres, temperamentos, buscaba observaciones, comparando su experiencia con la agena.

¡Cuántas veces sonreía el Magistral con cierta lástima al leer en un autor impío las aventuras ideales de un presbítero! «¡Qué de escrúpulos! ¡qué de sinuosidades! ¡cuántos rodeos para pecar! y después ¡qué de remordimientos! «Estos liberales, añadía para sí, ni siquiera saben tener mala intención. Estos curas se parecen á los míos como los reyes de teatro se parecen á los reyes».

Los sermones de don Fermín tenían por asunto casi siempre ó la lucha con la impiedad moderna, la controversia de actualidad, ó los vicios y virtudes y sus consecuencias. Él prefería esta última materia. De vez en cuando, para conservar su fama de sabio entre las *personas ilustradas* de Vetusta, la emprendía con los infieles y herejes. Pero no se remontaba á los egipcios, ni siquiera á Voltaire. Los herejes que descuartizaba el Magistral eran frescos. Atacaba á los protestantes; se burlaba con gracia de sus discusiones, buscaba con arte el lado flaco de sus doctrinas y de su disciplina eclesiástica. Describiendo á veces los Consistorios de Berlín hacía pensar al auditorio: «¡Pero aquellos desgraciados están locos!»

No era su afán pintar á los enemigos como criminales encenagados en el error, que es delito, sino como duros de mollera. La vanidad del predicador comunicaba luégo con la de sus oyentes y se hacia una sola; nacía el entusiasmo cordial, magnético de dos vanidades conformes.

«¡Lástima que tantos y tantos millones de hombres como viven en las tinieblas de la idolatría, de la here-

jía, etc., no tuviesen el talento natural de los vetustenses apiñados en el crucero de la catedral, al rededor del púlpito! La salvación del mundo sería un hecho.»

El empeño constante del Magistral en la *cátedra* era demostrar «matemáticamente» la verdad del dogma. «Prescindamos por un momento del auxilio de la fe, ayudémonos sólo de nuestra razón... Ella basta para probar...» ¡Gran interés ponía en que la razón bastase! «La razón no explica los misterios, es verdad: pero explica que no expliquen.»—«Esto es mecánico» repetía, descendiendo gustoso al estilo familiar. En tales momentos su elocuencia era sincera; cuando traía entre ceja y ceja un argumento, cuando se esforzaba en demostrar por su $a+b$ teológico-racional cualquier artículo de fe, hablaba con calor, con entusiasmo. Entonces, sólo entonces se descomponía un poco; dejaba los ademanes acompasados, suaves, académicos, y encogía las piernas, se bajaba como un cazador en acecho, para disparar sobre el argumento contrario, daba palmadas rápidas, sin medida sobre el púlpito, se arrugaba su frente, se erizaban las puntas de acero que tenía en los ojos, y la voz se transformaba en trompeta desapacible y algo ronca... Pero ¡ay! esto era perderse. *Su* público no entendía aquello... y De Pas volvía á ser quien era, se erguía, doblaba las puntas de acero y tornaba á descargar citas sobre los abrumados vetustenses, que salían de allí con jaqueca y diciendo:

«¡Qué hombre! ¡qué sabiduría! ¿cuándo aprenderá estas cosas? ¡Sus días deben de ser de cuarenta y ocho horas!»

Las damas, aunque admiraban también aquello de que Renan copia á los alemanes, y lo de que no hay más sabios que el P. Secchi y otros cinco ó seis jesuitas, con lo demás de Götinga y de Tubinga y lo del orientalista Opper, etc., etc., preferían oir al Magistral

en sus *sermones de costumbres* y él también prefería agradar á las señoras.

Si en los asuntos dogmáticos buscaba el auxilio de *la sana razón*, en los temas de moral iba siempre á parar á la utilidad. La salvación era un negocio, el gran negocio de la vida. Parecía un Bastiat del púlpito. «El interés y la caridad son una misma cosa. Ser bueno es *entenderla.*» Los muchos indianos que oían al Magistral sonreían de placer ante aquellas fórmulas de la salvación.

«¡Quien se lo hubiera dicho! después de haber hecho su fortuna en América, ahora en el *país natal,* sin moverse de casa, podían ganar fácilmente el cielo. ¡Habían nacido de piés!» Según De Pas, los malvados eran otros tontos, como los herejes. Y también aquello era mecánico, también lo demostraba por $a+b$. Pintaba á veces, con rasgos dignos de Molière ó de Balzac, el tipo del avaro, del borracho, del embustero, del jugador, del soberbio, del envidioso, y después de las vicisitudes de una existencia mísera resultaba siempre que *lo peor era para él.*

Su estudio más acabado era el del joven que se entrega á la lujuria. Le presentaba primero fresco, colorado, alegre, como una flor, lleno de gracia, de sueños de grandeza, esperanza de los suyos y de la patria... y después, seco, frío, hastiado, mustio, inútil.

Casi siempre se olvidaba de decir la que les esperaba á las víctimas del vicio en el otro mundo. Aquella moral utilitaria la entendían las señoras y los indianos perfectamente. El resumen que hacía de ella en sus adentros era este:

«¡Guarda Pablo!»

«¡Qué razón tiene!» pensaban muchas damas al oirle hablar del adulterio. Las más de estas eran *mujeres honradas* que no habían sido adúlteras, que no habian hecho más que *tontear*, *como todas*. En ocasiones se les

figuraba á las apasionadas de don Fermín que el imprudente contaba desde el púlpito lo que ellas le habían dicho en el confesonario.

También en el tribunal de la penitencia había derrotado el Provisor al Obispo.

Cuando Camoirán llegó á Vetusta, se vió acosado por el *bello sexo* de todas las clases: todas querían al Obispo por padre espiritual. Pero en el confesonario se desacreditó antes que en el púlpito. ¡Era tan soso! Y tenía la manga muy estrecha y sin gracia. Preguntaba poco y mal. Hablaba mucho y á todas les decía casi lo mismo. Además, era demasiado madrugador y ni siquiera guardaba consideraciones á las señoras delicadas. Se ponía en el confesonario al ser de día.

Se le fué dejando poco á poco. Aquello de tener que mezclarse en la capilla de la Magdalena (del trasaltar) con multitud de criadas y beatas pobres, tenía poca gracia. Y el obispo las iba llamando por *rigorosa antigüedad*, como en una peluquería, sin tener en cuenta si eran amas ó criadas. «Era demasiado *hacer el apóstol.*» Se le dejó.

Pronto se vió rodeado nada más de populacho madrugador. Canteros, albañiles, zapateros y armeros carlistas, beatas pobres, criadas tocadas de misticismo más ó menos auténtico, chalequeras y ribeteadoras, este fué su pueblo de penitentes bien pronto. «Por eso él se quejaba, muy afligido, de las malas costumbres y de los muchos nacimientos ilegítimos que debía de haber, según su cuenta. ¡Si tratara con señoritas!»

En una ocasión llegó á decirle al Gobernador civil:

—Hombre, ¿no estaría en sus atribuciones de usted prohibir el paseo de la zapatilla?

Aludía el obispo al paseo de los artesanos en el *Boulevard*, entre luz y luz.

Creía que de allí y de los bailes peseteros del Teatro nacía la corrupción creciente de Vetusta.

Así era el buen Fortunato Camoirán, prelado de la diócesis exenta de Vetusta la muy noble ex-corte; aquel humilde Obispo á quien el Provisor en cuanto entró en el salón reprendió con una mirada como un rayo.

El obispo estaba sentado en un sillón y las dos señoras en el sofá.

Eran Visita, la del Banco, y Olvido Páez, la hija de Páez el Americano, el segundo millonario de la Colonia.

El Obispo al ver al Magistral se ruborizó, como un estudiante de latín sorprendido por sus mayores con la primera tagarnina.

«¿Qué era aquello?» quería decir la mirada del Magistral, que saludó á las señoras inclinándose con gracia y coquetería inocente. «¡Unas señoras con el Obispo! Y ningún caballero las acompañaba! Esto era nuevo.»

Cosas de Visitación. Se trataba de seducir á su Ilustrísima para que fuese á honrar con su presidencia el solemne reparto de premios á la virtud, *organizado* por cierto círculo filantrópico. El círculo se llamaba *La Libre Hermandad*, nombre feo, poco español y con olor nada santo. En tal sociedad había una junta de caballeros y otra *agregada* de damas *protectrices* (gramática del Presidente del círculo).

La Libre Hermandad se había fundado con ciertos aires de institución independiente *de todo yugo religioso*, y su primer presidente fué el señor don Pompeyo Guimarán, que de milagro no estaba excomulgado y que no comulgaba jamás.

Era el Círculo algo como una oposición á *Las Hermanitas de los Pobres*, á la *Santa Obra del Catecismo*, á las *Escuelas Dominicales*, etc., etc. Desde luégo se le declaró la guerra por el elemento religioso y á los pocos meses no había un pobre en todo el Ayuntamiento de

Vetusta que quisiera las limosnas, los premios ni la enseñanza de *La Libre Hermandad.*

Las niñas de las *Escuelas Dominicales* y los chiquillos del *Catecismo*, que cantaban por las calles en vez de coplas profanas el

> Santo Dios, Santo Fuerte,
> Santo Inmortal,

y lo de

> Venid y vamos todos
> con flores á María,

inventaron un cantar contra el Círculo. Decía así:

> Los niños pobres no quieren
> ir á la Libre Hermandad,
> los niños pobres prefieren
> la Cristiana Caridad.

La *cristiana caridad* y la perfección de la rima revelaban el estilo de don Custodio el beneficiado, que era —á tanto había llegado— director de las Escuelas Dominicales de niñas pobres.

La Libre Hermandad se hubiera muerto de consunción sin el valeroso sacrificio de su Presidente. Comprendió el señor Guimarán que los tiempos no estaban para secularizar la caridad y las primeras letras y presentó su dimisión «sacrificándose, decía, no á las imposiciones del fanatismo, sino al bien de los niños abandonados.» Con la dimisión de don Pompeyo y la feliz idea de crear la junta agregada de damas *protectrices* ganó algo la sociedad benéfica, y ya no se la hizo guerra sin cuartel. Pero aún no había lavado su pecado original que llevaba en el nombre. El Provisor despreciaba el tal círculo.

Visitación fué la primera dama agregada, por su

prurito de agregarse á todo. Actualmente era la tesorera de las *protectrices.*

Se trataba ahora de borrar los últimos vestigios de herejía ó lo que fuese, congraciándose con la catedral y rogando al señor Obispo que presidiera el solemne reparto de premios aquel año. «Pero ¿quién le ponía el cascabel al gato?—Visitación, la del Banco.» ¿Quién más á propósito para tales atrevimientos? Por el bien parecer pidió que en su visita le acompañase otra dama *de viso.* Ninguna quiso ir, no se atrevían. Se votó y se nombró á Olvido Páez, por la representación de su papá y lo bien quista que era la joven en Palacio.

«—Sí—decía en la junta Visitación—que venga Olvido; así no creerá el Magistral que el tiro va contra él; porque, como á mí no me puede ver...»

Y era verdad; el Magistral despreciaba á la del Banco y la tenía por una grandísima cualquier cosa. Era de las pocas señoras que ayudaban al Arcediano en su conspiración contra el Vicario general. Sin embargo, Visita confesaba á veces con don Fermín, á pesar de los desaires de éste. «Ya sabía él á qué iba allí aquella buena pécora, pero chasco se llevaba; la confesaba por los mandamientos y se acabó.»

«—¿Y qué más? adelante; ¿y qué más? estilo Ripamilán. Á buena parte iba la correveidile de Glocester.»

Fortunato ya había dado palabra de honor de ir á la solemne sesión de la Libre Hermandad. Esto y el ver allí á la de Páez, su más fiel devota, agravó el mal humor del Vicario. Le costó trabajo estar fino y cortés y lo consiguió gracias á la costumbre de dominarse y disimular. Visitación se complacía en adivinar la cólera del Provisor y le abrumaba á chistes, y le mareaba con aquel atolondramiento «que á él se le ponía en la boca del estómago.»

—Pero, señoras mías—dijo De Pas—hablemos con formalidad un momento.

—¿ Qué ? ¿ cómo se entiende ? ¿ quiere Vd. recoger velas, que se desdiga S. I. ?

—Creo, que...

—Nada, nada! La palabra es palabra. Nos vamos, nos vamos; ea, ea, conversación; no oigo nada... Vamos, Olvido... no oigo... no oigo...

Por una especie de milagro acústico cada palabra de Visitación sonaba como siete; parecía que estaba allí perorando toda la junta de *protectrices*.

Se levantó y se dirigió á la puerta llevando como á remolque á la de Páez.

El Magistral protestó en vano: «Aquella sociedad la había fundado un ateo, era enemiga de la Iglesia...»

—No hay tal—gritó desde la puerta Visita;—si así fuera, no figuraríamos nosotras como damas agregadas.

—Yo lo soy—advirtió la de Páez—por empeño de ésta que convenció á papá.

—Pero, señores, si la *Libre Hermandad* ha cantado ya la palinodia; si desde que ingresamos en ella nosotras, se acabó lo de la libertad y toda esa jarana...

—Tiene razón—se atrevió á decir el Obispo, á quien todavía engañaba el aturdimiento postizo de la del Banco;—tiene razón esa loquilla...

—No tiene tal!—gritó el Provisor, perdiendo un estribo por lo menos.—No tiene tal; y esto ha sido... una imprudencia.

Visita volvió la cara y sacó la lengua. «¡Cómo le trata!» pensó, envidiando á un hombre que osaba llamar imprudente al obispo.

Las damas salieron: S. I. quedó corrido; y después de indicar al Magistral que las acompañara por los pasillos estrechos y enrevesados, se puso en salvo, encerrándose en el oratorio, para evitar explicaciones.

El Magistral no pensó en buscarle.

La de Páez iba con la cabeza baja. Temía también una reprensión del prebendado. Éste aprovechó un momento en que Visita se detuvo para saludar á una familia que ella había recomendado al Obispo, y acercándose al oído de la joven dijo en tono de paternal autoridad:

—Ha hecho Vd. mal, pero muy mal en acompañar á esta... loca.

—Pero si me votaron...

—Si Vd. no fuera de esa junta...

—Papá espera á Vd. hoy á comer. Iba á escribirle yo misma, pero dése Vd. por convidado.

—Bueno, bueno; ¿no le gusta á Vd. oir las verdades?

—Lo que digo es que papá...

—Pues hoy no puedo ir... á comer. Estoy convidado hace días... otro Francisco que... pero allá nos veremos dentro de una hora; en cuanto despache deprisa y corriendo...

Se despidieron; las damas salieron á la calle y el Provisor entró, dejando atrás pasillos, galerías y salones, en las oficinas del gobierno eclesiástico.

Llegó á su despacho el señor vicario general, y sin saludar á los que allí le esperaban, se sentó en un sillón de terciopelo carmesí detrás de una mesa de ministro cargada de papeles atados con balduque. Apoyó los codos en el pupitre y escondió la cabeza entre las manos. Sabía que le esperaban, que pretendían hablarle, pero fingía no notarlo. Esta era una de las maneras que usaba para hacer sentir el peso de su tiranía; así humillaba á los subalternos; despreciándolos hasta no verlos á los dos pasos. Primero era su mal humor. Un mal humor de color de pez. La bilis le llegaba á los dientes. ¿Por qué? Por nada. Ningún disgusto grave le habían dado; pero tantas pequeñeces juntas le habían echado á perder aquel día que ha-

bía creído feliz al ver el sol brillante, al lavarse alegre frente al espejo. Primero su madre tratándole como á un chiquillo, recordándole las calumnias con que le perseguían; después las noticias alarmantes y las bromas necias del médico, luégo aquella Visitación, la Libre Hermandad, Olvidito faltando á la disciplina... y sobre todo aquel demonio de Obispo alarmándole con su humildad, recordándole nada más que con su presencia de liebre asustada toda una historia de santidad, de grandeza espiritual enfrente de la historia suya, la de don Fermín... que... ¿para qué ocultárselo á sí mismo? era poco edificante... Aquel paralelo eterno que estaba haciendo Fortunato sin saberlo, irritaba al Magistral. Y ahora le irritaba más que nunca. Ahora le parecía que la superioridad intelectual del vicario era nada en frente de la grandeza moral del obispo. Él era la única persona que sabía comprender todo el valor de Fortunato. ¡Qué poéticas, qué nobles, qué espirituales le parecían ahora la virtud del otro, su elocuencia, su culto romántico de la Virgen! Y las propias habilidades ¡que ruines, qué prosáicas! su carácter fuerte y dominante ¡qué ridículo en el fondo! «Á quién dominaba él? Á escarabajos!»

—¿Qué hay?—gritó con voz agria, levantando la cabeza y mirando á los escarabajos que tenía enfrente.

Eran un clérigo que parecía seglar y un seglar que parecía clérigo; mal afeitados los dos, peor el sacerdote que mostraba el rostro lleno de púas negras ásperas; vestían ambos de paisano, pero como los curas de aldea; el alzacuello del clérigo era blanco y estaba manchado con vino tinto y sudor grasiento; el cuello de la camisa del otro parecía también un alzacuello; usaba corbatín negro abrochado en el cogote.

Don Carlos Peláez, notario eclesiástico que desempeñaba otros dos ó tres cargos en Palacio, no todos

compatibles, se jactaba de ser una de las personas más influyentes en la curia eclesiástica y aun en el animo del señor Provisor. Bien iba á probarlo ahora interponiendo su favor para arrancar al mísero párroco de Contracayes, aldea de la montaña, de las garras de la disciplina. Había habido *un soplo*, cosa de envidiosos, y el Provisor sabía que Contracayes (el cura) tenía la debilidad de convertir el confesonario en escuela de seducción. De Pas había querido echar todo el peso de la censura eclesiástica y las más severas penas sobre Contracayes; pero gracias á los ruegos del notario había consentido, antes de proceder, en celebrar una conferencia con el párroco montañés, prometiendo que, si advertía en él verdadero arrepentimiento, se contentaría con un castigo de carácter reservado, que en nada perjudicaría la fama del clérigo, gran elector, y muy buen partidario de la causa óptima.

—¿Qué hay?—repitió el Magistral, sonriendo por máquina al notario.

Peláez señaló á su compañero, que era un buen mozo, moreno, de cejas muy pobladas, ceño adusto, ojos de color de avellana que echaban fuego, boca grande, orejas puntiagudas, cuello muy robusto y abultada nuez. Parecía todo él tiznado, y no lo estaba; tenía tanto de carbonero como de cura; aquel matiz de las púas negras entre la carne amoratada de las mejillas se hubiera creído que le cubría todo el cuerpo. Nunca se había visto enfrente del Provisor, á quien temía por los rayos que manejaba, pero nada más hasta el punto que un gigantón salvaje puede temer á quien puede aplastar, en último caso, de una puñada. Notó don Fermín que Contracayes estaba más aturdido que atemorizado. Saludó el cura con un gruñido, y el Provisor no contestó siquera.

El notario se volvió todo mieles; se sentó de soslayo en una silla para dar á entender al cura que estaba

allí como en su casa; hablaba con el lenguaje más familiar posible, sin pecar de irreverente; se permitía bromitas y estuvo á punto de declarar que el pecado de solicitación no era de los más feos y que se podría echar tierra fácilmente al asunto. Y como el Magistral arrugase el ceño, Peláez mudó de conversación y habló con falso aturdimiento de las últimas elecciones y hasta aludió á las hazañas de cierto cura de la montaña que conocía él, que había metido el resuello en el cuerpo á una pareja de la guardia civil. Contracayes sonrió como un oso que supiera hacerlo.

El Magistral estaba pensando en la manera de solicitar á sus penitentes que tendría aquel salvaje... Hubo un momento de silencio. No se había hablado palabra del *negocio* y hasta el mismo Peláez comprendió que había que abordar la *cuestión espinosa*.

Don Fermín, recordando de repente su mal humor, sus contratiempos del día, se puso en pié y encarándose con el párroco — que también se levantó como si fueran á atacarle, dijo con voz áspera:

—Señor mío, estoy enterado de todo, y tengo el disgusto de decirle que su asunto tiene muy mal arreglo. El concilio Tridentino considera el delito que Vd. ha cometido, como semejante al de herejía. No sé si Vd. sabrá que la Constitución *Universi Domini* de 1622, dada por la santidad de Gregorio XV le llama á Vd. y á otro como Vd. execrables traidores, y la pena que señala al crimen de solicitar *ad turpia* á las penitentes, es severísima; y manda además que sea Vd. degradado y entregado al brazo secular.

El párroco abrió los ojos mucho y miró espantado al notario, que, á espaldas de don Fermín, le guiñó un ojo.

—Benedicto XIV—continuó el Magistral—confirmó respecto de los solicitantes las penas impuestas por Sixto V y Gregorio XV... y, en fin, por donde quiera que se mire el asunto está Vd. perdido...

—Yo creía...

—Creía Vd. mal, señor mío! Y si Vd. duda de mi palabra, ahí tiene Vd. en ese estante á Giraldi: «*Expositio juris Pontificii* que en el tomo II, parte 1.ª, trata la cuestión con gran copia de datos...»

El señor Peláez estaba acostumbrado al estilo del Provisor, que nunca era más erudito que al echar la zarpa sobre una víctima.

—Señor—se atrevió á decir Contracayes, algo amostazado y perdiendo mucha parte del miedo;—con la palabra de V. S. tengo ya bastante, y no es de los sagrados cánones de lo que me quejo, sino de mi mala suerte que me hizo resbalar y caer donde otros muchos, muchísimos que conozco resbalan pero no caen.

El Magistral se volvió de pronto, como si le hubiesen mordido en la espalda.

—¡Salga Vd. de aquí, señor insolente, y no me duerma Vd. en Vetusta!...—gritó.

—Pero, señor...

—¡Silencio digo! silencio y obediencia ó duerme Vd. en la cárcel de corona...

Y el Magistral descargó un puñetazo formidable sobre la mesa-escritorio.

—¡Pues para este viaje no necesitábamos alforjas! —gritó Contracayes, no menos furioso, volviéndose al consternado Pelaez, que no había previsto aquel choque de dos malos genios.

—Pero, señores, calma...

—¡Fuera de aquí, so tunante!—gritó el Magistral terciando el manteo, descomponiéndose contra su costumbre...—¡Desgraciado de ti! date por perdido, mal clérigo...

—¿Pero yo qué he dicho, señor?—exclamó el párroco, que se asustó un poco ante la actitud de aquel hombre, en quien reconocía la superioridad moral de un Júpiter eclesiástico.

En cuanto conoció que su autoridad se acataba, De Pas fué amansando el oleaje de su cabeza; y al fin, pálido, pero con voz ya severa:



—Salga Vd.—dijo señalando á la puerta—salga Vd... libre por ser un loco... pero ni dos horas permanezca en la ciudad, ni hable con alma viviente de lo ocurrido aquí... y en cuanto á su crimen execrable, yo me entenderé, sin necesidad de ver á Vd., con el señor Peláez, y él le comunicará lo que resolvamos.

El clérigo quiso humillarse, pedir perdón...

—Salga Vd. inmediatamente.

Salió.

Peláez temblando y lívido se atrevió á decir:

—¡Cuánto siento!... señor Magistral...

—No sienta Vd. nada. Han venido Vds. en mal día. Estoy nervioso. Quise asustarle, imponerle respeto

por el terror... y no conté con mi mal humor; me he exaltado de veras, me he dejado llevar de la ira...

—¡Oh, no, eso no! él si que es un animal, un salvaje...

—Sí, es un salvaje... pero por lo mismo debí tratarle de otro modo.

—Lo que yo no perdono es el disgusto...

—Deje Vd., deje Vd.; hablaremos de ese bribón... otro día. Hoy no puedo... hoy... me sería imposible prometer á Vd. suavizar los rigores de la ley que está terminante.

—Sí, ya sé... pero, como nunca se aplica...

—Porque no hay pruebas... como ahora. Y alguna vez se ha de empezar. En fin, ya digo que hablaremos... Necesito estar solo...

Salió también Peláez y De Pas, entonces á solas con su pensamiento, dejó que le subiera al rostro la sangre amontonada por la vergüenza...

«¡Qué degradación!» pensó; y se puso á dar paseos por el despacho, como una fiera en su jaula.

Cuando se sintió más sereno, tocó un timbre. Entró un joven alto, tonsurado, pálido y triste, tísico probablemente. Era un primo del Magistral que hacía allí veces de secretario.

—¿Qué habéis oído?

—Voces; nada.

—El cura de Contracayes, que es un salvaje...

—Sí, ya sé...

—¿Qué hay?

—Nada urgente.

—¿De modo que puedo irme? No me necesitáis...

—No; hoy no.

—Bueno, pues me voy... me duele la cabeza... no estoy para nada... Pero no se lo digas á mi madre... Si sabe que dejé el despacho tan pronto... creerá que estoy enfermo...

—Sí, sí, eso sí.

—Ah! oye; la licencia para el oratorio de los de Páez, ¿vino ya?

—Sí.

—¿Está corriente, puedo llevármela ahora?

—Ahí la tienes, en ese cartapacio.

—¿Va en regla todo? ¿Podrá doblar el coadjutor de Parves?...

—Todo va en regla.

—Aquí veo una tarjeta de don Saturno Bermúdez. ¿Á qué vino?

—Á lo de siempre, á que no hagamos caso del pobre don Segundo, el cura de Tamaza, que reclama el dinero de las misas de San Gregorio que le ha hecho decir don Saturno...

—Y que no le quiere pagar.

—Es su costumbre. Está empeñado con todo el clero. Ha salvado á medio purgatorio (el joven tonsurado tosió con violencia por contener la risa), á medio purgatorio á costa de sus *ingleses*.

—El cura de Tamaza es un vocinglero...

—Pero pide lo que le deben...

—Pero no se puede hacer nada... ¿Quieres tú que yo me ponga de punta con el obispillo de levita?

—Eso no. Lo pagaríamos en el *Lábaro* que él inspira y que ahora te trata bien. Á propósito de periódicos; ayer venía en «*La Caridad*» de Madrid una correspondencia de Vetusta, y, mucho me engaño, ó en ella andaba la mano de Glocester.

—¿Qué decía?

—Tontunas, que los carlistas estaban enseñoreados de algunas diócesis en que, contra el derecho, eran vicarios generales los que no podían serlo, sino interinamente y por gracia especial; pero que por ciertos servicios á la causa del Pretendiente, los superiores jerárquicos hacían la vista gorda.

—De modo, ¿ que yo no puedo ser vicario general?

—Por lo visto no; porque entre los casos de excepción citan «los prebendados de oficio» y traen á cuento no sé qué disposiciones de los Papas...

—Sí, ya sé; un Breve de Paulo V y dos ó tres de Gregorio XV. ¡Majaderos! Y milagro será que no vengan también en lo de «ser natural de la diócesis.» ¡Idiotas! Qué poco sentido práctico tienen esos falsos católicos!... Glocester debe de ser el corresponsal de ese papelucho; esas agudezas romas son de él. ¡Puf! ¡qué enemigos, señor, qué enemigos! ¡bestias, nada más que bestias!

El Magistral respiraba con fuerza, como aparentando ahogarse en aquel ambiente de necedad...

Quiso marcharse, sin ver á ningún clérigo ni seglar de los que esperaban en la antesala y en la oficina antigua... pero no pudo defenderse de las invasiones; el señor Carraspique asomó las narices por una puerta...

—¿ Se puede?

«¡Era Carraspique!» Adelante, hubo que decir.

Venía á recomendar el pronto despacho de una expedición á la agencia de Preces; y algunos asuntos de capellanías... Hubo que acudir á los registros, consultar á los empleados. El Magistral, distraído, se aventuró á pasar del despacho á la oficina y allí se vió rodeado de litigantes, de pretendientes, casi todos muy afeitados, todos vestidos de negro, ó con sotana ó con levita que lo parecía. La oficina no ostentaba el lujo del despacho ni mucho menos; era grande, fría, sucia; el mobiliario indecoroso, y tenía un olor de sacristía mezclado con el peculiar de un cuerpo de guardia. Los empleados tenían la palidez de la abstinencia y la contemplación, pero producido por los miasmas del covachuelismo, miserable, sórdido y malsano, complicado aquí con la ictericia de los rapavelas.

Había una mesa en cada esquina, y al rededor de todas curas y legos que hablaban, gesticulaban, iban y venían, insistían en pedir algo con temor de un desaire; los empleados, más tranquilos, fumaban ó escribían, contestaban con monosílabos, y á veces no contestaban. Era una oficina como otra cualquiera con algo menos de malos modos y con poco más de hipocresía impasible y cruel.

Cuando entró el Provisor, disminuyó el ruido; los más se volvieron á él, pero el *jefe* se contentó con poner una mano delante de la cara como rechazando á todos los importunos y se fué á una mesa á preguntar por un expediente de mansos. «Lo que él decía; en las oficinas de Hacienda pública no daban razón; los expedientes de mansos dormían el sueño eterno, cubiertos de polvo.»

El señor Carraspique daba pataditas en el suelo.

—¡Estos liberales!—murmuraba cerca del Magistral. —¡Qué Restauración ni qué niño muerto! son los mismos perros con distintos collares...

—El Estado se burla de la Iglesia, sí señor, eso es evidente, no hay concordato que valga; todo se promete, y no se hace nada...

Dos curas se acercaron humildemente al Magistral... Eran de la aldea; también ellos querían saber si los expedientes de mansos...

—Nada, nada, señores, ya lo oyen Vds.—dijo el Provisor en voz alta, porque se enterasen todos los presentes y no le aburrieran más—en las oficinas del gobierno civil dicen que se resolverán los expedientes uno á uno, porque no hay criterio general aplicable, es decir, que no se resolverán nunca los expedientes dichosos...

De Pas se vió cogido por la rueda que le sujetaba diariamente á las fatigas canónico-burocráticas: sin pensarlo, contra su propósito, se encenagó como todos

los días en las complicadas cuestiones de su gobierno eclesiástico, mezcladas hasta lo más íntimo con sus propios intereses y los de su señora madre; con cien nombres de la disciplina, muchos de los cuales significaban en la primitiva Iglesia poéticos, puros objetos del culto y del sacerdocio, se disfrazaba allí la eterna cuestión del dinero; espolios, vacantes, medias annatas, patronato, congruas, capellanías, estola, pié de altar, licencias, dispensas, derechos, cuartas parroquiales... y otras muchas docenas de palabras iban y venían, se combinaban, repetían y suplían, y en el fondo siempre sonaban á metal, y siempre el lucro del Provisor, el de su madre, iba agarrado á todo. Nunca había puesto los piés allí doña Paula, pero su espíritu parecía presidir el mercado singular de la curia eclesiástica. Ella era el general invisible que dirigía aquellas cotidianas batallas; el Magistral era su instrumento inteligente.

Como todos los días, se presentaron aquella mañana cuestiones turbias que el Provisor acostumbraba resolver como por máquina, con el criterio de su ganancia, con habilidad pasmosa, y con la más correcta forma, con pulcritud aparente exquisita. Más de una vez, sin embargo, al resolver una injusticia, un despojo, una crueldad útil, vaciló su ánimo (estaba nervioso, no sabía qué hierba había pisado), pero el recuerdo de su madre por un lado, la presencia de aquellos testigos ordinarios de su frescura, de su habilidad y firmeza, por otro, y en gran parte la fuerza de la inercia, la costumbre, le mantenían en su puesto; fué el de siempre, resolvió como siempre, y nadie tuvo allí que pensar si el Provisor se habría vuelto loco, ni él necesitó inventar cuentos para engañar á su madre. «Doña Paula podía estar satisfecha de su hijo; de su hijo; no del soñador necio y casquivano que aquella mañana se turbaba al leer una carta insignificante, y

se alegraba sin saber por qué al ver un sol esplendoroso en un cielo diáfano. ¡El sol, el cielo! ¿qué le importaban al Vicario general de Vetusta? ¿No era él un curial que se hacía millonario para pagar á su madre deudas sagradas y para saciar con la codicia la sed de ambiciones fallidas?»

«Sí, sí; eso era él; y no había que hacerse ilusiones, ni buscar nueva manera de vivir. Debía estar satisfecho y lo estaba.»

«—¡Hora y media en la oficina!—se dijo al salir del palacio, entre avergonzado y contento; y él que creía no haber pasado allí veinte minutos!»

Cuando se vió otra vez al aire libre, en la Corralada, De Pas respiró con fuerza... se le figuraba aquel día, que salir del Palacio era salir de una cueva. De tanto hablar allá dentro, tenía la boca seca y amarga y se le antojaba sentir un saborcillo á cobre. Se encontraba un aire de monedero falso. Se apresuró á dejar la plazuela que cubría de sombra la parda catedral... huyó hacia las calles anchas, dejó la Encimada con sus resonantes aceras gastadas y estrechas, su triste soledad solemne, su hierba entre los guijarros, sus caserones ahumados, sus rejas de hierro encorvadas, y buscó la Colonia, saliendo por la plaza del Pan, la calle del Comercio y el Boulevard, de cuyos arbolillos caían hojas secas sobre anchas losas. El manteo del Magistral las atraía, las arrastraba por la piedra en pos de sí con un ruido de marejada rítmico y gárrulo.

Allí se veía ya mucho cielo; todo azul; en frente la silueta del Corfín, azulada también. Aquello era la alegría, la vida. «¡Capellanías, bulas, medias annatas, reservas! ¿qué tenía que ver el mundo, el ancho, el hermoso mundo con todo eso? ¿Sabía aquel gigante de piedra, el Corfín grave, majestuoso, tranquilo, lo que eran agencias ni si la había de preces, ni por qué costaba dinero el sacar licencias de cualquier cosa?»

Iba el Magistral por el Boulevard adelante, saludando á diestro y siniestro, asustado con que se le ocurrieran á él estos pensamientos de bucólica religiosa. Precisamente siempre había sido enemigo de las Arcadias eclesiásticas y profesaba una especie de positivismo prosáico respecto de las necesidades temporales de la Iglesia. ¿Estaría enfermo? ¿Se iría á volver loco? Sin poder él remediarlo, mientras el aire fresco —el viento había cambiado del mediodía al noroeste— le llenaba los pulmones de voluptuosa picazón, la fantasía, sin hacer caso de observaciones ni mandatos, seguía herborizando y se había plantado en los siglos primeros de la Iglesia, y el Magistral se veía con una cesta debajo del brazo recogiendo de puerta en puerta por el Boulevard y el Espolón las ricas frutas que Páez, don Frutos Redondo y demás *Vespucios* de la Colonia arrancaban con sus propias manos en aquellos jardines que en efecto iba viendo á un lado y á otro detrás de verjas doradas, entre follaje deslumbrante y lleno de rumores del viento y de los pájaros.

El hotel de Páez era el primero de los seis que adornaban la calle Principal, flanqueándola por la parte del Sur. Era un gran cubo que parecía una torre atalaya de las que hay á lo largo de la costa en la provincia de Vetusta, recuerdo, según dicen, de la defensa contra los Normandos.

El señor de Páez no temía ningún desembarco de piratas, pues el mar estaba á unas cuantas leguas de su palacio, pero creía que la «*elegancia sólida* consistía en fabricar muros muy espesos, en desperdiciar los mármoles, y, en fin, en trabajos *ciclopios*», según su incorrecta expresión. En lo más alto del frontispicio había en vez de un escudo, que el señor Páez no tenía, un gran semicírculo de jaspe negro y en medio, en letras de oro, esta elocuente leyenda: *1868*, que no indicaba más que la fecha de la construcción ciclópea.

En las esquinas del terrado de gran balaustrada que coronaba el castillo, sendas águilas de hierro pintado de verde probaban á levantar el vuelo. Aquellas águilas, según el señor Páez, hacían juego con otras dos bordadas en la alfombra de su despacho. No era el bueno de don Francisco el más rico americano de la Colonia; algunos millones más tenía don Frutos, pero al *Vespucio* de las Águilas «ni don Frutos ni san Frutos ni nadie le ponía el pié delante «tocante al rumbo» y él era el único vetustense que hacía visitas en coche y tenía lacayos de librea con galones á diario, si bien á estos lacayos jamás conseguía hacerles vestirse con la pulcritud, corrección y severidad que él había observado en los congéneres de la Corte.

Veinticinco años había pasado Páez en Cuba sin oir misa, y el único libro religioso que trajo de América fué el *Evangelio del pueblo* del señor Henao y Muñoz; no porque fuese Páez demócrata, ¡Dios le librase! sino porque le gustaba mucho el estilo cortado! Creía firmemente que Dios era una invención de los curas; por lo menos en la Isla no había Dios. Algunos años pasó en Vetusta sin modificar estas ideas, aunque guardándose de publicarlas; pero poco á poco entre su hija y el Magistral le fueron convenciendo de que la religión era un freno para el socialismo y una señal infalible de buen tono. Al cabo llegó Páez á ser el más ferviente partidario de la religión de sus mayores. «Indudablemente, decía, la Metrópoli debe ser religiosa». Y se hizo religioso; daba todo el dinero que se le pedía para el culto, y si muchas veces al disparatar lo hacía en menoscabo del dogma, siempre estaba dispuesto á retractarse y á cambiar aquel dislate por otro inofensivo.

Por dos brechas había logrado entrar la religión, en forma de Magistral, en la fortaleza de aquel espíritu libre-pensador y berroqueño: los dos flacos de Páez eran el amor á su hija y la manía del buen tono.

Decía Olvido con voz aguda y en tono de reprensión: «—Papá, eso es cursi»; y don Francisco abominaba de aquello que antes le pareciera excelente.

El Magistral dominaba por completo á Olvidito y Olvido mandaba en su papá por la fuerza del cariño y por su conocimiento de lo que llamaban allí buen tono.

Olvido era una joven delgada, pálida, alta, de ojos pardos y orgullosos; no tenía madre y hacía la vida de un idolillo próximamente, suponiendo actividad y conciencia en el ídolo. La servían negros y negras y un blanco, su padre, el esclavo más fiel. Ni un capricho había dejado de satisfacer en su vida la niña. Á los diez y ocho años se le ocurrió que quería ser desgraciada, como las heroínas de sus novelas, y acabó por inventar un tormento muy romántico y muy divertido. Consistía en figurarse que ella era como el rey Midas del amor, que nadie podía quererla por ella misma, sino por su dinero, de donde resultaba una desgracia muy grande efectivamente. Cuantos jóvenes elegantes, de buena posición, nobles ó de talento relativo, se atrevieron á declararse á Olvido, recibieron las fatales calabazas que ella se había jurado dar á todos con una fórmula invariable. «El amor no era su lote»; no creía en el amor. Poco á poco se fué apoderando de su ánimo aquella farsa inventada por ella y tomó la niña en serio su papel de reina Midas; renunció al amor, antes de conocerlo, y se dedicó al lujo con toda el alma. Amó el arte por el arte: ella era la que más riqueza ostentaba en paseos, bailes y teatro; llegó á ser para Olvido una religión el traje. No lucía dos veces uno mismo. Llegaba tarde al paseo, daba tres ó cuatro vueltas, y cuando ya se sentía bastante envidiada, á casa, sin dignarse jamás pasar los ojos sobre ningún individuo del sexo fuerte en estado de merecer. Los vetustenses llegaron á mirarla como un maniquí car-

gada de artículos de moda, que sólo divertía á las señoritas. «Era una gran proporción» en quien no había que pensar.

«Olvido espera un príncipe ruso» era la frase consagrada. Cuando un incauto forastero se atrevía á probar fortuna, se le llamaba «el príncipe ruso» por ironía hasta que salía con las manos en la cabeza.

Á la de Páez se le ocurrió después, cansada de no tener en el corazón más que trapos, hacerse devota. Buscó al Magistral con buenos modos, como al Magistral le gustaba que le buscasen, y lo encontró. Se entendieron. Para don Fermín aquella muchacha delgada, fría, seca, no era más que el camino que conducía á don Francisco, que empleaba sus millones en comprar influencia. Pero Olvido tuvo la mala ocurrencia de enamorarse místicamente (así se decía ella) del Magistral. Éste se hizo el desentendido, aprovechó aquella nueva necedad de la niña para ganar al padre cuanto antes, y como no vió ningún peligro para nadie en la pasión imaginaria de la americanilla antojadiza, no la apartó de su lado, como había hecho con otras mujeres menos tímidas y más temibles para la carne. De Pas tenía un proyecto: casar á Olvido con quien él quisiera; creía poder conseguirlo; pero aún no había candidato; aquella proporción debía ser el premio de algún servicio muy grande que se le hiciera á él, no sabía cuándo ni en qué necesidad fuerte.

Aquella mañana se le recibió en el *hotel-Páez* como siempre, bajo palio, según la frase de don Francisco.

Pisando aquellas alfombras, viéndose en aquellos espejos tan grandes como las puertas, hundiendo el cuerpo, voluptuosamente, en aquellas blanduras del lujo cómodo, ostentoso, francamente loco, pródigo y deslumbrador, el Magistral se sentía trasladado á regiones que creía adecuadas á su gran espíritu; él, lo pensaba con orgullo, había nacido para aquello; pero

su madre codiciosa, la fortuna propia insuficiente para tanto esplendor, el estado eclesiástico, la necesidad de aparentar modestia y casi estrechez, le tenían alejado del ambiente natural... que era aquel... El Magistral al entrar en estos salones y gabinetes suavizaba más sus modales suaves y con fácil elegancia, manejaba el manteo y plegaba la sotana y movía manos, ojos y cuello con una distinción profana que no llegaba nunca á la desfachatez del cura que reniega del pudor de los hábitos al pisar los palacios del gran mundo,.. ó sus sucedáneos. De Pas nunca dejaba de ser el Magistral; pero demostraba, sin más que moverse, sonreir ó mirar, que el prebendado, sin dejar de serlo, podía ser hombre de sociedad como cualquiera. Uníase esta gracia á las cualidades físicas de que estaba adornado, á su fama de hombre elocuente, de gran influencia y de talento, y, como decía la Marquesa de Vegallana, «era un cura muy presentable».

Don Francisco Páez y su hija suplicaron á don Fermín que comiera con ellos; no tenían á nadie, sería una comida de familia... los tres solos.

—¡Los tres solos!—decía Olvido dejando de ser sorbete por un momento.

El Magistral de piés, en el umbral de una puerta, con una colgadura de terciopelo cogida y arrugada por su blanca mano, se inclinaba con gracia, sonreía, y movía la cabeza pequeña y bien torneada diciendo: *no* con el gesto... con cierta coquetería *epicena*.

—¡Anda, papá! sujétale—decía Olvido con voz suplicante, arrastrando las sílabas que parecían salir de la nariz.

—Imposible.

—Es muy terco hija, déjale... no quiere que le agradezcamos la licencia del oratorio y el permiso para doblar la misa para don Anselmo.

—Agradézcaselo Vd. á Su Santidad.

—Sí, que por mi cara bonita me entrega Su Santidad esta gracia...

El Magistral sonreía, dispuesto á escapar si querían asirle.

—Pero, vamos á ver, una razón, dé Vd. una razón—gritó Olvido, otra vez restituida á su natural frigorífico.



El Magistral se puso un poco encarnado.

Tuvo que mentir.

—Estoy convidado en casa de otro Francisco hace tres días; no puedo faltar, sería un desaire... ya sabe Vd. lo que son estos pueblos... qué dirían...

No había tal cosa. Nadie le había convidado á comer. Le esperaba su madre como todos los días.

Sin embargo, al negarse á aceptar aquel convite espontáneo y cordial, que en cualquier otra ocasión le hubiera halagado, obedecía á un presentimiento. No sabía por qué se le figuraba que le iban á convidar en casa de Vegallana, última visita que pensaba hacer. ¿Por qué le habían de convidar? Además allá comían á la francesa, aunque doña Rufina solía cambiar las horas y comer á la que se le antojaba. De todas suertes, los días de Paquito Vegallana no solían celebrarlos con *gaudeamus*, ni él estaba invitado ni... con todo... dejó aquella visita para última hora. Y ¿por qué había de preferir la mesa de los marqueses á la de Páez, no menos espléndida? Aunque quiso rehuir la contestación á esta pregunta capciosa, la conciencia se la dió como un estallido en los oídos, antes que pudiera él preparar una mentira. «Es que la Regenta come á veces con los marqueses, especialmente en días como este, porque á ella la miran como una de la familia.»

«¿Y qué le importaba á él ni la familia, ni la Regenta, ni la comida de los marqueses?»

Después de visitar á otros dos Pacos de importancia y á una Paca beata, el Magistral, con un tantico de hambre, de hambre sana, entró por los pórticos de la plaza Nueva en la calle de Los Canónigos, atravesó la de Recoletos y llegó á la de la Rúa, y al portero del marqués de Vegallana, que era un enano vestido con librea caprichosa, le preguntó con voz temblona:

—¿Está el señorito?

En aquel momento se abría la puerta del patio con estrépito y sonaban dentro carcajadas. El Magistral reconoció la voz de Visita que gritaba:

—¡Pues no señor! no son azules...

—Sí, señora, azules con listas blancas—respondía Paco, batiendo palmas.

—¿A qué no? ¿á qué no?

—Tonta, tonta—decía otra voz más suave desde una

ventana del primer piso—no le creas; si no se ha visto nada... si estaba yo más abajo y no vi nada...

Esta voz era la de Ana Ozores.

Al Magistral le zumbaron los oídos... y entró en el patio.





XIII

El sol entraba en el salón amarillo y en el gabinete de la Marquesa por los anchos balcones abiertos de par en par; estaba convidado también, así como el vientecillo indiscreto que movía los flecos de los guardamallitas de raso, los cristales prismáticos de las arañas, y las hojas de los libros y periódicos esparcidos por el centro de la sala y las consolas. Si entraban raudales de luz y aire fresco, salían corrientes de alegría, carcajadas que iban á perder sus resonancias por las calles solitarias de la Encima-

da, ruido de faldas de enaguas almidonadas, de manteos crugientes, de sillas traídas y llevadas, de abanicos que aletean... Lo mejor de Vetusta llenaba el salón y el gabinete. Doña Rufina vestida de azul eléctrico, empolvada la cabeza que adornaban flores naturales que parecían, sin que se supiera por qué, de trapo, doña Rufina reinaba y no gobernaba en aquella sociedad tan de su gusto, donde canónigos reían, aristócratas fatuos hacían el pavo real, muchachuelas coqueteaban, jamonas lucían carne blanca y fuerte, diputados provinciales salvaban la comarca, y elegantes de la legua imitaban las amaneradas formas de sus congéneres de Madrid.

La Marquesa tendida en una silla larga, forrada de satén, estaba en la galería de su gabinete respirando con delicia el aire fresco de la calle. Se disputaba á gritos. Cerca de ella, triunfante, en pié, con un abanico de nácar en la mano derecha, dándose aire voluptuosamente, ostentaba Glocester su buena figura torcida. Con la mano izquierda sujetaba, como con un clavo romano, los pliegues del manteo, que caía con gracia camino del suelo, deteniéndose en brillante montón de tela negra sobre la falda de color cereza de la siempre llamativa Obdulia Fandiño; quien á los piés de la Marquesa y á los piés del Arcediano, sentada en un taburete histórico (robado al salón arqueológico del marqués) se inclinaba más graciosa que recatada y honesta sobre el regazo de su noble amiga. Estas tres personas formaban grupo en el balcón de galería, y desde el gabinete, sentados aquí y allá, y algunos en pié, oían á Glocester tres canónigos más, el capellán de la casa, don Aniceto, tres damas nobles, la gobernadora civil, Joaquinito Orgaz, y otros dos pollos vetustenses, de los que estudiaban en la Corte.

Se discutía á gritos, entre carcajadas, con chistes repetidos de generación en generación y de pueblo en

pueblo, y con frases hechas inveteradas, si la mujer puede servir á Dios lo mismo en el siglo que en el claustro; y si se necesita más virtud para atreverse á resistir las tentaciones que asedian en el mundo á una buena madre y fiel esposa, que para encerrarse en un convento.

Todas las señoras menos una, alta, gruesa y vestida con hábito del Carmen (una señora que parecía un fraile) sostenían que tiene más mérito la buena casada del siglo que la esposa de Jesús.

La gobernadora se exaltaba; accionaba con el abanico cerrado y puesto sobre su cabeza y llamaba *señor mío* al Arcediano.

Glocester defendía el claustro, pero batiéndose en retirada por galantería, sonriendo y abanicándose.

En el salón se hablaba de política local. Gran conflicto habrían creado al gobierno, en opinión de todos los del corro, el alcalde presidente del Ayuntamiento y la viuda del marqués de Corujedo exigiendo el mismo estanquillo, el importante estanquillo del Espolón para sus respectivos recomendados.

El jefe económico había dicho que allá el gobernador; lo estaba refiriendo él á los presentes. El gobernador había consultado al gobierno por telégrafo (lo acababa de decir la gobernadora), y el gobierno tenía que decidir entre desairar á la dama conservadora que disponía de más votos en Vetusta ó á uno de los más firmes apoyos de la causa del orden, que era el señor alcalde.

Los pareceres se dividían. El marqués de Vegallana y Ripamilán, que estaba en medio del grupo, volviéndose á todos lados, opinaban que *ellos gobierno*, darían el estanco á la viuda. «¡Primero que todo eran las señoras!»

Trabuco, ó sea Pepe Ronzal, de la comisión provincial, creía con la mayoría de los presentes, el jefe eco-

nómico inclusive, que la razón de estado aconsejaba preferir la pretensión del alcalde, aunque éste, según malas lenguas, quería el estanco para una su ex-concubina.

—¡Ya ven Vds., eso es un escándalo!—decía el marqués, que tenía todos sus hijos ilegítimos en la aldea;—ese hombre no sabe recatarse...

—Yo paso por eso—decía el Arcipreste;—lo malo no es que él quiera pagar deudas sagradas, lo malo es haberlas contraído... ¡Pero la otra es una dama!...

Mientras en el salón y en el gabinete se discutía así y de otras muchas maneras, por las habitaciones interiores del primer piso, por el comedor, por los pasillos, por la escalera que conducía al patio y á la huerta, corrían alegres, revoltosos, Paco Vegallana, que celebraba sus días, Visitación, Edelmira, sobrina de la marquesa (una niña de quince años que parecía de veinte), don Saturnino Bermúdez y el señor de Quintanar; la Regenta y don Álvaro Mesía presenciaban los juegos inocentes de los otros desde una ventana del comedor que daba al patio.

Quintanar le había pedido á Paco un batín para reemplazar la levita de tricot que se le enredaba en las piernas. El batín le venía ancho y corto. Era de alpaca muy clara.

El Magistral se encontró en la escalera con Visitación y Quintanar que buscaban por los rincones la petaca del ex-regente, que Edelmira y Paco habían escondido. Don Saturnino Bermúdez, pálido y ojeroso, con una sonrisa cortés que le llegaba de oreja á oreja, venía detrás, solo, también hecho un loquillo de la manera más desgraciada del mundo. Daba tristeza verle divertirse, saltar, imitar la alegría bulliciosa de los otros. Pero, amigo, era su obligación: era pariente, era de los íntimos de la casa, de los que se quedaban á comer, y necesitaba hacer lo que los demás, correr,

alborotar, y hasta dar pellizcos á las señoras, si á mano venía. Siempre se quedaba solo; si quería decir algo á la Regenta, á Visitación ó á Edelmira, le dejaban las damas con la palabra en la boca, sin poder remediarlo, distraídas. No era falta de educación, sino que los párrafos de Bermúdez eran tan complicados, constaban de tantos incisos y colones, que oirle uno entero sería obra de regla. Cuando vió al Magistral vió el cielo abierto; ya tenía pretexto para volver á ser formal. Le saludó con la finura «que le era característica» y se dispuso á acompañarle al salón. Paco le había saludado de lejos, deprisa y mal, porque en aquel momento huía con la petaca de Quintanar á esconderla en la huerta, seguido de Edelmira, su más rolliza y vivaracha y colorada prima.

—Es loco ese chico, cuando se pone á enredar—dijo Bermúdez disculpando á su pariente, y como recibiendo en calidad de deudo de los marqueses al señor Magistral.

Don Fermín miró de soslayo á la Regenta y á don Álvaro que hablaban en la ventana del comedor. Hizo como que no los veía, y con un poco de fuego en las mejillas, se dejó llevar por don Saturnino hasta el salón.

Los señores graves le recibieron con las más lisonjeras muestras de respeto y estimación.

—¡Oh, señor Magistral!

—¡Oh cuánto bueno!

—Aquí está el Antonelli de Vetusta.

El Marqués le dió un abrazo, que envidió un cura pequeño, paniaguado de la casa.

Ripamilán estrechó la mano de don Fermín con cariño efusivo; y juntos pasaron al gabinete.

Los tres canónigos se levantaron; la señora que parecía un fraile sonrió satisfecha y murmuró:

—¡Ah, señor Provisor!...

—Gracias á Dios, señor perdido...—gritó la Marquesa incorporándose un poco y alargando una mano, que desde lejos, y gracias á su buena estatura, pudo estrechar el Magistral con gallardía, haciendo un arco sobre el cuerpo gentil, color cereza, de Obdulia, que desde allá abajo parecía querer tragar al buen mozo en los abismos de los grandes ojos negros.—El Arcediano se quedó con el abanico abierto, inmóvil, como aspa de molino sin aire. Comprendió de repente que acababa de ser desbancado; de papel principal se convertía en partiquino. En efecto, su discurso, que escuchaban con deleite curas y damas, se ahogó sin que nadie lo echase de menos. Glocester se sintió eclipsado de tal modo, que hasta creyó tener frío, como si de pronto se hubiera escondido el sol.

«Siempre sucedía lo mismo; había motivo para aborrecer á aquel hombre.» Sin embargo, Mourelo, á fuer de canónigo de mundo, ocultó una vez más sus sentimientos y tendió la mano á su enemigo, acompañando la acción con una catarata de gritos guturales con que significaba su inmensa alegría.

—¡Hola, hola, hola!..—y daba palmaditas en el hombro al otro.

El Magistral no pudo saborear tranquilamente aquel triunfo vulgar, ordinario, porque sin querer pensaba en el grupo de la ventana del comedor. Mientras respondía con modestia y discreción á todos aquellos amigos, su imaginación estaba fuera.

Pasaban minutos y minutos y los del comedor no venían.

«¿Comería en casa de la Marquesa, Anita? Entonces no iría á reconciliar aquella tarde, como rezaba su carta...»

La aparente cordialidad y la alegría expansiva de todos los presentes, ocultaba un fondo de rencores y envidias. Aquellas señoras, clérigos y caballeros par-

ticulares estaban divididos en dos bandos enemigos en aquel instante; el bando de los envidiados y el de los envidiosos; el de los convidados á comer, que eran pocos, y el de los no convidados. Aunque se hablaba tanto de tantas cosas, la idea que preocupaba á todos era la del convite. No se aludía á él y no se pensaba en otra cosa. Empezaron las despedidas, y los que se iban disimulaban el despecho, cierta vergüenza; se creían humillados, casi en ridículo. Muchacho había que saludaba torpemente y salía como corrido. Las señoras eran las que peor fingían tranquilidad é indiferencia. Algunas salían ruborizadas. Glocester era de los que no estaban convidados. La duda que le mortificaba era ésta: «¿Y él? ¿está convidado De Pas?» No lo sabía, y no quería marcharse sin averiguarlo. Como pasaba el tiempo, y ya gabinete y salón quedaban poco á poco despejados, el Magistral creyó que debía irse. Se acercó á la Marquesa, pero no tuvo valor para despedirse y le habló de cualquier cosa. En aquel momento entró Visitación en el gabinete, echando fuego por ojos y mejillas, habló aparte, y «con permiso de aquellos señores» á la Marquesa y á Obdulia: las tres rodearon al Magistral y con permiso de los señores—que ya no eran más que el Arcediano y dos pollos vetustenses insignificantes,—tuvieron con él un conciliábulo en que hubo risas, protestas del Magistral, mimosas y elegantes en los gestos que las acompañaban. En los murmullos de las damas habría súplicas en quejidos, coqueterías sin sexo, otras con él, aunque honestamente señaladas; Glocester, que fingía atender á lo que le decían los pollos insulsos, devoraba con el rabillo del ojo á los del grupo. «No cabía duda, le estaban suplicando que se quedase á comer.» Terminó el conciliábulo, salieron Obdulia y Visitación, corriendo, alborotando, haciendo alarde de la confianza con que trataban á los marqueses, y los jóvenes se

despidieron. Quedaban en el gabinete la Marquesa, el Magistral y Glocester. Hubo un momento de silencio. El Arcediano se dió un minuto de prórroga para ver si el otro se despedía también. En el salón se oyó la voz de algunos que decían adiós al Marqués... ya no quedaban en la casa más que los convidados... Glocester, sacando fuerzas de flaqueza, se levantó, tendió la mano á doña Rufina, y salió diciendo chistes, haciendo venias y prodigando risas falsas. Iba ciego; ciego de vergüenza y de ira. «¡Convidar al otro... á un prebendado de oficio... y desairarle á él... que era dignidad! Siempre el enemigo triunfante!... Pero ya las pagaría todas juntas.»

En el portal, mientras se echaba el manteo al hombro (y eso que hacía calor) pensó esta frase: «¡esta señora marquesa es una... trotaconventos, es una Celestina!... Se quiere perder á esa joven! se quiere *metérselo* por los ojos!... Y salió á la calle pensando atrocidades y buscando fórmula *decorosa* para comunicar al prójimo lo que pensaba.

Los convidados eran: Quintanar y señora, Obdulia Fandiño, Visitación, doña Petronila Rianzares (la señora que parecía un fraile), Ripamilán, Álvaro Mesía, Saturnino Bermúdez, Joaquín Orgaz, y á última hora el Magistral con algunos otros vetustenses ilustres, v. gr., el médico Somoza. Edelmira se cuenta como de la casa, pues en ella era huésped.

Otros años no se celebraban de esta manera los días de Paco; los celebraba él fuera de casa. Pero esta vez se había improvisado aquella fiesta de confianza y se comía á la española, por excepción, para visitar por la tarde, en los coches de la casa, la quinta del Vivero, donde el marqués tenía una quinta rodeada de grandes bosques y una fábrica de curtidos, montada á la antigua. Se trataba de ir á ver los perros de caza y uno del monte de San Bernardo que Paco había comprado

días antes. Eran su orgullo. Después de las mujeres venales, el marquesito adoraba los animales mansos, sobre todo perros y caballos.

Lo de convidar al Magistral había sido un *complot* entre Quintanar, Paco y Visitación. La idea se debía á la del Banco. Era una broma que quería darle á Mesía; quería ver al confesor y al diablo, al tentador, uno en frente de otro. Á Quintanar se le dijo que se convidaba á De Pas para ver á Obdulia coquetear con el clérigo, y al pobre Bermúdez, enamorado de la viuda, rabiar en silencio. Á Quintanar le pareció bien la ocurrencia, pero dijo «que él se lavaba las manos, por lo que había de irreverente en el propósito; á pesar de que ya se sabía que él consideraba á los curas tan hombres como los demás.»

—Por otra parte—añadió el ex-regente—me alegro de que don Fermín coma con nosotros, porque de este modo se le quitará á mi mujer la idea empecatada de ir á reconciliar esta tarde... Quiero que se acostumbre á ver á su nuevo confesor de cerca, para que se convenza de que es un hombre como los demás... Eso es... y salvo el respeto debido... á ver si Vds. me lo emborrachan...

Paco no quería perjudicar á Mesía en sus planes, á los cuales tal vez obedecía en parte la fiesta de aquel día; pero encontró muy gracioso y picante el molestar al señor Magistral, si, como Visitación sospechaba, á este ilustre canónigo le disgustaba ver á la Regenta entregada al brazo secular de Mesía.

Visitación había dicho á Paco de buenas á primeras, que ella lo sabía todo, que Alvaro tampoco para ella tenía secretos.

—¿Pero y Ana? ¿te ha dicho algo?

—¿Ana? En su vida; buena es ella. Pero déjate...

—Por supuesto que no se trata más que de una *cosa... espiritual...*

—Ya lo creo... espiritualísima...

—Porque sino, nosotros... no nos prestaríamos... ya ves... el pobre don Víctor...

—¡Ya se ve!... Bromas, chico, nada mas que bromas; pero ya verás como al Provisor le saben á cuerno quemado (así hablaba Visitación con sus amigos íntimos).

—Le consolará Obdulia, que le asedia y le prefiere á don Saturno, al mitrado y á mi amigo Joaquín.

—Pero él la aborrece... es muy escandalosa... no le gustan así...

—Tú si que le odias á él...

—Me cargan los hipócritas, chico... Y oye; á ti te conviene que el Magistral se quede.

—¿Por qué?

—Porque Obdulia te dejará en paz, y podrás cultivar á la primita... ¡Oh, eso sí que no te lo perdono! Protejo la inocencia... yo vigilaré...

—No seas boba... basta que esté en mi casa para que yo la respete...

—¡Ay, ay! qué bueno es eso... mire el señor del respeto... no me fío...

Edelmira había interrumpido el diálogo y sin más se convino en rogar á la Marquesa que convidase, con reiteradas súplicas, si era preciso, al señor Magistral.

Visitación lo arregló todo en un minuto.

Como siempre. Donde ella estaba, nadie hacía nada más que ella. Pasaba la vida ocupada en su gran pasión de tratar asuntos de los demás, de chupar golosinas agenas, y comer fuera de casa. Allá quedaba el modesto marido, el humilde empleado del Banco, de cuerpo pequeño, de rostro de ángel envejecido, atusando el bigotillo gris y cuidando de la prole. Visitación lo exigía así. No había de hacerlo ella todo. ¿Quién guiaba la casa? ¿Quién la salvaba en los apuros? ¿Quién conjuraba las cesantías? ¿Quién sorteaba las

dificultades del presupuesto? ¿Quién era allí el gran arbitrista rentístico? Visitación. Pues que la dejasen divertirse, salir; no parar en casa en todo el día. Además, era mujer de tal despacho que su ajuar quedaba dispuesto para todo el día, la casa limpia, la comida preparada antes que en otros lugares se diese un escobazo y se encendiese lumbre. Algo sucio iba todo, pero iba tranquila la conciencia, salía á caza de noticias, de chismes, de terrones de azúcar y de recomendaciones la señora del Banco que estaba en todas partes y siempre en activo servicio.

Su nueva campaña, la más importante acaso de su vida, la llamaba ella *para meterle por los ojos á ese:* el dativo que se suplía era Anita. Quería meterle á don Alvaro por los ojos, y después de la conversación de la tarde anterior con Mesía, no pensaba en otra cosa. Por la mañana había ido á casa de Quintanar, quien se paseaba por su despacho, en mangas de camisa, con los tirantes bordados colgando: representaban, en colores vivos de seda fina, todos los accidentes de la caza de un ciervo fabuloso de cornamenta inverosímil. Ocupábase don Víctor en abrochar un botón del cuello; mordía el labio inferior, y estiraba la cabeza hacia lo alto, como si pidiera ayuda á lo sobrenatural y divino. Visitación entró en el despacho equivocada...

—¡Ah! Vd. dispense—dijo—¿estorbo?

—No, hija, no; llega Vd. á tiempo. Este pícaro botón...

Y mientras le abrochaba, la dama, sin quitarse los guantes, el botón del cuello, don Víctor comenzó á darle cuenta de sus propósitos irrevocables de distraer á su mujer...

—Mi programa es éste.

Y se lo expuso *c* por *b*.

Visitación lo aprobó en todas sus partes y juntos se fueron al tocador de Ana, que de prisa y como ocul-

tándose, cerraba en aquel instante la carta que poco después don Fermín leía delante de su madre.

Casi á viva fuerza habían hecho Visitación y Quintanar que Ana se vistiera, «como Dios manda,» y saliese con ellos. Visita se había separado en la plaza de la catedral para ir al asunto de la *Libre Hermandad.* En la casa de Vegallana se volverían á ver. La Marquesa había escrito muy temprano á los Quintanar convidándoles á comer y anunciándoles el programa del día. Ana disputó con su marido; quería ir á reconciliar, se lo había dicho así en una carta al Provisor, no era cosa de traerle y llevarle. «—Nada, nada! Don Víctor estaba dispuesto á ser inflexible...»

—Reconciliarás, si te encuentras con fuerzas para ello, después de comer en casa del Marqués; y presto, para ir en seguida al Vivero... ¡No transijo!

Y se fueron á dar los días á varios Franciscos y Franciscas.

Á la una y cuarto estaban en casa del Marqués.

Lo primero que vió Ana fué á don Alvaro.

Tuvo miedo de ponerse encarnada, de que le temblase la voz al contestar al cortés saludo de Mesía. Miró á su marido, algo asustada, pero Quintanar estrechaba la mano de don Álvaro con cariñosa efusión. Le era muy simpático, y aunque se trataban poco, cada vez que se hablaban estrechaban los lazos de una amistad incipiente que *amenazaba* ser íntima y duradera. Don Álvaro tenía para Quintanar el raro mérito de no ser terco: en Vetusta todos lo eran según el buen aragonés; pero aquel modelo de caballeros elegantes no insistía en mantener una opinión descabellada, siempre concluía por darle la razón á Quintanar, quien decía á espaldas del buen mozo: «¡ Si éste se fuera á Madrid haría carrera... con esa figura, y ese aire, y ese talento social!... Oh, ha de ser un hombre!»

Ana tomó la resolución repentina de dominarse, de tratar á don Alvaro como á todos, sin reservas sospechosas, pensando que en rigor nada había, ni podía, ni debía haber entre los dos.

Cuando, pocos minutos después, hábilmente la sitiaba junto á una ventana del comedor, mientras Víctor iba con Paco á las habitaciones de éste á ponerse el batín ancho y corto, la Regenta necesitó recordar, para mantenerse fría y serena, que nada serio había



habido entre ella y aquel hombre; que las miradas que podían haberle envalentonado no eran compromisos de los que echa en cara ningún hombre de mundo. Ana hablaba de los hombres de mundo por lo que había leído en las novelas; ella no los había tratado en este terreno de prueba.

Don Álvaro se guardó de aludir al encuentro de la noche anterior; nada dijo de la escena rápida del parque; pero habló con más confianza, en un tono familiar que nunca había empleado con ella. Se habían hablado pocas veces y siempre entre mucha gente.

Ana trataba á todo Vetusta, pero con los hombres siempre había sido poco íntima y nada continuadas sus relaciones. Sólo Paco y Frígilis eran amigos de confianza. No era expansiva; su amabilidad invariable no animaba, contenía. Visita aseguraba que aquel corazoncito no tenía puerta. Ella no había encontrado la llave por lo menos.

Don Álvaro habló mucho y bien, con naturalidad y sencillez, procurando agradar á la Regenta por la bondad de sus sentimientos más que por el brillo y originalidad de las ideas. Se veía claramente que buscaba simpatía, cordialidad, y que se ofrecía como un hombre de corazón sano, sin pliegues ni repliegues. Reía con franca jovialidad, abriendo bastante la boca y enseñando una dentadura perfecta. Ana encontró de muy buen gusto el sesgo que Mesía daba á su extraña situación. Cuando don Álvaro callaba, ella volvía á sus miedos; se le figuraba que él también volvía á pensar en lo que mediaba entre ambos, en la aparición diabólica de la noche anterior, en el paseo por las calles, y en tantas citas implícitas, buscadas, indagadas, solicitadas sin saber cómo por él; cobarde, criminalmente consentidas por ella.

Mesía era poco más alto que Ana; don Álvaro tenía que inclinarse para que su aliento, al hablar, rozase blandamente la cabeza graciosa y pequeña de la dama. Parecía una sombra protectora, un abrigo, un apoyo; se estaba bien junto á aquel hombre como una fortaleza. Ana, mientras oía, con la frente inclinada, mirando las piedras del patio, sólo podía vislumbrar de soslayo el gabán claro, pulquérrimo del buen mozo. Don Álvaro al moverse con alguna viveza, dejaba al aire un perfume que Ana la primera vez que lo sintió reputó delicioso, después temible; un perfume que debía marear muy pronto; ella no lo conocía, pero debía de tener algo de tabaco bueno y otras cosas

puramente masculinas, pero de hombre elegante solo. Á veces la mano del interlocutor se apoyaba sobre el antepecho de la ventana; Ana veía, sin poder remediarlo, unos dedos largos, finos, de cutis blanco, venas azules y uñas pulidas, ovaladas y bien cortadas. Y si bajaba los ojos más, para que el otro no creyese que le contemplaba las manos, veía el pantalón que caía en graciosa curva sobre un pié estrecho, largo, calzado con esmero ultra-vetustense. No podía haber pecado ni cosa parecida en reconocer que todo aquello era agradable, parecía bien y debía ser así.

Ana oía vagamente los ruidos de la cocina donde Pedro disponía con voces de mando los preparativos de la comida; el rumor de los surtidores del patio y las carcajadas y gritos de su marido, de Visita, de Edelmira y de Paco, que iban y venían por las escaleras, por los corredores, por la huerta, por toda la casa.

No había visto al Provisor entrar. Visita se acercó á la ventana para decirle al oído:

—Hijita, si quieres, puedes confesar ahora porque ahí tienes al padre espiritual... ya comerá contigo.

Ana se estremeció y se separó de Mesía sin mirarle.

—Hola, hola—dijo don Víctor que entraba dando el brazo á la robusta y colorada Edelmira—mujercita mía, ¿con que se está Vd. de palique con ese caballero?... Pues aquí me tiene Vd. con mi parejita, eso es, en justa venganza.

Sólo Edelmira rió la gracia, que tenía para ella novedad. Pasaron todos al salón donde estaban los demás convidados. Obdulia hablaba con el Magistral y Joaquinito Orgaz; el Marqués discutía con Bermúdez, que inclinaba la cabeza á la derecha, abría la boca hasta las orejas sonriendo, y con la mayor cortesía del mundo ponía en duda las afirmaciones del magnate.

—Sí, señor, yo derribaba San Pedro sin inconveniente y hacía el mercado...

las pupilas por aquellos ojos grises, sin color definido, transparentes, fríos casi siempre, que de pronto se encendían como el fanal de un faro, diciendo con sus llamaradas desvergüenzas de que no había derecho á quejarse. Si Ana, asustada, otra vez buscaba amparo en los ojos del Magistral, huyendo de los otros, no encontraba más que el telón de carne blanca que los cubría, aquellos párpados insignificantes, que ni discreción expresaban siquiera, al caer con la casta oportunidad de ordenanza.

Pero al conversar, don Fermín no tenía inconveniente en mirar á las mujeres; miraba también á la Regenta, porque entonces sus ojos no eran más que un modo de penetración de las palabras; allí no había sentimiento, no había más que inteligencia y ortografía. En silencio y cara á cara era como él no miraba á las señoras si había testigos.

Don Alvaro vió que mientras la conversación general ocupaba á todos los convidados, que esperaban en el salón, en pié los más, la voz que les llamase á la mesa; Ana disimuladamente se había acercado al Magistral y junto á un balcón le hablaba un poco turbada y muy quedo, mientras sonreía ruborosa.

Mesía recordó lo que Visitación le había dicho la tarde anterior: *cuidado con el Magistral, que tiene mucha teología parda*. Sin que nadie le instigara era él ya muy capaz de pensar groseramente de clérigos y mujeres. No creía en la virtud; aquel género de materialismo que era su religión, le llevaba á pensar que nadie podía resistir los impulsos naturales, que los clérigos eran hipócritas necesariamente, y que la lujuria mal refrenada se les escapaba á borbotones por donde podía y cuando podía. Don Alvaro, que sabía presentarse como un personaje de novela sentimental é idealista, cuando lo exigían las circunstancias, era en lo que llamaba *El Lábaro* el santuario de la concien-

cia, un cínico sistemático. En general envidiaba á los curas con quienes confesaban sus queridas y los temía. Cuando él tenía mucha influencia sobre una mujer, la prohibía confesarse. «Sabía muchas cosas.» En los momentos de pasión desenfrenada á que él arrastraba *á la hembra* siempre que podía, para hacerla degradarse y gozar él de veras con algo nuevo, obligaba á su víctima á desnudar el alma en su presencia, y las aberraciones de los sentidos se transmitían á la lengua, y brotaban entre caricias absurdas y besos disparatados confesiones vergonzosas, secretos de mujer que Mesía saboreaba y apuntaba en la memoria. Como un mal clérigo, que abusa del confesonario, sabía don Alvaro flaquezas cómicas ó asquerosas de muchos maridos, de muchos amantes, sus antecesores, y en el número de aquellas crónicas escandalosas entraban, como parte muy importante del caudal de obscenidades, las pretensiones lúbricas de los *solicitantes*, sus extravíos, dignos de lástima unas veces, repugnantes, odiosos las más. Orgulloso de aquella ciencia, Mesía generalizaba y creía estar en lo firme, y apoyarse en «hechos repetidos hasta lo infinito» al asegurar que la mujer busca en el clérigo el placer secreto y la voluptuosidad espiritual de la tentación, mientras el clérigo abusa, sin excepciones, de las ventajas que le ofrece una institución «cuyo carácter sagrado don Alvaro no discutía...» delante de gente, pero que negaba en sus soledades de materialista en octavo francés, de materialista á lo *commis-voyageur*.

No pensaba, Dios le librase, que el Magistral buscara en su nueva hija de penitencia la satisfacción de groseros y vulgares apetitos; ni él se atrevería á tanto, ni con dama como aquella era posible intentar semejantes atropellos... pero «por lo fino, por lo fino» (repetía pensándolo) es lo más probable que pretenda seducir

á esta hermosa mujer, desocupada, en la flor de la edad y sin amar. «Sí, este cura quiere hacer lo mismo que yo, sólo que por otro sistema y con los recursos que le facilita su estado y su oficio de confesor... Oh! debía acudir antes para impedirlo, pero ahora no puedo, aún no tengo autoridad para tanto.» Estas y otras reflexiones análogas pusieron á Mesía de mal humor y airado contra el Magistral, cuya influencia en Vetusta, especialmente sobre el sexo débil y devoto, le molestaba mucho tiempo hacía.

—¿De modo que esta tarde ya no puede ser?—decía Ana con humilde voz, suave, temblorosa.

—No señora—respondió el Magistral, con el timbre de un céfiro entre flores; —lo principal es cumplir la voluntad de don Víctor, y hasta adelantarse á ella cuando se pueda. Esta tarde, alegría y nada más que alegría. Mañana temprano...

—Pero Vd. se va á molestar... Vd. no tiene costumbre de ir á la catedral á esa hora...

—No importa, iré mañana, es un deber... y es para mí una satisfacción poder servir á Vd., amiga mía...

No era en estas palabras, de una galantería vulgar, donde estaba la dulzura inefable que encontraba Ana en lo que oía: era en la voz, en los movimientos, en un olor de *incienso espiritual* que parecía entrar hasta el alma.

Quedaron en que á la mañana siguiente, muy temprano, don Fermín esperaría en su capilla á la Regenta para reconciliar.

«—Y mientras tanto, no pensar en cosas serias; divertirse, alborotar, como manda el señor Quintanar, que además de tener derecho para mandarlo, pide muy cuerdamente. Es muy posible que sus... tristezas de Vd., esas inquietudes... (el Magistral se puso levemente sonrosado, y le tembló algo la voz, porque estaba aludiendo á las confidencias de la tarde anterior),

esas angustias de que Vd. se queja y se acusa tengan mucho de nerviosas y también puedan curarse, en la parte que al mal físico corresponde, con esa nueva vida que le aconsejan y le exigen. Sí, señora, ¿por qué no? Oh, hija mía, cuando nos conozcamos mejor, cuando Vd. sepa cómo pienso yo en materia de *placeres mundanos*... (Eran sus frases...) los *placeres del mundo* pueden ser, para un alma firme y bien alimentada, pasatiempo inocente, hasta soso, insignificante; distracción útil, que se aprovecha como una medicina insípida, pero eficaz...

Ana comprendía perfectamente. «Quería decir el Magistral que cuando ella gozase las delicias de la virtud, las diversiones con que podía solazarse el cuerpo le parecerían juegos pueriles, vulgares, sin gracia, buenos sólo porque la distraían y daban descanso al espíritu. Entendido. Después de todo, así era ahora: ¡la divertían tan poco los bailes, los teatros, los paseos, los banquetes de Vetusta!»

Quintanar se acercó, y como oyera á don Fermín repetir que era higiénico el ejercicio y muy saludable la vida alegre, distraída, aplaudió al Magistral con entusiasmo, y aún aumentó su satisfacción cuando supo que ya no reconciliaría Ana aquella tarde.

—Absurdo!—dijo don Fermín;—esta tarde al campo... al Vivero...

—¡A comer, á comer!—gritó la Marquesa desde la puerta del salón donde acababa de recibir la noticia.

—¡Santa palabra!—exclamó el Marqués.

Cada cual dijo algo en honor del nuncio, y todos hablando, gesticulando, contentos, «sin ceremonias,» que eran excusadas en casa de doña Rufina, pasaron al comedor. Los marqueses de Vegallana sabían tratar á sus convidados con todas las reglas de la etiqueta empalagosa de la aristocracia provinciana; pero en

estas fiestas de amigos íntimos, de que á propósito se excluía á los parientes linajudos que no gustaban de ciertas confianzas, se portaban como pudiera cualquier plebeyo rico, aunque sin perder, aun en las mayores expansiones, algunos aires de distinción y señoñorío vetustense que les eran ingénitos. El Marqués tenía el arte de saber darse tono *á la pata la llana*, como él decía en la prosa más humilde que habló aristócrata.

«La comida era de confianza, ya se sabía.» Esto quería decir que el Marqués y la Marquesa, no prescindirían de sus manías y caprichos gastronómicos en consideración á los convidados; pero éstos serían tratados á cuerpo de rey; la confianza en aquella mesa no significaba la escasez ni el desaliño; se prescindía de la librea, de la vajilla de plata, heredada de un Vegallana, alto dignatario en Méjico, de las ceremonias molestas; pero no de los vinos exquisitos, de los aperitivos y entremeses en que era notable aquella mesa, ni, en fin, de comer lo mejor que producía la fauna y la flora de la provincia en agua, tierra y aire. Otros aristócratas disputaban á Vegallana la supremacia en cuestión de nobleza ó riqueza, pero ninguno se atrevía á negar que la cocina y la bodega del Marqués eran las primeras de Vetusta.

Ordinariamente la Marquesa se hacía servir por muchachas de veinte abriles próximamente, guapas, frescas, alegres, bien vestidas y limpias como el oro.

—«Ello será de mal tono--decía—cosa de pobretes, pero todos mis convidados quedan contentos de tal servicio.»

—«Porque tengo observado—añadía—que á las señoras no les gustan, por regla general, los criados; no se fijan en ellos, y á los hombres siempre les gustan las buenas mozas, aunque sea en la sopa.»

Paquito había escogido con entusiasmo la innova-

ción de su mamá diciendo: «¡Eso es! Esta servidumbre de doncellas parece que alegra; me recuerda las horchaterías y algunos cafés de la Exposición...» Al Marqués le era indiferente el cambio. De todas suertes él no pecaba en cosa, ni siquiera dentro del casco de la población.

El comedor era cuadrado, tenía vistas á la huerta y al patio y mediante cuatro grandes ventanas rasgadas hasta cerca del techo, no muy alto. En cada ventana había acumulado la Marquesa flores en tiestos, jardineras, jarrones japoneses, más ó menos auténticos, y contrastaban los colores vivos y metálicos de esta exposición de flores con los severos tonos del nogal mate que asombraban el artesonado del techo y se mostraban en molduras y tableros de los grandes armarios corridos, de cristales, que rodeaban el comedor en todo el espacio que dejaban libres los huecos y un gran sofá arrimado á un testero. También adornaban las paredes, allí donde cabían, cuadros de poco gusto, pero todos alusivos á las múltiples industrias que tenían relación con el comer bien. Allí la caza del tiempo que se le antojaba á Vegallana del feudalismo; la castellana en el palafrén, el paje á sus piés con el azor en el puño levantado sobre su cabeza; la garza allá en las nubes, de color de yema de huevo; más atrás el amo de aquellos bosques, del castillo roquero y del pueblecillo que se pierde en lontananza... En frente una escena de novela de Feuillet; caza también; pero sin garza, ni azor, ni señor feudal: un rincón del bosque, una dama que monta á la inglesa, y un jinete que le va á los alcances dispuesto, según todas las señas, á besarle una mano en cuanto pueda cogerla... En otra parte una mesa revuelta; más allá un bodegón de un realismo insufrible después de comer. Y por último, en el techo, en la vertical del centro de mesa, en un medallón, el retrato de don Jaime Balmes, sin que

se sepa por qué ni para qué. ¿Qué hace allí el filósofo catalán? El Marqués no ha querido explicarlo á nadie. Á Bermúdez le parece un absurdo; Ronzal dice que es «*un anacronismo*»; pero á pesar de estas y otras murmuraciones, conserva en el medallón á Balmes y no da explicaciones el jefe del partido conservador de Vetusta.

Á la Marquesa le parece esta una de las tonterías menos cargantes de su marido.

Se sentaron los convidados; no hubo más sillas destinadas que las de la derecha é izquierda respectivas de los amos de la casa. Á la derecha de doña Rufina se sentó Ripamilán y á su izquierda el Magistral; á la derecha del Marqués doña Petronila Rianzares y á la izquierda don Víctor Quintanar. Los demás donde quisieron ó pudieron. Paco estaba entre Edelmira y Visitación; la Regenta entre Ripamilán y don Alvaro; Obdulia entre el Magistral y Joaquín Orgaz, don Saturnino Bermúdez entre doña Petronila y el capellán de los Vegallana. Don Víctor tenía á su izquierda á don Robustiano Somoza, el rozagante médico de la nobleza, que comía con la servilleta sujeta al cuello con un gracioso nudo.

El Marqués, antes que los demás comiesen la sopa se sirvió un gran plato de sardinas, mientras hablaba con doña Petronila del derribo de San Pedro, que á la dama le parecía ignominioso. Los convidados en tanto se entretenían en los variados, ricos y raros entremeses. ¡Ya lo sabían! estaban en confianza y había que respetar las costumbres que todos conocían. Vegallana empezaba siempre por sus sardinas; devoraba unas cuantas docenas, y en seguida se levantaba, y discretamente desaparecía del comedor. Siguiendo uso inveterado todos hicieron como ya no notaban la ausencia del Marqués; y en tanto llegó y se sirvió la sopa. Cuando el amo de la casa volvió á su asiento, estaba un poco pálido y sudaba.

—¿Qué tal?—preguntó la Marquesa entre dientes, más con el gesto que con los labios.

Y su esposo contestó con una inclinación de cabeza que quería decir:

—¡Perfectamente!—Y en tanto se servía un buen plato de sopa de tortuga. El Marqués ya no tenía las sardinas en el cuerpo.

Otro misterio como el de Balmes en el techo.

La Marquesa hacía sus comistrajos singulares, en que nadie reparaba ya tampoco; comía lechuga con casi todos los platos y todo lo rociaba con vinagre ó lo untaba con mostaza. Sus vecinos conocían sus caprichos de la mesa y la servían solícitos, con alardes de larga experiencia en aquellas combinaciones de aderezos avinagrados en que ayudaban al ama de la casa. Ripamilán, mientras discutía acalorado con su querido amigo don Víctor, en pié, moviendo la cabeza como con un resorte, arreglaba la ensalada tercera de la Marquesa, con una habilidad de máquina en buen uso, y la señora le dejaba hacer, tranquila, aunque sin quitar ojo de sus manos, segura del acierto exacto del diminuto canónigo.

—¡Señor mío!—gritaba Ripamilán, mientras disolvía sal en el plato de doña Rufina batiendo el aceite y el vinagre con la punta de un cuchillo;—¡señor mío! yo creo que el señor de Carraspique está en su perfecto derecho; y no sé de dónde le vienen á Vd. esas ideas disolventes, que en cuarenta años que llevamos de trato no le he conocido...

—¡Oiga Vd., mal clérigo!—exclamó Quintanar, que estaba de muy buen humor y empezaba á sentirse rejuvenecido;—yo bien sé lo que me digo, y ni tú ni ningún calaverilla ochentón como tú me da á mí lecciones de moralidad. Pero yo soy liberal...

—Pamplinas.

—Más liberal hoy que ayer, mañana más que hoy...

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron Paco y Edelmira, que también se sentían muy jóvenes; y obligaron á don Víctor á chocar las copas.

Todo aquello era broma; ni don Víctor era hoy más liberal que ayer, ni trataba de Vd. á Ripamilán, ni le tenía por calavera; pero así se manifestaba allí la alegría que á todos los presentes comunicaba aquel vino



transparente que lucía en fino cristal, ya con reflejos de oro, ya con misteriosos tornasoles de gruta mágica, en el amaranto y el violeta oscuro del Burdeos en que se variaban los rayos más atrevidos del sol, que entraba atravesando la verdura de la hojarasca, tapiz de las ventanas del patio. ¿Por qué no alegrarse? ¿por qué no reir y disparatar? Todo era contento: allí en la huerta rumores de agua y de árboles que mecía el viento, cánticos locos de pájaros dicharacheros; de las ventanas del patio venían perfumes traídos por el airecillo que hacía sonajas de las hojas de las plantas. Los surtidores de abajo eran una orquesta que acompañaba al bullicioso banquete; Pepa y Rosa vestidas de colorines, pero con trajes de buen corte ceñido, airosas, limpias como armiños, sinuosas al andar de faldas

sonoras, risueñas, rubia la una, morena como mulata la que tenía nombre de flor, servían con gracia, rapidez, buen humor y acierto, enseñando á los hombres dientes de perlas, inclinándose con las frentes á coquetona humildad, de modo que, según Ripamilán, aquella buena comida presentada así era miel sobre hojuelas.

Los de la mesa correspondían á la alegría ambiente; reían, gritaban ya, se obsequiaban, se alababan mutuamente con pullas discretas, por medio de antífrasis; ya se sabía que una censura desvergonzada quería decir todo lo contrario: era un elogio sin pudor.

En la cocina había ecos de la alegría del comedor; Pepa y Rosa cuando entraban con los platos venían sonriendo todavía al espectáculo que dejaban allá dentro; en toda la casa no había en aquel momento más que un personaje completamente serio: Pedro el cocinero. Ya se divertiría después; pero ahora pensaba en su responsabilidad; iba y venía, dirigía aquello como una batalla; se asomaba á veces á la puerta del comedor y rectificaba los ligeros errores del servicio con miradas magnéticas á que obedecían Pepa y Rosa como autómatas, disciplinadas á pesar de la expansión y la algazara, cual veteranos.

Después de Pedro los menos bulliciosos eran la Regenta y el Magistral; á veces se miraban, se sonreían, De Pas dirigía la palabra á Anita de rato en rato, tendiendo hacia ella el busto por detrás de la Marquesa, para hacerse oir; don Álvaro los observaba entonces, silencioso, cejijunto, sin pensar que le miraba Visitación, que estaba á su lado. Un pisotón discreto de la del Banco le sacaba de sus distracciones.

—Pican, pican—decía Visita.

—¿El qué?—preguntaba la Marquesa que comía sin cesar y muy contenta entre el bullicio—¿qué es lo que pica?

—Los pimientos, señora.

Y don Álvaro agradecía á Visitación el aviso y volvía á engolfarse en el palique general, ocultando como podía su aburrimiento que para sus adentros llamaba soberano.

«¡Cosa más rara! Estaba tocando el vestido y á veces hasta sentía una rodilla de la Regenta, de la mujer que deseaba,—¿cuándo se vería él en otra?—y sin embargo se aburría, le parecía estar allí de más, seguro de que aquella comida no le serviría para nada en sus planes, y de que la Regenta no era mujer que se alegrase en tales ocasiones, á lo menos por ahora.»

«Sería una gran imprudencia dar un paso más; si yo aprovechase la excitación de la comida me perdería para mucho tiempo en el ánimo de esta señora; estoy seguro de que ella también se siente excitadilla, de que también está pensando en mis rodillas, y en mis codos, pero no es tiempo todavía de aprovechar estas ventajas fisiológicas... Esta ocasión no es ocasión... Veremos allá en el Vivero; pero aquí nada, nada; por más que pinche el apetito.» Y estaba más fino con Anita, la obsequiaba con *la distancia* en que él sabía hacerlo, pero nada más. Visitación veía visiones. «¿Qué era aquello?» Miraba pasmado á Mesía, cuando nadie lo notaba, y abría los ojos mucho, hinchando los carrillos, gesto que daba á entender algo como esto:

«Me pareces un papanatas, y me pasma que estés hecho un doctrino cuando yo te he puesto á su lado con el mejor propósito...»

Mesía, por toda respuesta, se acercaba entonces á ella, le pisaba un pié; pero la del Banco le recibía á pataditas, con lo que daba á entender «que no era tambor de marina» y que seguía dominando en ella el criterio que había presidido á la bofetada de la tarde anterior.

Paco no se atrevía á pisar á su *prima nueva*, pero la

tenía encantada con sus bromas de señorito fino, que vivió y *la corrió* en Madrid. Además ¡olía tan bien el primo y á cosas tan frescas y al mismo tiempo tan delicadas y elegantes! Allá en su pueblo Edelmira había pensado mucho en el Marquesito, á quien había visto dos ó tres veces siendo ella muy niña y él un adolescente. Ahora le veía como nuevo y superaba en mucho á sus sueños é imaginaciones; era más guapo, más sonrosado, más alegre y más gordo. El Marquesito vestía aquella tarde un traje de alpaca fina, de color de garbanzo, chaleco del mismo color de piqué y calzaba unas babuchas de verano que Edelmira consideraba el colmo de la elegancia, aunque parecía cosa de turcos. Los dijes del primo, la camisa de color, la corbata, las sortijas ricas y vistosas, las manos que parecían de señorita, todo esto encantaba á Edelmira que era también muy amiga de la limpieza y de la salud.

Paco había ido aproximando una rodilla á la falda de la joven; al fin sintió una dureza suave y ya iba á retroceder, pero la niña permaneció tan tranquila, que el primo se dejó aquella pierna arrimada allí como si la hubiese olvidado. La inocencia de Edelmira era tan poco espantadiza que Paco hubiera podido propasarse á pisarle un pié sin que ella protestase á no sentirse lastimada. «Además, pensaba la joven, estas son cosas de aquí;» la tradición contaba mayores maravillas de la casa de los tíos.

Obdulia, sentada en frente, miraba á veces con languidez á la rozagante pareja. Se acordaba del sol de invierno de la tarde anterior. ¡Paco ya lo había olvidado! no pensaba más que en aquella hermosura fresca, oliendo á yerba y romero que le venía de la aldea á alegrarle los sentidos. Pero la viuda, después de consagrar un recuerdo triste á sus devaneos de la víspera, se volvió al Magistral insinuante, provocativa; procuraba marearle con sus perfumes, con sus miradas de

telón rápido y con cuantos recursos conocía y podían ser empleados contra semejante hombre y en tales circunstancias. De Pas respondía con mal disimulado despego á las coqueterías de Obdulia y no le agradecía siquiera el holocausto que le estaba ofreciendo de los obsequios de Joaquín Orgaz que ella desdeñaba con mal disimulado énfasis.

Á Joaquinito le llevaban los demonios. «Aquella mujer era una... tal... y lo decía en flamenco para sus adentros. ¿Pues no le estaba poniendo varas al Provisor?» Esto que no lo notaban, ó fingían no verlo, los demás convidados, lo estaba observando él por lo que le importaba. Pero no se daba por vencido, insistía en galantear á la viuda, fingiendo no ver lo del Magistral. Ordinariamente Obdulia y Joaquinito se entendían. «Señor! si había llegado á darle cita en una carbonera! Verdad era que él no podía vanagloriarse de haber tomado aquella plaza... desmantelada; no había gozado los supremos favores... todavía; pero en fin, anticipos... arras... ó como quiera llamarse, eso sí. ¡Oh! como él llegara á vencer por completo, y así lo esperaba, ya le pagaría ella aquellos desdenes caprichosos, aquellos cambios de humor, y aquella humillación de posponerle á un *carca*.

El que no esperaba nada, el que estaba desengañado, triste hasta la muerte, era don Saturnino Bermúdez. Después de la escena de la catedral donde creía haber adelantado tanto—bien á costa de su conciencia—no había vuelto á ver á Obdulia; y aquella mañana, al acercarse á ella para decirle cuánto había padecido con la ausencia de aquellos días (si bien ocultando los restreñimientos que le habían tenido obseso y en cama), al ir á rezarle al oído el discursito que traía preparado —estilo Feuillet pasado por la sacristiá—Obdulia le había vuelto la espalda y no una vez sino tres ó cuatro, dándole á entender claramente, que *non erat*

hic locus, que á él sólo se le toleraría en la iglesia.

«¡Así eran las mujeres! así era singularmente aquella mujer! ¿Para qué amarlas? ¿Para qué perseguir el ideal del amor? Ó, mejor dicho, ¿para qué amar á las mujeres vivas, de carne y hueso? Mejor era soñar, seguir soñando.» Así pensaba melancólico Bermúdez, que tenía el vino triste, mientras contestaba distraído, pero muy fríamente, á doña Petronila Rianzares que se ocupaba en hacer en voz baja un panegírico del Magistral, su ídolo. Bermúdez miraba de cuando en cuando á la Regenta, á quien había amado en secreto, y otras veces á Visitación á quien había querido siendo él adolescente, allá por la época en que la del Banco, según malas lenguas, se escapó con un novio por un balcón. Ni siquiera Visitación le había hecho caso en su vida; jamás le había mirado con los ojillos arrugados con que ella creía encantar; no era desprecio; era que para las señoras de Vetusta, Bermúdez era un sabio, un santo, pero no un hombre. Obdulia había descubierto aquel varón, pero había despreciado en seguida el descubrimiento.

El Magistral, Ripamilán, don Víctor, don Álvaro, el Marqués y el médico llevaban el peso de la conversación general: Vegallana y el Magistral tendían á los asuntos serios, pero Ripamilán y don Víctor daban á todo debate un sesgo festivo y todos acababan por tomarlo á broma. El Marqués en cuanto se sintió fuerte, merced al sabio equilibrio gástrico de líquidos y sólidos que él establecía con gran tino, insistió en su espíritu de reformista de cal y canto. «Ea! que quería derribar á San Pedro; y que no se le hablase de sus ideas; aparte de que él no era un fanático, ni el partido conservador debía confundirse con ciertas doctrinas ultramontanas, aparte de esto, una cosa era la religión y otra los intereses locales; el mercado cubierto para las hortalizas era una necesidad. ¿Emplazamiento?

uno solo, no admitía discusión en esto, la plaza de San Pedro; ¿pero cómo? ¿dónde? Mediante el derribo de la ruinosa iglesia.»

Doña Petronila protestaba invocando la autoridad del Magistral. El Magistral votaba con doña Petronila, pero no esforzaba sus argumentos. Ripamilán, que tenía los ojillos como dos abalorios, gritaba:

—¡Fuera ese iconoclasta! ¡Las hortalizas, las hortalizas! Eso quiere decir que á V. E., señor Marqués, la religión, el arte y la historia le importan menos que un rábano?

—Bravo, paisano!—gritó don Víctor, en pié, con una copa de Champaña en la mano.

—No hay formalidad, no se puede discutir—decía el Marqués;—este Quintanar aplaude ahora al otro y antes se llamaba liberal.

—¿Pero qué tiene que ver?

—No quiere Vd. derribar la iglesia, pero quería exclaustrar á las hijas de Carraspique...

—Una sencilla secularización.

—Víctor, Víctor, no disparates...—se atrevió á decir sonriendo la Regenta.

—Son bromas—advirtió el Magistral.

—¿Cómo bromas?—gritó el médico.—Á fe de Somoza, que si don Víctor ataca á mi primo Carraspique en broma, yo empuño la espada, le ataco en serio y las cañas se vuelven lanzas. Señores, aquella niña se pudre...

Se acabó la discusión, sin causa, ó por causa de los vapores del vino, mejor dicho. Todos hablaban; Paco quería también secularizar á las monjas; Joaquinito Orgaz comenzó á decir chistes flamencos que hacían mucha gracia á la Marquesa y á Edelmira. Visitación llegó á levantarse de la mesa para azotar con el abanico abierto á los que manifestaban ideas poco ortodoxas. Pepa y Rosa y las demás criadas sonreían

discretamente, sin atreverse á tomar parte en el desorden, pero un poco menos disciplinadas que al empezar la comida. Pedro ya no se asomaba á la puerta. Se habían roto dos copas. Los pájaros de la huerta se posaban en las enredaderas de las ventanas para ver qué era aquello y mezclaban sus gritos gárrulos y agudos al general estrépito.

—El café en el cenador!—ordenó la Marquesa.

—Bien bien!—gritaron don Víctor y Edelmira, que cogidos del brazo y á los acordes de la marcha real (decía el ex-regente), que tocaba allá dentro Visitación en un piano desafinado, se dirigieron los primeros á la huerta, seguidos de Paco, empeñado en ceñir las canas de don Víctor con una corona de azahar. La había encontrado en un armario de la alcoba de su hermana Emma. Allí iba á dormir Edelmira. Salieron todos á la huerta, que era grande, rodeada, como el Parque de los Ozores, de árboles altos y de espesa copa, que ocultaban al vecindario gran parte del recinto. Don Víctor, Paco y Edelmira corrían por los senderos allá lejos entre los árboles. Don Alvaro daba el brazo á la Marquesa, y delante de ellos, detenida por la conversación de doña Rufina iba Anita, mordiendo hojas del boj de los parterres, con la frente inclinada, los ojos brillantes y las mejillas encendidas. El Magistral se había quedado atrás, en poder de doña Petronila Rianzares que le hablaba de un asunto serio: la casa de las Hermanitas de los Pobres que se construía cerca del Espolón, en terrenos regalados por doña Petronila con admiración y aplauso de toda Vetusta católica. Era la de Rianzares viuda de un antiguo intentendente de la Habana, quien la había dejado una fortuna de las más respetables de la provincia; gran parte de sus rentas la empleaba en servicio de la Iglesia, y especialmente en dotar monjas, levantar conventos y proteger la causa de Don Carlos, mientras

estuvo en armas el partido. Creíase poco menos que papisa y se hubiera atrevido á excomulgar á cualquiera provisionalmente, segura de que el Papa sancionaría su excomunión; trataba de potencia á potencia al Obispo, y Ripamilán, que no la podía ver porque era un marimacho, según él, la llamaba el Gran Constantino, aludiendo al Emperador que protegió á la Iglesia. «Piensa la buena señora que por haber sabido conservar con decoro las tocas de la viudez y por levantar edificios para obras pías es una santa y poco menos que el Metropolitano.» Tenía razón el Arcipreste; doña Petronila no pensaba más que en su protección al culto católico y opinaba que los demás debían pasarse la vida alabando su munificencia y su castidad de viuda.

No reconocía entre todo el clero vetustense más superior que el Magistral, á quien consideraba más que al Obispo; «era todo un grande hombre que por humildad vivía postergado.» El Magistral trataba á la de Rianzares como á una reina, según el Arcipreste, ó como si fuera el obispo-madre; ella se lo agradecía y se lo pagaba siendo su abogado más elocuente en todas partes. Donde ella estuviera, que no se murmurase; no lo consentía.

Cuando llegaron al cenador donde se empezaba á servir el café, la de Rianzares inclinaba su cabeza de fraile corpulento cerca del hombro del Magistral, diciendo con los ojos en blanco, y llena de miel la boca:

—Vamos! amigo mío!... se lo suplico yo... acompáñeme al Vivero... sea amable... por caridad...

El Magistral no menos dulce, suave y pegajoso, recibía con placer aquel incienso, detrás del cual habría tantas talegas.

—Señora... con mil amores... si pudiera... pero... tengo que hacer, á las seis he de estar...

—Oh, no, no valen disculpas... Ayúdeme Vd., Marquesa, ayúdeme Vd. á convencer á este pícaro.

La Marquesa ayudó, pero fué inútil. Don Fermín se había propuesto no ir al Vivero aquella tarde; comprendía que eran allí todos íntimos de la casa menos él; ya había aceptado el convite porque... no había podido menos, por una debilidad, y no quería más debilidades. ¿Qué iba á hacer él en aquella excursión? Sabía que al Vivero iban todos aquellos locos, Visitación, Obdulia, Paco, Mesía, á divertirse con demasiada libertad, á imitar muy á lo vivo los juegos infantiles. Ripamilán se lo había dicho varias veces. Ripamilán iba sin escrúpulo, pero ya se sabía que el Arcipreste era como era; él, De Pas, no debía presenciar aquellas escenas, que sin ser precisamente escandalosas... no eran para vistas por un canónigo formal. No, no había que prodigarse; siempre había sabido mantenerse en el difícil equilibrio de sacerdote sociable sin degenerar en mundano; sabía conservar su buena fama. La excesiva confianza, el trato sobrado familiar dañaría á su prestigio; no iría al Vivero. Y buenas ganas se le pasaban, eso sí; porque aquel señor Mesía se había vuelto á pegar á las faldas de la Regenta, y ya empezaba don Fermín á sospechar si tendría propósitos *non sanctos* el célebre don Juan de Vetusta.

La Marquesa, sin malicia, como ella hacía las cosas, llamó á su lado á Anita para decirla:

—Ven acá, ven acá, á ver si á ti te hace más caso que á nosotras este señor displicente.

—¿De qué se trata?

—De don Fermín que no quiere venir al Vivero.

El don Fermín, que ya tenía las mejillas algo encendidas por culpa de las libaciones más frecuentes que de costumbre, se puso como una cereza cuando vió á la Regenta mirarle cara á cara y decir con verdadera pena:

—Oh, por Dios, no sea Vd. así, mire que nos da á todos un disgusto; acompáñenos Vd., señor Magistral...

En el gesto, en la mirada de la Regenta podía ver cualquiera y lo vieron De Pas y don Alvaro, sincera expresión de disgusto: era una contrariedad para ella la noticia que le daba la Marquesa.

Por el alma de don Alvaro pasó una emoción parecida á una quemadura; él, que conocía la materia, no dudó en calificar de celos aquello que había sentido. Le dió ira el sentirlo. «Quería decirse que aquella mujer le interesaba más de veras de lo que él creyera; y había obstáculos, y ¡de qué género! ¡Un cura! Un cura guapo, había que confesarlo... Y entonces, los ojos apagados del elegante Mesía brillaron al clavarse en el Magistral que sintió el choque de la mirada y la resistió con la suya, erizando las puntas que tenía en las pupilas entre tanta blandura. Á don Fermín le asustó la impresión que le produjo, más que las palabras, el gesto de Ana; sintió un agradecimiento dulcísimo, un calor en las entrañas completamente nuevo; ya no se trataba allí de la vanidad suavemente halagada, sino de unas fibras del corazón que no sabía él cómo sonaban. «¡Qué diablos es esto!» pensó De Pas; y entonces precisamente fué cuando se encontró con los ojos de don Alvaro; fué una mirada que se convirtió, al chocar, en un desafío; una mirada de esas que dan bofetadas; nadie lo notó más que ellos y la Regenta. Estaban ambos en pié, cerca uno de otro, los dos arrogantes, esbeltos; la ceñida levita de Mesía, correcta, severa, ostentaba su gravedad con no menos dignas y elegantes líneas que el manteo ampuloso, hierático del clérigo, que relucía al sol, cayendo hasta la tierra.

Ambos le parecieron á la Regenta hermosos, interesantes, algo como San Miguel y el Diablo, pero el

Diablo cuando era Luzbel todavía; el Diablo Arcángel también; los dos pensaban en ella, era seguro; don Fermín como un amigo protector, el otro como un enemigo de su honra, pero amante de su belleza; ella daría la victoria al que la merecía, al ángel bueno, que era un poco menos alto, que no tenía bigote (que siempre parecía bien), pero que era gallardo, apuesto á su modo, como se puede ser debajo de una sotana. Se tenía que confesar la Regenta, aunque pensando un instante nada más en ello, que la complacía encontrar á su salvador, tan airoso y bizarro, tan distinguido, como decía Obdulia, que en esto tenía razón. Y sobre todo, aquellos dos hombres mirándose así por ella, reclamando cada cual con distinto fin la victoria, la conquista de su voluntad, eran algo que rompía la monotonía de la vida vetustense, algo que interesaba, que podía ser dramático, que ya empezaba á serlo. El honor, aquella quisicosa que andaba siempre en los versos que recitaba su marido, estaba á salvo, ya se sabe, no había que pensar en él; pero bueno sería que un hombre de tanta inteligencia como el Magistral la defendiera contra los ataques más ó menos temibles del buen mozo, que tampoco era rana, que estaba demostrando mucho tacto, gran prudencia y lo que era peor, un interés verdadero por ella. Eso sí, ya estaba convencida, don Alvaro no quería vencerla por capricho, ni por vanidad, sino por verdadero amor; de fijo aquel hombre hubiera preferido encontrarla soltera. En rigor, don Víctor era un respetable estorbo. Pero ella le quería, estaba segura de ello, le quería con un cariño filial, mezclado de cierta confianza conyugal, que valía por lo menos tanto, á su modo, como una pasión de otro género. Y además, si no fuera por don Víctor, el Magistral no tendría por qué defenderla, ni aquella lucha entre dos hombres *distinguidos* que comenzaba aquella tarde tendría razón de ser. No había

que olvidar que don Fermín no la quería ni la podía querer para sí, sino para don Víctor.»

Cuando Ana se perdía en estas y otras reflexiones parecidas, se oyó la voz de Obdulia que daba grandes chillidos pidiendo socorro. Los que tomaban pacíficamente café bajo la glorieta, acudieron al extremo de la huerta.

—Dónde están? dónde están?— preguntaba asustada la Marquesa.

—En el columpio! en el columpio! —dijo el médico don Robustiano.

Era un columpio de madera, como los que se ofrecen al público madrileño en la romería de San Isidro, aunque más elegante y fabricado con esmero; en uno de los asientos, que imitaba la barquilla de un globo, en cuclillas, sonriente y pálido, don Saturnino Bermúdez, como á una vara del suelo, inmóvil, hacía la figura más ridícula del mundo, con plena conciencia de ello, y más ridículo por sus conatos de disimularlo procurando dar á su situación unos aires de tolerable, que no podía tener. En el otro extremo, en la barquilla opuesta, que se había enganchado en un puntal de una pared, restos del andamiaje de una obra reciente, ostentaba los llamativos colores de su falda y su exuberante persona Obdulia Fandiño agarrada á la nave como un náufrago del aire, muy de veras asustada, y coqueta y aparatosa en medio del susto y de lo que ella creía peligro.

—No se mueva Vd., no se mueva Vd.—gritaba don Víctor, haciendo aspavientos debajo de la barquilla, y probablemente viendo lo que á Obdulia, en aquel trance á lo menos, no le importaba mucho ocultar.

—No te muevas, no te muevas, mira que si te caes te matas... — decía Paco, que buscaba algo para desenganchar el columpio.

—Tres metros y medio — dijo el Marqués que llegó

á tiempo de dar la medida exacta del batacazo posible, á ojo, como él hacía siempre los cálculos geométricos.

El caso era que don Víctor, ni Paco, ni Orgaz podían por su propia industria arbitrar modo de subir á la altura de aquel madero y librar á Obdulia.

— Tuvo la culpa Paco — decía Visitación, ceñidas con una cuerda las piernas, por encima del vestido.— Empujó demasiado fuerte, para que se cogiera Saturno y, ¡zás! subió la barquilla allá arriba y al bajar... se enganchó en ese palo.

Obdulia no se movía, pero gritaba sin cesar.

— No grites, hija — decía la Marquesa, que ya no la miraba por no molestarse con la incómoda postura de la cabeza echada hacia atrás;—ya te bajarán...

Probó el Marqués á encaramarse sobre una escalera de mano de pocos travesaños, que servía al jardinero para recortar la copa de los arbolillos y las columnas de boj. Pero el Marqués, aun subido al palo más alto no llegaba á coger la barquilla del columpio, de modo que pudiera hacer fuerza para descolgarla.

—Que llamen á Diego... á Bautista...—decía la Marquesa.

—Sí, sí; que venga Bautista!...—gritaba Obdulia recordando la fuerza del cochero.

— Es inútil — advirtió el Marqués — Bautista tiene fuerza, pero no alcanza más de mi estatura... no hay más remedio que buscar otra escalera...

—No la hay en el jardín...

— Sabe Dios donde parecerá...

— Por Dios! por Dios!... que ya me muevo, que me caigo de miedo...

Entonces don Alvaro, á quien Ana había dirigido una mirada animadora y suplicante, se decidió. Rato hacía que se le había ocurrido que él, gracias á su estatura, podría coger cómodamente la barquilla y

arrancarla de sus prisiones... pero ¿qué le importaba á él Obdulia? Podía hacer una figura ridícula, mancharse la levita. La mirada de Ana le hizo saltar á la escalera. Por fortuna era ágil. La Regenta le vió tan airoso, tan pulcro y elegante en aquella situación de farolero como paseando por el Espolón.

—Bravo! bravo! —gritaron Edelmira y Paco al ver los brazos del buen mozo entre los palos de la barquilla del columpio.

—No me tires! No me tires!—gritó Obdulia que sintió las manos de su ex-amante debajo de las piernas. Visita le dió un pellizco á Edelmira á quien ya tuteaba. La chica se fijó en la intención del pellizco porque se había fijado en el tratamiento. ¡Le había llamado de tú!

—Esté Vd. tranquila; no va con Vd. nada—respondió don Alvaro... ya arrepentido de haber cedido al ruego tácito de Anita.

Empleaba largos preparativos para colocar los brazos de modo que hicieran la fuerza suficiente para levantar el columpio á pulso... Al intentar el primer esfuerzo, que desde luégo reputó inútil, pensó en la cara que estaría poniendo el Magistral.

—Ahúpa!...—gritó abajo Visitación para mayor ignominia.

—No puede Vd., no puede Vd!... no lo mueva Vd., es peor!... Me voy á matar!—gritó la Fandiño.

Los demás callaban.

—Estáte quieta!—dijo en voz baja, ronca y furiosa don Alvaro, que de buena gana la hubiera visto caer de cabeza.

É intentó el segundo esfuerzo sin fortuna.

Aquello no se movía. Sudaba más de vergüenza que de cansancio. Un hombre como él debía poder levantar á pulso aquel peso.

—Deje Vd., deje Vd., á ver si Bautista—dijo la Marquesa...—¡demonio de chicos!

—Bautista no alcanza—observó otra vez el Marqués. —Otra escalera... que vayan á las cocheras... Allí debe de haber...

Don Alvaro dió el tercer empujón... Inútil. Miró hacia abajo como buscando modo de librarse de parte del peso. En el otro cajón, debajo de sus narices, en aptitud humilde y ridícula, vió á don Saturnino en cuclillas, inmóvil, admirado de todos los presentes. Mesía no pudo menos de sonreir, á pesar de que le estaban llevando los demonios.

Con deseos de escupirle miró á Bermúdez, que le sonreía sin cesar, y dijo con calma forzada:

—Hombre! ¡pues tiene gracia! ¿Ahí se está Vd.? ¿Vd. se piensa que yo hago juegos de Alcides y se me pone ahí en calidad de plomo?...

Carcajada general.

—Sí, ríanse Vds.—clamó Obdulia—pues el lance es gracioso.

—Yo...—balbuceó Bermúdez—Vd. dispense... como nadie me decía nada... creí que no estorbaba... y además... creía que al bajarme... pudiese empeorar la situación de esa señora... alguna sacudida...

—Ay, no, no! no se baje Vd.—gritó la viuda con espanto.

—¿Cómo que no?—rugió furioso don Alvaro.—¿Quiere Vd. que yo levante este armatoste con los dos encima y á pulso?...

—Es... que... yo no veo modo... si no me ayudan... está tan alto esto...

—Una vara escasa—advirtió el Marqués.

Paco tomó en brazos á don Saturno y le sacó del cajón nefando.

—Ahora—dijo—nosotros te ayudaremos, empujando desde aquí abajo...

—Eso es inútil—observó el Magistral con una voz muy dulce;—como el madero aquel se ha metido entre los dos palos de la banda... si no se alza á pulso todo el columpio... no se puede desenganchar.

—Es claro—bramaba desde arriba el otro; y probó otra vez su fuerza.

Pero Bermúdez pesaba muy poco por lo visto, porque don Alvaro no movió el pesado artefacto.

El elegante se creía á la vergüenza en la picota, y de un brinco, que procuró que fuese gracioso, se puso en tierra. Sacudiendo el polvo de las manos y limpiando el sudor de la frente, dijo:

—Es imposible! Que se busque otra escalera.

—Ya podía estar buscada.

—Si yo alcanzase...—insinuó entonces el Magistral, con modestia en la voz y en el gesto.

—Es verdad—dijo la Marquesa—Vd. es también alto.

—Sí llega, sí llega—gritó Paco, que quiso verle hacer títeres.

—Sí, alcanza Vd.—concluyó Vegallana padre.—Como tenga Vd. fuerza... Y aquí... nadie le ve.

Lo difícil era subir á lo alto de la escalera sin hacer la triste figura con el traje talar.

—Quítese Vd. el manteo—observó Ripamilán.

—No hace falta—contestó De Pas horrorizado ante la idea de que le vieran en sotana.

Y sin perder un ápice de su dignidad, de su gravedad ni de su gracia, subió como una ardilla al travesaño más alto, mientras el manteo flotaba ondulante á su espalda.

—Perfectamente—dijo metiendo los brazos por donde poco antes había introducido los suyos Mesía.

Aplausos en la multitud. Obdulia comprimió un chillido de mal género.

Doña Petronila, extática, con la boca abierta, exclamó por lo bajo:

—¡Qué hombre! ¡Qué lumbrera!

Sin gran esfuerzo aparente, con soltura y gracia, el Magistral suspendió en sus brazos el columpio, que libre de su prisión y contenido en su descenso por la fuerza misma que lo levantara, bajó majestuosamente. Somoza, Paco y Joaquín Orgaz ayudaron á Obdulia á salir del cajón maldito. El Magistral tuvo una verdadera ovación. Paco le admiró en silencio: la fuerza muscular le inspiraba un terror algo religioso; él había malgastado la suya en las lides de amor. Tenía bastante carne, pero blanda. Don Alvaro disimuló difícilmente el bochorno. «¡Mayor puerilidad! pero estaba avergonzado de veras.» Además, él que miraba á los curas como flacas mujeres, como un sexo débil especial á causa del traje talar y la lenidad que les imponen los cánones, acababa de ver en el Magistral un atleta; un hombre muy capaz de matarle de un puñetazo si llegaba esta ocasión inverosímil. Recordaba Mesía que muchas veces (especialmente con motivo de las elecciones en las aldeas) había él dicho v. gr.: «Pues al señor cura que no se divierta, que no abuse de la ventaja de sus faldas, porque si me incomodo le cojo por la sotana y le tiro por el balcón.» Siempre se le había figurado, por no haberlo pensado bien, que á los curas, una vez perdido el respeto religioso, se les podía abofetear impunemente; no les suponía valor, ni fuerza, ni sangre en las venas... «Y ahora... aquel canónigo, que tal vez era un poco rival suyo, le daba aquella leccioncita de gimnasia, que muy bien podía ser una saludable advertencia.»

La gratitud de Obdulia no tenía límites, pero el Magistral creyó necesario buscárselos mostrándose frío, seco y dándola á entender que «no lo había hecho por ella.» La viuda, sin embargo, insistió en sostener que le debía la vida.

—¡Indudablemente!—corroboraba doña Petronila,

que no sospechaba cómo quería pagar Obdulia aquella vida que decía deber al Magistral.

Ana admiró en silencio la fuerza de su padre espiritual, en la que no vió más que un símbolo físico de la fortaleza del alma; fortaleza en que ella tenía, indudablemente, una defensa segura, inexpugnable, contra las tentaciones que empezaban á acosarla.

Visita subió entonces al columpio, pero con las piernas atadas: no quería que se le viesen los bajos.

Obdulia protestó.

—¿ Cómo ? ¿ pues se veía algo ? ¡ no quiero! ¡no quiero! ¿por qué no se me ha advertido ? Esto es una traición.

—Tiene razón esta señora—dijo don Víctor—igualdad ante la ley; fuera esa cuerda.

Edelmira subió al columpio sin atarse. No había para que tomar precauciones, no se veía nada.

Don Víctor y Ripamilán se columpiaron también, pero se mareaban.

—Ya están los coches—gritó la Marquesa—desde lejos; y corrieron todos al patio.

La Marquesa, doña Petronila, la Regenta y Ripamilán, subieron á la carretela descubierta; carruaje de lujo que había sido excelente pero que estaba anticuado y torpe de movimientos. El tronco de caballos negros era digno del rey. Los demás se acomodaron en un coche antiguo de viaje, sólido, pero de mala facha, tirado por cuatro caballos; era el que servía ordinariamente al Marqués en sus excursiones por la provincia, para llevar y traer electores unas veces y otras para cazar acaso en terreno vedado. ¡Se decían tantas cosas del coche de camino! Su figura se aproximaba á las sillas de posta antiguas, que todavía hacen el servicio del correo en Madrid desde la Central á las Estaciones. Lo llamaban la *Góndola* y el *Familiar* y con otros apodos.

Al Magistral se le hizo un poco de sitio, entre Ripamilán y Anita, con palabra solemne de dejarle en el Espolón, donde él tenía que buscar á cierta persona. (No había tal cosa, era un pretexto para cumplir su propósito de no ir al Vivero).

—Le secuestramos—había dicho Obdulia...

—Sí, sí, secuestrarlo, es lo mejor: no se le dejará apearse—añadió doña Petronila.

—No; protesto... entonces no subo.

Subió; y la carretela salió arrancando chispas de los guijarros puntiagudos por las calles estrechas de la Encimada. Detrás iba la *Góndola,* atronando al vecindario con horrísono estrépito de cascabeles, latigazos, cristales saltarines, y voces y carcajadas que sonaban dentro.

Todavía calentaba el sol y las damas de la carretela improvisaron con las sombrillas un toldo de colores que también cobijaba al Magistral y al Arcipreste. Ripamilán, casi oculto entre las faldas de doña Petronila á quien llevaba enfrente, iba en sus glorias; no por su contacto con el Gran Constantino, sino por ir entre damas, bajo sombrillas, oliendo perfumes femeniles, y sintiendo el aliento de los abanicos; ¡salir al campo con señoras! ¡la bucólica cortesana, ó poco menos! El bello ideal del poeta setentón, del eterno amador platónico de Filis y Amarilis con corpiño de seda, se estaba cumpliendo.

El Magistral iba un poco avergonzado: le pesaba, por un lado—y por otro no—la casualidad, ó lo que fuere, de ir tocando con Ana. Tocando apenas, por supuesto; ni ella ni él se movían. Él estaba turbado, ella no; iba satisfecha á su lado; seguía figurándoselo como un escudo bien labrado y fuerte. Ella le quitaba el sol, y él la defendía de don Alvaro. «Si este señor viniera al Vivero... no se atrevería el otro tal vez á acercarse... y si no... va... se va á atrever... claro. como allí

cada cual corre por su lado, y Víctor es capaz de irse con Paco y Edelmira á hacer el tonto, el chiquillo... No, pues lo que es que le temo no quiero que lo conozca; de modo que si se acerca... no huiré. ¡Si éste quisiera venir!...»

—Don Fermín—le dijo, cerca ya del Espolón, con voz humilde, con el respeto dulce y sosegado con que le hablaba siempre.—Don Fermín ¿por qué no viene usted con nosotros? Poco más de una hora... creo que volveremos hoy más pronto... ¡venga Vd.... venga Vd.!

De Pas sentía unas dulcísimas cosquillas por todo el cuerpo al oir á la Regenta; y sin pensarlo se inclinaba hacia ella, como si fuera un imán. Afortunadamente las otras damas y el Arcipreste iban muy enfrascadas en una agradable conversación que tenía por objeto despellejar á la pobre Obdulia. Ripamilán citaba, como solía en tal materia, al obispo de Nauplia, la fonda de Madrid, los vestidos de la prima cortesana, etc., etc. No cabe negar que la resolución del Magistral estuvo á punto de quebrantarse, pero le pareció indigno de él mostrar tan poca voluntad y temió además lo que podía suceder en el Vivero. Él no podía hacer el cadete; si don Alvaro quería buscar el desquite de la derrota del columpio y le desafiaba en otra cualquier clase de ejercicio, él, con su manteo y su sotana, y su canongía á cuestas, estaba muy expuesto á ponerse en ridículo. No, no iría. Y sintió al afirmarse en su propósito una voluptuosidad intensa, profunda; era el orgullo satisfecho. Bien sabía él la fuerza que tenía que emplear para resistir la tentación que salía de aquellos labios más seductores cuanto menos maliciosos; por lo mismo apreció más la propia energía, el temple de su alma, que «indudablemente había venido al mundo para empresas más altas que luchar con oscuros vetustenses.»

Volvió los ojos blandos á su amiga y poniendo en la

voz un tono de cariñosa confianza, nuevo, algo parecido, según notó la Regenta, al que había usado Mesía aquella tarde en el balcón del comedor, contestó el Magistral muy quedo:

—No debo ir con Vds...

Y el gesto, indescriptible, dió á entender que lo sentía, pero que como él era cura... y ella se había confesado con él... y Paco y Obdulia y Visita eran un poco locos, y en Vetusta los ociosos, que eran casi todos, murmuraban de lo más inocente...

Todo eso, aunque no lo quisiera decir aquel gesto, entendió la Regenta, y se resignó á habérselas otra vez con Mesía sin el amparo del Provisor.

No hablaron más. Se detuvo el carruaje; el Magistral se levantó y saludó á las damas. La Regenta le sonrió como hubiera sonreído muchas veces á su madre si la hubiera conocido. De Pas no sabía sonreir de aquella manera; la blandura de sus ojos no servía para tales trances, y contestó mirando con chispas de que él no se dió cuenta... ni Ana tampoco.

Estaban á la entrada del Espolón, *el paseo de los curas*, según antiguo nombre. Allí se apeó don Fermín entre lamentos de doña Petronila.

—Es Vd. muy desabrido—dijo la Marquesa, permitiéndose un tono familiar que empleaba con todos los canónigos menos con don Fermín.

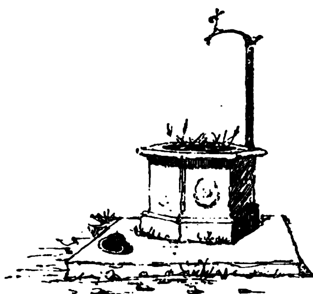
Y hasta se propasó á darle con el abanico cerrado en la mano. Quería significar así su deseo de estrechar la amistad algo fría que mediaba entre el Provisor y los Vegallana. Bien lo comprendió y lo agradeció De Pas. Intimar con los Vegallana era intimar con don Víctor y la esposa, ya lo sabía él; siempre estaban juntos unos y otros, en el teatro, en paseo, en todas partes, y la Regenta comía en casa del Marqués muy á menudo. De modo que, para verla, allí mucho mejor que en la catedral. Todo esto se le pasó por las mien-

tes al Magistral en el poco tiempo que necesitó para quitar el pié del estribo y hacer el último saludo á las señoras, dando un paso atrás.

—Anda, Bautista!—gritó la Marquesa; y la carretela siguió su marcha ante la espectación de sacerdotes, damas y caballeros particulares que paseaban en el Espolón, chiquillos que jugaban en el prado vecino y artesanos que trabajaban ál aire libre.

Los ojos del Magistral siguieron mientras pudieron el carruaje. La Regenta le sonreía de lejos, con la expresión dulce y casta de poco antes, y le saludaba tímidamente sin aspavientos con el abanico... Después no se vió más que la angulosa silueta de Ripamilán, que movía los brazos como las aspas de un molino de muñecas.

El otro coche pasó como un relámpago. De Pas vió una mano enguantada que le saludaba desde una ventanilla. Era una mano de Obdulia, la viuda eternamente agradecida. No saludaba con las dos, porque la izquierda se la oprimía dulce y clandestinamente Joaquinito Orgaz, quien jamás hizo ascos en platos de segunda mesa, en siendo suculentos.





ERA el Espolón un paseo estrecho, sin árboles, abrigado de los vientos del Nordeste, que son los más fríos en Vetusta, por una muralla no muy alta, pero gruesa y bien conservada, á cuyos extremos ostentaban su arquitectura achaparrada sendas fuentes monumentales de piedra oscura, revelando su origen en el ablativo absoluto *Rege Carolo III*, grabado en medio de cada mole como por obra del agua resbalando por la caliza años y más años. Del otro lado limitaban el paseo largos bancos de piedra también; y no tenía el Espolón más adorno, ni atractivo, á no ser el sol, que, como lo hubiera toda la tarde, calentaba aquella muralla triste. Al abrigo de ella paseaban desde tiempo inmemorial los muchos clérigos que son principal ornamento de la antigua corte vetustense; por invierno de dos á cuatro ó cinco de la tarde, y en verano, poco antes de ponerse el sol hasta la noche. Era aquel un lugar, á más de abrigado, solita-

rio y lo que llamaban allí *recogido*, pero esto cuando la Colonia no existía. Ahora lo mejor de la población, el ensanche de Vetusta iba por aquel lado, y si bien el Espolón y sus inmediaciones se respetaron, á pocos pasos comenzaba el ruido, el movimiento y la animación de los hoteles que se construían, de la barriada *colonial* que se levantaba como por encanto, según *El Lábaro*, para el cual diez ó doce años eran un soplo por lo visto.

Preciso es declarar que el clero vetustense, aunque famoso por su intransigencia en cuestiones dogmáticas, morales y hasta disciplinarias, y si se quiere políticas, no había puesto nunca malos ojos á la proximidad del progreso urbano, y antes se felicitaba de que Vetusta se *transformase de día en día*, de modo que á la vuelta de veinte años *no hubiera quien la conociese*. Lo cual demuestra que la civilización bien entendida no la rechazaba el clero, así parroquial como catedral de la *Vetusta católica* de Bermúdez.

Hubo más; aunque tradicionalmente el Espolón venía siendo patrimonio de sacerdotes, magistrados melancólicos y *familias de luto;* como algunas señoras notasen que el *Paseo de los curas* era más caliente que todos los demás, comenzaron en tertulias y cofradías á tratar la cuestión de si debía trasladarse el paseo de invierno al Espolón. Don Robustiano Somoza, que ante todo era higienista público, gritaba en todas partes:

—¡Pues es claro! Pues si es lo que yo vengo diciendo hace un siglo; pero aquí no se puede luchar con las preocupaciones, con el fanatismo. Esos curas, que son listos, con pretexto de la soledad y el retiro han cogido, allá en tiempo de la sopa boba, han cogido para sí el mejor sitio de recreo, el más abrigado, el más higiénico...

En fin, que algunas señoras de las más encopetadas

se atrevieron á romper la tradición, y desde Octubre en adelante, hasta que volvía Pascua florida, se pasearon con gran descoco en el Espolón. Tras aquellas fueron atreviéndose otras; los *pollos* advirtieron que el Paseo de los curas era más corto y más estrecho que el Paseo grande, y esto les convenía. Y en un año se transformó en *Paseo de Invierno* el apetecible Espolón, secularizándose en parte.

Algunos clérigos, viejos ó pobres, casi todos protestaron y acabaron por abandonar *su* Espolón desparramándose por las carreteras.

«—¡El mundo, la locura, los arrojaba de su solitario recreo! ¡El siglo lo invadía todo!» Y la emprendían por el camino de Castilla y otras calzadas polvorosas entre las filas interminables de álamos y robles.

Pero el elemento joven, los más de los canónigos y beneficiados, los que vestían con más pulcritud y elegancia, los que usaban el sombrero de canal suelta el ala, ancho y corto, se resignaron, y toleraron la invasión de la Vetusta elegante. No tuvieron inconveniente, ó lo disimularon, en codearse con damas y caballeros; después de todo, ellos no habían ido á buscar el gentío, el bullicio mundanal; ellos seguían *en su casa,* en sus dominios, haciendo como que no notaban la presencia de los intrusos.

Tal vez á esta nueva costumbre de la vida vetustense debíase en parte el gran esmero que se echaba de ver de poco acá en el traje de muchos sacerdotes. Lo que se puede bien llamar juventud dorada del clero de la capital, tan envidiada por sus colegas de la montaña, que según ellos mismos se embrutecían á ojos vistas, la juventud dorada acudía sin falta todas las tardes de Otoño y de Invierno que hacía bueno al Espolón; iba lo que se llama reluciente; parecían diamantes negros, y sin que nadie tuviera nada que decir, presenciaban las idas y venidas de las jóvenes elegantes; y los que

eran observadores podían notar las señales del amor, de la coquetería; en gestos, movimientos, risas, miradas y rubores. Pero nada más.

Sin embargo, el Rector del Seminario, hombre excesivamente timorato, según frase de la Marquesa de Vegallana, no pasaba por aquellas mescolanzas de curas y mujeres paseando todos revueltos, en un recinto que no tenía un tiro de piedra de largo, y que tendría cinco varas escasas de ancho.

«—No, señor—le decía al Obispo;—yo no comprendo que pueda ser cosa inocente é inofensiva que un sacerdote tropiece con los codos de todas las señoritas majas del pueblo...» El Obispo creía que las señoritas eran incapaces de tales tropezones. «Si fuesen aquellas empecatadas del boulevard, las chalequeras...»

Pronto se olvidó la protesta del Rector del Seminario.

—¿Quién hace caso de ese señor?—decía Visitación la del Banco—un hombre cerril; santo, eso sí, pero montaraz. En fin, un hombre que me echó á mí de la sacristía de Santo Domingo siendo yo tesorera del Corazón de Jesús!

—Un hombre así—aseveraba Obdulia—debía pasar la vida sobre una columna...

—Como san Simón *Estiliita*—acudió Trabuco, que estaba presente.

Desde Pascua florida hasta el equinoccio de Otoño próximamente, los curas se quedaban casi solos en el Espolón; pero en Octubre volvían algunas señoras que tenían miedo á la humedad y *á la influencia del arbolado* allá arriba en el paseo de Verano. La tarde en que el carruaje de los Vegallana dejó al Magistral á la entrada del Espolón, paseaban allí muchos clérigos y no pocos legos de edad y respetabilidad, pero pocas señoras. Sin embargo, las que había bastaron para comentar con abundancia de escolios y notas el hecho

extraordinario de apearse el Magistral de la carretela de los Vegallana donde todas con sus propios ojos—cada cual—le acababan de ver al lado de la Regenta. «En nombrando el ruín de Roma...» habían dicho muchos al ver aparecer la carretela. Los curas, valga la verdad, también hablaban del suceso *inopinado,* como lo llamaba Mourelo. El ex-alcalde Foja se paseaba en medio del Arcediano, el ilustre Glocester, y del beneficiado don Custodio, el más almibarado presbítero de Vetusta. No solía el liberal usurero acompañarse de sotanas, pero aquella tarde había juntado á los tres enemigos del Magistral la importancia de los acontecimientos.

—¡Qué desfachatez!—decía Foja.

—Es un insensato; no sabe lo que es diplomacia, lo que es disimulo—advertía Mourelo.

—Y yo que no quería creer á Vd. cuando me decía que se había quedado á comer con ellos...

—¡Ya ve Vd!—exclamó Glocester triunfante.

—¿Y á dónde van los otros?

—Al Vivero, de fijo; ya sabe Vd... á brincar y saltar como potros...

—¡Esas son las clases conservadoras!

—No, señor; esa es la excepción...

—Y mire Vd. que venir en carruaje descubierto.....

—Y junto á ella...

—Y apearse aquí—se atrevió á decir el beneficiado.

—Justo; tiene razón éste... apearse aquí...

—Señor Arcediano, permítame Vd. decirle que su colega de Vd. está dejado de la mano de Dios.

—¡Ya lo creo! ¡ya lo creo! y lo siento... Pero ese Obispo, ese bendito señor... En fin, ¿qué quiere Vd?—indicó Glocester sonriendo con malicia.

En aquel momento se le ocurrió una frase y para exponerla á su auditorio con toda solemnidad se detuvo, extendió la mano, como separando á los otros

dos, y echando el cuerpo del lado de Foja le dijo al oído, á voces:

—¡Amigo mío, de todo ha de haber en la Iglesia de Dios!

Rieron los otros el chiste, y no cesaron las carcajadas, hasta que el Magistral pasó al lado de los murmuradores. Los dos clérigos le saludaron muy cortésmente y Glocester dando un paso hacia él le acarició con una palmadita familiar sobre el hombro.

La envidia se lo comía, pero Glocester no era hombre que gastase menos disimulo. Ó era diplomático ó no lo era.

El Magistral se contentó con escupirle para sus adentros.

Dió algunas vueltas solo, saludando á diestro y siniestro con la amabilidad de costumbre, por máquina, sin ver apenas á quien saludaba. Llevaba el manteo terciado sobre la panza, que comenzaba á indicarse; y mano sobre mano—ya se sabe que eran muy hermosas—á paso lento (que buen trabajo le costaba, más de buen grado hubiera echado á correr... detrás de los coches del marqués) anduvo por allí un cuarto de hora desafiando humildemente las miradas de todos, seguro de que todos ó los más hablaban de él, y de la confesión de dos horas ó tres ó cuatro. «¡Sabría Dios cuántas serían ya!—Aquel Glocester y su don Custodio habrían tenido buen cuidado de hacer rodar la bola.... ¡Las cosas que dirían ya los enemigos! Pero ¿qué le importaba á él? Lo que ahora le pesaba era no haber seguido al Vivero; de todos modos habían de murmurar los miserables! y en cuanto á las personas decentes, las que á él le importaban, esas no habían de creer nada malo porque él, como hacía Ripamilán, como habían hecho otros sacerdotes, fuese á las posesiones de Vegallana.»

Algunos amigos verdaderos, ó por lo menos parti-

darios declarados del Magistral paseaban por el Espolón; pero no se atrevían á acercarse al ilustre Vicario general; llevaba cara de pocos amigos, á pesar de su sonrisita dulce, clavada allí desde que se veía en la calle. Así como á los delicados de la vista la claridad les hace arrugar los párpados, á don Fermín le hacía sonreir; parecía aquella sonrisa con que siempre le veía el público, un efecto extraño de la luz en los músculos de su rostro.

Pero esto no engañaba á los que le conocían bien, —los más muy á su costa.—El primero que se atrevió á acercarse fué el Deán que llegaba entonces al Paseo. El mismo De Pas le salió al encuentro. El Deán no hablaba casi nunca, y paseando menos. Se emparejaron y don Fermín siguió como si estuviera solo. Se acercó después el canónigo pariente del ministro y hubo que hablar y en seguida se agregó un *obispo de levita* (frase que hacía fortuna por aquella época) y la conversación se animó; se habló de política y de intrigas palaciegas; de mil cosas que le parecían al Magistral necedades, dicharachos indignos de sacerdotes. «¿Pero y él? ¿en qué iba pensando él? Aquello sí que era pueril, ridículo, y hasta pecaminoso. ¿Pues no se había puesto á fijarse, porque iba con la cabeza gacha, en los manteos y sotanas de sus colegas, y en los suyos, y no estaba pensando, que el traje talar era absurdo, que no parecían hombres, que había afeminamiento carnavalesco en aquella industria?... ¡mil locuras! lo cierto era que le estaba dando vergüenza en aquel momento llevar traje largo y aquella sotana que él otras veces ostentaba con majestuoso talante. Si á lo menos tuviera una abertura lateral, como algunas túnicas... pero entonces se verían las piernas,—¡qué horror!—los pantalones negros, el varón vergonzante que lleva debajo el cura.»

—¿Qué opina Vd.?—le preguntó el obispo láico en

aquel instante, deteniéndose, poniéndosele delante para intimarle la respuesta.

No sabía de qué hablaban, se le había ido el santo al cielo con los cortes de la sotana.

—La verdad es que la cuestión—dijo—la cuestión... merece pensarse.

—¡Pues eso digo yo!—gritó el otro, triunfante, y le dejó seguir andando.

—¿Ven Vds.? el señor Provisor opina lo mismo que yo; dice que merece estudiarse la cuestión, que es ardua... ¡yo lo creo!

El Magistral respiró; pero antes de exponerse á otra pregunta *inopinada*, como diría Mourelo, se despidió de aquellos señores asegurando que tenía que hacer en Palacio.

No podía más; aquella tarde la compañía de sus colegas le asfixiaba; toda aquella tela negra colgando le abrumaba; podía decir cualquier desatino si continuaba allí. Y se marchó á paso largo. Su última mirada fué para la lontananza del camino del Vivero por donde había visto desaparecer entre nubes de polvo los coches.

«¡Estamos buenos!» iba pensando por las calles. Era enemigo de dar nombre á las cosas, sobre todo á las difíciles de bautizar. ¿Qué era aquello que á él le pasaba? No tenía nombre. Amor no era; el Magistral no creía en una pasión especial, en un sentimiento puro y noble que se pudiera llamar amor; esto era cosa de novelistas y poetas, y la hipocresía del pasado había recurrido á esa palabra santificante para disfrazar muchas de las mil formas de la lujuria. Lo que él sentía no era lujuria; no le remordía la conciencia. Tenía la convicción de que aquello era nuevo. ¿Estaría malo? ¿Serían los nervios? Somoza le diría de fijo que sí.»

«De todas maneras, había sido una necedad, y tal vez una grosería, haber desairado á aquellas señoras. ¿Qué estarían diciendo de él en el Vivero?»

—

Subía el Magistral por las primeras calles de la Encimada, pasó por la puerta del Gobierno civil y allá dentro, en medio del patio, vió un pozo que él sabía que estaba ciego. Se acordó de que Ripamilán le había hablado varias veces de un pozo seco que había en el Vivero. Paco Vegallana, Obdulia, Visita y demás gente loca—había dicho el Arcipreste—se entretienen en cortar helechos, yerbas, ramas de árboles y arrojarlo todo al pozo, y cuando ya llega la hojarasca cerca de la boca... zas! se tiran ellos dentro, primero uno, después otro y á veces dos ó tres á un tiempo... Al mismo Ripamilán, con toda su respetabilidad, le habían hecho descender á aquel agujero, y por cierto que para sacarlo se había necesitado una cuerda... El Magistral tenía aquel pozo, que no había visto, delante de los ojos, y se figuraba á Mesía dentro de él, sobre las ramas y la yerba con los brazos extendidos esperando la dulce carga del cuerpo mortal de Anita!... ¿Tendría ella tan reprensible condescendencia? ¿Se dejaría echar al pozo? Don Fermín estaba en ascuas. ¿Qué le importaba á él? Pues estaba en ascuas.

Andaba á la ventura, sin saber á dónde ir. Se encontró á la puerta de su casa. Dió media vuelta y seguro de que nadie le había visto, apretó el paso bajando por un callejón que conducía á la plazuela de Palacio, á la Corralada.

«Mi madre! pensó. No se había acordado de ella en toda la tarde.»

¡Había comido fuera de casa sin avisar! doña Paula consideraba esta falta de disciplina doméstica como pecado de calibre. Pocas veces los cometía su hijo, y por lo mismo la impresionaban más.

«¡Cómo no se me ocurrió mandarle un recado! pero... ¿por quién? ¿no era ridículo decirle á la Marquesa: señora necesito que mi madre sepa que no como hoy con ella? Aquella esclavitud en que vivía...

contento, sí, contento, no le humillaba... pero no convenía que la conociese el mundo. Y ahora, ¿por qué no se había quedado en casa? Bastante tiempo había pasado fuera... ¿volvería pié atrás, desafiaría el mal humor de su madre? No, no se atrevía; no estaba el suyo para escenas fuertes, le horrorizaba la idea de una filípica embozada, como solían ser las de su madre, de un discurso de moral utilitaria... De fijo le hablaría de las necedades que le habían contado por la mañana... Y si le decía: he comido... con la Regenta, en casa del Marqués ¡bueno iba á estar aquello! Pero, Señor ¡qué luégo, qué luégo había empezado la gentuza, la miserable gentuza vetustense á murmurar de aquella amistad! ¡en dos días todo aquel run run, su madre con los oídos llenos de calumnias, de malicias, y el alma de sospechas, de miedos y aprensiones... ¿y qué había? nada; absolutamente nada; una señora que había hecho confesión general y que probablemente á estas horas estaría metida en un pozo cargado de yerba seca en compañía del mejor mozo del pueblo. ¿Y él qué tenía que ver con todo aquello? ¡Él, el Vicario general de la diócesis! Oh, sí! volvería á casa, se impondría á su madre, le diría que era indecoroso insistir en sospechar, procurar disimulos, borrar apariencias, ¿para qué? él no tenía nada que tapar en aquel asunto; no era un niño, despreciaba la calumnia, etc.»

Entró en Palacio.

La sombra de la Catedral, prolongándose sobre los tejados del caserón triste y achacoso del Obispo lo oscurecía todo; mientras los rayos del sol poniente teñían de púrpura los términos lejanos, y prendían fuego á muchas casas de la Encimada reflejando llamaradas en los cristales.

El Magistral llegó hasta el gabinete en que el Obispo corregía las pruebas de una pastoral.

Fortunato levantó la cabeza y sonrió.

—Hola, eres tú?

Don Fermín se sentó en un sofá. Estaba un poco mareado; le dolía la cabeza y sentía en las fauces ardor y una sequedad pegajosa; se ahogaba en aquel recinto cerrado y estrecho; el alcohol le había perturbado. Nunca bebía licores y aquella tarde, distraído, sin saber lo que estaba haciendo, había apurado la copa de chartreuse ó no sabía qué, servida por la Marquesa.

Fortunato leía las pruebas y seguía sonriendo. No parecía temer ya al Magistral. Horas antes esquivaba quedarse á solas con él de miedo á que le reprendiese por su condescendencia con las señoras *protectrices* de la Libre Hermandad. De Pas notó el cambio.

—¿Me haces el favor de leer lo que dicen estas letras borradas?... yo no veo bien.

De Pas se acercó y leyó.

—Chico, apestas!... ¿qué has bebido?

Don Fermín irguió la cabeza y miró al Obispo sorprendido y ceñudo.

—¿Que apesto? ¿por qué?

—Á bebida hueles... no sé á qué... á ron... qué sé yo.

De Pas encogió los hombros dando á entender que la observación era impertinente y baladí. Se apartó de la mesa.

—Á propósito. ¿Por qué no has avisado á tu madre?

—¿De qué?

—De que comías fuera...

—¿Pero Vd. sabe?...

—Ya lo creo, hijo mío. Dos veces estuvo aquí Teresina de parte de Paula; que dónde estaba el señorito, que si había comido aquí. No, hija, no; tuve que salir yo mismo á decírselo. Y á la media hora vuelta. Que si se le había pasado algo al señorito, que la señora estaba asustada; que yo debía de saber algo...

El Magistral se paseaba por el gabinete y pisaba muy

fuerte; disimulaba mal su impaciencia, su mal humor, tal vez no pretendía siquiera disimularlos.

—Yo—continuó Fortunato—les dije que no se apurasen, que habrías comido en casa de Carraspique, ó en casa de Páez; como los dos están de días... y eso habrá sido, ¿verdad? ¿Con Carraspique habrás comido?

—No; señor!

—¿Con Páez?

—No, señor! Mi madre... mi madre me trata como á un niño!

—Te quiere tanto, la pobrecita...

—Pero esto es demasiado...

—Oye—exclamó el Obispo dejando de leer pruebas—¿de modo que aún no has vuelto á casa?

El Magistral no contestó; ya estaba en el pasillo. De lejos había dicho:

—Hasta mañana;—y había cerrado detrás de sí la puerta del gabinete con más fuerza de la necesaria.

—Tiene razón el muchacho—se quedó pensando el Obispo, que trataba al Magistral como un padre débil á un hijo mimado.—Esa Paula nos maneja á todos como muñecos.

Y continuó corrigiendo la Pastoral.

De Pas tomó por el callejón arriba, desandando el camino; pero al llegar cerca de su casa se detuvo. No sabía qué hacer. La chartreuse ó lo que fuera—¿¡si sería cognac!?—seguía molestándole y conocía ya él mismo que le olía mal la boca.

«Si se me acercase Glocester ahora, mañana todo Vetusta sabría que yo era un borracho...»

«No subo, no subo. Buena estará mi madre! Y yo no estoy para oir sermones ni aguantar pullas ni traducir reticencias... ¡Hasta Teresa anda en ello! Dos veces á palacio!... El niño perdido... Esto es insufrible!...»

El reloj de la catedral dió la hora con golpes lentos;

primero cuatro agudos, después otros graves, roncos, vibrantes.

De Pas, como si su voluntad dependiese de la máquina del reloj, se decidió de repente y tomó por la calle de la derecha, cuesta abajo; por la que más pronto podría volver al Espolón.

Se olvidó de su madre, de Teresina, del cognac, del Obispo; no pensó más que en los coches del Marqués que debían de estar de vuelta.

El Vicario general de Vetusta, á buen paso, tomó el camino del Vivero, después de dejar las calles torcidas de la Encimada y llegó al Espolón cuando ya estaban encendidos los faroles y desierto el paseo. No pensaba en que estaba haciendo locuras, en que tantas idas y venidas eran indignas del Provisor del obispado; esto lo pensó después; ahora sólo tenía esta idea. «¿Habrán pasado ya? No, no debían de haber pasado; apenas había tiempo; ahora, ahora es cuando deben de estar cerca...»

«Así como así, la brisa, que ya empieza á soplar, me quitará este calor, este aturdimiento, esta sed...» El agua de las fuentes monumentales murmuraba á lo lejos con melancólica monotonía en medio del silencio en que yacía el paseo triste, solitario. Al acercarse al pilón de la fuente de Oeste, De Pas tuvo tentaciones de aplicar sus labios al tubo de hierro que apretaba con sus dientes un león de piedra, y saciar sus ansias en el chorro bullicioso, incitante... No se atrevió y dió la vuelta continuando su paseo en la soledad. Al llegar á la otra fuente, iguales ansias, iguales tentaciones... Media vuelta y atrás. Así estuvo paseando media hora. La sed le abrasaba... ¿por qué no se iba? porque no quería dejarlos pasar sin verlos; sin ver los coches, se entiende. Ana volvería, era natural, en la carretela, y al pasar junto á un farol podría verla, sin ser visto, ó por lo menos sin ser conocido. La sed que esperase.

—Pues claro... siendo muy rica...

—Dónde la hay?

—La comen los señores...

—Eso no vale, so tísica! ¿qué sé yo lo que comen los señores?

—Pues alguna vez puede ser que la hayas visto.

—¿De qué color?

—Amarilla, amarilla...

—Naranjas, rediós!—aulló el pillastre y dió un tirón al pañuelo, preparándose á emprenderla á latigazos con sus compañeros

—¡Que me arrancas el brazo, bruto, y que no es eso!...

Los demás pilletes ya se habían puesto en salvo y corrían por la carretera y el Espolón.

—Venir! venir! que no es eso...—gritó la *madre.*

—Que si es! bacalao! te rompo... ¿pues no son amarillas las naranjas?... ¿y no son cosa rica?

—Pero naranjas las comes tú también.

—Claro, si se las robo á la señoa Jeroma en el puesto...

—Pues no es eso. Otro.

—Na? Na?

Un niño flaco, pálido, casi desnudo, tomó la punta del pañuelo; le brillaban los ojos... le temblaba la voz... y mirando con miedo al de las naranjas, dijo muy quedo:

—Natillas!...

—*Zurriágame la melunga!*—gritó entusiasmada la *madre, castaños de catalunga!*

Y todos corrieron, mientras el vencedor iba detrás con piernas vacilantes, sin gran deseo de azotar á sus amigos, contento con el triunfo, pero sin deseos de venganza.

El *Rojo* no quería correr: protestaba.

—Rediós! qué son natillas?—gritaba poniendo la

mano delante de la cara, mientras tímidamente el *Ratón* le castigaba con simulacros de azotes.

Y añadía furioso el *Rojo:*

—Dí: á la oreja! tísica, ó te baldo!

—A la oreja! á la oreja!

El *Ratón* se vió acosado por todos sus colegas que se le colgaron de las orejas.

—*Zurriágame la melunga!*—volvió á gritar la *madre*, y los pillos se dispersaron otra vez.

En aquel momento el Magistral se acercó á la niña.

La *madre* dió un grito espantada. Creía que era su padre que venía á recogerla á bofetadas y á puntapiés como solía.

—Díme, hija mía... has visto pasar dos coches?

—¿Para dónde?—contestó ella poniéndose en pié.

—Para arriba... uno con dos caballos y otro con cuatro con cascabeles... hace poco...

—No señor, me parece que no... Espere Vd., señor cura, á ver si esos... *¡A la oreja madre! ¡á la oreja madre!*—gritó y la bandada de mochuelos acudió al farol delante del *Ratón*. Al ver al Provisor, todos, menos el *Rojo*, le rodearon, descubriendo la cabeza, los que tenían gorra, y le besaron la mano por turno nada pacífico. Unos se limpiaron primeramente las narices y la boca; otros no.

—¿Habéis visto pasar dos coches para arriba?

—Sí.

—No.

—Dos.

—Tres.

—Para abajo.

—Mentira, mainate... si te inflo!... Para arriba, señor cura.

—Era una galera.

—Un coche, farol!

—Dos carros eran, mainate.

—Te rompo!...

—Te inflo!...

El Magistral no pudo averiguar nada. Se inclinó á creer que habían pasado. Pero no dejó el paseo; continuó dando vueltas, y limpiándose la mano besada por la chusma. Le molestaba mucho el pringue, y en el pilón de una de las fuentes se lavó un poco los dedos.

Los pilletes se dispersaron. Quedó solo don Fermín con un murciélago que volaba yendo y viniendo sobre su cabeza, casi tocándole con las alas diabólicas. También el murciélago llegó á molestarle, apenas pasaba volvíase, cada vez era más reducida la órbita de su vuelo.

«Deben de ser dos,» pensó el Magistral, que cada vez que veía al animalucho encima sentía un poco de frío en las raíces del pelo.

La noche estaba hermosa, acababan de desvanecerse las últimas claridades pálidas del crepúsculo. Sobre la sierra, cuya silueta señalaba una faja de vapor tenue y luminoso, brillaban las estrellas del carro, la Osa mayor, y Aldebarán, por la parte del Corfín, casi rozando la cresta más alta de la cordillera oscura, lucía solitario en una región desierta del cielo. La brisa se dormía y el silbido de los sapos llenaba el campo de perezosa tristeza, como cántico de un culto fatalista y resignado. Los ruidos de la ciudad alta llegaban apagados y con intermitencias de silencio profundo. En la Colonia, más cercana, todo callaba.

Don Fermín no era aficionado á contemplar la noche serena; lo había sido mucho tiempo hacía, en el Seminario, en los Jesuitas y en los primeros años de su vida de sacerdote... cuando estaba delicado y tenía aquellas tristezas y aquellos escrúpulos que le comían el alma. Después la vida le había hecho hombre, había seguido la escuela de su madre... una aldeana que no

veía en el campo más que la explotación de la tierra. Aquello que se llamaba en los libros la poesía, se le había muerto á él años atrás; ya lo creo, hacía muchos años... ¡Las estrellas! ¡qué pocas veces las había mirado con atención desde que era canónigo!... De Pas se detuvo, se descubrió, limpió el sudor de la frente y se quedó mirando á los astros que brillaban sobre su cabeza sumidos en el abismo de lo alto. «Tenía razón Pitágoras; parecía que cantaban.» En aquel silencio oía los latidos de la sangre de su cabeza... y también se le figuró oir otro ruido... así como de campanillas que sonasen más lejos... ¿Eran ellos? ¿Eran los coches que volvían? La carretela no llevaba cascabeles, pero los caballos de la Góndola sí... Ó serían cigarras, grillos... ranas... cualquier cosa de las que cantan en el campo acompañando el silencio de la noche?... No... no; eran cascabeles, ahora estaba seguro... ya sonaban más cerca, con cierto compás... cada vez más cerca.

—¡Deben de ser ellos! qué tarde!—dijo en voz alta, acercándose á la cuneta de la carretera, á la sombra de un farol de los del paseo.

Esperó algunos minutos, con la cabeza tendida en dirección del Vivero, espiando todos los ruidos... Vió dos luces entre la oscuridad lejana, después cuatro... eran ellos, los dos coches... El ruido rítmico de los cascabeles se hizo claro, estridente; á veces se mezclaban con él otros que parecían gritos, fragmentos de canciones.

«—¡Qué locos, vienen cantando!»

Ya se oía el rumor sordo y como subterráneo de las ruedas... el aliento fogoso de los caballos cansados... y, por fin, la voz chillona de Ripamilán... Ahora callaban los del coche grande. La carretela iba á pasar junto al Magistral, que se apretó á la columna de hierro, para no ser visto. Pasó la carretela á trote largo. De Pas se hizo todo ojos. En el lugar de Ripamilán vió

á don Víctor Quintanar, y en el de la Regenta á Ripamilán; sí, los vió perfectamente. ¡No venía la Regenta en el coche abierto! Venía con los otros! Y al marido le habían echado á la carretela con el canónigo, la Marquesa y doña Petronila!... Luego, don Alvaro y ella venían juntos... ¡y acaso venían todos borrachos, por lo menos alegres!

«¡Qué indecencia!» pensó, sintiendo el despecho atravesado en la garganta.

Y sin saber que parodiaba á Glocester, añadió:

«—Se la quieren echar en los brazos! Esa Marquesa es una Celestina de afición!»

«¡Y venían cantando!»

Los coches se alejaban; subían por la calle principal de la Colonia, sin algazara; las luces de los faroles se bamboleaban, se ocultaban y volvían á aparecer, cada vez más pequeñas...

«Ahora callan!» pensó don Fermín. «Peor, mucho peor!»

Los cascabeles volvieron á sonar como canto lejano de grillos y cigarras en noche de estío...

El Magistral olvidado de las estrellas dejó el Espolón y subió á buen paso por la calle principal de la Colonia, en pos de los coches de Vegallana...

Si no fuera por vergüenza hubiera echado á correr por la cuesta arriba. «¿Para qué? Para nada. Por desahogar el malhumor, por emplear en algo aquella fuerza que sentía en sus músculos, en su alma ociosa, molesta como un hormigueo...

Al pasar junto al jardín de Páez, la luz de gas que brillaba entre las filigranas de hierro de la verja, en un globo de cristal opaco, le hizo ver su sombra de cura dibujada fantásticamente sobre la polvorienta carretera.

Se avergonzó, testigo él mismo de sus locuras; y contuvo el paso.

«Debo de estar borracho. Esto tiene que pasar. Bah! no faltaba más, siempre he sido dueño de mí... y ahora había de empezar á ser... un majadero...»

Se acordó de su cita con la Regenta. Sintió un alivio su furor sordo. «Pronto es mañana... Á las ocho ya sabré yo... sí lo sabré... porque se lo preguntaré todo. ¿Por qué no? Á mi manera... Tengo derecho...»

Llegó al boulevard, estaba solitario: ya había terminado el paseo de los Obreros: subió por la calle del Comercio, por la plaza del Pan, y al llegar á la plaza Nueva miró á la Rinconada. En el caserón de los Ozores no vió más luz que la del portal.

«—¿No los habrán dejado en casa? ¿Están juntos todavía?» Y sin pensar lo que hacía, siguió hasta la calle de la Rúa, por el mismo camino que había andado á medio día. Los balcones de casa del Marqués estaban también ahora abiertos; pero la luz no entraba por ellos, salía á cortar las tinieblas de la calle estrecha, apenas alumbrada por lejanos faroles de gas macilento. De Pas oyó gritos, carcajadas, y las voces roncas y metálicas del piano desafinado.

«—Sigue la broma!—se dijo mordiéndose los labios. Pero yo ¿qué hago aquí? ¿Qué me importa todo esto?... Si ella es como todas... mañana lo sabré. ¡Estoy loco! estoy borracho!... ¡Si me viera mi madre!» En la pared de la casa de enfrente la luz que salía por los balcones interrumpía con grandes rectángulos la sombra, y por aquella claridad descarada y chillona pasaban figuras negras, como dibujos de linterna mágica. Unas veces era un talle de mujer, otras una mano enorme, luégo un bigote como una manga de riego; esto vió De Pas frente al balcón del gabinete; frente á los del salón las sombras de la pared eran más pequeñas, pero muchas y confusas; y se movían y mezclaban hasta marear al canónigo.

«No bailan,» pensó. Pero esta idea no le consolaba.

Más allá del balcón del gabinete había otro cerrado. Era el de la habitación en que había muerto la hija de los marqueses. El Magistral recordaba haber estado allí, de rodillas, con una hacha de cera en la mano, mientras le daban á la pobre joven el Señor. Hacía mucho tiempo. Aquel balcón se abrió de repente. De Pas vió una figura de mujer que se apretaba á las rejas de hierro y se inclinaba sobre la barandilla, como si fuera á arrojarse á la calle. Confusamente pudo columbrar unos brazos que oprimían á la dama la cintura; ella forcejeaba por desasirse. «¿Quién era?» Imposible distinguirlo; parecía alta, bien formada; lo mismo podía ser Obdulia que la Regenta. «Es decir, la Regenta no podía ser; no faltaba más! ¿Y el de los brazos? ¿quién era? ¿por qué no salía al balcón?» De Pas estaba seguro de no ser visto, en completa oscuridad, en un portal de enfrente. No pasaba nadie; pero podían pasar... y ¿qué se pensaría si le veían allí, espiando á los convidados del marqués?... Debía marcharse... sí; pero hasta que aquellos bultos se retirasen del balcón no podía moverse. La dama desconocida, de espalda á la calle, ahora, inclinando la cabeza hacia el interlocutor invisible, hablaba tranquilamente y se defendía como por máquina, con leves manotadas felinas, de unas manos que de vez en cuando intentaban cogerla por los hombros.

«¡Están á oscuras! no hay luz en esa habitación... ¡qué escándalo!» pensó don Fermín, que seguía inmóvil.

La del balcón hablaba, pero tan quedo que no era posible conocerla por la voz; era un murmullo cargado de eses, completamente anónimo.

«Por supuesto que ella no es,» meditaba el del portal.

Á pesar de estas reflexiones que no podían ser más racionales, no estaba tranquilo. La oscuridad del balcón le sofocaba, como si fuese falta de aire. La cabeza de la silueta de señora desapareció un momento; hubo un si-

lencio solemne y en medio de él sonó claro, casi estridente, el chasquido de un beso bilateral. Después un chillido como el de Rosina en el primer acto del *Barbero*.

El Magistral respiró. «No era ella, era Obdulia.» En el balcón no quedaba nadie; don Fermín salió del portal, arrimado á la pared y se alejó á buen paso. «No era ella, de fijo no era ella, iba pensando. Era la otra.»





XV

En lo alto de la escalera, en el descanso del primer piso, doña Paula, con una palmatoria en una mano y el cordel de la puerta de la calle en la otra, veía silenciosa, inmóvil, á su hijo subir lentamente con la cabeza inclinada, oculto el rostro por el sombrero de anchas alas.

Le había abierto ella misma, sin preguntar quién era, segura de que tenía que ser él. Ni una palabra al verle. El hijo subía y la madre no se movía, parecía dispuesta á estorbarle el paso, allí en medio, tiesa, como un fantasma negro, largo y anguloso.

Cuando De Pas llegaba á los últimos peldaños, doña

Paula dejó el puesto y entró en el despacho. Don Fermín la miró entonces, sin que ella le viese.

Reparó que su madre traía parches untados con sebo sobre las sienes; unos parches grandes, ostentosos.

«Lo sabe todo» pensó el Provisor. Cuando su madre callaba y se ponía parches de sebo, daba á entender que no podía estar más enfadada, que estaba furiosa. Al pasar junto al comedor, De Pas vió la mesa puesta con dos cubiertos. Era temprano para cenar, otras noches no se extendía el mantel hasta las nueve y media; y acababan de dar las nueve.

Doña Paula encendió sobre la mesa del despacho el quinqué de aceite con que velaba su hijo.

Él se sentó al sofá, dejó el sombrero á un lado y se limpió la frente con el pañuelo. Miró á doña Paula.

—¿Le duele la cabeza, madre?

—Me ha dolido. ¡Teresina!

—Señora.

—¡La cena!

Y salió del despacho. El Provisor hizo un gesto de paciencia y salió tras ella. «No era todavía hora de cenar, faltaban más de cuarenta minutos... pero ¿quién se lo decía á ella?»

Doña Paula se sentó junto á la mesa, de lado, como los cómicos malos en el teatro. Junto al cubierto de don Fermín había un palillero, un taller con sal, aceite y vinagre. Su servilleta tenía servilletero, la de su madre no.

Teresina, grave, con la mirada en el suelo, entró con el primer plato, que era una ensalada.

—¿No te sientas?—preguntó al Provisor su madre.

—No tengo apetito... pero tengo mucha sed...

—¿Estás malo?

—No, señora... eso no.

—¿Cenarás más tarde?

—No, señora, tampoco...

El Magistral ocupó su asiento enfrente de doña Paula, que se sirvió en silencio.

Con un codo apoyado en la mesa y la cabeza en la mano, De Pas contemplaba á su señora madre, que comía de prisa, distraída, más pálida que solía estar, con los grandes ojos azules, claros y fríos fijos en un pensamiento que debía de ver ella en el suelo.

Teresina entraba y salía sin hacer ruido, como un gato bien educado. Acercó la ensalada al señorito.

—Ya he dicho que no ceno.

—Déjale, no cena. Ella no lo había oído, hombre.

Y acarició á la criada con los ojos.

Nuevo silencio.

De Pas hubiera preferido una discusión inmediatamente. Todo, antes que los parches y el silencio. Estaba sintiendo náuseas y no se atrevía á pedir una taza de te. Se moría de sed, pero temía beber agua.

Doña Paula hablaba con Teresa más que de costumbre y con una amabilidad que usaba muy pocas veces.

La trataba como si hubiera que consolarla de alguna desgracia de que en parte tuviera la misma doña Paula la culpa. Esto al menos creyó notar el Magistral.

Faltaba algo que estaba en el aparador y el ama se levantaba y lo traía ella misma.

Pidió azúcar don Fermín para echarlo en el vaso de agua y su madre dijo:

—Está arriba la azucarera, en mi cuarto... Deja, iré yo por ella.

—Pero, madre...

—Déjame.

Teresina quedó á solas con su amo y mientras le servía agua dejando caer el chorro desde muy alto, suspiró discretamente.

De Pas la miró, un poco sorprendido. Estaba muy guapa; parecía una virgen de cera. Ella no levantó los

ojos. De todas maneras, le era antipática. Su madre la mimaba y á los criados no hay que darles alas.

Bajó doña Paula y cuando salió Teresina dijo, mientras miraba hacia la puerta:

—La pobre no sé cómo tiene cuerpo.

—¿Por qué?—preguntó don Fermín que acababa de oir el primer trueno.

Su madre, que estaba en pié junto á él, revolviendo el azúcar en el vaso, le miró desde arriba con gesto de indignación.

—¿Por qué? Ha ido esta tarde dos veces á Palacio, una vez á casa del Arcipreste, otra á casa de Carraspique, otra á casa de Páez, otra á casa del Chato, dos á la catedral, dos á la Santa Obra, una vez á las Paulinas, otra... ¡qué sé yo! Está muerta la pobre.

—¿Y á qué ha ido?—contestó De Pas al segundo trueno.

Pausa solemne. Doña Paula volvió á sentarse y haciendo alarde de una paciencia, que ni la de un santo, dijo, con mucha calma, pesando las sílabas:

—Á buscarte, Fermo, á eso ha ido.

—Mal hecho, madre. Yo no soy un chiquillo para que se me busque de casa en casa. ¿Qué diría Carraspique, qué diría Paez?... Todo eso es ridículo...

—Ella no tiene la culpa; hace lo que le mandan. Si está mal hecho, ríñeme á mí.

—Un hijo no riñe á su madre.

—Pero la mata á disgustos; la compromete, compromete la casa... la fortuna, la honra... la posición... todo... por una... por una... ¿Dónde ha comido Vd.?

Era inútil mentir, además de ser vergonzoso. Su madre lo sabía todo de fijo. El Chato se lo habría contado, el Chato que le habría visto apearse de la carretela en El Espolón.

—He comido con los marqueses de Vegallana; eran los días de Paquito; se empeñaron... no hubo reme-

dio; y no mandé aviso... porque era ridículo, porque allí no tengo confianza para eso...

—¿Quién comió allí?

—Cincuenta, ¿qué sé yo?

—¡Basta, Fermo, basta de disimulos!—gritó con voz ronca la de los parches. Se levantó, cerró la puerta, y en pié y desde lejos prosiguió:

—Has ido allí á buscar á esa... señora... has comido á su lado... has paseado con ella en coche descubierto, te ha visto toda Vetusta, te has apeado en el Espolón: ya tenemos otra Brigadiera... Parece que necesitas el escándalo, quieres perderme.

—¡Madre! ¡madre!...

—¡Si no hay madre que valga! ¿te has acordado de tu madre en todo el día? ¿No la has dejado comer sola, ó mejor dicho, no comer? ¿te importó nada que tu madre se asustara, como era natural? ¿Y qué has hecho después hasta las diez de la noche?

—¡Madre, madre, por Dios! yo no soy un niño...

—No, no eres un niño; á ti no te duele que tu madre se consuma de impaciencia, se muera de incertidumbre... La madre es un mueble que sirve para cuidar de la hacienda, como un perro; tu madre te da su sangre, se arranca los ojos por ti, se condena por ti... pero tú no eres un niño, y das tu sangre, y los ojos, y la salvación... por una mujerota...

—¡Madre!

—¡Por una mala mujer!

—¡Señora!

—Cien veces, mil veces peor, que esas que le tiran de la levita á don Saturno, porque esas cobran, y dejan en paz al que las ha buscado; pero las señoras, chupan la vida, la honra... deshacen en un mes lo que yo hice en veinte años... ¡Fermo... eres un ingrato!... ¡eres un loco!

Se sentó fatigada y con el pañuelo que traía á

la cabeza improvisó una banda para las sienes.

—¡ Va á estallarme la frente!

—¡ Madre, por Dios! sosiéguese Vd. Nunca la he visto así... ¿ Pero qué pasa? ¿ qué pasa?... Todo es calumnia.. y qué pronto... qué pronto... la han urdido! ¡ Qué Brigadiera ni qué señoronas... si no hay nada de eso... si yo le juro que no es eso... si no hay nada!

—No tienes, corazón, Fermo, no tienes corazón.

—Señora, ve Vd. lo que no hay... yo le aseguro...

—¿ Qué has hecho hasta las diez de la noche? Rondar la casa de esa gigantona... de fijo...

—¡Por Dios, señora! esto es indigno de Vd. Está Vd. insultando á una mujer honrada, inocente, virtuosa; no he hablado con ella tres veces... es una santa...

—Es una como las otras.

—¿ Cómo que otras?

—Como las otras.

—¡Señora! ¡ Si la oyeran á Vd.!

—¡Ta, ta, ta! Si me oyeran me callaría. Fermo... á buen entendedor... Mira, Fermo... tú no te acuerdas, pero yo sí... yo soy la madre que te parió ¿ sabes? y te conozco... y conozco el mundo... y sé tenerlo todo á cuenta... todo... Pero de estas cosas no podemos hablar tú y yo... ni á solas... ya me entiendes... pero... bastante buena soy, bastante he callado, bastante he visto.

—No ha visto Vd. nada...

—Tienes razón... no he visto... pero he comprendido y ya ves... nunca te hablé de estas... porquerías, pero ahora parece que te complaces en que te vean... te tomas por el peor camino...

—Madre... Vd. lo ha dicho, es absurdo, es indecoroso que Vd. y yo hablemos, aunque sea en cifra, de ciertas cosas...

—Ya lo veo, Fermo, pero tú lo quieres. Lo de hoy ha sido un escándalo.

—Pero si yo le juro á Vd. que no hay nada; que esto no tiene nada que ver con todas esas otras calumnias de antaño...

—Peor; peor que peor... Y sobre todo, lo que yo temo es que el otro se entere, que Camoirán crea todo eso que ya dicen.

—¡Que ya dicen! ¡En dos días!

—Sí, en dos; en medio... en una hora... ¿No ves que te tienen gana? ¿que llueve sobre mojado?... ¿Hace dos días? Pues ellos dirán que hace dos meses, dos años, lo que quieran. ¿Empieza ahora? Pues dirán que ahora se ha descubierto. Conocen al Obispo, saben que sólo por ahí pueden atacarte... Que le digan á Camoirán que has robado el copón... no lo cree... pero eso sí; acuérdate de la Brigadiera!...

—¡Qué Brigadiera... madre... qué Brigadiera!... Es que no podemos hablar de estas cosas... pero... si yo le explicara á Vd...

—No necesito saber nada... todo lo comprendo... todo lo sé... á mi modo. Fermo, ¿te fué bien toda la vida dejándote guiar por tu madre, en estas cosas miserables de tejas abajo? ¿Te fué bien?

—Sí, madre mía, sí!

—¿Te saqué yo ó no de la pobreza?

—Sí, madre del alma!

—¿No nos dejó tu pobre padre muertos de hambre y con el agua al cuello, todo embargado, todo podrido?

—Sí, señora, sí... y eternamente yo...

—Déjate de eternidades... yo no quiero palabras, quiero que sigas creyéndome á mí; yo sé lo que hago. Tú predicas, tú alucinas al mundo con tus buenas palabras y buenas formas... yo sigo mi juego. Fermo, si siempre ha sido así, ¿por qué te me tuerces? ¿Por qué te me escapas?

—Si no hay tal, madre.

—Sí hay tal, Fermo. No eres un niño, dices... es verdad... pero peor si eres un tonto... Sí, un tonto con toda tu sabiduría. ¿Sabes tú pegar puñaladas por la espalda, en la honra? Pues mira al Arcediano, torcido y todo, las da como un maestro... ahí tienes un ignorante que sabe más que tú.

Doña Paula se había arrancado los parches, las trenzas espesas de su pelo blanco cayeron sobre los hombros y la espalda; los ojos apagados casi siempre echaban fuego ahora, y aquella mujer cortada á hachazos parecía una estatua rústica de la Elocuencia prudente y cargada de experiencia.

La tempestad se había deshecho en lluvia de palabras y consejos. Ya no se reñía, se discutía con calor, pero sin ira. Los recuerdos evocados, sin intención patética, por doña Paula, habían enternecido á Fermo. Ya había allí un hijo y una madre, y no había miedo de que las palabras fuesen rayos.

Doña Paula no se enternecía, tenía esa ventaja. Llamaba mojigangas á las caricias, y quería á su hijo mucho á su manera, desde lejos. Era el suyo un cariño opresor, un tirano. Fermo, además de su hijo era su capital, una fábrica de dinero. Ella le había hecho hombre, á costa de sacrificios, de vergüenzas de que él no sabía ni la mitad, de vigilias, de sudores, de cálculos, de paciencia, de astucia, de energía y de pecados sórdidos; por consiguiente no pedía mucho si pedía intereses al resultado de sus esfuerzos, al Provisor de Vetusta. El mundo era de su hijo, porque él era el de más talento, el más elocuente, el más sagaz, el más sabio, el más hermoso; pero su hijo era de ella, debía cobrar los réditos de su capital, y si la fábrica se paraba ó se descomponía, podía reclamar daños y perjuicios, tenía derecho á exigir que Fermo continuase produciendo.

En Matalerejo, en su tierra, Paula Raíces vivió mu-

chos años al lado de las minas de carbón en que trabajaba su padre, un miserable labrador que ganaba la vida cultivando una mala tierra de maíz y patatas, y con la ayuda de un jornal. Aquellos hombres que salían de las cuevas negros, sudando carbón y con los ojos hinchados, adustos, blasfemos como demonios, manejaban más plata entre los dedos sucios que los campesinos que removían la tierra en la superficie de los campos y segaban y amontonaban la yerba de los prados frescos y floridos. El dinero estaba en las entrañas de la tierra; había que cavar hondo para sacar provecho. En Matalerejo, y en todo su valle, reina la codicia, y los niños rubios de tez amarillenta que pululan á orillas del río negro que serpea por las faldas de los altos montes de castaños y helechos, parecen hijos de sueños de avaricia. Paula era de niña rubia como una mazorca; tenía los ojos casi blancos de puro claros, y en el alma, desde que tuvo uso de razón, toda la codicia del pueblo junta. En las minas, y en las fábricas que las rodean, hay trabajo para los niños en cuanto pueden sostener en la cabeza un cesto con un poco de tierra. Los ochavos que ganan así los hijos de los pobres, son en Matalerejo la semilla de la avaricia arrojada en aquellos corazones tiernos; semilla de metal que se incrusta en las entrañas y jamás se arranca de allí. Paula veía en su casa la miseria todos los días; ó faltaba pan para cenar ó para comer; el padre gastaba en la taberna y en el juego lo que ganaba en la mina.

La niña fué aprendiendo lo que valía el dinero, por la gran pena con que los suyos lo lloraban ausente. Á los nueve años era Paula una espiga tostada por el sol, larga y seca: ya no se reía: pellizcaba á las amigas con mucha fuerza, trabajaba mucho y escondía cuartos en un agujero del corral. La codicia la hizo mujer antes de tiempo; tenía una seriedad prematura, un juicio firme y frío.

Hablaba poco y miraba mucho. Despreciaba la pobreza de su casa y vivía con la idea constante de volar... de volar sobre aquella miseria. Pero ¿cómo? Las alas tenían que ser de oro. ¿Dónde estaba el oro? Ella no podía bajar á la mina.



Su espíritu observador notó en la iglesia un filón menos oscuro y triste que el de las cuevas de allá abajo. «El cura no trabajaba y era más rico que su padre y los demás cavadores de las minas. Si ella fuera hombre no pararía hasta hacerse cura. Pero podía ser ama como la señora Rita.» Comenzó á frecuentar la iglesia; no perdió novena, ni rogativas, ni misiones, ni rosario y siempre salía la última del templo. Los vecinos de Matalerejo habían enterrado la antigua piedad entre el carbón; eran indiferentes y tenían fama de herejes en los pueblos comarcanos. Por esto pudo notar la se-

ñora Rita la piedad de Paula bien pronto. «La hija de Antón Raíces, le dijo al señor cura, tira para santa, no sale de la iglesia.» El cura habló á la chicuela, y aseguró á Rita que era una Teresa de Jesús en ciernes. En una enfermedad del ama, el párroco pidió á Raíces su hija para reemplazar á Rita en su servicio. Rita sanó pero Paula no salió de la Rectoral. Se acabó el ir y venir con el cesto de tierra. Se vistió de negro, y por amor de Dios se olvidó de sus padres. Á los dos años la señora Rita salía de la casa del cura enseñando los puños á Paula y llevándose en un cofre sus ahorros de veinte años. El cura murió de viejo y el nuevo párroco, de treinta años, admitió á la hija de Raíces como parte integrante de la casa Rectoral. Paula era entonces una joven alta, blanca, fresca, de carne dura y piel fina, pero mal hecha. Una noche, á las doce, á la luz de la luna salió de la Rectoral, que estaba en lo alto de una loma rodeada de castaños y acacias, cien pasos más abajo de la Iglesia. Llevaba en los brazos un pañuelo negro que envolvía ropa blanca. Detrás de ella salió una sombra, con gorro de dormir, y en mangas de camisa... Al ver que la seguían, Paula corrió por la callejuela que bajaba al valle. El del gorro la alcanzó, la cogió por la saya de estameña y la obligó á detenerse; hablaron; él abría los brazos, ponía las manos sobre el corazón, besaba dos dedos en cruz; ella decía no con la cabeza. Después de media hora de lucha, los dos volvieron á la Rectoral; entró él, ella detrás y cerró por dentro después de decir á un perro que ladraba:

—Chito, Nay, que es el amo!

Paula fué el tirano del cura desde aquella noche, sin mengua de su honor. Un momento de flaqueza en la soledad le costó al párroco, sin saciar el apetito, muchos años de esclavitud. Tenía fama de santo; era un joven que predicaba moralidad, castidad, sobre todo

á los curas de la comarca, y predicaba con el ejemplo. Y una noche, reparando al cenar que Paula era mal formada, angulosa, sintió una lascivia de salvaje, irresistible, ciega, excitada por aquellos ángulos de carne y hueso, por aquellas caderas desairadas, por aquellas piernas largas, fuertes, que debían de ser como las de un hombre. Á la primer insinuación amorosa, brusca, significada más por gestos que por palabras, el ama contestó con un gruñido, y fingiendo no comprender lo que le pedían; á la segunda intentona, que fué un atacar brutal, sin arte, de hombre casto que se vuelve loco de lujuria en un momento, Paula dió por respuesta un brinco, una patada; y sin decir palabra se fué á su cuarto, hizo un lío de ropa, símbolo de despedida, porque tenía allí muchos baúles cargados de trapos y otros artículos, y salió diciendo desde la escalera:

—¡Señor cura! yo me voy á dormir á casa de mi padre.

La transacción le costó al clérigo humillarse hasta el polvo, una abdicación absoluta. Vivieron en paz en adelante, pero él vió siempre en ella á su señor de horca y cuchillo; tenía su honor en las manos; podía perderle. No le perdió. Pero una noche, cuando el cura cenaba, tarde, después de estudiar, Paula se acercó á él y le pidió que la oyese en confesión.

—Hija mía ¿á estas horas?

—Sí, señor, ahora me atrevo... y no respondo de volver á atreverme jamás.

Le confesó que estaba en cinta.

Francisco de Pas, un licenciado de artillería, que entraba mucho en casa del cura, de quien era algo pariente, la había requerido de amores y ella le había contestado á bofetadas—el cura se puso colorado; se acordó de la patada que había recibido él—pero el licenciado había sido terco, y había vuelto á requebrar-

la, y á prometerla casarse en cuanto sacaran el estanquillo que le tenían prometido los del Gobierno; ella se había tranquilizado y desde entonces admitía al habla aquel buque sospechoso. Según costumbre de la tierra, iba el de artillería á hablar con Paula á media noche, no por la reja, que no las hay en Matalerejo, sino en el corredor de la panera, una casa de tablas sostenida por anchos pilares á dos ó tres varas del suelo. Allí dormía ella en el verano. Francisco faltó una noche á lo convenido, fué audaz, pasó del corredor al interior de la panera; luchó Paula, luchó hasta caer rendida—lo juraba ante un Cristo,—rendida por la fuerza del artillero. Desde aquella noche le tomó ojeriza, pero quería casarse con él. De aquella traición acaso nació Fermín á los dos meses de haber unido el buen párroco á Paula y Francisco con lazo inquebrantable. Todos los vecinos dijeron que Fermín era hijo del cura, quien dotó al ama con buenas peluconas. Francisco de Pas no era interesado; siempre había tenido intención de casarse con Paula, pero los vecinos le habían llenado el alma de sospechas y espinas, y él, creyendo que podía el cura estar riéndose de un licenciado, hizo lo que hizo. Pero aquella noche que fué como la de una batalla á oscuras, terrible, le convenció de la inocencia del párroco y de la virtud de Paula. Aquello no se fingía; mucho sabía el artillero de las trampas del mundo, de las doncellas falsas, pero él se fué á su casa al alba persuadido de que había vencido, bien ó mal, una honra verdadera. Y volvió á su proyecto de casarse con el ama del cura. Así se lo juró á ella, de rodillas, como él había visto á los galanes en los teatros, allá por el mundo adelante. «—Yo te pediré á tus padres y al cura mañana mismo.—No, dijo ella, ahora no.» Y siguieron viéndose. Cuando Paula estuvo segura de que había fruto de aquella traición, ó de las concesiones subsiguientes, dijo á su novio: «Ahora

se lo digo al amo y tú, cuando él te llame, te niegas á casarte, dices que dicen que no eres tú solo... que en fin...—Sí, sí, ya entiendo.—¡Lo que sospechabas, animal!—Sí, ya sé.—Pues eso.—¿Y después?—Después deja que el cura te ofrezca... y no digas que bueno á la primer promesa; deja que suba el precio... ni á la segunda. A la tercera date por vencido...



Y así fué. Paula arrancó de una vez al pobre párroco de Matalerejo, el más casto del Arciprestazgo, el resto del precio que ella había puesto al silencio. ¡Con qué fervor predicaba el buen hombre después la castidad firme! «Un momento de debilidad te pierde, pecador; basta un momento! Un deseo, un deseo que no sacias siquiera, te cuesta la salvación» (y todos tus ahorros, y la paz del hogar, y la tranquilidad de toda la vida, añadía para sus adentros).

Paula compró grandes partidas de vino y lo vendía al pormayor á los taberneros de Matalerejo; empezó

bien el comercio gracias á su inteligencia, á su actividad. Ella trabajaba por los dos. Francisco era muy *fantástico*, según su mujer. Le gustaba contar sus hazañas, y hasta sus aventuras, esto en secreto, después de colocar unos cuantos pellejos de Toro, al beber en compañía del parroquiano. Era rumboso y en el calor de la amistad improvisada en la taberna abría créditos exorbitantes á los taberneros, sus consumidores. Esto originó reyertas trágicas; hubo sillas por el aire, cuchillos que acababan por clavarse en una mesa de pino, amenazas sordas y reconciliaciones expresivas, por parte del artillero; secas, frías, nada sinceras por parte de su mujer. La manía de dar al fiado llegó á ser un vicio, una pasión del manirroto licenciado. Le gustaba darse tono de rico y despreciaba el dinero con gran prosopopeya. «¡Los países que él había visto! ¡las mujeres que él había seducido, allá muy lejos!» Sus amigos los taberneros que no habían visto más río que el de su patria, le engañaban al segundo vaso. Mientras él se perdía en sus recuerdos y en sus sueños pretéritos, que daba por realizados, sus compadres interrumpiéndole, entre alabanzas y admiraciones le sacaban pellejos y más pellejos de vino pagaderos... «De eso no había que hablar.» «El hombre es honrado» decía el Artillero y añadía: «Si yo tengo un duro, pongo por ejemplo, y un amigo, por una comparación, necesita ese duro... y quien dice un duro dice veinte arrobas de vino, pongo por caso...» Pocos años necesitó, á pesar de la prosperidad con que el comercio había empezado, para tocar en la bancarrota. Se atrevió un parroquiano á no pagar y tras él fueron otros y al fin no le pagaba casi nadie. Paula, que había dominado á dos curas, y estaba dispuesta á dominar el mundo, no podía con su marido. «Lo que tú quieras, tienes razón, decía él,» y á la media hora volvía á las andadas. Si ella se irritaba, se le acababa á él

lo que llamaba la paciencia, y una vez en el terreno de la fuerza el artillero vencía siempre; fuerte era como un roble Paula, pero Francisco había sido el más arrogante mozo de nuestro ejército, y tenía músculos de oso. Había nacido en lo más alto de la montaña y hasta los veinte años había servido en los Puertos, cuidando ganado. Cuando la pobreza llamó á las puertas, y Paula se decidió á dejar su comercio, De Pas decretó dedicar los pocos cuartos que sacaron libres á la industria ganadera. Tomó vacas en parcería y se fué con su mujer y su hijo á su pueblo, á vivir del pastoreo, en los más empinados vericuetos. Allí pasó la niñez y llegó á la adolescencia Fermín, á quien su madre había deseado hacer clérigo.—«Pastor y vaquero ha de ser, como su abuelo y como su padre,» gritaba el licenciado cada vez que la madre hablaba de mandar al niño á aprender latín con el cura de Matalerejo. El comercio de ganado no fué mejor que el de vino. Á Francisco se le ocurrió que él había sido siempre un gran tirador; se consagró á la caza y perseguía corzas, jabalíes, y hasta con el oso, las pocas veces que se le presentaba, se atrevía. Una tarde de invierno vió Paula llegar á la aldea cuatro hombres que conducían á hombros el cuerpo destrozado de su marido en unas angarillas improvisadas con ramas de roble. Había caído de lo alto de una peña abrazado á la osa mal herida que perseguían los vaqueros hacía una semana. Murió con gloria el artillero, pero su viuda se encontró abrumada de trampas, de deudas y para sarcasmo de la suerte, dueña de créditos sin fin que no se cobrarían jamás. Volvió á Matalerejo, después de perder por embargo cuanto tenía. Llevaba aquellos papeles inútiles y el hijo que había de ser clérigo. Era Fermín ya un mozalbete como un castillo; sus 15 años parecían veinte; pero Paula hacía de él cuanto quería, le manejaba mejor que á su padre. Le hizo estudiar latín

con el cura, el mismo que había dado la dote perdida por el difunto. Había que adelantar tiempo y Fermín lo adelantó; estudiaba por cuatro y trabajaba en los quehaceres domésticos de la Rectoral; cuidaba la



huerta además y así ganaba comida y enseñanza. Iba á dormir á la cabaña de su madre, que á la boca de una mina había levantado cuatro tablas, para instalar una taberna. Los gastos del nuevo comercio, que no subieron á mucho, corrieron aún por cuenta del párroco, quien hizo el desinteresado más por caridad que por miedo. Ya no temía lo que pudiera decir Paula, ni ella creía tampoco en la fuerza del arma con que en un tiempo había amenazado terrible, cruel y fría.

La taberna prosperaba. Los mineros la encontraban al salir á la claridad y allí, sin dar otro paso, apagaban la sed y el hambre, y la pasión del juego que dominaba á casi todos. Detrás de unas tablas, que dejaban pasar las blasfemias y el ruido del dinero, estudiaba en las noches de invierno interminables el *hijo del cura*, como le llamaban cínicamente los obreros, delante de

su madre, no en presencia de Fermín, que había probado á muchos que el estudio no le había debilitado los brazos. El espectáculo de la ignorancia, del vicio y del embrutecimiento le repugnaban hasta darle náuseas y se arrojaba con fervor en la sincera piedad, y



devoraba los libros y ansiaba lo mismo que para él quería su madre: el seminario, la sotana, que era la toga del hombre libre, la que le podría arrancar de la esclavitud á que se vería condenado con todos aquellos miserables si no le llevaban sus esfuerzos á otra vida mejor, una digna del vuelo de su ambición y de los instintos que despertaban en su espíritu. Paula padeció mucho en esta época; la ganancia era segura y muy superior á lo que pudieran pensar los que no la veían á ella explotar los brutales apetitos, ciegos y nada escogidos de aquella turba de las minas; pero su oficio tenía los peligros del domador de fieras; todos los días, todas las noches había en la taberna pendencias, bri-

llaban las navajas, volaban por el aire los bancos. La energía de Paula se ejercitaba en calmar aquel oleaje de pasiones brutales, y con más ahínco en obligar al que rompía algo á pagarlo y á buen precio. También ponía en la cuenta, á su modo, el perjuicio del escándalo. Á veces quería Fermín ayudarla, intervenir con sus puños en las escenas trágicas de la taberna, pero su madre se lo prohibía:

—Tú á estudiar, tú vas á ser cura y no debes ver sangre. Si te ven entre estos ladrones, creerán que eres uno de ellos.

Fermín, por respeto y por asco obedecía, y cuando el estrépito era horrísono, tapaba los oídos y procuraba enfrascarse en el trabajo hasta olvidar lo que pasaba detrás de aquellas tablas, en la taberna. Algo más que las reyertas entre los parroquianos ocultaba Paula á su hijo. Aunque ya no era joven, su cuerpo fuerte, su piel tersa y blanca, sus brazos fornidos, sus caderas exuberantes excitaban la lujuria de aquellos miserables que vivían en tinieblas. «*La Muerta* es buen bocado, se decía en las minas.» La llamaban la Muerta por su blancura pálida; y creyendo fácil aquella conquista, muchos borrachos se arrojaban sobre ella como sobre una presa; pero Paula los recibía á puñadas, á patadas, á palos; más de un vaso rompió en la cabeza de una fiera de las cuevas y tuvo el valor de cobrárselo. Estos ataques de la lujuria animal solían ser á las altas horas de la noche, cuando el enamorado salvaje se eternizaba sobre su banco, para esperar la soledad. Fermín estudiaba ó dormía. Paula cerraba la puerta de la calle, porque la autoridad le obligaba á ello. No despedía al borracho, aunque conocía su propósito, porque mientras estaba allí hacía consumo, suprema aspiración de Paula. Y entonces empezaba la lucha. Ella se defendía en silencio. Aunque él gritase, Fermín no acudía; pensaba que era una riña entre mineros.

Además, le temían unos por fuerte, otros por hijo, y procuraban vencer sin que él se enterase. Pero nunca vencían. Á lo sumo un abrazo furtivo, un beso como un rasguño. Nada. Paula despreciaba aquella baba. Más asco le daba barrer las inmundicias que dejaban allí aquellos osos de la cueva.

Todo por su hijo; por ganar para pagarle la carrera; lo quería teólogo, nada de misa y olla. Allí estaba ella para barrer hacia la calle aquel lodo que entraba todos los días por la puerta de la taberna; á ella la manchaba, pero á él no; él allá dentro con Dios y los santos, bebiendo en los libros la ciencia que le había de hacer señor; y su madre allí fuera, manejando inmundicia entre la que iba recogiendo ochavo á ochavo el porvenir de su hijo; el de ella, también, pues estaba segura de que llegaría á ser una señora. Allá en la Montaña, en cuanto Fermín había aprendido á leer y escribir, le había obligado á enseñarle á ella su ciencia. Leía y escribía. En la taberna, entre tantas blasfemias, entre los aullidos de borrachos y jugadores, ella devoraba libros, que pedía al cura.

Más de una vez la guardia civil tuvo que visitarla y cada poco tiempo iba á la cabeza del partido á declarar en causa por lesiones ó hurto.

El cura, Fermín, y hasta los guardias, que estimaban su honradez, la habían aconsejado en muchas ocasiones que dejase aquel tráfico repugnante; ¿no la aburría pasar la vida entre borrachos y jugadores que se convertían tan á menudo en asesinos?

«¡No, no, y no!» Que la dejasen á ella. Estaba haciendo bolsón, sin que nadie lo sospechase... En cualquier otra industria que emprendiese, con sus pocos recursos, no podría ganar la décima parte de lo que iba ganando allí. Los mineros salían de la oscuridad con el bolsillo repleto, la sed y el hambre excitadas: pagaban bien, derrochaban y comían y bebían veneno

barato en calidad de vino y manjares buenos y caros. En la taberna de Paula todo era falsificado; ella compraba lo peor de lo peor y los borrachos lo comían y bebían sin saber lo que tragaban, y los jugadores sin mirarlo siquiera, fija el alma en los naipes.

El consumo era mucho, la ganancia en cada artículo considerable. Por eso no había prendido ya fuego á la taberna con todos *los ladrones* dentro.

No dejó el tráfico hasta que los estudios y la edad de Fermín lo exigieron. Hubo que dejar el país y por recomendaciones del párroco de Matalerejo, Paula fué á servir de ama de llaves al cura de La Virgen del Camino, á una legua de León, en un páramo. Fermín, también por influencia de Matalerejo (el cura), y del párroco de la Virgen del Camino, entró en San Marcos de León en el colegio de los Jesuítas, que pocos años antes se habían instalado en las orillas del Bernesga. El muchacho resistió todas las pruebas á que los PP. le sometieron; demostró bien pronto gran talento, sagacidad, vocación y el P. Rector llegó á decir que aquel chico había nacido jesuíta. Paula callaba, pero estaba resuelta á sacar de allí á su hijo en tiempo oportuno, cuando ella pudiera asegurarle un porvenir fuera de aquella santa casa. No le quería jesuíta. Le quería canónigo, obispo, quién sabe cuántas cosas más. Él hablaba de misiones en el Oriente, de tribus, de los mártires del Japón, de imitar su ejemplo; leía á su madre, con los ojos brillantes de entusiasmo, los periódicos que hablaban de los peligros del P. Sevillano, de la Compañía, allá en tierra de salvajes. Paula sonreía y callaba. ¡Bueno estaría que después de tantos sacrificios el hijo se le convirtiera en mártir! Nada, nada de locuras; ni siquiera la locura de la cruz. En el Santuario de la Virgen del Camino se maneja mucha plata el día que se abre el tesoro de la Virgen, en presencia de la Autoridad civil; pero el cura es pobre.

Paula veía pasar por sus manos los duros y las pesetas, pero aquello era como agua del mar para el sediento; no sacaba nada en limpio de revolver trigo y plata de la Milagrosa Imagen. Su fama de perfecta ama de cura corrió por toda la provincia; el párroco de la Virgen tenía la imprudencia de alabar su talento culinario, su despacho, su integridad, su pulcritud, su piedad y demás cualidades delante de otros clérigos, á la mesa, después de comer bien y beber mejor. Cundió la fama de Paula, y un canónigo de Astorga se la arrebató al cura de la Virgen. Fué una traición y Paula una ingrata. Sin embargo, el canónigo era un santo, la traición no había sido suya. Don Fortunato Camoirán no era capaz de traiciones. Le propusieron un ama de llaves y la aceptó, sin sospechar que á los pocos meses sería él su esclavo.

Nada convenía á Paula como un amo santo. Al año de servir al canónigo Camoirán se vanagloriaba de haberle salvado varias veces de la bancarrota: sin ella hubiera tirado la casa por la ventana: todo hubiera sido de los pobres y de los tunantes y holgazanes que le saqueaban con la ganzúa de la caridad. Paula puso en orden todo aquello. Camoirán se lo agradeció y siguió dando limosna á hurtadillas, pero poca; lo que podía sisar al ama. Era el canónigo incapaz de gobernarse en las necesidades premiosas de la vida, no entendía palabra de los intereses del mundo, y al poco tiempo llegó á comprender que Paula era sus ojos, sus manos, sus oídos, hasta su sentido común. Sin Paula acaso, acaso le hubieran llevado á un hospital por loco y pobre.

Aquel imperio fué el más tiránico que ejerció en su vida el ama de llaves. Lo aprovechó para la carrera de Fermín: el canónigo comprendió que debía mirar al estudiante como á cosa suya; si Paula le consagraba la vida á él, él debía consagrar sus cuidados y su dinero

y su influencia al hijo de Paula. Además, el mozo le enamoraba también; era tan discreto, tan sagaz como su madre y más amable, más suave en el trato. Pero había que sacarle de San Marcos; lo aseguraba Paula, el mozo lo deseaba, y sobre todo la salud quebrantada del aprendíz de jesuíta lo exigía. Se le sacó y entró en el Seminario, á terminar la teología. Fué presbítero, y obtuvo un economato de los buenos, y fué llamado á predicar en San Isidro de León, y en Astorga, y en Villafranca y donde quiera que el canónigo Camoirán, famoso ya por su piedad, tenía influencia. Cuando á Fortunato le ofrecieron el obispado de Vetusta, él vaciló, mejor dicho, se propuso pedir de rodillas que le dejaran en paz: pero Paula le amenazó con abandonarle. «Eso era absurdo!» Solo ya no podría vivir. «No por Vd., señor, por el chico es necesario aceptar.»—«Acaso tenía razón.» Camoirán aceptó por el chico... y fueron todos á Vetusta. Pero allí se le buscó al Obispo una ama de llaves y Paula siguió ejerciendo desde su casa sus funciones de suprema inspección. Fermín fué medrando, medrando; el muchacho valía, pero más valía su madre. Ella le había hecho hombre, es decir, cura; ella le había hecho niño mimado de un obispo, ella le había empujado para llegar á donde había subido, y ella ganaba lo que ganaba, podía lo que podía... ¡y él era un ingrato!

Á esta conclusión llegaba el Magistral aquella noche, en que, después de larga conversación con su madre, se encerró en su despacho á repasar en la memoria todo lo que él sabía de los sacrificios que aquella mujer fuerte había emprendido y realizado por él, porque él subiera, porque dominase y ganara riquezas y honores.

«—Sí, era un ingrato! un ingrato!» y el amor filial le arrancaba dos lágrimas de fuego que enjugaba, sorprendido de sentir humedad en aquellas fuentes secas por tantos años.

«Cómo lloraba él? Cosa más rara! Sería el alcohol la causa de aquel llanto? Acaso. ¿Sería... lo que había sucedido aquel día? Tal vez todo mezclado. Oh, pero también, también el amor que él tenía á su madre era cosa tierna, grande, digna, que le elevaba á sus propios ojos.»

Abrió el balcón del despacho de par en par. Ya había salido la luna, que parecía ir rodando sobre el tejado de enfrente. La calle estaba desierta, la noche fresca; se respiraba bien; los rayos pálidos de la luna y los soplos suaves del aire le parecieron caricias. «¡Qué cosas tan nuevas, ó mejor tan antiguas, tan antiguas y tan olvidadas estaba sintiendo! Oh, para él no era nuevo, no, sentir oprimido el pecho al mirar la luna, al escuchar los silencios de la noche; así había él empezado á ponerse enfermucho, allá en los Jesuítas: pero entonces sus anhelos eran vagos, y ahora no; ahora anhelaba... tampoco se atrevía á pedir claridad y precisión á sus deseos.. Pero ya no eran tristezas místicas, ansiedades de filósofo atado á un teólogo lo que le angustiaba y producía aquel dulce dolor que parecía una perezosa dilatación de las fibras más hondas...» La sonrisa de la Regenta se le presentó unida á la boca, á las mejillas, á los ojos que la dieran vida... y recordó una á una todas las veces que le había sonreído. En los libros aquello se llamaba estar enamorado platónicamente; pero él no creía en palabras. No; estaba seguro que aquello no era amor. El mundo entero, y su madre con todo el mundo, pensaban groseramente al calificar de pecaminosa aquella amistad inocente. ¡Si sabría él lo que era bueno y lo que era malo! Su madre le quería mucho, á ella se lo debía todo, ya se sabe, pero... no sabía ella sentir con suavidad, no entendía de afectos finos, sublimes... había que perdonarla. Sí, pero él necesitaba amor más blando que el de doña Paula... más íntimo, de más

fácil comunión por razón de la edad, de la educación, de los gustos... Él, aunque viviera con su madre querida, no tenía hogar, hogar suyo, y eso debía ser la dicha suprema de las almas serias, de las almas que pretendían merecer el nombre de grandes. Le faltaba compañía en el mundo; era indudable.»

De una casa de la misma calle, por un balcón abierto, salían las notas dulces, lánguidas, perezosas de un violín que tocaban manos expertas. Se trataba de motivos del tercer acto del *Fausto*. El Magistral no conocía la música, no podía asociarla á las escenas á que correspondía, pero comprendía que se hablaba de amor. El oir con deleite, como oía, aquella música insinuante, ya era molicie, ya era placer sensual, peligroso; pero... ¡decía tan bien aquel violín las cosas raras que estaba sintiendo él!

De repente se acordó de sus treinta y cinco años, de la vida estéril que había tenido, fecunda sólo en sobresaltos y remordimientos, cada vez menos punzantes, pero más soporíferos para el espíritu. Se tuvo una lástima tiernísima; y mientras el violín gemía diciendo á su modo:

Al palido chiaror
che vien degli astri d' or
dami ancor contemplar il tuo viso...

el Magistral lloraba para dentro, mirando á la luna á través de unas telarañas de hilos de lágrimas que le inundaban los ojos... Mirábala ni más ni menos como decía Trifón Cármenes en *El Lábaro* que la contemplaba él, todos los jueves y domingos, los días de folletín literario.

«¡Medrados estamos!» pensó don Fermín al dar en idea tan extravagante. Y entonces volvió á ocurrírsele que en aquel sentimentalismo de última hora debía

de tener gran parte la copa de cognac, ó lo que fuese.

Abajo era día de cuentas. Muy á menudo se las tomaba doña Paula al buen Froilán Zapico, el propietario de *La Cruz Roja* ante el público y el derecho mercantil. Froilán era un esclavo blanco de doña Paula, á ella se lo debía todo, hasta el no haber ido á presidio; le tenía agarrado, como ella decía, por todas partes y por eso le dejaba figurar como dueño del comercio, sin miedo de una traición. Le llamaba de tú y muchas veces animal y pillastre. Él sonreía, fumaba su pipa, siempre pegada á la boca, y decía con una calma de filósofo cínico: «Cosas del ama.» Vestía de levita, y hasta usaba guantes negros en las procesiones. Tenía que parecer un señor para dar aire de verosimilitud á su propiedad de *La Cruz Roja*, el comercio más próspero de Vetusta, el único en su género, desde que el mísero don Santos Barinaga se había ido arruinando.

Doña Paula había casado á Froilán con una criada de las que ella tomaba en la aldea, una de las que habían precedido á Teresa en sus funciones de doncella cerca del señorito. Había dormido como Teresa ahora, á cuatro pasos del Magistral.

Este matrimonio era una recompensa para Juana, la mujer de Froilán. Zapico oyó la proposición de su ama con aire socarrón. Creía comprender. Pero él era muy filósofo: no se paraba en ciertos requisitos que otros miran mucho. El ama, al proponerle el matrimonio, había pensado: «Esto es algo fuerte; pero ¡ay de él si se subleva!» Froilán no se sublevó. Juana era muy buena moza, y sabía cuidar á un hombre. Se casó Zapico, y al día siguiente de la boda, doña Paula, que le miraba de soslayo, con un gesto de desconfianza, tal vez algo arrepentida «de haber estirado mucho la cuerda» observó que el novio estaba muy contento,

muy amable con ella, y hecho un almíbar con su mujer.

«Gordas las tragas, Froilán, eres un valiente,» pensaba ella admirándole y despreciándole al mismo tiempo.

Y él parecía con más socarronería que nunca.

«Buen chasco se había llevado la señora; si ella supiera...» pensaba él fumando su pipa. Pero es claro que jamás dijo á doña Paula el secreto de aquella noche en que hubo sorpresas muy diferentes de las que suponía la señora.

Era el único secreto que había entre ama y esclavo; la única mala pasada que ella le había querido jugar... Y como tampoco había tenido mal resultado, si no muy beneficioso para Zapico, éste seguía estimando á doña Paula. Ella, al verle tan contento, nada resentido, rabiaba por atreverse á preguntar; y él, muy satisfecho con el engaño del ama que había sido en su provecho, rabiaba por decir algo; pero los dos callaban. No había más que ciertas miradas mutuas que ambos sorprendían á veces. Se encontraban á menudo cavando cada cual con los ojos en el rostro del otro para encontrar el secreto... Pero nada de palabras. Doña Paula encogía los hombros y Froilán reía pasando la mano por las barbas de puerco-espín que tenía debajo del mentón afeitado.

Allí lo serio era el dinero. Las cuentas siempre ajustadas, limpias. Froilán era fiel por conveniencia y por miedo. En aquella casa el recuento de la moneda era un culto. Desde niño se había acostumbrado don Fermín á la seriedad religiosa con que se trataban los asuntos de dinero, y al respeto supersticioso con que se manejaba el oro y la plata. Allá abajo, en la trastienda de la Cruz Roja, á la que no se pasaba, desde la casa del Magistral por sótanos, como suponía la maledicencia, sino por ancha puerta abierta en el medianil,

en el piso terreno, doña Paula, subida á una plataforma, antes un pupitre verde, repasaba los libros del comercio y en serones de esparto y bolsas grasientas contaba y recontaba el oro, la plata y el cobre ó el bronce que Froilán iba entregándole, en pié, en una grada de la plataforma, más baja que la mesa en que el ama repasaba los libros. Parecía ella una sacerdotisa y él un acólito de aquel culto platónico. El mismo don Fermín, las veces que presenciaba aquellas ceremonias, sentia un vago respeto supersticioso, sobre todo si contemplaba el rostro de su madre, más pálido entonces, algo parecido á una estatua de marfil, la de una Minerva amarilla, la Palas Atenea de la Crusología.

Aquella noche el Magistral no quiso complacer á su madre bajando á la trastienda, le daba asco; imaginaba que abajo había un gran foco de podredumbre, aguas sucias estancadas. Oía vagos rumores lejanos del chocar de los cuartos viejos, de la plata y del oro, de cristalino timbre. Aquellos ruidos apagados por la distancia subían por el hueco de la escalera, en el silencio profundo de toda la casa. El violín volvió á rasgar el silencio de fuera con notas temblorosas, que parecían titilar como las estrellas. Ya no se trataba de las ansias amorosas de Fausto en la mirada casta y pura de Margarita; ahora el instrumentista arrastraba perezosamente por las cuerdas del violín los quejidos de la Traviata momentos antes de morir.

El Magistral vió aparecer por una esquina de la calle un bulto que se acercaba con paso vacilante, y que caminaba ya por la acera, ya por el arroyo. Era don Santos Barinaga, que volvía á su casa,—tres puertas más arriba de la del Magistral, en la acera de enfrente.—De Pas no le conoció hasta que le vió debajo de su balcón. Pero antes, al pasar junto á la casa donde sonaba el violín, Barinaga, que venía hablando solo,

se detuvo y calló. Se quitó el sombrero, que era verde, de figura de cono truncado, y alzando la cabeza escuchó con aire de inteligente. De vez en cuando hacía signos de aprobación... «Conocía aquello; era la *Traviata* ó el *Miserere del Trovador*, pero en fin cosa buena.»

«Perfecta...mente,» dijo en voz alta; que sea muy enhorabuena, Agustinito... eso... eso... el cultivo de las artes... nada de comercio... en esta tierra de ladrones. ¿Eh?...

«Es el hijo del cerero,» añadió mirando á un lado, hacia el suelo, como contándoselo á otro que estuviese junto á él y más bajo. El violín calló y don Santos dió media vuelta, como buscando las notas que se habían extinguido. Entonces vió frente por frente, iluminado por un farol, un rótulo de letras doradas que decía: «La Cruz Roja.»



Barinaga se cubrió, dió una palmada en la copa del sombrero verde y extendiendo un brazo, mientras se tambaleaba en mitad del arroyo, gritó:—¡Ladrones! —Sí señor, dijo en voz más baja, no retiro una sola palabra... ladrones; Vd. y su madre, señor Provisor... ladrones!

Barinaga hablaba con el letrero de la tienda, pero el Magistral sintió brasas en las mejillas, y antes que pudiera notar su presencia el vecino, se retiró del balcón y sin el menor ruido, poco á poco, entornó las vidrieras hasta no dejar más que un intersticio por donde ver y oir sin ser visto. Para mayor seguridad bajó la luz del quinqué y lo metió en la alcoba. Volvió

al balcón, á espiar las palabras y los movimientos de aquel borracho, á quien despreciaba todo el año y que aquella noche, sin que él supiera por qué, le asustaba y le irritaba. Otras veces, á la misma hora, le había sentido en la calle murmurar imprecaciones, mientras él velaba trabajando; pero nunca había querido levantarse para oir las necedades de aquel perdido. Bien sabía que les atribuía á él y á su madre la ruina del comercio de quincalla de que vivía; pero ¿quién hacía caso de un miserable, víctima del aguardiente?

Barinaga seguía diciendo:

—Sí, señor Provisor, es Vd. un ladrón, y un simoníaco, como le llama á Vd. el señor Foja,... que es un liberal... eso es, un liberal probado...

Y como «La Cruz Roja» no respondía, don Santos dirigiéndose á su propia sombra que se le iba subiendo á las barbas, según se acercaba á la puerta cerrada del comercio, tomándola por el mismísimo señor De Pas, le dijo:

—¡Señor oscurantista! ¡apaga luces!... Vd. ha arruinado á mi familia... Vd. me ha hecho á mí hereje... masón, si señor, ahora soy masón... por vengarme... por... ¡abajo la clerigalla!

Esto lo dijo bastante alto para que lo oyese el sereno que daba vuelta á la esquina. El borracho sintió en los ojos la claridad viva y desvergonzada de un ángulo de luz que brotaba de la linterna de Pepe, su buen amigo.

El sereno, aquel Pepe, conoció á don Santos y se acercó sin acelerar el paso.

—Buenas noches, amigo; tú eres un hombre honrado... y te aprecio... pero este carcunda, este comeostras, este *rapa-velas*, este maldito tirano de la Iglesia, este Provisor... es un ladrón, y lo sostengo... Toma un pitillo.

Tomó el pitillo Pepe, escondió la linterna, arrimó á la pared el chuzo y dijo con voz grave:

—Don Santos, ya es hora de acostarse; ¿quiere que abra la puerta?

—¿Qué puerta?

—La de su casa...

—Yo no tengo ya casa... yo soy un pordiosero... ¿no lo ves? ¿no ves qué pantalones, qué levita?... Y mi hija... es una mala pécora... también me la han robado los curas, pero no ha sido éste... Éste me ha robado la parroquia... me ha arruinado... y don Custodio me roba el amor de mi hija... Yo no tengo familia... yo no tengo hogar... ni tengo puchero á la lumbre... ¡Y dicen que bebo!... ¿qué he de hacer, Pepe?... Si no fuera por ti... por ti y por el aguardiente... ¿qué sería de este anciano?...

—Vamos, don Santos, vamos á casa...

—Te digo que no tengo casa... déjame... hoy tengo que hacer aquí... Vete, vete tú... Es un secreto... ellos creen... que no se sabe... pero yo lo sé... yo les espío... yo les oigo.. Vete... no me preguntes... vete...

—Pero no hay que alborotar, don Santos; porque ya se han quejado de Vd. los vecinos... y yo... qué quiere Vd...

—Sí, tú.... es claro, como soy un pobre... Vete, déjame con esta ralea de bandidos,... ó te rompo el chuzo en la cabeza.

El sereno cantó la hora y siguió adelante.

Don Santos le convidaba á veces á *echar* una copa... ¿qué había de hacer? Además, no solía alborotar demasiado.

Quedó solo Barinaga en la calle, y el Magistral arriba, detrás de las vidrieras entreabiertas, sin perder de vista al que ya llamaba para sus adentros su víctima...

Don Santos volvió á su monólogo, interrumpido por entorpecimientos del estómago y por las dificultades de la lengua.

—¡Miserables!—decía con voz patética, de bajo pro-

fundo—¡miserables!... ¡Ministro de Dios!... ¡ministro de un cuerno!... El ministro soy yo, yo, Santos Barinaga, honrado comerciante... que no hago la forzosa á nadie... que no robo el pan á nadie... que no obligo á los curas de toda la diócesis... eso, eso, á comprar en mi tienda cálices, patenas, vinajeras, casullas, lámparas (iba contando por los dedos, que encontraba con dificultad) y demás, con otros artículos... como aras; sí señor ¡que nos oigan los sordos, señor Magistral! Vd. ha hecho renovar las aras de todas las iglesias del obispado... y yo que lo supe... adquirí una gran partida de ellas... porque creí que era Vd.... una persona decente... un cristiano... ¡Buen cristiano te dé Dios! Jesús... que era un gran liberal, como el señor Foja... eso es.... un republicano... no vendía aras... y arrojaba á los mercaderes del templo... Total, que estoy empeñado, embargado, desbalijado... y Vd. ha vendido cientos de aras al precio que ha querido... ¡se sabe todo, todo, señor apagaluces... *don* Simón el Mago... Torquemada... Calomarde! ¿Ven ustedes este santurrón? pues hasta vende hostias... y cera... ha arruinado también al cerero... Y papel pintado... Él mismo ha hecho empapelar el Santuario de Palomares... que lo diga la sociedad de Mareantes de aquel puerto... si es un ladrón... si lo tengo dicho... un ladrón, un Felipe segundo... Óigalo Vd. ¡so pillo! yo no tengo esta noche que cenar... no habrá lumbre en mi cocina... pediré una taza de té... y mi hija me dará un rosario... ¡Sois unos miserables!... (Pausa) ¡Vaya un siglo de las luces! (señalando al farol) me río yo... de las luces... ¿para qué quiero yo faroles si no cuelgan de ellos á los ladrones... ¡Rayos y truenos! ¿y esa revolución?... ¡el petróleo!... ¡venga petróleo!...

Calló un momento el borracho, y á tropezones llegó á la puerta de la Cruz Roja. Aplicó el oído al agujero de una cerradura, y después de escuchar con aten-

ción, rió con lo que llaman en las comedias risa sardónica:

—Ja, ja, ja!—venía á decir, con la garganta y las narices...—Ya están dándole vueltas!... Allá dentro bien os oigo, miserables, no os ocultéis... bien os oigo repartiros mi dinero, ladrones; ese oro es mío; esa plata es del cerero... ¡Venga mi dinero, señora doña Paula... venga mi dinero, caballero De Pas, ó somos caballeros ó no... mi dinero es mío! Digo, me parece? Pues venga!...

Volvió á callar y á aplicar el oído á la cerradura.

El Magistral abrió el balcón sin ruido y se inclinó sobre la barandilla para ver á don Santos.

—¿Oirá algo? Parece imposible...

Y volviendo la cabeza hacia el interior oscuro y silencioso de la casa escuchó también con atención profunda... Sí, él oía algo... era el choque de las monedas, pero el ruido era confuso, podía conocerse sabiendo antes que estaban contando dinero... pero desde la calle no debía de oirse nada... era imposible... Mas la idea de que la alucinación del borracho coincidiese con la realidad le disgustaba más todavía, le asustaba, con un miedo supersticioso...

—Esos miserables tienen ahí toda la moneda de la diócesis!... Y todo eso es mío y del cerero... ¡Ladrones!... Caballero Magistral, entendámonos; Vd. predica una religión de paz... pues bien, ese dinero es mío...

Se irguió don Santos; volvió á descargar una palmada sobre el sombrero verde, y extendiendo una mano y dando un paso atrás, exclamó:

—Nada de violencias... ¡Ábrase á la justicia! En nombre de la ley, abajo esa puerta!

—Señor don Santos, á la cama!—dijo el sereno, ya de vuelta.—No puedo consentir que Vd. siga escandalizando...

—Abra Vd. esa puerta, derríbela Vd., señor Pepe. Usted representa la ley... pues bien... ahí están contando mi dinero.

—Ea, ea, don Santos, basta de desatinos.

Y le cogió por un brazo, para llevárselo por fuerza.

—Porque soy pobre... ¡ingrato!—dijo Barinaga cayendo en profundo desaliento.

Se dejó arrastrar.

El Magistral, desde su balcón, escondido en la oscuridad, los siguió con la mirada, sin alentar, olvidado del mundo entero menos de aquel don Santos Barinaga que le había estado arrojando lodo al rostro, desde el charco de su embriaguez lastimosa.

Don Fermín estaba como aterrado, pendiente el alma de los vaivenes de aquel borracho, de las palabras que más eruptaba que decía: «¿Podía una copa de cognac, una comida algo fuerte, un poco de Burdeos, producir aquella irritación en la conciencia, en el cerebro ó donde fuera?» No lo sabía, pero jamás la presencia de una de sus víctimas le había causado aquellos escalofríos trágicos que se le paseaban ahora por el cuerpo. Se figuraba la tienda vacía, los anaqueles desiertos, mostrando su fondo de color de chocolate, como nichos preparados para sus muertos... Y veía el hogar frío, sin una chispa entre la ceniza... ¡Quién pudiera enviarle á aquel pobre viejo la taza de té por que suspiraba en su extravío; ó caldo caliente... algo de lo que sirve á los enfermos y á los ancianos en sus desfallecimientos!

Don Santos y el sereno llegaron, después de buen rato, á la puerta de la tienda de Barinaga, que era también entrada de la casa. El Magistral oyó retumbar los golpes del chuzo contra la madera. No abrían. Al Provisor le consumía la impaciencia. «¿Se habrá dormido esta beatuela? pensó.»

Á sus oídos llegaban confusas y con resonancias me-

tálicas las palabras del sereno y de Barinaga; parecía que hablaban un idioma extraño.

Repitió Pepe los golpes, y al cabo de dos minutos se abrió un balcón y una voz agria dijo desde arriba:

—Ahí va la llave!

El balcón se cerró con estrépito. Entró don Santos en la tienda, que era como el Magistral se la había representado, y dejándose alumbrar por el sereno atravesó el triste almacén donde retumbaban los pasos como bajo una bóveda, y subió la escalera lentamente, respirando con fatiga. El sereno salió, después de entregar la llave al amo de la casa. Cerró de un golpe y se fué calle arrriba. Oscuridad y silencio. El Magistral abrió entonces su balcón de par en par y tendió el cuerpo sobre la barandilla, hacia la casa de Barinaga, pretendiendo oir algo.

Al principio parecía aprensión lo que oía, como si sonara dentro del cerebro... pero después, cuando se vió luz detrás de los cristales, el Magistral pudo asegurar que allí dentro reñían, arrojaban algo sobre el piso de madera...

Celestina, la hija de Barinaga, era una beata ofidiana, confesaba con don Custodio y trataba á su padre como á un leproso que causa horror. El partido del Arcediano y del beneficiado había querido sacar gran partido de la situación del infeliz don Santos para combatir al Magistral; para ello conquistaron á Celestina; pero Celestina no pudo conquistar á su padre. Bebía el señor Barinaga y en esto ya no se podía culpar de su saña al Provisor. «Es claro, dirían los partidarios de don Fermín, todo lo gasta en aguardiente, está siempre borracho y espanta la parroquia ¿cómo se quiere que el clero consuma los géneros de un perdido... que además es un hereje? Esta era otra triste gracia. Á pesar de las amonestaciones y malos tratos de su hija, Barinaga no había querido pasarse al partido

contrario; se había hecho libre pensador y renegaba de todo el culto y de todo el clero.—Nada, nada; repetía, todos son iguales; lo que dice don Pompeyo Guimarán; el mal está en la raíz; ¡fuego en la raíz! ¡abajo la clerigalla!» Y cuanto más borracho, más de raíz quería cortar. En vano su hija le daba tormento doméstico para convertirle. Sólo conseguía hacerle llorar desesperado, como el infeliz rey Lear, ó que montase en cólera y le arrojase á la cabeza algún trasto. Ella pasaba plaza de mártir, pero el mártir era él.

Como don Santos había sospechado, Celestina no quiso darle té, ni tila, ni nada; no había nada. No había fuego, ni eran aquellas horas... Hubo gritos, llantos y trastos por el aire. El Magistral, gracias al silencio de la noche, oía vagos rumores de la reyerta, que se alargaba, como si no hubiera sueño en el mundo. Á él se le cerraban los ojos, pero no sabía qué fuerza le clavaba al balcón...

Aborrecía en aquel momento á Celestina. Recordó que era la joven que había visto días antes á los piés de don Custodio junto á un confesonario del trasaltar. Aquella tarde no la había reconocido. Tenía facha de sabandija de sacristía... de cualquier cosa.

Los rumores continuaban. De vez en cuando se oía el ruido de un golpe seco. Detrás de la vidriera iluminada pasaba de tarde en tarde un cuerpo oscuro.

El sereno cantó las doce á lo lejos.

Poco después cesó el ruido apagado y confuso de voces.

El Magistral esperó. No volvió el rumor. «Ya no reñían.»

La claridad de la vidriera desapareció de repente.

El Magistral siguió espiando el silencio. Nada; ni voces ni luz.

El sereno volvió á cantar las doce... más lejos.

De Pas respiró con fuerza y dijo entre sus dientes:

—Ya estará durmiéndola!

Y se oyó el ruido discreto de un balcón que se cierra con miedo de turbar el silencio de la noche.

Pisando quedo entró don Fermín en su alcoba.

Detrás del tabique oyó el crugir de las hojas de maíz del jergón en que dormía Teresa, y después un suspiro estrepitoso.

El Magistral encogió los hombros y se sentó en su lecho.

«Las doce, había dicho el sereno, ¡ya era mañana! es decir, ya era hoy; dentro de ocho horas la Regenta estaría á sus piés confesando culpas que había olvidado el otro día.»

—Sus pecados!—dijo á media voz el Provisor, con los ojos clavados en la llama del quinqué—¡si yo tuviese que confesarle los míos!... ¡Qué asco le darían!

Y dentro del cerebro, como martillazos, oía aquellos gritos de don Santos:

«¡Ladrón... ladrón... *rapavelas!*»



